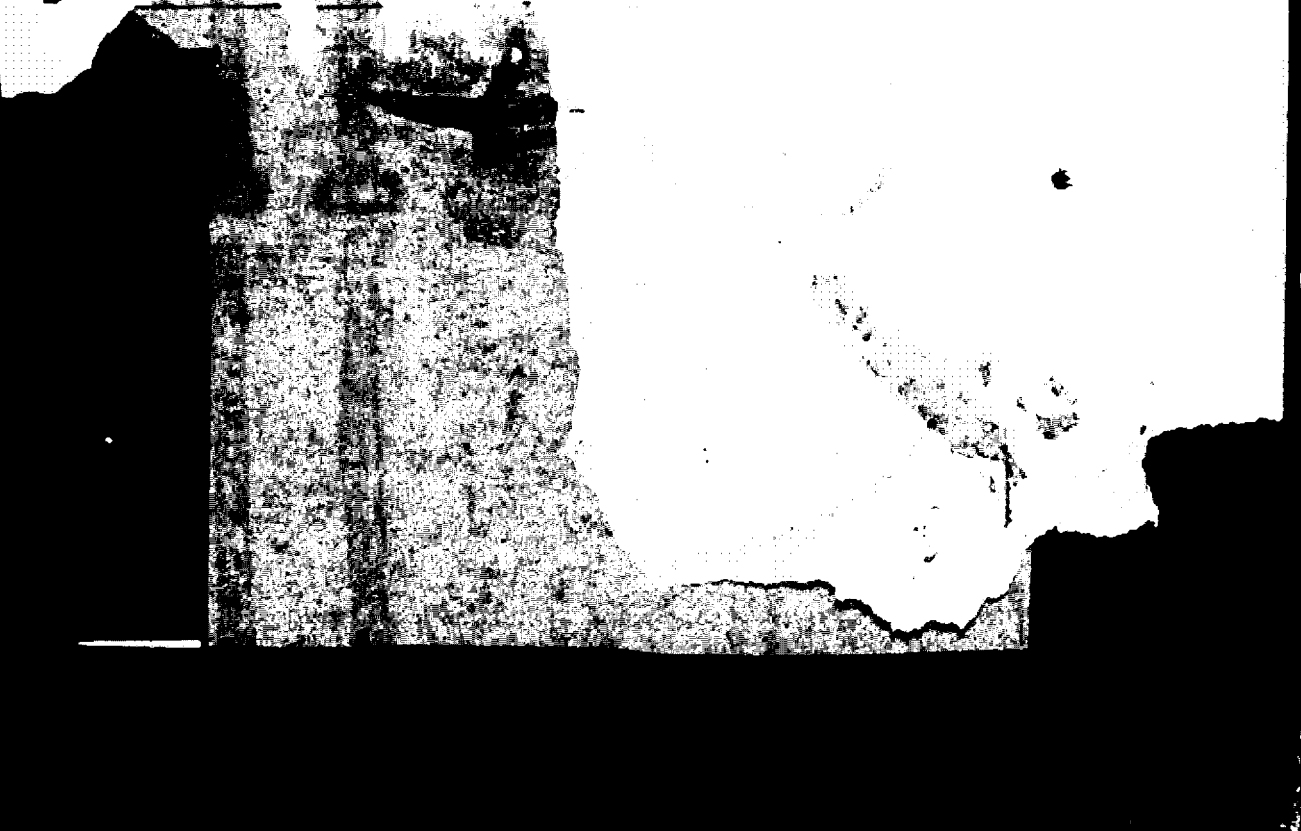




1º Traidor, fuerapeo ... Sevilla
2º Regalo de Bode — — Jackson
3º Mudo sordomudo — Velles
ó Sublime en lo Ulterior Echegaray
5º El casero Nuevo — Cobos
6º Un novio compromiso Javier de Bur
7º Vencido — Velilla
8º Pepito — — M Echegaray
9º Grandes — Escudero
10 los desconocidos Velazquez
11 Hugonotes M Echegaray
12 Bruto: monstruo y mas se Zorrilla

C2120

TRAIDOR, INCONFESO Y MÁRTIR

DRAMA HISTÓRICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ESCRITO EXPRESAMENTE

PARA EL BENEFICIO DE DOÑA MATILDE DÍEZ

POR

DON JOSE ZORRILLA

SEXTA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1891

R. 2339

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA AURORA.....	Doña M. Díez.
GABRIEL ESPINOSA.....	Don J. Romea.
DON RODRIGO DE SANTILLANA, alcalde de casa y corte.....	» A. Barroso.
DON CÉSAR DE SANTILLANA, capitán de ginetes del primer tercio de Flandes.....	» F. Romea.
ARBUÉS.....	» P. Sobrado.
BURGOA Y NAO D'ANDRADE.....	
EL MARQUÉS DE TAVIRA.....	
EL DOCTOR N.....	
UN ESCRIBANO.....	
UN ALGUACIL.....	
UN CRIADO DE BURGOA.....	

Alguaciles, Soldados y Criados.

La escena en los dos primeros actos, pasa en una posada de Valladolid, y en el tercero en Medina del Campo, en el año de 1594 de N. S. J. C.

Esta obra es propiedad de doña María Loreto Gullón de Fiscowich, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

La propietaria se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO

Antesala de una posada de Valladolid. Puerta en el fondo, que da al exterior. Dos á la izquierda, que dan al interior. Ventana á la derecha.

ESCENA PRIMERA

BURGOA, que aparece: un CRIADO, que sale por el fondo.

CRIADO. Señor amo.
BURG. ¿Qué hay?
CRIADO. Un hombre.
BURG. ¿Qué quiere?
CRIADO. Veros.
BURG. Que pase.
CRIADO. Entrad aquí, seor hidalgo.

ESCENA II

BURGOA y el MARQUÉS, embozado.

MARQ. Buenas noches.
BURG. Dios le guarde.
MARQ. ¿Eres tú el huésped?
BURG. Yo soy.
MARQ. ¿Luis Burgoa?
BURG. Y Nao d'Andrade.
MARQ. ¿Portugués?

BURG. Lo canta el nombre:
De alfontes en el Algarbe.
MARQ. Paisanos somos.
BURG. ¿Sois vos
también?...
MARQ. Escúchame y cállate.
BURG. Callo y escucho.
MARQ. Esta noche
vendrá á pedirte hospedaje
en esta posada un hombre,
cuyas señas voy á darte
para que no le equivoques.
Edad, cuarenta años: traje
negro, cabello rapado,
barba crecida, semblante
pálido, mirada de águila,
sonrisa triste, andar grave.
BURG. Con tantas señas, señor,
que le equivoque, no es fácil.
MARQ. Aún faltan más; una dama
en su compañía trae
de apenas diecisiete años,
y haciendo veces de paje,
viene sirviéndoles á ambos
un veterano de Flandes,
en quien, por más que se afana
por tosco labriego en darse,
se revelan á la legua
las costumbres militares.
Lo mismo sea sentirles
á tus puertas acercarse,
con luz y sombrero en mano
saldrás hasta los umbrales:
mandarás de sus caballos
cuidar, y sus equipajes
subir á los aposentos
mejores que puedas darles.
Les servirás á su antojo
los más sabrosos manjares,
y los vinos más añejos,
y entre tanto que ocuparen
cuarto en tu posada, en ella

no recibirás á nadie.
Yo toda entera la alquilo
para ellos. Ahí va parte
del gasto que hacerte puedan;
cuando esa suma se acabe,
te rellenaré esa bolsa:
lo que sobre, para gajes
del huésped y de los mozos.
Adiós, y silencio, Andrade.

BURG. Un momento, caballero.
¿Y si ese hombre preguntare
quién paga su gasto?

MARQ. Nada
digas.

BURG. ¿Y si se obstinase
en saberlo?

MARQ. Guardarás
silencio, y la cuenta al darme,
tu silencio y sus porfías
pondrás como cantidades
en guarismos, y yo sólo
veré las sumas totales.
Pero ten cuenta, Burgoa:
porque el oro que aquí ganes
crecerá con tu prudencia
y te se irá con tu sangre;
porque indiscreciones de oro
con hierro es bien que se atajen.
y fortuna que se canta
siempre se la lleva el aire.

BURG. Señor...

MARQ. Adiós, que no quiero
que aquí si llegan me hallen. (Vase.)

ESCENA III

BURGOA; después DON CESAR.

BURG. ¡Aventura más extraña!
alguna apuesta: algún lance
de amor: pero ¿qué me importa
á mí? Lo que es indudable

es que el bolsillo está llano
de doblillas; ¿para gajes
las que sobren? ¡Bah! lo menos
ciento por veinte. Adelante.

CESAR. Buenas noches. (Saliendo.)

BURG. ¿Qué se ofrece?

CESAR. Hablar con el dueño.

BURG. Hablad le

CESAR. ¿Eres tú?

BURG. Yo mismo.

CESAR. ¿Estamos
solos?

BURG. Sí.

CESAR. Atento estame.
Tres personas á tu puerta
vendrán muy pronto á apearse;
un hombre galán, de pálido
rostro y de noble talante,
una dama tan hermosa
como pintan á los ángeles,
y un escudero que tiene
mezcla de asistente y paje.
Dales lo mejor que tengas,
como á príncipes regálales:
lo que no poseas, cómpralo,
y en el precio no repares.
Ahí tienes doscientos pesos
en oro: cuando los gastes
en su servicio, me pides
más, y si sobran, por gajes
te los embolsas, con ceros
sumas y cuentas cabales,

BURG. Caballero, perdonad:
pero habéis llegado tarde.

CESAR. No te entiendo.

BURG. Un embozado
que salía cuando entrábais
os ha ganado la mano:
y para esos personajes
por quien os interesáis,
con palabras semejantes
á las vuestras ha alquilado

y pagado el hospedaje
de mi casa con el oro
de este bolsillo: miradle.

CESAR. ¿Y quién es ese embozado?

BURG. No le conozco.

CESAR. ¿Su traje,
su porte, ni sus palabras
indicios no puede darte
de quién sea?

BURG. No, señor
militar: ni su semblante
vi jamás, ni haber oido
recuerdo en ninguna parte
su voz.

CESAR. ¿Es joven ó viejo?

BURG. ¿No le habéis visto?

CESAR. En la calle
estaba ya cuando yo
llegaba á tu puerta, y casi
no puse atención en él.

BURG. Es un señor respetable,
de barba gris, noble y rico.

CESAR. ¿Noble y rico? ¿de qué sabes
que lo es si no le conoces?

BURG. Dan en él lo muy bastante
á conocer la riqueza,
su oro y modo de darle,
y la nobleza, además,
de su tono y de sus frases,
el aroma que se exhala
de su valona y sus guantes.

CESAR. ¡Pues señor, cómo ha de ser!
dijiste bien, llego tarde.
Réstame, pues, sólamente
mis ofertas reiterarte:
emplea ese oro á gusto
de quien le da, y lo que falte
yo lo abono: y á otra cosa,
que el tiempo vuela. Melquiades,
acomoda los caballos
en la cuadra.

BURG. Dispensadme,

capitán: no puede ser.

CESAR. ¿Por qué?

BURG. Porque no hay vacante
un solo pesebre en ella.

CESAR. Pues en ese caso dame
un cuarto á mí y una cama,
y que se vaya Melquiades
con los caballos.

BURG. Tampoco
puedo serviros.

CESAR. ¡Bergante!
¿intentas burlas conmigo?

BURG. ¡Dios me libre de burlarme
de tan gallardo mancebo!
Mas tengo orden terminante
de aquel embozado incógnito
de no recibir á nadie
por esta noche en mi casa,
mas que á ellos. Excusadme,
pues, capitán.

CESAR. (Se sienta.) Pues entonces
dame un bocado que el hambre
me satisfaga y un trago
que me remoje las fáuces.

BURG. Señor, todo está comprado,
y nos cansamos en balde.
Pues que por esos viajeros
os interesáis, dejadles
libre la casa, y no hagáis
que yo á mi palabra falte.

CESAR. El caso es que á mí me importa
en esta casa quedarme
por esta noche, y es fuerza
que me quede.

BURG. Pues en grave
compromiso me ponéis
si os quedáis, y por mi parte
por cuantos medios me ocurran
estoy dispuesto á evitarle.

CESAR. ¿De modo, que te propones
en la plazuela plantarme
en una noche como esta

con frío tal, oro y hambre?

BURG. Sí señor.

CÉSAR. ¿Sin más razones?

BURG. Os llevo dadas bastantes.

CÉSAR. Pues señor, lo siento mucho;
mas fuerza es que te se alcance,
pues no eres tonto, que cuando
muestro empeño semejante
en hospedarme en tu casa,
no vine para marcharme
de ella otra vez despedido
como un buhonero errante.

BURG. Pues mirad cómo ha de ser.

CÉSAR. Así: toma, y lee si sabes. (*Le da un papel.*)

BURG. ¿Y qué es esto?

CÉSAR. Lee.

BURG. (*Leyendo.*) «Dará
»Luis Burgoa Nao d'Andrade
»alojamiento en su casa
»número dos de la calle
»de la Antigua, al capitán
»del primer tercio de Flandes,
»don César de Santillana,
»con seis ginetes.»

CÉSAR. Cabales.
Burgoa, en nombre del rey
vas á ofrecerme de balde
lo que por oro me niegas.

BURG. La boleta haré que os cambien
á cualquier costa.

CÉSAR. Será
trabajo inútil: es tarde.

BURG. No importa, tengo dineros
y muy buenas amistades
hoy en el ayuntamiento.

CÉSAR. Pues Burgoa, no las canses
inútilmente esta noche:
porque á más de que es mi padre
juez de la chancillería,
y de casa y córte alcalde,
tengo seis hombres
y un escudero, incapaces

de obedecer otras órdenes
que las que yo quiera darles,
que del umbral de la puerta
no permitirán que pases.
Conque cede á mis razones,
que son á fe terminantes,
y dame luz, cena y cuarto,
que con ese personaje
misterioso, seré yo
sólamente el responsable
de todo, en nombre del rey.

BURG. Callo al rey.

CESAR. Y muy bien haces,
que contra el rey nadie es cuerdo
en oponerse. Melquiades,
toma luz y desensilla
á Ballardo: á acomodarme
voy en algun cuarto bajo,
para que cuando llegaren
esos huéspedes, en casa
ya pagada no me hallen.

BURG. Capitán, pues no hay remedio,
yo os ruego que con la mas grande
humildad, que os alojéis
en una sala que cae
al huerto que tengo á espalda
de la casa.

CESAR. Que me place
le digo el alojamiento.
Vamos allá.

BURG. (Los dos á la puerta.) Hacia esta parte
y en el fin del corredor
veréis una puerta grande
que da sobre otra escalera:
tomad el farol que arde
en el descanso; bajadla,
y Andrés os dará la llave
de vuestro cuarto, y decidle
que á vuestras gentes os llame.
Yo os enviaré buena cena
y fuego.

CESAR. Dios le lo pague. (Vase.)

ESCENA IV

BURGOA; después DON RODRIGO

BURG. ¿Santillana y capitán,
y de los tercios de Flandes
y con la boleta en regla
y espada de gavilanes,
quién le resiste? El incógnito
se hará cargo del percance,
y tendrá su compañía
que sufrir y resignarse.
Contra el rey nadie es valiente.

ROD. ¡Há de esta casa! (Entrando.)

BURG Adelante.

ROD. ¿Sois el dueño de ella?

BURG. Soy.
Luis Burgoa.

ROD. Dios le guarde.

BURG. Mil gracias: lo mismo digo.
¿Qué se ofrece?

ROD. Que oiga y calle.
Esta noche á esta posada
vendrá un viejo á apearse
con una dama encubierta
y un escudero; hospedadles
con mucho agrado, y servidles
sin dudar cuanto demanden:
su gasto corre por cuenta
del rey, y desde el instante
en que vuestra casa ocupen,
de ellos, de sus equipajes
y cuanto les perteneza,
seréis vos el responsable.
Dejaréis entrar á todos
los que por él preguntaren:
á todos, quien quier que fueren:
mas no dejaréis á nadie
volver á salir. Abajo
tenéis unos militares
alojados, y las órdenes

competentes voy á darles
para que os presten auxilio,
y en caso de apuro guarden
las puertas: conque silencio,
y adiós: volveré más tarde.

BURG. Señor, vuestra autoridad
sea cual fuere, excusadme
que os pregunte á quién la honra
tengo de hablar.

ROD. Al alcalde
Rodrigo de Santillana.

BURG. ¡Jesucristo!

ROD. Dios le guarde.

ESCENA V

BURGOA

¡Dios nos asista! con un
Santillana era bastante
para su mal: pero juntos
el capitán y el alcalde
pisándoles los talones...
Ya, ya están frescos los tales
viajeros. Los Santillanas...
raza de réprobos: aves
de mal agüero: golillas
todos: buhos de las cárceles
y de las horcas, que solo
pronosticar pueden males.
Santillanas... ¡fuego en ellos
y en quien á casa los trae!
No hay portugués que no tenga
con ellos cuentas. Mas baste:
que Dios dirá. Gente llega.
¡Andrés!

(Al ir á entrar por el fondo sale Arbués de viaje, calzado.)

ESCENA VI

BURGOA, ARBUÉS

ARB. No hay que incomodarse,
patrón: somos gente llana
mis amos y yo, y á nadie
gustamos de dar que hacer.
¿Hay aposentos capaces,
limpios y con buenas camas
para una dama, su padre,
su escudero y dos criados?

BURG. Sí señor, los hay: y tales
que no habrá en palacio muchos
que en lo limpio les alcancen.

ARB. Pues poned en uno luces
para la dama.

BURG. Que bajen
voy á mandar por los trastos
que traigáis.

ARB. Que no se cansen
vuestros mozos; ya los nuestros
suben con los equipajes.
(Suben los mozos con baúles.)
¿Dónde los pondrán?

BURG. Allí,
en esos cuartos.

ARB. (Á los mozos.) Llevadles,
pues.

BURG. ¿Y la dama?

ARB. Se está
despidiendo de su padre.

BURG. ¿Pues qué, no se queda en casa
con ella?

ARB. Sí: mas tiene antes
que entregar unos breviarios
á un primo suyo, que es fraile
en San Pablo, y tardará
tal vez: mas no hay que esperarle.

BURG. Marta, Ginés, á esa dama
alumbrad.

ARB. Ya llegan tarde,
patrón. (Sale doña Aurora.)
BURG. ¡Qué! ¿sin aguardar
que la sirvan?...
ARB. Si es más ágil
que un lancero, y nunca se anda
con cumplimientos.

ESCENA VII

ARBUÉS, BURGOA y DOÑA AURORA

BURG. (Aparte.) (Buen talle,
garboso andar, ¡y qué hermosa!
dijo bien cuando á los ángeles
la comparó el capitán.)
AUR. ¿Sóis el huésped?
BURG. Ordenadme,
señora: yo soy.
AUR. ¿Hay fuego
en mi aposento?
BURG. Y luz:
y puede vueseñoría
disponer de él desde luego
y de toda mi posada.
Os mandaré á mi mujer
que os sirva.
AUR. No es menester:
yo me sirvo sola y nada
necesito. ¿Arbués?
ARB. Señora.
AUR. Cuando vuelva, aunque sea tarde,
me avisarás.
ARB. Á la hora
en que llegue.
AUR. (Á Burgoa.) Dios os guarde.
BURG. ¿Tomaréis un refrigerio,
un tente en pié, para abrigo
del estómago?
AUR. ¿No os digo
que nada quiero? (Vase por la izquierda.)
BURG. ¡Qué imperio!

ESCENA VIII

ARBUÉS y BURGOA

BURG. ¿Y vos no cenáis?
ARB. Poco há
que comimos y costumbre
no tenemos.
BURG. Á la lumbre
podéis venir, que la habrá
buena en el hogar
ARB. No tengo
frio: podéis sin reparos
cuando queráis acostaros:
porque mi amo, os lo prevengo,
de que le sirva no gusta
nadie más que yo, que sé
sus mañas.
BURG. Tenéis á fe
buen trabajo.
ARB. ¡Bah! Se ajusta
cada cual al que le toca
en esta vida: yo estoy
á su servicio y le doy
cumplimiento... y punto en boca,
que tengo sueño. Dejad
la llave á mano y á abrir
bajaré, cuando venir
le sienta; que echen, mandad,
pienso á los caballos; yo
de este sillón haré lecho.
BURG. ¿Dormiréis ahí?
ARB. ¡Pues no!
es costumbre y ya estoy hecho.
BURG. Pues para cuando me acueste
ahí queda la llave, y vos
os gobernaréis.
ARB. Adiós,
pues.
BURG. Descansar. (¡Mala peste
me coja si yo me acuesto

sin ver á ese hombre quedar
dentro de casa! (Vase.)

ARB. Cerrar
no está demás. (Cierra la puerta del fondo.)

ESCENA IX

ARBUÉS; después DON CESAR

ARB. En mi puesto
héme ya.
(Se sienta en el sillón y llaman á la puerta del fondo.)
Han llamado.

CESAR. (Dentro.) ¿Arbués?

ARB. ¿Por mi nombre? ¿quién será?

CESAR. Alférez Arbués.

ARB. ¿Quién va?

CESAR. Abre á un amigo.

ARB. ¿Quién es?

CESAR. El capitán Santillana.

ARB. ¿Don César?

CESAR. Sí, date prisa,
Arbués, que nos interesa.

ARB. ¡Válame la soberana (Abre.)
Virgen! ¡Vos, mi capitán!

CESAR. No malgastemos, Arbués,
nuestro tiempo.

ARB. Hablad: ¿qué hay, pues?

CESAR. Las bocacalles están
tomadas alrededor
y conmigo hay seis soldados
en esta casa apostados.

ARB. ¿Y que?

CESAR. Que es á tu señor
á quien buscan. Si Gabriel
los umbrales de ella pasa,
Arbués, dentro de esta casa
todos sois presos con él.

ARB. No os dé pena, capitán:
mi amo, que lo sabe todo,
de hacer encontrará modo
inútil todo ese afán.

CESAR. El asunto no es materia
de chanzas; en la partida
sé yo que le va la vida.
ARB. ¡Diablo!
CESAR La cuestión es seria
Registrarán su equipaje
y hasta su misma persona:
y si razón no le abona
terminante, aquí su viaje
concluye: porque al misterio
de su vida dar alcance
quiere el rey.
ARB ¿El rey?
CESAR. El lance
ves que no puede más serio
ser. Mi padre, don Rodrigo,
me ha encomendado su guarda,
diciéndome que le aguarda
pronto y ejemplar castigo.
Hasta ahora á lo que creo
de sus poderes abusa
la justicia, pues le acusa
á ciegas su buen deseo.
Mas he oido una expresión,
que á probarse con certeza,
le va á costar la cabeza,
sea impostura ó ambición.
Óyeme ahora. El destino,
por su bien ó por mi mal,
me une á su sino fatal
y me arroja en su camino.
Instinto y veneración
por él en mi pecho ruegan,
y por Aurora me ciegan
cariño y adoración.
En el nombre de la ley
á espiarle á Madrigal
me enviaron, y cumplí mal
con las órdenes del rey.
Desde Madrigal os sigo.
ARB. Lo sabíamos.
CESAR. Tiempo es

de que sepamos, Arbués,
á qué atenernos. Conmigo
es preciso que Gabriel
hable esta noche: es forzoso
que este arcano misterioso
penetre á la par con él.
Hay de un misterio tremendo
en su existencia la duda;
siempre me tendrá en su ayuda,
mas que se explique pretendo.
Yo quiero de cualquier modo
salvarle: quiero que á prueba
ponga mi fé y que me deba
su porvenir: en fin, todo
quiero comprenderlo, y sea
quien fuere, noble ó villano,
vil traidor ó soberano
coronado, que en mí vea
un fiel amigo, un apoyo
presto á dividir con él
desde el sitial de un dosel,
hasta de la tumba el hoyo.

ARB. Que os ciega amor, bien se vé.

CESAR. Arbués, si su amor merezco
y si mi mano la ofrezco ..

ARB. No la admitirá.

CESAR. ¿Por qué?

ARB. Porque es Espinosa un hombre
que no quiere que se una
ni hombre alguno á su fortuna,
ni nombre alguno á su nombre.

CESAR. Yo los males que le aflije
acepto y sus opiniones,
sin pedir de ellas razones:
y si ocultarme su origen
les importa, nunca el nombre
preguntaré de mi esposa:
sea honrada y cariñosa,
y nada habrá que me asombre.

ARB. Estáis loco, capitán,
¿Queréis con un pastelero
emparentar?

CESAR. Arbués, quiero
salir de una vez de afán.
Te he dicho que mi destino
me lleva tras de Gabriel.
ARB. Pues es fuerza que huyáis de él:
echad por otro camino.
CESAR. ¡Arbués!
ARB. Yo sé lo que digo.
Vuestro ayo fuí: soy ya viejo
y daros puedo un consejo:
tomadle, que es de un amigo.
Cumplid vuestra obligación
sin tropezar con Gabriel,
y el misterio que hay en él
dejad en su corazón.
Para vuestro amor, de roca
será su alma, y recelo
que no os dará ni consuelo
ni satisfacción su boca.
CESAR. Pues qué, ¿hace ese hombre un agravio
impunemente?
ARB. Lo que hace
no sé, mas no satisface
jamás.
CESAR. Pues bien, si su labio
satisfacción no me da,
yo le haré que hable sin gana
con mi acero.
ARB. Santillana,
en silencio os matará.
CESAR ¿A mí?
ARB. Tal creo en conciencia.
CESAR. ¿Tiene algún filtro Gabriel?
ARB. No: mas acaso con él
pelea la omnipotencia.
Don César, tened á raya
vuestra locura y tomad
mi consejo: abandonad
la senda por donde él vaya.
CESAR. No puedo.
ARB. Una indiscreción
muy sandia sé que cometo!

mas voy á ser indiscreto,
porque os tengo obligación.

CESAR. Habla, habla.

ARB. Ese Gabriel
Espinosa, el pastelero,
tiene más de caballero
que lo que aparenta él.
Tres años há que le sigo
de su favor obligado,
que honra y vida me ha salvado,
y más que dueño, es mi amigo.

CESAR. ¿Pero quién es?

ARB. Voy á ello.
Quién es... ¡sábenlo él y Dios!
Cuanto sé yo de él vais vos
á saber, mas bajo un sello
guardadlo siempre.

CESAR. Concluye.

ARB. Escuchad, pues, lo que sé,
y vos veréis de él á fe
si en pro ó en contrà os arguyo.
Él sabe todas las leyes,
cuenta todas las historias,
los desastres y las glorias
de los europeos reyes.
Él conoce los blasones
como un rey de armas: él mide
las nobiezas: él decide
sobre razas y opiniones:
y tales fuerzas alcanza,
que con precisión certera
monta un potro á la carrera,
y hace astillas una lanza
en el aire.

CESAR. ¡Jesucristo!
eso se cuenta también
de don... (Arbués le tapa la boca con la mano.)

ARB. No digáis de quién;
de él yo lo cuento, y lo he visto.
Y en fin, os diré un secreto:
¿Conocíais á Quiñones
el teniente de dragones?

CESAR. Sí.
ARB. Sabéis que era el respeto
de los diestros en la esgrima,
porque jamás estocada
le hirió, mientras que su espada
veinte muertes le echó encima.
CESAR. Sí.
ARB. No ignoraréis que muerto
en Madrigal se le halló:
pues bien, Gabriel le mató
riñendo.
CESAR. ¿Cierto?
ARB. Tan cierto.
capitán, como es de noche.
De Gabriel en la hostería
con el alférez comía
yo una tarde, cuando un coche
paró á sus puertas, y de él
un embozado bajando
se entró hasta allí preguntando
si estaba en casa Gabriel.
Salió éste; y el forastero,
que ser mostraba en su porte
un gran señor de la corte,
llevó la mano al sombrero
al ir á hablarle; Quiñones,
de quien sabéis la insolencia,
con aquella impertinencia
peculiar de los matones,
dijo: «¡Hola! ¿esas tenemos?»
mas no bien le oyó Gabriel,
cuando viniéndose á él
le asió por los dos extremos
del collarín del coleto
diciendo: «¡Hola, seor espía!
¡yo os haré, por vida mía,
que me guardéis el secreto!»
Y con muñeca de hierro,
zarandeándole de un lado
á otro, le echó derribado
bajo el banco como á un perro.
El teniente, puesto apenas

en pié, echó mano al acero
yéndose hacia el pastelero,
quien con miradas serenas
y voz grave é imperiosa,
nos dijo:—«Echémonos fuera;»
y echamos por la escalera
los tres en pos de Espinosa.
Detrás de unos paredones
que hay debajo del camino,
paróse: fué su padrino
el otro, y yo el de Quiñones.
Capitán, juro á mi honor
que no he visto tal destreza
jamás, ni tanta firmeza,
serenidad y valor.
Era un maestro el teniente;
pero á las cuatro paradas
tenía tres estocadas:
rugía de ira, y valiente
atacaba: mas escrito
debió estar: tendióse á fondo
Gabriel, y cayó redondo
Quiñones, sin dar un grito.

CÉSAR ARB ¿Y Espinosa?

Ni un rasguño
sacó: en silencio su espada
limpió, que estaba manchada
de sangre hasta el mismo puño,
y envainándola con calma,
nos dijo: «quede lo hecho
sepultado en nuestro pecho,
y que Dios perdone su alma.»
Y volviéndonos á entrar
otra vez en la hostería,
no ha vuelto desde aquel dia
á Quiñones á mentar.
Ahora, señor Santillana,
pues sabéis que hondo cariño
os cobré desde muy niño,
y os guardo afición cristiana,
creed á un amigo viejo:
por delante de Gabriel

pasar sin topar con él;
y agradecedme el consejo.

CÉSAR. Es tarde, y retroceder
no quiero. Resuelto á todo
vengo, y de uno ú otro modo
esta noche le he de ver

ARB. Yo no os lo puedo impedir;
pero hacéis mal: os lo advierto.

CÉSAR. Más quiero por él ser muerto,
que sin Aurora vivir.

ARB. Allá os las hayáis.

AUR. (Dentro.) ¡Arbués!

ARB. Pronto, marchaos; es ella.

AUR. (Dentro.) ¡Arbués!
(Arbués quiere obligar á don César á irse.)

CÉSAR. Déjame la huella
besar de sus castos piés.

AUR. ¡Capitán!

ESCENA X

DOÑA AURORA, DON CÉSAR y ARBUÉS

AUR. (Saliendo.) Oyendo estoy
á Arbués hablar há una hora.
¿Es mi padre?

CÉSAR. No, señora.

AUR. ¡El capitán!

CÉSAR. Sí, yo soy.

ARB. Ver al señor pretendía;
le dije que ausente estaba:
insistía él, porfiaba
yo, y por eso se oía
hablar aquí, doña Aurora.

AUR. Anduviste descortés
con el capitán, Arbués.

ARB. Vuestro padre...

AUR. Sin demora
me debiste de avisar
de su llegada, y al punto
saliera yo.

CÉSAR. Sea asunto

concluído: él atajar
debió mi imprudente paso.

AUR. Si vos salís en su abono
yo su falta le perdono.
Sal. (A Arbués, que se va.)

ESCENA XI

DON CÉSAR y DOÑA AURORA

AUR. ¿Puedo saber acaso
la causa que aquí os obliga
á presentaros ahora?

CESAR. Es un secreto, señora;
perdonad que no os le diga.
Confiarle solo debo
á vuestro padre.

AUR. En tal caso... (Retirándose.)

CESAR. Aguardad. (Deteniéndola.)

AUR. Decid.

CESAR. Acaso
vais á enojaros.

AUR. Me atrevo
á esperar de vuestro honor,
que no me osará decir
nada que no pueda oir
sin peligro ó sin rubor.

CESAR. Nada, señora, ¡yo os juro
por la honra en que nací,
que nada oiréis de mí
que no sea noble y puro!

AUR. Hablad, pues.

CESAR. Que fuí sospecho
torpe por demás, señora,
si no habéis visto hasta ahora
el arcano de mi pecho.

AUR. ¿Cómo queréis que comprenda
secretos que en él guardáis,
si no me los reveláis?

CESAR. Si en los ojos una venda
de indiferencia y rigor
no os hubiérais puesto, Aurora,

me ahorrárais hacer ahora
la relación del amor.

AUR. ¿Conque amáis?

CESAR. Con frenesí.

AUR. ¿Pues y á quién?

CESAR. Á un ángel.

AUR. ¡Oh!
¿Y os paga?

CESAR. Creo que no.

AUR. ¿Lo sabe?

CESAR. Creo que sí.

AUR. ¿Se lo habéis dicho?

CESAR. Jamás.

AUR. ¿Por qué?

CESAR. Porque es mi pasión,
más que amor, veneración:
idolatría quizás.
Es un amor que no tiene
en su vil naturaleza
un átomo de impureza;
amor que del cielo viene.
Es un innato cariño
tan casto como profundo,
tan puro como el armiño,
tan inmenso como el mundo.
Sin otro bien, ni otro dueño,
ni más afán, ni más guía
en la tierra, noche y día
con él vivo, con él sueño.
Un amor sublime, santo:
mas tan tirano, tan fiero,
que sus fuerzas consulero
á mis solas con espanto:
porque no hay ley, no hay deber
que pueda mi corazón
al poder de mi pasión
con ventajas oponer.
Si la que amo me dijera,
«sé traidor: véndete esclavo,»
mi fé llevando hasta el cabo
me infamara y me vendiera.

AUR. ¡Jesús, qué amor tan horrendo!

¿Dónde adquirido le habéis?

CESAR. ¿Os reís?

AUR. ¿Pues qué queréis
si os estáis contradiciendo?

CESAR. ¿Dó está la contradicción?

AUR. ¡Pues ahí es nada! ¿un cariño
tan puro como el armiño,
una sagrada pasión,
de cuyo infernal poder
creéis que os llegue á obligar
vuestro rey abandonar,
la libertad á vender?

CESAR. Sin vacilar un momento.

AUR. ¿Porque una mujer os ame
consentis en ser infame,
traidor y esclavo?

CESAR. Consiento.

AUR. Hacéos un poco atrás.

CESAR. ¿Por qué?

AUR. Esa pasión que tanto
ponderáis, más que amor santo,
es amor de Satanás.

CESAR. ¡Infeliz del corazón
que tal amor no comprende!

AUR. Más lo es en el que se enciende
la llama de tal pasión.

CESAR. ¡No os mofárais de ella así
si la comprendiérais, no!

AUR. ¿Y quién os dice que yo
no guardo ese amor en mí?

CESAR. ¡Vos! (Sorprendido.)

AUR Don César, sólo Dios
amor tan ciego merece.

CESAR. Amor es dios, y enloquece.

AUR. Y loco estáis

CESAR. ¡Ah! por vos. (Se arrodilla.)

AUR. ¡Insensato!

CESAR. Por vos, sí:
yo os amo, Aurora, os adoro.

AUR. ¿Pues creéis que yo lo ignoro?

CESAR ¡Cielos! (Álzase del suelo acercándose á Aurora.)

AUR. (Apartándose.) No lleguéis á mí.

CESAR. ¿Me rechazáis?
AUR. ¡Á fé mía!
yo acepto vuestro respeto,
mas no quiero ser objeto
de una torpe idolatría.
No soy más que una mujer,
y del Criador hechura;
sólo como criatura
estimada quiero ser.
CESAR. Esas palabras, Aurora,
que una esperanza me dan...
AUR. Si tal creéis, capitán,
olvidadlas desde ahora.
CESAR. Me confundís, y no sé
unir con vuestra bondad
vuestro rigor.
AUR. En verdad
que yo tampoco sabré
tal arcano descifraros.
Lo que sí os sabré decir,
es que no puedo admitir
vuestro amor: mas sin reparos
mi amistad toda os ofrezco.
Creedme: Dios me es testigo
de que os quiero por amigo,
mas por galán, no os merezco.
CESAR. ¡Cómo!
AUR. Os lo diré mejor
y no me guardéis encono:
vuestra amistad ambiciono,
vuestra pasión me da horror.
CESAR. Me asombráis.
AUR. Es un arcano
que penetrar no podemos:
galán, jamás nos veremos;
amigo, aquí está mi mano.
(Doña Aurora le tiende la mano.)
CESAR. ¡Ah! os entiendo. Compasión
os causó mi amor, y ahora
burláos os plugo, Aurora,
con mi pobre corazón.
Mas esta mano que estrecho

sobre él, y que llevo al labio...
(Va á besar la mano; doña Aurora se lo impide.)

AUR. La boca le hará un agravio:
no la levantéis del pecho.

CESAR. Ese tono...

AUR. Es arto serio.

CESAR No os comprendo. Si es capricho
de vuestro humor...

AUR. Ya os lo he dicho,
capitán: es un misterio
que yo no entiendo tampoco.

CESAR. Pues yo le penetraré.

AUR. ¿Cómo?

CESAR. A vuestro padre haré
que me le explique.

AUR. Estáis loco.

CESAR. En eso parar espero
con vuestras contradicciones.

AUR. Pues oidme unas razones
terminantes, caballero.

CESAR. Hablad.

AUR. Me habéis ponderado
vuestra acendrada pasión,
y vais en mi corazón
á saber lo que hay guardado.
Hay un amor, casto, ciego,
de mi pecho en la guarida,
tan largo como mi vida,
tan ardiente como el fuego.
Amor de goces tan suaves,
tan exento de dolores,
como el olor de las flores,
como el cantar de las aves.
Este amor es un cariño
tan ajeno de impureza,
como el que á tener empieza
naciendo á su madre el niño.
Hoguera es de inmenso ardor:
mas de su llama tranquila
no se extingue ni vacila
el constante resplandor.
En el duelo, en la ventura,

en la inquietud y en la calma,
siempre en el fondo del alma
como una estrella fulgura:
y brilla su claridad
en su centro solitario,
cual lámpara en un santuario,
cual faro en la tempestad.

CESAR. ¿Amáis?

AUN. Amo á un noble sér
de quien ignoro hasta el nombre:
le amo todo cuanto á un hombre
puede amar una mujer.
Le amo desde que le ví;
le amo con toda mi fe,
y al sepulcro bajaré
con su amor dentro de mí.
Con él sueño, con él vivo;
lo que él desea apetezco;
lo que aborrece aborrezco;
y mi corazón, cautivo
de su sola voluntad,
á ella no más obedece:
él me dice: «ama, aborrece,»
y amo y odio sin piedad.
Me dijo: «de ese mancebo
serás amiga;» y yo os digo
que vos sois mi único amigo,
porque él lo quiere y yo debo
quererlo; y si él me dijera,
«vándete esclava,» ¡por Dios
os juro, que como vos
por mí, por él me vendiera!
Ya mi secreto sabéis.
Respetad de él comedido
lo que no hayáis comprendido:
y si no os satisfacéis
con las razones que os dan,
haced cuenta, en conclusión,
que nací sin corazón.
Buenas noches, capitán.

CESAR. Esperad.

AUN. Ni un sólo instante:

el alma leal que abrigo,
franca está para el amigo
y muerta para el amante.
(Vase por la izquierda cerrando la puerta.)

ESCENA XII

DON CESAR

¡Ama á un hombre, cuyo nombre
no conoce! fascinada
está su alma enamorada
por él. ¿Y quién es ese hombre?
Un año hace que le sigo
y á nadie he visto jamás
llegar. ¡Un enigma más
de los que llevan consigo!
Con él sueña, con él vive:
lo que él desea apetece;
él manda y ella obedece;
y ser de su ser recibe.
¡Oh! sí: lo expresaban bien
sus ojos, su voz, su gesto.
Sí, encierra un amor funesto
su corazón. ¿Pero á quién?
¡Ama á un hombre misterioso
de quien hasta el nombre ignora!
¿Ama y no á mí? ¡La traidora!
Sandio de mí: estoy celoso.
Celoso, y tal vez acecha
la muerte aquí á ese Gabriel
de Espinosa. ¡Cielos! ¿Si él?...
¡Él! ¡estúpida sospecha!
Su padre... ¿Y si no lo es?
¿Si el misterio y soledad
que guardan de liviandad
fuera un velo infame? Arbués.

ESCENA XIII

DON CÉSAR y ARBUÉS

ARB. Aquí estoy.
CESAR. Pronto, responde:
Aurora á otro hombre ama.
¿Quién es? Di. ¿Cómo se llama?
¿Adónde está ahora? ¿Adónde
le vió? ¿Cuándo?
ARB. Capitán,
ya os previne que acercaros
á nosotros era echaros
en un abismo de afán;
y ya lo véis: un instante
nada más que habéis hablado
con ella, os ha trastornado
corazón, juicio y semblante.
CESAR. La amo, Arbués, y estoy celoso.
Dime por tu vida, Arbués.
¿Sabes bien si Gabriel es
su padre?
ARB. ¡Pues es chistoso!
CESAR. ¡Ay! de la duda la hiel
me emponzoña el corazón.
ARB. Pues no perdáis la ocasión
de consultarla con él.
CESAR. ¿Llega?
ARB. Le siento venir.
CESAR. ¡Cómo!
ARB. Acostumbra á silbar
recio.
CESAR. ¿Y silbó? (Llaman: aldabonada.)
ARB. De llamar
acaban.
CESAR. Vé, pues, á abrir.
(Vase Arbués por el fondo llevando la llave.)
Es forzoso: le hablaré:
la vida en ello le va.
Si se obstina... mas no á fe,
primero le salvaré
y Dios amanecerá.

ESCENA XIV

DON CÉSAR, ARBUÉS y GABRIEL, embozado

GAB. ¡Hola! señor capitán.
CÉSAR. Os aguardaba.
GAB. ¿Qué hay, pues?
CÉSAR. Solos.
GAB. Déjanos, Arbués.

ESCENA XV

DON CÉSAR y GABRIEL

GAB. Podéis hablar.
CÉSAR. Tal vez van
mis palabras á causaros
extrañeza.
GAB. No lo espero.
CÉSAR. Muy claro con vos ser quiero.
GAB. Pues no os andéis con reparos.
Con cuanta más claridad
habléis vos, á mi entender
os debo yo comprender
con mayor facilidad.
CÉSAR. Yo soy...
GAB. (Interrumpiéndole.) Os conozco bien:
adelante.
CÉSAR. En Madrigal
me acantoné de orden real ..
GAB. Para guardarme; también
lo sé: adelante.
CÉSAR. Hoy en pos
de vuestros pasos...
GAB. Venís
por lo mismo: me decís
cosas que sé como vos.
CÉSAR. Pues bien: lo que según creo
ignoráis vos todavía,
os diré.
GAB. ¡Por vida mía,

capitán, que yo deseo
que algo nuevo me digáis!

CESAR. Pues oid.

GAB. Estoy atento.

CESAR. La casa en este momento
está cercada, y estáis
preso en ella.

GAB. Ya lo sé.

CESAR. ¿Conque sabiéndolo ya
entrásteis?

GAB. Pues claro está.

CESAR. ¿Por voluntad?

GAB. Ya se ve.

CESAR. ¿Luego confiáis?...

GAB. En Dios
primero, y después en mí.

CESAR. ¿Sabéis que os acusan?

GAB. Sí.

CESAR. ¿De un delito?...

GAB. (Interrumpiéndole.) No, de dos.

CESAR. ¿Sabéis cuáles?

GAB. Sí por cierto.

CESAR. Pues á lo que se murmura,
cualquiera de ellos...

GAB. Segura
trae mi sentencia: soy muerto.

CESAR. ¿Con ella os chanceáis?

GAB. Sí tal.

CESAR. ¿Podréis probar?...

GAB. Una cosa.

CESAR. ¿Qué sois?...

GAB. (Interrumpiéndole.) Gabriel Espinosa,
pastelero en Madrigal.

CESAR. Podrán dudarlo tal vez.

GAB. ¿Por qué?

CESAR. Porque lo desmiente
vuestro gentil continente,
y es muy receloso el juez.

GAB. Dios me hizo así, y en mi mano
no está cambiar de figura.

CESAR. Diz que andáis con mucha holgura
para ser solo un villano.

GÁR. Soy rico.
CESAR. Querría papeles
que os acrediten de tal.
GAR. Resmas tengo en Madrigal
de los de envolver pasteles.
CESAR. ¿Hay algunos con pinturas?
GAR. Mil.
CESAR. ¿Son estampas de santos?
GAR. Hay de todo.
CESAR. ¿Y entre tantos,
hay conocidas figuras?
GAR. ¿Echáis menos, capitán,
alguna?
CESAR. No: más há un rato
que el juez buscal a un retrato
fiel del rey don Sebastián.
GAR. Siento no tener ninguno.
CESAR. Pues creo que el juez pretende
deteneros, porque entiende
que lleváis sobre vos uno.
GAR. ¿Qué habría en que le llevara,
para que en mí se encarniçen
los golillas?
CESAR. (Mirándole atentamente.) Es que dicen
que le lleváis en la cara.
GAR. Ni es tan deforme la mia,
ni osara yo andar por cierto
con la cara que un rey muerto
usaba cuando vivia.
CESAR. Pues la justicia cree ver
en vos semejanza tal
con él, que de vos muy mal
sospecha.
GAR. ¡Cómo ha de ser!
(Un momento de pausa.)
CESAR. Yo os cobré afecto: fiad
vuestro secreto de mí,
y al depositario aquí
le echáis en la eternidad.
GAR. Mozo, si tuviera un dia
que fiar algo á algún hombre,
creedme, os juro á mi nombre,

que de vos lo fiaría.

CESAR. Fiadme ese nombre, pues.

GAB. Gabriel: lo acabáis de oir.

CESAR. ¡Os obstináis en morir!

GAB. Ley de los que nacen·es.

CESAR. ¡No me entendéis!

GAB. ¡Vive Dios!
ni vos me entendéis tampoco
á mí.

CESAR. Parecéisme loco.

GAB. Y á mi mentecato vos.
Porque á la verdad, mancebo,
grima me da contemplaros,
así el seso devanaros
por decirme algo de nuevo.
Tras de tanto ir y venir,
¿no habéis echado de ver
que yo no quiero entender
lo que me queréis decir?
¿Os figuráis que viví
entre el pueblo catorce años,
sin percibir los extraños
cuentos que corren de mí?
¿Pensáis que es esta la vez
primera que en mí repara
el vulgo, y que cara á cara
me veo yo con un juez?
Venid acá, pobre niño.
¿Pensáis que no conocí
que en vos germinó hacia mí
un simpático cariño?
Yo como en un libro leo
claro en vuestro corazón,
y bien de vuestra afición
la causa escondida veo.
Sé que á mí os atrae un nudo
cuyo mágico poder,
os hace ante mí poner
vuestro pecho por escudo.
Pero su atracción oculta
resistid: porque os advierto
que ese nudo con un muerto

os estrecha y os sepulta.
Resistid: porque un sér soy
que infesto el lugar que habito,
que cuanto toco marchito
y asolo por donde voy.

CESAR. ¿Qué me importa? el horror mismo
del misterio que hay en vos
de sí me arrebata en pos,
y ciego voy á su abismo.

GAB. ¡Mancebo!

CESAR. Con vos iré
por dó quiera que vayáis.
Oidme: y cuando sepáis
mi secreto...

GAB. Ya lo sé.

CESAR. ¿Qué sabéis?

GAB. Cuanto ha pasado
por vuestro pecho hasta ahora:
no ignoro nada: de Aurora
sé que estáis enamorado.
Sé que por ella me habláis,
y que tras ella venís,
y que por ella vivís,
y que con ella soñais.
¿Creéis que en vuestro semblante
no he conocido al entrar
que la acabábais de hablar?
Y en vuestro mustio talante,
¿creéis que no entiendo acaso
que el amor de vuestro pecho
al declararla, no ha hecho
de vuestras palabras caso?

CESAR. ¡Caballero!

GAB. ¡Qué demonio!
de todo estoy enterado:
hasta de que habéis pensado
pedirmela en matrimonio.

CESAR. Sí, que mi amor ..

GAB. (Interrumpiéndole) Sé que es grande,
profundo, honesto y leal:
pero es un amor fatal,
imposible.

CESAR. Que os demande
por qué dejad.
GAB. Lo primero,
porque si mal no me fundo,
no os quiere ella: lo segundo,
porque yo tampoco quiero.
CESAR. ¡Me escarnecéis!
GAB. ¡No por Dios!
¿Á qué viene el enojaros?
¿No queréis que hablemos claros?
Pues claro os hablo yo á vos.
CESAR. ¡Ea, pues! claros hablemos,
y sepamos de una vez
á qué atenernos.
GAB. ¡Pardiéz!
no alcéis la voz, que podemos
á las gentes de la casa
despertar, y creer pueden
cosas que aquí no suceden,
capitán.
CESAR. Lo que aquí pasa
es que quiero penetrar
el misterio que os rodea,
y que es fuerza que así sea:
porque no he de tolerar
en calma, como un villano,
que tan sin razón los dos,
despreciéis mi amistad vos
y vuestra hija mi mano.
Confieso que el alma mia
del punto en que os llegó á ver,
por vos comenzó á tener
misteriosa simpatía.
Confieso, sí, que amo á Aurora
con amor tan delirante,
que no hay acción que me espante
por ella; mas me devora
á par con el del amor,
el fuego de un justo enojo,
y no quiero á vuestro antojo
ceder sin razón mejor.
Soy noble, y cuando os ofrezco

mi raza unir con la vuestra,
que me deis más noble muestra
de lo que valéis merezco;
porque si no, con derecho
tendré por cosa segura,
lo que de vos se murmura
y lo que yo me sospecho.

GAB. ¿Y qué es lo que sospecháis?

CESAR. Que sois...

GAB. ¿Quién?

CESAR. Un impostor,
y que desecháis mi amor...

GAB. ¿Por qué?

CESAR. Porque vos la amáis.

GAB. ¡Desdichado!

CESAR. Una de dos:
satisfacedme al momento,
ó sepulcro este aposento
es para mí ó para vos.

GAB. Niño, dándoles gran precio,
la mayor satisfacción
que debo á tu protección
y á tu amor, es el desprecio.
Ve, pues, si te satisface
la de que no les admito,
porque el amor no me place,
y el favor no necesito.

CESAR. ¿Eso á mí?

GAB Y antes que te abra
sepulcro, entiende que puedo
abismarte con un dedo
como con una palabra.

CESAR. Decidmela.

GAB No la esperes.

CESAR. Pues bien, quiero en mi despecho
ser ó muerto ó satisfecho.

(Don César desenvaina su espada, yendo contra Gabriel. Éste desenvaina la suya poniéndose en guardia, en cuyo punto aparece Aurora.)

GAB. Sea, pues, que tú lo quieres.

ESCENA XIV

GABRIEL, DON CÉSAR y DOÑA AURORA; después DON RODRIGO

AUR. ¡Tenéos!

CÉSAR. Todo es en balde.

(La puerta del fondo se abre de repente y sale don Rodrigo, detrás del cual se ven cuatro soldados con mosquetes en la parte exterior de la puerta. Gabriel baja su espada dando un paso atrás, con tal rapidéz, que el juez no pueda tener tiempo de apercibirse de que estaba en guardia.)

ROD. En nombre del rey.

GAB. ¿Qué es eso?

ROD. Gabriel Espinosa, preso sed.

GAB. Lo estoy, señor alcalde.

ROD. ¿Cómo?

GAB. Ese mozo, sintiendo
que aún en vela andaba yo,
por esa ventana entró,
que me fuera temiendo:
hallándome en pié y armado,
darme á prisión me intimaba,
y mi espada le entregaba
cuando vos habéis entrado.

ROD. Vuestras armas y equipaje
quedan embargados. —De él (Á don César.)
y ellas te encargo. Gabriel
Espinosa, vuestro viaje
no os es dado continuar
hasta que duda no quede
de quien sois.

GAB. Su merced puede
cuando guste comenzar
sus indagaciones.

ROD. Luego
interrogar me es preciso
testigos; mas ya os lo aviso,
preso estáis.—Con él te entrego
(Á don César.)
aquella mujer.

GAB. Señora
se dice, alcalde: esta dama
noble es cual vos, y se llama
por buen nombre doña Aurora.
ROD. Si es dama y noble, después
lo sabremos.
GAB. ¡Quiera Dios
que no os pese luégo á vos
saberlo!
ROD. Excesiva es
vuestra arrogancia.
GAB. No tanta
como tener con vos puedo.
ROD. Nadie á mí me infunde miedo.
GAB. Pues á mí nadie me espanta.
Conque adelante.
ROD. Adelante.
Vos á ese cuarto, señora,
y vos dad la espada ahora
al capitán.
GAB. Al instante.
Ahí la tenéis; y os suplico,
(Alargando la espada sin soltarla.)
joven, que si no os enoja,
me la guardéis, que es la hoja
buena y el puño muy rico.
(Gabriel entrega su espada á don César, quien al mirarla exclama asombrado.)
CESAR. ¡Jesús!
GAB. Ved con atención
su primor.
CESAR. ¡Corona real
tiene el pomo!
GAB. Y el tazón
las armas de Portugal.
ROD. ¡Hola! pondréis á mi alcance
cómo hubisteis esa espada.
GAB. Dadlo por cosa alcanzada:
la compré en Cintra de lance.
ROD. (Acercándose y viendo la espada que tiene don César.)
¡Prenda regia!
GAB. ¡Por San Juan!

yo lo creo: como que es
prenda de un rey portugués:
fué del rey don Sebastián.

ROD. (A don César, aparte.)
(César, guárdale por Dios;
porque si se huye perdemos
la cabeza ambos á dos.

CESAR. (Ya lo sé.)
(Vase don Rodrigo por la puerta del fondo.)

ESCENA XVII

GABRIEL y DON CÉSAR

Don César va á acercarse á Gabriel con precipitación: éste le contiene con un gesto.

GAB. No hagáis extremos,
que os perdéis.

CESAR. ¿Pero sois vos...?

GAB. ¿Quién?

CESAR. Él.

GAB. Porfiado estás.

CESAR. Pero...

GAB. ¿Y si fuese quizás?

CESAR. Muriera por vos, señor.

GAB. Dormir un poco es mejor.
Dejad á Dios lo demás.
(Vase por la izquierda, dejando á don César estupefacto.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

NOTA.

Las escenas quinta, sexta, séptima, décima y undécima de este acto segundo, no hubieran podido ser terminadas por mí, sin el eficáz auxilio de mi amigo D. José María Diaz, que me ha ayudado á escribirlas, sacándame generosamente del atolladero en que me tenian metido las dificultades de su desempeño. Las variaciones, inversiones y adiciones que después han sufrido, las han dejado tales, que ni el Sr. Díaz ni yo seríamos probablemente capaces de distinguir en ellas los versos que á cada cual pertenecen: yo no debo sin embargo apropiarme la parte que no me corresponde de estas escenas; y si por ventura nuestra el público las aplaude, el Sr. Diaz tiene derecho á sus aplausos; lo que se complace en decir publicamente su mejor amigo,

José Zorrilla.

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

DON CÉSAR, aparece sentado y meditabundo.

Dijo bien: no pertenece
á la tierra el sér de ese hombre.
Me fascina, me enloquece.
¡Que en derredor de su nombre
gira el mundo me parece!
Sí: de cuanto le rodea
es el eje, el punto fijo,
todo lo demás voltea
en torno suyo. Me dijo
que iba á dormir, pero vela;
no he cesado de sentir
sus pasos, por más cautela
que puso al ir y venir
por su aposento. Recela
que le sorprendan: previene
cauto el porvenir, y pienso
que entre su equipaje tiene
objetos que le conviene
no mostrar. ¿Es él? ¡Inmenso
riesgo corre!... ¿y si no es?
¡Ay de mí! Siempre es de Aurora

padre, hermano... algo... Á través
doy con todos me devora
la impaciencia... Llamo, pues.
(Llama á la puerta por donde se fué Gabriel en la última escena del acto primero.)

ESCENA II

DON CÉSAR y GABRIEL

GAB. ¿Qué me queréis?
CESAR. Advertiros
de que mi padre el alcalde
vendrá pronto.
GAB. Será en balde.
CESAR. No lo será el preveniros,
que toda la noche ha estado
declaraciones oyendo
de gentes que ha ido prendiendo.
GAB. Pues el tiempo ha malgastado.
CESAR. Vuestra situación es grave.
GAB. Lo sé.
CESAR. Quizás un proceso...
GAB. Vuestro padre anda ya en eso.
CESAR. ¿Culpado saldréis?
GAB. ¿Quién sabe?
CESAR. Mi padre es hombre tenáz.
GAB. ¡Pues á buena parte viene!
CESAR. Es que tal vez os condene.
GAB. Cumplo la pena, y en paz.
CESAR. Mas si antes que vuelva él
hacer prevención alguna,
os importa...
GAB. ¿Á mí? Ninguna.
CESAR. ¡Señor!
GAB. Llamadme Gabriel.
CESAR. Vos lo dijisteis: secreto
nos liga un nudo á los dos,
y siento á un tiempo por vos
inclinación y respeto.
Quisiera una prueba hallar
irrecusable que daros

de mi fe para obligaros
sin recelo á confiar
en mí.

GAB. ¡Vaya! ¡Estáis chistoso
por Dios! En este aposento
queríais hace un momento
atravesarme furioso,
¿y ahora mi confianza
conquistaros pretendéis
con ofertas? Ya sabéis
que la razón se me alcanza
de esa simpatía oculta
que me tenéis: y á respeto
muéveos solo mi secreto,
que vuestra aprensión ahulta
tanto, que seguis mi viaje
vos, y á atajarle se arroja
el juez, porque se os antoja
que soy un gran personaje.

CESAR. Las apariencias están
por ahora en contra vuestra.

GAB. Pues la verdad se demuestra
con la verdad, capitán.

CESAR. Pues bien: antes que un proceso
entable el juez contra vos,
valiera más, ¡vive Dios!...

GAB. ¿Que me diera por confeso
yo mismo; que haciendo justo
del juez el empeño, diera
por supuesto que yo era
no sé quién, y por dar gusto
él al rey, y diversión
al populacho, me ahorcara
y Aurora por vos quedara?
¿Es esta vuestra cuestión?

CESAR. No así abuséis imprudente
de ese misterioso influjo
que á respeto me redujo
para con vos, é insolente,
mi lealtad y mi amor
ultrajéis: ésta es sincera,
y mi pasión verdadera.

señor.

GAB. ¡Dale con señor!
Vos sois noble y yo villano:
vos sois gentil caballero
y yo humilde pastelero:
decid Gabriel liso y llano.

CESAR. Me vais á desesperar.

GAB. Y vos me vais á aburrir.

CESAR. ¡Vos obstinado en fingir!

GAB. ¡Vos empeñado en hablar!

CESAR. ¿Pronto á todo, fascinado
que estoy, por vos no miráis?

GAB. ¿Y os mando yo que tengáis
de mi porvenir cuidado?

CESAR. Una palabra tan sólo.

GAB. ¿Vais á volver á lo mismo?

CESAR. De esperanza en este abismo
dadme un rayo.

GAB. ¿Cuál?

CESAR. Sin dolo,
prometedme responder
á una pregunta.

GAB. Si puedo
responderé.

CESAR. No hayáis miedo
que os pueda comprometer
la respuesta. ¿Sois de Aurora
padre?

GAB. No conoció más
que á mí por padre jamás.

CESAR. ¡Oh! ¡No lo sois!

GAB. En buen hora
que no lo soy os diré;
mas de este arcano la llave
tengo sólo.

CESAR. ¿Ella no sabe?...

GAB. Nunca se lo revelé.

CESAR. ¿Y la amáis?

GAB. Mucho; quizás
mucho más de lo que debo.

CESAR. ¿Conque la guardáis?...

GAB. ¡Mancebo!

CESAR. Si, para vuestra.
GAB. Jamás.
Pero tened desde aquí
y para siempre entendido,
que es mujer que no ha nacido
para vos ni para mí.
CESAR. ¡Cielos!
GAB. De toda esperanza
despedios.
CESAR. ¿Ofrecida
está á Dios?
GAB. No: está elegida
para prenda de venganza.
CESAR. ¿Vuestra?
GAB. Yo no voy en pos
de venganzas.
CESAR. ¿Es quizás
de su familia?
GAB. De más
arriba.
CESAR. ¡Del rey!
GAB. De Dios.
CESAR. (¡Imposible atar un cabo!
¡Su sér parece que abarca
con altivéz del monarca
la abnegación del esclavo!)

ESCENA III

DON CÉSAR, GABRIEL y un ALGUACIL

ALG. Su señoría el alcalde
don Rodrigo.
CESAR. En el momento
volved á vuestro aposento.
GAB. La entrevista será en balde.

ESCENA IV

DON CÉSAR y DON RODRIGO

ROD. ¿Seguros ambos?

CESAR. Seguros,
señor.
ROD. Todo lo recelo
de él, que es audáz.
CESAR. Sin embargo,
no temáis ningún extremo.
ROD. ¿Le has hablado?
CESAR. Sí, un instante.
ROD. ¿Y qué dice? ¿Vuestra miedo
de la justicia?
CESAR. Ninguno.
ROD. ¿Bravea, eh?
CESAR. Nada de eso,
tranquilo está; tal vez tiene
de justificarse medios.
ROD. Imposible: en contra suya
tengo datos manifiestos.
CESAR. ¿Sabeis ya?...
ROD. Nada. Hilo á hilo
voy la madeja cogiendo.
Parece que hay en la vida
de ese hombre tantos enredos,
que sólo á fuerza de maña
y paciencia, deshacerlos
es posible Mas no es
lo que me trae más inquieto
lo intrincado del negocio,
que el laberinto estoy hecho
á recorrer de las leyes:
acósame el alma empero
una agitación, que no
sé distinguir con acierto,
si es afán ó repugnancia,
si es duda ó presentimiento.
Hay un punto de la historia
de ese hombre, cuyo misterio
del tiempo de mi mayor
pesar me trae un recuerdo.
CESAR. ¿De cuándo?
ROD. Tú no lo sabes:
eras aún pequeñuelo.
Luégo estas causas políticas

de Portugal, me trajeron
siempre desgracias. Parece
que el destino con empeño
fatal para mí, me pone
portugueses siempre en medio
de mi camino. Seis años
anduve por aquel reino
en comisión especial
los rebeldes persiguiendo,
y como todos conspiran
contra el rey y su gobierno,
yo soy allí detestado.

CÉSAR. ¿Fuísteis quizá muy severo?

ROD. Fuí de Felipe segundo
leal servidor. Tan terco
como ellos en resistirse,
fuí yo en desplomar sobre ellos
todo el rigor de las leyes,
y á fe que no me arrepiento.
Rebeldes eran: cumplí
con mi obligación: mas tengo
todavía que volverles
cierta partida, y si puedo
quedarán tan bien pagados
como yo bien satisfecho.
Mas las horas vuelan, César,
déjame aquí con el preso.
Guarda esa puerta por fuera
y si llamo, acude presto.

ESCENA V

DON RODRIGO DE SANTILLANA

Las diligencias primeras
terminaron, y el proceso
está entablado. ¡Malditos
portugueses!... ¡Qué de enredos!
Dieciséis, y gente toda
de probidad, de respeto
y hasta de ciencia, declaran
que en el fondo de su pecho

existe la convicción
de que el trágico suceso
es falso, y que están seguros
de que en África no ha muerto.
Unos en Cintra le han visto,
y en Cintra fué donde él mesmo
dijo que compró su espada.
Otros cruzando le vieron
el Tajo una tarde: el fraile
dice que en su monasterio
le rezó él mismo una misa
antes del alba, y á esto
para obligarle, del Papa
le mostró bula, y que cierto
está de que él era: y todos
afirman con juramento,
que fueron á Madrigal
y que le reconocieron.
Ahora bien, señor alcalde,
pise su merced con tiento,
que es la tierra escurridiza.
Ó es él, ó no: en los decretos
de Dios todo cabe, y todo
cabe en los humanos yerros.
Si en verdad es él, alcalde,
no será en verdad muy cuerdo
ahorcarle sin dar al rey
de todo aviso primero.
Si es un impostor... también
le avisaré, y á lo menos
si se yerra, entre los dos
el error compartiremos.

ESCENA VI

DON RODRIGO y GABRIEL

ROD. ¡Hidalgo!
GAB. Mas alto pico.
ROD. ¿Caballero?
GAB. Todavía

más alto.

ROD. Su señoría
me excuse si no le aplico
su título verdadero:
mas hablemos un instante,
y de hoy para en adelante
no erraré en él: porque espero
que aquí, y á solas los dos,
me diréis la gerarquía
que ocupáis.

GAB. Su señoría
espera bien: pues por Dios,
que sabiendo yo quién es,
debo de hablar sin reparo.

ROD. Eso quiero, que habléis claro.

GAB. Ya veréis.

ROD. Decidme pues,
señor Gabriel.
(Don Rodrigo va á sentarse á la mesa.)

GAB. Un momento,
señor don Rodrigo.

ROD. ¿Qué?

GAB. ¿Vais á sentaros?

ROD. Si á fe. (Se sienta.)
(Gabriel trae con mucha calma una silla, y la coloca frente á la mesa de don Rodrigo.)
¿Qué hacéis?

GAB. Lo mismo; me siento.

ROD. Yo soy alcalde de córte.

GAB. Sí: mas no sabéis quién soy
yo, y si mal ó bien estoy
sentado ante vos.

ROD. ¿Del porte
audáz de que usáis conmigo,
buenas razones supongo
que me daréis?

GAB. Me propongo
hacerlo así.

ROD. Pues prosigo.

GAB. Seguid.

ROD. La duda primera
que al escucharos me asalta,

es la de que nombre os falta
digno de vuestra alta esfera.

GAB. Lo tengo.

ROD. Pues no lo sé.

GAB. Gabriel Espinosa.

ROD. ¿Un tal
pastelero en Madrigal?

GAB. Sí.

ROD. Pues ponéos en pié,
señor pastelero. (Gabriel se levanta.) Así:
ante el juez sólo se sienta
quien altos títulos cuenta.

GAB Como me sucede á mí. (Se vuelve á sentar.)

ROD. (Ap.) (Ir le tengo de dejar
por donde quiera, y á ver.)

GAB. (Ap.) (Pienso que mi proceder
le empieza á desconcertar.)

ROD. ¿Pues cómo oficio tan bajo
siendo tan alto elegís?

GAB. Por vivir, cual vos vivís
de la ley, de mi trabajo.

ROD. Mas mi toga y aranceles
no deshonran.

GAB. No á fe mía:
pero yo hacer no sabía
otra cosa que pasteles.

ROD. (No es lerdo el señor Gabriel.)

GAB. (Astuto es el don Rodrigo.)

ROD. (Por aquí nada consigo,
pero yo daré con él
en tierra al fin.) ¡Caballero!

GAB. Mandad.

ROD. Una relación
que os llamará la atención
contaros quisiera.

GAB. Espero
que será por lo galana,
lo discreta y lo curiosa,
la invención más ingeniosa
del señor de Santillana.

ROD. Pues oid. Buen capitán,
más que rey, de fe tesoro,

allá en las playas del moro
murió el rey don Sebastián.
¿Supongo que de una historia
tan pública, oísteis algo?

GAB. ¡Si viérais qué poco valgo
en esto de la memorial

ROD. En vuestro horno no me extraña
que estéis de noticias falto.

GAB. Sé que á su muerte de un salto
pasó Portugal á España.

ROD. Justo: mas hoy los noveles
vasallos, por sacudir
sus leyes, dan en decir
á los pueblos á ellas fieles,
que ha sido una usurpación,
y pregonan de concierto
del rey en África muerto
la fausta resurrección.

GAB. ¡Oiga! no está mal pensado.

ROD. No, mas la dificultad
era el dar en realidad
con el rey resucitado.
Buscósele con esmero,
y hallóse por toda cosa,
un tal Gabriel Espinosa,
en Madrigal pastelero.

GAB. Vamos, ya caigo; el error
de esta semejanza mia,
hizo á vuestra señoría
creer que soy...

ROD. (Interrumpiéndole.) Un impostor.

GAB. ¿Quién lo dice?

ROD. Yo lo digo,
y el rey Felipe y el mundo
entero.

GAB. Pues miente el mundo
y el rey, y vos, don Rodrigo.

ROD. Inútil es vuestra audacia;
testigos tengo allá fuera
que os acusan por do quiera
por impostor.

GAB. ¡Vaya en gracia!

mas permitid que os arguya:
para llamarme impostor,
esa impostura, señor,
ha de ser mía y no suya.
¿Y dónde hay hombre capáz
de jurar que he dicho yo
que era el rey?

ROD. Vos mismo, no.

GAB. Entonces dejadme en paz.
Si yo me parezco á un rey
y el vulgo por rey me tiene,
citar al vulgo os conviene,
pero no á mí, ante la ley.

ROD. ¡Espinosa!

GAB. Don Rodrigo,
aunque en leyes sois muy ducho,
os falta que aprender mucho
para habéroslas conmigo.
¿Cree, buen juez, vuestra altiveza,
que á ser yo el que habéis pensado
estaríais vos sentado
(Don Rodrigo se levanta y se descubre conforme va hablando Gabriel.)
y cubierta la cabeza?
Rodrigo de Santillana,
á ser yo el que habéis creído,
hubiérais vos ya salido,
¡vive Dios! por la ventana.

ROD. ¡Por quien soy que me ha turbado.
¿Si contarán con razón
lo de la resurrección?)

GAB. (¡Pobre juez!)

ROD (No habría osado
palabras tan arrogantes
decir.) Señor... Si en mal hora...

GAB. Ni tan bajo como ahora
ni tan alto como antes.

ROD. (Tanta majestad me asombra.)
Gabriel, quien quier que seáis,
manda en mí el rey que digáis
quién sois en fin.

GAB. Una sombra;

y porque acabemos, voy,
y afanes para excusaros,
señor Santillana, á daros
cuenta exacta de quién soy.
Nací donde quiso Dios:
si de noble raza, bien
se demuestra en mí: de quién,
me importa callar, y á vos
saber de mí no os importa;
prestadme, empero, atención;
pues va á ser mi relación
cuanto complicada, corta.
Apenas cumplí la edad
que se llama juventud,
con loca solicitud,
con ciega temeridad,
abandoné mis hogares
y en más remoto hemisferio,
dueño del mayor imperio,
pirata fuí de los mares.
En ellos, profundo osario
de cien bajeles, guerrero
alcé mi estandarte fiero
de Asia y Europa corsario,
y amontoné más tesoros
que guarda el mar en su centro
y arenas quemadas dentro
de sus desiertos los moros.
Ebrio con tanta riqueza
dejé mi gente y la mar,
queriendo en tierra ostentar
mi valor y mi grandeza,
y con el nombre supuesto
de marqués de Mari-Alba,
al lado del duque de Alba
gané en sus glorias un puesto
y en la cabeza esta herida; (La muestra.)
bien es que al que me la abrió,
con mi espada le abrí yo
las puertas de la otra vida.

ROD. No os daria poca pena
después.

GAB. ¡Fué un fatal desliz!...
ROD. No es mala la cicatríz (Mirándole á la frente.)
GAB. La cuchillada fué buena.
No me tendió sin embargo:
el furor me mantenia,
y combatí todavía
hasta caer, tiempo largo.
Mas harto al fin del oficio
de lidiar en tierra firme,
licencia para salirme
por entonces del servicio
al duque de Alba pedí:
diómela el duque cortés,
y vedía. (Le da un papel.)
ROD. Su firma es:
para el Marqués...
GAB Para mí.
Dí, pues, vuelta hacia la corte,
sirviéndome mucho en ella,
primero mi buena estrella,
después mi lujoso porte.
Por ese tiempo, de vos
nadie hablaba todavía,
y á mí el rey me recibia
con grande amistad.
ROD. (¡Gran Dios,
entonces fué cuando vino
el monarca portugués
á Castilla! ¡Será, pues,
este hombre!) ¿Quién previno
más festejos á usarced?
GAB. No hay por qué ocultarlo al fin:
el conde de Medellín
con tantos me hizo merced,
que corresponder no supe,
como era mi obligación.
ROD. ¿Y os tuvo tal atención
en Madrid?
GAB. No, en Guadalupe.
ROD. ¿En ese pueblo?
GAB. Sí tal.
ROD. No recuerdo de que allí ..

GAB. Al rey de España en él vi
junto al rey de Portugal.
Después... abrid, Santillana,
un paréntesis aquí.
y poned en él de mí
cuanto mal os diere gana.
Básteos saber, don Rodrigo,
que perdí mi oro y mi gloria
sin que una buena memoria
me quedara, ni un amigo.
Por tierra extranjera anduve
errante como un bandido,
y el pan que en ella he comido
que mendigármelo tuve.
¿Mas el desengaño al fin,
qué ánimo feróz no doma?
Llegué arrepentido á Roma
remando en un bergantin.
Visité á Su Santidad:
confesión le hice de todo,
y el Santo Padre halló modo
de absolverme en su piedad,
dándome por penitencia
de los pecados sin cuento
que abrasan mi pensamiento
y me abruman la conciencia,
que emprendiera el viaje entero
del Santo Sepulcro á pié.
ROD. ¿Y lo hicisteis?
GAB. Por la fé
lo juro de caballero.
Y aún fué más: su Santidad
me ordenó que renunciara
mi gerarquía y que echara
mi nombre en la eternidad.
Hé aquí por que no os lo digo.
Penitente le arrojé
dentro de ella, y le olvidé
para siempre, don Rodrigo.
ROD. ¡Interesante proemio!
y á ser tan cierto. .
GAB. Lo es tanto,

que tengo del Padre Santo
por testimonio y por premio
esta bula. Me conviene
que la leáis. (Le da otro papel.)

ROD. Os la tomo.
No está vuestro nombre.

GAB. ¿Y cómo,
si á quien se dió no le tiene?

ROD. Proseguíd.

GAB. Mi protector,
el Papa, en sus santos juicios,
utilizar mis servicios
imaginó, y fiador
constituyéndose mio,
me envió á un poderoso Estado,
que al verme tan bien fiado
fió un bajel á mi brio.
Venecia fué nuevamente
del corsario protectora:
ved de tan noble señora,
don Rodrigo, la patente. (Le da otro papel.)
Volví al mar: del africano
las costas guardando anduve,
y en un combate que tuve
los dos dedos de esta mano
perdí; mas su nave, hundida,
cogí á mi enemigo preso.
La mano llevo por eso
siempre en el guante metida.
El rumbo á Venecia dí
contento, cuando topé
con un barco de no sé
qué argelino: resolví
abordarle, y por despojo
de esta sangrienta jornada,
rescaté una desgraciada
niña, á quien con noble arrojo
defendía un pobre anciano,
y á quien según esperaba,
iba á vender por esclava
el argelino inhumano.

ROD. ¿Y esa niña es doña Aurora?

GAB. Que pasa por hija mia.
ROD ¿Familia, pues, no tenía?
GAB. Y tiene.
ROD. ¿Por qué hasta ahora
no se la habéis vos devuelto?
GAB. Necesito presentar
documentos que probar
puedan que es ella, y resuelto
estoy conmigo á guardarla
mientras tanto.
ROD. ¿Y dónde están
los documentos?
GAB. Vendrán
muy pronto: porque entregarla
mucho á su padre me importa.
ROD. Pensáis que él os dé...
GAB. Al contrario:
las riquezas del corsario
son para ella.
ROD. Porción corta
no será.
GAB. ¡No habrá á fé mia
quien competirla pretenda!
millones tiene en hacienda,
millones en pedrería.
ROD. ¿Dónde?
GAB. En Venecia.
ROD. ¿Estarán
en el poder?...
GAB. Del Estado:
es ahijada del senado
serenísimo, y tendrán
que devolvérsela salva
sus parientes á Venecia,
rica y libre cual la precia
el Marqués de Mari-Alba.
Ya nuestra historia sabéis;
á qué vine á Madrigal
y á qué voy á Portugal,
indagadlo si podéis.
Ni sabréis de mí otra cosa,
ni nadie más de mí sabe.

Sólo Dios tiene la llave
del corazón de Espinosa;
y si más de lo que digo
saber importa á la ley,
llevadme á Madrid, el rey
me conoce, don Rodrigo.

ROD. (Su altivéz en confusión
me pone, y su majestad
me asombra. ¿Será verdad
lo de la resurreción?
Si miente, lo hace con tal
aplomo y con tanta fe,
que á poco más le daré
por el rey de Portugal.
Mas no ha de quedar por mí:
yo he de apurar este arcano:
no dirán que de un villano
impostor juguete fuí.)

(Llama don Rodrigo y habla en secreto con un alguacil que se vuelve á marchar.)

GAB. (¿Secretos con el ministro
de justicia? Estoy al cabo:
tenemos careo: alabo
por sorprendente el registro.)

ESCENA VII

DON RODRIGO, GABRIEL, y el MARQUÉS DE TAVIRA. Gabriel se aparta á un lado y, contándose, se mantiene en toda esta escena dando la espalda al Marqués.

ROD. Señor Marqués, perdonad
si cumpliendo obligaciones
de juez...

MARQ. Vuestras atenciones
os agradezco en verdad:
pero advertid que mañana
quiero dejar á Castilla,
y que el mesón de una villa
no es el lugar, Santillana,
que me conviene: os prevengo
que hombre soy muy principal.

y de todo Portugal
la sangre más limpia tengo.

GAB. (Ap.) (Si mi mente no delira,
por Dios, que está en mi presencia
la hinchada magnificencia
del buen marqués de Tavira.)

ROD. No os he de faltar en nada:
mas quiero que me digáis
sin doblez, cuanto sepáis
de aquella fatal jornada
de África: corre el rumor
por ahí de que no es cierto
que don Sebastián ha muerto;
y aun hay algún impostor
que usurpa su augusto nombre.

GAB. (Mirándole.) (Y el gesto y el ademán.
¡Pobre rey don Sebastián
si en manos cae de ese hombre!)

ROD. Conque decid, ¿es verdad
que en África el rey murió?
que allá estuvisteis sé yo
con toda seguridad.
Hablad: marqués de Tavira,
vuestra nobleza es notoria:
no echéis en su ejecutoria
el borrón de una mentira.

MARQ. Inexperto capitán,
de mi edad en el vigor
esclavo fué mi valor
de mi rey don Sebastián.
Juntos un mismo bajel
á tierras del africano
nos llevó; como un hermano
al combate fuí con él.
Un mar de sangre corrió:
pero al partirse, la suerte
sólo el baldón y la muerte
á nosotros nos tocó.

GAB. (No sé por qué la memoria
de ese lance me enternece
y me irrita: no parece
sino que cuentan mi historia.)

MARQ. El rey, que escudo y celada
tiró para más grandeza
de valor, en la cabeza
recibió una cuchillada
tal, que la frente serena
le rajó hasta la nariz.
ROD. (A Gabriel.) ¡No es mala esa cicatriz!
GAB. La cuchillada fué buena.
Seguid. (Al Marqués.)
MARQ. El rey, nuevo Marte
de tan sangrienta jornada,
continuó rota la espada
defendiendo su estandarte,
hasta que el filo fatal
de un yatagán africano,
segó de su izquierda mano
dos dedos
ROD. (A Gabriel.) Si no oí mal,
me habéis dicho...
GAB. (Con calma y sin volverse.) Que perdí
dos dedos en un combate
naval.
ROD. Marqués, el remate
de la batalla.
MARQ. Caí
bajo un hachazo á los piés
de mi rey... y no ví más;
perdí el sentido.
ROD. Quizás
al recobrarlo después...
MARQ. Ya no le hallé: con la luna
tomé del mar el camino.
maltratado peregrino,
caballero sin fortuna,
llevando en el corazón
el recuerdo de una hazaña,
que será, no para España,
para su rey, un baldón.
ROD. ¡Señor marqués de Taviral
esa frase infamatoria...
MARQ. No tendrá mi ejecutoria
el borrón de una mentira.

ROD. Conque en fin, ¿el rey murió?
MARQ. No lo sé, ¡por vida mia!
Si lo supiera os diría,
señor alcalde, que no.
ROD. (Al Marqués, llevándole aparte.)
¿Buena memoria tenéis?
MARQ. Buena.
ROD. ¿Y vista?
MARQ. Perspicáz.
ROD. Si vive y le veis, ¿capáz
de conocerle seréis?
MARQ. ¡Si vive habéis dicho!
ROD. Si.
MARQ. ¿Tenéis, pues, noticias de él?
ROD. ¿Recibísteis un papel
anónimo?
MARQ. Recibí
uno ayer.
ROD. ¿Y qué os decia?
MARQ. Las señas de un personaje
me daban, que iba de viaje
y aquí á hospedarse vendria:
mandábanme á un comerciante
que me daria dinero
para pagar del viajero
el gasto, y que en el instante
fuera á cobrarlo y corriera
con el pago, y tras el tal
viajero hacia Portugal
la vuelta sin falta diera.
ROD. ¿Y cobrásteis?
MARQ. Si cobré.
ROD. ¿Y pagásteis
MARQ. ¿Pues cobrado
por mi, no fuera pagado?
ROD. Perdonad; ¿é iréis?
MARQ. Iré.
ROD. ¿Luego sabéis de quién es
el anónimo?
MARQ. Aunque no
lo sé, jamás me engañó
en uno.

ROD. ¿Os ha escrito, pues, otros?
MARQ. Varios.
ROD. Sobre asuntos...
MARQ. Secretos.
ROD. Mas ¿ciertos?
MARQ. Sí.
Siempre que salieron, ví
ciertos en todos sus puntos.
GAB. (AP.) (¡Con famosos servidores
cuenta el rey don Sebastián!
¡Pobres reyes! ¡siempre dan
con tontos ó con traidores!)
MARQ. Si he concluido, no es cosa
de estarme aquí sin provecho.
ROD. Perdonadme que aún insista:
mas ya que memoria y vista
tenéis, de ese hombre en acecho
estad, y del rey en nombre
os mando decir, Marqués,
si le conocéis, quién es.
GAB. (AP.) (Santillana es todo un hombre.)
MARQ. (AP.) (¡Qué diablos de juego es este?
¡Posición más engorrosa!)
ROD. (A Gabriel.) Señor Gabriel Espinosa,
permitid que os manifieste
que habéis descortés andado
con el Marqués de Tavira,
que está mirandoos con ira.
GAB ¿Se lo habéis vos ordenado?
ROD. Ved que son los portugueses
quisquillosos: despedidle
al menos: vamos, decidle
cuatro palabras corteses.
GAB. Voy, pues, que vos lo queréis.
ROD. (Yo apuraré la mentira.)
GAB. ¿Señor Marqués de Tavira?
MARQ. ¡Jesucristo!
GAB. ¡Qué tenéis!
MARQ. ¡Señor.... sois vos... aún vivís!
GAB. ¡Si vivo! ¿pues no lo veis?
¡pero qué diablos decís!

MARQ. ¡Ese gesto, ese ademán,
esa voz, ese semblante
que no olvidé ni un instante!
Es el rey don Sebastián, (Cae de rodillas.)
GAB. ¡Imbécil! ¿á ser de cierto
don Sebastián, no reparas
que antes que me delataras
á mis piés te hubiera muerto?
MARQ. ¡Jesús!
GAB. ¿Señor Santillana,
que sé, daréis por supuesto,
que sois vos quien me ha dispuesto
una farsa tan villana?
ROD. ¡Yo! ¡farsa!... ¿y con qué interés?
GAB. Salta á los ojos: es fuerza
que ya la opinión se tuerza
del buen pueblo portugués.
Interesa á un impostor
ahorcar porque más en él
no espere, y soy yo, Gabriel,
el que os parece mejor.
Ya veis que os he comprendido.
Vos y ese hombre los traidores
sois aquí y los impostores:
con él estáis convenido.
ROD. ¡Yo!
GAB. Traedme otro marqués
como ese: aunque sean doce.
Ni ese sandio me conoce,
ni es noble ni portugués.
(Gabriel se mete desenfadadamente en su cuarto, dejando estupefactos al Marqués y á don Rodrigo.)

ESCENA VIII

DON RODRIGO y el MARQUÉS DE TAVIRA

ROD. Ese hombre me va á volver
el juicio á mí. ¡Por mi vida
que está buena la salida!
no me queda más que ver.
Mas me pone en confusión

su aplomo, su majestad
y su audacia... ¿habrá verdad
en esta resurreción?

MARQ. Sandio dijo... sandio soy,
mas contenerme no pude.

ROD. ¿Es él?

MARQ. No habrá quien lo dude.

ROD. ¿Estáis seguro?

MARQ. Lo estoy.

ROD. ¿Engañado no os habrán
vuestro error y su apariencia?

MARQ. No.

ROD. ¿Jurárais en conciencia?...

MARQ. Que es el rey don Sebastián.

ROD. (Llamando.) El capitán Santillana.

ESCENA IX

DON RODRIGO, el MARQUÉS y DON CÉSAR

ROD. Ruégoos que me perdonéis,
señor Marqués, mas me obliga
mi deber á hacer que el viaje
suspendáis.

MARQ. (Ya no podria
continuarle: ya le he visto
y á verle nada más iba.)

ROD. (Escucha, César.) (Aparte á don César.)

CESAR. (Decid.)

ROD. Antes de que apunte el dia
deben de partir los presos.

CESAR. ¿Adónde van?

ROD. Á Medina
del Campo.

CESAR. ¿Pues qué razones
hay?

ROD. Dos: aquí la atrevida
audacia de algunos pocos
que mucho á Gabriel estiman,
pudiera hacer un arresto
y burlar á la justicia.

CESAR. ¿Sabéis pues?...

ROD. Yo nó sé nada.
La situación se complica
de tal modo, que no hay ciencia
ni sagacidad que sirvan
para dominarla. Doña
Ana de Austria, sobrina
del rey y abadesa ahora
de las monjas Agustinas
de Madrigal, y otras muchas
personas como ellas dignas
de respeto, es menester
que declaren. En la villa
de Madrigal peligroso
fuera instalarme: en Medina
hay cárcel segura, estoy
casi á la distancia misma
de aquí que de Madrigal,
y hay algunas compañías
de arcabuceros.

CESAR. ¿Pues tantas
precauciones son precisas?

ROD Todas son pocas tratándose
de una cabeza proscrita,
que puede hacer la desgracia
de toda una monarquía.
Tú le escoltarás, y luégo
partirás á toda prisa
á la corte, para el rey
con una consulta mia.
Voy á mandar las literas
traer, y estar prevenida
la escolta que has de llevar.
César, la más exquisita
vigilancia ten: con ellos
vas guardando nuestras vidas.
Adiós. Seguidme si os place,
señor Marqués de Tavira.

ESCENA X

DON CÉSAR; después DOÑA AURORA

Don César aguarda á que se vayan don Rodrigo y el Marqués; escucha un momento á la puerta del fondo y va á abrir la primera de la izquierda, donde está el cuarto de doña Aurora, llamándola con precaución.

CÉSAR. Aurora... Aurora... cerráronla
en la cámara vecina,
sin duda porque no oyera
lo que en esta sucedía.
(Entra y vuelve á salir con doña Aurora.)
Venid, Aurora.

AUR. ¿Qué pasa,
capitán, que así os obliga
á llamar? (Don César cierra la puerta del fondo.)
¿A qué cerráis
las puertas con tanta prisa?

CÉSAR. ¡Aurora, Aurora! Esta casa
es ya una cárcel sombría
para vosotros.

AUR. ¡Dios mío!
¿qué decís?

CÉSAR. De la justicia
en poder estáis. Gabriel
con pertinacia inaudita
se obstina en callar, é inútil
todo es con él. Ni le obligan
las ofertas, ni le mueven
los ruegos, ni le dominan
las amenazas. Impávido
hacia el abismo camina
con el semblante sereno
y en los labios la sonrisa,
cual si pudiera de un soplo
disipar la enfurecida
tempestad en que sin rumbo
va la nave de su vida.

AUR. Capitán, es inflexible:

sus acciones son siempre hijas
de una decisión resuelta
y de una convicción íntima,
y no cede.

CESAR. Pues os lleva
esa condición altiva,
hoy antes que raye el alba,
á la cárcel de Medina
bajo mi custodia.

AUR. ¿Entonces?...

CESAR. Ya os he dicho que no había
ley ni deber que valiera
para mí lo que una mínima
insinuación vuestra. Habladle
vos, que sois su amor,—su hija:—
habladle y decidle: «huyamos:
don César nos facilita
la fuga, huyamos...» y huid,
Aurora: y ya que mi vida
por un tenebroso arcano
que vuestro padre no explica,
está, ¡ay de mí! para siempre
de la vuestra dividida,
huid; y al menos debédmela
aunque pierda yo la mía.
Huíd: nada hay que me espante:
seré traidor, si es preciso
la traición para salvaros.

AUR. Dios hará que tal mancilla
sobre vuestro honor no caiga,
(Mira por el hueco de la cerradura del cuarto de Gabriel.)
él va á salir... ¡que me asista
rogad al cielo!... y dejadme
con él. (Vase don César, cerrando la puerta.)
Trae embebida
su alma en los pensamientos
de hiel que le martirizan.
(Sale Gabriel sombrío, los brazos cruzados, sin ver á Aurora, que se ha retirado á un lado, y habla consigo mismo.)

ESCENA XI

DOÑA AURORA y GABRIEL

GAB. Á él solo, sí, desenredar le toca
la peligrosa red que se me tiende;
sólo el rey puede descoser mi boca;
él solo: si me salva ó si me vende,
él con Dios se verá: no es cuenta mía.
Yo acepto mi fortuna, tal cual sea
la que el cielo me dé; mas vendrá un día
en que todo mortal con Dios se vea,
y en aquel día en que de Dios espero
temblar ante el semblante soberano,
yo, de cetro en lugar, tener prefiero
una palma de mártir en la mano.
AUR. ¿Ni una mirada para mí?
GAB. Mi Aurora,
único sol que en mi sombría frente
disipa con la luz de una sonrisa
las nubes del pesar que la ennegrecen,
perdóname si en reflexiones tristes
abismado ante ti pasé sin verte.
Mas, ¿por qué el llanto tu mirada enturbia?
¿por qué la agitación que te conmueve?
¿Qué te asusta, mi bien?
AUR. Riesgos traidores
te acechan por do quier, tal vez la muerte.
¿Y te admira, señor, de que mi llanto
copioso y triste mis mejillas riegue?
GAB. Te engañas.
AUR. Tú: la misteriosa nube
que impenetrable tu existencia envuelve,
es fuerza que hoy ante la ley se rasgue
de un juez, terror de cuantos nobles seres
asilo hallaron nacimiento ó nombre
de Tajo y Miño en las riberas fértiles.
GAB. ¿Quién te lo ha dicho?
AUR. Ya lo sé.
GAB. Pregunto
quién te lo ha dicho.

AUR. El capitán, que tiene
más de leal, de noble y generoso
que tú de franco con quien más te quiere.
GAB. ¡Aurora!
AUR. No receles que mis labios
dejen salir palabras imprudentes,
que á impulso de un amor desatinado
compliquen más la situación presente.
GAB. ¿De don César, al fin, desventurada,
al fuego dió tu corazón albergue?
AUR. Mi corazón entero es de otro hombre
y me son los demás indiferentes:
ni te hablara yo de él en esta hora,
que habrá de ser para los dos solemne.
Yo quiero al capitán porque tú mismo
me viniste á decir: «Aurora, quiérele;»
mas yo le quiero porque tú lo mandas,
porque quiero no más lo que tú quieres.
GAB. Quiérele, Aurora, porque ya es acaso
el solo amigo que tu padre tiene.
AUR. ¡Mi padre, sí: mi cariñoso padre!...
¿no este el nombre que emplear conviene
en esta situación?
GAB. Silencio, Aurora:
que es el encanto de mi vida advierto
ese nombre feliz.
AUR. Pero ese nombre,
dímelo de una vez, ¿te pertenece?
GAB. ¿Quién te lo hizo dudar? ¿Quién te lo dijo?
AUR. La que á tu lado y con placer mil veces
y acaso en busca de la paz perdida,
veló tu sueño y sorprendió inocente
tu secreto.
GAB. ¡Gran Dios! ¿y nada dije
de mi vida anterior? ¿de otros placeres,
de otros tiempos en fin?
AUR. Nada dijiste,
nada, señor: mas aunque dicho hubieres,
en el pecho de Aurora lo enterraras,
que en ti á sufrir como á callar aprende.
GAB. ¡Miserable de mí! porque el misterio
que intentan aclarar oculto quede

siempre en mi corazón, ¿será preciso
que yo mismo la lengua me cercene?)
(Gabriel escucha desde aquí como distraído en sombrías reflexiones.)

AUR. ¡Padre!

GAB. Explícate, Aurora.

AUR. Oye: al impulso
de una curiosidad impertinente,
ó de otro sentimiento inexplicable
que en mí se agita y que en mi alma enciende
la misteriosa luz de una esperanza
lejana, incierta, misteriosa, débil,
cedí, señor, y en la callada noche
mi lecho abandoné... porque á mi mente
mil visiones de amor se amontonaron
en confuso tropel, puras y alegres
como las olas que la mar en calma
sobre sus lomos incansable mece:
como las aves que en el árbol saltan
trinando al son de la escondida fuente.

GAB. Prosigue, Aurora.

AUR. Abandoné mi lecho,
y al tuyo me acerqué, como quien teme
ser sorprendido en criminal intento
por un extraño que á su lado duerme.
Tu faz un punto contemplé, y mi labio
un óbsculo filial puso en tu frente.
¿Me oyes, Gabriel?

GAB. Prosigue, Aurora mía,
tu voz la voz de un ángel me parece.

AUR. Al contacto sutil del labio mío
sonreíste, señor; y tu voz débil
oí que el nombre mío murmuraba
entre esos ayes con que el mal divierte
de una pasión, el que vivió en el mundo
secretos hondos ocultando siempre;
y entonces supe por la lengua misma
que hablar en sueños indiscreta suele,
que si es la tuya misterioso arcano,
espesa sombra mi existencia envuelve.

GAB. ¿Y entonces?

AUR. Me aparté ruborizada

de quien mi padre no es: sentí más fuerte
latir mi corazón: sentí otra sangre
circular por mis venas más ardiente:
sentí en presencia del mayor cariño
mi cariño filial desvanecerse.
y al apartarme de tu lecho trémula
un ósculo de amor grabé en tu frente.

GAB. No lo digas jamás. Aurora mia.
Jamás á nadie tu pasión reveles:
quema los labios que en mi frente seca
pusiste: quema el corazón rebelde
que el cariño filial de sí arrojando,
dió á mi cariño en su lugar albergue.

AUR. Es ya tarde, Gabriel, mi amor es hijo
de tu callado amor.

GAB. Tú lo mereces:
tú eres la sola flor que brotar hizo
en mi camino Dios .. Dios, que al ponerme
sobre la tierra, me alfombró de espinas
la senda que mis piés recorrer deben;
pero yo no merezco tu amor santo:
yo soy un árbol cuyo tronco estéril
despojado de vida por el rayo,
ya ni sombra, ni flor, ni aroma tiene.

AUR. No, no: tú eres un árbol cuya sombra
cobijó mi niñez: cuyo ámbar bebe
mi pobre corazón, de quien tú sólo
sombra, delicia y alimento eres.
Dios me entregó á tus brazos en mi infancia,
porque Dios quiso que en tu pecho ardiente
brotase, para encanto de tu vida,
de esta pasión correspondida el germen.

GAB Tienes razón, Aurora, reconozco
en tu amor la piedad omnipotente.
Tienes razón, Aurora, Dios del cielo
te envía... un ángel de los cielos eres.

AUR. Escúchame, Gabriel.

GAB. Habla.

AUR. En el nombre
de esa pasión que en nuestras almas hierve,
desaparezcan hoy esos misterios
que nuestras dos historias obscurecen.

GAB. Imposible.

AUR. No temas que me espanta,
Gabriel, ni me arrepienta, conociéndote,
de haberte amado nunca.

GAB. Es imposible.

AUR. Habla. Dime quién soy, dime quién eres.
Si eres villano y en tus venas viles
la sangre impura y maldecida tienes
de raza hebrea ó de morisca tribu,
yo te amaré, Gabriel: si reales puedes
ostentar de tu estirpe en el escudo
coronados y espléndidos cuarteles,
yo te amaré, Gabriel: si eres acaso
criminal fugitivo y por mí temes
de un patíbulo infame la deshonra,
yo te amaré, Gabriel: llama si quieres
á un sacerdote, y que con lazo eterno
anude nuestras almas; y no pienses
que el deshonor de criminal memoria
me humille: te amo con amor tan fuerte,
que oraré mientras viva en tu sepulcro,
orgullosa del nombre que me dejes.

GAB. ¡Calla, Aurora, deliras!

AUR. Un momento,
Gabriel, óyeme aún, no te impacientes.
Si eres un impostor, un ambicioso,
cogido al fin entre sus propias redes,
huyamos: tienes ocasión y tiempo:
sí, nuestra fuga el capitán protege,
huyamos, nuestro amor y nuestra infamia
arrastrando á remoto continente.

GAB. ¡Aurora!

AUR. Hoy á la cárcel de Medina
rayando el alba trasladarnos deben,
y el capitán que en nuestra guarda parte...

GAB. Silencio, Aurora. ¿Deshonrarte quieres
para salvarte tú? ¿Sabes que si huyo
cuando en su guarda el infeliz me lleve
morirá en mi lugar, y que al fugarme
me doy por criminal siendo inocente?
yo no huiré jamás: ni sé, ni quiero,
ni nací para huir: ya muchas veces

la he visto cara á cara, y en el pecho,
no por la espalda me herirá la muerte.

AUR. Hiéranos á los dos un mismo golpe.

GAB. Tú no debes morir: aún que hacer tienes
sobre la tierra.

AUR. ¿Qué sin tí?

GAB. Llorarme.

AUR. ¿Me lo mandas?

GAB. Yo no: Dios: obedece.
Dios me pone en los labios un candado,
no lo intentes romper. Pura, inocente,
noble, eres tú: si á deshonrada tumba
mi silencio me lleva, Dios lo quiere.
Inclina, Aurora, la cabeza humilde
bajo la voluntad omnipotente,
y ora en mi tumba sin vergüenza, Aurora:
mártir me quiere Dios y obedecerle
es fuerza: vive: y si te dice el mundo
que he sido un impostor, el mundo miente.
Yo no he dicho jamás que era el que buscan
y á morir me enviarán sin conocerme.
Ora en mi tumba sin vergüenza, y ora
mientras los hombres libertad te dejen;
y si te culpan como á mí, en silencio,
digna siempre de mí, como yo muere.

AUR. ¿Tú me lo mandas? Obedezco: sea,
Gabriel: digna de tí quiero ser siempre.

ESCENA XII

DOÑA AURORA, GABRIEL, DON CÉSAR y después DON RODRIGO

CESAR. Don Rodrigo sube.

GAB. (Á don César.) Oid
antes. Si en algo apreciáis
á Aurora, ved cómo enviáis.
ese papel á Madrid.
(Gabriel da una carta á don César, que la toma rápidamente.)

CESAR. Sabéis que mi fé la aprecia
en más que mi mismo honor.
Yo le llevaré.

GAB. Al señor
embajador de Venecia.

ESCENA XIII

DICHOS, un ALGUACIL y después DON RODRIGO

ALG. (Entrando.) Su señoría.
GAB. Aguardamos
sus órdenes.
ROD. (Entrando.) Os espera
allá abajo una litera,
señor Gabriel.
(Gabriel tomando de la mano á doña Aurora y dirigiéndose á la puerta, dice:)
GAB. Pues partamos.
ROD. ¿Ni inquirís adónde vais
ni tomáis vuestro equipaje?
GAB. Vos que disponéis mi viaje,
sabréis cómo me lleváis.
ROD. Conmigo.
GAB. Pues ya tardamos.
ROD. Vuestros cofres van con sellos.
GAB. Haced lo que os plazca de ellos.
ROD. Pues cuando gustéis.
GAB. Pues vamos.
(Vanse delante Gabriel con doña Aurora, luégo don Rodrigo y don César.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala de juicio en la cárcel de Madrigal; decoración ochavada: puerta en el fondo, balcón á la derecha; al mismo lado en la segunda caja, puerta del calabozo de Gabriel: puertas á la izquierda de otros calabozos: mesa con papeles, plumas, etc.

ESCENA PRIMERA

DON RODRIGO y el ESCRIBANO, sentados á la mesa. GABRIEL al otro lado, en un sillón reclinado tranquilamente y como ajeno á lo que pasa á su rededor.

ESCRIB. Señor, no duerme.
ROD. ¡Y qué mal
halláis en que esté despierto!
ESCRIB. Que escucha.
ROD. Es un hombre muerto;
que escuche ó no, ya es igual.
Seguid leyendo.
ESCRIB. (Tomando un papel de la mesa.) Un oficio
del doctor don Juan de Llanos.
ROD. ¿Qué dice?
ESCRIB. Que siendo vanos
interrogatorio y juicio,
mandó dar á fray Miguel
el día cinco tormento.

ROD. ¿Y qué dijo?
ESCRIB. Que era invento
suyo lo de que Gabriel
fuese el rey de Portugal,
y que le movió á este engaño
el intento de hacer daño
al rey don Felipe.
ROD Mal
salió. Leed.
ESCRIB. (Otro papel.) Petición
de la nominada Aurora.
ROD. ¿Y qué pide esa señora?
ESCRIB. Ver á su padre.
ROD. Ocasión
llegará de que le vea
cuando esté ya confirmada
su sentencia, y no haya nada
que temer de que así sea.
ESCRIB. (Otro papel.) Novena solicitud
del preso llamado Arbués.
ROD. ¿Qué solicita?
ESCRIB. Que pues
vivirá poco, en virtud
de haberle dado tormento,
se quisiera despedir
de su amo antes de morir,
ROD. No há lugar, hasta el momento
de la real confirmación
de su sentencia, si vive.
ESCRIB. (Otro papel.) Una carta que os escribe
un anónimo.
ROD. Cuestión
diaria,—amenazas, fieros
contra mí y contra los jueces:
juramentos y sandeces
de rebeldes ó embusteros.
Adelante.
ESCRIB. (Una carta.) Para el juez
don Rodrigo Santillana;
carta que hoy por la mañana
llegó de Madrid.
ROD. ¡Pardiéz!

¿Y así os estabáis con ella?
dadme acá.

ESCRIB. Tomad, señor.

ROD. De César. (Leyendo.) «Del portador
mañana sobre la huella
partiré: media jornada
ante mi llegará á esa:
ni puedo darme más priesa,
ni hasta hoy el rey hizo nada»
¡Gracias á Dios que tocamos
con el fin de ese proceso!
llevéos vos todo eso,
escribano.

ESCRIB. ¿Os esperamos?

ROD. Afuera; y si algún correo
de la corte de Madrid
llega, que suba decid
al punto.

ESCRIB. Está bien. (Vase el Escribano.)

ESCENA II

GABRIEL y DON RODRIGO

ROD. (Aparte.) (Deseo
salir de este laberinto
de una vez, y de ese hombre
á quien no hay nada que asombre...
Me repugna por instinto.
Su faz sombría, su calma
imperturbable, su irónica
conversación, su sardónica
sonrisa eterna, en el alma
me infunden honda inquietud;
no me acusa la conciencia
de nada; di la sentencia
con severa rectitud,
conforme á ley; mas presiento
que hay en todo esto un arcano
que sondar pretendo en vano,
y deja sin complemento
la obra de la justicia.
Exhala ese hombre satánico

no sé qué de frío y pánico...
creo que me maleficia.
En fin, poco resta ya.
Si el rey la sentencia envía
firmada, el último día
es hoy que calor te da.)
¿Dormis, señor Espinosa?

GAB. Casi, casi, señor juez.

ROD. ¿Cansado estáis?

GAB. ¡Psé!

ROD. ¿Tal vez
sufris dolor?

GAB. Poca cosa.

ROD. Aquí estaréis menos mal
que en la torre.

GAB. Así, así.

ROD. Que apreciaráis más crei
mi caridad.

GAB. Me es igual.

ROD. ¿Tal vez me guardeis rencor
por la cuestión?

GAB. ¡Brava pena
por Dios!

ROD. La prueba fué buena.

GAB. Pudo haber sido mejor.

ROD. Confieso que fué cruel
el tormento.

GAB. Pero inútil.

ROD. ¿Lo creéis prueba tan fútil?

GAB. Ya lo veis.

ROD. Volver á él
podemos aún.

GAB. Volviérais
á ver lo que visteis ya.

ROD. La segunda vez quizá
vuestro silencio rompiérais.

GAB. Sería inútil fatiga;
y ahora que hablamos de esto:
de hoy para entonces protesto
contra todo cuanto diga;
y ya podéis calcular
que si en negar doy después

lo dicho, el tormento es
cuento de nunca acabar.

RODRIGO. ¡Por Dios que sois hombre fuerte,
y gastáis bizarro humor!

GABRIEL. Soy terco y sufro el dolor;
soldado soy, y á la muerte
voy como iba á la pelea:
más despacio ó más aprisa
hallarla es cosa precisa;
mas temerla es cosa fea.

RODRIGO. Vuestra fortaleza envidio:
mas noto en vos há un momento
tristeza y decaimiento.
¿Qué tenéis?

GABRIEL. Que me fastidio.

RODRIGO. ¡Que os fastidiáis!

GABRIEL. Sí, ¡á fe mia!
Tres meses há que aquí estoy,
y lo mismo hacemos hoy
que hicimos el primer día.
«Traed ante mí á Gabriel.»
Vuelta vos á preguntar,
vuelta yo á no contestar.
«Al calabozo con él.»
Vuelve á amanecer el dia,
y vuelta á sacar al preso,
y vuelta á leer el proceso,
y vuelta á nuestra porfía.
«Hablad, señor Espinosa.»
«No quiero, señor alcalde.»
«Que habeis de hablar.»
«Que es en balde.»
Y siempre la misma cosa.
No hubo más que la semana
en que me disteis tormento
que variara—y ya me siento
casi bueno, Santillana.

RODRIGO. Me amedrenta, ¡vive Dios!
vuestra eterna sangre fria.

GABRIEL. También me amedrentaria
á mí si fuera que vos.

RODRIGO. Vuestra osada impavidéz

cada día toma creces.

GAB. Sí; parecemos á veces
el reo yo y vos el juez.

ROD. Es que á veces hallo en vos
un misterio que me espanta.

GAB. Es que tal vez se levanta
tras mí la sombra de Dios. (Pausa.)

ROD. Yo creo, señor Gabriel,
que no es Dios, es Satanás
quien de vos está detrás,
y os dejáis llevar por él.
¿Á qué hombre de sano seso
no hartarán vuestras pesadas
continuas baladronadas
que llenan vuestro proceso?
¿Qué son, pues, vuestras preñeces
y siniestras reticencias?

GAB. Tembladlas, si son sentencias:
reídlas, si son sandeces.

ROD. Pues bien, hablad de una vez:
si ese secreto fatal
existe en vos, hacéis mal
de ocultarlo á vuestro juez.
Si sois quien juzgan, decid:
«Yo soy...» probadlo, y mañana...

GAB. (Variando de tono.) ¿Cuándo vendrá, Santillana,
el capitán de Madrid?

ROD. Hoy mismo.

GAB. ¡Gallardo mozo!
¿Le queréis mucho?

ROD. ¡Pues no,
si es mi hijo!

GAB. También yo
le quiero bien, y me gozo
con su vista. ¿No tenéis
más hijos que él?

ROD. Nada más.

GAB. ¿Ni los tuvisteis jamás?

ROD. Las preguntas que me hacéis,
Espinosa...

GAB. Son sencillas.

ROD. No sé qué se me figura

que hay en ellas...

GAB. ¿Por ventura
os pregunto maravillas?
Tenéis un hijo mancebo,
y si hubisteis os pregunto
más que él: no hay en el asunto
de mi cuestión nada nuevo.

ROD. ¡Jamás podré conseguir
arrancar de vuestra faz
ese sarcasmo tenáz!
¿Qué me tenéis que decir?
Acabemos, Espinosa:
esa burlona altivéz
que excita en mí alguna vez
una duda misteriosa,
¿qué significa? ¿parece
que no os habéis convencido
de que juzgado habéis sido,
de que ya no os pertenece
vuestra acotada existencia,
y de que según la ley,
no falta sino que el rey
confirme vuestra sentencia?
¡Parece que en vuestro pecho
hay una firme esperanza
que os da audacia y confianza
contra esa ley!

GAB. Es un hecho.

ROD. ¿Creéis que no firmará
el rey?

GAB. Esa es cuenta suya:
Dios por sus obras le arguya.
¿Le habéis vos escrito ya
que pido verle?

ROD. Y respuesta
aguardo, ¿mas si apeláis
al rey en vano?

GAB. Me ahorcáis,
y se concluyó la fiesta.

(Don Rodrigo mira á Gabriel con asombro: Gabriel permanece sereno.)

ROD. Sospéchome que estáis loco

GAB. Tal vez.
ROD. Aunque más bien creo
que es otro vuestro deseo.
GAB. ¿Cuál creéis?
ROD. Ir poco á poco
dilatando la sentencia,
dando á entender que aún hay más
que esperar de vos.
GAB. Quizás.
ROD. Pues os protesto en conciencia
que hoy tendrá fin vuestro afán:
si el rey no manda otra cosa,
moris hoy por Espinosa
ó por rey don Sebastián.
Basta ya de dilaciones,
harto estoy de toleraros,
y me es ya en mengua trataros
con tales contemplaciones.
Vos sois un villano artero,
un taimado embaucador,
que esperáis suerte mejor
dándoos por un caballero.
¡Un necio, que aguarda en vano
negándose á confesar,
que nunca le han de matar
como á un infame pagano,
sin confesión; mas caéis
en un miserable error:
si no queréis confesor,
sin confesión moriréis.
Y no tenéis que cansaros:
no me habéis de aventajar;
si os obstináis en callar,
yo me obstinaré en ahorcaros.
¿Ahora os reis?
GAB. (alzándose.) ¡Sí por Dios!
y no he muerto ya de hastío,
porque, como ahora, me río
mil veces.
ROD. ¿De qué?
GAB. De vos.
ROD. ¿De mí? En vuestra audacia loca

os olvidáis á mi ver,
que os puedo mandar poner
una mordaza en la boca.

GAB. Verme mudo os diera pena:
de que estoy persuadido,
mi voz para vuestro oído,
el cantar de la sirena.
¡Mordaza! De vuestros fieros
á pesar, si lo procuro
de veras, estoy seguro,
señor juez, de adormeceros.
Ya me parece ¡pardiez!
que comenzáis á turbaros
y no he hecho más que miraros.
Os voy á decir, buen juez,
lo que pasa en vuestro pecho:
á fuerza de ir y volver
sobre quién soy, de mi sér
un fantasma os habéis hecho.
Sér superior me imagina
vuestra razón exaltada,
y mi voz y mi mirada
os deslumbra y os fascina.
Todo se os vuelve anteojos:
si os miro fijo á la cara,
os turbáis, como si echara
fuego ó sangre por los ojos.
Si en paz llevando mi suerte
alejo de mí el pesar,
creéis que voy á evitar
con algún filtro la muerte.
Si de vuestros hijos hablo,
y por ellos os pregunto,
no parece sino asunto
de vendérselos al diablo.
Si levanto un poco más,
estando solos, la voz,
cual de una bestia feróz
teméis, y os echáis atrás.
Y si al hablarme con saña
vos, os hablo con violencia,
os dobláis en mi presencia,

como ante el viento la caña.
Tan hondo y siniestro influjo
he adquirido sobre vos,
que ¡no os lo demande Dios!
me estáis suponiendo brujo.
No parece, Santillana,
sino que sabéis que puedo
haceros temblar de miedo
cuando me diere la gana.
¿Y no es verdad, don Rodrigo,
no es verdad que mi semblante
os está siempre delante
que andáis; que soñáis conmigo?
¿No es verdad que se os alcanza
que tendrá alguna razón
al mostrar mi corazón
tan osada confianza?
¿No es verdad que todo cabe
en hombres, y que tal vez
en vuestra vida de juez
hay algún secreto grave,
que creéis hundido vos
en la eternidad obscura,
y que teméis por ventura
que me lo revele Dios?
¿No es verdad que cuando á solas
hablo con vos, don Rodrigo,
va vuestra alma en lo que os digo,
como nave entre las olas,
esperando de un momento
á otro verse sumergida,
por la mar embravecida
de mi airado pensamiento?
¿No es verdad que habéis cruzado
una vez el Portugal,
y cerca de Setubal,
en mitad de un despoblado,
un monasterio habéis visto,
cuya sagrada vivienda
fué teatro de una horrenda
profanación?

ROD. ¡Jesucristo!

GAB. ¿No es verdad que cuando clavo
mis ojos en vuestro rostro,
os hielo el alma y os postro
á mis piés como un esclavo?
De rodillas, Santillana,
vuestra vida está en la mía,
viviréis más que yo un día:
si yo muero hoy, vos mañana.
ROD. ¡Dios me valga! (Don Rodrigo se arrodilla.)
GAB. ¡Calla! ¿y vos
lo tomáis como os lo digo?
Si esto es farsa, don Rodrigo,
serenáos, ¡vive Dios!
ROD. ¿Conque es decir?...
GAB. Que divierto
mi fastidio, Santillana.
ROD. (Furioso.) No haréis lo mismo mañana.
GAB. (Con calma.) Ahorcándome hoy, no por cierto.

ESCENA III

DICHOS y el ALGUACIL

ALG. Su merced, el capitán
Santillana.
GAB. ¡Que nos cae
del cielo!
ROD. Y que el fallo trae
del rey.
GAB. Fin de nuestro afán.

ESCENA IV

DON RODRIGO, GABRIEL y DON CÉSAR

ROD. ¿Traes tú los despachos?
CESAR. Sí.
¿Mas qué tenéis, padre?
ROD. Nada.
¿Traes la sentencia aprobada?
CESAR. Sí.
ROD. ¿Dónde está?

CESAR. (Dándole un papel.) Vedla aquí.
(Don Rodrigo toma, abre y lee el pliego que le da don César y dice llamando.)
ROD. ¡Hola! (Entran algunos alguaciles y el Escribano.)
Cúmplase la ley.
Avisad al confesor
y al verdugo ejecutor
de las justicias del rey.
Escribano, evacuad vos
la postrera diligencia,
intimadle la sentencia,
y que se encomiende á Dios.
CESAR. Señor...
ROD. ¡Silencio! Leed.
ESCRIB. (Empezando á leer.) Vista y fallada...
ROD. (Interrumpiéndole.) Adelante:
la aprobación es bastante,
fórmulas á un lado, haced.

(Escribano leyendo.) «Y en atención á que en los cofres de dicho Gabriel Espinosa han sido halladas muchas prendas y joyas de valor, pertenecientes á la persona de nuestro difunto sobrino don Sebastián, rey de Portugal, sin que haya podido probar Espinosa la legitimidad de su adquisición y posesión; y en atención á que el Marqués de Tavira y fray Miguel de los Santos y otros señores castellanos y portugueses han declarado, unos en juicio y otros en tormento, que le tienen y han tenido desde que le vieron por el rey don Sebastián, y habiéndose probado que muchos nobles portugueses le han visitado en Madrigal para reconocerlo, y que en su nombre se han escrito cartas, contraido empréstitos y armado gentes para concitar á la rebelión á los pueblos en favor suyo; y teniendo en cuenta que dicho Gabriel Espinosa no ha negado nunca ser él el mismo rey don Sebastián, antes ha contribuido á hacer creer á los incáutos que lo es efectivamente, no declarando jamás quién sea en realidad, dándose ya por una persona ya por otra, y aparentando el gesto, las acciones y las señales exteriores, que á su parecer pueden convenir mejor con los recuerdos y las pinturas que de don Sebastián se conservan entre los que en vida le conocieron; y considerando, en fin, que el

cuerpo de dicho rey fué por nos rescatado del poder de Muley Mahamet y traído de África al monasterio de Belén donde yace sepultado: aprobamos y confirmamos la sentencia contra él dada, y le declaramos impostor infame, traidor á su rey, y usurpador del nombre del rey don Sebastián Por cuyas razones le condenamos á ser arrastrado, y ahorcado y descuartizado, y puesta su cabeza en una lanza á una de las salidas del pueblo de Madrigal, en donde vivió, para desengaño de incáutos y escarmiento de traidores.— Yo el rey.»

GAB. (Con ira.) ¿Traidor yo, impostor, infame?
¿Muerte á mí con tal afrenta?
Que Dios me la tome en cuenta (Serenándose.)
cuando á su juicio me llame.
(Al Escribano.) ¿Tenéisme más que leer?

ESCRIB. Nada más.

GAB. Pues despachemos
y tiempo no malgastemos.
Sea lo que haya de ser.

CESAR. (¡Indomable corazón!)

ROD. (¡Incomprensible fiereza!
ni aun inclinó la cabeza
para oir la intimación.)

GAB. Alcalde, estáis demudado,
trémulo... ¡por vida mía!
Cualquiera imaginaria
que era vos el sentenciado.

ROD. (Airado.) Pronto lo viera. Tenéis
de vida tres cuartos de hora.

GAB. Son las cinco y cuarto ahora.

ROD. Encerradle.

GAB. (Á don Rodrigo.) Hasta las seis.

ROD. Despejad.

(Llevan á Gabriel á su encierro y vanse el Escribano y los Alguaciles por el fondo.)

ESCENA V

DON RODRIGO y DON CÉSAR

CESAR. ¿Padre, qué es esto?

ROD. Que es fuerza que ese hombre muera.
CESAR. Dadle un día.
ROD. Ni siquiera
una hora.
CESAR. Que dispuesto
muera al menos cual cristiano.
ROD. Muera, y sea como fuere.
CESAR. ¡Sin confesión!
ROD. No la quiere,
es un hereje: un pagano.
CESAR. Padre, estáis ciego de ira.
ROD. Ira es lo que aparento,
ira, César; pero miento,
es terror lo que me inspira
ese hombre de Satanás.
Y yo, ¡imbécil! que le daba
tormento porque no hablaba;
no, no: que no hable jamás,
que le lleven al cadalso
con una mordaza puesta:
que no hable con nadie: en esta
hora cuanto diga es falso.
CESAR. Padre, sospecho, ¡ay de mí!
que se os desvanece el juicio.
ROD. Es obra de un maleficio.
CESAR. ¿Os maleficiaron?
ROD. Sí.
CESAR. ¡Superstición!
ROD. Ya lo veis:
Gabriel me mal-ficio,
y él ha de morir ó yo.
Ya firmó el rey: muera pues.
CESAR. ¡Padre!
ROD. ¡César .. hijo mío!
CESAR. ¡Estáis delirando!
ROD. ¿Alguno
me escuchó acaso?
CESAR. Ninguno.
ROD. (De mi propio desconfío.)
CESAR. Padre, algún mal os acosa;
tembláis... estáis demudado.
ROD. Algún vértigo: he velado

tantas noches de Espinosa
con el proceso maldito,
me ha dado tanto que hacer,
que en mí no estoy hasta ver
que de en medio me le quito.
Mas no fué nada, pasó
ya, César: veamos, pues,
los despachos de la corte.

CESAR. Tomad: aquí los tenéis.

ROD. Esta es la consulta mía,
esta la aprobación del
consejo: esta la carta
de su majestad el rey,
¿y este otro pliego sellado,
de quién es?

CESAR. ¡Yo no lo sé!
me fué entregado en palacio
con todos ellos.

ROD. ¿Por quién?

CESAR. Por el rey mismo.

ROD. Á ver: ábrele.

CESAR. Una real orden.

ROD. Pues lee.

(Don César leyendo.)—En nombre del rey.—Por la presente, pondréis en libertad en la hora en que la recibiéreis, y sobreseyendo en su causa, si hubiéreis procedido á formarla contra ella, á doña Aurora Espinosa, detenida y á vuestras órdenes en la cárcel de Madrigal; dejando disponer libremente de sí misma á dicha doña Aurora, como fuere su voluntad.—Madrid, etc.—Á don Rodrigo de Santillana.—

ROD. ¿En libertad? No comprendo
tal orden del rey.

CESAR. Y está
bien terminante.

ROD. Y será
cumplida. Sigue leyendo.

CESAR. Otro pliego para mí.

ROD. Rompe la nema y aparta
la cubierta. ¿Qué hay?

CESAR. Aquí
viene un papel y otra carta.

ROD. Lee.

CESAR. Dice el papel así:

(Lee.)—En nombre del rey.—Otorgamos licencia para dejar el servicio de S. M., temporal ó absolutamente como más le conviniere, al capitán del primer tercio de Flandes, don César de Santillana.

ROD. ¿Y para qué?

CESAR. ¿Qué sé yo?

ROD. ¿Tú no la has pedido?

CESAR. No.

ROD. Sigue. (Qué es esto, ¡ay de mí!)

(Don César lee.) Y ordenamos al dicho capitán don César, por ser así del agrado de S. M., conducir con todo honor y escoltar con toda seguridad, durante su viaje por tierras de sus dominios y mares guardados por su real marina, á doña Aurora de Espinosa, hasta ponerla sana y salva en Estados de Venecia, por cuyo embajador ha sido reclamada como hija adoptiva de la República Serenísima.

ROD. ¡Ira de Dios! Todo ahora
lo comprendo.

CESAR. ¿Qué es, señor,
lo que comprendéis?

ROD. Tu amor,
¡desventurado! á esa Aurora.

CESAR. Es cierto: un amor profundo;
mas no os tráiga con cuidado,
que es el más desesperado
que hubo jamás en el mundo.

ROD. ¿Lo ves? ¡Ah! también á tí
te han maleficiado; pero
responde, César: yo quiero
saberlo ya todo; dí.
Tú con ella en connivencia,
huir con seguridad
queriendo, su libertad
conseguiste y tu licencia.

CESAR. No, á fé mía.

ROD. Sí, arrastrado
por sus sortilegios has
trabajado en contra mía
con temeridad impía

y en favor suyo.

CESAR. Jamás.
Que tuve siempre, confieso,
simpatía misteriosa
é interés por Espinosa,
pero no obré en su proceso.
Amé á Aurora; la amo aún;
mas mi pasión despechada
es imposible, y no hay nada
entre los dos de común.
Mientras viva la amaré;
pero este amor solitario
de mi pecho en el santuario
sólo yo conservaré.

ROD. ¡Otro misterio!

CESAR. Tremendo
sin duda, padre; mas puede
conmigo, y mi brío cede
á su poder.

ROD. No lo entiendo.

CESAR. Ni yo sé decir más de él
sino que Aurora, señor,
no nació para mi amor.

ROD. ¿Quién te ha dicho eso?

CESAR. Gabriel.

ROD. ¡Infeliz! es su manceba.

CESAR. Quien tal os dijo ha mentido,
señor.

ROD. Ella misma ha sido.

CESAR. ¿Ella?

ROD. En la primera prueba
del tormento.

CESAR. ¡Cielo santo!
¿La habéis puesto en el tormento?

ROD. Es débil y habló al momento.

CESAR. ¡Me paralizo de espanto!
¿Qué abismo es este de males
que por do quier nos circunda?
¡Qué trama esta tan fecunda
de misterios!

ROD. Los fatales
hilos de esa negra trama

tan sólo puede romper
la muerte, y hoy ha de ser.
Que mueran él y su dama.

CÉSAR. ¡Imposible! Mintió.

ROD. ¿Quién?

CÉSAR. Ella: no puede tampoco
ser de Gabriel.

ROD. ¿Quieres loco
volverme?

CÉSAR. No: sé muy bien
lo que digo: esa mujer
es prenda de una venganza.
Sólo con esa esperanza
la conserva en su poder.

ROD. ¿Ella de venganza prenda
y en su poder? ¡Dios me asista!
De este arcano ante mi vista
se aclara la sima horrenda.
¡Hola! (Toca la campanilla y entra un alguacil.)
En libertad á Aurora
poned al punto y aquí
traedla. Escucha, ¡ay de mí!
escucha, César, ahora
un secreto horrible: ese hombre,
que no es nada y que lo es todo,
de quien de saber no hay modo
religión, patria ni nombre;
ese hombre, á quien nada espanta,
cuya altivéz nadie doma,
penitente humilde en Roma,
peregrino en Tierra Santa;
soldado en Flandes, marqués
en Madrid, corso en Venecia,
que alma y vida menosprecia
como al polvo de sus piés;
á quien no rinde el tormento,
y cuyo espíritu fuerte
ve á un paso de sí la muerte
y se sonríe contento;
no es criatura, es fantasma;
no es vivo, es aparición,
quimera, ensueño, visión,

más que de terror me pasma.
Es un hombre de otra edad:
un hombre que estando muerto
halló su sepulcro abierto
y huyó de la eternidad
mis pasos para seguir;
es la sombra de otro sér
que sale á la tierra á ver
nuestra sepultura abrir.

CÉSAR. ¡Ay de mí! el continuo afán
del proceso de Gabriel
os hizo concebir de él
esas quimeras que están
trastornándoos la razón.

ROD. Dices bien... si... no comprendas
jamás las causas horrendas
de mi ruin superstición.

ESCENA VI

DON RODRIGO, DON CÉSAR y DOÑA AURORA

AUR. ¡Libre!... jamás esperé
que nos olvidara Dios:
ni de haber fiado en vos (A don César.)
jamás me arrepentiré,
pues duda no queda en mí
de á quien debo, capitán,
la libertad que me dan,
cuando os vuelvo á ver aquí.

ROD. Despeja.—Escuchad, Aurora.

AUR. ¿Por qué le mandáis salir?

ROD. Porque nadie debe oir
nuestras palabras ahora.

AUR. ¡Dios mío! ¿Que extraño afán
os agita? ¿Es por ventura
mi libertad impostura?
¡Ah! No os vayáis, capitán;
quiere volverme tal vez
al tormento.

ROD. Oid os digo:
sois libre y yo vuestro amigo.

AUR. ¿Cabe entre el reo y el juez
amistad? ¿Entre el verdugo
y la víctima? Jamás
os conoceré por más
que por juez.

ROD. ¡Á Dios no plugo
que fuese de otra manera!
Mas acaso desde ahora
variéis de opinión, Aurora.
(Vuelve á don César, que permanece en pié junto á la puerta.)
¿Qué esperáis vos? Idos fuera.
(Vase don César.)

ESCENA VII

DON RODRIGO y DOÑA AURORA

ROD. Nada receléis de mí,
pobre niña: en libertad
estáis: vuestra voluntad
no tendrá ya coto aquí.
Serenáos, pues; oidme,
Aurora, y por cuanto améis
ruégoos que me contestéis
la verdad.

AUR. Pues bien: decidme
vos en conciencia primero:
¿mi libertad se me dió
con la de Gabriel? Si no
es así, yo no la quiero.

ROD. Sólo depende de vos
la libertad: si un secreto
me aclaráis vos, os prometo
la libertad de los dos.

AUR. ¿Es mio solo el secreto
que me pedís?

ROD. Sí, en verdad.

AUR. ¿Y vale la libertad
de Gabriel?

ROD. Me comprometo
á dársela.

AUR. Preguntad.

ROD. ¿Qué tiempo hará que de Gabriel al lado vivís?

AUR. Desde muy niña.

ROD. ¿Y qué memoria de vuestra infancia conserváis?

AUR. Apenas una vaga memoria me ha quedado de aquellas horas al pesar ajenas.

ROD. No espero yo que recordéis la historia de vuestra infancia, cuya edad se olvida pronto, y muy fácilmente con las penas ó los placeres de la inquieta vida; mas del lugar en donde habéis nacido, donde pasásteis los primeros años, tendréis alguna idea.

AUR. Muy confusa: tal, que puedo decir que la he perdido mezclándola después con mil extraños recuerdos posteriores.

ROD. ¿De manera que imposible os será, pues lo rehusa vuestra memoria ya, la más ligera noticia dar de vuestra edad primera?

AUR. Tan imposible, no: ¿quién en su mente á un recuerdo infantil no da guarida? ¿Quién no vuelve los ojos tiernamente hacia las puertas de oro de la vida? ¿Quién no recuerda en ocasión alguna el pobre hogar ó la lujosa estancia, cuya techumbre guareció en su infancia el dulce sueño que gozó en la cuna?

ROD. ¿Vos recordáis ese lugar?

AUR. Sin duda mas no por la virtud de mi memoria sola, tan fiel en esa edad no cabe tenerla: sé de mi infantil historia lo que fuí recordando con ayuda de la voz de Gabriel, que es quien la sabe.

ROD. ¿Gabriel la sabe?

AUR. Sí.

ROD. ¿Y os la ha contado?

AUR. Incompleta.

ROD. (También la habrá engañado.)
Mas yo quiero saber sólo la idea
que hayáis vos en la mente conservado.
AUR. Tengo aunque muy confuso algun recuerdo.
ROD. ¿De qué?
AUR. De mil objetos.
ROD. Aunque sea
en confusión, decidmelos.
AUR. Me acuerdo
de una ribera donde yo cogía
yerbezuelas y conchas del rujiante
mar, que sus ondas sin cesar mecía,
de un monasterio triste y solitario
fundado al pié de un monte, y vagamente
me acuerdo de la iglesia, con su coro
enverjado, sus techos con pinturas,
su altar lleno de flores, su sagrario
iluminado con mecheros de oro;
y me acuerdo tambien, porque me daban
miedo, de las inmóviles figuras
de mármol que tendidas reposaban
encima de sus anchas sepulturas.
ROD. ¿Qué monasterio era ese?
AUR. Era un convento
de monjas.
ROD. ¿Qué país?
AUR. No lo he sabido
nunca.
ROD. ¿Jamás Gabriel os ha contado
lo que hacíais allí? ¿quién conducido
os habia á aquel claustro?
AUR. No ha querido
decírmelo jamás; sé que aposento
tenia allí mi madre, y que he pasado
los tres primeros años de mi vida
allí.
ROD. ¿Con ella?
AUR. Sí.
ROD. ¿De vuestra madre,
os ha hablado Gabriel?
AUR. Mil y mil veces.
ROD. ¿La recuerda á menudo?

AUR. No la olvida
jamás, y sé que en sus nocturnas preces
la reza como á mártir.
ROD. ¿Sabéis de ella
la historia, el nombre, la familia?
AUR. Nada.
Sé que fué un dia festejada y bella,
y luégo escarnecida y ultrajada.
Sé que el relato de su triste historia
es una horrible é infernal leyenda,
que conserva Gabriel en su memoria,
de expiación y de venganza prenda.
ROD. ¿Y qué es lo que sabéis de este relato
vos?
AUR. Yo, nada tal vez, y acaso todo;
porque sus hechos sé, mas nunca supe
ni las personas, ni el lugar, ni el modo.
ROD. Pero en fin, ¿qué sabéis de vuestra madre?
AUR. Sé que era noble dama: que vivia
en la corte de un rey á quien la unia
una amistad profunda y verdadera:
que era para aquel rey casi una hermana,
pues juntos cuando niños se criaron,
y fraternal amor constantemente
uno á otro los dos se conservaron.
Sé que era cuanto rica generosa;
y que el encanto de las gentes era
por su virtud y ciencia prodigiosa:
que el vulgo la queria,
la corte la admiraba
y con ella secretos no tenia
el rey, que como hermana le trataba.
ROD. ¿Mas ese rey?...
AUR. Murió.
ROD. ¿Cómo?
AUR. En la guerra:
y concluyó con él su dinastía,
y otro rey vino á gobernar su tierra,
y á otras manos pasó su monarquía.
ROD. ¿Y vuestra madre entonces?...
AUR. Fué mirada
como enemiga del monarca nuevo,

y al fin de algunos meses acusada
de traición: por diabólica su ciencia
tomaron, y la dieron por culpada,
diciendo que hizo creer que el rey vivía
no sé á quién, á favor de un sortilegio,
mostrando á sus conjuros evocada
la aparición de su fantasma regio.

ROD. ¿Y después?

AUR. ¡Oh! Después... eso es lo horrible
de la historia, señor. Se apoderaron
de ella, de su palacio, de su hacienda,
los vendieron, sus armas infamaron,
y ocupó un extranjero su vivienda,
y su nombre y su raza se olvidaron.

ROD. ¿Y ella?

AUR. Como las hojas del otoño
desapareció de encima de la tierra,
y en ella más los hombres no pensaron
sólo pensando en libertad y guerra.

ROD. ¿Pero vos?

AUR. No lo sé... sé que mi madre
pobre, triste, ofendida y no vengada,
en aquel solitario monasterio
tejía su existencia desdichada,
y yo existía ya, bajo el misterio
de aquellas santas bóvedas velada.

ROD. ¿Y luégo?

AUR. No sé más.

ROD. ¿Gabriel no os dijo
nada de vuestro padre?

AUR. Le tenía
siempre por padre á él, y él me quería
más que el padre mejor quiere á su hijo.

ROD. ¿Pero cómo supisteis?...

AUR. En su sueño
sorprendí su secreto: y como me era
necesario su amor de una manera
ú otra, el amor filial hallé pequeño,
y del amor de la mujer y el niño
formé para Gabriel sólo un cariño.

ROD. ¿Pero al saber que vuestro padre no era,
no preguntásteis vos?

AUR. Quién era el mío.
ROD. ¿Y qué dijo Gabriel?
AUR. Que él lo sabía:
mas que de él á acordarme no volviera,
porque mi amor filial no merecía.
ROD. Siempre merece un padre...
AUR. No lo ha sido
jamás el mío para mí.
ROD. ¡Aurora!
AUR. ¿Creéis que una razón me fué bastante
para echar su memoria en el olvido?
Insistí, porfié, lloré, y ahora
sé que nunca mi amor ha merecido.
Sé que me echó á la vida despojada
de su nombre, y sin pan y sin abrigo:
sé que dejó á mi madre deshonrada,
en medio de la tierra abandonada
para llorar y perecer conmigo.
ROD. ¿Y creéis á Gabriel?
AUR. ¿Que si le creo?
Es la verdad del cielo descendida;
su palabra es mi fe, y en esta vida
por su fe juzgo, por sus ojos veo.
ROD. ¿Nunca os dijo Gabriel nada en abono
de vuestro padre?
AUR. Nada y si lo hubiera,
yo sé bien que Gabriel me lo dijera.
ROD. ¿Es decir?...
AUR. Que es mi padre y le perdono,
como amor exigir de mí no quiera.
Mi madre, que al dolor ha sucumbido,
de Dios le aguarda ante el excelso trono;
yo, á quien sólo dió el sér, nada le pido;
pero como él nos olvidó le olvido,
como él me abandonó yo le abandono.
ROD. ¿Vive pues?
AUR. No lo sé.
ROD. ¿Mas si viviera?
AUR. Como él no me buscó, no le buscara.
ROD. ¿Y si una vez en la vital carrera
con él os encontrárais?
AUR. Le mirara

sin ira, mas la espalda le volviera.

Rod. ¿Y si al veros partir él os llamara?

Aur. De su paterna voz no hiciera caso.

Rod. ¿Y si llorando el mísero os siguiera?

Aur. Apresuraría, sin volverme, el paso.

Rod. Pero, ¿y si os alcanzara y os asiera de los vestidos él?

Aur. Los rasgaría dejándole en la mano los pedazos.

Rod. ¿Y si os tendiera sus paternos brazos?

Aur. Su abrazo paternal rechazaría.

Rod. ¿Por qué?

Aur. Porque mi padre todavía no ha ido á orar sobre la tumba obscura de mi madre, y Gabriel me dijo un día que al querer abrazarnos se abriría entre mi padre y yo su sepultura.

Rod. ¡Fatal superstición!

Aur. Tal es la mía.

Rod. Tal es la ira de Dios. Es un misterio impenetrable. Satanás me ciega sin duda, y nunca á comprenderlo llega mi corazón ansioso.

Aur. He respondido á cuanto preguntarme habéis querido. Señor, á vos os toca.

Rod. ¡Sí, á fe mía! Vais á ver á Gabriel. (¡Oh! sí, yo quiero apurar este cáliz de agonía.)

(Abre la puerta que da al cementerio de Gabriel, mientras Aurora dice:)

Aur. Libres al fin... para Gabriel ahora libre será mi corazón entero.

ESCENA VIII

DOÑA AURORA, DON RODRIGO y GABRIEL

Rod. Espinosa. (Á Gabriel.)

Gab. Héme aquí.

Aur. (Viendo á Gabriel.) ¡Gabriel!

Gab. (Abrazándola.) ¡Aurora!

¡Infeliz! ¿Quién aquí te ha conducido?

AUR. La libertad, Gabriel, libres estamos,
y cual juntos aquí nos han traído,
juntos espero que de aquí partamos.

GAB. ¡Santillana!
(Pidiendo esplicación de estas palabras de doña Aurora.)

ROD. Leed. (Dándole la orden de libertad.)

AUR. ¿Ves?

GAB. (Lo comprendo
todo. La agitación de don Rodrigo,
de mi Aurora infeliz la fé tranquila...
¡Hé aquí el instante para mí tremendo!
La hora del martirio y del castigo.
Señor, Señor... mi espíritu vacila:
sostenedme hasta al fin... ¡sed vos conmigo!)

AUR. ¿Qué te agita, Gabriel?... tu faz sombría,
tu palidéz...

GAB. Un poco conmovido
estoy; y es natural, Aurora mía.
Y también vos estáis descolorido,
Santillana...

ROD. Espinosa, concluyamos.
Yo os llamé...

GAB. No os canséis: el por qué entiendo.
¿Á solas con Aurora habéis hablado?

ROD. La historia de su madre me ha contado.

GAB. Sólo para que á vos os la contara
se la he contado yo.

ROD. Toda pretendo
saberla pues.

GAB. ¡Curiosidad avara!

ROD. Pero que vos sati-faréis.

GAB. Sin duda;
mas puédeos ser satisfacción muy cara:
porque os advierto, juez, que he observado
que mis satisfacciones y respuestas,
por más que yo riendo os las he dado,
han sido siempre para vos funestas.

ROD. Hablad... hablad.

GAB. ¡Si os empeñáis en eso!
mas después de tres meses de proceso

no sé cómo no estáis escarmentado
de interrogarme ya.

ROD. ¡Siempre lo mismo!
Acabemos, Gabriel.

GAB. Sí, concluyamos:
hora es de penetrar en este abismo.

ROD. Descender quiero á él.

GAB. Y yo os prometo
que lo haréis: el momento es oportuno.

ROD. Decid, pues.

GAB. Esperad, que este secreto
os pertenece á tres y, falta uno.
Llamad al capitán, que con vos debe
penetrarle también.

ROD. (Llama y sale un alguacil.) ¡Hola! don César.

AUR. ¿Qué tienes, Gabriel mío? En tu semblante,
en tus palabras y ademanes noto
siniestra agitación.

GAB. Aurora mía,
tu corazón amante
por mí no tenga la inquietud más leve;
á mis pesares Dios hoy pondrá coto,
y ambos tendremos libertad en breve.
¿Tú no te olvidarás desde este día
de tu Gabriel?

AUR. Jamás. ¿Eso preguntas?
Juntas caminarán nuestras dos vidas,
nuestras almas á Dios subirán juntas.

GAB. Sí, ni la muerte las podrá un instante
mantener una de otras divididas.

AUR. ¡Dios! ¿Á qué mientas la muerte ahora?

ROD. Ya está aquí el capitán.

GAB. Silencio, Aurora.

ESCENA IX

DOÑA AURORA, DON RODRIGO, GABRIEL y DON CÉSAR

GAB. ¡Hola! Sed, capitán, muy bien venido.
Voy muy pronto á emprender un largo viaje
y un encargo dejaros he querido.

CÉSAR. ¡Un viaje!

GAB. Sí, estoy libre: me parece

que el portador de la orden habéis sido.

CESAR. (¡Ay de mí! la infeliz aún nada sabe.)

GAB. Decidme, capitán: ¿me habéis traido
un pliego de Madrid?

CESAR. Tomadle.

GAB. Bueno:
guardadlo por ahora. En esa carta
de un gran misterio encontraréis la llave.
(A don Rodrigo.)
Vos sois algo curioso y no me fío
de vos: sois padre y juez: os la confío,
capitán, sólo á vos. Cuando yo parta,
dádsela á vuestro padre y que la lea.
¿Me entendéis? Cuando parta: que no sea
ni un sólo minuto antes.

CESAR. Os lo juro.

GAB. Vuestra palabra sola es buen seguro.
Además, por si acaso no volvemos
á vernos, pues yo parto con Aurora
del mundo terrenal á otros extremos,
quiero un regalo haceros, en memoria
de nuestro buen encuentro en esta vida,
que os será complemento de mi historia
y prenda de amistad y despedida.
(Gabriel saca del pecho un relicario, que lleva al cuello con una cadena.)

ROD. (Esa calma satánica me aterra.)

AUR. (Tiemblo no sé por qué.)

CESAR. (No es sér humano
quien así se despide de la tierra.)

GAB. Tomad: Es, capitán, un amuleto
sagrado: don del Papa: un relicario
que un *lignum crucis* venerando encierra
y guarda como el pliego otro secreto.
Con el respeto mismo que á un sagrario
contemplalle, y lo mismo que la carta
se le daréis al juez... cuando yo parta.
(Á don Rodrigo.)
Abridle sólo vos: es mi conciencia,
y Dios sólo con vos sondarla debe:
en ella echad una ojeada breve
y reconoceréis la omnipotencia.

(Mas si un soplo hay en vos de fe cristiana
esperad á que muera, Santillana.)
¡Ea! ya que se acerca mi partida,
escuchad, señor juez, el cuento extraño
que queríais saber, y por mi vida
que oiréis una historia divertida.

ROD. (Yo tiemblo.)

GAB. Oidme pues. La escena pasa,
no importa el dia, la estación ni el año;
de noche, en Setubal, y en una casa.

ROD. (¡Cielos!)

GAB. Temblando estáis si no me engaño,
Santillana.

ROD. Seguid.

GAB. En hora buena.
En una alcoba cómoda, alumbrada
por una lamparilla perfumada
con asiático aroma, bien ajena
el alma de inquietud y bien guardado
por leales domésticos, el dueño,
de aquella rica estancia descuidado
yacía en brazos de agradable sueño.
Era un hombre harto noble y poderoso
para que no tuviera por asilo
muy seguro su casa, y al reposo
se entregaba en su cámara tranquilo.
Una noche creyó sobresaltado,
á pesar de lo doble de la alfombra,
pasos del lecho percibir al lado;
abrió los ojos y miró espantado
trazarse en la pared movible sombra:
volvió la faz y con la faz de seda
se tropezó de un hombre enmascarado;
¡Frio quedó como el cadáver queda!
«Levantáos,» le dijo con acento
imperioso el incógnito; y vistióse
la bata que él le daba «Á ese aposento
salid.» (Obedeció y enfrente hallóse
de dos hombres plantados á la puerta,
una dama como ellos encubierta
y un sacerdote pálido, y tenaces
sintió pesar sobre su frente yerta

las miradas ardientes y voraces,
lanzadas á su frente descubierta
á través de los negros antifaces.
Entonces de estos hombres el primero,
de la sombría dama el velo alzando,
«¿la conocéis?» le dijo; y él temblando
«Sí,» respondió. «Pues bien, sed caballero,»
repuso el disfrazado; y avanzando,
el grave sacerdote se dispuso
á unirle con la dama en matrimonio,
mientras el de la máscara se puso
á escribir en silencio el testimonio.
El despertado resistirse quiso;
pero su daga el disfrazado al pecho
le presentó y ceder le fué preciso;
firmó, y el matrimonio quedó hecho.
Partió la dama y los demás con ella:
mas quedóse el primer enmascarado
y dijo gravemente al despertado:
«tenéis una mujer ilustre y bella,
»gracias á mí y á vuestra buena estrella
»que os hizo viudo para ser casado;
»la quitásteis la honra, y habéis dado
»nombre á sus hijos: mas seguid su huella
»y moris, ¡os lo juro! asesinado.»
Dijo así el de la máscara y partióse
con los demás: y de la casa el dueño
en medio de la cámara quedóse
dudando si era realidad ó sueño.

ROD. Tremenda realidad.
GAB. (Apartándole a un lado.) (Sí, don Rodrigo,
la dama, doña Inés: vos, el casado.
ROD. ¡Y vos, señor!
GAB. El hombre enmascarado.
ROD. Tal vez Dios permitió...
GAB. Lo habias soñado.
ROD. ¿Y si el sueño es verdad?
GAB. Silencio digo.
Que ellos no os oigan: que la faz no os vean;
sueño ó verdad que sepultados sean;
con vos el sueño, la verdad conmigo.
ROD. Pero mi alma concibe en este punto

que ese arcano fatal guardar podría
una verdad.

GAB. Os dije que era asunto
concluído. Escuchadme: si yo fuera
el rey don Sebastián, morir debía
por la quietud del reino, y mi alma entera
ser mártir á ser rey preferiría.
Si soy un impostor y perjudico
con mi existencia la quietud de España,
debo morir también: debo una hazaña
de mi impostura hacer, y sacrifico
mi vida á sostener esta patraña
que mi historia desde hoy hará famosa.
¿Me comprendéis?

ROD. Señor, yo no me atrevo
dudando...

GAB. Ahogad la duda: morir debo,
si no por Sebastián, por Espinosa:
y deben sepultarse, don Rodrigo,
con vos el sueño, la verdad conmigo.
No lo olvidéis. (Vuelven al centro de la escena.)

AUR. ¿No sigues tu leyenda,
Gabriel? No está acabada.

GAB. No por cierto:
para leer su conclusión horrenda,
de vuestros ojos quitará una venda
cuando haya el relicario abierto.

ESCENA X

GABRIEL, DOÑA AURORA, DON RODRIGO, DON CÉSAR, EL DOCTOR N. y ALGUACILES. A la parte exterior de la puerta, soldados. Después el verdugo.

ALG. Las seis.

GAB. Partamos pues.

AUR. ¡Virgen María!
Gabriel, ¿qué es esto?

GAB. Mi destino, Aurora.

AUR. ¡Tu destino!... ¡mi mente se extravía!

ALG. El verdugo del rey. (Anunciando.)
(Se presenta el Verdugo con el dogal en la mano.)

AUR. ¡Dios mío! ¡ahora
lo comprendo!... ¡ay de mí...!
(Se desmaya en los brazos de don César, que la coloca en el sillón.)
CESAR. ¡Mísera!
GAB. El día
concluye: vamos, pues me faltaría
valor para dejarla si volviera
en sí. Pronto, marchemos.
DOCTOR. (Á Gabriel, poniéndose á su lado.) Vos, conmigo.
GAB. Es inútil.
DOCTOR. Mirad.
GAB. Todo es en vano.
DOCTOR ¿Sin confesión iréis?
GAB. Há que os lo digo
cuatro semanas ya.
DOCTOR. ¿No sois cristiano?
GAB. Porque lo soy, si á confesarme accedo,
os tendré que decir lo que no puedo.
Velad por ella, capitán: se encierra
en ella sola cuanto amé en la tierra.
ROD. Señor...
GAB. No os fatiguéis: empresa es vana.
Llegó, rey ó impostor, mi último día
y moriré cual debo, Santillana.
Si impostor, con impávida osadía,
y si rey, con fiereza soberana.
(Vase, y todos tras él.)

ESCENA ULTIMA

DON RODRIGO, DOÑA AURORA y DON CÉSAR

ROD. Á concebir mi mente no se atreve
de la verdad el espantoso arcano.
Por ser y por no ser perecer debe,
sí: pero no mi desdichada mano
á ciegas al patíbulo le lleve.
César, dame esa joya.
CESAR. Cuando muera.
ROD. Sepamos antes la verdad entera,
César.

CESAR. Padre, excusad vana porfía:
con su secreto perecer quería
y he de cumplir su voluntad postrera.
ROD. ¡César!
CESAR. Se lo juré.
AUR. (Volviendo en sí.) ¡Ay! ¿Quién hablaba
aquí? ¿Sois vos, don César? ¡Qué terrible
pesadilla!
CESAR. (Aparte.) (¡Infeliz!)
AUR. Sí, yo soñaba
sin duda... eran quimeras!... Mas ¡qué horrible
sospecha! ese silencio... esa tristeza,
¿Qué sucede? ¡ay de mí! Los pensamientos
no acierto á combinar en mi cabeza.
¿Y Gabriel? Aquí estaba unos momentos
hace.—¿Y Gabriel? decid: ¿dónde está ahora?
¿Dónde está? yo he soñado que venían
por él. ¡Mas, qué rumor!...
(Ruido de voces dentro; doña Aurora se abalanza á la ventana, que abre á pesar de don César, que intenta impedírselo.)
CESAR. Tened, Aurora;
tened, no os asoméis.
AUR. ¡Ah! me querían
engañar. (Se asoma.) Allí va -Luces, soldados,
gente .. ¡ay! yo veo, pero no concibo
lo que veo... me envuelve el pensamiento
una niebla, un vapor calenturiento,
y no sé comprender lo que percibo.
Allí va.—¿Pero dónde se le llevan
sin mí? Se paran... ¡el afán me ahoga!
¿Que palos son aquellos que se elevan
allí? ¿quién es aquel que con él sube?
¿Qué le ponen al cuello? .. Es una soga.
¡Dios mío! rasga la sangrienta nube
que me ofusca la mente... un sacerdote.
¡Ah! le van á matar... ¡Desventurados,
deteneos!... ¡Gabriel! .. ¡Y yo insensata
que lo miraba estúpida! Malvados,
tened.. las manos sin oirme le ata,
(Volviéndose de repente á don Rodrigo.)
pero vos, ¡miserable! que sois hombre,

venid... gritad.. gritad... alma cobarde,
conmigo... ¡Detenéos!—Santillana,
gritad, á mí no me oyen, ¡en el nombre
de Dios! gritad... le quitan la escalera...
gritad.

ROD. Sí, que se salve aunque yo muera.
(Se acerca á la ventana y grita.)
¡En el nombre del rey!... ¡Ay, es ya tarde!
(Cayendo de rodillas junto á la ventana.)

CESAR. Tomad: sepamos la verdad postrera.
(Dando el relicario á don Rodrigo. Don Rodrigo toma y abre con ansia el pliego y el relicario que le da don Cesar. El relicario contiene un papel y un retrato envuelto: el pliego varios papeles. Lo primero que lee don Rodrigo es el papel del relicario: después registra con ansia los papeles del pliego; y después desenvuelve el retrato; todo con la mayor agitación y ansiedad. Doña Aurora permanece unos momentos de rodillas, y se acerca después al grupo que forman don Rodrigo y don César.)

ROD. (Leyendo:)
«En nombre de Dios.—Quien quier que
juez, sacerdote ó asesino, pena [fueres
de excomunión después que le leyeres,
arroja al fuego este papel. El muerto
ha sido el rey don Sebastián.

AUR. ¡Á buena
hora lo ves, imbécil asesino!

ROD. Mi firma.—Una escritura... mi contrato
(Registrando el pliego.)
de boda... y esta doña Inés Aldino.
(Desenvuelve el retrato.)

AUR. ¡Mientes! es de mi madre ese retrato.
(Quitándoselo.)

ROD. ¡Hija mía! (Tendiéndola los brazos.)

AUR. (Rechazándole.) ¿Tu hija?... eso tan sólo
me faltaba.—¡Hija tuya!—¡Alucinarme
quieres con ese nombre! mas el dolo
miserable comprendo: no lo intentes.
Tú no has podido la existencia darme:
mientes, viejo feróz: dime que mientes.
Tú para que su muerte te perdone

me llames hija tuya: mas te engañas:
nada hay en mí que tu maldad abone;
para tí sólo hay odio en mis entrañas.

ROD. ¡Hija mía! (Deteniéndola.)

AUR. ¡Otra vez!—No me lo digas,
no me lo expliques: comprender no quiero
que el sér infame que en tu seno abrigas
me pudo dar el ser: muerta primero.

ROD. ¡Calla, hija mia! (Asiéndola del vestido.)

AUR. Suelta, no me sigas.

ROD. ¡Huyes de mí!

AUR. Por siempre.

ROD. ¿Me abandonas?

AUR. Como á mi madre tú.

ROD. ¿Nada en mí abono
te dice el corazón?—¿Que me perdonas
dime.

AUR. Mi madre, contra tí, ante el trono
de Dios, venganza pide.

ROD. ¡Horrendo enconol

AUR. Si eres mi padre tú, ¿por qué te extrañas
del infernal rencor que arde en mis venas?
La que tiene tu sangre en sus entrañas,
sólo puede tener sangre de hienas.
Suéltame, pues, de tu sangrienta mano.
Mi padre era Gabriel, y su asesino
y el de mi madre, tú.

ROD. Pero el destino
te une hoy á mí.

AUR. (Desprendiéndose de él.) Lo intentarás en vano:
muerta mejor que á tu existencia unida.
Reniego, huyo de tí; mi sér olvida
y el nombre de hija que tan mal empleas:
y, ¡ojalá que infelíx como ellos seas,
y, ojalá en mi lugar, fiero homicida,
de mi madre y Gabriel, junto á tí veas
la doble aparición toda tu vida!

(Don Rodrigo cae desplomado. Doña Aurora se va por la puerta del fondo. Don César la sigue tristemente. Cae el telón.)

FIN DEL DRAMA

EL REGALO DE BODA.

EL REGALO DE BODA,

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

D. EDUARDO Y D. JOSÉ JACKSON.

Representada con aplauso la noche del 17 de Abril de 1880, en el Teatro de VARIEDADES, á beneficio del primer actor D. José Vallés.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1880.

R. 20312

PERSONAJES.	ACTORES.
AURORA.....	D.ª Juana Espejo.
CONSUELO.....	D.ª Concepcion Rodriguez.
PAZ.....	D.ª Luisa Rodriguez.
LUIS.....	D. José Vallés.
JUAN.....	D. Federico Tamayo.
PEDRO.....	D. José Alverá.
CÁRLOS.....	D. Andrés Ruesga.
UN CRIADO.....	D. Eduardo Sanchez.

La accion se supone en Madrid.—Época actual.

Por derecha é izquierda se entenderá la del actor.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada el Teatro, de los Sres. HIJOS de A. GULLON, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á NUESTRO QUERIDÍSIMO

HERMANO POLÍTICO Y TIO CARNAL

D. LEON VEYAN Y CARVAJAL.

En testimonio de profundo afecto y cariñoso recuerdo, le envian con un abrazo la presente obrita, sus autores,

EDUARDO Y PEPE.

ACTO PRIMERO.

Sala decentemente amueblada. Puerta al foro y cuatro laterales. Un velador con libros en el centro de la escena. Sofá, butacas, etc.

ESCENA PRIMERA.

Aparecen, AURORA leyendo, CONSUELO haciendo calceta y PAZ haciendo flores. Las tres forman un grupo alrededor del velador.

AUR. «La pluralidad de mundos
habitados ¿quién la niega?» (Leyendo.)
PAZ. Nadie dirá sino que es
natural esta azucena.
Verdad?
CONS Siempre con las flores!
PAZ. No, si es mejor hacer media!
CONS Es más útil.
PAZ. Y elegante
sobre todo.
CONS. Estas modernas...
AUR. Abajo el método antiguo!
CONS. Qué?
AUR. Me refiero á la ciencia.
Qué Flammarion! Qué argumentos!
CONS. Cada loco con su tema.

AUR. (Leyendo.) «En la luna hay habitantes.»
—Los hay, todo lo demuestra...
Pues aquí van siendo escasos,
y las que estamos solteras
proseguiremos sin novios
como del cielo no llueven.
¡Cuándo pondrán un tranvía
desde la luna á la tierra!

CONS. Adios! se me marchó un punto!

PAZ. Vaya! se rompió la seda!

AUR. ¡Qué profécas son ustedes!
Ni adelantan ni progresan!

PAZ. Pues mira si están bonitas!

AUR. Mejores las venden hechas.

CONS. La economía es mi norma.

AUR. Entre el algodon que emplea
y el tiempo que desperdicia
y el trabajo y la paciencia,
gasta más. Casi de balde
las da el Louvre por docenas.

PAZ. Pero, hija, si al fin y al cabo
no somos más que pasiegas.

AUR. Pasiegas, pero instruidas.
Hoy cortesanas.

CONS. De pega.

PAZ. ¿Y tú con tus matemáticas
y tus flamantes ideas,
qué adelantas?

AUR Ya lo creo.
¿No adelanta el que progresa?
¿Y no progresa el que estudia?
Pues yo, que estudio sin tregua,
progreso, adelanto, y es
lógica la consecuencia.

CONS. Á pesar de tus estudios
y tus teorías nuevas,
no has resuelto, pobre Aurora,
el más difícil problema
para la mujer: hallar
un novio que le convenga.

AUR. Sin términos conocidos
no hay quien la *ecuacion* resuelva.

Como yo consiga un dato,
sólo un número, una letra,
ó puedo poco, ó de esa *equis*
me saco un marido en regla.
Nuestro tio conociendo
que los novios escasean
mucho por ciertas provincias,
tuvo la feliz idea
de traernos á la córte,
en donde dicen que hay plétora
de todo, y en una casa
de pupilos nos hospeda
para que estemos, es claro,
más á la vista.

CONS. Ocurrencia
digna de mi hermano.

PAZ. Sí.
Mi tio sin duda espera
hallar más fácil salida
de nosotras así.

AUR. Queda
sentado que somos tres
objetos puestos en féria.

PAZ. Tres huéspedes hay en casa...

CONS. Pues á novio por cabeza.

AUR. Usted ya ha pillado el suyo.

CONS. El más viejo!

PAZ. Algo se pesca.

CONS. Tú has cogido al comandante!

AUR. Yo soy la única á estas fechas
que estoy in albis. Qué tal
os parece el Luis Fonseca?

PAZ. Muy simpático!

CONS. Muy guapo!

AUR. Un poquito calavera,
y esto me place en los hombres;
me agrada que locos sean,
como me agrada una dósis
de coquetismo en las hembras.

CONS. Á mí me ha gustado mucho.

AUR. Tia, si el tio la oyera...

CONS. Mientras no sea mi esposo

que hable así no es una ofensa.

PAZ. Ayer me miró dos veces,
pero de cierta manera...

AUR. Pues si fuera una á hacer caso
de tantas miradas tiernas!...

CONS. Tambien á mí me ha mirado
varias veces.

AUR. ¿Qué te apuestas
á que deja, si yo quiero,
á la luna de Valencia
á la de Albacete?

PAZ. Toma!
Dí tú que si yo quisiera...

CONS. Á no estar comprometida
me parece que la empresa
no me sería difícil.

PAZ. Si las cosas no estuvieran
como están hoy...

AUR Á quien mira
con intencion manifiesta
es á mí.

PAZ. Á mí!

CONS. Á mí!

AUR. Supuesto que el mundo rueda,
dejémosle rodar.

PAZ. Sí.

AUR. Y á callar, que tiene cuenta,
pues si un hombre nos oyese
nos llamaría coquetas.

PAZ. Y no es así.

CONS. Qué ha de ser!
Si tres chicas más modestas
no se encuentran en el mundo.

AUR. Buena ganguita se lleva
la de Albacete! Muy jóven,
muy rico...

CONS. Y quién será ella?

AUR. Alguna mujer vulgar,
de seguro sin escuela.

CONS. Una que estará rabiando
por casarse con cualquiera.

PAZ. Yo apostaba á que se pinta.

CONS. Y yo apuesto á que es coqueta.
AUR. Y beata.
PAZ. Y chismosilla.
CONS. Y voluble.
AUR. Y tonta.
PAZ. Y vieja.
CONS. Y ordinaria.
AUR. Y tosca.
PAZ. Y rara.
CONS. Y sosa.
PAZ. Y sin gracia.
AUR. Y fea.
PAZ. Yo no la he visto.
CONS. Ni yo.
AUR. Pues yo, como si la viera.
CONS. Qué ha de salir de Albacete!
AUR. Tendrá un cuchillo por lengua!
En fin, dejémosla en paz,
ya que pronto entrará en guerra.
CONS. Odio las murmuraciones.
PAZ. Sí, respetemos su ausencia. (Pausa corta.)
AUR. (Hasta mi tía se casa!...
Y mi hermana!... Y yo... Me quema
la sangre esto de esperar
á que lleguen, si es que llegan!
Ay! qué poco entra el progreso
en ciertas cosas!... Paciencia!) (Pausa corta.)
PAZ. Tarda el tío, no es verdad?
CONS. Sí que tarda en dar la vuelta.
Nuestras dos bodas le traen
que ni para ni sosiega.
AUR. (Tontas! qué huecas están!
Buen par de esposos se llevan.
Cárlos un tigre africano;
don Juan un viejo babieca!)
PAZ. Ya casi está mi prendido.
AUR. (Y á mí no habrá quien me prenda?
Si me quedaré sin novio?
Si formará mi pareja
con mi línea de conducta
otra línea paralela,
y sólo en el infinito

nuestro contacto se encuentra?
Ay! la verdad matemática
es una verdad tan seca!)

PAZ. Mañana nos tomaremos
los dichos... Y usted?

CONS. Espera
don Juan casar al sobrino
ántes que mi esposo sea.

PAZ. ¿No me ha traido el vestido
(Se oye dentro una campanilla.)
la modista?

CONS. Que yo sepa...

PAZ. Llaman.

AUR. Al libro.

PAZ. Á las flores.

CONS. Consuelito, á tu calceta.

ESCENA II.

DICHAS y D. JUAN.

JUAN. Gracias á Dios, voy llegando
al final de mi tarea!
Qué Madrid, y qué calor,
y qué sobrino, y qué piernas!

AUR. y PAZ. Buenos dias!

JUAN. Sí, es verdad:
me olvidé. Buenos los tengan.
Dispensad, porque no sé
dónde tengo la cabeza.

CONS. Siéntese usted. (Dándole una silla.)

JUAN. Muchas gracias.
¡Válgame Dios, qué agujetas!

PAZ. Dónde ha estado?

JUAN. Qué sé yo!
corriendo de ceca en meca,
arreglando los papeles
para que ese chico pueda
casarse.

AUR. Conque el sobrino?..

JUAN. Mi sobrino es un tronera:
otro padre, que tenia

los cascos á la gineta.

CONS. Así habla usted de su hermano?

JUAN. ¿Y cómo he de hablar, si era,
Dios le haya dado su gloria,
más malo que una epidemia?

AUR. Sí?

JUAN. Pues lo mismo es su hijo,
tan sin juicio, tan veleta!
En cuanto piensa una cosa
ya la quiere tener hecha.
Y lo malo es, que en el dia
son tantas ya las que piensa,
que no hay ángel que le sufra,
ni demonio que le entienda.

PAZ. Qué chico!

CONS. Vaya un carácter!

JUAN. No hay nada que le convenza.
Tiene un capricho: lo logra,
y en otro capricho piensa.

AUR. Esas son calaveradas,
propias de la edad. Apenas
se case, ya verá usted
cómo fija sus ideas.

JUAN. Cuando se case? Es que yo
lo creeré cuando lo vea.
Si ha tenido veinte novias!
Las adora con vehemencia;
y en cuanto consigue el *sí*
toma pipa...

AUR. Y qué?

JUAN. Las deja.

PAZ. Pues él parece muy dócil.

JUAN. Ese es el mal. Es materia
dispuesta á todo.

AUR. Sí, eh?

JUAN. Tiene un corazon de cera.
Á esa novia de Albacete
la viene dando más vueltas!...
Ya la deja; ya la toma...
Lo que á él le asusta es la suegra.

AUR. Y es simpático.

CONS. Y gracioso:

JUAN. También la gracia la heredó
de su padre. Al espirar
me llamó á su cabecera
y me dijo: «Juan: tú eres
el único que en la tierra
puede velar por mi hijo:
sé su padre: y cuando tenga
los veinticinco procura
que en seguida se establezca.
Búscale una buena esposa,
y al entregarle su herencia,
que es cuantiosa, como sabes,
procura que un hombre sea
de provecho.—Toma; ahí tienes
esa cajita que encierra
mi regalo: guárdalo
y á su novia se lo entregas
dias ántes de la boda.
Cuida que nadie lo vea
hasta que llegue el momento.
Hizo tres ó cuatro muecas:
me abrazó y se fué del mundo
cantando el *requiem eternam*.
AUR. Vaya un hombre divertido!
JUAN. En su hijo dejó la muestra.
Y se murió y me dejó
el regalo y la prebenda
del sobrinito Luis.
AUR. Y usted lo guarda?
JUAN. Por fuerza.
Me prohibió absolutamente
que nadie, nadie lo viera,
y ni yo mismo lo he visto.
CONS. Mi curiosidad despierta
el tal regalo de boda.
AUR. Y yo, si posible fuera,
me casaba con Luis
por saber lo que es.
PAZ. Simpleza
será, pero yo tambien...
CONS. Y yo.
JUAN. Lo que son las hembras!

AUR. Sólo por curiosidad.
PAZ. Qué será?
JUAN. Alguna ocurrencia
de las suyas. Yo lo tengo
bajo llave, pues se empeña
Luisito en abrirlo.
AUR. Sí?
JUAN. Es mozo que no respeta,
por salirse con su gusto
ni la voluntad postrera
de los difuntos. ¡Qué carga
me echó mi hermanito á cuestas!
Y anoche!...
CONS. Qué sucedió?
JUAN. Me jugó una de las buenas.
Anoche cuando acabé
de hacer varias diligencias,
entré á tomar chocolate
en un café de la Puerta
del Sol; de pronto me fijo
y me encuentro en una mesa
á mi sobrinito Luis
obsequiando á una caterva
de pollos, todos sin plumas,
á juzgar por la apariencia.
Me ve, y exclama: «Hola, tio!
Bien venido! Mozo, venga
lo mejor que haya en la casa!»
Al punto un mozo se acerca.
Pasa en esto una señora
muy perfumada y compuesta;
la ve Luis, se levanta
y la dice: «Adios, morena:»
y añadiendo: «pague usted,»
echó á correr detrás de ella.
Llamo al mozo:—«Qué se debe?»
El gallego echó sus cuentas
y dijo: «Seiscientos reales
son el Champagne y la cena.»
¡Yo, que me hallaba por junto
con seis ó siete pesetas.
Saqué mi reloj de oro

y le dije:—«Toma, ahí queda
mañana vendré por él!»
Y me salí por la puerta
maldiciendo mi fortuna,
renegando de mi estrella,
de mi hermano, del sobrino
y toda mi parentela.

TODAS. Já! já! já!

JUAN. Sí, ríanse ustedes,
que fué chistosa la escena.

AUR. Y cuándo se casa?

JUAN. Pronto.
Y ojalá mañana fuera.

AUR. Y ella sigue?...

JUAN. En Albacete.

AUR. Y la boda está?...

JUAN. Resuelta.

AUR. Qué lástima!

JUAN. Qué?

AUR. Decía
que es gran lástima que sea
tan loco, porque, soy justa,
es chico de buenas prendas.

PAZ. Ya lo creo!

CONS. Es rico!

JUAN. Mucho!
Y despues tiene un sistema
para conquistar mujeres
que no sé cómo se arregla.
Hoy no ha hablado con ustedes?

AUR. No.

JUAN. Pues lo extraño de veras,
porque las aprecia mucho.
En la punta de la lengua
siempre tiene... Aurora... Paz...
Consuelo... Bah! ya mis piernas
han reposado, y me voy
á mi cuarto.

(Se acerca y le dice á Consuelo con mucho cariño.)

Pronto queda
terminado ya el asunto
de mi sobrino, y apenas

tenga un dia de reposo
y relevado me vèa
de ese cuidado y me libre
de su enojosa tutela,
soy de usted en cuerpo y alma.
(Muy tierno.)
La semana venidera
se casará mi sobrino,
y al otro dia á la iglesia.
para que el cura nos cure
de esta enfermedad intorna
que llaman amor.

CONS. Por Dios,
don Juan, que me da vergüenza!

AUR. (No hay cosa más insufrible
que dos viejos cuando empiezan
á echarse flores.) Adios.
(Vàse primera puerta izquierda.)

JUAN. Á los piés de usted.—Se ausenta
usted tambien? (Á PAZ.)

PAZ. Si señor,
con permiso...

JUAN. Usté es muy dueña.

PAZ. (Nada hay tan empalagoso
como el amor en conserva.)
(Vàse primera puerta izquierda.)

ESCENA III.

CONSUELO y D. JUAN.

CONS. Me parece que las niñas
se van con cara indigesta!

JUAN. La envidia.

CONS. Lo mismo creo.
Es la enfermedad más fea!...

JUAN. Conque, hasta ahora, Consuelito;
voy á escribir una esquela
al cura de la parroquia
y pronto dare la vuelta.
Dame esa mano de nieve,
y permiteme que en ella

estampe de un puro amor
las primicias lisonjeras.
(Le besa una mano que ella le alarga con rubor.)
Nada me respondes?

CONS. Nada.

JUAN. Por qué?

CONS. El rubor me lo veda.

JUAN. Pudorosísima Vénus!...

CONS. Ay!

JUAN. Castísima doncella;
adios, hasta que en el ara
nuestras almas se entretejan.

CONS. Don Juan, usted me anonada.

JUAN. Consuelo, usted me consuela.

CONS. Ay! debo estar encendida
lo mismo que unas candelas.
Alguien se acerca! Es mi hermano!
Voy, no quiero que me vea.
Adios.
(Vase primera puerta izquierda.)

JUAN. Adios. ¡Lo que puede
el pudor en las doncellas!

ESCENA IV.

JUAN, PEDRO.

JUAN. Adios, vecino!

PEDRO. Hola, amigo!

JUAN. Viene usted?...

PEDRO. Voto á san Gil!
Vengo dado á los demonios!
Yo estoy de boda hasta aquí!

JUAN. Siéntese usted.

PEDRO. Sí, y hablemos:
pero al grano, á ver si al fin
damos cima á este negocio.

JUAN. No hay otro deseo en mí.
Como sólo hace seis dias
que me he venido á vivir
á esta casa, hemos hablado
muy poco.

PEDRO. En verdad.
JUAN. Pues Luis,
mi sobrino va á casarse
en Albacete, y así
que se celebre su boda
ya estoy yo dispuesto á unir
mi mano á la de su hermana.
PEDRO. Oh! qué dia más feliz!
Ustedes son madrileños?
JUAN. Sí señor.
PEDRO. Lo conocí.
JUAN. Y usted, es gallego?
PEDRO. No.
La montaña es mi país.
Yo soy del valle de Pas.
JUAN. Ya! del valle...
PEDRO. Allí nací.
Pasé mis primeros años
con la vara de medir,
con el arroz y la harina,
el café y el Guayaquil;
mas viendo que era imposible
mis deseos conseguir
por aquel tiempo en España,
me embarqué en un bergantin
y la Habana fué palenque
de mi lucha mercantil.
Al cabo de algunos años
de comercio, conseguí
hacer una fortunita
de ciento cincuenta mil
pesos.
JUAN. Y cómo?...
PEDRO. Los hice?
Se lo diré sin mentir.
Pues hice yo mi fortuna...
JUAN. Comprando y vendiendo añil?
PEDRO. No señor; vendiendo negros
y comprando blancos.
JUAN. Sí!
PEDRO. Sí señor; pero ¡ay! amigo,
vino la de san Quintin:

la insurreccion y los negros
me pusieron verde á mí.

JUAN. Y perdió usted su fortuna.

PEDRO. Y gracias que pude huir;
porque en más de una ocasion
tuve la vida en un tris.

JUAN. Me alegro.

PEDRO. Qué!

JUAN. Que me alegro
que se salvara...

PEDRO. Creí...
Pues sí señor, me arruinaron
y ahora tengo que vivir
con la renta de una hacienda
que tengo allá en mi país.
Unos doce mil reales
para comer y vestir
y calzar á tres mujeres

JUAN. Ya!

PEDRO. Por eso decidí
colocarlas. La Consuelo
es mujer de algo de aquí.
La Aurora es más repulida
que un topacio del Brasil.
La Paz es más roma...

JUAN. Ya!

PEDRO. Se parece en eso á mí.
Soy bueno; pero mi genio...
En cuanto me da el esplin,
créamelo usted, amigo,
no hay quien me pueda sufrir.
En un pronto...

JUAN. Qué?

PEDRO. En un pronto...
mato á un hombre.

JUAN. San Dionís!

PEDRO. No puedo ver que me falten.
Á un comerciante en Turín
le disparé una pistola
con honores de fusil,
y en mitad de la cabeza
una bala le embutí.

JUAN. Y usted se marcha?
PEDRO. Sí.
JUAN. (Vamos.)
Pues yo me quedo en Madrid.
PEDRO. El salir yo de mi pueblo
sólo ha sido con el fin
de casar á las sobrinas
y á mi hermana; porque allí
tiene muy poca salida
el género mujeril;
y como es género... vamos,
que en dejando trascurrir
su tiempo, nadie lo quiere,
me dije: pues á Madrid,
á la córte, que allí hay gente
para todo.
JUAN. Y es así.
PEDRO. Há tiempo hubiera debido
de ese cuidado salir,
porque ya ve usted que al cabo
no es género tan ruin;
pero si son tan coquetas!...
JUAN. Hombre!
PEDRO. Uff!!
JUAN. (Qué es lo que oi?)
PEDRO. Ellas despiden los novios
y los vuelven á admitir.
En el tiempo que aquí estamos
han tenido un celemin;
desde un ministro hasta un
cabo de guardia civil.
En fin, amigo don Juan,
que estoy de ellas hasta aquí.
Hace un año que vinimos
y aún no pude sacudir
la polilla; pero pronto,
gracias á las once mil
me veré libre de faldas,
y á mi pueblo: allá á vivir
á mis anchas.
JUAN. En el campo,
no es verdad?

PEDRO. Justo que sí.
Á lo... pues!
JUAN. Eso es... á lo..
(animal iba á decir.)
PEDRO. Hum!...
JUAN. Patea usted?...
PEDRO. De ira!
JUAN. (Este hombre es un puerco-espin!)
PEDRO. Qué quiere usted, tengo un genio
peor que un potro cerril.
JUAN. Bueno es que usted se conozca.
PEDRO. Y qué hacer si así nací?
Yo en mi vida tuve amores
y jamás me quise uncir
al yugo del matrimonio.
Hubiera sido infeliz:
porque si mi *esra* esposa,
sin pararme en argüir,
un dia no está á la mano
para darme el corbatin,
ó si me dice que *no*
teniendo que decir *si*...
JUAN. Qué?
PEDRO. Le retuerzo el pescuezo
lo mismo que á una perdiz!
JUAN. (Un hombre más razonable
no se halla ni con candil!)
PEDRO. Hoy que tengo los sesenta
me refreno un poco, y...
JUAN. Si, hombre: *refrénese usted.*
Es preciso transigir...
PEDRO. Que yo á los sesenta y pico
ande como un mascandil
detrás de las hembras!... Vamos,
que no lo puedo sufrir!
Á cómo estamos?
JUAN. Á veinte...
Á veintisiete de Abril.
PEDRO. Pues para el cinco de Mayo
cada uno á su casa.
JUAN. Di
mi palabra y cumpliré.

PEDRO. Será el día más feliz
de mi vida. Á mi hermanita
si consigue usted por fin
dominarla, ménos mal;
pero si la deja ir...
Dios se la depare buena.
JUAN. Es amable.
PEDRO. Yo por mí,
á las mujeres amables
las ahorcaba.
JUAN. (Habrá mastin!)
PEDRO. La mujer, áspera, dura:
como yo.
JUAN. (Sí, un jabalí!)
PEDRO. El novio de Paz me gusta
por su forma y su cariz.
Ese es como yo.
JUAN. Ya!
PEDRO. Un hombre
con el temple de un buril.
Es un hombre que no ve
más allá de su nariz.
Es comandante; ya peina
las cuarenta. Allá en el Riff
dejó el pabellon bien puesto:
Tigre le llamaba Prim.
Ese ha matado más moros
que Santiago y el Cid.
JUAN. Se conoce!
PEDRO. De soldado
ha conseguido subir
á comandante.
JUAN. Y por qué
está de reemplazo?
PEDRO. Ahí
tiene usted: porque es un zote:
porque no tiene magia.
No ha sabido pronunciarse
con pesqui...
JUAN. Ya la cogí.
PEDRO. Le dió por ser cantonal...
JUAN. Ah! pues no hay más qué decir!

PEDRO. Conque basta de discursos.
Entre usted en el redil
supuesto que así lo quiere,
y á casarse y á subir
la cuesta del matrimonio
con la cruz al hombro, y
con respecto á su futura,
métala usté en el carril
con maña, que si se tuerce. .
JUAN. Qué?
PEDRO. Que se va usté á lucir.
No olvide usted esta máxima
que en América adquirí.
A la mujer y al caballo
mucho de aquí y de aquí.
(Indicando primero tirarle de la rienda y despues pegarle. Se levantan.)
JUAN. No olvidaré su consejo.
Voy á ver si ha vuelto Luis.
(Vase segunda puerta izquierda.)

ESCENA V.

PEDRO, y á poco CÁRLOS.

PEDRO. Va á casarse con mi hermana!
Pobre diablo! Yo te afirmo
que ántes de un año tendrás
á Leganés por asilo.
(Sale Cárlos por el foro con un periódico en la mano. Despues de una pausa se fija en D. Pedro y le saluda bruscamente. D. Pedro le contesta del mismo modo. Se sientan cada uno al lado del velador. Pausa. D. Pedro toma un periódico de encima del velador y ambos leen para sí. Pausa. De pronto se miran, y sin decirse nada se vuelven de espaldas. Pausa. Se vuelven y se interrogan con la accion: ambos se contestan de igual modo, como diciendo: *A mí qué?* Pausa. Cárlos saca la petaca y enciende un cigarro. D. Pedro saca la suya y enciende otro. Pausa.
CARLOS. Usted gusta?

PEDRO. Muchas gracias.
CARLOS. No hay de qué.
PEDRO. Lo mismo digo.
CARLOS. (Qué estúpido!)
PEDRO. (Qué incivil!)
CARLOS. (Qué simpático!)
PEDRO. (Qué fino! (Pausa.)
Tiene razon el gobierno!)
CARLOS. (Cuando subirán los mios!...) (Pausa.)
PEDRO. (Ni me mire!)
CARLOS. (Ni me habla!)
PEDRO. (Bien está!)
CARLOS. (Estamos lucidos!) (Pausa.)
PEDRO. (Pues yo no he de principiar!)
CARLOS. (Pues lo que es yo no principio!)
PEDRO. (Que esto sea un comandante!
Vamos, si parece un quinto!)
CARLOS. (Qué comerciante! Parece
un mozo de ultramarinos!
Y esto mi tio ha de ser!)
PEDRO. (Y esto ha de ser mi sobrino!)
CARLOS. (Estoy que brinco en la silla!)
PEDRO. (Estoy que en la silla brinco!)
(D Pedro patea.)
CARLOS. (Pateas? Pues yo tambien!)
PEDRO. (Voto á Sanes!...
CARLOS. Voto á Crispo!...)
(Siguen pateando.)

ESCENA VI.

DICHOS y PAZ, que sale por la primera puerta izquierda.

PAZ. Hola! Se está ya de vuelta?
LOS DOS. Sí.
PAZ. Lo celebro infinito.
Y están ustedes bailando.
Hay buen humor por lo visto.
CARLOS. El señor es muy alegre.
PEDRO. Sí, y usted muy divertido.
PAZ. Y qué tal, se ha hablado mucho?
CARLOS. Oh! si señora; muchísimo.

PAZ. Vamos, pues me alegro.
PEDRO. Sí;
hasta el saludo omitimos
por no hablarnos.
CARLOS. Es verdad.
PEDRO. Es muy atento!
CARLOS. Es muy fino!
PAZ. (Á Cárlos.) (Luégo no le ha dicho usted?...)
CARLOS. (Señorita, nada he dicho.)
PAZ. (Pues se da usted buena prisa
en querer ser mi marido!)
PEDRO. (Y siguen hablando bajo!...
Esto me saca de quicio!
¿Quién, si nunca he sido padre,
me ha condenado á ser tio?)
CARLOS. (Bueno, si usted me lo exige...)
PAZ. (Sí señor, porque es preciso
sepa á la altura que estamos...)
PEDRO. (Y siguen los secretitos!...
Yo voy á romperle...) Hum!...
(Siguen hablando bajo.)
Señores!....(Dando un grito.)
PAZ. Ay!
CARLOS. Qué? (Gritando tambien.)
PEDRO. Yo opino
que aquí se debe hablar alto,
porque no es justo ni lícito
que se estén burlando ustedes
tal vez de mí en mis hocicos!
PAZ Tio, nadie se burlaba!
PEDRO. Al pan pan, y al vino vino.
Lo que hubiere que decirse
alto, muy alto y clarito.
CARLOS. Soy de la misma opinion
y voy á hablar ahora mismo.
PAZ. Ay, no! delante de mí,
no, por Dios; se lo suplico.
CARLOS. He dicho que hablo y hablo.
Sepa usted...
PAZ. Ay!
(Da un grito y echa á correr por la primera puerta izquierda.)

ESCENA VII.

DICHOS, menos PAZ.

PEDRO. Y ese grito
á qué viene?...
CARLOS. Viene, á que...
PEDRO. Qué ha sido eso?...
CARLOS. Sólo ha sido...
que voy á decirle á usted...
que nos tomamos los dichos
mañana.
PEDRO. Mañana?
CARLOS. Sí.
PEDRO. Mejor hoy.
CARLOS. Hoy es domingo
y no puede ser.
PEDRO. Lo siento.
Bien; siendo así, convenido.
Quiero verme de una vez
libre de estos laberintos.
Tengo que comprarme un frac
CARLOS. Yo ya tengo en casa el mio.
PEDRO. Y si usted conoce un novio
para la otra, le suplico
que me lo presente; quiero
marcharme á vivir tranquilo
á la montaña: á mi valle,
á ver si una vez respiro
con libertad.—La mujer,
créame usted, es el bicho
más malo que se conoce;
pero ya que usté es tan primo
que quiere casarse, sea,
y le estoy agradecido.
CARLOS. No hay de qué.
PEDRO. Y procure usted
dominar ese maldito
genio. (Gritando.)
CARLOS. No me grite usted!
PEDRO. Pues no dige que le grite!

Usted y yo no podemos
vivir en paz; está visto.
Se parece usté á la hiena!

CARLOS. Y usté al leon del Retiro!

PEDRO. No me levante usté el gallo
porque no se lo permito!

CARLOS. Ni usted me ponga á mí motes!

PEDRO. Calle usted!

CARLOS. Cierre usté el pico!

PEDRO. El pico! Soy yo algun loro?

CARLOS. Loro no: un beduino!.

PEDRO. No puedo verle á usted, hombre!

CARLOS. Pues yo ni verle ni oirlo!

ESCENA VIII.

DICHOS y AURORA.

AUR. Vayan ustedes con Dios!

LOS DOS Adios! Hum!. .

AUR. Qué par de erizos!

(Vase Cárlos por la derecha y Pedro por la izquierda.)

ESCENA IX.

AURORA, y á poco LUIS.

AUR Los dos tormenta barruntan,
y son dos fieras los dos..
Qué cierto es lo de que Dios
los cria y ellos se juntan.
Cárlos con su intolerancia
de ceder es incapaz...
Ay, pobre hermanita! ay, Paz!
no te arriendo la ganancia.
Por supuesto, que en rigor
no hay hombre que no sea malo;
y yo sentenciaba al palo
sin escrúpulo al mejor.
Los colgaba de un cordel
á todos, sin miedo alguno...

Á todos, dejando uno
para casarme con él.
Luis llega: su voz escucho.
Este al fin es otra cosa.
Quisiera estar muy hermosa...
pero mucho... mucho... mucho! (Sale Luis.)
Luis?... (Muy amable.)

LUIS. Señorita, á sus piés.
Usted buena? Eso deseo.
Vengo de darle un paseo
á mi potro cordobés.

AUR. El que su tio...

LUIS. De brío
y un excelente animal.
Le ha costado un capital:
pobre potro y pobre tio.
Casi á risa me provoca:
tanto corrí desalado,
que al fin...

AUR. Qué?

LUIS. Nada: que ha echado
los hígados por la boca.

AUR. Jesús!

LUIS. Estampa más bella!...

AUR. Pobre animal, muerto así!

LUIS. Señora, pobre de mí,
porque por poco me estrella.

AUR. De veras?

LUIS. Mo ví en un brete.
Y lo que es si me descuido...

AUR. Cómo lo hubiera sentido
la futura de Albacete!

LUIS. Sólo... la futura?...

AUR. Y yo!

LUIS. Usted me hubiera llorado?
Siento no haberme estrellado.
Es de veras!

AUR. Pues yo no!

LUIS. Si usted llorara, Aurorita,
¿qué importaba?

AUR. Lindo llanto!

LUIS. Con ese bálsamo santo,

¿qué muerto no resucita?

AUR. Muy bien!...

LUIS. Yo soy muy leal:
No hay engaño que en mí quepa.

AUR. Lo creo.

LUIS. Y quiero que sepa...

AUR. Qué?

LUIS. Que yo soy muy formal.

AUR. Qué hermosa es usté!
(Habrá pillo!)
Si lo oyera así mintiendo
su futura...

LUIS. Lo está oyendo.

AUR. Sí?

LUIS. La lleve en el bolsillo.
Aquí dentro, en la cartera.

AUR. Y es muy guapa?

LUIS. Poca cosa.

AUR. Deberá ser muy hermosa!

LUIS. Lo era, Aurorita, lo era.

AUR. Cómo?

LUIS. Aquí la tiene usté.
(Saca un retrato de hombre.)
Ha venido de perillas
el traerla.

AUR. Y tiene patillas!

LUIS. Cómo!

AUR. Sí.

LUIS. (Busca en la cartera.) Me equivoqué.

AUR. Já! já! já! já!

LUIS. Cuando digo
que estoy loco!

AUR. Es la verdad.

LUIS. Por darle el de Soledad
le dí á usted el de un amigo.
Enrique: un calaveron
deshecho.

AUR. Sí?

LUIS. Atrás me deja.
Se casa con una vieja,
señora!

AUR. Brava eleccion!

Algo habrá en ella que influya...

LUIS. Hoy sabré cómo le va
con su consorte mamá.
porque espero carta suya.
Mire usted. (Saca el retrato de Soledad.)

AUR. Sí; ya reparo...
Tiene usté un gusto esquisito...
Y qué lástima, Luisito,
retratarse en traje claro!

LUIS. Es verdad.

AUR. Su cara toda...
me agrada.

LUIS. Sí.

AUR. Sin engaños.
Y este tendrá algunos años,
porque el traje no es de moda.
En morenas no me llena
ese traje, le soy franca.

LUIS. Pues ella es muy rubia y blanca.

AUR. Sí? pues parece morena.

LUIS. La morena es la mamá.

AUR. De veras?

LUIS. La pena negra
me aguarda con esa suegra.
Si se muriera!... Ojalá!

AUR. Qué dice usted?

LUIS. Y me fundo.
No es mujer: es un dragon!
Yo no sé por qué razon
habrá suegras en el mundo!

AUR. Já! já!

LUIS. (Su risa enamora!)
Jesús! (Mirándola fijamente.)

AUR. Qué está usted mirando?

LUIS. Nada: estaba comparando
á Soledad con Aurora.

AUR. Permita usted que me inquiete...
Yo no valgo en relacion...

LUIS. No cabe comparacion
entre Madrid y Albacete.
Su belleza es sin igual.

AUR. No prosiga usted.

Luis. Prosigo,
y formalmente lo digo;
porque yo soy muy formal.
Aur. No me seduce el ardid.
Luis. Hágase usted más merced!
Aur. Á qué se bromea usted?
Luis. Á que me quedo en Madrid?
(Pausa. Luis ve un libro.)
Flammarion!
Aur. Es mi lectura.
Es mi libro favorito.
Luis. Muy ameno y muy bonito.
Aur. El estudio es mi ventura.
¡Los astros! El firmamento!
¡Cuánto agrada y entretiene!
Luis (Esto es lo que me conviene:
una mujer de talento.)
Del sol en los rayos rojos
no estudie usted, que á mi ver
aún tiene el sol que aprender
en la lumbre de esos ojos.
Aur. De veras?
Luis. Es la verdad,
y pongo á Dios por testigo.
¿No ve usted que se lo digo
con mucha formalidad?
Si un *sí* consiguiera yo...
Aur. Qué escucho! Pobre de mí!
Si usted cuando escucha un *sí*
piensa al momento en un *no*.
Luis. Es segun.
Aur. Qué se diria?...
Luis. Qué mano! No se la ve!
Y qué pie! Si es mucho pie! ..
Aur. Es mucho? No lo sabia.
Luis. Dije mucho, por decir...
Aur. Grande; ya lo he comprendido.
Luis. Si me fuera permitido
el podérselo medir!...
Ay! quién pudiera lograr...
Aur. Ser mi zapatero anhela?
Luis. De fijo cabe la suela

en un papel de fumar.

AUR. (El tal Luis viene propicio...)
Es usté acaso extremeño
ó andaluz?

LUIS. Soy madrileño.
Del distrito del Hospicio.

AUR. (Como cayese en la red...)

LUIS. Ay, Aurora! qué ansiedad!

AUR. Piense usted en Soledad!

LUIS. Vale mucho más usted.

AUR. Jesús! Capricho más raro!...
Soledad es seductora!

LUIS. No es muy fea, bella Aurora;
pero lleva *traje claro*,
y su adorno no me llena.

AUR. Pues le está bien. Le soy franca,
y como ella es rubia y blanca...

LUIS. Pero parece morena.
En fin, que ya siento... ¡pues!
Y como este afan me inquiete
voy á dar..

AUR. En Albacete?

LUIS. No señora, en Leganés?

AUR. Habla usted formal?

LUIS. Sí tal.
Formalísimo es mi empeño.
Como que soy madrileño,
¡digo! si seré formal!
De mi amor recien nacido
la aurora en mi pecho brilla.

AUR. Sí?

LUIS. La cosa es bien sencilla.
Me quiere usted por marido?

AUR. Qué!

LUIS. Que tiene usted la llave
de mi amor.

AUR. (Cayó en la red!)
Já! já!

LUIS. No se ria usted.

AUR. Bien.

LUIS. No se ponga usted grave.
A ser muy felices vamos.

AUR. Tan pronto no me decido...
LUIS. Hoy me ha gustado, hoy la pido
y mañana nos casamos.
AUR. Yo no sé...
LUIS. Tiene usted miedo?
AUR. Y Soledad?
LUIS. Dale bola!
Soledad se queda sola
y yo con usted me quedo.
Esto está arreglado ya
AUR. Si mi tio...
LUIS. Dueño mio!
Mi tio verá á su tio
y al punto se arreglará.
AUR. Si ese amor...
LUIS. Es muy sensato.
La mano. No hay que hablar de ello.
y pongo en su mano el sello
como firma del contrato.
No tenga dificultad.
La mano. Oh dulce embeleso!
Ya ve usted que se la beso
con toda formalidad.
(Al decir *La mano* Aurora se la da y él la besa con pasion. Al mismo tiempo sale D. Juan.)

ESCENA X.

DICHOS, D. JUAN y á poco PAZ y CONSUELO. D. JUAN por la puerta segunda derecha y los dos por la segunda izquierda.

JUAN. Sobrino!...
LUIS. Qué pasa, tio?
JUAN. Nada! Me parece bien!
LUIS. Tio... me ha gustado Aurora.
Tio... no se enfade usted...
JUAN. Sobrino de Lucifer!...
AUR. Le ha enojado la eleccion?
JUAN. No señora, sino que...
despues de arreglarlo todo...
Vamos, y qué voy yo á hacer

LUIS. Mírela usted de perfil;
mírela usted otra vez
y dígame si es posible
el mirarla con desden.
JUAN. Los papeles ya corrientes...
LUIS. Pues se ha cambiado el papel.
(Salen PAZ y CONSUELO.)
PAZ. Qué es eso?
CONS. Qué te sucede?
JUAN. Nada, qué ha de suceder?
LUIS. Que me caso con su hermana.
PAZ. De veras?
Sí que lo es.
AUR.
PAZ. (Ay, qué suerte que ha tenido!)
CONS. Quién había de creer!...
PAZ. Qué boda tan de improviso!
JUAN. Ha sido en un dos por tres.
CONS. (Qué tonta está!)
PAZ. (Qué orgullosa!)
CONS. (No es tan guapo!
PAZ. Qué ha de ser!)
(Ay! si le hubiese pescado!...)
CONS. (Ay! por qué no le pesqué!)
LUIS. Conque, tío, á darse prisa.
JUAN. Válgame Dios! Yo volver
á rodar por esas calles
como un mozo de cordel!
LUIS. Tío, que se acerca el tío!
JUAN. Qué tío?
LUIS. El de mi mujer.
JUAN. Pero, sobrino del alma!...
LUIS. Tío, socórrame usted!

ESCENA XI.

DICHOS y D. PEDRO.

PEDRO. Reniego del matrimonio,
de mi suerte y de Luzbel!
LUIS. (Esta es la ocasion!)
JUAN. (Muy buena
para que un palo me dé.)

AUR. (Qué envidia tienen las pobres!)
PEDRO. Ustedes buenos? yo bien.
LUIS. Don Pedro... (Al ataque, tio!)
yo celebro...
PEDRO. No hay de qué.
LUIS. (Vamos...)
JUAN. Don Pedro...
PEDRO. Don Juan.
JUAN. Mi sobrino...
LUIS. Aquí está él.
PEDRO. He tenido mucho gusto
en llegarle á conocer.
JUAN. Bien... pues Luis... quiere casarse.
PEDRO. Eso, don Juan, ya lo sé.
JUAN. Sabe que casarse quiere,
pero no sabe con quién.
PEDRO. Ni me importa. Estoy de bodas
desde la cabeza al pie.
JUAN. Luis ha visto á su sobrina
Aurorita, y sin querer...
tiró la flecha Cupido...
y... vamos... él... y ella... pues!
PEDRO. Yo no entiendo de rodeos!
JUAN. Pues es fácil entender.
Que Luis pretende su mano.
LUIS. Justo!
AUR. Es verdad.
JUAN. Eso es.
PEDRO. Y tú?...
AUR. Yo... si usted consiente...
PAZ. (Qué rubor!)
CONS. (Qué candidez!)
PEDRO. (La única que me quedaba!...
Verme libre de las tres!)
Habla usted formal, amigo?
LUIS. Yo siempre formal hablé.
PEDRO. Pues negocio terminado.
JUAN. Accede?
PEDRO. No he de acceder?
LUIS. Mi Aurora!
AUR. Mi Luis!
CONS. (Parecen

los amantes de Teruel!)

PEDRO. Por supuesto que en seguida...

LUIS. Mañana si puede ser.

PEDRO. Pues á la calle me vuelvo.
Ay! cuándo descansaré!

JUAN. Voy por el regalo, Aurora.

AUR. Gracias, tio.

JUAN. (Qué Babel!)

LUIS. Voy á escribir á Albacete
dándome de baja.

AUR. Bien.

PEDRO. Vamos?

JUAN. Vamos.

PEDRO. Por supuesto
que hay palabra.

LUIS. No ha de haber!
Adios, bien mio! Señoras..

PAZ y CONS. Abur! (Volviéndole las espaldas.)

LUIS. Estoy á sus piés.
(Ahora que me ha dado el sí
le encuentro un yo no sé qué...) (Vase.)

PAZ. Vamos... (Á Aurora.)

CONS. Sea enhorabuena!...

AUR. Celebro...

CONS. Qué ganga, eh?

PAZ. (Coquetona!)

CONS. (Estoy volada!)

PAZ. (Jesús!)
(Vase primera puerta izquierda.)

CONS. (Jesús!) (Vase id.)

AUR. Cayó el pez!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

Aparecen AURORA, PAZ y CONSUELO.

CONS. Aurora, qué feliz eres!
AUR. Pues usted puede quejarse!
CONS. Cómo?
AUR. ¿No va usté á casarse?
CONS. Me caso... pero—¡qué quieres!—
al mirar cercano el dia...
siento así... una cortedad...
AUR. Pues usted ya tiene edad
para no asustarse, tia.
CONS. Natural es que te asombre,
pero me asusta la idea
del instante en que me vea
¡ay! á solas con un hombre!
PAZ. Es algun monstruo quizás?
CONS. No, que es bueno con extremo.
AUR. Pues yo, tia, lo que temo
es...
CONS. Qué?
AUR. Que se vuelva atrás.

PAZ. No creo...
AUR. Como es así...,
Ya ve lo que de él refiere
el tío; dice que quiere
hasta que le dan el sí.
CONS. Será una exageracion
del tío...
AUR. Allá lo veremos!
PAZ. Calla, que aquí le tenemos.
Viene con Cárlos.
CONS. Chiton!

ESCENA II.

LAS MISMAS, LUIS y CÁRLOS. El primero saca dos ramitos de flores que dejará sobre la mesa del foro.

LUIS. Consuelo! (Dándole la mano.)
CONS. (Primero á mí!)
LUIS. Paz! (Idem.)
PAZ. Luisito!
AUR. (Pues no es cosa!)
LUIS. Usted siempre tan hermosa!
CARLOS. (Hum!...)
AUR. Y yo qué soy aquí?
LUIS. Ay! perdone usté; en mi afan
de ser cortés, me olvidaba...
AUR. Bien; la distraccion se alaba.
LUIS. Como soy tan... pues...
AUR. Sí... tan...
(De mi paciencia reniego!)
CONS. Pues yo voy, con su permiso...
LUIS. Se marcha usted?
CONS. Es preciso
por un instante: hasta luégo.
(Consuelo da la mano á Luis y este la acompaña hasta la segunda puerta izquierda.)

ESCENA III.

AURORA, PAZ, LUIS y CÁRLOS.

LUIS. Puesto que nos abandona...
(Despidiéndose de Consuelo.)
(Qué mano tiene y qué pie!
Vamos, yo no sé por qué
me gusta á mí esta jamona!
Pero estas dos son mejores!)
AUR. Luis?
LUIS. Eh? Qué atolondrado!
AUR. Qué?
LUIS. Se me había olvidado
que les traía estas flores.
(Tomando los ramitos que dejó al salir sobre la mesa del foro.)
AUR. Flores en estos momentos
no vienen mal.
LUIS. Tal pensé.
Las violetas para usted. (Á Aurora.)
Para usted los pensamientos. (Á Paz.)
PAZ. Mil gracias.
(Pausa.) Si así seguimos
no habremos de disputar.
(Por Cárlos, que estará distraido y sin hacerla caso.)
AUR. Carlitos, puede usté hablar,
que nosotras no lo oimos.
CARLOS. Odio las frases de amores
y sus dulces embelesos,
que no soy un pollo de esos
que andan siempre con las flores.
Sólo hablo para expresar
verdades de tomo y lomo.
Soy tan lacónico como
la ordenanza militar.
AUR. Su genio no tiene nombre.
CARLOS. Es mi manera de ser.
LUIS. (Qué lástima de mujer,
casarse con ese hombre!)

(Mirando mucho á Paz.)
(Y es muy guapa!)

PAZ. (Qué dolor,
no elegir una marido!)
(Mirando á Luis.)

AUR. Luis, está usted distraido?

LUIS. No: pensaba en el amor.
En nuestra dicha futura,
en nuestra amistad presente!

AUR. Cómo va á envidiar la gente
nuestra conyugal ventura!
No es cierto, Luis?

LUIS. Cabal!

AUR. Una vida sistemática,
verdadera... matemática,
fija, invariable, real.
Yo consagrada al saber
y al estudio grave, adusto,
siempre con el libro...

LUIS. (Justo,
y la casa sin barrer!)

AUR. Yo viajar necesito;
nos iremos sin temor...

LUIS. Á París!?

AUR. No; al interior
del África.

LUIS. Qué bonito!

AUR. Cruzaremos sin reposo
por sus llanuras ardientes
hasta descubrir las fuentes
del Nilo maravilloso.
¿Hay gloria más envidiable?
Cruzar el África!

LUIS. Sí:
¡vaya! y que anda por allí
una gente muy amable!

CARLOS. Si se van por esa tierra
una carta les daré,
que un moro amigo dejé
allí en la pasada guerra.
Tendrá en serviros deseo.

LUIS. (Me figuré que tendrías

en África simpatías!)

CARLOS. Créalo usted.

LUIS. Sí, lo creo.

CARLOS. No ha miedo que se descarte
de un favor si yo le obligo.

LUIS. Pues ya le daré á ese amigo
expresiones de su parte.

CARLOS. Es de la estatura mía;
alto y negro... el nombre ignoro...

LUIS. No imperial. ¿Quién no halla un moro
negro y alto en Mercería?

CARLOS. Es hombre de corazon
y nació nuestra amistad
de un modo raro en verdad.
En una reñida accion
me lo encontré de rechazo;
él me tiró con presteza
la espingarda á la cabeza
y yo le atiné un sablazo.

PAZ. Buen principio!

CARLOS. Comprendiendo
que era inútil ¡vive Dios!
reñir, nos dimos los dos
la mano... y

LUIS. Y vamos viviendo.

CARLOS. Él me hizo un boquete aquí,
yo le dividí la frente;
nos curamos mútuamente
y amigos fuimos allí.
Aunque en la lucha enemigos,
amigos fuimos en calma!

LUIS. Pues! se rompieron el alma
y quedaron tan amigos!

CARLOS. Aquí la señal empieza
y aquí acaba. Bien se ve.
(Señalando la cabeza.)

PAZ. (Parece mentira que
le rompieran la cabeza!)

LUIS. Despues de ese derrotero,
¿dónde iremos, fiel conserte?

AUR. A explorar el polo norte
en un barco ballenero.

Á cruzar entre montañas
de nieve desiertos mares
con peligros á millares
y sensaciones extrañas.
Pisar el hielo cruel
y contemplar el reflejo
del sol en el ancho espejo...

LUIS. (No te mirarás en él!)
PAZ. (Aurora ha perdido el juicio!)
AUR. ¿No le agrada esa existencia
sacrificada á la ciencia,
que es el mejor sacrificio?
Con planta firme, atrevida
pisar la tierra ignorada,
tierra vírgen, nunca hollada
desde el albor de su vida.
El mar que ruge salvaje!
El frio siempre aumentando! ..

LUIS. Digo, ya estoy tiritando
de pensar en el viaje!

AUR. Fijo todo nuestro anhelo
en ese deseo sólo;
tocar por fin en el polo!...

LUIS. (Justo, y ya estamos en el polo.)
AUR. Los témpanos colosales...
LUIS. Don Cárlos?
CARLOS. Qué?
LUIS. Nada, digo
si no tiene usté otro amigo
entre aquellos esquimales.
Satisfaccion muy profunda
tendría, le soy formal.

CARLOS. Don Luis, eso de esquimal
lo ha dicho usted con segunda!

LUIS. Es que se llaman así.

CARLOS. Tal nombre nunca escuché
y, francamente, pensé
que lo decía por mí;
y una burla ¡voto á tal!...
no la sufro ni un abuso!

LUIS. Hace usted muy bien.
AUR.

(Qué obtuso

tiene el ángulo facial!)

PAZ. Cárlos?

CARLOS. Otra? Qué le pasa?

PAZ. Cuando casados estemos,
diga usted, ¿no viajaremos?

CARLOS. Sí, desde la iglesia á casa.

PAZ. Es viaje peregrino.

CARLOS. Pues sólo á ese me acomodo.

PAZ. Es bien corto.

CARLOS. Corto y todo
se me hará largo el camino!
Y no quiero diversiones,
ni bailes, ni sociedad,
que vale la soledad
mucho en ciertas ocasiones.

PAZ. Qué risueño porvenir!

CARLOS. Para eso la seré fiel.

LUIS. (Y se va á casar con él;
no se puede consentir.)

CARLOS. Ántes de una felonía
lo piensa y no nos casamos
ni me pongo el frac ni vamos
despues á la vicaría.

PAZ. Si lo desea...

CARLOS. Yo no.

PAZ. Soy clara.

CARLOS. No me disgusta.
Si es que la boda le asusta?...

PAZ. Lo que es por mí...

CARLOS. Lo que es yo...

AUR. Es usted tambien celoso?

LUIS. Yo soy del género ambiguo.

AUR. Ser celoso es tan antiguo!...

LUIS. Muy antiguo!

AUR. Y horroroso!
Hoy que ya la sociedad
va al progreso viento en popa
y que tiende por Europa
sus alas la libertad;
hoy que hay de sabios enjambre
y por ciudades y aldeas
allí llegan las ideas

adonde llega el alambre;
hoy que gracias al ardid
del hombre y su noble afán
canta una tiple en Milán
y se la escucha en Madrid,
debe olvidarse el ayer
y en cánticos de alegría
proclamar la autonomía
del hombre y de la mujer.
Libertad individual,
libertad de la conciencia,
libertad para la ciencia
y libertad conyugal!

LUIS. Está bien!

AUR. Yo pienso así,
lo digo de orgullo llena.

CARLOS. Ha estado usté en Cartagena?

AUR. No señor.

CARLOS. Me lo creí.

LUIS. (Tendré ratos divertidos
con mujer tan libre y lista!)

ESCENA IV.

LOS MISMOS y un CRIADO.

CRIADO. Señoritas, la modista. (Vase.)

AUR. Á probarnos los vestidos.

PAZ. Vamos?

AUR. Con permiso.

LUIS. Adios.

CARLOS. Abur

PAZ. (¡Qué huron!)

LUIS. (Ay de mí!
Qué ojos! qué talle!) (Por Paz.)

AUR. Ahí
se quedan ustedes dos!
(Vánse Aurora y Paz.)

ESCENA V.

LUIS y CARLOS.

LUIS. ¿Conque los dos en un dia
al sacrificio volamos?
CARLOS. Sí señor, nos suicidamos,
que es la mayor cobardía!
LUIS. Dice usted muy bien!
CARLOS. Cabal.
LUIS. Perder nuestra independencia!
CARLOS. Un hombre de mi experiencia!
LUIS. Y yo un hombre tan formal!
CARLOS. Yo que nunca me rendí!
LUIS. Yo que siempre me burlé!
CARLOS. Quién me vió ayer y hoy me ve!
LUIS. Aprended, flores, de mí!
CARLOS. Hombre, si le ha de pesar
luégo, á qué casarse intenta?
LUIS. Amigo, la misma cuenta
se podía usted echar.
CARLOS. Le importa á usted mucho?...
LUIS. No.
CARLOS. Que yo me case ó reviente?...
eso á usted...
LUIS. Precisamente.
CARLOS. Pues entónces se acabó.
Maldito si me acordé
de usted nunca!
LUIS. Digo igual.
CARLOS. Es muy justo.
LUIS. Es muy cabal.
CARLOS. Muchas gracias.
LUIS. No hay de qué. (Pausa.)
CARLOS. El casarse es un albur!
LUIS. Suele en ciertas ocasiones.
CARLOS. Yo me retiro.
LUIS. Expresiones.
CARLOS. Quede usted con Dios!
LUIS. Abur!

(Vase Cárlos foro derecha.)

ESCENA VI.

LUIS, solo.

Ay, Luis! cuán voluble eres!
Cuán inconstante y cuán ciego
cuando á una mujer prefieres!
No sé lo que quiero... y luégo
decimos que las mujeres!
La de Albacete, por Dios!
no es fea; mas de ella en pos
va la madre... ¡Suerte negra!
La madre, que es una suegra
que *vale lo ménos doc*!
Al pronto no reparé
y por ella me incliné;
pero me dijo *que sí*,
y por la Aurora que ví
á mi Soledad dejé.
Dije: «Aurora me enamora»
pero ví á Paz sin disfraz
y ¡ay! que desde aquella hora
no encuentro paz en Aurora
y encuentro mi aurora en Paz.

ESCENA VII.

LUIS, PAZ, por el foro.

PAZ. Luis!
LUIS. Paz!... (Qué hermosa!)
PAZ. Su ramo
sobre el velador dejé. (Cogiéndole.)
LUIS. (Vaya, apenas la nombré
cuando ya acudió al reclamo.)
PAZ. Lástima no tenga olor!
LUIS. Qué olor les falta presume?
¿A qué quieren más perfume
que su aliento embriagador?
PAZ. Gracias.
LUIS. No hay que agradecer.

PAZ. ¡Me gustan tanto las flores!...
LUIS. Es que ellas son los mejores
adornos de la mujer.
PAZ. (Qué notable diferencia
de este á Cárlos!...)
LUIS. (Mirándola.) (Si me apura...
¡Qué belleza!..)
PAZ. (Qué figura!
¡Qué elegante!)
LUIS. (Qué inocencia!) (Pausa.)
PAZ. ¿Dónde compró?—Son bonitos!
LUIS. (Ya tengo el alma en un tris!)
Á la puerta de San Luis...
¡Son pensamientos benditos!
PAZ. ¿Olerán á incienso?... Es llano.
LUIS. No señora: yo recelo
que deben oler á cielo
desde que están en su mano!
(Á que me coge en la red?)
PAZ. ¡Las flores son mi alegría!
Yo en un jardin viviría...
LUIS. Y yo tambien... con usted.
PAZ. ¿Conmigo? Usted se chancea.
¡Flores en estos momentos?...
LUIS. Quien la dió sus pensamientos
temer no puede esa idea?
PAZ. Si Cárlos...
LUIS. No me lo nombre!
PAZ. Que no?
LUIS. No le puedo ver!
Desde que ví una mujer
no puedo ver á ese hombre!
PAZ. Es mi futuro.
LUIS. Corriente:
si es futuro no me apuro:
mas quiera Dios que el *futuro*
nunca llegue á ser *presente*.
¿Puede usté á Cárlos nombrar
sabiendo que sin temor
pondrá en su casa en vigor
la ordenanza militar?
Á un hombre que, sin misterio,

me ha dicho á mí que su esposa
no ha de llevar ni una rosa...

PAZ. Lo dijo?

LUIS. Vaya! y muy serio.
Y sostiene con firmeza
que de buena ó mala traza
irá usted siempre á la plaza
de pañuelo á la cabeza.

PAZ. Habla formal?

LUIS. Sí en verdad!
Pues qué ¿motivos ha dí
para qué dude de mí
completa formalidad?
Me lo ha dicho sin reparo,
que en el conyugal recinto
la tratará como á un quinto.

PAZ. Bravo!

LUIS. Lo dijo muy claro.
En pie al toque de diana,
y mientras él libro vuela,
su mujer de centinela
arma al brazo en la ventana!
Y habrá diaria instruccion
y—¡ay de usted!—si no anda fina
ó le falta en la revista
de policía un boton.

PAZ. No.

LUIS. Deje usted la absoluta,
que en mi amor será usté ufana,
bella Paz, mi capitana,
y yo seré su recluta.
Yo la revista haciaso,
y cuando el sueño la dé,
yo seré el que me estaré
de centinela, arma al brazo!

PAZ. Y mi hermana?

LUIS. No me inmolo
á su extravagancia, no:
ni voy al África yo
ni m cho ménos al polo.
Lo digo como lo siento:
los pensamientos la dí

y desde entónces sentí
que es suyo mi pensamiento.

PAZ. No estaba poco orgullosa
con su triunfo mi hermanita!

LUIS. Usté es mucho más bonita;
pero mucho más hermosa!

PAZ. Y Cárlos?

LUIS. Eso la agobia?

PAZ. Él que ha ido á ponerse el frá!

LUIS. Y qué importa? Se hallará
aderezado y sin novia.
¿Qué me dice? Qué la inquieta?
No tiene piedad de mí?

PAZ. (Voy á decirle que sí,
y que rabie esa coqueta!
Cárlos ya no me conviene!)

LUIS. Si el hablar le da rubor,
deme en prenda de su amor
ese ramito.

PAZ. (Dándoselo.) Ahí lo tiene.

LUIS. Gracias!—Instante más grato!...
(Cogiéndole la mano.)

PAZ. Luisito!...

LUIS. Deje que impreso
estampe en su mano un beso
como firma del contrato.
(La besa la mano: al mismo tiempo sale D. Juan y lo ve.)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, D. JUAN. Paz vése corriendo por la primera puerta de la izquierda.

JUAN. Muy bien!

PAZ Ay! (Vése corriendo.)

JUAN. Sobrino!

LUIS. Tio!

Tio!... tio!..

JUAN. Qué te pasa?

LUIS. Tio! Tio! Yo estoy loco!

JUAN. Por eso, sobrino, tratas

de volverme loco á mí?

LUIS. Ha visto usted qué muchacha?

JUAN. Aurora? Sí, hombre, la he visto y efectivamente es guapa. Ya le traigo aquí el regalo... Se lo daré en cuanto salga!...

LUIS. Tio, no se lo de usted!...

JUAN. Cómo?

LUIS. Y déselo á su hermana.

JUAN. Á Paz?

LUIS. Sí, tio; á esa quiero.

JUAN. Señores, yo estoy en babia!

LUIS. Pídasela usté á su tio!

JUAN. Pero, hombre!...

LUIS. Tio del alma!... Si no me caso con Paz, me pego un tiro!

JUAN. Caramba! Me gusta la solucion!

LUIS. En usté estriba mi calma! mi porvenir, mi ventura! La quiero! Ella me idolatra!

JUAN. Desde cuándo?

LUIS. Desde ahora. Tilto de mis entrañas! Pídasela usté á su tio!

JUAN. Pero...

LUIS. Nada!

JUAN. Cómo!

LUIS. Nada: ó consigue usted su mano, ó me mato! (Váse corriendo.)

JUAN. Oye!... Y se marcha!

ESCENA IX.

D. JUAN, y á poco D. PEDRO.

JUAN. Maldito sea mi genio! Malhaya sea mi casta! Yo en lugar de ser Juan Lino debiera de ser Juan Lanas!

PEDRO. (Sollozando y tirando el sombrero.)
Qué calor!.. Qué primavera!
Hoy hace un sol que achicharra!
He corrido como un galgo
y vengo empapado en agua.
Y quién me manda á mí esto?
Diga usted: quién me lo manda?

JUAN. Pues... qué se yo?

PEDRO. Las mujeres!
Uff! reniego de las faldas!
Gracias á Dios, ya lo tengo
todo arreglado: se casan
las tres...

JUAN. (Ay!)

PEDRO. Y yo en seguida...

JUAN. Qué?

PEDRO. Á mi pueblo... Á la montaña.

JUAN. (Y cómo le digo yo?...)
Don Pedro!

PEDRO. Qué?

JUAN. Yo tenía
que decirle dos palabras.

PEDRO. Bueno, pues ya está usté hablando.

JUAN. Don Pedro?...

PEDRO. Don... calabazas!
Acabe usted de una vez!

JUAN. Don Pedro?...

PEDRO. De qué se trata?

JUAN. De una cosa muy sencilla.
Á veces... hay circunstancias...
y hay días... tambien hay horas...
y minutos...

PEDRO. Cosa clara!

JUAN. Pues como íbamos diciendo.
Hay horas, pues, tan amargas...
Horas... tan irresistibles...
Horas... tan tristes y aciagas...
Horas!...

PEDRO. Hombre, que esas horas
van siendo ya una semana!

JUAN. Yo no sé cómo decirle...
Tengo un nudo en la garganta.

PEDRO. Un nudo? Pues eso pronto...
(Cogiéndole del pescuezo.)
JUAN. Ya se quitó: muchas gracias.
(Qué bárbaro!)
PEDRO. Conque al grano.
JUAN. Llegó la hora!
PEDRO. Acabára!
JUAN. Pues no sé cómo decirlo...
que Luisito no se casa
con Aurora.
PEDRO. Qué? Qué ha dicho?
Faltarme á mí á la palabra!
JUAN. Pero, hombre, sosiéguese...
Si se casa con su hermana.
Con Paz! (Sale Alborotado.)

ESCENA X.

LOS MISMOS, AURORA, PAZ y CÁRLOS por el foro.

AUR. Quién?
PEDRO. Luis!
AUR. Qué escucho!
PAZ. Me caso! De qué te extrañas?
CARLOS. Señora!
PAZ. Lo siento mucho!
CARLOS. Ya yo me lo maliciaba.
(Paseándose, encontrando con D. Pedro y fortuna los dos.)
AUR. Y para esto estudié yo
filosofía alemana?
Física y astronomía,
historia y ciencias exactas?
La ciencia exacta es que son
los hombres unos canallas!
CARLOS. Yo me alegro!
PEDRO. Que se alegra?
CARLOS. Sin duda que es una ganga!
PEDRO. Oiga usted á mi sobrina...
cuidado como la falte!
JUAN. Anda con Dios, Perico! (Acompañándolos.)

(Ni los rabos si se agarran!)

PEDRO. Oiga usted; pues no le siente
y ántes más bien la desairo,
por darle á usté en la cabeza
la caso con Luis.

AUR. Qué gracia!

JUAN. Está usted conforme?

PEDRO. Sí!

AUR. Hay mujer más desdichada!

CARLOS. Usted y yo nos veremos!

JUAN. Bien, cuando le de la gana!

PEDRO. Ah! que si se vuelve atrás
las dos juntas me las paga!...

JUAN. Está muy bien!

PEDRO. Pues abur! (Vase.)

AUR. Con quién desahogo mi rabia?

PAZ. Conmigo no! (Vase.)

AUR. Con usted!

JUAN. Conmigo? No estoy en casa! (Vase.)

ESCENA XI.

AURORA Y CÁRLOS.

(Los dos papanatas tarieosos.)

CARLOS. Qué mujeres!

AUR. Y qué hombres!

CARLOS. Me estomagan!

AUR. Me encocoran!

CARLOS. No hay más, yo mató á don Juan!

AUR. Y á don Luis, si se le antoja!

CARLOS. Y ella, al fin, como se casa
se queda tan orgullosa.

AUR. Como si usted no pudiera
hacer mucho mejor bida!
¿Creerá Luis porque él me deja
que habré de meterme monja?
No soy tan fea!

CARLOS. No tal!
Un poco grande la boca,
pero el conjunto...

AUR. Mil gracias!

(Qué fino!)

CARLOS. ¡Voto á mil bombas!
Dejarme por ese necio!
Pues qué ¿soy tan feo, Aurora?

AUR. Cá! No señor... La nariz
es la que es un poco roma,
pero así, visto de frente...

CARLOS. Gracias.

AUR. Casi no se nota.

(Pequeña pausa. Cárlos y Aurora se miran cada uno en un espejo.)

CARLOS. (Mi nariz?...)

AUR. (Mi boca grande?...)

CARLOS. (Yo!)

AUR. (Yo!...
(Mirándole.) Qué tonto!)

CARLOS. (Id.) (Qué tonta!)

AUR. Yo, como viniera un palo
de frá y sombrero de copa,
á conducirme á la iglesia,
es tal mi rabia y mi cólera
que le decía que sí!

CARLOS. Pues si yo viese una mona,
un adefesio, una arpía
vestida con falda y tocas
por darles en la cabeza...
Qué idea!... Vamos, señora!

AUR. ¿Á dónde?

CARLOS. Á la vicaría!

AUR. Me gusta!

CARLOS. La cosa es obvia
¿No desea usté una estaca
que de hombre tenga forma?
Yo soy hombre y no de palo,
y pues que busco...

AUR. *Una mona,*
un adefesio, una arpía
vestida con falda y tocas,
se decide usted por mí?
Le agradezco la lisonja!

CARLOS. Esa es la mejor venganza.

AUR. No fuera mala la broma.

CARLOS. ¿No estamos desesperados?
AUR. Sí.
CARLOS. Pues á casarse tocan.
Conque diga usted que sí
y vamos á la parroquia.
Convenidos?
AUR. (Á ver si Luis se incomoda
y hago que vuelva al redil.)
CARLOS. Pronto vuelvo; adios, Aurora. (Vase.)

ESCENA XII.

AURORA, y á poco LUIS.

AUR. Y el hombre se lo ha creido.
Buen novio y bonita boda!
LUIS. Pobre tio! Va sudando!
(Saliendo por el foco.)
Sudando la gota gorda!
Ah! (Reparando en Aurora.)
Señorita!...
(Y se atreve?...)
AUR. Abur... amante de todas!
LUIS. Yo... si...
AUR. Celebro en el alma
que se case usted con otra.
Yo por mi parte me caso
con Cárlos.
LUIS. Buena persona!
Yo celebraré se lleven
ustedes como dos tórtolas!
(Lástima que no estuviéramos
en Morería!)
AUR. Á qué torna
á hacerme el amor? No he visto
hombre...
LUIS. No se queda corta.
Hombre de ménos vergüenza.
Se enfada usted, eh?
AUR. Me ahoga
la rabia y si no mirara...
LUIS. Pegue usted si se le antoja.

Ana. Ruiseñor de veinte picos;
hombre vil!... hombre cotorra!...
Pirata que el mar de amores
libre surca viento en popa!
Permita Dios que naufrague
del desprecio entre las olas
y que en sus aguas se ahogue
sin encontrar una soga!

Luis. Muchas gracias!

Ana. Y Dios quiera
que si al cabo se despose
le dé su mujer más celos
que arenas el mar arroja!
Y que tenga fuego y sangre!

Luis. Eso no!

Ana. Y que le ponga
la cabeza como un... bombo
y algo más; y que en la hora
que vuelva de su letargo
y sus faltas reconozca,
sólo tenga por refugio
Leganés ó Zaragoza! (Vase.)

ESCENA XIII.

LUIS, solo y riendo.

Esta en despique se casa
con Cárlos, ¡ha en buen hora
No le envidio la ventura
si despues que se desposan
quiere llevárselo al Africa
ó al polo ó á California. (Saca una carta.)
¿Qué me dirá el buen Enrique?
De fijo, si reflexiona,
le aguardará el matrimonio.
Pues digo que es linda broma
casarse con una vieja!
Leamos su triste historia!
(Abre la carta y lee.)
«Que me mal, caro amigo, eternamente,

»eso lo sabes ya,
»pero no que me va perfectamente
»con mi esposa-mamá.
»Hallar mejor mujer es imposible
»Cual mi vieja no hay ninguna.
»Ella me entra á la cama el chocolate
»y me arropa después.
»Como no tiene un pelo no me engaña.
»Tres pelucas compró,
»y es rubia, pelinegra ó es castaña...
»como la quiero yo.
»Me viste diariamente sin rencillas
»de la cabeza al pie,
»y me peina el bigote y las patillas,
»y me riza el tupé.
»Tiene un cuerpo!... »Qué cuerpo!... Qué cin-
»Qué formas tiene, Luis! (tura!
»Como que le ha costado la armadura
»mil francos en París!
»Ha echado el diente ya décimonono
»de su boca de miel,
»Sólo le queda uno, mas ¡qué mono!
»qué dientecito aquel!
»Al sonreirse baila de contento
»con gracia sin igual.
»Cuando lo echo lo encuentro en el momento
»á mi anillo nupcial.
»No es celosa; la casa es su tesoro,
»cuidarme su placer,
»y yo me voy con otras de bureo
»y me dejo querer.
»De este modo la cruz del matrimonio
»es un grano de anís.
»Si te piensas casar, no seas bolonio,
»busca una vieja, Luis.
»Á cuanto siempre me obligué me obligo,
»y, aunque casado, soy
»ya sabes, caro Luis, que soy tu amigo
»á caballo y á pié!» (Se guarda la carta.)
—Esto es lo que me conviene!
Una mujer haciendo
que me cuide y no me case

de si me largo con otras.
Ya no me caso con Paz.
No me caso aunque arda Troya.
Yo necesito una vieja!
Una vieja para esposa!

ESCENA XIV.

LUIS, CONSUELO y PAZ.

CONS. Aquí estoy yo.
LUIS. (Ni pintada!)
PAZ. Luisito...
LUIS. Paz!... (Qué gran vieja!
La prudencia me aconseja
dar la tercer campanada.
Pobre tío... Ya me río!)
CONS. Mira, Paz.
(Llevándola al velador, donde habrá bastidor de bordar, y un gorro griego ya comenzado.)
PAZ. Ya está acabado?
LUIS. Un gorro... Usted lo ha bordado?
CONS. Sí señor: para su tío.
LUIS. (Me vendría de perillas
una así: viéndolo voy!)
CONS. Mire usted, ahora le estoy
bordando unas zapatillas.
LUIS. Buen dibujo!
CONS. Ahora se empieza.
De frente, como trofeo,
un ciervo...
LUIS. Sí, ya lo veo.
Le comería en la cabeza!
CONS. (Qué guapo es este muchacho!)
(Conmelo se habrá sentado al velador, y bordará en el bastidor.)
PAZ. Luis, nuestros dulces amores
serán un vergel de flores.
LUIS. (Tengo de flores empacho!
PAZ. Yo siempre resuelta y fiel,
dulce, amante y cariñosa
seré la fragante rosa,

la azucena...

LUIS. Y yo... el clavel!...

PAZ. Amor con su melodía
nos dará dulces canciones.

LUIS. Entró con sus descripciones
la sublime poesía.

PAZ. Allá en la umbría floresta
comeremos sin pesares.
Usted lleva los manjares...

LUIS. Bravo! Me colgó la cesta!

PAZ. Despues, Luis, sin vano aliño,
con una flor por adorno,
dar hácia casa el retorno...

LUIS. Á darle un besito al niño.

PAZ. Ay! Al niño?

LUIS. Si, por Dios!
¿Ó piensa usted, Paz querida,
que estemos con esa vida
siempre solitos los dos?

PAZ. En este eden sin escollos
seremos...

LUIS. Sí, Paz hermosa;
yo el clavel, usted la rosa
y el chiquitin el pimpollo.
(Debo estar verde, preciso!)

PAZ. Ah! qué dicha! Usted verá;
por lo florida será
nuestra casa un paraiso!
Flores en el mirador;
flores en el refectorio;
flores en el escritorio...

LUIS. Justo!... y en el corredor.

PAZ. En la alcoba perfumada
cuatro ramos de violetas.

LUIS. Eso es; y dos macetas
encima de las almohadas...

PAZ. Ah! proyectos seductores!...

CONS. Vamos, Luis, ¿no le enamora?...

LUIS. (Lo que yo digo, señora,
es que son ya muchas flores!
Estoy por lo positivo!)

CONS. (De veras!.. Ay, qué mirada!)

LUIS. (Qué vieja tan conservada!)
CONS. (Qué jóven tan expresivo!) (Pausa.)
Conque Aurora?...
LUIS. Era fatal
esposa que tanto sabe!...
PAZ. Es claro!
LUIS. Es mujer muy grave
para un hombre tan formal...
CONS. Paz?
PAZ. Tia?
CONS. Por no dejar
esto...
PAZ. Puede usted mandarme.
Qué es ello?
CONS. ¿Quieres buscarme
el estambre verde-mar?
PAZ. Dónde está?
CONS. Si no lo sé.
LUIS. (Voy á quedarme en mi centro!)
CONS. Debe estar por allá dentro.
PAZ. Está bien: lo buscaré.
(Vése despues de mirar á Luis.)

ESCENA XV.

CONSUELO y LUIS.

LUIS. (Me decido: es la ocasion.
Voy!...)
CONS. (De mirarme no deja!)
LUIS. (Yo necesito una vieja!...)
CONS. (Ay, qué buena proporcion!) (Pausa.)
LUIS. Consuelo! (Muy fuerte.)
CONS. Jesús.
LUIS. Qué tal
va usted con las zapatillas?
(Haciendo pas de trois.)
CONS. Bien!
LUIS. Qué lindas, qué sencillas!
CONS. Un capricho!...
LUIS. Sin igual.

Cons. Son mis afanes eternos
bordar... Siempre estoy bordando.
Luis. Lo que es el ciervo está hablando!
Qué ojos!... Qué hocico! Qué cuernos!
¿Son para mi tío?
Cons. El qué?
Luis. Las zapatillas.
Cons. Ah! ai!
Luis. Qué venturoso!... Ay de mí!
Cons. Le agradan?
Luis. Pues ya se vé!
Cons. En cogiéndole el registro...
Luis. Y qué precioso es el forro!
Qué gusto! Lo que es el gorro
es gorro para un ministro.
Cons. Para su tío.
Luis. (Probándoselo.) Oh ventura!
Me está bien.
Cons. Sí!... Qué rareza!
Luis. Tiene mi misma cabeza...
Digo, él la tiene más dura ..
Cons. (Quiere hablarme!)
Luis (Voy á hablar
sin perífrasis.) Consuelo!
Cons. Ay qué susto! Santo cielo!
Luis. Consuelo, voy á espirar!
Cons. Á espirar?
Luis. De puro amor.
Cons. Tan malo está?
Luis. Muerto á fé?
Cons. Al médico llamaré.
Luis. Llame usté al cura, mejor!
Cons. Y quién?
Luis. No has adivinado
que no hay á mi afan socorro?
¿que con ponerme ese gorro
yo mismo me he suicidado?
Cons. Y me tutea! Oh rubor!
Luis. ¿Quién refrenará el vaiven
del mar airado, ni quién
pone trabas al amor?
Cuando es grande no hace el bú

ni á cumplidos se sujeta,
ni tratamientos respeta,
ni habla más que tú por tú!
Sin Consuelo no reposo.

CONS. Si llega el tio, Dios mio!

LUIS. Y qué me importa ese tio,
Consuelo, si no es tu esposo?
Lo que él me ha dicho no sabes?

CONS. Eh! Qué es ello?

LUIS. Qué ha de ser!
que no busca en tí mujer.

CONS. No?

LUIS. Sino un ama de llaves.

CONS. Inicuo!...

LUIS. Deja que insista!...
que aún ignoras lo mejor.
Mi tio es conspirador!...

CONS. Tambien eso?

LUIS. Socialista!
Proyectos abominables
pondrá en planta sin demora.

CONS. Socialista!

LUIS. Sí señora!
Y de los ménos *sociables*!

CONS. Quién sospecharía en él?

LUIS. Por eso claro me explico.
Y áun hay más!

CONS. Sí?

LUIS. Tiene un chico!

CONS. Un chico?

LUIS. En Carabanchel.

CONS. Me pone usté en confusion.

LUIS. No me queda otro conducto...
Ó tu amor ó el viaducto!
No queda otra solucion.
En Aurora fijé el vuelo
y huyó mi dicha fugaz;
quise consolarme en Paz
y tampoco hallé consuelo.
Te extrañas? Te maravillas?
Cómo hallar consuelo, dí,
si mi consuelo está aquí

bordando unas zapatillas?
Tu desvio me desnuca!
Ay, qué rizo!... Es un hechizo!...
(Cogiéndole un rizo de la frente.)

CONS. Por Dios, Luis!
LUIS. (Y no es postizo;
esta no gasta peluca!)
CONS. No es dudosa la eleccion.
Si usted viene con buen fin...
LUIS. No cabe un proyecto ruin
dentro de este corazon.
Qué elegancia! Qué cintura!
CONS. Luis!...
LUIS. Consuelo, callaré!
(Pues segun lo que se ve
esta no gasta armadura!)
CONS. Siento pasos!
LUIS. ¿Qué te importa
este inocente descuido
si yo he de ser tu marido
á la larga ó á la corta?
Me amas?
CONS. Sí!
LUIS. En amante ofrenda
dame una prenda, bien mio.
CONS. Qué quieres?
LUIS. El gorro impio!...
Déjame ese gorro en prenda.
CONS. Pues que lo deseas, toma!...
y adios!
LUIS. Adios, corazon!
Mi tórtola!
CONS. Mi pichon!
Mi palomo!
LUIS. Mi paloma! (Vase Consuelo.)

ESCENA XVI.

LUIS, á poco D. JUAN.

LUIS. Ya tengo una vieja! Bravo!

Ya no puedo pedir más!

JUAN. Eh! Ya traiga aquí el regalo.
Se lo entrego á Paz y en paz.

LUIS. Tío!

JUAN. Sobrino!

LUIS. Tío! Tío!
No se lo entregue usted ya!

JUAN. Luisito, hablemos en serio.

LUIS. Pues si soy lo más formal!...
Qué mujer!... Qué mano!

JUAN. Mano?

LUIS. Una mujer de verdad!
Aquí, en este mismo sitio
se la besé.

JUAN. Loco estás.

LUIS. Y la dí un abrazo. . así... (Abrazándole.)

JUAN. Y ella se dejó abrazar?

LUIS. Sí, tío.

JUAN. Y cómo se llama?

LUIS. Si usted promete guardar
el más profundo silencio?...

JUAN. Nadie por mí lo sabrá.

LUIS. Bueno; baje usted la voz.

JUAN. No chisto. (Bajando la voz.)

LUIS. (Con misterio.) Consuelo!

JUAN. Ah!
(Deja caer la cajita que sacará y el sombrero y se queda estupefacto.)

LUIS. Qué le ha dado á usted?

JUAN. Me ahogo!
Agua! Vinagre! Alquitran!. .
y un fósforo ardiendo.

LUIS. Cómo?

JUAN. Sí, que quiero reventar
como una bomba!...

LUIS. Tío!...
(Luis coge la cajita y la pone sobre el velador.)

JUAN. Eres
la mayor calamidad!...
¿Y dices que ella te dió
una prenda?...

LUIS. Sí, aquí está.

(Enseñándole el gorro.)

JUAN. El gorro que me bordaba!
Mujer ingrata y falaz!
Pero esto es inconcebible!

LUIS. Me prometió no gritar.

JUAN. Pues yo te juro, sobrino,
que hasta los sordos me oirán.
(Se pone el gorro.)

LUIS. Pero, tio...

JUAN. Nada escucho!
Sonó la trompa fatal
y el fin del mundo se acerca!
Perezca la humanidad!
(Paseándose furioso de un lado á otro.)

ESCENA XVII.

LOS MISMOS, CÁRLOS, AURORA, PAZ.

CARLOS. Aquí estoy yo. (Dándole en el hombro.)

JUAN. (Tirándole el gorro.) Sí? Pues toma!

CARLOS. Qué es esto?

JUAN. El juicio final!

CARLOS. Infame!

LUIS. (Á Cárlos.) (No haga usted caso,
que está loco!)

JUAN. Brrrun!...

CARLOS. (Huyendo de él.) San Blas!

LUIS. Se volvió loco al saber
que no me quiero casar
con Paz!

PAZ. (Saliendo.) Qué es lo que he escuchado?
Y luégo despues dirán
los hombres que las mujeres
somos veletas!

CARLOS. Ahí va
mi mano!

LUIS. Ahí va la mia
en prueba de mi amistad.

AUR. Me alegro!

CARLOS. Bien!

PAZ. ¿Hace poco

no me prometió usted ya?...

LUIS. Sí; pero hice otra promesa,
y... ¡como soy tan formal!...

CARLOS. Pues yo tampoco me caso
con usted.

AUR. ¡Qué iniquidad!
Que no se casa conmigo?
Por qué?

CARLOS. Porque no me da
la gana. Ya se lo dije.
Porque le quería dar
en la cabeza á esta niña.

AUR. Háse visto!

PAZ. Cantosa!

AUR. Ese!...

PAZ. ¿Al joque de diana
me había de levantar
y después ir á la plaza
con pañuelo de percal
á la cabeza?

AUR. De veras?

PAZ. Sí, hija, sí!

AUR. Qué atrocidad!

PAZ. ¿Y estarme de centinela
con el arma al brazo?
(Cárlos quiere hablar y Luis le detiene.)

CARLOS. Mas
¿quién ha exigido tal cosa?
¿Quién ha dicho?...

PAZ. Usté!

JUAN. Agua va!

LUIS. Sí, hombre, si lo dijo usted.
No lo pretenda negar.

AUR. Pues vaya una proporcion
que se ha perdido!

PAZ. Verdad.

CARLOS. Pero hombre, si yo no he dicho...

LUIS. Es que no se acuerda ya.

JUAN. Me parece que la cosa
no trae malicia!

ESCENA XVIII.

LOS MISMOS y CONSUELO.

CONS. Don Juan!...
JUAN. Doña Consuelo!...
CONS. El destino...
Tal vez la fatalidad
me arrastra... pero me arrastra
como el acero al iman...
Me arrastra!...
JUAN. Por Dios, señora!
CONS. Qué?
JUAN. No se arrastre usted más!

(Paz y Aurora se pasean furiosas por el foro y en sentido opuesto á Cárlos y Luis, que tambien se pasean muy tranquilos y en la mayor armonía. Aurora y Paz disputan acaloradamente por lo bajo. Cuando Luis y Cárlos se encuentran con ellas las saludan muy cortesmente. Ellas los desprecian.)

CONS. Pero...
JUAN. Este gorro proclama
su infamia y su falsedad!
CONS. Mal padre! Conspirador!
JUAN. Yo!
CONS. Socialista!
JUAN. San Blas!
Calle usted por Dios, señora!
Quién dijo? ..
CONS. Luis.
JUAN. Ven acá!
Dónde tengo yo ese hijo?
Quién te ha dicho?...
LUIS. Usted!
JUAN. Hay tal?
Mentira! Tengo yo cara
de padre?
CONS. Usted lo sabrá.
JUAN. El socialista... el infame...
el embustero infernal
eres tú, que no respetas

nada, ni la propiedad
ajena! Mi sobrino!...
Mal sobrino! Hombre informal!

ESCENA XIX.

LOS MISMOS y D. PEDRO.

PEDRO. Señores, qué ha sucedido?
Me lo quieren explicar?
JUAN. Que estoy hecho un basilisco!
Y en fin, para terminar,
que mi sobrino Luis
ya no se casa con Paz.
PEDRO. No? Pues con quién?
JUAN. Con Consuelo.
PEDRO. Jesús! Qué barbaridad!
Si tiene sesenta años!
CONS. Falso!
PEDRO. Á mí me lo dirás!
AUR. Se descubrió, tía!
LUIS y CARLOS. Cómo?
PEDRO. Si tiene mi misma edad!
JUAN. Conque era pequeño el pico?
CONS. Sí.
JUAN. Como una catedral.
PEDRO. Pero, en fin, si usted la quiere,
tómela usté, y con su pan
se la coma! Voto á sanes!
si me dejara llevar
de mi genio!... ¿Á que me quedo
con las tres?

ESCENA XX.

LOS MISMOS y un CRIADO.

CRIADO. (Á LUIS.) Señor!
LUIS. Qué hay?
CRIADO. Un ordenanza
esto acaba de dejar.
(Entregándole un telégrama.)

LUIS. Alegría! (Despues de leerlo.)
Adios, señores!
CONS. Ay! que mi esposo se va!
LUIS. Tome usted, tio! Me voy.
¡Muerta!! Qué felicidad!
JUAN. ¿Á dónde vas?
LUIS. Á Albacete.
CONS. Pero...
LUIS. Yo soy muy formal! (Vase corriendo.)

ESCENA XXI.

LOS MISMOS, ménos LUIS.

CARLOS. Yo me alegro!
PEDRO. Habrá descaro!
JUAN. Vuelta!
CONS. Cielos! (Cayendo en una silla.)
PEDRO. Esto más!
(D. Juan lee el telégrama.)
JUAN. «Luis Fonseca.—Muerta madre.—
»Cura espera.—Soledad.»
PEDRO. Ya se me quedó soltera!
¿Y usted no se iba á casar
con Paz? Ya que está vacante. .
CARLOS. Hay una dificultad.
PEDRO. Cuál?
CARLOS. Que me voy con los moros.
Escribirme á Tetuan!
(Vase riendo por el foro.)

ESCENA XXII.

LOS MISMOS, ménos CÁRLOS.

AUR. Buen viaje!
PAZ. Me he lucido!
PEDRO. Si me dejara llevar
de mi genio!...
CONS. Juan!... (Muy humilde.)
JUAN. Señora?
PEDRO. Ahora ya puede usted dar

su mano á mi hermana.

JUAN. Si...
Pero no la aceptará...
Porque... como tengo un hijo...
y conspiro... y además
soy socialista...

CONS. No importa.

PEDRO. Eso es.

CONS. Justo.

JUAN. Cabal.
En fin, ya lo pensaré
y... hasta la Pascua! (Vase foro.)

CONS. Truhan!

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, menos D. JUAN.

PEDRO. Y se marcha?... y se me quedan
las tres aquí? Sebastian!
(Sale el criado.)
Búscame un coche al momento!

AUR. Pero...

PAZ. Tio!...

CONS. Á dónde vas?

PEDRO. Al campo!

TODAS. Cómo?

PEDRO. Á mi pueblo,
á buscar tranquilidad!

TODAS. Pero tio...

PEDRO. Yo me marcho,
y que os sufra Satanás!
(Vase por el foro.)

ESCENA ÚLTIMA.

AURORA, PAZ y CONSUELO, que se pasean de un lado para otro.

TODAS. Bravo!

AUR. Se rompió la red
y los pájaros volaron!

CONS. Cierto: ustedes se empeñaron...
AUR. Tia, puede hablar usted!
PAZ. No me caso!
CONS. Yo tampoco!
AUR. Señoras, tened piedad!
Búsquenme por caridad
un hombre que no esté loco!
¿Estudiar tarde y mañana
para que por fin de fiesta
me salga un hombre con esta
filosofía alemana?...
Reniego del matrimonio!
Reniego de Flammarion!
de Descartes, de Prohudon,
de Drapper y del demonio!
(Va tirando un libro tras otro.)
PAZ. Dios mio!
CONS. Bien se han portado!
PAZ. Los hombres!...
CONS. Buena canalla!
AUR. Si lo dije!... Pero, calla:
qué es esto que se han dejado?
(Reparando en la cajita que dejó D. Juan sobre el velador.)
El regalo?
PAZ ¿Y va á quedarse
sin que lo veamos?...
AUR No.
CONS. ¿Á mí qué me importa?
(Aurora abre la caja.)
AUR. y PAZ. Oh!
CONS. Qué?
AUR. Un cordel para ahorcarse!
(Sacándole de la caja.)
PAZ. Un cordel...
CONS. Yo no colijo...
AUR. Pues yo lo colijo al punto.
Esto indica que el difunto
conocía bien al hijo.
PAZ. ¡Vaya un regalo!
AUR. No es malo!
PAZ. Tiene chiste!

Cons. Mucho, sí!

Ana. (Dirigiéndose al público.)
¿Hay alguno por ahí
que le haga falta el regalo?
Si es que á alguno le acomoda,
poco pido: casi nada.
Por una sola palmada
doy el Regalo de boda!

FIN DE LA COMEDIA.

EL NUDO GORDIANO

Para obtener propiedad de sus autores, y están prohibidas, sin permiso, reimpresión, representación en público y traducción de Quevedo, así en los países con los cuales haya celebrados o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los consignatarios de la Administración Librería-Imprenta de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente del cobro de los derechos de propiedad.

Quedan hechos el depósito que marca la ley.

EL NUDO GORDIANO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

EUGENIO SELLÉS

Representado por primera vez en Madrid, en el TEATRO DE APOLO, el dia 28 de Noviembre de 1878

VIGÉSIMA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1889

R. 20313

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
JULIA (31 años).....	D.ª Concepción María.
MARÍA (15).....	Antonia Contreras.
CARLOS (36).....	D. Antonio Vico.
FERNANDO (28).....	Enrique Sánchez de León.
SEVERO (50).....	José Alisedo.
ENRIQUE (35).....	José Luna.
UN INSPECTOR DE POLICÍA.....	Pedro Moreno.
UN CRIADO, que no habla.	

La acción se supone en Madrid y en la época presente

Por derecha é izquierda se entiende la del actor

ACTO PRIMERO

Gabinete elegantemente amueblado. Puertas laterales y una al foro. A la izquierda una mesa-escritorio al lado de una chimenea. A la derecha, en primer término, un balcón. Un velador junto á un sofá. El acto empieza al caer la tarde y termina al cerrar la noche, en el mes de Octubre. MARÍA viste traje corto.

ESCENA PRIMERA

FERNANDO, SEVERO y ENRIQUE, que toman café y fuman sentados en torno del velador.

SEV. (Á Fernando.) Nada, renuncio al honor
de ver contigo ese drama.
ENR. ¿Es malo?
FERN. Tiene gran fama.
ENR. ¿Lo aplauden?
FERN. Mucho.
SEV. Peor.
Porque ese aplauso imprudente
dado á ejemplo escandaloso,
quita el temor al vicioso
y la venda al inocente.
FERN. (Con ironía.) Y es mejor que con la venda
camine junto al abismo,
y allí se rompa el bautismo
sin que su vista se ofenda.
SEV. ¡Oh! de esa vista reniego,
que ennegrece lo que ve:

pues, para vivir sin fe,
valiera más vivir ciego.

FERN. Puesto que no hallan salud
nuestras lacerías sociales
ni en los puros ideales
ni en ejemplos de virtud,
es meritorio servicio
movernos á la honradez
por la torpe desnudez
que hace aborrecible el vicio.

SEV. Quien mirando al cielo eterno
á la honradez no se ajusta,
nunca aprende.

FERN. Se lo asusta
enseñándole el infierno.

FERN. Plan heróico ó plan suave,
si curan, ambos son buenos:
unos propinan venenos
y otros recetan jarabe.

SEV. Ni agrada, tras el telón
ver, como en clínica losa,
la cavidad asquerosa
del humano corazón.

FERN. Si es malo el original,
¿qué culpa tiene el pincel?
¿Es fiel el retrato?

SEV. Es fiel.

FERN. Luego conoces el mal.

SEV. Pero lo escondo.

FERN. Eso haría
á tu buen sentido agravios,
si no hablara por tus labios
la social hipocresía.

SEV. Los fondos del alma humana
no son para conocidos.

FERN. ¿Y sí para consentidos?
En tu púdica aduana
toda pesquisa evitando,
tanto esos fondos respetas,
que, por no abrir las maletas,
dejas paso al contrabando.

SEV. Pues no hay moral sino á medias
en este social desmoche,
háyala al menos...

FERN. De noche,
figurada en las comedias.
Contemplo en tí al mundo huero
que se santigua asustado
ante el demonio pintado,
y se postra al verdadero.
Mundo hipócrita á quien pesa
escuchar en verso cosa
que hace en plata y dice en prosa
en su salón y en su mesa.
A ese mundo positivo
que el vicio tiene presente,
y ascos hace al que lo miente
mientras guiña un ojo al vivo.
A la decencia postiza
que en el teatro, con rubor,
malgasta todo el pudor
que en su casa economiza.
SEV. Tú siempre tan maldiciente.
FERN. Tú siempre tan mogigato,
que te colgaba el retrato
si no fueras mi pariente.
ENR. Basta de disputa necia.
SEV. Vé á ese drama que te encanta:
yo á mi ópera.
ENR. Y, ¿cuál se canta?
FERN. ¡Será *Poliuto*!
SEV. *Lucrecia*.
FERN. ¡Lucrecia fué angelical!
ENR. Amó á su padre, á su hermano...
FERN. (Con burla.) Cantada, y en italiano,
gana mucho la moral.
SEV. ¿A que Enrique, que es más grave,
piensa como yo?
ENR. No en todo.
FERN. ¿Ves? (Á Severo con burla.)
ENR. Tampoco me acomodo
á tu ver.
SEV. (Á Fernando en el tono que éste ha empleado.)
¿Ves?
FERN. ¡Ya se sabe!
¿Olvidas que es otro adepto
de tu socorrida escuela?
«Buena hechura á mala tela.

...
Hay bajo esa capa fría
un volcán.
(Á Severo como inquirido lo que dice Fernando.)
Severo, no...
(Á Fernando con malicia.)
¿Quién?...
¡Si lo supiera yo
todo Madrid lo sabría!
¿Se casa? (Movimiento negativo en Enrique.)
No es culpa de él:
se casó otro... por los dos.
(Como escandalizado.)
¡Hombre!
No crea, por Dios,
nada...
¡Siempre en su papel!
¡Calumnias! ¿Con qué señora
se me vé hablar? ¿En qué parte?
En la verdad.
Es el arte:
el ladrón roba á deshora.
Y, como avaro que encierra
su tesoro bajo el suelo,
ha sabido hacerse un cielo
sin que lo sienta la tierra.
¡Murmurador!
No le asombre.
Fumá, y me voy con las damas.
¡Adiós, polilla de famas!
¡Adiós, Severo... de nombre! (Se va por el foro.)

ESCENA II

SEVERO, ENRIQUE y CARLOS, que habrá aparecido en la puerta del foro á tiempo de oir las dos últimas versos de la escena anterior.

CARLOS ¿Ya estáis en el reñidero?
ENR. Se hablaba de artes.
SEV. Y amor.
CARLOS Ese debate hace honor
á mi sabio cocinero.
No hay señal por donde tomes

mejor el pulso á un festín;
dime lo que hablas al fin
y te diré lo que comes.

SEV. ¡Con largueza soberana
tu aniversario de boda
celebras!

CARLOS Hoy se echa toda
mi casa por la ventana.

ENR. Día entero de placer.

CARLOS En mí no es todo alegría,
que antes de acabar el día
comienza el anochecer.

ENR. ¿Qué pasa?

CARLOS (Á Enrique, dandole un papel que trae en la mano.)
Entérate de esto.

SEV. ¿Una triste novedad?

CARLOS La trae la electricidad
para que llegue más presto.

ENR. «Nuestro banquero de Ambéres (Leyendo.)
en quiebra se ha declarado.»

CARLOS Es la sombra que ha empañado
este día de placeres.

SEV. ¿Qué fondos tuyos tenía?

CARLOS Casi toda mi fortuna.

ENR. Salva alguna parte.

CARLOS Alguna:
y las de Julia y María.

SEV. Dispón... (Con afecto.)

CARLOS Ya sé tu interés.
Por el pronto habla y prepara
á mi pobre Julia para
recibir este revés. (Severo se va por el foro.)

ESCENA III

CARLOS.—ENRIQUE, después el CRIADO

CARLOS La erraste con ser mi socio.

ENR. Pues el desastre ha venido,
hay que sacar el partido
menos malo del negocio.

CARLOS La primera operación
es partir con toda urgencia.

ENR. ¿Con urgencia?...

CARLOS — Tu presencia
acaso es la salvación.
Y en tan grave contratiempo
la pereza es un delito.
Hoy mismo.

ENR. (Como contrariado.) Mas necesito
prepararme...

CARLOS (Mirando el reloj.) Sobra tiempo.
Las seis y cuarto. Prevén
á la ligera el viaje;
en dos horas tu equipaje,
y en diez minutos al tren.

ENR. De los comensales quiero
despedirme...

CARLOS — Yo por tí
lo haré. Sales por aquí
más pronto. (Señalando á la derecha.)

ENR. — No tan ligero.
Permíteme, antes que parta,
dar de mi salida aviso.

CARLOS Yo la daré.

ENR. — Me es preciso
dejar escrita una carta
aplazando cierto asunto.

CARLOS Aquí mismo, en mi bufete.
(Conduciéndole hasta la mesa y entregándole papel y pluma.)
Papel; tiene mi membrete.

ENR. No importa.

CARLOS — Escríbela al punto.
(Enrique se sienta y escribe.)

ENR. No, no me iré sin su adiós. (Aparte.)
Una cita. A casa ahora:
me preparo en media hora
y el resto para los dos.

CARLOS ¿Se acabó?

ENR. — Voy á cerrarla.
¡Tanto quiero á esa mujer (Aparte.)
que dejaría perder
mi fortuna por mirarla!
(Levantándose y alto á Carlos.)
Al telégrafo este parte.

CARLOS ¿Y esta? (Señalando á la carta.)

ENR. — De paso la envío.

(Carlos hace sonar un timbre, y entra por el foro un Criado á quien da el papel que ha escrito Enrique. El Criado se va.)

¿De qué criado me fío?... (Aparte.)

CARLOS ¡Que en Madrid vas á quedarte! (Apresurándole.)
(Empujándole suavemente hacia la puerta derecha.)
Si en la quiebra hay buena fe,
si más que abuso es desgracia,
por mi parte haces la gracia
que se pueda.

ENR. Ya lo sé.

(Enrique se va por la derecha.)

ESCENA IV

CARLOS.—SEVERO, que habrá entrado por el foro y oído los cuatro versos anteriores.

SEV. ¡Siempre igual!

CARLOS Naturalmente:
lo que entra con el capillo...

SEV. En lo que toca al bolsillo
es caro ser consecuente.
¿Hay algo más triste, di,
que perder, por bien ó mal,
nuestro propio capital
en manos ajenas?

CARLOS Sí.
Para el honrado algo existe
que más le apura y apena.

SEV. ¿Qué?

CARLOS Perder la hacienda ajena
en mano propia es más triste.
Luego... no hay razón alguna
para ser con un amigo
áspero porque conmigo
lo haya sido la fortuna.

SEV. ¿Y si hay fraude?

CARLOS Seré duro.

SEV. Pues paciencia y... barajar.

CARLOS No; paciencia... y trabajar,
que es el banco más seguro.

ESCENA V

DICHOS.—JULIA, por el foro.

JULIA ¿Así á tus huéspedes dejas? (A Carlos.)
CARLOS ¿Pues no sabes por mi tío?...
JULIA Porque lo sé, esposo mío,
vengo á quejarme.
CARLOS ¿Tú, quejas?
JULIA Porque lo he sabido tarde
y no de tu misma boca:
y, ó me tienes por muy loca...
CARLOS ¡Julia! (Con cariño.)
JULIA O eres muy cobarde.
CARLOS Me sobra, aunque el golpe es fiero,
valor para recibirlo:
me falta, para decirlo
á los séres que más quiero.
SEV. ¡Pues ya es difícil empresa
el decir á las mujeres,
«desde hoy tasa á los placeres,
y hasta método en la mesa:
que en este punto termina
toda esa frivolidad
que es una necesidad
de la vida femenina!»
JULIA ¡Tristes los augurios son!
CARLOS La suerte tendrá clemencia.
SEV. Pero guardando abstinencia...
CARLOS O teniendo discreción.
Rinda á espíritus enteros
la fortuna, expuesta al dolo;
es ave de paso y sólo
anida en tejados huecos. (Señalando á la cabeza.)
SEV ¡Mira qué cara tan triste! (A Carlos, por Julia.)
CARLOS ¡Julia, valor! Más que nada
me entristece tu mirada
cuando de luto se viste.
JULIA Mi dote...
CARLOS Es tuya, no mía:
no la mermaré jamás.
JULIA Gástala...

CARLOS ¡Ves cómo das
razón á mi cobardía!

JULIA ¿Lo que á nuestra hija inocente
dejó mi hermana?...

CARLOS Salvado.
Tiene todo lo heredado:
ella es aquí la pudiente.

JULIA ¡Qué aniversario! (Con tristeza)

CARLOS ¡Ojalá
no empeore el venidero!
Al fin cuestión de dinero;
rueda mucho y volverá.

SEV. Hoy cumple diez y seis años
vuestra unión.

JULIA ¡Años de gloria!

CARLOS Pues bien, busca en su memoria
consuelo para estos daños.
Cuando el lazo que encariña
unió tu nombre y mi nombre,
yo era algo menos que un hombre
Yo, poco más que una niña.

JULIA Quince años: porque al nacer

CARLOS bajo aquel sol sevillano
amanece más temprano
el amor de la mujer.
Con tu dote y con mi herencia
trabajando alcé la casa,
ni de lo preciso escasa,
ni jamás en la opulencia.
Y recuerda, Julia mía,
cómo coincidió oportuna
con nuestra menor fortuna
nuestra mayor alegría.

SEV. Consecuencia: *ten pobreza*
porque la dicha asegures.

CARLOS Consecuencia *no te apures,*
que el bien no está en la riqueza.
Toda pena ó todo bien,
repartidos por mitad,
era nuestra soledad,
la soledad del Edén.

SEV. (Con burla) ¿Recordáis ya á los galanes
del bíblico paraíso?
¡Es el recurso preciso

de las tentaciones: Adiosel
Vaya, en este Edén naciente
sólo hay papel para dos:
Eva y Adán. Conque ¡adiós! (Se dispone á salir.)

CARLOS Otro queda. (Con ironía.)

SEV. El de serpiente.

CARLOS Y pretendes imitarla
con tus burlas subversivas.
¿No ves que la llama avivas?

SEV. Y eso pretendo: avivarla.
¿No has comprendido que quiero
enmendar tu desatino?
Porque, Julia, mi sobrino
está mal con su dinero.
Y de lo suyo hace gracia
del quebrado en interés.

CARLOS Hago otra cosa.

SEV. Di que es...

CARLOS Es, no agravar su desgracia.

SEV. A tu derecho me ajusto.

JULIA La ley...

CARLOS De otra ley no salgo
que llevo aquí. (señalando al corazón.)

SEV. ¿Pues hay algo
sobre lo legal?

CARLOS Lo justo.

SEV. ¡Lo justo! No hay curación:
es la enfermedad del día.

CARLOS ¡Ojalá! porque sería
mal de mucho corazón.

SEV. Y que ataca, nada más,
á hombres de poca cabeza.

CARLOS Por eso, si es de simpleza,
nunca lo padecerás.

SEV. ¡Lúcete, que harto te cuesta
ese lujo humanitario!
No hay nada más temerario
que esta vanidad... modesta. (Se va por el foro.)

ESCENA VI

CARLOS y JULIA

JULIA — No regañéis.
CARLOS — No regaño.
JULIA — Nuestro bienestar le inspira.
¡Es tan bueno!
CARLOS — Pero mira,
hay bondades que hacen daño.
Te contagias y le apoyas...
Antes—con pena lo veo—
amabas más mi deseo
y amabas menos tus joyas.
JULIA — Que es acusarme presumo...
CARLOS — No: al fin mujer... (Con bondad.)
JULIA — (Como ofendida.) Y ligera.
CARLOS — La mujer, como la hoguera,
(Señalando respectivamente al corazón y á la cabeza.)
fuego abajo, arriba humo.
JULIA — (Con reconvención dulce.)
Prefiere al de Amberes: ¡nada!
CARLOS — Piensa que tiene una esposa...
como tú... ¡no tan hermosa!
JULIA — De seguro más amada.
CARLOS — Y en la opulencia crecida
una niña que es su estrella:
cual la nuestra...
JULIA — ¡No tan bella!
CARLOS — De seguro tan querida.
¿Quieres al hambre entregarlos,
presas de la vanidad,
si nos queda en realidad
lo preciso y más?
JULIA — No, Carlos:
no mire yo en mi salón
flores por el hambre puestas.
CARLOS — ¡Siempre amargan algo fiestas
que ha pagado la aflicción!
JULIA — Bien hecho.
CARLOS — Honremos así
—¿cómo mejor?—esta fecha.

Julia — Y tú, ¿lo estaría de mí?

Carlos — (Con pasión.) Quise hablar de mis enojos,
y de amor te hablo en resumen:
¡qué penas no se consumen
en el fuego de tus ojos!
Séllese en tu rostro bello
nuestra alianza generosa.

(Carlos vá á dar un beso á Julia. María, que habrá entrado sigilosamente y colocádose detrás, pone su cara entre ambos á tiempo que van á darse el beso.)

ESCENA VII

DICHOS y MARÍA

María — (Interponiendo la cara y recibiendo en sus mejillas los besos que Carlos y Julia iban á darse.)
Selladla en mí.

Carlos — (Con enojo cariñoso.) ¡Avariciosa!

María — ¡Qué! ¿No os ha gustado el sello?

Carlos — Lo eres desde que naciste.

Julia — ¿Qué traes? (Se levanta como disgustada.)

María — ¡Ya te has enfadado
porque el beso aquí ha quedado!
(Presentándole la mejilla donde la besó su padre.)
Quitamelo, y no estés triste.

Julia — No es por eso.

Carlos — (Refiriéndose al beso que dió á María.)
Bien está.

María — ¡Dos, y en paz!
(Besando dos veces a Julia, que toma aspecto alegre y afectuoso.)
¡Así me gusta!
Aquella mirada adusta
te da cara de mamá.

Julia — La mía; lo que soy.

María — Quiero
que me parezcas hermana.

Julia — Ya soy vieja.

María — ¡Sí, una anciana!
Treinta abriles.

Julia — Y un enero.

MARÍA ¡Hermosa edad de placeres
para una mujer! ¿Verdad?
JULIA ¡Oh! sí: hermosísima edad...
pero... para dos mujeres.
Tanto los años... ajenos
nos gustan, que en estas cuentas
nos quedamos más contentas
cuando tocamos á menos.
MARÍA Pues, los tuyos á Dios pido.
JULIA Yo, los tuyos sin pasado.
MARÍA ¡Cuánto placer ya gozado!
JULIA ¡Cuánto dolor no sufrido!
MARÍA Ya me iba por esos mundos,
olvidando á qué venía.
Los minutos de alegría
sólo tienen diez segundos.
CARLOS ¿Qué?
MARÍA Que me han hecho venir
la señora de Guzmán
y su hija.
JULIA ¿Se van?
MARÍA Se van,
y se quieren despedir.
JULIA Sí, es tarde. Sin dilación
voy allá.
CARLOS Disculpamé.

(Julia se va por el foro. Carlos y María la siguen con la vista cariñosamente.)

ESCENA VIII

CARLOS y MARÍA

MARÍA ¿A que sé qué miras?
CARLOS ¿Qué?
MARÍA ¡Vaya! ¿A que tengo razón?
CARLOS ¿En qué?
MARÍA En envidiar sincera
sus años y su hermosura.
CARLOS Y ¿por qué? ¡Gentil locura!
MARÍA Porque contigo me hubiera
casado, y eres...
CARLOS (Con amor.) ¡María!

MARÍA (Acabando su frase.)
el hombre que yo más quiero.
CARLOS Porque ninguno, lucero,
te habló de amor todavía.
¡Pobres padres!
MARÍA ¿Eso dices?
CARLOS Tras criaros con amores
se nos llevan nuestras flores.
MARÍA ¡Siempre os dejan las raíces! (Con ternura.)
CARLOS Luego...
MARÍA (Interrumpiéndole con curiosidad infantil.)
¿Qué pasa? ¡Adelante!
¡Con cuánto placer te escucho!
CARLOS Basta: quieres saber mucho, (Con dulzura.)
y ya sabes lo bastante.
MARÍA Pronto el traje de mujer
mis quince años cubrirá:
de esos se casó mamá;
¡mira tú si fué saber!
¿Me quieres mucho?
CARLOS ¿Lo olvidas?
Como á mamá. ¿Y tú?
MARÍA (Tomando aire misterioso.) Pues, yo,
más que á mamá; pero, no
se lo cuentes... ni á escondidas.
CARLOS Y ¿por qué me quieres más?
MARÍA Porque ella me quiere menos.
CARLOS No.
MARÍA Aunque los dos sois muy buenos,
tú no me riñes jamás;
y ella... conmigo se enfada,
me aparta de sí... y me olvida,
unas veces distraída,
y otras veces contrariada.
CARLOS ¡Aprensión!
MARÍA ¡Qué diferencia!
Tú cuando más triste estás,
entonces me buscas más
CARLOS ¡Egoismo! Tu presencia
alivia mis penas locas
cuando amante las escuchas:
¡para mí sólo son muchas,
y para los dos son pocas!

ESCENA IX

DICHOS, FERNANDO y SEVERO, que entran por el foro y hablando desde dentro. FERNANDO trae una carta abierta en la mano

FERN. ¡Que es casada!
SEV. ¡No es casada!
(Viendo a María e imponiendo silencio a Fernando como para que ella no oiga.)
¡Chist! (A María, como reconviniéndola dulcemente.)
¿Está bien que abandones
á tus amigas?
MARÍA (Con picardía.) ¡Ya; sobro!
SEV. En mi tiempo—y no es que sobres—
las niñas eran mas niñas.
MARÍA También los hombres más hombres.
(Se va por el foro.)
FERN. ¡Nos achicó!
SEV. ¡Y qué bien dice!
¡Si parece que conoce
lo que pasa!
CARLOS Pues, ¿qué pasa?
SEV. Mucho; un escándalo enorme.
FERN. Nada; una mala intriguilla.
CARLOS ¿Sabremos lo que es?
SEV. Suponte
que hace un rato, en un pasillo,
los mocitos que aquí comen,
han hallado cierta carta
de amor, sin firma ni sobre.
FERN. Y supón que es una cita
en regla:
CARLOS ¡Niñadas!
FERN. Oye.
(Leyendo el papel que trae.)
«La urgencia me hace escribirte
contra mi costumbre.»—Nótese
la precaución.—«A un descuido,
facil en las confusiones,
sal al jardín.»
CARLOS ¡Jugueteos!
FERN. ¿Juego á solas, y de noche?
Pierde el ausente.

CARLOS ¿En la sombra?
FERN. (Sigue leyendo.)
«Cuando anochezca.» Lo pone
claro; no, se pone oscuro.
CARLOS Hay ya malicia...
FERN. ¡Hay horrores!
(Lee.) «Que *él* no advierta *tu* salida.»
Un *él* y un *tu*. ¡Qué pronombres!
Fueron siempre posesivos
en gramática de amores.
CARLOS Ya es indudable.
FERN. Resumen:
que una mujer corresponde
á este amor; y que es casada,
y se encuentra en tus salones,
y ese jardín es el tuyo,
y esa noche es esta noche.
CARLOS ¡Imposible! Mis amigas...
SEV. ¿Quién las que trata conoce?
FERN. ¿Llevan rótulo, diciendo,
«frágil» como los trasportes?
CARLOS En una casa...
FERN. Estas cosas
no han de ocurrir en los montes.
CARLOS ¡Casualidad!...
FERN. La enemiga
de los enredos; la cómplice
de los maridos; la teja
que, tarde ó temprano, rompe
los misterios más guardados
de amantes conjuraciones.
CARLOS Malicia de escandalosos.
SEV. No, Carlos; Dios me perdone
si pienso mal; pero, pienso
que es verdad; vé los renglones;
fresca la tinta.
(Severo toma de manos de Fernando el papel y se lo enseña á Carlos, que se queda con él, y lo mira.)
CARLOS (Aparte.) Está escrita
en casa. ¿Quién?... ¿Cuándo?... ¿Dónde?
¡Ah! Enrique.
FERN. ¿Te has convencido?
CARLOS Es de él. ¿Quién será la pobre?... (Aparte.)
¡Así su honor por los suelos!

Menos mal si se recoje.

FERN. Trae. (Pidiéndole el papel. Carlos se lo niega y lo guarda.)

CARLOS No prosiga esta burla.

FERN. ¡Si falta lo mejor!

SEV. Conste
que no apruebo lo que intentan.

FERN. Sorprender á los pichones
en el nido. Pura broma.

CARLOS Pues tienen los burladores
muy mal gusto.

FERN. Si se trata
solo de verlos. La noche
va entrando; al jardin y pronto
á tus amigas conoces.

CARLOS ¿Y si estais equivocados?

FERN. Así salimos de errores.

CARLOS ¿Y has tolerado?... (A Severo.)

SEV. No sabes
cuánto á esos chicos indóciles
dije: mas contra los hechos
consumados no hay razones.

FERN. Si ya están allí escondidos
entre el ramaje y las flores
tres amigos. Por supuesto,
discretos y formalotes.

SEV. ¡Ves qué juventud tan mala!
¡qué costumbres! ¡qué intenciones!

CARLOS Pues pronto, Fernando, vete
y que el jardin abandonen
antes que salga y yo mismo
de mi casa los arroje.
No he de consentir en ella
vuestro injurioso desorden.
Y en cuanto á los dos amantes,
si es verdad lo que supones,
yo, á solas, mas no en lo obscuro,
con rigor, pero sin voces,
les enseñaré el respeto
que el hogar ajeno impone.

SEV. ¡Un escándalo!

CARLOS Es más grande
el vuestro.

SEV. ¿Qué te propones?

Si el mal no tiene remedio...
CARLOS Que á lo menos no nos toque.
SEV. ¿Cómo?
CARLOS Negando mi trato
á los culpables.
FERN. Entonces,
si das en eso, en tres días
te quedas sin relaciones.
CARLOS ¡Anda, pronto! (Empujando á Fernando.)
FERN. ¿Y si ha salido
por las puertas interiores?...
(Se va por la puerta de la derecha. Severo se dispone á salir detrás y Carlos le detiene.)
CARLOS ¡Un hombre de orden!
SEV. Por eso
debo atenuar el golpe;
ya que no puedo impedirlo,
dése á lo menos con orden.
CARLOS Quédate.
SEV. Yo protestaba...
CARLOS Pero ibas. Sois más feroces
vosotros, víboras mudas,
que ellos, perros ladradores!
Ahora ayuda en algo bueno
sin querer.
SEV. Con gusto.
CARLOS Corre,
y cierra bien la otra puerta
que da al jardín.
SEV. A galope. (Se va por el foro.)

ESCENA X

CARLOS.—Después SEVERO

El que pase, ha de pasar
por estas habitaciones:
aquí la honradez vigile
por quien la propia corrompe. (Pausa breve.)
Santo honor de una familia,
legitimidad de un nombre,

amor y paz de un esposo
que quizá ciego la adore,
¡todo muerto, si lo sabe!
¡si lo ignora, todo flores!
Si él lo viera, la ahogaría...
¡Ah! ¡más vale que lo ignore!
¡Qué tristes son las verdades!
y las dichas ¡qué ficciones!

(Entra Severo por el foro.)

SEV. Cerré: la llave. (Entregándole una.)
Y ahora,
¿qué haces?

CARLOS Librar á esa pobre,
si no ya de su delito,
de la befa á que se expone,
y ya que perdió su dicha
salvar al menos su nombre.

SEV. Bien.

CARLOS Devolverle su carta,
suplicándole que honre
menos esta casa, y más
la suya.—Tú, quizá estorbes...
No es piadoso dar inútil
testigo á estas situaciones.
Pues le ha de costar vergüenza,
solo ante mí se sonroje.

SEV. ¡Vergüenza! no tendrá mucha...

CARLOS Por eso es bien que la ahorre.

(Severo se va por la puerta de la derecha. Carlos se acerca á la puerta izquierda como observando.)

Viene: oigo crugir el traje;
ruido blando como el roce
del reptil. ¡Qué no daría
por evitar sus rubores!

(Se retira á la puerta de la derecha, tras la cual queda oculto. La escena se habrá oscurecido gradualmente desde antes y estará ya á media luz.)

ESCENA XI

CARLOS.—JULIA, que entra por la puerta izquierda cautelosamente con paso lento y mirando hacia atrás y alrededor, como si temiera ser vista. De esta manera atraviesa la escena, dirigiéndose á la derecha como para salir. Al llegar junto á la puerta, Carlos se interpone.

CARLOS — Julia...

JULIA — (Retrocediendo y con voz alterada.) ¡Quién!...

CARLOS — (Con naturalidad.) ¿Por qué te asustas?
¿Qué buscabas aquí? ¿A dónde
ibas?

JULIA — (Siempre entrecortada.) ¡Buscar... nada... nada!
Asustarme... sí... ví un hombre...
y... como el sitio está oscuro...

CARLOS — (Aparte.) Verdad. ¡Dejadme, temores!
Como esperaba á una pérfida,
la ví y ¿qué mucho que tome
por ladrón al caminante
quien va esperando ladrones?

JULIA — Hablastes de pronto...

CARLOS — Pero
también de pronto se oye.
¿Qué vos llevas en tu oído,
que ya mi voz desconoces?

JULIA — ¡Carlos!...

CARLOS — Me buscas: ¿no es eso?
Y ¿para qué? (Pausa.) ¿No respondes?

JULIA — Sí...

CARLOS — (Tomando la mano de Julia.)
¡Qué ardor! ¡Tú mano quema!
¡Qué agitadas pulsaciones
en tus venas! Y las mías,
¿por qué laten más veloces? (Pausa breve.)
¿Tienes algo?... ¡Ah! los disgustos
de esta tarde. ¡Cómo corre
la sospecha!

JULIA — ¡La sospecha!...

CARLOS — ¡Ah, loco! Ya sé: conoces
lo de la carta y venías

con las mismas intenciones
que yo. ¿No es eso?

JULIA (Asustada.) ¿Qué carta?

(Julia lleva disimuladamente sus manos á sus bolsillos y pecho como buscando algo. Carlos se pasea inquieto por la escena.)

CARLOS ¿No lo sabes? Pues entónces,
¿por qué has venido?

(Crece la inquietud de Carlos.)

JULIA ¿Qué tienes?

CARLOS (Con dureza.) No me preguntes: ¡respóndeme!

JULIA (Balbuciente.) No... sé... nada.

CARLOS ¡Qué recelos!

JULIA ¿De quién? ¿De mí? ¿Qué razones
de queja, si estas son quejas?
¿Qué causa, sin son temores?

CARLOS ¡El corazón, eso mismo
me está preguntando á voces!
¿Ha de ser tan buena en todo,
y en esto no? Las pasiones,
¿pueden tanto? ¿Extraviarían
toda una vida de amores?

JULIA Carlos, mira lo que dices...

CARLOS ¡Pues contesta á lo que oyes,
ó pensaré que la culpa,
mordaza á tu lengua pone!

(Pausa y transición.)

¿Privación ó sacrificio
con tu gusto no conformes
te exigió nunca mi labio,
de los tuyos eco dócil?
¿Qué no has hallado en mi casa?
Paz, bondad, amor...

(Julia, profundamente conmovida y agitada hasta ahora, rompe á llorar en este momento.)

¡No llores,
ó creeré que por tus ojos
el remordimiento corre!

(Julia procura contenerse y ocultar el llanto, aparentando una serenidad que no tiene.)

JULIA Si no lloro... no...

CARLOS (Con viveza.) Si niegas
lo que veo, ¿cómo entónces
te creeré cuando me niegues

lo que no he visto? ¡Qué torpe
anda el crimen! ¡Si ya nace
con grillete en los talones!

JULIA ¡Juro por Dios!

CARLOS (Con ardor creciente.) ¡No! ¡Que á Dios
se amparan los pecadores!
¡Qué oscuro el aire y el alma!
¡Crepúsculo de esta noche,
vas á dejar para siempre
en mis ojos tus cresponesl
¡Mira, infeliz, esta carta! (Mostrando la carta.)

JULIA ¡Ah! (Aterrada al reconocer la carta.)

CARLOS ¡Tuya!

JULIA ¡Perdón! (Cayendo de rodillas.)

CARLOS ¡El hombre
hace, cuando más, justicia:
Dios, que sabe, te perdone!
(Sujeta con violencia y amenazadoramente a Julia.)

JULIA ¡María! (Aterrada y gritando.)

CARLOS ¡Contra el castigo,
conjuro haces de ese nombre!
¿porqué también no lo hiciste
contra impuras tentaciones?
(Persigue furioso á Julia, que habra logrado desasirse é intenta huir por el foro, donde casi la alcanza al tiempo de salir María.)

ESCENA XII

DICHOS y MARÍA, que sale rápidamente por el foro

JULIA ¡Defiéndeme! (Abrazandose a María al verla.)
(Al mismo tiempo que Julia pronuncia esta palabra y se abraza á María, ésta queda puesta entre Carlos y Julia, y recibe el golpe que aquel dirigía a Julia.)

MARÍA (Con cariñosa reconvención á su padre.)
¿Qué te he hecho?

CARLOS ¿Por qué vienes? (Conteniéndose.)

MARÍA (Estrechando mas a su madre y con miedo.)
¡Ah, mamá!

CARLOS ¿Ves? ¡El primer golpe va (Bajo á Julia.)
sobre los hijos derecho!

(A María, con acento de profundo dolor.)
¡Hija del alma, perdón!

MARÍA ¡Tú, perdón! (Con cariño y acercándose á él.)

CARLOS (Con ternura.) ¿Te he lastimado?

MARÍA ¡Aunque en la cara me has dado,
me duele en el corazón;
pues nunca mi rostro ileso,
entre esos dos llegó á estar,
sin recibir á la par
en cada mejilla un beso!

JULIA ¡Sostenme! (A María. Se apoya en ella, y no pudiendo sostenerse, se deja caer en una silla.)

MARÍA ¿Qué ha sucedido?
¿Por qué lloras? (A Carlos que llora.)
(Acudiendo á su madre y tocándola.)
¡Estás yerta!

CARLOS ¡Por toda esta dicha muerta!
¡Por todo este amor vendido!
(Pausa y transición. Cogiendo á María.)
¡Ven!... Por un rayo que Dios,
¡no! el infierno ha fulminado,
este hogar, ayer sagrado,
hoy queda partido en dos.
Tú conmigo vivirás.

MARÍA ¿Y mamá?

CARLOS ¡No!

MARÍA ¡Carlos! (Con dolorosa súplica.)

CARLOS (Con sequedad desdeñosa.) ¿Qué?
¿Vendrás contenta? (Volviéndose á María.)

MARÍA Sí, iré...
pero contenta... ¡jamás!
(Movimiento de extrañeza en Carlos.)
Nadie lo puede exigir. (Solloza.)

CARLOS ¡Lloras y vas con tu padre!

MARÍA No, porque dejo á mi madre,
que en dos no me he de partir.
¡Si os habéis de separar,
con razón ó sin razón,
parta en dos mi corazón
quien ha partido mi hogar!
(A Julia y á Carlos respectivamente, intentando aplacarlos y reunirlos.)
¡Padre! ¡Madre!

CARLOS ¡Eres tenaz!

JULIA (Aparte á Carlos con honda pena.)
¡Por Dios! ¡mi hija, y soy tu esclava!
(Carlos la aparta y le impone silencio con ademán duro. Julia repone suplicante.)
¡Le he dado la vida!
CARLOS (Con sequedad.) Acaba
de darte la tuya: ¡en paz!

ESCENA XIII

DICHOS, SEVERO y FERNANDO, que entran por la puerta de la derecha. El CRIADO, que trae luces y se va por el foro

FERN. Allí están los cazadores,
pero los pájaros no.
CARLOS ¡Vété! (A María.)
(María, obedeciendo á la palabra imperiosa de su padre, y después de vacilar un instante, se va llorando por el foro.)
SEV. Llorando salió...
CARLOS ¡Burlados los burladores! (Con fingida sonrisa.)
FERN. Y allá impacientes y alerta
los chasqueados espías.
JULIA ¡Qué asechanza! (Aparte.)
CARLOS (Aparte á Julia.) ¡Merecías
haber pasado esa puerta!
(Alto á Severo y Fernando.)
¿Qué merece, en vuestro juicio,
hombres de la sociedad,
quien, pidiendo á la lealtad
pasaporte para el vicio,
os roba, no capitales,
que tienen restitución,
honra, dicha, corazón,
tesoros inmateriales,
lo que no devuelve el celo
de un juez, ni el propio trabajo,
porque lo formó aquí abajo
una bendición del cielo?
FERN. ¿Lo estás viendo? ¡Qué bien dicen!
Tras la cruz está el demonio:
algo tendrá el matrimonio,

chico, cuando lo bendicen!

SEV. Castigase al que ha ofendido,
cuando el proceso se intente.

CARLOS Siempre pierde el inocente,
ya vencedor, ya vencido.
¡Vencido, habrá su dolor
vanamente publicado:
vencedor, habrá logrado
un triunfo contra su honor!

FERN. Así, aunque la ley penal
castiga el acto, lo que hace
el código lo deshace
la costumbre general.

SEV. Basta una separación
en la sociedad decente.

CARLOS Pues bien; ¡aquí está presente
ese decente ladrón!
(Sorpresa en Fernando y Severo. Temor en Julia.)
(Aparte a Julia.) Porque tu maneha no vean
voy á echarla en mi honradez.
Miento por primera vez.

JULIA ¡No!

CARLOS (Con solemnidad amenazadora.)
¡Pidé á Dios que lo crean!
(Alto á Severo y Fernando.)
Yo dí, imprudente, una cita
á una mujer—que ha salido
ya de la casa.—Ha perdido
esta carta por mí escrita,
y Julia, avisada de ello,
me sorprendió con la prueba.
Ved la carta. (Les muestra la que antes guardo.)

SEV. Cierto.

FERN. Lleva
tus iniciales.

CARLOS (Con amargura sarcástica.) ¡El sello
de fábrica!

SEV. (A Julia.) Con calma fría
para dar tan graves pasos...
Esa letra...

CARLOS En estos casos
se finje: ¡pero es la mia!
¿De quién, si no?
(Aparte, con ira reconcentrada y estrujando la carta.)

¡Ni esperanza
de matarlo! Si le reto
arrojo al aire el secreto.
¡Ni venganza! ¡ni venganza!

FERN. ¡Ya entiendo por qué tenaz
á la burla se negó!

SEV. (Ironía) ¡Y qué bien lo aparentó!

FERN. (Lo mismo.) ¡Qué indignación tan sagaz!

SEV. ¡Y qué callando la urdías
bajo un vivir tan sereno!

CARLOS (Aparte con dolor amarguísimo.)
Oculto río de cieno,
¡bajo cuánta flor corrías!

FERN. ¿Confiesas?...

CARLOS Porque ni me ama,
ni ya el escándalo excuso;
pues Julia, aceptando el uso,
la separación reclama. (Llora.)

SEV. ¿Ella el golpe y tú el quebranto?

CARLOS Pues los inocentes ¿gimen?
¿No es de mis ojos el crimen?
¡Pues de mis ojos el llanto!

SEV. (Á Julia.) ¿Ves? Te amaba de verdad.
¡Bah! abraza. (Excitándola á perdonar.)
(Julia vacila. Carlos la mira severamente como dándole á entender que se niegue á ello y disimule.)

JULIA (Entendiéndolo.) Al que así procede,
gracias si se le concede
pudrirse en la soledad!

SEV. ¡Cruel!

CARLOS Quiere salir de aquí
hoy mismo.
(Á Julia con intención.) ¿Verdad?

JULIA (Resignada.) No niego...

CARLOS Su dote le daré luego.

JULIA ¡Carlos, eso no!

CARLOS (Con dignidad imperiosa.) ¡Eso sí!
(Julia toma el brazo de Fernando como para salir. Carlos dice á Fernando.)
La verdad de lo pasado
por mi decoro dirás:
porque en esto vale más
ser el ladrón que el robado.

JULIA (A Fernando.) ¡Anda!

FERN. (Á Julia.) Hermana, en un marido
estas son faltas veniales.
(Julia y Fernando se dirigen á la puerta del foro.)

ESCENA XIV

DICHOS y MARÍA, que entra por el foro, donde halla á su madre

JULIA ¡Hija, adiós! (Llorando.)
MARÍA (Abrazándose á ella.) ¡No; tú no sales!
CARLOS ¡Pues yo! (Se dispone á salir.)
MARÍA (Deteniéndole.) ¡No, padre querido!
¡Cuántas caricias perdidas
para vuestra hija adorada!
JULIA ¡Cuánta dicha malgastada
en comprar dichas fingidas!
FERN. Sabré el nombre de la dama. (Aparte.)
SEV. Yo arreglaré esta rencilla (Idem.)
FERN. Lo pide la gacetilla. (Idem.)
SEV. La familia lo reclama. (Idem.)
JULIA ¡Hija!
MARÍA ¡Madre!
(Madre e hija se abrazan y besan llorando. Luego se separan y María se arroja en brazos de su padre diciéndole.)
¡Horrible ausencia!
CARLOS (Aparte.) En este conjunto odiado
la mujer pone el pecado,
el hombre la penitencia!
(Carlos y María quedan abrazados, mientras Julia, llevada por Fernando, va desapareciendo por el foro sin poder apartar la mirada de María. Severo queda de pie en medio de los dos grupos.)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Gabinete echavado que comunica por dos puertas del foro con otra habitación visible desde el teatro, la cual se supone contigua á un salón de baile. Dos puertas laterales, y entre ellas y las del foro dos mesas con grandes espejos, que, colocados en las diagonales de la decoración, se verán bien desde todas las localidades del teatro. Mueblaje lujoso é iluminacion brillante en ambas habitaciones. Los personajes visten en este acto con traje de etiqueta, y María traje largo

ESCENA PRIMERA

JULIA, FERNANDO, SEVERO, ENRIQUE

FERN. ¡Babilónico sarao!
ENR. ¡Qué buen gusto y qué riqueza!
JULIA Con exceso.
SEV. Aunque soy pobre,
las sociales exigencias
son voraces y hay que echarles
de cuando en cuando su presa.
ENR. Cierto.
JULIA La caridad, como
vale mucho, mucho cuesta.
FERN. Y algo ha de costarte el ver
á tu esposa presidenta
de una de esas sociedades
corcográfico-benéficas;
institución agri-dulce
que, gastando, pordiosea,

[illegible] en un salón [illegible]
y un templo en una comedia.

JULIA. La caridad pide el brazo
al placer.

FERN. ¡Da la miseria
tanto horror, que hay que dorarla
hasta para socorrerla!

SEV. Transijo con el progreso
de la vida: así se arreglan
el buen orden de la antigua
y el buen gusto de la nueva.
El justo medio.

FERN. Así estáis
en el bien y el mal á medias.

SEV. Pues hoy todo será bienes.

JULIA ¿Qué aguardas?

SEV. A una diablesa,
con cola y todo, que al mundo
asoma por vez primera.

JULIA (Con alegría.) ¡María!

FERN. Sí.

JULIA Pero... ¿Carlos?

SEV. Hizo alguna resistencia
y al fin cedió. Como el pobre
nada salvó de la quiebra,
y necesita dinero,
(Mirando á Julia con intención.)
y sabe que se lo prestan
por mi conducto, vendrá
á que le cumpla mi oferta.

JULIA Mas ¿no sabrá que he venido?

SEV. Qué saber. Ni lo sospecha.

FERN. Severo y yo hemos dispuesto
á los dos esta sorpresa.

JULIA Jamás es bueno el engaño...

SEV. Cuando la intención es buena.
¿Vais á vivir siempre aparte?

FERN. ¿Y por una bagatela?...
(Como respondiéndose á reflexiones mentales.)
¡Imposible!

SEV. Cuando él llegue,
en mi cuarto se os encierra...

FERN. ¡Confesión, yo pecador,
absolución y paz hecha!

JULIA No insistáis.
SEV. Mal correspondes
al cariño que nos lleva
á este paso.
JULIA Os lo agradezco
y rehuso.
SEV. Considera
que has dado autorización...
JULIA ¿Yo? (Con extrañeza.)
SEV. A lo menos indirecta.
¿No me digiste, al saber
su situación, que le diera
todo tu caudal, fingiendo
que otra persona lo presta?
JULIA Sí.
SEV Por eso te he creido
ya olvidada de la ofensa:
¡mucho amor debe tenerle
quien le da su dote entera!
JULIA Pero él lo ignora.
SEV. Porque
si lo sabe no lo acepta.
JULIA Dispénsame, si ahora mismo (Levantándose.)
dejo tu casa.
FERN. ¡Eres terca!
Mas no saldrás; que bien pronto
pondré en tu cuello cadenas
tan gratas que cuanto más
oprimen más se desean.
JULIA ¡Mi hija!
SEV. Que ya habrá venido.
JULIA ¡Un mes de llorada ausencia!
Tenerla aquí ¡y no abrazarla!
Todos verla, y ¡yo no verla!
FERN. Vete... (Con ironía.)
JULIA Bien; aquí la aguardo:
pero Carlos no me vea.
SEV. Antes la hija, el padre luego. (A Fernando.)
JULIA ¡Sólo me quedo por ella! (Fernando y Severo se van por el foro.)

ESCENA II

JULIA. ENRIQUE, que durante la escena anterior habrá permanecido apartado, y como entretenido en hojear algún album colocado sobre una mesa, pero observando con atención lo que se decía y pasaba.

JULIA — Son caricias de hija y madre—(Con dignidad.)
aun siendo yo—tan estrechas
que entre su pecho y el mío
no cabe mirada ajena.

ENR. — Dices que me vaya...

JULIA — Espero
á mi hija... á solas.

ENR. — Esperas
á Carlos.

JULIA — ¡Ojalá fuese
cierto!

ENR. — Luego ¿le amas? Niega.

JULIA — Menos de lo que merece;
pero más de lo que él piensa.

ENR. — (Con fuego creciente durante toda la escena.)
Pues bien: durante dos años
rugió mi pasion secreta
como el volcán, destruyendo
la montaña que lo encierra:
¡no esperes, rota la cima,
que á su dura carcel vuelva!
No es mi amor torpe deseo
que se cansa cuando llega,
sino llama que más crece
cuanto más se la alimenta.
Si ayer despojos hurtados
le bastaban, hoy se encela
de la luz que entra en tus ojos...
y hasta de Dios, cuando rezas!

JULIA — ¡Prudencia! (Con temor, y mirando en torno.)

ENR. — ¿Nos amaríamos
si tuviéramos prudencia?
Esa paz...

JULIA — ¡Por mi desdicha,
es imposible!

ENR. ¡La intentas,
y mi alma, que toda es tuya,
no recibe amor á medias:
ó todo contigo viva,
ó todo contigo muera!

JULIA ¡Qué respeto ha de exigirle
quien á sí no se respeta!
¡Yo le he enseñado! Ya veo
que ayer voluntad, hoy fuerza,
la mujer que el cuello dobla
es del vicio esclava eterna!

ENR. No, ¡si es amor! ¡Este fuego
purifica!

JULIA ¡Pero quema!

ENR. (Señalando al foro.)
Desde allí observo: allí aguardo:
¡sal pronto!

JULIA Yo...

ENR. Antes que él venga.

JULIA No iré... (Vacilando.)
(Suplicando al ver la mirada amenazadora de Enrique.)
¡Por Dios!

ENR. (Con gran pasión.) ¡Sí; por tí!

JULIA (Con resignación suprema.)
¡Señor, dispón de la sierva!
(Enrique se va por el foro derecha.)

ESCENA III

JULIA

¡Qué humillación! Dignidad,
respeto que da el honor,
¿dónde estáis?... Y esto ¿es amor?
¿es esto felicidad?

. . . . . .

El hogar, ó solitario
ó de amor infame lleno;
el placer nunca sereno;
el reposo mercenario.
Libertad, sí: horas sobradas
para caricias impuras,
¡y vengo á ocultar las puras

[illegible] ¡Ay, [illegible]!
¡pues tiene su esclavitud!
el vicio como el deber;
¡ah, necia; más vale ser
esclava de la virtud!

. . . . . .

Tan adulada y hermosa
como antes; más albedrío,
libre hacer, el tiempo mío,
¿por qué no soy tan dichosa?
Dicha, de fuera no vienes,
naces del alma, aquí dentro,
(Tocándose á su pecho:)
y por eso no te encuentro.
¿Dónde estás?

ESCENA IV

JULIA.—MARÍA.—FERNANDO.—SEVERO, que entran por la izquierda del foro.

SEV. (Al entrar, y con gran precisión, de modo que su frase parezca contestar á la última de Julia, y presentando á María.) Aquí la tienes.

JULIA ¡Ah! ¡Es verdad! (Aparte, al ver á María.)

MARÍA ¡Mamá!

JULIA (Abrazándola y besándola.) ¡Hija mía!

MARÍA Pero vengo de prestado:
papá me llama á su lado.

JULIA ¡Si parece que me oía! (Aparte.)

MARÍA ¡Sin ti un mes!

JULIA ¡Me ha parecido
un año! (Mirándola con gran amor.)

MARÍA Así es tan intensa
tu mirada, que condensa
todo ese tiempo perdido.

JULIA Angel te dejé, y te hallo
mujer. (Julia llora disimuladamente.)

MARÍA ¿Lloras?

JULIA De placer.

MARÍA ¡Y yo te dejé mujer (Reprimiendo el llanto.)
y te hallo niña!

JULIA (Enjugándose los ojos.) Ya callo.

MARÍA Otro beso.

(Se besan otra vez, y luego Julia separa de sí á María como para verla á distancia.)

JULIA ¡A ver! ¡Qué bella!

(María se pasea, arrastrando con alegre coquetería infantil su traje largo.)

MARÍA ¿Llevo bien la cola?

JULIA Sí.

MARÍA Díme, ¿me parezco á tí?

JULIA ¡Oh! ¡No! (Con vergonzoso remordimiento.)

FERN. (A Julia con ironía.) ¡Separate de ella!

(María continua luciendo su vestido y mirándose la cola con gozo.)

SEV. Está loco ese trastuelo
con su baile y con sus galas.

JULIA ¡Qué ave no mira sus alas
al soltarse al primer vuelo!

SEV. ¡Y cuánto me ha preguntado
al recorrer los salones!

JULIA Cuéntame tus impresiones.

MARÍA Mucha luz, aire aromado,
ojos que el placer anima
en rostros francos y hermosos.
¿Todos serán muy dichosos?
¿Todo verdad?

FERN. Por encima.

MARÍA Bajo esa luz y esas flores
¿no cabrán fraude ni daño?

JULIA No falta un puesto al engaño,
ni un rincón á los dolores.

MARÍA Ni á la envidia. (Con tristeza.)
(Movimiento de extrañeza en Julia.) Sí, aquí está.
(Con intención y marcando mucho.)
Tienen todas mis amigas
padre y madre...

JULIA No prosigas...

MARÍA (Contristada.) Yo, sólo papá ó mamá.
Y, uno ausente, otro presente,
no es placer completo el mío,
pues si con el uno río
lloro por el otro ausente.
Luego... ¡mi casa tan triste!
Hoy no vuelvo si no vas.

JULIA No puedo...

MARÍA ¿Que no? Verás.
JULIA Calla...
MARÍA No.
JULIA No quiero.
SEV. (Aparte á María.) Insiste.
(A Fernando.) Si aquí estamos, por tesón...
FERN. Pues, se mantendrá en sus trece.
SEV. La soledad favorece
lo que sabe á humillación.
(A Julia) Voy á ver á Carlos,
JULIA ¿Sales?
SEV. A tratar de ese dinero
JULIA ¿Lo realizaste?
SEV. Hoy espero
el medio millón de reales
en billetes, que mi agente
me traerá.
JULIA Toda mi hacienda.
MARÍA ¿Para papá?
JULIA (Aparte á Severo.) Que no entienda...
MARÍA ¡Si entendí perfectamente!
Ayer, oculta y callada,
por si trataban de tí (Por Julia)
hablar con papá te oí (A Severo.)
de mi herencia hipotecada,
y de esa quiebra de Amberes
y de dinero, y arguyo
que ese dinero es el tuyo
¡y dice que no le quieres!
JULIA Sí, es por tí. Papá quería,
mintiendo á tu amor sencillo,
que no perdieras tu brillo
si perdiste tu alegría,
y empeñó...
MARÍA Con mi permiso.
JULIA Una parte de tu hacienda
y no quiere que se venda,
y ya cumple el compromiso.
MARÍA No se apure por mis bienes:
piérdanse.
JULIA Lo hago por tí.
MARÍA ¿Sólo?
JULIA Y por él.
MARÍA Siendo así,

¿por qué en secreto lo tienes?

SEV. No... Mas no lleves el cuento.

JULIA Lo mando.

MARÍA Y ¿por qué callar?

JULIA Yo quiero su bienestar...

MARÍA ¿Y no su agradecimiento?

JULIA Sí... pero... (Con embarazo.)

SEV. ¡Entra en discusión
sin que vencida te quedes!
¡Talento inútil! ¿Qué puedes
cuando arguye el corazón?

(Severo y Fernando se van por la izquierda.)

ESCENA V

JULIA.—MARÍA

JULIA Dí, ¿por qué papá desea
que de él no te apartes hoy?
Vamos, sabe que aquí estoy...

MARÍA No...

JULIA Y no quiere que te vea.

MARÍA No tal. Cuando de tu amor
le hablo, que es á toda hora,
y lloro...

JULIA ¿Y él?

MARÍA También llora.

JULIA Y ¿qué te dice?

MARÍA «En rigor
necesita ser amada,
ámala: no hay mujer buena
si olvida la ley que ordena
honrar la sangre heredada.»

JULIA (Turbada.) Es cierto... Entonces no veo
por qué papá...

MARÍA Cuando entré
en el salón, me senté
al lado de un señor feo
y cuatro señoras más,
de esas ni mozas ni bellas
que, como nadie habla de ellas,
se vengan en los demás.
Como el que á callar se obliga

y entre burla y compasión,
se habló...

JULIA — Por la descripción
hablaban de alguna amiga.
(Con temor y deseo.) ¿Qué oiste?

MARÍA — En lenguaje oscuro,
cosas nuevas para mí.

JULIA — ¿De... amor? (Siempre con recelo y curiosidad.)

MARÍA — ¡No me suena así
cuando yo me lo figuro!
De un amante: de traiciones
que mi corazón no explica:
de una mujer que publica
su perfidia en los salones.

JULIA — ¡Lo dicen! (Para sí como respondiendo á sus pensamientos.)

MARÍA — Lo escuché yo.

JULIA — ¿Y esa mujer está?...

MARÍA — Aquí.

JULIA — ¿Dijeron su nombre?... (Con ansiedad.)

MARÍA — Sí.

JULIA — Pero... ¿no lo oiste? (Con mayor ansiedad.)

MARÍA — No.
Mas ¡qué horrores escuchaba!
¡Qué rubor! Si parecía
que en mi cara se encendía
el que á esa infeliz faltaba!

JULIA — (Espantada y cubriéndose el rostro.)
¡Qué castigo!

MARÍA — Y merecido:
pues dijo una de las tres
que siempre el amante es
el vengador del marido.

JULIA — ¿Qué más?...

MARÍA — Con ellas hablaron
dos señoras que vinieron.

JULIA — ¿Después?...

MARÍA — Ya nada dijeron:
¡pero cómo me miraron!
¡Cuánta maldad!

JULIA — ¡Qué serenas
pasearán por esas salas!

MARÍA — ¡Que haya mujeres tan malas
(Con amorosa ternura y abrazándola.)

habiendo madres tan buenas!

JULIA ¡Ah! ¡Calla! (Aparte.) ¡El remordimiento
tiene tan agrio sabor,
que, al tocarme, hasta el amor
toma forma de tormento!

MARÍA ¡No tendrá esa desgraciada
hijas!

JULIA ¡Acaso las tenga,
para que el castigo venga
de la mano más amada!

MARÍA ¿La besa la candidez
como yo te beso á tí? (La besa.)

JULIA ¿La besarías así
si la hallaras una vez?

MARÍA No la miraría dos.

JULIA ¿Y si te amase, María?

MARÍA Su amor me abochornaría.

JULIA (Cogiendo la cabeza de María entre sus manos y mirándola fijamente.)
¡Hija, mírame por Dios!

MARÍA ¿Ves? te afectas...

JULIA (Reprimiéndose y con disgusto.) Bien; y esto
¿qué tiene que ver con que
papá prohiba?...

MARÍA ¡Ya se vé!
porque dejando mi puesto
busqué á papá de contado...

JULIA ¿Y le digiste quizás?...

MARÍA Todo: y porque no oiga más
quiere tenerme á su lado.

ESCENA VI

DICHAS, CARLOS, FERNANDO, ENRIQUE. Cada uno entra cuando se indica en la escena

FERN. Quedó en este gabinete. (Dentro.)

CARLOS ¡María! (También dentro, como llamando.)
(Julia al oir la voz de Carlos intenta abandonar la habitación. María la detiene, y ambas hacen esfuerzos respectivamente para irse y detenerla.)

MARÍA ¡No!

JULIA ¡Tu inocencia
me mata!

Y el ¿Con el [illegible]
á solas?
(Julia hace un signo afirmativo.)
Vuelvo aquí presto.
(Hernando se prepara en la puerta izquierda. María se dirige á él rápidamente, y, sorprendida por un beso de don Beve habitación bajo por el foro izquierda.)
¡Ah, María, pendía irnos!
(Va á salir por la derecha del foro, pero en la segunda bastidores se encuentra con Enrique, que viene hacia la derecha; al verlo, retrocede y dice.)
¡Qué es esto!
(Retrocede asustado por la puerta izquierda á tiempo que Carlos entra por ella. Enrique retrocede y exclama.)
¡Ah!
(Julia da un, volviendo la espalda y tapando la cabeza para no ser conocida de Carlos; pero todo el resto y toda parte de la figura de Julia se dejan ver en el espejo colocado frente al sitio que ocupa Carlos. Este ha quedado parado junto á la puerta izquierda, mirando con sorpresa al espejo donde se retrata su esposa, mientras ésta se va retirando, siempre oculta la cara y llorando, con el pañuelo conveniente, hacia el gabinete del segundo término, donde estará Enrique, que la da el brazo bruscamente y se la lleva como si fuera arrastrada por fuerza superior. Todo rapidísimo.)
(Al salir y cuando.) ¡La habéis!
(Movimiento negativo de Julia.) ¿Á qué negar?
(Enrique y Julia se van por el foro derecha.)

ESCENA VII

CARLOS

¡La he visto! Con tintes rojos
de rubor, mal escondido
el rostro. ¿Qué te ha valido
ocultarlo de mis ojos,
si hay espejos confidentes
donde tu faz se retrata

como el cieno se delata
bajo el cristal de las fuentes?
¡Así, para eterna calma,
debiera el amor tener
espejos por donde ver
el hondo perfil del alma!

. . . . . .

¡De mí huyó!... ¡Vi con espanto
á quien fué luz de mi vida!

. . . . . .

¡Qué hermosa estaba afligida!
... ¡Sentí su anhelar, y en llanto
miré romper sus pesares
tras las lunas azogadas,
cual limpias perlas cuajadas
en el fondo de los mares!
Dichas y amor de mujer,
engañosos como el mar,
¡cuánta hermosura al mirar!
¡cuánto amargor al beber!

. . . . . .

¡Lo que mi hija oyó á esa gente,
fué por ella!... ¡Ya he podido
conocer por el silbido
que andaba aquí la serpiente!

. . . . . .

¿Iras? .. ¿Odio? .. ¿Amor? ¿Qué es esto?
¿Rujo ó gimo?
(Llevándose las manos á los ojos)
¿Es sangre ó lloro?
Si es infiel ¿por qué la adoro?
¡No! me oye Dios; ¡la detesto!
(Pausa breve. Se coloca junto al foro derecha y mira adentro, como á su pesar.)
¡Ah! que de mis ojos tira
cual si la amase; lo mismo.
¡Vista puesta en el abismo,
cuanto más teme más mira!
Por allí vá: el rostro yerto
que audaz disimulo aviva.
¡Montón de carne lasciva
sobre un espíritu muerto!
(Como refiriendo lo que ve en el salón y con viveza y fuego crecientes.)

Un hombre le habla y la para.
¡Le conozco!—Manotea
con furor... ¡No! ¡abofetea
desde su sitio mi cara!
Julia se aleja de allí;
él sigue tenaz su huella;
¡todos se fijan en ella!
¡todos pensarán en mí!
No ya dicha; no ya amor;
¡mi honra quiero; mi honra herida!
Si su vida no es mi vida
¿por qué su honor es mi honor?
(Agitado y fuera de sí va á salir por el foro derecha, á tiempo que entra Severo.)

ESCENA VIII

CARLOS, SEVERO, por el foro derecha

SEV. ¿Dónde vas? (Deteniéndolo.)
CARLOS (Con ansiedad.) ¿De dónde vienes?
SEV. Yo... del salón. (Confuso.)
(Carlos quiere salir; Severo le detiene de nuevo.)
Un momento.
¿Por qué ese apresuramiento?
CARLOS Y tú ¿por qué me detienes?
SEV. No... te busco... (Con embarazo.)
CARLOS ¡Hay algo grave!
SEV. Pues ¿qué temes? (Con inquietud.)
CARLOS (Reprimiéndose.) ¿Yo?
SEV. (Aparentando calma.) ¡Qué anhelos!
CARLOS Verdad; publican los celos (Aparte.)
lo que á veces nadie sabe.
Calma. (Procura fingir tranquilidad.)
SEV ¿Si se habrá enterado? (Aparte.)
CARLOS ¿Si habré soñado? (Aparte.)
SEV. Sosiega.
CARLOS ¿Qué quieres?
SEV. Hacerte entrega
del dinero deseado.
CARLOS Cuando me vaya; no es cosa
de andar cargado con él.
SEV. Si viene todo en papel.

CARLOS — Pero la suma es cuantiosa.
SEV. — No está todo concluido
hasta darte...
CARLOS — ¡Terco estás!
Digo que al irme.
SEV. — Te vás.
CARLOS — ¿Cuando apénas he venido? (Con recelo.)
SEV. — Tienes el tiempo con tasa... (Cortado.)
tus cuentas... y falta un día...
CARLOS — ¿Es que miras por la mía
ó que me echas de tu casa?
SEV. — ¡Loco! Estáte á tu sabor.
(Sentándose.) Te acompañaré... ya ves...
CARLOS — ¡Ya veo con qué interés
haces el duelo á mi honor!
SEV. — ¿Sueñas? te juro... y no miento...
CARLOS — No jures contra verdad;
lo que guarda tu bondad
lo vende tu azoramiento.
Ya has cumplido tu deber
de cariño, de cordura...
SEV. — ¡Qué locura!
CARLOS — ¡Es más locura
negar lo que he de saber
cuando en mi faz agraviada
me lo digan más aprisa
tanta irónica sonrisa,
tanta punzante mirada,
tanta compasión burlona,
toda esa alguzara muda
con la que al martir saluda
quien á la fiera corona!
SEV. — ¡Se pierde todo si sale!... (Aparte.)
CARLOS — ¡Si lo he visto!
SEV. — ¿Qué?
CARLOS — Todo eso.
SEV. — Pues si has de ver el suceso
exajerado, más vale
que sepas la verdad pura.
Ella por quedarse... Enrique
por marcharse... ha habido un pique
en voz alta y frase dura...
y han descubierto, imprudentes,
lo que nunca sospeché...

CARLOS ¡No me digas lo que sé; (Con viveza.)
di si lo saben las gentes!
SEV. No... (Vacilando.)
CARLOS ¡Sí! ¡Venganza!
SEV. (Calmándolo.) Repara...
CARLOS Sal ya, tempestad secreta.
¡Me escocía esta careta
de falso honor en la cara!
(Quiere salir furioso: Severo le contiene.)
SEV. ¡Un escándalo!
CARLOS Es razón
que te opongas; rompería
la artificiosa armonía
de tu dorado salón.
¡Deja, déjalo escondido
vivir en impune calma,
porque así, aunque mate el alma,
no mortifica el oído!
Es cómplice quien cobija
á una vil.
SEV. ¿Quién se propasa
á eso...?
CARLOS La eché de mi casa,
¡y era madre de mi hija!
SEV. ¡No hables tan alto! Ten juicio...
CARLOS ¡Eso; silencio en redor,
para que se oiga mejor
la carcajada del vicio!
¡Cúbralo un tapiz espeso,
aunque á su través, sonoro
salga el grito del decoro
con el chasquido del beso!
SEV. En paces con la apariencia
hay que vivir.
CARLOS Con el mal
no.
SEV. La atmósfera social
pesa más que la conciencia.
CARLOS (Con amarga serenidad.)
Pues bien; las leyes sociales
y las que aquí (Señala al corazón.) puso Dios,
van á tratar como dos
cordialísimos rivales.
Si ha de exigirme templanza,

vuélvame la sociedad
mi amor, mi tranquilidad...

SEV. Perdidos, ¿quién los alcanza?

CARLOS Mi honra al ménos... Dame un medio
para su reparación.

SEV. Tienes la separación.

CARLOS Ya has visto que es el remedio
mucho peor que la dolencia.

SEV. Sepárate legalmente.

CARLOS ¡Un divorcio! ¡Una patente
de corso! ¡Torpe licencia
para que el vil, sin cerrojos
ni riesgos, viva á su anchura,
paseando la infame hartura
de su dicha á nuestros ojos!

SEV. Esa es la ley...

CARLOS Justas son
las leyes que de esto tratan:
al robado maniatan
¡y desatan al ladrón!
Ella en los salones esos,
entre turba lisongera,
presta su boca embustera
á cien inocentes besos.
Y al ver rotos santos lazos
en esta íntima batalla,
la sociedad rie y calla,
la ley se cruza de brazos,
y á mi defensa no vienen,
y amparan su vida loca;
grito ¡y me tapan la boca!
quiero herirla, ¡y me detienen!
¿Por qué esta odiosa cadena
no has de romper, mundo impío?

SEV. Confieso que hay un vacío...

CARLOS ¡Sangre! ¡la sangre lo llena!

SEV. Es el mundo justiciero...

CARLOS ¡Ay, si sabe mi cuidado!

SEV. Y al fin castiga al culpado...

CARLOS ¡Ay, si te engañas, Severo!

ESCENA IX

DICHOS.—FERNANDO, por el foro derecha

FERN. (Con tono jovial y burlón.)
¡Oh, amantes, vuestros descuidos,
vuestra imprudente impaciencia,
son la única providencia
que protege á los maridos.
SEV. (Entusiasta y temeroso.)
¡Calla, lengua de escorpión!
FERN. Chico, caso más curioso...
Un amante que, celoso,
deja escapar su pasión:
toda una fuga de gas
amoroso que se inflama.
SEV. ¿Cómo sabes?...
FERN. Una dama,
que no me ha visto jamás,
me lo ha dicho...
CARLOS (Aparte á Severo.) ¿Ves? ¿Y ahora?...
FERN. Guardando digna reserva
sobre los nombres: ¡observa
si es discreta esa señora!
SEV. La opinión hará justicia
al marido y á la ingrata...
FERN. En cuanto á ella, la trata
como á hermana la malicia.
La disculpan las mujeres;
los hombres buscan la miel
de su trato... En cuanto á él...
ya cambian los pareceres.
El malo un chiste oportuno
suelta... el bueno escucha y calla;
en alguien compasión halla...
SEV. ¿Justicia?...
FERN. Ni en mí; ¡en ninguno!
CARLOS ¿Lo ves? (A Severo.)
(Fernando observa las señas que, para que calle, le ha estado haciendo inútilmente Severo desde que empezó á referir el suceso, y dice á Severo.)
FERN. ¿Qué?...

SEV. (Aparte.) ¡Qué ceguedad!
CARLOS (A Fernando con amarga calma.)
Aunque en no verlo te empeñas
la sociedad te hace señas
(Refiriéndose á las que hace Severo.)
para esconder la verdad.
SEV. ¡Murmuración, sierpe cuyo (Aparte.)
diente el propio cuerpo pica!
CARLOS ¿Te han dicho nombres?
(Fernando hace signos negativos.)
Se explica:
¡pues te hubieran dicho el tuyo!
¡Que en pena á tu charla vana
has puesto tu ciencia fiera
en calumniar, ¡no!—¡así fuera!—
en deshonrar á tu hermana!
FERN. ¡Cómo! (Con estupor.)
CARLOS ¡Gozad á placer
vuestra obra! (A Severo.) Tú, hipocresía,
con tu complacencia fría,
falsificando el deber,
haces la falsa moneda,
y luego, con lengua larga,
(Señalando á Fernando.)
el escándalo se encarga
de hacerla correr... y rueda!
FERN. ¡Qué es lo que hice, desgraciado!
SEV. ¿Mas no ha corrido el suceso?...
FERN. (Con desesperación.)
¡Si no se habla más que de eso!
¡Si yo mismo lo he contado!
¡Pronto! ¡El nombre del amante!...
CARLOS ¡Ya lo entregó la malicia
á mi venganza!
FERN. Justicia
de la sátira elegante,
ya tu ruin voracidad
con carne propia entretienes.
¡bien venida, si así vienes,
á la buena sociedad!

ESCENA X

DICHOS.—JULIA por el foro derecha. JULIA entra mirando hacia atrás, y asustada como si huyera de alguien que la persigue. Al ver á CARLOS se detiene como queriendo volverse, pero es tarde: CARLOS y FERNANDO la han visto, y se queda inmóvil, sin atreverse á retroceder ni avanzar.)

JULIA ¡Ah! (Al verlos.)
CARLOS ¡Ah! (Amenazando á Julia.)
JULIA (A Fernando queriendo refugiarse en sus brazos.)
¡Hermano, compasión!
FERN. ¿Hermana, quien me reparte (Rechazándola.)
su oprobio? ¡No! quien comparte
mis penas. ¡Este! ¡Ah, perdón!
(Se echa en brazos de Carlos, y en voz baja le pregunta.)
¿Quién es?
CARLOS ¡Enrique!... Un testigo: (A Fernando.)
tú serás el otro; ajusta
su muerte. (Fernando se va por el foro.)
JULIA ¡Ah! (Al oirlo.)
SEV. ¡Calma! (A Carlos al ver su furor.)
¡Me asusta! (Aparte.)
CARLOS ¡No temas! (Tranquilizándolo y despidiéndolo.)
(Severo se va por el foro.)

ESCENA XI

CARLOS y JULIA. Esta, al verse sola con su marido, intenta salir; pero Carlos la detiene con ademán amenazador, y ella obedece maquinalmente y dominada por el terror.

CARLOS ¡Aquí, conmigo!
JULIA Carlos...
CARLOS Ni necia disculpa (Con severa dignidad.)
ni arrepentimiento pido.
JULIA ¿Qué pides?... (Con miedo.)
CARLOS Manda el marido.
JULIA Oyeme... (Suplicante.)

CARLOS (interrumpiéndola) Y calla la culpa.
Casas hay donde su pena
tiene la vida liviana:
si es tarde para Susana,
aún puedes ser Magdalena.

JULIA Sé que el derecho perdí
de rogar... mandar... disponer:
pero es esa reclusión
vergonzosa... (Carlos hace un movimiento de indignación y Julia añade) para tí.
...Tu buen nombre...

CARLOS ¡Y que te atrevas
á invocar lo que has matado!

JULIA Al fin llevo, aunque prestado,
tu apellido.

CARLOS No lo llevas;
¡lo arrastras! Comodín bueno
hacéis de nuestro apellido:
es propio para lucido
y para infamarlo ajeno!

JULIA ¡Perdón!

CARLOS ¡Castigo! ¡castigo!
Bajo mi ultrajado techo
tendrás calabozo estrecho,
viviendo sin mí y conmigo;
un altar para tu fe,
un rincón para llorar,
y un lecho donde soñar
lo mucho que te adoré!

JULIA ¡Sueño del que no despierte
aquel amor!...

CARLOS ¡Por favor,
no llames aquel amor,
porque llamas á la muerte!!

JULIA ¡Venga! ¡Mayor desconsuelo
es la pena que me das!
¡Por Dios! (Se arrodilla.)

CARLOS No te humilles más.

JULIA Dejar mi culpa en el suelo
no podrá mi humillación,
mil veces puesta á tus plantas.

CARLOS ¡Ni al levantarte otras tantas
alzarías mi perdón!

JULIA Sola expío mi pecado...

CARLOS Facil cosa...
JULIA En país remoto...
CARLOS A romperse el nudo, roto
el amor que lo ha formado.
Como el cabo tiene Dios,
nadie, nadie lo quebranta;
¡pues ahoga mi garganta,
que nos ahogue á los dos!
JULIA ¡Donde nadie me recuerde!..
CARLOS Alas tenga la paloma:
la fiera que no se doma,
¡á la jaula! ¡allí no muerde!
(Aparece María: Carlos, al verla, impone silencio á Julia, que iba á decir algo.)
¡Silencio!
JULIA Dispón de mí.
Llévame.
CARLOS ¿Yo? no: Fernando.

ESCENA XII

DICHOS y MARÍA, que entra por el foro á tiempo de oír las dos últimas frases de JULIA y CARLOS

MARÍA (Con gozo.) ¡Qué escuché! ¿No estoy soñando?
(A Julia.) ¿Vienes?
(Julia no contesta y vacila. Carlos, al conocer sus dudas, le dice aparte con resolución.)
CARLOS ¡Obediencia!
JULIA (Resignada.) Sí.
MARÍA El placer llena de nuevo
aquella casa vacía.
¿Ya sois uno?
(Signos de forzado asentimiento en Carlos y Julia.)
(A Carlos.) ¡Bien decía
que te amaba! (Por Julia.)
(Busca en el rostro de Carlos una señal de asentimiento, y viendo que permanece callado, dice.)
¿A que lo pruebo?
(A Julia.) Vaya, no seas modesta.
Decirlo no es indiscreto,
que entre ambos no hay ya secreto.
Ella el dinero te presta, (A Carlos.)

aunque otro hace ese papel.

CARLOS ¿Lo saben?

MARÍA ¡Todos!

(Al ver el mal efecto que su declaración hace en ambos.) ¡Me asusta!

CARLOS La ley antigua, más justa, (Aparte á Julia.)
apedreaba á la infiel;
¡pero en la infame ralea
que el hogar ha escarnecido,
ya es la infiel quien al marido
con oro vil apedrea!

JULIA Yo... lo hice—al fin soy su madre—
por verla rica, estimada...

CARLOS ¡Le das riqueza amasada (Aparte á Julia.)
con deshonras de su padre!

MARÍA ¿Qué hice, para que irascible?...

JULIA ¡Que tu casa me has cerrado!

MARÍA Como vi todo arreglado...

JULIA ¡Imposible!

MARÍA ¡Qué!...

CARLOS ¡Imposible!

MARÍA ¡Otra vez en triste ausencia!...

CARLOS ¡Tampoco eso!

MARÍA Me confundo...

CARLOS Dirá al verme rico el mundo, (A Julia.)
que pagas mi complacencia;
y, ó dejar, si libre estás,
á tu merced mi decoro,
ó cubrir mi afrenta de oro
para que así luzca más!
¡No! ¡ingrata! ¡no!!
(Carlos amenaza á Julia. María se abraza á ésta como para defenderla y quiere llevarsela.)

MARÍA ¡Ah!

JULIA (Resistiéndose á irse y resignada.) ¡No le huyo!

MARÍA (Abrazándose á Carlos y conteniéndole.)
¡Por ella! ¡por mí! ¡por Dios!

CARLOS ¡Siempre tú! (Conteniéndose.)

MARÍA Y entre los dos,
¿qué otro poder contra el tuyo?

JULIA Con motivo me maltrata...

MARÍA No te entiendo...

JULIA Le es odioso
este nudo.

[illegible] ¡Mi tormento
desatarlo!

MARÍA (Arrodillándose y ofreciendo el cuello á Carlos para que lleve.) ¡Pues desata!

CARLOS ¡Mi vida es la ligadura!
¡No ha de medrar la impudencia
si hasta la misma inocencia
la ampara con su ternura!

MARÍA (A Carlos con tono de infantil resentimiento.)
¡Ya no te quiero!

CARLOS ¡María!

MARÍA Tú la culpa, ella la pena.

CARLOS ¡Tras sufrir la culpa ajena,
tú también la juzgas mía!

MARÍA ¡Ingrata!... ¿Y quién la atropella
sino tú?

CARLOS ¿Yo?

MARÍA ¿A quién culpar?

JULIA ¡A mí! (Con decisión.)

CARLOS ¡No!

JULIA ¡No más callar!

CARLOS A todos, ¡menos á ella!

JULIA Sabe... (A María.)

CARLOS (Interrumpiéndola y bajo á Julia.)
Soy su padre y no
tengo otro amor ni otros seres:
¡si sabe lo que tú eres
va á dudar lo que soy yo!
¡Hija, yo soy ¡yo! el infiel! (Alto á María.)
¡yo quien su perdón no quiero!

MARÍA No es amor tan altanero...

CARLOS Es verdad: ¡soy muy cruel!
El ¡adiós! postrero dale.

MARÍA ¡Ah!

CARLOS Entre tu bien y el decoro
se levanta un montón de oro.

MARÍA ¡Se pisa! ¿Pues tanto vale?

JULIA Tu suerte.

MARÍA ¿Sola?

JULIA Sí tal.

MARÍA ¿Sólo la mía? (Mirando mucho.)

JULIA Es tu herencia.

CARLOS ¡Pronto!

MARÍA ¡Hizo la Providencia

que el codiciado metal
hoy á mi ventura sobre!

JULIA — ¡Quién fuera pobre!

CARLOS — ¡Interés vil!

MARÍA — (Como inspirada y con alegría misteriosa.)
¡Bah! lo difícil es
convertir en rico á un pobre.

(En este momento aparece Fernando. María aprovecha el instante de su presentación para irse por la izquierda.)

ESCENA XIII

DICHOS.—FERNANDO, por el foro.

CARLOS — ¿Venganza? (Al verlo)
FERN. — La tienes ya.
CARLOS — ¿Cuántas horas de agonía?
FERN. — Las que faltan para el día.
CARLOS — ¡Qué tarde amanecerá!
FERN. — Saco á Enrique del salón,
le hablo del duelo y se escusa.
CARLOS — ¡Por cobardía!
FERN. — Rehusa
—¿lo creerás?—¡por compasión!
JULIA — ¡Mira que arrojando estás
leña á ese fuego violento!
CARLOS — ¡Cuenta todo!
FERN. — ¡Si lo cuento
porque te aborrezca más! (A Julia.)
Y aún añadió su vileza
que te la llevas contigo
para encontrar un abrigo
á tu presente pobreza
CARLOS — ¡¡Vil!!
FERN. — ¡Eso contesté yo!
(Haciendo además de haberle dado un bofetón.)
Y con expresión tan viva,
que su frialdad compasiva
en rugidos se trocó.
Se mezclaron los amigos,
se habló poco, duro y presto...

CARLOS ¿Y quedó?...
FERN. Todo dispuesto:
armas, sitio, hora y testigos.
¡Perdón; si anduve insensato
pagaré mi ligereza,
y en fin, á mala cabeza
buen corazón: yo lo mato!
CARLOS ¿Tú?
FERN. Yo.
CARLOS ¡Yo!
FERN. Luego te bates
y así me vengas. Le espero
aquí muy pronto.
CARLOS No quiero.
FERN. ¡Qué!
CARLOS ¡Porque no me lo mates!
Yo sufrí la afrenta impía;
yo el vengador. No me llena
recobrar por mano ajena
lo que han robado á la mía!
FERN. La afrenta en mi sangre corre.
CARLOS ¡Basta!
JULIA ¡No irás tú! (A Carlos.)
CARLOS ¡Y aún quiere,
tras que el agravio me infiere,
impedirme que lo borre!
FERN. ¿Rayos quisiste? ¡Á sufrirlos!
Es tarde para evitarlos.
CARLOS ¡Fuiste audaz para forjarlos:
sé audaz para resistirlos!

ESCENA XIV

DICHOS.—SEVERO.—MARÍA después. Ambos por la izquierda.

SEV. Noche más desventurada... (Agitadísimo.)
¡Oid... y calma!...
JULIA Pronto, explica...
SEV. Esa desdichada chica...
CARLOS ¿Qué le ha pasado?...
MARÍA Á mí nada. (Entrando con gran agitación.)
Queriendo ser portadora
de tu bien y mi alegría...

SEV. (Siempre con agitación y viveza, y quitándose antes la palabra.)
La suma que yo traía,
cogióme... ahora mismo...
MARÍA Ahora
SEV. Yo iba gozando en su idea...
MARÍA Y yo llevaba el paquete.
SEV. Al cruzar un gabinete...
MARÍA Di junto á la chimenea
un tropezón...
SEV. Y el papel
cayó en las llamas.
MARÍA Yo al suelo.
SEV. Yo iba léjos: grita, vuelo...
MARÍA Y yo le gritaba á él
aturdida: «¡que arde, que arde
la fortuna de mamá!
SEV. Acudo... Acudimos...
MARÍA ¡Ya
todo ceniza!
SEV. ¡Era tarde!
MARÍA ¡Perdón! ¡no pude evitarlo:
testigo es toda la gente!
CARLOS ¿Lo han visto?
MARÍA ¡Perfectamente!
Yo hice el mal: debo pagarlo.
Ni joyas, ni rico traje:
Toma. (Despojándose de sus brazaletes y collar.)
Véndase mi herencia...
FERN. ¡Siempre paga la inocencia
costas del libertinaje!
MARÍA (A Carlos por Julia.)
Es pobre, por mis torpezas...
CARLOS ¡Hija!
MARÍA Estos males acaben:
(Con intencionada candidez, como antes.)
ya, sin desdoro, bien caben
bajo un techo dos pobrezas.
FERN. ¿Todo un paquete abultado,
antes de acudir se inflama?
MARÍA Sí, tal. (Aparte.) Cuando no se llama
hasta que ya se ha quemado.
SEV. ¡Medio millón!
MARÍA ¡Cómo ardía!

¿Qué menos han de costar (Aparte á Severo.)
una madre y un hogar?
¡Ven! (A Carlos.)

CARLOS — Luego. ¡Pobre hija mía!
(Se va por el foro izquierda.)

MARÍA — Ahora, á casa sin tardanza. (A Julia.)

SEV. — No comente la malicia...
(Da á Julia el brazo.)

FERN. — ¡Sí, hagamos á la impudicia
los honores de ordenanza!

SEV. — (A Julia, preparándose á salir por el foro derecha.)
Recibe tranquila el beso
de tus amigas.

JULIA — ¡Ah! ¡Pocos!

FERN. — (Dando el brazo á María, y llevándosela hácia la izquierda.)
Por aquí.
(Cuando las dos parejas van á salir en dirección contraria, se oyen hácia la parte del foro, por donde salió Carlos, ligeros murmullos y carcajadas. Todos se detienen al oirlos.)

SEV. — (Jovialmente.) ¡Esos chicos locos!

ESCENA XV

DICHOS — CARLOS, que vuelve por el foro izquierda, demudado y como huyendo

FERN. — ¿Por qué te vuelves?

SEV. — ¿Qué es eso?

CARLOS — ¡Carcajada que me humilla,
sociedad que me sonroja,
bramidos de un mar que arroja
sus víctimas á la orilla!

JULIA — ¡Carlos!

CARLOS — ¿Sólo respetar
al verdugo al mundo plugo?
¡No reirá! Me hace verdugo:
¡pues á morir ó matar!

ESCENA XVI

DICHOS y ENRIQUE, que aparece en la puerta derecha del foro.

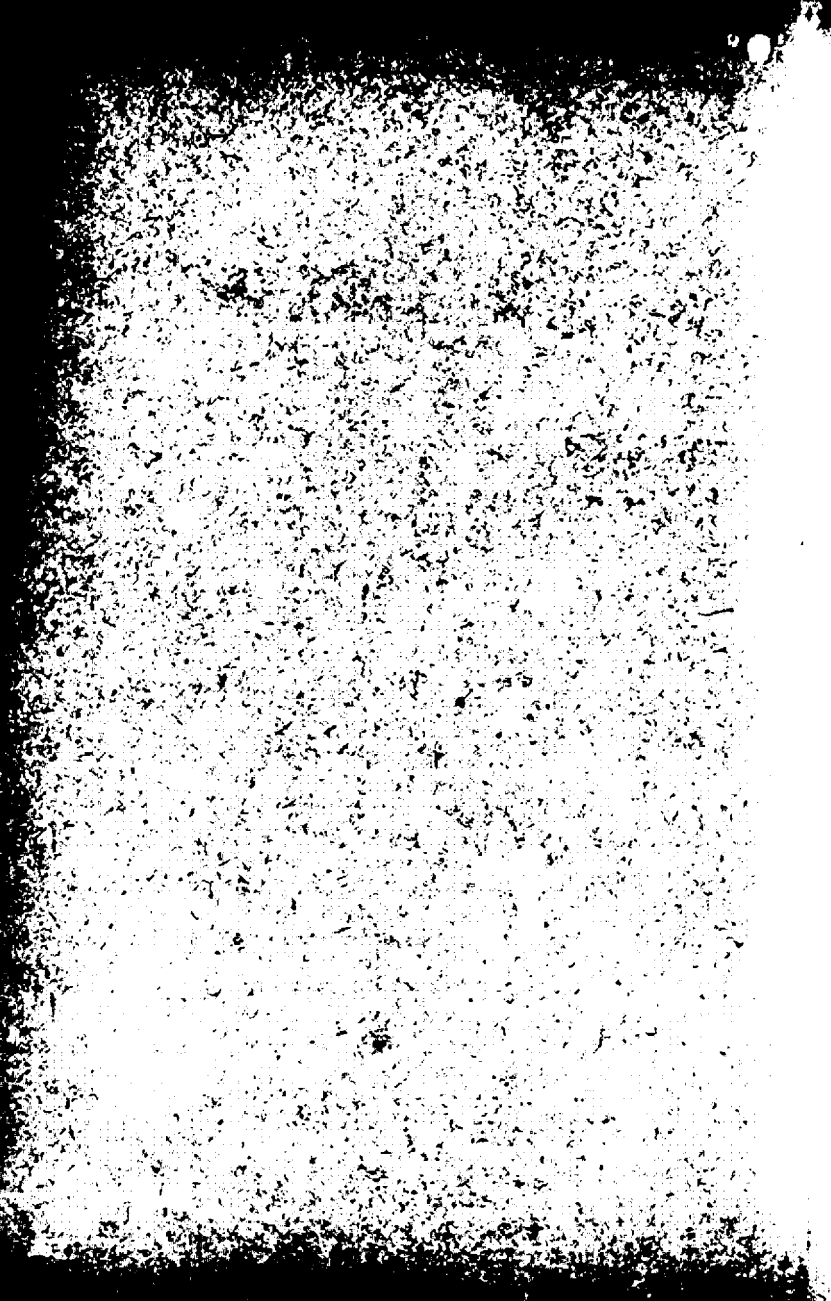
FERN. ¡Él! (Al verlo.)
(Carlos se va á lanzar sobre Enrique. Todos se interponen: Julia y María se abrazan á Carlos.)

JULIA ¡Ah!
MARÍA ¡Padre!
CARLOS ¡Sangre!
SEV. (Deteniendo á Enrique, que, al verse amenazado, quiere entrar.)
¡Loco!

JULIA (Presentando el pecho á Carlos.)
¡Tómala y mi afán concluya!

CARLOS ¡Ahora, de un golpe, la suya;
y la tuya, poco á poco!
(Cuadro cuya composición se deja al buen gusto de los actores.)

TELON



ACTO TERCERO

La decoración del acto primero, con la chimenea encendida

ESCENA PRIMERA

SEVERO y FERNANDO

SEV. No te digo que le asista
la razón, ni la defiendo.
FERN. Por nuestra desgracia, es justo
este castigo.
SEV. Convengo
en que Julia tenga aparte
habitación, mesa y lecho:
pero no hay resignación
que sufra tan duro encierro.
FERN. La mujer siempre exajera.
SEV. Yo lo afirmo, y no exajero.
En el mes que va corrido
desde que á esta casa ha vuelto,
Julia no ha visto la calle
sino á través de esos hierros,
ni respirado otro ambiente
que el de ese jardín estrecho.
FERN. Mejor está retirada
que no su dolor luciendo
ante el mundo, donde expuesta
á la luz del curioseo
también la impureza tiene
su brillo, bien que siniestro.

FERN. ¡Qué grave asunto!
Estas cosas
hacen á los locos cuerdos,
y en tí, como en mí, debieran
influir los escarmientos.
SEV. ¿Eres su juez implacable,
ó eres su hermano?
FERN. Por serlo
me toca más su decoro,
y más preservarlo debo...
SEV. Si no te pido que lusca
en las fiestas. Pero al ménos
no se la prohiba el trato
de la gente. Ayer, sabiendo
que ella recibía cartas
y visitas, Carlos, fiero,
despidió á la servidumbre
y trajo otra.
FERN. Muy bien hecho.
Ha sorprendido una esquela...
SEV. De alguna amiga...
FERN. ¿Estás ciego?
De Enrique. ¿Qué ha de hacer, dime?
SEV. Bien que vigile discreto;
pero de esas rigideces
auguro mal. Los primeros
días soportó en paciencia...
tal vez fiada en que el tiempo
desgastara los rigores;
y ella sufrida y él tarco,
pasa un mes, crece el conflicto
y se acaba el sufrimiento.
FERN. Julia ama tu voluntad
más que á su marido.
SEV. Cierto.
Su juventud, aún ardiente,
la impaciencia de su sexo,
se imponen á sus propósitos;
y al remover sus recuerdos
entre la opresión, la vence
la rebelión del deseo.
FERN. ¡Situación insostenible!
Rotos ya los lazos tiernos
del amor, en dobles fría

trocado el mutuo respeto,
ella esclava de la fuerza,
él esclavo de sus celos,
uno amenazando muerte,
otra libertad pidiendo,
ambos sintiéndose juntos
y odiándose, y en acecho
de la ocasión, contenidos
más que por deber por miedo,
no son dos esposos, ¡son
dos enemigos eternos
en una jaula encerrados,
codo con codo sujetos!

SEV. Que ponen sólo en la muerte
su esperanza y sus deseos,
porque tiene este suplicio
la muerte por dulce término.

FERN. Así son las cosas. Pacto
con Dios ó con el infierno,
en el bien como en el mal
el matrimonio es perpetuo.
Ni quito ni pongo ley.

SEV. Pero ayudas al tormento.
Será legal este caso;
no natural. Y el ejemplo
de escándalos interiores
no conviene. Los domésticos
murmuran, todos se enteran
de esa situación... Debemos
resolverla.

FERN. Es imposible.

SEV. Atenuarla. El intento
de tu hermana es acertado:
un divorcio.

FERN. ¡Y si ya hemos
visto que Carlos se niega!

SEV. Pues bien: en último extremo,
Julia apelará al divorcio
legal; la ley le da medios,
y, pues está decidida
á usarlos, antes es bueno
apurar otros recursos.

FERN. ¿Y después?

SEV. Después... veremos.

ESCENA II

DICHOS y JULIA por el foro

JULIA ¿Le hablastéis?
SEV. Sí.
JULIA Su respuesta
clara está en vuestro silencio.
SEV. Negativa.
FERN. La esperaba.
JULIA Yo también: por eso vengo.
SEV. Carlos va á salir.
JULIA Le aguardo.
FERN. ¿Quieres provocarlo?
JULIA Quiero,
por mi bien y el de María,
hacer el último esfuerzo
de... descaro; que es descaro
rogar á quien tanto ofendo.
SEV. Será en vano; pues ni aun quiere
discutir.
FERN. Es que ha resuelto.
JULIA Pero ¿oyó?
SEV. Con desdén frío:
nos miró sin respondernos:
insistí, volvió la espalda...
FERN. Y nos impuso silencio.
JULIA ¡Silencio y frialdad! ¡Señales
de que mi esperanza ha muerto!
Pues bien; si apurado todo,
razones, lágrimas, ruegos,
no cede, también yo estoy
resuelta: á la ley apelo.
El depósito, el divorcio.
SEV. Ya es necesario.
FERN. A él me niego
por mi parte.
SEV. Has de sentirlo
después.
FERN. Desde ahora lo siento
por esas buenas costumbres,
y por ese buen ejemplo

que predicas.
(Movimiento de extrañeza en Severo.)
Pues ¿qué quieres
para Carlos? ¿Qué sendero
dejas á sus amarguras?
¿Qué refugio á sus afectos?
Herido su amor, dejóle
la sociedad indefenso,
y aún le burló; ¡si yo mismo
ayudé á su vilipendio!
Pidió á las armas defensa,
justicia bárbara al duelo,
y, siempre infeliz, el plomo
taladró su honrado pecho,
dejándole vida para
ver á su enemigo ileso.
En todas partes combate,
y todo le va venciendo:
conjuración de injusticias
contra la honra de los buenos;
á la familia y al mundo,
á la suerte y al acero
pide amparo, y no lo tiene
de la tierra ni del cielo.
Si en su casa honor y esposa
encierra, porque es su dueño,
¿qué ha de hacer, si hasta le niega
la ley su último derecho?

SEV. De oprimir...
FERN. ¡No; de guardar
lo que le deshonra suelto!
SEV. Ni quito ni pongo ley.
FERN. Pero ayudas al infierno.
JULIA No hay ley divina ni humana
que autorice mi secuestro.
FERN. Y el divorcio pide justas
causas...
JULIA Malos tratamientos.
FERN. ¿Cómo puede maltratarte
quien no te ve ni un momento?
JULIA ¡Ahora va á verme!
FERN. ¡No busques
desgracias!
JULIA La que merezco.

Pero, no cuentes conmigo
ni con mi casa.

JULIA. ¡No puedo
sufrir más!

FERN. No encubro infamias.

JULIA Si no cedéis, os advierto
que la casa hoy abandono.

FERN. ¡Una fuga! ¡Harás que ciego
reniegue, por ser el tuyo,
hasta del nombre que llevo!

SEV. Carlos llega...

FERN. (A Julia.) Sal.

JULIA No.

SEV. Antes
le anunciaré tus deseos
de hablarle...

JULIA Se negaría.
¡Es mi marido, y le tengo
que hablar por sorpresa! ¡La última
será!

FERN. Témela.

JULIA ¿Qué temo?
Muerte ó vida será siempre
libertad; ¡aquí la espero!

ESCENA III

DICHOS. CARLOS, por la izquierda. Entra distraído en sus reflexiones y de modo que no ve á JULIA, quien se habrá retirado hacia el fondo de la escena

FERN. ¿La herida?... (A Carlos.)

CARLOS Bien; aún me queda
sangre aquí que derramar.

FERN. ¿Y fuerzas?...

CARLOS Para matar
me sobran.

SEV. Tu rigor ceda.

(Carlos vuelve la mirada y ve á Julia; hace un movimiento como para retirarse, pero después se queda y dice con sequedad, mas con certeza.)

CARLOS Esta habitación es mía.

JULIA (Adelantándose hácia Carlos y con tono humilde.)
La piso por vez postrera.
SEV. (Aparte á Carlos.) ¿Tanto odias?
CARLOS Si aborreciera,
sereno la escucharía.
SEV. Ten cordura...
CARLOS ¿Qué celada
me preparáis?
SEV. De otro modo
la ley te arrebata todo.
CARLOS Lo sé.
JULIA (A Fernando y Severo que se disponen á salir.)
Ayudadme.
FERN. ¡Por nada!
Entre la roedora grey
fuí cómplice, por ligero,
de la sociedad; ¡no quiero
ser cómplice de la ley!
(Se va con Severo por el foro.)

ESCENA IV

CARLOS.—JULIA

JULIA Carlos, esta vida pasa
con tan grandes amarguras,
que nuestras dos desventuras
no caben en una casa.
CARLOS (Con marcadísima indiferencia, sin mirar á Julia y alejado de ella.)
¿Qué es lo que te amarga en ésta,
tu conciencia ó mi rigor?
JULIA No pretendo paz, no amor,
caridad.
CARLOS ¿Quién te molesta?
JULIA Por bien propio y mutua calma,
rómpase este nudo triste:
¿por qué artificio subsiste
si ya está roto en el alma?
CARLOS He dicho que no.
JULIA Pues, bien;
pediré la protección
de la ley. (Movimiento de ira en Carlos.)

Es decisión
final.

CARLOS — La mía también.
Como el alma—te lo advierto—
no es del hombre prisionera,
podrá viva salir fuera,
mas el cuerpo ¡sólo muerto!

JULIA — Me maltratas...

CARLOS — Si insensata
quieres que pierda el aplomo,
te engañas. ¡No sabes cómo
mi corazón te maltrata!
Mas la tempestad se estrella
encarcelada en su seno;
no saldrá á mi boca un trueno
ni á mi mano una centella.

JULIA — Hiere: nadie hay... (Con misterio.)

CARLOS — Mi lealtad
lo confesara y me ve.

JULIA — (Aparte.) ¡Por qué es tan bueno! ¡Por qué
Dios no le dió mi maldad!
(Transición y alto.)
Saldré de aquí.
(Movimiento de cólera en Carlos al ver la decisión de Julia.)

CARLOS — ¿Qué te espanta?
(Con furor, reprimiéndose luego y balbuceando como si callara algo más.)
¡Calla!...

JULIA — ¿Qué vas á decir?

CARLOS — ¡Que siento el trueno rugir
y lo ahogo en la garganta!
Vete. (Con energía.)

JULIA — No...

CARLOS — (Con furia al oir la negativa de Julia.)
¡Vete!
(Carlos va á lanzarse sobre Julia al ver su imposibilidad provocativa; pero se reprime y se golpea cruelmente el pecho con la misma mano que iba á descargar sobre su esposa.)

JULIA — ¿Qué has hecho?

CARLOS — ¡Que hierve la sangre en vano;
que baja el rayo á la mano
y lo devuelvo á mi pecho.

JULIA — En mí tu ira desahoga.
CARLOS — Quien honrado quiere ser,
pone mano en la mujer
solo una vez ¡y esa ahoga!
JULIA — ¡Pues mata!
CARLOS — ¡No es ocasión!
JULIA — Siempre al castigo es propicia.
CARLOS — Pido á la muerte justicia,
no á la ira satisfacción.
(Julia se acerca á la mesa y, mientras Carlos dice los los dos versos siguientes, escribe rápidamente en un papel que presenta á Carlos.)
No criminal se me llame,
sí vengador de mi ofensa.
JULIA — ¡Mata! ¡hé aquí tu defensa!
¡Viva ó muerta salgo!
CARLOS — (Tomando el papel.) ¡Infame!
«Sin voluntad he vivido (Leyendo.)
atada á este nudo fuerte;
me oprime; solo la muerte
lo desata y me suicido.»
¿Y crees que esta falsedad
para mi venganza baste?
Dirán que tú me enseñaste
lo que no mi dignidad.
Que, porque tu injuria avara
en vida y muerte me venza,
te has matado... ¡de vergüenza
de que yo no te matara!
JULIA — Y lo hiciera si el temblor
no encogiese el brazo mío.
CARLOS — ¡Mujer, solo tienes brío
para matar el honor!
(Arroja desdeñosamente el papel sobre la mesa y se va por la izquierda sin mirar á Julia.)

ESCENA V

JULIA

Ni compasivo, ni fiero;
ni me mata ni me quiere.
Desdén: ¡lo que más me hiere!

frialdad: ¡lo que yo no quiero!

. . . . . .

¡Imposible! ¡Sí! ¡La suerte
me cierra toda salida;
ni las dichas de la vida,
ni el reposo de la muerte!
No puedo ante el mundo extraño
gozar la paz verdadera,
ni hallo en el hogar siquiera
la falsa paz del engaño.
¿Qué esperar, ni qué temer?
¡Qué sacrificio me cuesta
el huir, si no me resta
ni decoro que perder!

. . . . . .

Corrí de espina en espina
mi senda de liviandad:
¡ven al menos, libertad,
compensación de la ruina!
La pasión me acecha allí: (Señalando al balcón)
aquí todo me echa fuera.
Ya soy una aventurera,
una...

(Julia dice estas últimas palabras dirigiendose á la puerta del foro como para salir. Al llegar á ella aparece en la misma María.)

ESCENA VI

JULIA.—MARÍA

MARÍA (Como completando la frase de Julia y con gran precisión) ¡Madre!

JULIA (Deteniéndose y como entendiendo el aviso providencial de su hija) ¡Madre, sí!
¡más que mujer!

MARÍA (Rompe a llorar y se abraza á María.)
¿Lloras?... Siento...

JULIA Un beso.

MARÍA Mil. (La besa en las mejillas.)

JULIA No; en la frente;
¡que tu pureza inocente
se filtre en mi pensamiento!
¡Con luz süave rodeas

mi cerebro oscurecido,
como un arcángel caído
en este infierno de ideas!
Ven... ¿Me amas?

MARÍA ¡No te he de amar!

JULIA Dilo mucho, ¡mucho ahora!

MARÍA (Colocando la cabeza de su madre en su pecho.)
Aquí. Con mis ojos llora,
si tienes por qué llorar.

JULIA ¡Por tí sólo, hija querida!

MARIA ¡Por mí!... Adivinarlo creo...
¿Piensas que triste me veo
por lo pobre de mi vida?
No llores; si en goce escasa
no tengo caudal ni trenes,
¿qué me importan otros bienes
teniéndote á tí en la casa?

JULIA ¡Calla! (Con expresión de remordimiento.)

MARÍA ¿Ves? Con tal creencia
¡qué mal juzgándome estás!
¡Mis privaciones! Más, más
me entristecía tu ausencia.
(Julia, no pudiendo resistir la cándida ironía que resulta de las frases de su hija, solloza y se desvanece ligeramente.
¿Más lágrimas? ¡Estás yerta! (Tocándola.)
(Julia procura serenarse y tranquilizarla.)

JULIA ¿Y no has pensado, hija mía,
en... separarte... algún día...
tú casada?...

MARÍA ¡No!

JULIA ¿O yo muerta?

MARÍA ¡Jamás!

JULIA ¡Mi perla perdida!

MARÍA Si rompe mi concha una ola,
¿dónde irá *tu perla* sola
por los mares de la vida?

JULIA ¡Ay! ¡Qué imposible dejarte!
Y estar aquí ¡qué imposible! (Aparte.)

MARÍA ¡Qué tristeza tan horrible! (Aparte.)
¡Su voz el alma me parte!
Tú ocultas algo... (Alto.)

JULIA No ignoras
mis penas...

MARÍA — Pero, estos días,
sólo con verme reías,
y hoy, abrazándome, lloras.
(Pausa breve.)
Mira, siempre dormiré
contigo...

JULIA — Papá resiste...

MARÍA — ¡Está tu cuarto tan triste
y tan lejano! ¿Por qué
vivir poniendo un abismo
entre marido y mujer?

JULIA — Es moda... (Confusa.)

MARÍA — ¡Ya! ¿Debo hacer,
cuando me case, lo mismo?

JULIA — ¡Qué lección! ¡Ah, Providencia!
¡Si hasta mi hija me sonroja!
¡Si hasta ella de aquí me arroja
como un riesgo á su inocencia!
(Pausa y transición.)
Piensa, al recordar mi ejemplo,
después que te hayas casado,
que el hogar es tan sagrado,
que su antesala es el templo.
Tienes gracia, discreción
y hermosura que cautiva;
pero, hija mía, cultiva
sobre todo el corazón.
Como producen las rosas
fragancia, mas no riqueza,
hace amantes la belleza,
sólo el corazón esposas.
(Después de un momento de vacilación y como luchando entre opuestos sentimientos y propósitos, procura hablar con serenidad y valor.)
Ahora... hija, ¡adiós!
Llora amargamente y besa á María con grande ahinco, como si después de una decisión trabajosa y heroica, se separase de ella para siempre. Va hacia el foro. María la sigue. Julia la detiene.)

MARÍA — ¡No me sigas!...
Siempre por seguirte lucho...

JULIA — ¡te amo tanto! (Sin saber qué hacer.)
¡Ámame mucho,
mucho! ¡mas no me lo digas!

¡Adiós!
(La besa de nuevo y se va, sin dejar de mirar a María, y diciéndole desde la puerta.)
¡Adiós! (Desaparece por el foro.)

MARÍA (Pensativa y triste.) ¡Su adiós deja
una angustia!... ¡Me parece
luz que allá se desvanece,
felicidad que se aleja!
(Mirando por donde se ha ido Julia.)
Va hacia su cuarto... Me espanto
de estar á solas!
(Se acerca a la puerta izquierda y llama.)
¡Papá!

ESCENA VII

MARÍA.—CARLOS, por la puerta izquierda

CARLOS ¿Qué quiéres? ¡Llorosa está!
¿Qué novedades?...
MARÍA El llanto
no es ya novedad en casa.
CARLOS ¡Ay!
MARÍA ¿Por qué este llanto eterno?
Aun las penas del infierno
sólo el que pecó las pasa.
CARLOS ¡Hija, existe alguna pena
en este mundo enemigo
tan profunda, que consigo
¡á muchas almas condena!
Algo más extraordinario
habrá para tu pesar.
MARÍA ¡Que mamá me hizo llorar!
CARLOS ¿Te ha maltratado?
MARÍA Al contrario.
Más que nunca me estrechaba,
más que nunca me quería,
y yo más me entristecía
y más que nunca lloraba!
CARLOS ¿Cariños?... (Con interés creciente.)
MARÍA Pero ¡qué amargos!
CARLOS ¿Abrazos?...
MARÍA ¡Que desconsuelan!

CARLOS ¿Miradas?...
MARÍA ¡De esas que hielan!
CARLOS ¿Y besos?...
MARÍA ¡Largos, muy largos;
cual queriendo con exceso
cobrarse, por inseguros,
todos los besos futuros
en aquel último beso!
CARLOS ¿Después?...
MARÍA ¡Consejos, de suerte
que me hería el corazón!
CARLOS ¡El buen consejo!... ¡Así son
los de la hora de la muerte!
MARÍA ¡Qué dices!... (Asustada.)
CARLOS (Disimulando.) ¡Nada!...
MARÍA (Cómo sospechando algo siniestro.) ¡Por Dios!
CARLOS Quiere escaparse. ¿Qué dudo? (Aparte.)
Ella también odia el nudo
que nos oprime á los dos.
MARÍA ¡Padre, piedad! ¡He pasado
en sus brazos mi niñez!
CARLOS ¡Así no enloda otra vez (Aparte.)
el seno que la ha engendrado!
MARÍA Su hija soy... Tú puedes, padre,
encontrar otra mujer;
yo, si la llego á perder,
¿dónde encontraré otra madre?
CARLOS ¿Mi honor, ó su desventura? (Aparte.)
¿qué escoger? (A María.) ¡Hija infeliz,
fruto de amarga raíz,
has sorbido mi amargura!
MARÍA ¡Ay!
¡Llora! ¡Insalubres son
aguas que están estancadas:
lágrimas encarceladas
enferman el corazón!
CARLOS (Aparentando calma.)
¡Llorar!... (Aparte.) ¡Que el impuro viento
que todo aquí lo remueve,
jamás deflore la nieve
de su limpio pensamiento!
Pronto, vete.
MARÍA ¡Padre!
CARLOS ¡Vete!

MARÍA ¿Otra vez mal humorado?
CARLOS No es contigo, angel amado.
Corre, vé á su gabinete;
de ella no te apartes hoy.
MARÍA ¡Ni el instante más ligero!
CARLOS Y háblale...
MARÍA ¡Si es lo que quiero!
CARLOS Muy amante...
MARÍA ¡Como soy!
CARLOS Llora...
MARÍA ¡Mucho!
CARLOS ¡Quizá así
nos salvemos!
MARÍA ¡Lo verás!
CARLOS Besos...
MARÍA No me encargues más;
¡todo eso me nace aquí! (En el corazón.)
(Se va precipitadamente por el foro.)

ESCENA VIII

CARLOS.—Después MARÍA, dentro

Si aun así quiere burlarme
tras mi sufrido desvelo,
ella y el mundo y el cielo,
¿qué más pueden reclamarme?

. . . . . .

Deber... piedad... hija... amor
que aún conservo á la traidora,
¡no pidáis que deje ahora
en el arroyo mi honor!

. . . . . .

¡Mas... si Julia, á quien no importa
mi honra, la lleva á su mano
atada! Nudo gordiano.
¿No se suelta? ¡Pues se corta!

. . . . . .

¿Cómo?
(Agitado por sus pensamientos, se aproxima á la mesa donde halla el papel que antes escribió Julia, y lo lee.)
¡Ella aquí lo resuelve!
¡Todo va en lenguaje rudo

diciéndome que este nudo
solo en sangre se disuelve!
(Como leyendo las palabras de Julia.)
«¡La muerte!...» ¡Sangre en mi hogar
que soñé paraiso nuevo!
¡Por qué me empujan! ¡No debo,
no! ¡Si no quiero matar!

. . . . . .

¿Si se va?... ¡No tendré calma,
y á mi pecho aún queda brío!...
¡Que no lo intente, Dios mío!

MARÍA ¿Dónde estás, madre del alma? (Dentro y lejos.)
CARLOS ¡Ah!
(Como movido por un resorte corre hacia el balcón y mira por él.)
¡El allí!... Sus corazones
veré uno al otro tan junto,
que de un golpe y en un punto
mataré sus dos pasiones!
(Va á la mesa y saca de un cajón una caja de pistolas.)
¿Si es tarde?... Salve el honor
mi muerte: ¡ella ó yo esta vez!
¡Naturaleza, eres juez,
y me hacen tu ejecutor
la pasión que me da guerra,
este brazo que da muerte, (Cogiendo las pistolas.)
Dios que crió el hierro fuerte
en el seno de la tierra!!
(Se va rápidamente por la puerta de la derecha.)

ESCENA IX

MARÍA y SEVERO — FERNANDO después.

MARÍA (Dentro.) ¡Madre!
SEV. (Por la izquierda con María.)
¿Qué pasa? Tus gritos
se oyen en la casa toda.
MARÍA No los oye la que llamo;
de las demás, ¿qué me importa?
FERN. (Entrando por el foro.)
MARÍA Niña, ¿qué tienes? Tenía
unos presagios...

FERN. ¿Y ahora?...
MARÍA ¡Ah! no lo sé... Si no puedo explicar...
SEV. (Procurando tranquilizarla.) Vamos, reposa y habla.
MARÍA No acierto... ¡Mi madre!...
FERN. ¡Tu madre!... ¿Qué?...
(María muestra en toda la escena una agitadísima excitación que apenas le permite hablar.)
¡Qué congoja!
SEV. ¿Estás mala?
FERN. ¡Entré en su cuarto
MARÍA y no estaba allí!... ¡En su alcoba...
y tampoco!... Hallé en desorden
sus papeles y sus ropas...
¡Buscadla!...
SEV. Sepamos antes...
FERN. Pero, acaba...
MARÍA Una tras otra,
corrí las habitaciones
de la casa... ¡y también solas!
SEV. Estaba aquí; con tu padre...
MARÍA No...
SEV. (Consolándola.) Vaya, no seas tonta...
Si no has preguntado...
MARÍA A todos,
sin que nadie me responda.
FERN. ¿Miraste bien?...
MARÍA ¡Con el alma,
con estos ojos que lloran,
y ante ellos todo vacío,
y en el alma todo sombras!
SEV. ¡Es imposible!
FERN. ¡Debiera
serlo!
SEV. Tú eres tan nerviosa...
Cálmate. ¡El amor, el miedo
abultan tanto las cosas!...
FERN. Buscaremos otra vez.
SEV. ¡Corre!
MARÍA Es inútil que corras.
No está en casa. ¡Madre mía!
SEV. ¡Bah! nada malo supongas...
¿Dónde ha de estar?

MARÍA ¿Y mi padre?
quiero hablarle y que lo oiga.
(Se dispone á salir.)
FERN. Vamos.
SEV. Tal vez están juntos
riéndose de tu zozobra.
(A tiempo que van á salir suena un tiro dentro; se detienen alarmados.)
MARÍA ¡Ay! (Asustada.)
(Momentos de silencio, en que no se atreven á interrogarse sino con las miradas.)
SEV. ¿Qué es eso?...
FERN. ¿Habéis oído?...
SEV. Como un tiro de pistola...
MARÍA Cerca...
FERN. Sí, cerca.
SEV. Muy cerca...
Bajo ese balcón.
(Severo y Fernando, que habrán permanecido inmóviles en el sitio donde los sorprendió la detonación, se acercan al balcón y miran hacia dentro.)
FERN. Se agolpa
la gente.
SEV. Y entra al jardín
de la casa.
FERN. Allí galopan
los caballos de un carruaje.
MARÍA ¿Qué es? ¡Dios mío!
SEV. La persona
que lo ocupa va gritando.
MARÍA ¡El corazón se me ahoga!
¡Padre! ¡Madre! ¡Quiero verlos!
¡quiero verlos! (se va por el foro)
FERN. ¡Me acongoja
no sé qué! ¿Tiene aquí Carlos
una caja de pistolas?
SEV. En su mesa.
(Ambos se dirigen apresuradamente á la mesa sobre la cual ha quedado la caja de las pistolas que Carlos se llevó.)
FERN. (Examinando rápidamente la caja)
¡Está vacía!
¡Una desgracia!
(Severo, mientras Fernando ha mirado la caja, ha en-

(encontrado junto á ella la carta escrita por Julia, que Carlos dejó sobre la mesa, y lee lo escrito.)

SEV. ¡Horrorosa!
Mira: ¡aquí Julia declara
que se mata! ¡Estaba loca!

FERN. (Mirando la carta que le muestra Severo.)
¡Su letra! ¡Ella lo firmó!
¡Hermana mía!

SEV. ¡Un suicidio!

ESCENA X

DICHOS y CARLOS, que entra por la puerta derecha á tiempo de oir las últimas palabras

CARLOS ¡Mentira! ¡Es un homicidio!

FERN. ¿Y el homicida?

CARLOS (Arrancando el papel de manos de Severo.)
¡Soy yo!

FERN. ¡Muerta! ¡Y en la calle!

CARLOS ¡Sí!
¿Qué hicieras tú? Se fugaba:
mi nombre en la calle estaba
¡y en ella lo recogí!
Cerca un coche; en él su amante:
ella hácia él; la ví, cegué,
tiré, cayó, la besé
y, en mis brazos espirante,
la satisfacción primera (Con deleite feroz.)
de mis celos ví pagada,
¡que así su última mirada
fué para mí toda entera!
¡Y dióme orgullo y terror
ver cómo, al espanto abiertos,
miran unos ojos muertos
á un honrado matador!

FERN. ¿Y él?

CARLOS Huyó despavorido.
¿Valor me hubiera faltado?
Si maté al sér adorado,
¿cómo no al aborrecido?

SEV. Las circunstancias no son
de las que de pena eximen,

y es ante la ley un crimen
lo que en tí vindicación.

CARLOS ¡Ley que á su fallo somete
la ocasión, no la maldad,
pone la casualidad
entre el perdón y el grillete;
y si al cobarde dispensa
que su decoro abandona,
al valiente no perdona
¡que sabe vengar su ofensa!

FERN. ¡Huye!

CARLOS No lo necesito.

SEV. ¿Cómo disculpar?...

CARLOS ¡Dé el juez,
ó medios á mi honradez,
ó indulgencia á mi delito!

SEV. ¡Huye!

CARLOS ¡No!

ESCENA XI

DICHOS.—MARIA por el foro

MARÍA (A su padre.) ¡Al fin te hallo!

SEV. (Intentando llevarse á María para que no se entere del suceso.)
Vente.

MARÍA (A Carlos.) ¿Has visto á mi madre?

CARCOS ¡Ay! ¡Sí!

FERN. (Queriendo tambien llevársela.)
Ven. ¿Por qué has venido aquí?

MARÍA Fuí á salir, mas la gente
me cerró todo el camino;
á la calle nadie pasa,
pues dicen que en esta casa
se ha ocultado un asesino.

CARLOS ¡Mienten!

MARÍA Y á entrar se prepara
la policía por él.

SEV. (Aparte á Carlos.) ¡Por Dios! ¡Muestra ese papel
que su suicidio declara!

FERN. Es tu salvación...

SEV. Bien mira...

CARLOS No completará mi suerte,
tras el dolor de esta muerte
la afrenta de esa mentira.
¡Que ese cuerpo ensangrentado
va á ser, con mi confesión,
la única reparación
de mi nombre deshonrado!
(Va á arrojar el papel á la chimenea. Severo le detiene.)

SEV. ¡Qué haces!

CARLOS (Apartándolo.) ¡Quita!

SEV. ¡El papel! ¡Dame!

CARLOS, ¡Como antes, quedara así
tan criminal para mí,
para el mundo tan infame!
(Tras una ligera lucha con Severo, arroja á la chimenea el papel, que se quema en ella. En este momento aparece en el foro el Inspector.)

ESCENA XII

DICHOS.—EL INSPECTOR, que no pasa de la puerta

CARLOS (El Inspector.) Yo he matado á esa mujer.

INSP. Preso á la ley, y al juzgado.

MARÍA ¡Es mi padre! ¡Si es honrado!

CARLOS ¡Ahora lo comienzo á ser!
Perdonadme el desconsuelo
que os causa mi pasión loca.

MARÍA ¡Sí! (Abrazándose á Carlos.)

CARLOS ¡Es el perdón de tu boca,
perdón que baja del cielo!
(Al Inspector.) Vamos.
(A Severo y Fernando.)
¡Amparad los dos
á esa huérfana inocente!

MARÍA ¡No! ¡Voy con él!

SEV. (Sujetándola.) ¡No, detente!

MARÍA ¡No me dejes, padre!

CARLOS ¡Adiós!

FERN. ¿Y así al amor sin abrigo
deja la ley tutelar?

MARÍA ¡Padre!

FERN. ¿Y la honra del hogar?

CARLOS ¡Se va á la carcel conmigo!

(María quiere seguir á Carlos y grita con profundísima angustia. Fernando y Severo la detienen y recogen en sus brazos, mientras Carlos, con expresión desoladora, se marcha con la policía, que le aguarda en la puerta.)

TELÓN

FIN DEL DRAMA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

La torre de Talavera, drama histórico, en un acto y en verso.

Maldades que son justicias, id. id., en tres actos y en verso.

El nudo gordiano, drama en tres actos y en verso (20.ª edición).

El cielo ó el suelo, id. id. id. (3.ª edición).

Las esculturas de carne, id. id. id. (3.ª edición).

Las vengadoras, id. id. en prosa (2.ª edición).

La vida pública, comedia en cuatro actos y en prosa.



LO SUBLIME EN LO VULGAR.

LO SUBLIME

EN LO VULGAR

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSÉ ECHEGARAY.

Representado por primera vez en el Teatro **CALVO-VICO** DE BARCELONA el dia 4 de Julio de 1888.

SEGUNDA EDICIÓN.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.
Atocha, 100, *principal*.

1888.

R. 20314

PERSONAJES.	ACTORES.
LUISA, esposa de D. Ricardo.....	Srta. Guillen.
INÉS, esposa de D. Bernardo....	Srta. Calderón.
JULIA.....	Srta. Casas.
CARLOTA, doncella	Srta. Esting.
DON BERNARDO.....	Don Antonio Vico.
RICARDO.....	Rafael Calvo.
GONZALO.....	Ricardo Calvo.
ENRIQUE.....	Cárlos Sánchez.
ANTONIO, criado.....	Francisco Perrin.
CRIADO.....	Antonio Ruiz.

Época moderna.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á BARCELONA

en prueba de gratitud,

J. Echegaray.

ACTO PRIMERO.

La escena representa un salón elegante y lujoso. Á la derecha del espectador una puerta, en primer término, que conduce al jardín. En segundo término, otra que corresponde al comedor. Á la izquierda, un balcón en primer término; otra puerta en el segundo. En el fondo la puerta de las antesalas. En primer término, a la izquierda, una mesa para té, y ademas algunos sillones. Á la derecha, sofá y sillas. Es de noche. El salon espléndidamente iluminado.

ESCENA PRIMERA.

JULIA y ENRIQUE entrando en escena por la puerta del comedor. Julia se deja caer en el sofá.

ENR. En este salón, señora,
aire más puro se aspira;
y abriendo un poco el balcón (Así lo hace.)
y dejando entrar la brisa,
bien pronto el desmayo pasa
y se calma la fatiga.

JULIA. (Reponiéndose.)
Gracias... mil gracias, Enrique.

ENR. ¿Se siente usted más tranquila?

JULIA. Ya soy otra. (Abanicándose.)

ENR. No, en verdad.

Es usted, Julia, la misma
de siempre, por la belleza
y la gracia peregrina;
que cambiar, siendo quien es,
fuera crueldad y desdicha.

JULIA. Y usted también el de siempre:
modelo de cortesía.

ENR. ¡Por Dios, Julia!

JULIA. Con verdad
le digo que, si me obligan
á estar en el comedor
diez minutos más, la vista
pierdo y con ella el sentido,
y caigo desvanecida.

ENR. El calor... las luces...

JULIA. Justo.
¡Y aquél hablar!... ¡Qué porfía!
¡Qué verbosidad! ¡Qué alardes
de elocuencia tribunicia!

ENR. No lo dirá usted, supongo,
por don Bernardo Montilla;
porque ese, en toda la noche
no dijo esta boca es mía.

JULIA. No lo dijo; más probó
que era muy suya. ¡Qué prisa
se daba el hombre á cumplir
su obligación! Bien hacia
los honores al *menú*,
ó según él, á la *lista*.

ENR. Español rancio.

JULIA. ¡Y qué cara
tan plácida, cuando encima
de la mesa, un nuevo plato
la servidumbre ponía!

ENR. Á cada manjar humeante,
una celestial sonrisa,
un gesto de aprobación,
y una reverencia á Luisa.
Ricardo hablaba del arte,
ó hablaba de la política,
ó del concierto del Real,
ó del cuadro de Pradilla,

y don Bernardo... eso sí,
con la cabeza asentía
á la opinión del que niega
y á la opinión del que afirma;
más con sólo reparar
sus dos batientes mandíbulas,
bien pronto se adivinaba
y bien claro se entendía,
que sólo de Savarin
ante la ciencia se inclina.

JULIA. Don Bernardo es de la prosa
robusta imágen maciza.

ENR. Pues, con todo, es un buen hombre.

JULIA. Lo será; que se concilian
sin esfuerzo, en el bullir
tumultuoso de la vida,
un apetito voráz
y una conciencia tranquila.
Pero, la verdad, Enrique,
con él no me casaría,
dado que fuese soltero,
aunque pusiese sus minas,
sus ingênios, sus haciendas,
á mis plantas, de rodillas.

ENR. ¡Viudez eterna!

JULIA. Con él,
¡viudez eterna, infinita!
La mujer tiene ilusiones...
delicadezas... manías
si usted quiere; pero en fin,
cosas á que el alma aspira,
aunque jamás las realice,
y que el buen señor pondría
sin escrúpulos á un lado,
ante una mesa, servida
con esplendidez, ó enfrente
de un *rosbif* de roja fibra.

ENR. Pues él quiere á su mujer,
¡á su perla, á su luesilla!
con todo el profundo amor
de que es capaz.

JULIA. Convendría

averiguar de antemano
de lo que es capaz Montilla.

ENR. ¿Y quién sabe?

JULIA. Mire usted,
con franqueza y sin malicia,
jamás pude darme cuenta
de esa boda. Maravilla
ver unidos por el lazo,
que sólo la mano fría
de la muerte romper logra,
á dos séres, que podrían
representar los dos polos
opuestos de nuestra vida:
la ilusión, la realidad,
la prosa, la poesía:
él, la materia robusta;
ella, la blanca neblina.
¡Lo imposible! ¡Lo imposible!

ENR. Era pobre... la hizo rica,
y el padre lo tomó á empeño...

JULIA. Y la historia consabida,
de un prosáico ricachón,
y una romántica niña.
Historia que acabará
como otras. (Con misterio y en voz baja.)
¡Apostaría
á que el principio del fin
se aproxima!

ENR. (Mirando á la derecha.)
Se aproxima
también el héroe.

JULIA. Vendrá
un poco alegre.

ENR. ¡Sería
grave falta de respeto!...
pero todo se concilia.
conque sin estar alegre,
le rebose la alegría.

ESCENA II.

JULIA, ENRIQUE y D. BERNARDO entra haciéndose aire con el pañuelo.

BERN. ¡Soberbia mesa!... ¡Hola, Julia!
Pues si no tomo su ejemplo,
y no dejo el comedor,
y no respiro aire fresco,
una congestión me cuesta
el diablo del cocinero.
JULIA. ¿Y su esposa?
ENR. Allá con todos:
con Ricardo discutiendo
sobre un drama. . no sé cual:
yo de ninguno me entero.
¡Crímenes! ¡Infamias! ¡Farsas!
Si el mundo es así, debemos
no multiplicar las copias
de semejante modelo;
y si es mejor que lo pintan,
¡por Dios, no le calumniemos!
Mi sistema es más sencillo
que el de esos pobres engendros.
De este lado están los malos;
(Señalando al lado de Julia y Enrique.)
de este otro lado los buenos:
pues me voy con los de acá
y los otros al infierno.
¿No es esto? ¿No digo bien?
JULIA. Usted siempre es muy discreto.
BERN. El sentido natural
y los santos mandamientos.
ENR. ¡Está inspirado Montilla!
BERN. Siempre que como y que bebo
á mi gusto, se me aguza,
Enrique, el entendimiento.
JULIA. La inspiración en el arte
tiene estímulos diversos.
ENR. ¿Y Ricardo, qué decía
del drama y de su argumento?

BERN. ¡Cosas muy buenas! ¡De fijo!...
aunque yo no las entiendo.
¡Pero qué bien habla! ¡Y cómo
discurre y con qué talento!
¿Permite usted?... (Á Julia sacando un puro.)
¡Especial! (Ensalándolo.)
¡No hay como éste, dos vegueros!
y después de tal comida
es forzoso complemento. (Sacando un fósforo.)
Es decir, si no la ofende
el humo... y si no molesto.

JULIA. No, señor.

BERN. ¡Que *no, señor*!
¿quiere decir que no debo
encender, ó decir quiere
lo contrario: *que sí puedo*?

JULIA. ¡Está ocurrente de veras! (Riend..)

BERN. Pues paciencia: no lo enciendo.
De todos modos... Inés...
¡como llegase á saberlo!...
¡vaya un sermón!... ¡hasta allí!

ENR. ¿Tiene usté á su esposa miedo?

BERN. ¿Qué le admira? ¿De causar
disgusto á quien tanto quiero?
¡Sí, señor; un miedo horrible!
Pues así son los afectos:
á un mismo tiempo sufrir
y alegrarse al mismo tiempo.

JULIA. No tema usted, si no viene.
Estará encantada oyendo
á Ricardo.

BERN. ¡Puede ser;
habla de un modo soberbio!

ENR. Por eso era tan temible
cuando aun andaba soltero.

BERN. (Riendo con buen humor.)
¿Fué calavera?

ENR. ¡Un Tenorio!
¡Y qué osadía! ¡Y qué ingenio!

BERN. ¡Qué tunante! (Riendo.)

JULIA. (Con extrañeza y burla.) ¿Le hacen gracia
locuras y devaneos?

BERN. ¿Por qué no? La juventud
goza de sus privilegios.
ENR. Pues no hizo gracia maldita,
con ser gracioso en extremo,
ni á los maridos burlados,
ni á los hermanos severos,
ni á los papás, ni á las chicas.
BERN. ¿Qué cuenta usted?
ENR. Lo que cuento.
BERN. ¡Hombre! ¿á las chicas tampoco?
¡Eso sí que no lo creo!
JULIA. ¡Ancha es la manga, Montilla!
BERN. Para los demás... concedo.
Para mí, siempre ajustada,
á la muñeca la llevo.
¡Que fué Ricardo aturdido!
¡que Ricardo fué ligero!...
pues ya la fiebre pasó,
y hoy es esposo modelo,
sin que le aventaje nadie
más que otro, que me reservo,
porque es siempre la modestia
patrimonio de discretos. (En tono bromista.)
JULIA. De vena está usted: lo dicho.
ENR. ¡Si de aquél diablo los hechos
conociera don Bernardo,
se le erizaba el cabello!
BERN. ¿Quién sabe?... Puede que no.
ENR. No le bastaba al perverso
la seducción, el placer,
la victoria y sus trofeos;
necesitaba el peligro
del amor por compañero:
el alarde temerario
junto al abismo entreabierto.
BERN. (Con desdén.)
Con el drama de que hablaban
tiene parecido el cuento.
JULIA. (Riendo.) No se canse usted, Enrique,
ni malgaste sus esfuerzos:
no se asusta don Bernardo
de nada en este momento.

ENR. (Riendo también.)
Esta noche, por lo visto,
sólo de Inés tiene miedo.
BERN. ¡Otra vez!
ENR. Usted lo afirma.
BERN. (Golpeándose el pecho.)
¡Toma! porque aquí la llevo,
y heridas del corazón
no las cura ningún médico.
ENR. Ni las heridas que hacía
Ricardo.
BERN. ¡Ya! ¿tuvo duelos?
ENR. Y *quebrantos*, como reza
el capítulo primero.
JULIA. Y era preciso: quien ama
con apetito tan ciego
el peligro... en él perece.
BERN. O en él le rompen los huesos.
ENR. ¿A quién piensa usted que daba,
si era casado el objeto
de su amor, las cartas todas,
el imprudente mancebo?
BERN. ¿A la doncella?
ENR. ¡Pues no:
al propio marido!
BERN. ¡Cuerno!
¡qué frescura de muchacho!
¿Y cómo?
ENR. Vaya un ejemplo.
«¿Quiere usted dar á su esposa
esta novela, que há tiempo
le prometí?»—«Sí, señor.»—
BERN. ¡Pues, y la carta iba dentro!
Pero eso es un disparate.
ENR. No tanto; que el muy travieso,
en páginas convenidas,
taladraba con gran tiento
por una aguja sutil
las letras, que los conceptos
amorosos declaraban
al reunirlas componiendo,
frases breves y expresivas:

—«Te idolatro.»—«Eres mi dueño.»—
—«Por siempre.»—«No estés celosa.»—
—«Mañana á las diez te espero.»

BERN. Pues eso ya me repugna:
eso es cobarde y pequeño.

JULIA. Y tanto, siendo el taladro
á medida del acero.

ENR. ¿Pues y cuando declaraba
en público su deseo
á la beldad preferida
sin que nadie diese en ello?
¡Qué extrañas combinaciones!
¡Qué claves! ¡Qué discreteos!
¡Qué frases estrafalarias,
que á no estar en el secreto,
adivinar no podría
el hombre de más ingenio!
«El cinturon de la bata.»
«El reló del Buen suceso.»
«La cita de la jaqueca...»
Esta es la que dió más juego.
Marcaba la hora y el sitio;
y á la faz del mundo entero:
en la mejor sociedad:
sin hablarse, desde lejos!
Porque él no comprometia
á una dama con sus nécios
alardes.

BERN. ¡Sí; por lo visto,
ha sido muy caballero!

JULIA. ¿Ya no le defiende usted?

BERN. Yo, señora, no defiendo
lo infame, aunque á veces sea
bonachón y hasta benévolo.
Pero en fin, esas historias
pasaron, y hoy... vamos. . creo
que Ricardo arrepentido
está de todos sus yerros.
Ya sólo piensa en su Luisa:
ya no sale de su centro,
que es su casa.—Ustedes saben
lo mucho que nos queremos;

pues nada, por él, se pasan
meses y meses sin vernos.
¿Qué más? Cuando Inés desea
que le preste un libro nuevo,
he de venir yo en persona
á pedirlo y recogerlo.

JULIA. (Cambiando con Enrique una mirada burlona.)
¿Conque usted?

BERN. Yo mismo...
(Deteniéndose y algo aturdido.) Claro...
Es natural...
(Nueva pausa, que se abandona al actor.)
¡Pues no siento
otra vez... que á la cabeza
suben oleadas de fuego!
¡Vaya un calor! (Abre el balcón de par en par.)

JULIA. ¡Don Bernardo!
¿quiere usted que nos helemos?

BERN. Perdone usted. (Cerrando.) ¡Y no acaban
con su discusión aquellos!
(Con impaciencia y asomándose al comedor.)
¡Pues yo voy por mi mujer!
(Se dirije al comedor.)

ENR. Montilla...

BERN. Soy al momento
con ustedes. Porque yo...
así, tan blando y tan bueno
como dicen, cuando llega
el caso... no lo hay más terco.

JULIA. ¿De dónde es usted?

BERN. Navarro,
por mi padre; y por mi abuelo,
aragonés; y en Vizcaya
nací, y en año bisiesto.
(Sale por la puerta del comedor.)

ESCENA III.

JULIA y ENRIQUE.

ENR. ¡Es famoso don Bernardo!

JULIA. ¿Qué le ha dado?
ENR. ¡Yo no sé!
El caso es que va resuelto
á traerse á su mujer.
JULIA. ¿Quiere usté asomarse un poco?
ENR. ¿Por servirla, qué no haré?
(Se asoma al comedor detrás del cortinaje.)
JULIA. ¿Siguen disputando?
ENR. ¡Es ya
una torre de Babel
el comedor! ¡Todos gritan!
Ricardo se ha puesto en pie;
Gonzalo le llaman loco,
y Luisa no puede hacer
que se calmen y que vengan
á tomar aquí el café.
JULIA. ¿Y la esposa de Montilla?...
¿la bella Inés?
ENR. Pues Inés
se calla; mira á Ricardo
dulcemente... y ya se vé,
que cuanto Ricardo dice
á ella le parece bien.
JULIA. ¿Llegó Montilla?
ENR. Llegó,
más nadie repara en él;
y en pie, detrás de su esposa,
muy encendida la tez,
ni consigue que le escuche
ni se la puede traer.
JULIA. ¡Pobre Montilla!
ENR. Es un santo.
JULIA. Y como Dios no le dé
más perspicacia, muy pronto,
(y digo pronto, y tal vez
el futuro es ya pretérito)
será mártir de su fé.
ENR. Ya se atreve: algo le dice.
JULIA. Ella escucha con desdén,
por supuesto.
ENR. Y le señala
la puerta.

JULIA. ¿Y entonces él?...
ENR. (Viniendo á unirse con Julia.)
Aunque es hijo de navarro
y nieto de aragonés,
dobla la cerviz altiva;
obedece; traga hiel,
y tras un paso otro paso
se vuelve por donde fué.
JULIA. ¿Es decir que le tenemos?...
ENR. Con nosotros otra vez.

ESCENA IV.

JULIA, ENRIQUE y D. BERNARDO algo meditabundo.

JULIA. ¿Qué es eso, amigo Montilla?
¿Pues no se marchó resuelto?...
BERN. Sí, señora.
ENR. ¿Y sin embargo?...
BERN. Pues ya lo vé usted: me vuelvo
como me fuí; porque dicen
que es ya cosa de un momento.
(Con cierta malicia.)
¡y me agrada tanto hablar
con ustedes... que aprovecho
la ocasión!
JULIA. Mil gracias.
ENR. Gracias.
BERN. ¿Por qué?... si no las merezco.
Conque siga usted, Enrique.
EN. (Afectando indiferencia.)
¿Que siga?.... Pues no recuerdo
lo que decía. Y usted
recuerda, Julia?
JULIA. Confieso,
que tampoco.
BERN. De Ricardo
hablábamos.
JULIA. ¡Ya!
ENR. Sí; cierto.
BERN. (Fingiendo alegría.)
De su juventud liviana...

de sus artes... de sus medios
para engañar...

ENR. ¡Qué demonio!

BERN. De sus *jaquecas*!... (Con risa forzada.)

ENR. (Riendo también.) ¡Comprendo!

BERN. ¡Y de las que daba á tanto
y tanto marido nécio!

ENR. Es verdad: pero ya dije
cuanto sabia, y no encuentro
más noticias que añadir.

JULIA. ¿Y usted? (Con cierta malicia.)

BERN. ¡Yo!... (Con cierta violencia.)
(Conteniéndose.) Pues yo, sostengo
que hoy se arrepiente
y deplora sus juveniles excesos.
(Poco á poco se va serenando.)
Hoy es un hombre formal;
hoy es un hombre de peso;
su mujercita, su casa,
sus estudios...

JULIA. ¿Y el recuerdo
no conservará?...

BERN. Sí á fé;
lo conservará de cierto.
¡El bien que se hace, se olvida;
el mal que se hace, es eterno!

ENR. ¿También filósofo?

BERN. No;
digo sólo lo que siento.
(Poco á poco ha ido recobrando su alegría y franqueza natural.)
¡Hacer daño á un inocente!...
Pues, hombre, si yo me acuerdo...
—y cuidado con burlarse;—
que iba un día de paseo,
y que se empeñó en seguirme
un perrillo callejero.
¡Qué saltos! ¡y qué caricias!
¡y qué enredarse travieso
entre mis piernas!... á veces,
yo también gasto mal génio;
y aquella tarde... veia

fracasar mi casamiento...
¡conque supongan ustedes
si estaría para juegos!
Al fin .. nervioso... irritado,
le dí un puntillón al perro,
que fué á chocar con las ruedas
de un coche, que como el viento
pasaba, y que lo dejó
aplastado y medio muerto.
Me acerqué, y el animal
se alzó un poquito del suelo,
y estirando la cabeza
con quejidos lastimeros,
me miró con tal cariño,
puso unos ojos tan tiernos,
y las manos me lamió
con tanto afán... que confieso
mi debilidad, me puse
como un niño á hacer pucheros.

ENR. ¡El bueno de Don Bernardo!

JULIA. Pues ya se vé que es muy bueno.

BERN. Y nada, que desde entonces
comprendí el remordimiento.

ENR. No todos son tan sensibles:
hay piel que parece cuero.

BERN. Si el dolor no es en la piel,
Enrique; si es más adentro!
¡Vaya! y Ricardo lo sabe
de sobra. ¡Toma! por eso
á la callada y de ocultis
se va por ahí socorriendo
infelices. Es que trata
de compensar con exceso,
por todo el bien que reparte,
todo el mal que hizo en su tiempo.

JULIA. ¿De veras?

BERN. Como lo digo.

ENR. ¿Él lo cuenta?

BERN. Nada de eso.
Yo lo sé, porque lo sé,
y porque lo he descubierto.
—Bajaba yo la otra tarde,

—más que tarde, anocheciendo
casi,—por el callejón
que está aquí, detrás del huerto
de Gonzalo.

ENR. Del jardín
querrá usted decir.

BERN. Sí; bueno.
Cuando de pronto salió
de una casa, cuyo aspecto
me pareció triste y pobre,
un gallardo caballero.
Yo pasaba sin mirarle;
pero él se vino derecho
á mí, cerrándome el paso
con cariñosos extremos.

ENR. ¿Y era Ricardo?

BERN. Cabal;
que según me dijo luego
venía de socorrer
y de consolar á un viejo,
que en miserable bohardilla
abandonado y enfermo,
si Ricardo no le ampara,
muere lo mismo que un perro.
—¿Y ahora, qué dicen ustedes?

ENR. Que falta saber si es cierto
el relato.

BERN. ¡Cuando él mismo
me lo contó!... ¡Yo no creo
que se mienta por mentir!
¿Quién le obligaba?

JULIA. ¡Qué bueno
es usted!

ENR. ¡Y qué inocente!

BERN. ¡Bah! ¡Si tomamos á empeño
el dudar de todo!... ¡claro!
Á la postre dudaremos
de que ese cielo es azúl.

JULIA. Á veces; pero otras negro.

BERN. Bien está, cada uno piensa
como piensa, y yo no quiero
dudar nunca de un amigo

sin motivo y fundamento.
¡Él, que vuela por las nubes,
revolcarse por el suelo!

ENR. No se incomode: nosotros
ni quitamos ni ponemos.

BERN. ¡Quitan confianzas, y ponen
donde antes ellas, recelos!

JULIA. Pues su protegido llega;
conque prudencia.

ENR. Y silencio.

ESCENA V.

JULIA, ENRIQUE, D. BERNARDO, LUISA, INÉS, RICARDO y GONZALO.

Los cuatro últimos, vienen del comedor. Ricardo dá el brazo á Inés; Gonzalo á Luisa. Las señoras se sientan alrededor de la mesa de té, los caballeros al otro lado. La escena animada y movida.

RIC. (Después de dejar á Inés y dirigiéndose á Gonzalo.)
Pronto estoy á continuar
la interrumpida disputa:
la exactitud absoluta
de mi aserto á demostrar.
Á sostener mi estandarte
de guerra contra el realismo;
á probar que el idealismo
es la vida y es el arte.
¿Faltando la luz febea
no es todo noche sombría?
¡pues eso el arte sería
sin el fulgor de la idea!
La realidad, el cimiento:
pero encima, entre celajes,
de la torre los encajes
cristalizando en el viento!
El albañil con su llana
y su argamasa ¡á la hondura!
pero el artista, ¡en la altura

labrando su filigrana!
Á tu realismo feroz
combatiré hasta que ruede,
mientras aliento me quede,
y mientras me quede voz!

LUISA. ¡Por Dios y la Virgen Santa
no conteste usted, Gonzalo!
Que luego te pones malo
y te duele la garganta. (Á Ricardo.)

GONZ. Obedezco, aunque en rigor
si al silencio me acomodo,
(Señalando á Ricardo.)
como él se lo dice todo,
resultará vencedor.

RIC. Déjale que me replique
que yo cortaré sus vuelos.

GONZ. Yo ando siempre por los suelos;
por eso no estoy á pique,
como tú estás ahora mismo,
de bajar, rotas las alas,
desde las etéreas salas,
hasta el fondo del abismo.

RIC. ¿Ya tu victoria celebras?

GONZ. ¿Ya de infatible presumes?

RIC. ¡De prosáico te consumes!

GONZ. ¡Y tú de sútil te quiebras!

RIC. Está bien; antes me quiebro
y me rompo, que ceder.

GONZ. ¡Si tú perdiste al nacer
los tornillos del cerebro!

RIC. ¡No está á tu alcance lo ideal!
¡Eres tan ricol ¡tan ricol...
que sólo comprendes, chico,
la prosa del capital.

GONZ. ¿Y qué entiendes de eso tú?
Sin esa prosa sublime
que te pule y te redime,
¿qué serías?... ¡Un zulú!

LUISA. ¿Otra vez la discusión?

INES. ¡No pueden vivir en paz!

ENR. (Ap. á Julia.)
¡De don Bernardo la faz!...

JULIA. (Ap. á Enrique.)
¡Y de Inés la admiración!)
GONZ. En el arte y sus primores
hay progresos naturales.
Pasaron los madrigales,
pasaron los trovadores,
todo afectado lirismo
y toda sensiblería,
la andante caballería
y el vaporoso idealismo;
el adjetivo forjado
con pulcritud enfadosa,
la quintilla artificiosa
y el concepto alambicado.
Pasó lo falso y lo ruin,
lo que ni existió, ni existe,
y con oropel se viste,
y se pinta de carmín.
Hoy, buscamos la verdad,
partimos de la experiencia,
y en el arte y en la ciencia
domina la realidad.
El mundo, como aparece:
como es en sí, la pasión:
la fibra del corazón
al compas que se estremece.
Y con pincel vigoroso
y con mano justiciera,
pintamos de igual manera
lo repugnante y lo hermoso.
Lo sublime, si es amor:
lo grosero, si es placer.
¿Duele? Pues debe doler:
¿agrada? Tanto mejor.
La realidad palpitante,
como la veo y la toco:
no como quiso algún loco
con ribetes de pedante.
Y de la sombra á la luz,
desde el mendigo al monarca,
cada vicio con su marca,

cada mártir con su cruz.

BERN. Digo que tiene razón;
y que el arte así explicado...

INÉS. Es el Parnaso, trocado
en sala de disección.

LUISA. La observación es sutil

JULIA. (Á Ricardo, señalando á Inés.)
¡Un poderoso auxiliar!

ENR. (Riendo y señalando á Inés y Moptilla.)
Es el arte, que estallar
hace la guerra civil
entre uno y otro consorte.

JULIA. Inés, por Ricardo.

BERN. Y yo...
por Gonzalo; se acabó.

LUISA. Polo sur y polo norte.

RIC. Y en lo cierto Inés está,
y don Bernardo vencido
de antemano.

JULIA. Y convencido...

ENR. Si no lo está, lo estará.

RIC. Si en esta nueva manía
viniésemos á caer,
¿qué fuera el arte?... á mi ver
lo que es la fotografía.
Pero con forma distinta
y hasta con mayor torpeza,
sin procurar la belleza,
sin escoger lo que pinta.
Esto encuentro, y esto copio:
bueno ó malo, me es igual;
que cualquier original
para original es propio.
Y ni tanto, que en rigor,
por más que Gonzalo diga,
el nuevo *Cánon* me obliga
siempre á escoger lo peor.
Supongamos que se enciende
la inspiración en mi ser.
¡La luz!... ¡El amanecer!...
¡La naturaleza extiende
ante el rojo luminar,

de los campos la verdura,
del firmamento la anchura,
y las espumas del mar!
¡Cuánto monte que descuella!
¡cuánta hermosa perspectiva!
¡la naturaleza viva,
pero al mismo tiempo bella!
Ya está dispuesto el cristal
y la placa preparada;
lo demás no importa nada:
¡todo hermoso por igual!
¡Que en cualquiera dirección,
de mi vista al revolver,
el foco ha de recoger
la luz de la creación!
Pero héte aquí que percibo
recostado en un terrero,
un inmundo estercolero
que reclama mi objetivo:
pues me vuelvo hacia esa parte;
le dejo al sol con su lumbre,
y *enfoco* la podredumbre,
¡todo por amor al arte!

INES. (Sin poder contenerse.)
¡Muy bien, Ricardo, muy bien!

JULIA. Lo mismo pensaba yo.

INES. Y todos.

ENR. Pienso que no;
porque Montilla...

BERN. También.
¡Si eso mismo veces ciento
á mis solas calculaba!
sólo que nunca acertaba
á expresar mi pensamiento.
(Todos rompen á reir.)

LUISA. (Señalando á Montilla.)
Se ha pasado al enemigo
en este corto intervalo.

JULIA. Está usted solo, Gonzalo.

ENR. ¡Ni una dama!

LUISA. ¡Ni un amigo!

RIC. ¿Y ahora qué dices?

GONZ. Que pierdo
el pleito.
RIC. ¡Por vanidoso!
ENR. Ricardo, Inés y su esposo,
están de perfecto acuerdo.
JULIA. Y con ellos los demás.
ENR. Lo callaba por sabido.
RIC. Resúmen: quedas vencido
por siempre jamás...
GONZ. ¡Jamás!
Por más orador que seas,
tus discursos no convencen.
Con palabras no se vencen
ni se matan las ideas.
¿Cuándo una doctrina honrada
se ha podido condenar,
por un caso singular
ó una aberración aislada?
¿Cuándo la exajeración
de una escuela?...
RIC. ¡Retrocede!
GONZ. Ó los errores...
RIC. ¡Ya cede!
GONZ. Ó el mal gusto...
RIC. ¡Confesión
plena y clara!
GONZ. ¡Si no es eso!
RIC. ¡Victoria!
INES. ¡Victoria inmensa!
GONZ. ¿Se me niega la defensa?
RIC. ¡Nada! ¡convicto y confeso!
JULIA. ¡Resignación! (Á Gonzalo.)
¡Humildad!
LUISA.
CONZ. ¿Nadie en mi favor aboga?
RIC. Chico, envuélvete en la toga
y muere con dignidad.
GONZ. ¡Vamos! ¡que ya estoy febril!
LUISA. Ceda usted por esta vez:
está sobornado el juez
y el público le es hostil.
CONZ. Yo su sentencia respeto
aunque me humilla y me abate;

pero seguirá el debate
en cuanto termine el *veto*.
(Pausa. Habrán traido ya el café y se aprovecha este momento para dar alguna variedad á la escena. Ricardo se deja caer en el sofá.)

LUISA. Tras la tempestad la calma.
¿No es verdad, Montilla?

BERN. Sí.
El cuerpo se ensanchó allí,
y llegó su turno al alma.
¡Qué bien, el entendimiento
se nutre, después de todo,
oyendo hablar de este modo
á dos hombres de talento!

JULIA. Ricardo quedó rendido
de su asalto con Gonzalo.

LUISA. Como siempre.

INES. (Á Luisa.) ¿Estará malo?

LUISA. (Acercándose á él con cariño.)
¿Te sientes malo, querido?

RIC. ¡Eres muy buena! No tal.

BERN. Es que tiene alguna idea,
y que en ella se recrea
su potencia intelectual.
(Acercándose á Inés, y con orgullosa ingenuidad.)
Voy tomando poco á poco
el estilo de Ricardo.

INES. ¡Cállate por Dios, Bernardo!

JULIA. (¡Pobre diablo.) (Ap. á Enrique.)

ENR. (Ap. á Luisa.) (¡Pobre loco!)

RIC. (Sin levantarse, y con cierta languidez.)
Pues Montilla dice bien:
cierta idea traigo aquí.

BERN. ¡Cierta idea!—Cuando á mí
me ocurre una cosa, ¿quién
me aventaja en sutileza,
ó en malicia me ha ganado?

INES. (En voz baja á D. Bernardo.)
(Hoy estás desatinado:
te lo digo con franqueza.)

BERN. (¿De veras?...) (En voz baja y con timidez.)

INES. Pues en rigor...

de lo dicho se colije...
que piensa...

RIC. (Á Inés.) En lo que le dije
al venir del comedor.

INES. ¿Á mí? (Un poco cortada.)

RIC. ¿No recuerda usté?

INES. No acierto...

RIC. ¡Mala memoria!

BERN. (Con cierto recelo.) ¿Puede saberse la historia,
si no hay misterio?

RIC. No á fé.
Y aun habiéndolo, yo digo
que para usted no lo habría.

JULIA. (Con cierta malicia muy oculta.)
¡Claro! Inés se lo diría.

ENR. (Lo mismo, señalando á Ricardo.)
Y á falta de ella, su amigo.

BERN. (Con timidez recelosa.) Pues si se puede decir...
(Ap. observando con enojo á Julia y Enrique.)
(¡Ya están los dos de palique!
¡Esta Julia y este Enrique
que siempre se han de reir!)

LUISA. (Á Inés, sonriendo.)
Sepamos qué te ha contado
en secreto mi marido.

GONZ. (Con enojo.) ¡Vamos, acaba, querido,
que ya te pones pesado!

RIC. ¡No, chico, no te remontes!
Si no es nada en conclusión:
es la historia del ratón
y del parto de los montes.
(Gozándose en sus frases y sin abandonar su postura lánguida.)
Pues hablaba con Inés
y en voz baja le decía:
»Hasta que no apunte el día,
»y luzca el sol, y después
»venga la noche callada
»y el silencio misterioso,
»ni puedo tener reposo
»ni puedo pensar en nada.
»¡Siempre la misma inquietud,

»y siempre idéntico afán!
»¡Las horas, qué lentas van!
»¡La vida, qué esclavitud!»

BERN. (Con voz un tanto sombría.)
¿Y ahora recuerdas, Inés?

GONZ. (Á Ricardo.) ¡Pesado entre los pesados!

RIC. (Riendo.) ¡Ya están todos *intrigados*,
como se dice en francés!
¡Pues la explicación empieza
y se asoma el ratoncillo!
Caso vulgar y sencillo...
que me duele la cabeza,
y que estos malditos males
nerviosos, suelen durar
en mí, por lo regular,
veinticuatro horas cabales.
Ahí tiene usted, don Bernardo.
(Riendo á más y mejor.)

GONZ. Ya dije yo que sería
al cabo una tontería
de las muchas de Ricardo.
¡Ah! ¡pobre cabeza hueca!

BERN. ¿Y usted á Inés le contaba?...

RIC. Lo mucho que me pesaba
¡esta maldita jaqueca!

BERN. (Hace un movimiento violentísimo, que al punto contiene, y con lentitud se separa de Inés á cuyo lado estuvo en toda esta parte de la escena, y contraido y nervioso se aproxima á Ricardo.)
¿Y ha padecido ese mal
muchas veces en la vida?
(Ya junto á Ricardo, mirándole fijamente.)

RIC. (Como Ricardo ignora que Montilla está en el secreto, habla con toda confianza y con maliciosa intención.)
Tantas, que llevo perdida
la cuenta.

BERN. (Procurando sonreir.) No es natural
que siga de esa manera
después de cambiar de estado.

RIC. Después de haberme casado,
pienso que ésta es la primera.

BERN. ¿Y nunca encontró consuelo
á enfermedad... *tan villana?*
RIC. El tiempo. (Con indiferencia.)
BERN. ¿Pero mañana?...
RIC. ¡Mañana estaré en el cielo!
(Montilla hace como un movimiento para arrojarse sobre Ricardo: se contiene; se pasa la mano por la frente, vacila, y se apoya en el sofá en que está lánguidamente sentado Ricardo.)
BERN. ¡Mucho en su estrella confía!
RIC. ¡He tenido tantas ya!
BERN. ¡Quién sabe si acabará
alguna en apoplegía!
Sepa, para su gobierno,
y en la experiencia me fundo,
que anochece uno en el mundo
¡y amanece en el infierno!
Hace poco me sentía
en toda la plenitud
de la vida y la salud,
y la fuerza y la alegría.
¿No reparó usté en mi tez,
ni en la gula y el afán
conque tragué el Chateaubrian,
y conque vacié el jerez?
¿Y al ver mi encendida faz,
y mi figura ya obesa,
y mi roja sangre espesa,
no me creyera capáz
por lo sano y por lo fuerte
y lo récio de mi brazo,
de aplastar de un puñetazo
la osamenta de la muerte?
(Descargando un puñetazo sobre el respaldo del sofá.)
Pues con todo ese bullir
de la vida, que decía...
¡ahora mi sangre está fría!
¡ahora me siento morir!
(Se oprime la cabeza entre las manos y vacila. Ricardo se levanta. Montilla cae en el sofá: todos lo rodean.)

RIC. ¿Por Dios, Montilla, qué tiene?
LUISA. ¿Habló de veras? (Á Julia.)
JULIA. No sé.
INES. ¿Te sientes mal?
ENR. Abriré
de par en par... que conviene
(Yendo al balcón y abriéndolo.)
refrescar la habitación.
GONZ. Será el calor... un vahído...
INES. Pero dime... ¿qué has sentido?
BERN. ¡Algo aquí... en el corazón!
No se alarmen... va pasando...
No te apures. . no me muero.
(Procurando sonreir.)
¡Morirme!... ¡Pues si ahora quiero
vivir más que nunca! ¿Cuándo
me hizo más falta la vida?
(Se levanta con gran energía.)
INES. ¡Valgame Dios!
BERN. ¡Qué bobada!
¡No te asustes; sino es nada:
calma tus nervios, querida!
(Va á acariciarla, pero comprendo que si pone mano en ella no va á ser dueño de sí, y se contiene.)
INES. (Con enojo.) Te aconsejé veces mil,
enfrenar el apetito.
JULIA. Y además ese maldito
jerez, traidor y sutil!...
BERN. (Sonriendo con profunda ironía.)
Ahí tienen la explicación
de este prosáico accidente.
¡Como tengo tan buen diente!
¡Y como soy tan glotón!
INES. Si te ha pasado del todo...
el coche pido... y á casa.
GONZ. ¡Su mano tiembla y abrasa!
RIC. No ha de salir de este modo.
BERN. He de salir, si señor.
RIC. Sin embargo...
LUISA. ¡Tanta prisa!
BERN. (Tocando el timbre.)

Mil gracias, querida Luisa;
me siento mucho mejor.
(Aparece en el fondo un criado.)
El coche.

CRIADO. Llegó y espera.

RIC. Me parece un disparate...

BERN. Deje usted que se dilate.
el pecho por allá fuera.
(Empiezan á despedirse Inés y Montilla de todos.)

INES. (Á Luisa.) Ya volveré por aquí...
(Al oído.) (Y perdona la figura
que hemos hecho.

LUISA. ¡Qué locura!

INES. Pero como ese es así...)
(Siguen hablando en voz baja, y se dirigen al fondo.)

BERN. Salud, amigo Ricardo.
Aquí acabó la jornada.

RIC. ¿Pasó todo?

BERN. Todo es nada.

RIC. Buen ánimo, Don Bernardo.

BERN. Yo no me apuro... es por ésta;
(Señalando á su mujer.)
Yo soy hombre de valor,
y solo siento rubor
de haber aguado la fiesta.
(Acercándose á Luisa para despedirse: Montilla, Ricardo, Luisa é Inés, forman un grupo cerca del fondo.)Todo mal es contagioso;
toda enfermedad traidora,
cuide usted mucho, señora,
la jaqueca de su esposo.

LUISA. (Riendo.) Descuide usted; lo prometo.
Y usted también...

BERN. ¡Quien se muere!

LUISA. (Dándole la mano.)
Sabe usted que se le quiere.

BERN. Yo la quiero y la respeto.
(Quedan formando un grupo Luisa, Ricardo é Inés. D. Bernardo se despide de Julia, Gonzalo y Enrique. Separándose un poco con éste, le dice en voz baja.)

(Es usted un buen amigo,
aun no queriéndolo ser.

ENR. No consigo comprender...

BERN. Ni yo comprender consigo
aquél plácido reposo
que me parece chacota...
(Señalando á Inés y á Ricardo que hablan en voz baja y con cierta animación.)
Yo seré un nécio, un idiota...
¡Pero un nécio peligroso!)
(Mientras Inés se despide de Julia, Gonzalo se aparta un poco con Ricardo.)

GONZ. (Los dos tenemos que hablar.

RIC. (Mirándole y sonriéndose.)
¿De algo muy sério?

GONZ. Muy sério.

RIC. ¿Es un misterio?

GONZ. Un misterio.

RIC. ¿De quién?

GONZ. (Con enojo.) De un loco de atar!)
(Inés desde la puerta, llamando á Montilla.)

INES. ¿Vamos?...

BERN. (Ofreciéndola el brazo.) ¿Te quieres coger?
(Al tomar el brazo de su esposa, Montilla la oprime con tal fuerza, que Inés da un grito y se separa.)

INES. ¡Jesús!

BERN. (Volviéndose á todos y dando una carcajada.)
¡El eterno lazo!
Al apoyarse en mi brazo,
la hice daño sin querer.

RIC. Aliviarse.

BERN. ¡Usted y yo!...
y tendrá segunda parte
la discusión sobre el arte
que hoy en suspenso quedó;
y he de ver, por vida mia,
en la discusión famosa,
¡de qué lado está la prosa,
y de cuál la poesía!
(Salen Inés y Montilla.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración del acto primero.

Es la caída de la tarde.

ESCENA PRIMERA.

LUISA y RICARDO.

Ricardo en el sofá: á su lado Luisa.

LUISA. ¿Te sientes mejor, Ricardo,
ó te dura la jaqueca?
RIC. Ya dominada y vencida
de mi cerebro se aleja,
y como á mi lado estés,
no temo, Luisa, que vuelva.
LUISA. ¿Es pura galantería
ó hablas, Ricardo, de veras?
RIC. ¿Tú dudas de mi cariño?
LUISA. No dudo; pero me alegra
el saber que sigues siendo
el mismo que siempre fueras.
RIC. Te lo juro... ¿Por quién quieres
que lo jure? (Con calor y verdad.)
¡Por la eterna
memoria de aquella madre
que fué tan buena, tan buena...

que sólo en tí, Luisa mía,
pudo tener compañera!

LUISA. Así está bien. Eso quiero
que digas, pienses y sientas.

RIC. Oye. (Cogiéndole las manos con cariño.)
Del hombre en la vida,
que de suyo es imperfecta,
porque el sexo fuerte es débil,
y su educación perversa,
hay muchos amores, muchos;
pero pasión verdadera,
una no más. ¿Ves las hojas
desprendidas de la selva,
y arrastradas por el viento
juntas ir á ras de tierra?...
¡qué alegres, qué revoltosas,
y qué verdes, por más señas!
Entre ellas va *una simiente*,
y esta es la única que medra;
la única que al suelo agarra,
la que horada su corteza,
y con sútiles raíces
en lo más hondo penetra;
la que ya firme y segura,
tallos y ramas despliega,
y se corona de flores
y en sus frutos se hace eterna.
¿En tanto, qué son las pobres
hojas verdes? ¡Hojas secas
que se deshacen en polvo
que aguas y vientos se llevan!
Las hojas son los amores
caprichosos de la selva,
y la simiente, bien mío,
es la pasión verdadera.
¿Si tu amor echó raíces
en mi pecho, qué te apena?
¡Al arrancar la semilla,
se va el corazón con ella!

LUISA. ¡Yo no sé si eso es verdad,
pero ¡ay! que á gloria me suena!
En todo caso, responde

á esta duda traicionera:
(En voz baja, y con malicia.)
¿fué muy grande *la hojarasca*,
Ricardo, de tu existencia?

RIC. ¡Qué pregunta! No fuí santo.

LUISA. Pues yo santo te quisiera.

RIC. ¿Ahora también? (Casi al oído.)

LUISA. ¡Qué pregunta!

RIC. Pues ahí tienes la respuesta.

LUISA. ¡Es, Ricardo, que yo soy
muy celosa! Que la idea
de que, quizá andando el tiempo
una *hoja verde* y traviesa,
entre sus giros te coja
y hasta tus labios se atreva,
me vuelve loca, me angustia,
¡Ricardo, me desespera!

RIC. Ya tú lo dices: locura.

LUISA. Soy así desde pequeña.
En el colegio tenía
una amiga: Laura Herrera.
Nos quisimos, cuanto pueden
quererse dos rapazuelas;
pues me hizo traición la ingrata,
y lo tomé tan de veras,
que perdí el juicio; y á poco,
si no acude la maestra,
sus grandes ojos azules
entre mis uñas se quedan!
¿Qué no haría con Ricardo,
si tal hice con aquella?

RIC. ¡Qué monada! (Riendo.)

LUISA. ¡Has de saber
que á veces soy una fiera!

RIC. (Cogiéndole la mano.)
¡Préstame la linda zarpa,
alimaña de mi selva! (Besándole los dedos.)
¡Déjame roer á besos
las garras de mi pantera!

LUISA. Tómalo á risa, y verás
cómo termina la fiesta.

RIC. Por convencerte que en tí

he cifrado mi existencia.

LUISA. (Con desconfianza.)
¡Hoy estás muy cariñoso;
demasiado!

RIC. ¿Pues te pesa?

LUISA. Pesarme, no; pero...

RIC. ¿Qué?

LUISA. Que me persigue una idea.
En el album literario
de un periódico, las tretas
con que engaña á su mujer
un marido cuando peca,
esta mañana leia.
Y el autor, que por las señas
debe ser un gran tunante,
pero un hombre de experiencia,
dice así: «Cuando el marido
de pronto se hace jalea
sin causa que lo provoque,
costumbre que lo establezca
ó incidente que lo explique,
es que una traición proyecta.
Los mimos extemporáneos,
son engaños en conserva;
precauciones de la astucia
y gritos de la conciencia.»

RIC. ¿Eso el periódico dice?
¡Señor, cómo está la prensa!
¿Para cuándo los fiscales
y hasta la censura prévia?
¡Y aun piden más libertad!
¡Cárcel, mordaza y cadenas!

LUISA. ¿No te basta con las mías?

RIC. ¡Las tuyas son tan ligeras!...
¿Pero por qué se te ocurren
esas dudas?

LUISA. Quizá sea
que he pasado mala noche.
Estuve nerviosa, inquieta:
me asusté, cuando á Montilla
le dió aquella pataleta.

RIC. No fué nada: está mejor.

LUISA. Es muy bueno; la corteza
ruda, pero el fondo, honrado.
RIC. Un sér vulgar.
LUISA. Eso piensa
su mujer.
RIC. ¿Ella lo dice?
LUISA. Si no lo dice, bien muestra
su despego, su desvío,
y el disgusto conque lleva
unida al pobre Montilla
el peso de la existencia
RIC. Lo comprendo... el buen señor...
LUISA. Pues á mí me causa pena
ver que tan mal se acomodan
dos almas nobles y buenas.
RIC. No todos son tan felices
como nosotros: paciencia.
LUISA. ¡Y en verdad que Inés es linda
como ninguna!
RIC. ¿De veras?
LUISA. ¿No has reparado?
RIC. No á fé.
Me pareció... una trigueña ..
regular.
LUISA. ¡Qué disparate!
¡No tienes ojos!
RIC. Que ciegan
viendo á su Luisa, y sin luz
para las demás se quedan.
LUISA. ¡Hipócrita!
RIC. Cuando digo...
LUISA. ¿Y aquella mirada tierna
y vagorosa, que busca
ilusiones que no encuentra?
RIC. Pues ya las encontrará.
si en encontrarlas se empeña.
En fin, dejemos á Inés.
LUISA. ¿Y aquellas hermosas trenzas?...
RIC. Como nunca las deshice,
pensé que postizas eran.
LUISA. ¿Y aquél cuerpo tan gallardo?...
RIC. ¡El cuerpo... sí! Pero observa

que las delgadas, ó son
palos tiesos, ó palmeras.

LUISA. En fin, á mí me parece
divina.

RIC. Cuando la vea
otra vez, he de fijarme
con más atención en ella.
Pierde cuidado; desde hoy
no ceso, ya que te empeñas,
hasta que á tu protegida
de memoria me la sepa.

LUISA. No tanto.

RIC. Pues tú lo quieres,
Inés corre de mi cuenta.
Pero atiende... Del jardín
si no me engaño, alguien llega.

LUISA. (Asomándose á la derecha, primer término.)
Es Gonzalo.

RIC. Justamente.

ESCENA II

LUISA, RICARDO, y GONZALO por la derecha, primer término.

GONZ. Á la conyugal pareja
se saluda con respeto.

LUISA. (Dándole la mano.)
Y á Gonzalo se le estrecha
la mano, como á un amigo.

RIC. ¡Adios, Catón!

GONZ. ¡Ave-César!
Por la entrada del jardín
que hemos encontrado abierta,
dimos asalto á la casa,
Julia, Enrique, la Marquesa
de Montoro, y este humilde
servidor. Y allá se quedan
los demás, haciendo acopio
de dalias y de camelias.

LUISA. Entonces allá me voy.

GONZ. Entré á decir que la esperan,
y que de aquí no se marchan
hasta no llevar promesa
formal, de que irá usté al baile
de los señores de Almeida.
LUISA. ¡Válgame Dios, qué porfía!
RIC. Por mí, tu palabra empeña.
Es preciso: quiero verte
sobre todos, como reina,
brillar.
LUISA. (Desde la puerta del jardín.)
¡Si tú no eres voto!
RIC. ¿Qué no lo soy?
LUISA. Se impacientan.
(Sale por el foro.)

ESCENA III.

RICARDO y GONZALO.

RIC. Me dijiste anoche, que hoy
de cosas graves y sérias,
ibamos á hablar.
CONZ. Lo dije,
y á eso vengo.
RIC. Pues empieza.
(Pausa. Ricardo se echa en el sofá. Gonzalo da vueltas por la sala.)
CONZ. (Parándose de pronto, enfrente de Ricardo.)
¿Cuántos años tienes?
RIC. ¡Hombre,
la pregunta es singular!
GONZ. ¿No me dejas empezar?
RIC. ¿Y no quieres que me asombre?
GONZ. Cuanto te plazca. Mas pienso
que el asunto es importante.
RIC. Pues en tal caso, adelante.
Serás agente del *censo*.
Treinta y dos años, por obra
y gracia...
GONZ. ¡Sí: del demonio!
¿Y cuántos de matrimonio?

RIC. El pico.
GONZ. Y ese te sobra. (Paseándose de nuevo.)
¿Conque treinta y dos?... Pues quien
por tus actos te juzgara,
de fijo que no te echara
más de diez y ocho.
RIC. Muy bien.
Nunca el juvenil ardor
está de sobra.
GONZ. Lo está,
cuando pasa más allá
de las lindes del honor. (Con severidad.)
RIC. (Incorporándose y mirándole fijamente.)
¿Es el caso tan notorio
que á tal reproche te obligue?
GONZ. Veremos.
RIC. Bueno; pues sigue,
sigue el interrogatorio.
GONZ. ¿Quieres mucho á tu mujer,
ó ha volado la ilusión?
RIC. (Con entusiasmo.) ¡Con todo mi corazón!
¡Cuánto se puede querer!
¡Mezcla extraña de cariño,
de respeto y de ternura!
Su pasión y su hermosura
y su inocencia de niño,
han vencido de tal modo
mi natural inconstante,
¡que soy su esposo y su amante,
y su padre... y en fin, todo!
GONZ. Y la forma más cumplida
para probarle tu afecto,
me parece que, en efecto,
es tener una querida.
RIC. ¿Qué yo tengo?... Si te escucho
con paciencia...
GONZ. Déjate
de mogigangas; lo sé.
RIC. ¿Desde cuándo?
GONZ. No hace mucho.
RIC. Supongamos que así fuera...
Y en hipótesis no más

lo concedo!

GONZ. ¡Ya verás
qué hipótesis tan certera!

RIC. Y aun así ¿qué probaría
contra un amor verdadero,
un capricho pasajero
que se logra y luego hastía?

GONZ. Pues, aunque no te convenza
mi argumento y lo cercenes,
probaría que no tienes
ni un átomo de vergüenza.

RIC. (Riendo.) ¡Oh! El severo moralista!
¡Oh! El Catón acrisolado!
En este mundo menguado,
¿cómo piensas que es la pista
que seguimos en tropel
los de la mundana turba?
¿Cómo el hipódromo curva
ó enderezada á cordel?
Pues oye y aprenderás.
Los santos, siguen la recta;
pero la gente imperfecta
hacemos nuestros zis-zás.
Y como no me acomodo
á ser santo como tú,
déjame, por Belcebú,
de cuando en cuando un recodo.

GONZ. En esos recodos, vuela
por los aires el ginete.

RIC. ¡Lleva mi potro filete!

GONZ. ¡Pero abusas de la espuela!...
Y estás casado, querido,
y eso es grave, á lo que entiendo,
que no puedes seguir siendo
lo que en otro tiempo has sido.

RIC. ¡Ven acá, pobre inocente!
¡Filósofo trasnochado!
eremita trasplantado
á estas tierras de Occidente!
Si paso por mi jardín,
corto una flor y la aspiro
un rato, y después la tiro,

Si á los postres de un festín,
cuando ya suben las brumas
de la embriaguez á la frente,
humedezco el lábio ardiente
del champagne en las espumas:
si en una puesta de sol
fijo la mirada ansiosa,
ó en una mujer hermosa
de puro tipo español:
si una dulce melodía,
que en blandas ondas se mece,
á mí llega y me estremece
y me da melancolía,
¿en qué ofende á mi mujer
un deleite pasajero,
si antes y después la quiero
cuanto yo puedo querer?
De los sentidos no pasa
todo eso que los agita.
El ánsia que los irrita,
el fuego que los abrasa,
el placer que los corrompe,
se ván, á lo que imagino,
como la espuma del vino
cuando la copa se rompe,
ó cuando la copa rueda;
y otra vez vuelve la calma,
y lo que estaba en el alma
allí estaba y allí queda.

GONZ. ¡Qué vendaval! ¡Qué torrente,
y qué confundirlo todo!
¡y qué cabeza! ¡y qué modo
de escapar por la tangente!...
Pero si es que no se trata
de una flor, ni de un festín,
ni de nubes de carmín;
¡y la sonata, es sonata
que tiene más de un bemol,
y que en el pecho resuena
de una preciosa morena
de puro tipo español!

RIC. Una forma del placer:

un fantasma del deseo:
cuanto más cerca lo veo,
más adoro á mi mujer.

GONZ. Según eso, por tu cuenta,
que es muy clara y muy precisa,
siempre que engañas á Luisa
se debe dar por contenta.

RIC. (Dándole una palmada en el hombre, al oído y riendo con malicia.)
¡Como nunca lo sabrá!

GONZ. (Imitándole en el tono.)
¡Como acaso ya lo sabe!

RIC. ¡Diablo!... ¿que Luisa?... ¡Eso es grave!

GONZ. Y el otro... enterado ya.

RIC. ¿Quién es el otro?

GONZ. ¡Me encanta
tu frescura! Don Bernardo.

RIC. ¿De modo que tú?...

GONZ. Ricardo,
tiró el diablo de la manta.

RIC. (Desconcertado. Se refiere á Montilla.)
¿Será sospecha?

GONZ. ¡Sospecha!
¡El escándalo que grita!
Sabe la *casa* y la cita,
y se *prepara* y te *acecha*. (En voz baja.)

RIC. ¿Pero cómo? ¡pesia á mí!
¿ese hombre lo averiguó?

GONZ. Por Enrique lo sé yo,
y Don Bernardo... por ti.

RIC. De modo, que anoche...

GONZ. ¡Pues!

RIC. No le juzgaba tan listo! (Paseándose.)
¡Qué demonio! (Empieza á oscurecer.)

GONZ. ¡Lo imprevisto!

RIC. ¡Lo imprevisto! ¡Pobre Inés!
¡Señor, vaya usted á fiarse
de los nécios! ¡Si Montilla
de la cosa más sencilla,
jamás consiguió enterarse!

GONZ. ¿Pero cómo has sucumbido
á esa pasión?

RIC. ¿Quién resiste?...
¡Inés tan bella y tan triste...
luego con aquél marido!
¿Hay contraste que más choque
y más lastimoso sea?
¡Una Vénus citeréa
amarrada á un alcornoque.!
¿Quién no le dá libertad
á costa de mil enojos?
¡La reclamaban sus ojos
con tanta necesidad!
¡y yo soy por condición
desdichada ó venturosa,
tratándose de una hermosa,
tan blando de corazón!...

GONZ. Pues te echaste una cadena.

RIC. Si es necesario se corta.

GONZ. Pero Montilla...

RIC. ¡Qué importa!
¡por mi mujer es mi pena!
Y aunque me llama el placer,
y es divino aquél semblante,
en un caso semejante
lo primero es mi mujer.
(Paseándose con agitación.)
¡Rompo con Inés: no hay más!

GONZ. ¿Y la cita?

RIC. Ya no hay cita.
Vida nueva; mi casita
y mi Luisa. ¡Ya verás!
Está roto el maleficio.

GONZ. ¡Y Montilla á resignarse!

RIC. (Con indignación cómica.)
¡Pues, hombre, puede quejarse
después de este sacrificio!

GONZ. ¡Jesús!... ¡Jesús!... ¡Qué cabeza!

RIC. ¡Todo lo arreglas de un modo!
Claro está; después de todo
él no tiene... *la certeza*.

ESCENA IV.

RICARDO, GONZALO y un CRIADO por el fondo.

CRIADO. Don Bernardo de Montilla
pregunta por don Ricardo.
GONZ. Ahí le tienes.
RIC. ¿Qué le has dicho?
CRIADO. (Con cierta malicia.)
Que no sabía si el amo
estaba en casa.
RIC. Muy bien.
Y ahora le dices, que há rato
que me marché, y que no sabes
si será tarde ó temprano
cuando vuelva.
CRIADO. Sí, señor;
pero al pasar, ha notado
por la verja del jardín,
que la señora ..
RIC. ¡Qué diablo!
CRIADO. Estaba en casa; y me dijo
que le pasase recado
si usted no estaba, porque
ha de esperarle.
RIC. ¡Qué zánganol
¿Qué hacemos? (Á Gonzalo.)
GONZ. Ya no hay remedio.
RIC. Pues que pase. Pero estamos
en que he salido, y que ya
no vuelvo en dos ó tres años.
(Sale el Criado.)

ESCENA V.

RICARDO y GONZALO.

RIC. Y ahora de veras me voy.
Tengo que mandar recado
á Inés, para que no acuda;
hay que evitar un estrago,

porque él conoce la casa
y se ha vuelto muy taimado.
¡Tú, aquí firme! ayúdame,
que si de este enredo salgo,
te juro que voy á ser
hasta que me muera, *un santo.*
(Sale por la izquierda.)

ESCENA VI.

GONZALO, á poco D. BERNARDO y LUISA.

La escena está ya oscura.

GONZ. Él, todo lo encuentra fácil,
sin saber que en estos casos,
lo que suele atar el hombre
suele desatarlo el diablo.
Á tiempo se fué: ya llegan.
Luisa... y también don Bernardo.
(Tendiéndole la mano.)
Señor de Montilla...

BERN. (Sombrío y con distracción.) Siempre
á sus órdenes. (Dándole la mano.)

GONZ. (Á Luisa.) ¿Quedamos
sin visitas?

LUISA. Ya se fueron.
(Buscándole con la vista.)
¿Pero y Ricardo?

BERN. ¿Y Ricardo?

GONZ. Salió también.

LUISA. Yo creía...

GONZ. Un aviso inesperado...
hace un momento...

BERN. ¿De modo,
que no está?

LUISA. Dijo Gonzalo,
lo que acaba usted de oir.

BERN. Pues él volverá: le aguardo.

GONZ. Según parece, no come
en casa. Le han invitado,
y será tarde, muy tarde

cuando vuelva.

BERN. ¿Pero cuándo?

GONZ. ¿Cómo quiere usté que sepa?...

BERN. ¡Y ya la noche ha cerrado!
¡Y yo tan imbécil soy (Ap.)
que aun dudaba!

LUISA. Pues no alcanzo...

BERN. ¿Y usted, señora, también
lo ignora?

LUISA. ¿Yo, don Bernardo?...

BERN. (¡Que me engañan entre todos
es lo que voy sospechando!
¡Pues hacen mal, vive Dios!)
De un asunto reservado
que á todos nos interesa,
quisiera, Luisa, que hablásemos.
(Mirando á Gonzalo.)

LUISA. A sus órdenes estoy.

GONZ. (Á D. Bernardo.)
Y yo siempre á su mandato...
en la biblioteca.

BERN. Gracias.

GONZ. (Esto se pone muy malo:
en guardia, y mucha prudencia.)
Adios, Luisa.

LUISA. Adiós, Gonzalo.
(Sale por la izquierda, segundo término.)

ESCENA VII.

LUISA y D. BERNARDO.

LUISA. Si usted permite, diré
que traigan luces. (Tocando un timbre.)

BERN. Lo aplaudo.

LUISA. Luces, Antonio.
(Á un criado que se presenta en el fondo.)

BERN. (Paseándose.) En lo oscuro,
todo es más negro. El honrado...
la claridad. ¡El traidor...
las sombras!
(Entran dos criados con candelabros.)

Ya vemos claro.

(Pausa. Luisa se sienta. La actitud y los movimientos de don Bernardo, quedan encomendados al actor.)

LUISA. (En tono festivo, después de observar á D. Bernardo.)
¡Estoy como un alma en pena!
Don Bernardo, yo no sé
qué es lo que le pasa á usté.
¡La cabeza no está buena! ..
y no lo tome á reproche.

BERN. No, señora; no lo está.

LUISA. ¡Cuánto lo siento! ¿Será
lo de anoche?

BERN. Lo de anoche.
Pero yo no sé si debo...

LUISA. ¿No tiene confianza en mí?

BERN. ¿En usted?... mucho que sí.
¡Pero nada!... no me atrevo.
Vine á saber, y he sabido.
Dudaba, pero no dudo.
Me retiro... y la saludo.

LUISA. (Deteniéndole.)
Pero antes diga que ha sido
Soy su amiga verdadera:
cálmese usted, por favor.

BERN. (Cogiéndola por una mano.)
¿Tiene usted mucho valor?

LUISA. (Entre risueña y asombrada.)
Tengo... el que tiene cualquiera.

BERN. (Soltándole la mano.)
Entonces será muy poco;
porque yo soy hombre y fuerte,
y no le temo á la muerte,
y tengo miedo.

LUISA. (¡Está loco!)

BERN. Por vergüenza y por respeto,
Luisa, no he roto á llorar;
pero quiero desahogar
con alguno mi secreto.
(Acercándose á ella y casi al oído.)
¿Usted sospechó, señora?

¿Usted pudo comprender
nunca, que aquella mujer...
que Inés, me fuera traidora?

LUISA. ¡Acabáramos!... ¡ya entiendo!
Enamorado y celoso.

BERN. ¡Mal espantoso!

LUISA. ¡Espantoso!

BERN. ¡Suplicio horrible!

LUISA. ¡Tremendo!

BERN. ¡Aquélla que tanto amé
y en quién mi dicha cifraba!
¡Aquella á quien adoraba
y adoro y adoraré!
¡Aquella mujer, aquella,
á quien hubiese subido
á un altar, á no haber sido
por no quedarme sin ella!
Era rudo, y me hice blando:
me hice débil, siendo fuerte:
en sus manos, masa inerte;
arcilla no más! ¡Y cuando
ella alababa el talento
de otros hombres, me animaba,
y pienso que se aguzaba
por ella mi entendimiento!
¡Por ese arcángel fingido,
por esa infame mujer,
yo hubiera llegado á ser
lo que ella hubiera querido!
¡Idiota, ó sabio sutil,
héroe, mártir, caballero,
ó forzado y bandolero!
¡lo más grande, ó lo más vil!

LUISA. Pero si esas son manías;
si son delirios no más;
si la pobres Inés...

BERN. ¡Jamás
compartió mis alegrías!

(Se separa de Luisa y vuelve á pasearse.)

LUISA. ¡Válgame Dios, y qué récia
tempestad es la que fragua!...
¡y el mar es un vaso de agua!

BERN. (Sin atender á Luisa.)
¡No; mi mujer me desprecia!
(Volviéndose á Luisa.)
¡Y no renuncio á su amor!
¡Ha de amarme al fin y al cabo;
que si desdeñó al esclavo,
ha de adorar al señor!
Á mujeres de esa grey
se las trata de ese modo.
¿Lo quiso?... Los dos al lodo,
con amparo de la ley.
(Riendo con risa sardónica.)
Ya mi plan he combinado
y esta noche lo realizo.
¡Qué tal pague, quién tal hizo!
¿Se empeñó?.. ¡Pues deshonrado!
LUISA. ¡Recobre el juicio!
BERN. ¡Prefiero
no recobrarlo!
LUISA. ¡Dios santo,
qué locura! ¡causa espanto!
BERN. ¿Espanto? .. ¡Pues eso quiero! (Con alegría.)
¿No es verdad que en la mujer
estimula á la pasión
el miedo ó la admiración?...
Usted lo debe saber.
Pues mi necedad afronto,
y si admiración no puedo
infundirla, lo que es miedo
ha de sentirlo muy pronto.
¡Del escándalo el desate
y de la ley la crueldad!
¡el miedo á la sociedad
y el miedo de que la mate!
¡Seré feroz, inhumano;
la salpicaré de cieno:
hundiré su blanco seno
bajo el peso de mi mano!
¿No ha querido despertar
á las gritos del amor?...
¡La despertará el dolor!
Por algo se ha de empezar.

¡Y saldrá de entre mis lazos
tan deshonrada, que al verla,
nadie se atreva á cogerla...
más que Montilla en sus brazos!
Y al cabo su corazón
entenderá que no alcanza
¡ni límite ni venganza,
ni límite mi pasión!

LUISA. ¿Pero tiene usté evidencia?

BERN. ¿Usted no la tiene?

LUISA. (Asombrada y retrocediendo.)
¡Yo!...
¿Pero de qué?

BERN. ¿Conque no?...
¡Qué torpeza ó qué inocencia!

LUISA. Hable pronto, que me apura
la punzada de un presagio,
y voy sintiendo el contagio,
Montilla, de su locura.

BERN. Pues apuremos la hiel
que se hizo para los dos.

LUISA. ¡No, Montilla, no por Dios!
¡No es con Ricardo!

BERN. ¡Con él!
Con él me deshonra á mí,
y con él á usted la engaña,
y por esta noble hazaña
á buscarle vengo aquí.

LUISA. ¡Mentira! ¡Está usted demente!

BERN. Pues demente lo repito.

LUISA. ¡Una prueba necesito,
pero una prueba evidente!

BERN. Una casa hay aquí cerca
en que la pudiera hallar.

LUISA. ¡Sueña usted!

BERN. Si esto es soñar,
es la pesadilla terca.

LUISA. ¡Sospeche usted de su esposa!
pero de él...

BERN. ¿Por qué no viene
su Ricardo? ¡Por qué tiene
con ella cita amorosa!

¿Con acento franco y blando
no le ha dicho su marido
que á un anciano desvalido
visita de cuando en cuando?

LUISA. Y conozco el caserón,
viejo y triste; y eso prueba...

BRAN. ¡Que estas cosas él las lleva
á la suma perfección!
Comprende que es el misterio
un peligro y se prepara,
y nunca oculta la cara
aunque oculta el adulterio.

LUISA. ¿Por qué, por qué le ilusión
está á merced de cualquiera?
¿Por qué, duda traicionera,
te agarras al corazón?

BRAN. ¿Usted duda todavía?
¡Usted con tanto talento!...
¡Yo, desde el primer momento,
lo ví claro como el día!

LUISA. ¿De esta duda que me asalta,
cómo librarme podré?

BRAN. ¡Pues yo no dudo: yo sé!
y solamente me falta
sorprenderlos, y á eso voy
á mi modo prevenido;
¡y como yo coja el nido,
daré cuenta de quien soy! (Con alegría feroz.)

LUISA. ¿Y si los encuentra usté: (Con terror.)
si la duda es realidad,
qué es lo que intenta?

BRAN. ¡En verdad
que ahora mismo no lo sé!
De todos modos, muy corta
será, Luisa, la jornada.
¡Con aquella desdichada!...

LUISA. ¡De esa mujer, qué me importa!
¿Qué hará usted con él?

BRAN. ¡Justicia!
(Con rudeza y desprecio.)
¡Y en fin, fuere lo que fuere,
de lo que con él hiciere,

ya le traerán la noticia!
Adios. (Intenta salir: Luisa le cierra el paso.)

LUISA. ¡No! Si acaso fuera,
lo que usted dice, verdad...
él no merece piedad...
¡pero no quiero que muera! (Con pasión.)

BERN. ¡La ofende! ¡la engaña!

LUISA. ¿Y quién
lo sabe? Y si me ofendió,
para vengarme estoy yo...
¡para salvarle también!

BERN. ¿Usted venganza? ¡Ilusión!
Con usted yo nada gano:
¡tiene muy débil la mano
y muy blando el corazón!
¡Paso!

LUISA. ¡No!

BERN. ¡Paso, señora!
¡que va el tiempo á más andar,
y necesito saciar
esta sed que me devora!

LUISA. Son descorteses porfías
con una dama.

BERN. ¡Es forzoso!
¡que un hombre que está celoso
no repara en cortesías!

LUISA. ¡Pues no se mueve de aquí!

BERN. ¡Pues necesito ir allá!

LUISA. ¡Yo digo que no será!

BERN. ¡Y yo le juro que sí!...
¡y en vano mis ánsias domo!

LUISA. ¡Voy á llamar á mi gente!

BERN. ¡Para arrojarme, es corriente!
Para detenerme, ¿cómo?
(Quiere pasar. Luisa se agarra á él.)
¡Su ofensa, á mi ofensa igualo!

LUISA. ¡Cuando recobre la calma!

BERN. (Procurando desasirse.)
¡Ruje el cuerpo! ¡Llora el alma!

LUISA. ¡Gonzalo!... ¡Pronto: Gonzalo!

BERN. ¡Luisa! (Con desesperación.)

LUISA. ¡Montilla, por Dios!

BERN. ¡No hay nadie que me sujete!
De una mujer fuí juguete:
¡no quiero serlo de dos!
(Se desprende de ella violentamente, y sale por el foro.)

ESCENA VIII.

LUISA: en seguida GONZALO

LUISA. ¡Ay de mí! (Cayendo en una silla.)
GONZ. ¿Luisa, qué ocurre?
¡Por Dios, Luisa!
LUISA. Una desgracia
¡La mayor!.. ¡Y luego viene
otra mayor!... ¡Y no acaban!
GONZ. Pero en fin... Explique usted...
LUISA. ¡Que mi Ricardo me engaña!
¡que ya para mí la vida
ni es vida, ni luz, ni nada!
Yo no quería creerlo,
¡pero la prueba es tan clara!
Es decir, yo nada sé;
pero Montilla se afana
en convencerme, y al fin
llegó á envenenarme el alma.
GONZ. ¡Locuras de don Bernardo!
¿Quién toma en sério las ánsias
de un celoso?
LUISA. ¡Quien lo sea!
y yo lo soy, y esto basta.
¡Pero si hay más! ¡mucho más!
¡Si mi desventura es tanta,
que ni me queda el consuelo
de sentirla y de llorarla!
¡Si es que peligra su vida!
GONZ. ¿La de quién?
LUISA. ¡Ay, Vírgen Santa,
que no me comprende usted!
GONZ. Luisa, por Dios, juicio y calma.
LUISA. (Con energía.)

¡Pues hay que salvarle! Y luego,
cuando el golpe que la amaga
evitemos, pensaré
el castigo que reclama
su traición: pero si muere,
su amor pierdo y mi venganza.
¡Aquél hombre daba miedo!
¡Y ahora tal vez se prepara!...

GONZ. ¿Qué es ello? ¿en fin?

LUISA. Que es preciso
ir allá. No se me alcanza
otro medio. ¡Si Montilla
le sorprende, y si la rábia
celosa, que le enagena,
contra mi Ricardo estalla!...
¡Solo al pensarlo, la sangre
hecha hielo, se me cuaja!
Venga usted conmigo.

GONZ. ¿A dónde?

LUISA. A esa cita y á esa casa.
Inés y Ricardo...

GONZ. Luisa,
¡usted delira! ¡Villana
sospecha infundió en usted,
de don Bernardo la extraña
ceguedad!

LUISA. (Con loca alegría) Entonces... ¿todo? ..

GONZ. Es mentira que la escasa
inteligencia de un hombre
forzó con torpes fantasmas.

LUISA. ¡Ay, qué consuelo tan grande,
Gonzalo, son sus palabras!

GONZ. De manera, que es inútil
que vayamos.

LUISA. ¿Por qué causa?
Si es verdad, para salvarle,
hacemos, Gonzalo, falta. (Tocando un timbre.)
Si es mentira, de ese modo
recobraré la confianza.

GONZ. ¡Luisa!... (Se presenta una criada.)

LUISA. Carlota... un abrigo
y un sombrero: ¡pronto!

CRIADA. ¿Manda
la señora poner coche?
LUISA. No es necesario. (Sale la criada.)
GONZ. ¡Me alarma
esa excitacion nerviosa!
No comprendo qué ventaja
ha de reportar un paso...
que quizá alguno tachara
de imprudente... y mi franqueza,
perdone usted. Esa casa...
LUISA. En ella vive un sirviente
que tuvo de honrado fama,
según Ricardo asegura:
no me negará la entrada.
Y además, yo interrogarle
sabré con astucia y maña.
CRIADA. (Entrando con el abrigo y el sombrero.)
Señora ...
LUISA. (Poniéndose el abrigo.) ¡Vamos!... ¡Aprisa!
¡Más aprisa! Bueno: basta. (Sale la criada.)
Si usted quiere acompañarme,
será mejor. Si le espanta....
el compromiso...
GONZ. ¡Por Dios!
Ordene usted, Luisa.
LUISA. Gracias.
GONZ. (No hemos de encontrar á nadie,
y se convence y se calma.) (Ap.)
LUISA. (Al salir por el fondo.)
Por el jardín es más breve...
más de la mitad se ataja.
Si les encuentro... ¡ay de mí!
¡Dios le ampare... y Dios me valga!
(Sale por la puerta del jardín.)

ESCENA IX.

RICARDO y un CRIADO.

RIC. (Entrando por el fondo con cierta precaución.)
¿Nadie vino?
CRIADO. No, señor

RIC. ¿Y Don Bernardo?
CRIADO. Una larga
conversación ha tenido
con la señora.
RIC. ¡Muy mala
señal.) ¿Y después?...
CRIADO. ¡Marchóse
con un paso y una cara!...
RIC. Dile á Carlota que avise
á la señora.
(Solo el Criado.) ¡Ya brama
la tormenta! En fin, Inés
prevenida y avisada
no irá á la cita. (Paseándose con agitación.)
Gonzalo
tiene razón. Es villana
mi conducta, y además
es torpe y es insensata.
Ahora me arrepiento, cuando
acaso ya no me valga.
La prudencia... ¡qué oportuna!
¡siempre llega retrasada!
CRIADO. Dice la doncella...
RIC. ¿Qué?
CRIADO. (Con malicia y misterio.)
Que la señora... de casa
ha salido hace un instante;
y dice que la acompaña...
don Gonzalo .. y que se fueron...
vamos... por la puerta falsa...
la del jardín.
RIC. ¿Qué ha salido?...
¡Á estas horas!...
(Recobrándose y fingiendo naturalidad.)
¡Ah!... sí... ¡vaya!
¡ya me acuerdo! .. puedes irte.
(Solo el criado.)
¡Se acabó! ¡Ya está enterada
de todo! ¡Ese mentecato
de Montilla, con su charla
necia y sus celos tardíos.
trajo el infierno á mi casa! (Deteniéndose.)

Pero también es verdad,
que no llevé á su morada
ningún pedazo de cielo.
Sin embargo, no se tratan
estas cosas... de este modo.
Con prudencia, á la callada,
se ventilan los asuntos
del honor y de la fama
entre hombres de corazón,
y se da una cuchillada,
ó se recibe... en silencio!
¡Al fin, hombre sin crianza!
(Paseándose con mucha agitación.)
¡Y Luisa fué con Gonzalo
á esa maldecida casa!
¡cómo si lo viera! En fin,
Pedro es de toda confianza.
Después de todo, no sé
por qué me alarmo.
¡Que vayan!
¡Que vayan á sorprendernos,
que buen chasco les aguarda!
¡Que vaya Madrid entero,
que ya tendieron sus alas
los pájaros, y al escándalo
solo le queda la jaula!
Yo, la verdad, no soy bueno,
¡pero qué suerte tan *magna*!
Sólo resta el sacrificio:
sin vacilar: sin tardanza.
Rompo con Inés: me voy
cuatro ó seis meses á Italia
con Luisa, y á su nivel
natural vuelven las aguas.

ESCENA X.

RICARDO, un CRIADO é INÉS.

CRIADO. (Anunciando: se retira al punto.)
La señora de Montilla.
RIC. ¡Inés!

INÉS. ¿Y Luisa?

RIC. Ha salido.

(Procurando delante del criado dominar su asombro y su ira. Cuando el Criado se retira, va al fondo y cierra la puerta.)

¡Qué imprudencia haber venido!

INÉS. Es la cosa más sencilla,
y el paso más natural.
(Acercándose á él mucho.)
¿No vengo otras muchas veces?
¿Por qué entonces te enfureces?
¿Por qué te parece mal?

RIC. ¿Qué quieres, vamos á ver?
¿Qué motiva tu presencia?

INÉS. Ya lo sabes.

RIC. (Levantando los brazos al cielo.) ¡*Imprudencia, tienes nombre de mujer*!

INÉS. ¿Merece tales enojos
este tormento tenaz?
¿No vés pálida mi faz
y enrojecidos mi ojos?

RIC. (Cambiando de tono.)
¡Tienes razón: pobre Inés!

INÉS. «Nos veremos,» me dijiste
tres veces; tres... y no fuiste
en ninguna de las tres.

RIC. Si no es que no haya querido.

INÉS. Es que se acaba tu amor.

RIC. Es que esta noche, tu honor
se hallaba comprometido.

INÉS. Eso es decir por decir.

RIC. Y lo tuyo es delirar.
Haces mal en esperar,
y mal hiciste en venir.
¡Te mandan tus enemigos!

INÉS. ¡Qué te importa quien me mande!
Ni es imprudencia tan grande
visitar á los amigos.
Tus lecciones y tus modos
aprender he procurado.
«El paso más arriesgado,
se da en presencia de todos.»

«Del valiente es el imperio,»
me dijiste cierto día.
«Y es prudencia la osadía
y es peligroso el misterio.»
Y por mucho que te espante,
¿hay alguna que no dé
como artículo de fé
cuanto le dice su amante?

RIC. (Con violencia mal contenida.)
Todo eso que te he contado
vale tan poco, tan poco,
como la lección de un loco
ó el consejo de un malvado.
¿En suma, por qué viniste?

INÉS. Porque quiere el corazón
que digas por qué razón
huyes de mí.

RIC. Porque existe
un motivo poderoso
y una causa muy precisa:
¡por qué sospecha mi Luisa!
¡por qué sospecha tu esposo!

INÉS. ¡Tu Luisa!... ¡Tuya!... ¡Jamás
de ese modo la nombraste!
¡Ricardo, te delataste!
¡No más, Ricardo, no más!
(Cae llorando en el sofá.)

RIC. Tienes razón: he injuriado
torpemente tu dolor.
¡Yo no merezco tu amor!
¡Yo soy un ser depravado!
¡Tu alma es el alma de un niño,
y la mía fango y lodo!

INÉS. (Con arranque de pasión.)
¡Pues siendo lo que es y todo,
no renuncio á tu cariño!
Para tí, ¿qué he sido yo?
Un pasatiempo: un juguete.
«Te amo: ven.»—«¡Me cansas: vete!»
¡Venir, sí: marcharme, no!

RIC. Tienes razón: no me quejo:
¡te hice, infeliz, mucho mal!

¿Puedo repararlo?... ¿Cuál
es el camino? Lo dejo
á tu elección: nada arguyo:
nada opongo: nada digo.
¿Quieres venganza? ¿Castigo?
¿Honra? ¿Vida?... ¡Todo es tuyo!
Únicamente hay un ser
que mejora tu derecho
sobre mí.

INES. Ya lo sospecho;
pero dilo.

RIC. (Con energía.) ¡Mi mujer!

INES. ¡Por tí deshonré á Montilla!

RIC. ¿Pero tú le amabas?

INES. No.

RIC. Entonces...

INES. ¡Acaba!

RIC. Yo...

INES. ¡Acaba! ¡Si la mejilla
no puede su palidez
acrecentar aunque quiera!
¡Dilo, pues, aunque me muera!
¡Di, que la amas, de una vez!
(Pausa. Ella le observa acercándose mucho: él vacila.)
¡Si crédito no te doy!
¿Si la amas, cómo has podido?...
Si yo amase á mi marido,
¿cómo fuera lo que soy?

RIC. El contraste, no te asombre:
¡negro enigma del placer!
¡altezas de la mujer,
y podredumbre del hombre!
Da la mujer por entero
su existencia á quien adora:
con él goza; con él llora:
él es siempre, lo primero!
El hombre, aún en la pasión
que más le pueda vencer,
siempre reserva al placer
un pliegue del corazón.
¡Y yo, por distintos modos,

(lo reconozco aunque tarde,)
soy como todos cobarde,
y egoista como todos!
Como soy, me muestro á tí.
Toma, si quieres, mi vida:
odia, desprecia y olvida...
¡pero no llores por mi!
(Pausa. Inés se deja caer en el sofá, y se cubre el rostro con las manos.)

INGS. ¡En qué abismo tan extraño
mi dicha se desplomó!
¡La deshonra la forjó
y la mata el desengaño!
¿Dónde encontraré sostén?
¿qué es lo que va á ser de mí?
¡Por tí todo lo perdí,
y ahora te pierdo también!
¡Qué suerte tan inhumana!
¡Qué tortura del infierno!

RIC. ¡Mi cariño será eterno!

INES. ¡Serás mi amiga: mi hermana!
Pudimos serlo, pero antes;
ahora ya, tiempo perdido.
¡Hermanos... cuando hemos sido
más! ¡mucho más! ¡Todo! ¡Amantes!

RIC. ¡Si sé que tienes razón!
¡Si es horrible tu sufrir!
Si no te puedo decir
más que una cosa: ¡perdón!

LUISA. ¿Pero quieres que renuncie?...

RIC. ¡Á una dicha ya truncada!

LUISA. ¡Eso nunca!

RIC. ¡Desdichada!

BERN. (Abriendo la puerta de pronto, y dirigiéndose al Criado que le sigue.)
No es preciso queme anuncie. (Entra y cierra.)

ESCENA XI.

LUISA, RICARDO y D. BERNARDO.

RIC. ¡Es tu esposo! (En voz baja.)

LUISA. ¡Qué me importa!
BERN. Ahora comprendo por qué
no estaban allá.
RIC. No sé
qué quiere decir.
BERN. ¿Tan corta
y tan ruín la comprensión
es de un hombre tan discreto?
Pues no prometí el secreto
y daré la explicación.
(Toda esta escena, hasta el final, con profundas ironías. Ricardo, apenas puede contenerse.)
RIC. ¿Será breve?
BERN. Y compendiada.
Yo no gasto el tiempo en vano,
ni cuando tiendo la mano,
ni cuando tiendo la espada.
RIC. Entonces, somos iguales.
INES. Vámonos. (Á Montilla, acercándose á él.)
BERN. Aguarda, Inés.
INES. Me siento mala.
BERN. Después
hablaremos de tus males.
(Separándola y sujetándola con un brazo.)
(Á Ricardo.)
Aunque nécio me juzgaba
y acaso lo merecía...
supe que usted me ofendía
y mi esposa me engañaba.
RIC. ¡Montilla!
(Inés hace un movimiento. D. Bernardo la sujeta aun más.)
BERN. Más brevedad
no se me puede pedir,
ni se me puede exigir
tampoco más claridad.
RIC. ¿Qué quiere usted que le diga
ante esos nécios agravios?
(Señalando á Inés.)
Sella el respeto mis lábios.
INES. (Á Ricardo.) Déjele usted que prosiga.
BERN. Supe que esta noche andaba

en proyecto una entrevista;
me puse sobre la pista,
y cuando ya se cerraba
del cielo la lobreguez,
el ruin escondite allano
con testigos y escribano
y con un acto del juez.

RIC. ¡Miserable!

INES. ¡Noble acción!

RIC. Si algún hombre me afrentara,
á él me fuera cara á cara,
corazón á corazón:
de frente: de igual á igual;
pero nunca arrojaría
á una mujer, que fué mía,
al público lodazal.

BERN. En usted no cabe duda,
porque usted todo es nobleza;
pero mi naturaleza
es más prosáica y más ruda.
¡Por qué usted es de otra grey
más sublime y remontada!
¡Yo no desperdicio nada!
¡primero acudo á la ley;
y después á la opinión;
y al escándalo que avanza:
y más tarde, á la venganza:
y por fin, al corazón!
¿No me hicieron todo el mal
que un hombre puede sufrir?...
pues yo les tengo que herir:
como usted: ¡de igual á igual!
Y para igualar la cuenta,
les arrojo de ese modo
¡hiel y escarnio y sangre y lodo,
y gritería y afrenta!

RIC. ¡Y cuánto de negro existe!

INES. (Á Ricardo, señalando á Montilla con cierta admiración.)
¡Este al menos sabe odiar!

BERN. ¡Y supe también amar,
aunque tú no me entendiste!

(Con feróz arranque de pasión.)

RIC. Y bien, llegó usté á la casa:
con la razón de través
franqueó la entrada. Y después
que ufano el dintel traspasa...
¡nadie!... ¡el escarnio no más!
(Con tono de insolente triunfo.)

BERN. Pues, no señor: otra cosa.
¡La venganza más sabrosa
que pude soñar jamás!

RIC. ¡Perdió el juicio!

BERN. Podrá ser.
Pero todos los que entramos,
lo perdimos, porque hallamos
un hombre y una mujer.
Y los gritos de la fama
bien pronto pregonarán
el nombre de aquél galán,
y el nombre de aquella dama,
y darán pasto al desprecio
en brevísimo intervalo...
¡oiga usted!... ¡Luisa y Gonzalo'

RIC. (Con horror, espanto y desesperación.)
¡Qué está diciendo este nécio!

BERN. ¡Arrostra lo que yo arrostro!
¡Mezcla vergüenza con ira!

RIC. ¡Qué abominable mentira
me estás arrojando al rostro!
¡Si estás demente! ¡Demente!
¡Si Luisa celosa fué
á sorprenderme!

BERN. Lo sé:
¿pero lo creerá la gente?

RIC. ¡Qué pesadilla espantosa!
¡Qué infierno dentro de mí!
¡Ella manchada por tí!
¡Luisa! ¡Mi Luisa! ¡Mi esposa!

BERN. Si escuece de tal manera
aún la deshonra fingida,
¡cómo dolerá la herida
si es deshonra verdadera!

RIC. ¿Pero qué es esto?

BERN. ¡Sufrir
algo de lo que he sufrido!
RIC. ¡Mientes! ¡mientes!
BERN. ¡Si he mentido
ella lo podrá decir!

ESCENA XII.

RICARDO, INÉS, D. BERNARDO, LUISA y GONZALO por el fondo.

LUISA. ¡Ricardo! (Precipitándose en sus brazos.)
RIC. ¡Luisa!
LUISA. ¡Soy pura!
GONZ. (Con desesperación.)
¡Sin embargo, estás manchado
ante el mundo! (Á Ricardo.)
LUISA. ¡Lo ha logrado
tu traición ó mi locura! (Pierde el sentido.)
RIC. ¡Luisa! ¡Mi Luisa! ¡Está inerte!
INÉS. ¡Pesa mucho la deshonra!
BERN. Por el pronto ¡honra por honra!
RIC. Mañana ¡muerte por muerte!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La escena representa una sala pequeña, sobre todo de poco fondo, que se supone que pertenece á un pabellón situado en el jardín de la casa de D. Bernardo. El fondo se halla dividido en dos partes: la de la derecha, está formada por el cierre de cristales de un invernadero; tiene una puerta practicable. La de la izquierda, es un rompimiento que da al jardín: más allá, una verja con puerta de comunicación entre el jardín y el parque de Gonzalo. Á izquierda y derecha, primer término, mesa, sillas, etc. Á la derecha, primer término, una puerta de comunicación con la casa; otra á la izquierda. Todo adornado con elegancia. Es de día las cuatro de la tarde próximamente.

ESCENA PRIMERA.

D. BERNARDO sentado y apoyando la cabeza entre las manos. Un CRIADO en pie, en el rompimiento de la izquierda.

CRIADO. Esos señores esperan.

BERN. (Saliendo de su distracción.)
Es verdad. Diles que pasen.
(Deteniendo con un ademán al criado que se dispone á salir.)
Y que venga la señora,

tan luego como se marchen.
(Sale el criado por el fondo izquierda, y pasa al parque de Gonzalo, donde se supone que aguardan.)
He de cumplir hasta el fin,
como quien soy, y que falle
después, quien ve las conciencias
y todo lo puede y sabe.

ESCENA II.

D. BERNARDO, GONZALO y ENRIQUE, los dos últimos vienen del parque de Gonzalo.

GONZ. Don Bernardo...
BERN. (Dándole la mano.) Siempre suyo.
ENR. Montilla... (Lo mismo.)
BERN. Pueden sentarse,
si gustan, que honran mi casa
con su presencia al honrarme.
(Se sientan todos.)
Ya mis padrinos me han dicho,
que del duelo los detalles
están convenidos.
GONZ. Cierto.
ENR. No hubo manera de darle,
como yo me proponía,
amistoso desenlace.
BERN. Entre mi mano y su mano,
ya más distancia no cabe,
que la que exijan dos hojas
de acero para cruzarse.
Iguales los odios son:
las ofensas casi iguales:
si entre hombres como nosotros
no es éste caso de sangre, (Con energía.)
¡vengan dos husos, dos ruecas,
dos copos, y que nos manden
á hilar, rezando el rosario,
á nuestros nobles hogares! (Con exaltación.)
GONZ. La impaciencia no le apure,
porque el duelo es esta tarde.

BERN. ¿Hora?
GONZ. Las cinco.
BERN. Está bien.
¿Armas?
ENR. La espada.
BERN. Me place.
GONZ. (Á D. Bernardo.)
La elección, quiso Ricardo,
que á su voluntad quedase.
BERN. (Con cierta ironía.)
Lo sé; y aprecio, señores,
ese generoso arranque.
Pero pistola ó florete,
espada española ó sable,
todo en mis manos será
un arma para vengarme.
GONZ. ¡Montilla!... (Levantándose con ímpetu.)
BERN. Dispense usted:
conoce usted mi carácter.
(Gonzalo vuelve á tomar asiento.)
¿Y el sitio?
GONZ. (Señalando al fondo.)
Cerca de aquí.
BERN. ¿Es decir?...
GONZ. Que es en mi parque.
BERN. Muy bien.
ENR. (Señalando á Gonzalo.) Y en su sala de armas,
que linda con esta parte
del jardín, Conque á las cinco
allá pasa... y adelante.
BERN. Discretamente eligieron.
ENR. Todas las comodidades
hemos procurado, á dos
amigos tan entrañables.
BERN. Nunca están de más, Enrique:
ni aun tratando de matarse.
ENR. Á un costado del salón,
hay un cierre de cristales:
el de esa estufa...
BERN. Entendido.
ENR. ...Y el invernadero grande.
BERN. De suerte que será el duelo

entre plantas tropicales.
¡Esto sacude los nervios,
y tiene algo de salvaje!

GONZ. La decoración más propia
para empresas de esta clase.

EVA. Hemos cumplido...

BERN. Lo sé;
de una manera admirable.

GONZ. Pero aunque su aprobación,
don Bernardo, nos agrade,
de esta visita el objeto,
no es el recibir sus plácemes.

BERN. Ustedes dirán, entonces,
el motivo que les trae.

GONZ. ¿Lo sospecha usted?

BERN. Quizá.
¿Mi carta á Ricardo?

GONZ. ¿Vale
decir la verdad?

BERN. ¡Pues no!

GONZ. Y bien... pendiente ese lance...
¡celebrar una entrevista
ustedes dos!...

BERN. ¿Qué?

GONZ. Que sale
tan fuera de la costumbre...
de las reglas...

BERN. Ya usted sabe
que yo no respeto nunca
sino lo que es respetable.
Tengo que hablar con Ricardo,
y no hay razón que me ataje,
ni costumbre que lo impida,
ni ley que yo no rechace,
si viene á servir de estorbo,
cuando obro bien, á mis planes.

EVA. Es que somos los padrinos,
y somos los responsables.

BERN. ¿Es decir, que tiene miedo
de verme?

GONZ. (Levantándose todos se levantan.)
Que no es cobarde,

usted lo sabe, Montilla.
Ricardo no teme á nadie,
y sus órdenes aguarda
en mi casa.

BERN. ¡Que me place!

ENR. Nos opusimos nosotros...
porque hay respetos sociales...
y hay conveniencias... y en fin...

BERN. Pues se opusieron en balde.
He de verle antes del duelo,
y acaso no ha de pesarle.
Lo he resuelto, y ha de ser.
Para afrontar los azares
de la lucha, necesito
que mi conciencia se ensanche,
y que la razón esté
toda entera de mi parte.

GONZ. ¿Qué hacemos? (Á Enrique.)

ENR. (Á Gonzalo.) Si él no desiste...

BERN. ¡Desistir!... ¡Yo!

GONZ. No se exalte.

BERN. Que le espero ó que me avise:
él dirá lo que le agrade.

ENR. Sólo ese objeto tenia
la visita.

BERN. Que se afanen,
es inútil.

GONZ. Lo entendemos.
Y á menos que usted no mande
otra cosa, le dejamos
para llevar su mensaje.

ENR. (Despidiéndose.)
Adios, Montilla; hasta pronto.

GONZ. Don Bernardo... (Lo mismo.)

BERN. Si faltarles
he podido, yo les ruego
que me perdonen.

GONZ. Son tales
estos casos... que la falta
en quien está, no se sabe.
(Saliendo por el fondo izquierda.)

ESCENA III.

D. BERNARDO, después INÉS por la derecha.

BERN. Que no está en mí, me lo dice
quien no es posible que engañe.
(Poniéndose la mano en el pecho.)
¡Ella viene! (Mirando á la derecha.)
¡Dios del cielo,
tengo valor, pero dame
calma, que la necesito...
y pienso que ha de faltarme!
(Pausa: Inés avanzando tímidamente y con recelo.)
Acércate, Inés.

INÉS. No sé
á qué me llamas. Lo dije
todo. ¿Qué más me exije
tu enojo?

BERN. Te lo diré:
si es que encuentro la manera
y el propio concepto aplico,
porque á veces yo no explico
las cosas como quisiera.
Quizá por última vez
nos vemos en esta vida.

INÉS. Que tu justicia decida.
Soy el criminal: tú, el juez.
Tú sentencias: yo obedezco.
(Con triste resignación.)
Si de esta casa me arrojas...

BERN. ¿Te lo han dicho? ..

INÉS. ¡Mis congojas!
Lo supongo: lo merezco.

BERN. ¡Inés!

INÉS. ¡Si no me resisto!
¡si yo lo comprendo todo!

BERN. ¡Tú en la miseria! ¡En el lodo!...
¿Y por mí?... ¡Vaya! Está visto,
y es torpeza singular,
que nunca has de comprender

ni mi modo de querer,
ni mi manera de odiar.
(Acercándose á ella, y mirándola con pasión.)
Hay algo sagrado en tí,
¡aun manchada, envilecida!
(Previniendo un movimiento de ella.)
¡Aquella imágen querida
de una ilusión que fingí!

INES. ¡Pues acabe este tormento!
¡Beba las últimas heces!
¡Cuanto más noble apareces,
más miserable me siento!
(Pausa, que se abandona á los actores.)

BERN. Mientras yo viva, tendrás
por consuelo á tu tristeza,
la mitad de mi riqueza;
y si no te basta, más.

INES. ¡Eso no!

BERN. Lo he decidido;
y no es rasgo generoso.
Si te procuro reposo,
y mi fortuna divido
entre los dos, es que quiero,
después de muy bien pensado,
que ajena á todo cuidado
de interés y de dinero,
alrededor de otro polo
gire tu alma corrompida,
y que consagres tu vida
á este pensamiento solo.
(Acercándose mucho á ella, y hablándola casi al oido.)
«¡Qué bien en fango enchariqué
»mi corazón y su nombre!
»¡Cuánto me amaba aquel hombre
»y qué mal se lo pagué!»

INES. Si castigo acomodado
buscaste á mi felonía,
descansa de tu porfía,
porque ya lo has encontrado.
¡Pero el generoso alarde
encuentra muerto mi sér,

que te vengo á comprender
cuando es demasiado tarde!
(Dejando caer la cabeza.)

BERN. Es triste cosa en verdad,
ver al despuntar la aurora,
la traición madrugadora:
perezosa la lealtad,
(Movimiento de desesperación en ambos. Pausa.)
Pero, déjame explicarme,
que algo tengo que decir. (Con tono sombrío.)
Si yo llegase á morir...
(Inés da un grito, y le sujeta por un brazo.)
¡Si no es que vaya á matarme!
yo nunca he pensado en esto:
ni jamás he desertado,
ni el tiempo que fuí soldado
falté nunca de mi puesto.
Pero, en fin, no somos nada:
la vida es una refriega,
y á veces la muerte llega
sin avisar la llegada.
Y por si el caso llegase
antes de lo que presiento,
preparé mi testamento;
y pase ya lo que pase,
lo dispuse de manera,
que según mi voluntad,
vivo, tendrás la mitad;
muerto, mi fortuna entera.

INES. ¡Calla!... ¡No! ¡Qué infame fuí!
(Se arroja llorando á una butaca ó sofá.)

BERN. ¡Ese asunto es ya muy viejo!
No te aflijas: ¡ya te dejo
lo único que amaste en mí!

INES. (Levantándose con energía.)
¡Esa idea!... ¡No!... ¡Jamás!
(Cambiando de tono y con desesperada resignación.)
¡Nécio alarde! ¡Nécio espanto!
¡Cuando yo merezco tanto,
qué me importa un poco más!
¡Adios! (Queriendo salir.)

BERN. (Deteniéndola por un brazo.)
No: te falta ver
lo más triste: ¡mi flaqueza!...
porque ahora la lucha empieza
entre el amor y el deber.
Te debo alejar de aquí
para siempre, ¿quién lo duda?
y sin embargo, ¡qué ruda
batalla dentro de mí!
Lo exige el decoro: ¡el mundo
con su rectitud feróz!
Pero me grita una voz
del alma en lo más profundo:
«¿Y si ella se arrepintiese?
»¿Y si á quererte llegase?
»¿Y si con llanto borrase
»lo que acaso ya le pese,
»por más que le pese tarde?...
»¿Y entonces? ¡Tú, corazón,
»esclavo de la opinión,
»ha de renunciar cobarde
»á inspirarle su deber,
»á devolverle la calma,
»á purificar un alma,
»y á regenerar un sér!»
¡Y mira tú, qué locura!
¡observa que nécio soy!
Á veces, crédito doy
á esa tentación impura,
miserable, roedora
del alma y de los sentidos,
¡y todo me vuelvo oidos
cuando oigo su voz traidora!

INES. ¡Sí; me quieres mucho, mucho!...
pero eso... ¡tu honor lo veda!
(Con cierta mezcla de asombro, duda y esperanza.)

BERN. ¡Si no te he dicho que ceda: (Con fiereza.)
sólo es decirte, que lucho!

INES. Pues resiste, que es forzoso.
¡Si cedieses!.. ¡virgen mia!
¡Ya sabes tú, que sería
el ridículo espantoso!

BERN. ¡Mala razón!
(Con terrible ironía todo lo que sigue)
¿Pues qué soy?
¡Tú, esclavo! y al fin y al cabo
en mi condición de esclavo
siempre en ridículo estoy.
¡Algunas gotas de cieno,
algunas manchas de lodo!
¿qué importa? después de todo,
para mí todo eso es bueno.
¡Para mí tal laberinto
de burla, escarnio y afrenta
casi no se toma en cuenta!
¡en *aquél* fuera distinto!
(Acercándose á Inés con celoso arranque.)
¡Empañar la perfección
de Ricardo, ser egregio,
fuera casi un sacrílegio,
fuera una profanación!
INES (1) ¡No hables de él!
BERN. ¡Qué caprichosa!
¿su nombre te mortifica?
INES. ¡El alma te lo suplica!
BERN. ¿Estás celosa?
INES. ¡Celosa!
BERN. Ni en nada sábio me muestro,
ni en nada luzco primores,
pero en celos y en amores,
gracias á tí soy maestro.
¡Y Ricardo!...
INES. ¡Ya no más!
¡no hables de él, por compasión!...
¡tú tienes un corazón:
(Casi con arranque cariñoso.)
él no lo tuvo jamás!
BERN. Si yo nada soy, ni he sido:
si aquel vale mucho más:
pero tú nunca sabrás

NOTA. (1) Desde el número (1) al (2) puede suprimirse en la representación. La misma advertencia vale en adelante para las demás supresiones.

de qué modo te he querido.
De viejos resábios lleno,
pensaba que para ser
amado de una mujer
era bastante... ¡ser bueno!
Perder por ella la calma,
la vida si es necesario
y hacer del alma un santuario
para llevarla en el alma.
Llorar el mezquino yerro
que pudo causarle enojos:
y seguirla con los ojos
como sigue el amo al perro.
Dar por ella sin dolor,
y sin molestia ninguna,
dichas, placeres, fortuna,
la existencia y el honor.
Al rezar, rezar por ella:
«¡que el cielo me la conserve!»
y cuando nadie me observe
bajarme á besar su huella.
Y pensar: «¡aunque se empañe
»la faz de Dios, si es preciso,
»no quiero ni el paraiso,
»como ella no me acompañe!»
(Con pasión creciente. Avanza hacia ella á medida que habla: ella ese llorando en el sofá.)

INES. ¡No me hables de esa manera!
¡Tu justo enojo desata!
¡Pega, insulta, hiere, mata!
¡La muerte es más llevadera
que este profundo desprecio
que me inspira mi traición!
¡No pido á tu corazón
más que olvido á cualquier precio!

BERN. ¡Ojalá que el tuyo olvide,
porque el mío no obedece!

INES. ¿Pero ésta mujer merece
tanto cariño?

BERN. ¿Reside
del amor la causa oculta
sólo en el merecimiento?

Desprecia el entendimiento
á una mujer; y la insulta;
y la maltrata; y la tiene
por abyecta y deshonrada:
y en suma, todo eso es nada,
si el alma al litigio viene
en el instante postrero,
y loca de amor vocea:
«¡qué me importa lo que sea!
¡como es ella, así la quiero!»
(Al oido de ella: espantado él mismo de lo que dice.) (2)

INES. ¡Calla!... ¡Ese hombre en mi pasado...
es un muro entre los dos!

BERN. ¡Ese muro, vive Dios,
bien pronto lo habré volcado!

INES. ¿Cómo? (Acercándose á él con espanto.)

BERN. Como se derriba,
después que cede y se encorva,
el obstáculo que estorba.
¡masa muerta, ó masa viva!

INES. ¿Con Ricardo?... ¡virgen mía!
¿vas un duelo á concertar?

BERN. ¿Te atreves á pronunciar
ese nombre todavía?
A concertarlo no voy,
porque ya está concertado:
y él va á llegar: y ha llegado
el instante: y aquí estoy.
¿No ves á dónde señalo?
(Riendo con risa terrible y extendiendo el brazo.
pues allá matarle espero:
(Gozándose con fiereza en estos detalles.)
detrás del invernadero:
en el parque de Gonzalo.

INES. ¡Jesús mil veces!

BERN. Es tarde
para gemir y llorar:
¿ó es que llegaste á pensar
que yo era también cobarde?
Siempre, allá en tu fantasía
en ridículo me viste:

¡el ridículo no existe
cuando llega la agonía!

INES. ¡No por Dios!

BERN. ¡Nécio arrebato!

INES. ¡Por compasión, por piedad!

BERN. Si tienes curiosidad
puedes ver cómo le mato.
Y oculta tras el ramaje,
ir observando quien muestra,
con una espada en la diestra,
más empuje y más coraje.

INES. ¡Eso no!

BERN. ¿Por qué razón?
¿aquí tu arrojo se pára?
La que miro cara á cara
mi vergüenza y su traición,
puede mirar de igual suerte,
sin hacerse gran violencia,
la natural consecuencia
de la deshonra: la muerte.
¡La muerte! ¡por qué los celos
no tienen otra venganza!
¡Porque perder la esperanza
es desplomarse los cielos!

INES. ¡Tu mirada me estremece!

BERN. ¡Es que mi puesto reclamo!
¡Es que soy el dueño; el amo!
¡Conque obedece! ¡obedece!

INES. ¡Siempre! ¡en todo!... ¡seré el eco
de tu voluntad desde hoy! (Aterrada.)

BERN. ¡Por lo visto ya no soy
un pobre diablo, un muñeco!
(Cogiéndola por un brazo, sacudiéndola violentamente y arrojándola sobre el sofá: ella le mira con espanto y admiración.)

CRIADO. La señora de Alvarado.
(Anunciando desde la derecha.)

INES. ¡Luisa!

BERN. ¿La llamaste?

INES. No.

BERN. ¿Á qué viene? ¡pronto! (En voz baja á Inés.)

INES. Yo...

no lo sé.

BERN. Se habrá enterado
del duelo. Puede pasar.
(Al criado: está sale.)

INES. No quiero verla. (Levantándose.)

BERN. ¿Por qué?
Yo nunca, nunca excusé,
de mis actos contemplar,
para el mal ó para el bien,
las consecuencias de cerca.
Ayer fuiste osada y terca:
hoy debes serlo también.

INES. ¡Basta!

BERN. ¡No quiero que baste,
hasta que apures del todo
la hiel, la infamia y el lodo,
y el infierno que engendraste!
(Sale por la izquierda.)

ESCENA IV.

INÉS llorando. LUISA por la derecha.

LUISA. (Después de contemplarla algunos instantes.)
¡Te encuentro llorando!

INES. Sí.

LUISA. ¡Pues mira que desencanto!
¡Yo que pensaba que el llanto
era sólo para mí!

INES. Torpe andabas: mal hacías
tal cosa al imaginar.
¡Si yo pudiera cambiar
tus lágrimas por las mías!

LUISA. ¿Es decir?... (Adelantándose con curiosidad.)

INES. ¿Hablarme quieres?
(Excusando toda respuesta categórica.)

LUISA. Cuando á tu casa he venido...

INES. Yo también he decidido
que hablemos. (Levantándose con energía.)

LUISA. Si lo prefieres,
la vez te cedo. Y si cuidas
de ser breve, por mi parte
no quisiera molestarte.

INÉS. Será como tú decidas.
LUISA. Pero antes tengo que hablar
con Montilla, que á eso vine,
Y por más que me domine...
tu mirada al encontrar...
(Próximo á un acceso de cólera.)
¡se revuelven mis enojos,
mis angustias no refreno,
algo se agita en mi seno,
y algo me nubla los ojos!
INÉS. No te canses: mi castigo
en tus palabras no está.
Cuanto tú dijeras, ya
á mí misma me lo digo
con terco y feroz empeño,
para tortura del alma,
en largos días sin calma
y en largas noches sin sueño.
No llegará tu rigor
con todo lo que imaginas,
¡ni á esta corona de espinas,
ni á este cilicio de amor!
¡Lo que me punza y me hiere...
el castigo verdadero...
está, Luisa... (Ensimismada y al oído.)
¡en que le quiero!
¡y es inútil!... ¡no me quiere!
(Luisa da un grito de alegría: la coge por las manos y la mira fijamente.)
LUISA. ¿Te desprecia?... ¿Vuelve á mí?
¡Aun es mío!... ¿quien diría
que esta suprema alegría
iba á deberla á tí? (Transición rápida.)
¡Pero entonces es forzoso
salvarle, que á eso he venido!
INÉS. ¡Se bate!...
LUISA. ¡Ya lo he sabido!
¡y no quiero que mi esposo
pierda la vida!
INÉS. ¡Ni yo!
LUISA. ¡Otra vez arde tu seno! (Separándose de ella.)
¡que yo le defienda... bueno!

¡pero tú!... ¡su amante!... ¡no!

INES. Con igual razón porfío:
con igual justicia arguyo:
si hablabas tú, por el tuyo;
¡hablaba yo, por el mío!

LUISA. Pues impidamos el duelo.

INES. Para eso conmigo cuenta.

LUISA. ¿Y qué se hace?... ¿qué se intenta?
¡habla!. . ¡discurre!... ¡recelo
que es hoy mismo!

INES. Hoy mismo: sí.
Vuelve á tu casa al instante:
¡desesperada y amante
estréchale contra tí! (Ahogando el llanto.)
¡que corran por tu mejilla
muchas lágrimas y amargas!
(Llevándola hacia la derecha: estrechándola casi, pero con dulzura.)
Tú, de Ricardo te encargas:
yo me encargo de Montilla.
Si no está, vuelves aquí. (Deteniéndola.)

LUISA. ¡Otra vez! (Con repugnancia.)

INES. ¡Vanas quimeras!
En fin, tú harás lo que quieras...
pero el duelo será allí.
(Señalando al parque.)

LUISA. ¡Pues á salvar á los dos!...
(Le coge las manos y habla con cierta ternura.)
Y si el plan que me propones...

INES. ¡No quiero que me perdones!

LUISA. ¡Eso nunca! (Soltándola las manos.)

LUISA. Pues adios. (Sale por la derecha.)

INES. Es necesario: y si vengo
no será por nada ruin:
donde el amor halla fin,
el deber halla comienzo.

ESCENA V.

INÉS y RICARDO por el fondo izquierda, viniendo del parque de Gonzalo: le acompaña un criado.

RIC. (Desde el fondo al criado: éste pasa á la izquierda y sale.)

Diga usted que espero.

INÉS. (Ap. volviéndose.) (¡Es él!)
¡Ricardo! (Sin poder contenerse.)

RIC. ¡Inés! (Avanzando.)

INÉS. (¡Ah, traidora (Ap.)
voluntad!)
(Ricardo se aproxima: Inés lo contiene con ademán altivo y desdeñoso.)
¡Basta!

RIC. Señora...
(Cambiando de tono: con profundo respeto.)

INÉS. (¡Pronto obedece!... ¡Cruel!) (Ap.)

RIC. Un momento, (Deteniendo á Inés que se aleja.)
que no en vano
le suplico de este modo.
¿Lo sabe Montilla?... (Con ansia.)

INÉS. Todo.

RIC. ¿Has confesado?

INÉS. De plano. (Con ironía.)
Á medias yo no hago nada.
La lealtad ó la traición
se llevan mi corazón
por entero.

RIC. ¡Desdichada!
(Inclinando la cabeza con abatimiento.)
D. Bernardo aparece en la puerta de la izquierda y se detiene un momento.)

INÉS. No impera en mi el egoismo:
voy donde el alma me lleva:
¡amor!... pues á toda prueba:
¡odio!... ¡desprecio!... lo mismo.
(Vuelve la espalda á Ricardo y se dispone á salir.)

ESCENA VI.

INÉS, RICARDO y D. BERNARDO.

BERN. No te alejes: no. Prefiero (Á Inés.)
que presencies la entrevista.

INÉS. ¿Por qué?... ¿por qué?... ¡Dios me asista!...

BERN. Porque lo mando y lo quiero.
(1) Nada tienes que decir. (Acercándose á ella.)

Te basta con escuchar.
¡En silencio!... ¡y á llorar!
¡No interrumpas!... ¡y á gemir!
(Cogiéndola por un brazo: ella resiste, pero don Bernardo la obliga á caer en un sofá.)

RIC. ¡No más Montilla!
(Adelantándose como para proteger á Inés.)

BERN. Paciencia.
(Conteniéndole con el ademán.)

RIC. Usted lo quiso... y llegué.
Si por acaso faltó,
ó falto con mi presencia,
á cualquier regla social
de las que el duelo establece...
con salir, desaparece
la situación anormal.
(Intentando marcharse y con deseos visibles de cortar la entrevista.)

BERN. Ante nuestra mútua afrenta
y el ódio que nos domina,
esa infracción es mezquina
y esa falta no se cuenta.
Además, si está usté aquí,
es porque yo lo he querido:
de manera que yo he sido
el culpable. ¿No es así?
(Ricardo inclina la cabeza en señal de asentimiento.) (2)
Ahora le tengo que hablar
con la franqueza que suelo;
y antes de acudir al duelo,
mi conciencia he de limpiar
de una mancha vergonzosa,
que me duele, que me pesa,
y que á su honor interesa
y á la fama de su esposa.

RIC. No consigo adivinar
lo que quiere usted decir.

BERN. Pues no es difícil de oir,
ni es difícil de explicar.
Cediendo á un primer impulso
en su afrenta me gocé:

después, á solas, pensé
con más calma y con más pulso,
que si esta infamia realizo
con Luisa, que es inocente,
por camino diferente
hago al fin lo que usted hizo:
le disputo su papel
de infame y de desleal,
y bajo á su lodazal,
y desciendo á su nivel.

RIC. Si me llamó usted aquí
para insultarme á su gusto,
considere que no es justo,
ni prudente; porque en mí,
ya sabe por experiencia,
que no ha de encontrar un santo
y que dispongo por tanto
de poquísima paciencia.
Yo me precio de cortés;
pero no sufro un ultraje;
y ese ardimiento salvaje,
le vendrá muy bien... después.

BERN. No se agota mi ardimiento
por mucho que lo derroche:
pero con todo, el reproche
es justo: y sigo mi cuento.
Pensándolo honradamente,
quiero devolver su fama
á esa respetable dama,
y he resuelto lo siguiente.
Si salgo del duelo vivo
publicaré la verdad.
Si contra mi voluntad
(Con sonrisa intencionada.)
en él la muerte recibo,
queda allí mi confesión.
(Señalando al interior de la casa.)
honra cobra su mujer,
y he cumplido mi deber
como hombre de corazón.
Mi honra, por usted manchada:
la de usted, limpia por mí:

resulto acreedor: y allí (Señalando al parque.)
me cobro en una estocada.

INES. (1) ¡Alma noble! ¡y pecho fuerte!
(Á D. Bernardo en voz alta.)

BERN. ¿Hago bien?

INES. Hiciste bien.
Lo mismo pensé también.

BERN. Pues pensamos de igual suerte. (2)

RIC. ¡Á tal punto reducido
me tiene mi condición,
que ni puede el corazón
mostrársele agradecido!
porque al decir con verdad
lo que en este instante siento,
mostrarle agradecimiento,
casi es pedirle piedad.
Para mi eterno suplicio
y para mi eterna mengua,
queda sujeta mi lengua
por el mismo beneficio.
¡Me humilla, y he de ceder:
me salva, y he de callar:
cuando me quiera matar
ni me podré defender!
Para usted he sido aciago:
lo concedo: estoy conforme:
mi traición ha sido enorme:
pero bien cara la pago.
Si hoy no se sácia su sed,
no sé qué podrá encontrar,
que más me pueda humillar,
que deberle mi honra á usted.

BERN. ¡Agradecimiento necio!
Es por Luisa: y es por mí.
Para usted sólo hay aquí
(Golpeándose el pecho.)
ódio, venganza y desprecio.
¡Si gozarme en su tortura
de algún modo consiguiera,
ni la eternidad me diera
el empacho de la hartura!
¡Con qué placer tan profundo

marcara con sello ardiente
de infamia, su torpe frente
para escándalo del mundo!
(Avanza hacia Ricardo: este retrocede haciendo esfuerzos para contenerse.)
Si ante su esposa pudiera
rebajarle como estoy
rebajándole, le doy
mi palabra que lo hiciera.
Si de algún modo lograra
que le despreciase á usted...
¡ni compasión! ¡ni merced!
¡aunque el alma me costara!

RIC. ¡Hay en mi vida un sagrado:
el amor de mi mujer!
y el que intente oscurecer
ese amor, tenga pensado,
aunque le sobre razón
y le rebose el derecho,
que yo le arranco del pecho,
por el pronto, el corazón.

BERN. ¡Mira cómo la defiende! (Volviéndose á Inés.)
¡No te ha defendido así!

INES. ¡Déjame por Dios!
(Levantándose y queriendo salir.)

BERN. Aquí.
(Sujetándola y haciendo que se siente.)
Escucha: calla: y aprende.
No es de galán muy cumplido (Á Ricardo.)
ponderar tanto otro amor,
en presencia del dolor
del ser que usté ha envilecido.

RIC. ¡Vive Cristo, que recelo,
que usted quiere poco á poco,
hacer que me vuelva loco,
para evitar ese duelo.
(D. Bernardo se sonríe con desdén y le contempla con mirada insultante.)
¿He dado en ello? Pues bien,
ya que me acosa y me irrita...
¡lo consigue!. ¡y no lo evita!...
¡locura!... ¡y duelo también! (Ya delirante.)

¡Ya no sufro... ya no quiero
escuchar en charla vana,
ni voz, ni palabra humana!...
¡sino el choque del acero!
¿Odios y afrentas rebosan?
¿con mi angustia se solazan?
¿soy alimaña que cazan?
¿fiera soy á quien acosan?
¡Pues á defenderme voy,
con derecho ó sin derecho!
¡tiendo el brazo! ¡meto el pecho!
¡bueno ó malo... soy quien soy!

BERN. ¡Se batirá con ahinco!
(Mirándole con risa burlona y en voz baja á Inés.)

INES. ¡Por Dios!

BERN. (Á Inés en voz baja.) Silencio. Ya está
como quise.

RIC. ¿Vamos ya?

BERN. Nunca mejor.

INES. ¡No! (Agarrando á Montilla.)

BERN. (Se oye un reló.) Las cinco.

RIC. ¿Á muerte? ¿verdad?

BERN. Conformes.

RIC. ¿Á qué espera?

BERN. ¡Qué impaciencia!
un instante: una advertencia. (Á Ricardo.)
Usted, según mis informes,
es tirador consumado.

RIC. Lo mismo dicen de usted.

BERN. Es justicia: no es merced.
Conque así, mucho cuidado,
que mi intención es matar.

RIC. Llevo la misma intención.

BERN. Voy derecho al corazón.

RIC. Ir, Montilla, no es llegar.

BERN. No alardear de compasivo:
no echarla de generoso.

RIC. No quedará usted quejoso.

BERN. Menos mal si quedo vivo.

ESCENA VII.

INÉS, D. BERNARDO, RICARDO y GONZALO
por el fondo izquierda.

GONZ. Señores... (Se detiene al ver á Inés.)
BERN. ¿Qué le detiene?
¿De mi esposa la presencia?
Lo sabe y dá su licencia:
conque diga usté á que viene.
INES. ¡No... jamás!... ¡Me falta aliento!
(Cogiendo á Montilla.)
¡No ha de ser!... ¡Dios de piedad!...
BERN. Hable usted con libertad. (Á Gonzalo.)
¿Es que ha llegado el momento?
GONZ. Sí, señor: llegó el instante.
RIC. Cumpla el honor como debe.
BERN. Será muy breve. (Á Gonzalo.)
RIC. Muy breve.
BERN. Pues adelante.
RIC. Adelante.
INES. ¡Digo que no! (Sujetandolo.)
BERN. ¿Quién podrá
cerrarme, infeliz, el paso?
(Mirandola con lástima.)
INES. ¡Yo, por el pronto! ¡Y acaso (Con resolución.)
otra que pronto vendrá!
RIC. ¿Luisa?
INES. Sí: lo ha prometido.
RIC. ¡Pues antes que venga! (Con suprema angustia.)
BERN. Sea.
GONZ. Pronto.
RIC. ¡Que yo no la vea!
¡Si la veo, estoy vencido! (Á Gonzalo.)
BERN. ¡Se le oprime el corazón! (Á Inés en voz baja.)
¿Será miedo esa zozobra?
GONZ. ¿Tienes ánimo? (Á Ricardo en voz baja.)
RIC. De sobra: (Id. á Gonzalo.)
lo que no tengo es razón.
INES. ¡Y no viene!
GONZ. Don Bernardo...

INES. ¡Y no puedo! (Procurando contener á Montilla.)
BERN. ¡Suelta, Inés!
¡Obedece! Vamos, pués.
(Desprendiéndose y marchando hacia el fondo izquierda.)
INES. ¡Al fin!
RIC. ¡Luisa!
INES. ¡Aquí! (Llamándola.)
LUISA. ¡Ricardo!
(Se precipita á él y le sujeta entre sus brazos.)

ESCENA VIII.

INÉS, LUISA, D. BERNARDO, RICARDO y GONZALO.

Luisa se abraza á Ricardo. Inés sujeta á Montilla. Gonzalo en el fondo.

LUISA. (1) ¡Llegué á tiempo!
INES. Á tiempo llegas.
tú á Ricardo: yo á Montilla.
BERN. ¡Y les parece sencilla
la empresa! ¡Señor, qué ciegas,
son estas pobres mujeres!
RIC. Dame un abrazo y valor.
LUISA. ¿Y si te pierde mi amor?
RIC. ¡Me defenderé!
LUISA. ¿Y si mueres?
BERN. ¿Es larga la despedida?
(Á Ricardo con desprociativa ironía.)
RIC. ¿Cómo arrojarla de mí?
BERN. ¿Se agarra con ánsia?
LUISA. ¡Sí!
¡como el que muere á la vida!
BERN. ¡Bien de Luisa la belleza
le sujeta en dulces lazos!
Ya veo, que de esos brazos
se escapa con más presteza
y más valor ¡vive el cielo!...
«valor, dije,» no le asombre...

para deshonrar á un hombre,
qué para acudir á un duelo.

RIC. Ante Inés, usté ha logrado
humillarme cuanto quiso;
pero ante Luisa, le aviso,
que la ocasión ha pasado;
que el insulto llega tarde;
y que mi esposa, en rigor,
si sabe que soy traidor,
sabe que no soy cobarde. (2)

RIC. Salgamos.

LUISA. ¡No!

RIC. (Señalando á D. Bernardo.) ¡Le has oido!
¡Suelta!

LUISA. ¡No!

RIC. (Desprendiéndose.) ¡Me ha provocado!
Malamente te he faltado
pero mucho te he querido.
(La separa con violencia y sale por el fondo izquierda.)

LUISA. ¡No me dejes!... ¡Por piedad! (Siguiéndole.)

GONZ. ¡Luisa! (Conteniéndola.)
(Luisa queda llorando y casi sin sentido en sus brazos.)

INES. ¡Yo no! (Sujetando con energía á Mantilla.)

BERN. ¡Si ha de ser!...
Y desde allí podrás ver
con toda comodidad, (Con sarcasmo.)
cómo manejo el acero
y cómo tu honor rescato:
si le mato, cómo mato,
si me mata, cómo muero.

GONZ. ¡Pronto!

BERN. Ya le sigo.

INES. ¡Espera!
(Los cuatro en el fondo.)

LUISA. ¡Gonzalo!

GONZ. ¡Luisa, por Dios!

BERN. Nosotros allá. Las dos
á llorar por el que muera.
(Salen D. Bernardo y Gonzalo desprendiéndose de las mujeres y cierran la verja.)

ESCENA IX.

LUISA ó INÉS.

LUISA. ¡Han cerrado!
INÉS. ¡No es posible
pasar!
LUISA. Ayúdame, Inés.
INÉS. ¡No puedo, Luisa!
(Viene vacilante al primer término.)
LUISA. ¡No ves, (Siguiéndola.)
que es horrible, muy horrible!
¡Qué van á luchar á muerte!
¡A tí que nada te arredra
te toca hacer algo!... ¡En piedra
(Sacudiéndola.)
te has trocado por lo inerte!
INÉS. ¡Pero qué quieres de mí!
(Apoyándose en Luisa.)
LUISA. ¡Que le salves!
INÉS. ¡Pero cómo!
¡Si en tierra no me desplomo,
es porque me apoyo en tí!
LUISA. ¡No me toques! (Separándose de ella.)
¡Vete allá!
¡métete entre las espadas!
¡yo iré contigo!
INÉS. ¡Cruzadas (Prestando oido.)
me parece que están ya!
LUISA. ¿Oyes algo?... ¿Crees que empieza?
INÉS. Oigo un lejano sonido...
LUISA. ¡Yo también!... (Escuchan un momento.)
Es el zumbido
de la sangre en la cabeza.
INÉS. ¡Es que de todo me aterro!
LUISA. Pues es tarde y haces mal.
INÉS ¡Calla! (Escuchando.) ¡metal con metal!
LUISA. Ahora sí: ¡hierro con hierro!
INÉS. ¡Pues allá!
LUISA. ¡Corramos!
INÉS. ¡Ven!
(Le coge de la mano y dan unos pasos.)

LUISA. ¿No te acuerdas, que han cerrado?
(Deteniéndose.)
INÉS. ¡Jesús!... (Como si oyera algo.)
LUISA. ¡Jesús!... (Casi al mismo tiempo.)
INÉS. (Saliendo al fondo.) ¡Han gritado!
LUISA. ¡Has sido tú!
INÉS. ¡Tú también!
LUISA. ¡Me figuro que presencio
esa lucha en que se agitan!
INÉS. ¡Ellos no gritan!
LUISA. ¡No gritan!
¡Ellos matan en silencio!
INÉS. ¿Quieres verlos?
LUISA. ¿Puede ser?
INÉS. ¡Pues no!
LUISA. ¿Dónde?
INÉS. ¡Desde allí!
LUISA. ¿El invernadero?
INÉS. Sí.
LUISA. ¡Vamos!
INÉS. ¡Vamos!
LUISA. ¿Para ver
como ciegos de furor
se acosan? (Retrocediendo.)
INÉS. ¿Qué, tienes miedo?
LUISA. Es que no puedo... no puedo...
es que me falta el valor.
INÉS. Pues á mí, no: sola iré.
Antes que la incertidumbre...
¡todo!
LUISA. (Con ironía.) ¡Todo!... ¡La costumbre!...
pues anda... y avísame.
(Inés corre al invernadero, penetra en él y desaparece en el follaje.)
¡Ya la lucha está empeñada!...
¡y es implacable su encono!...
¡que se salve y le perdono!...
¡y no me acuerdo de nada!
Templaré mi rigidéz:
me daré por convencida...
¡porque si él pierde la vida!...
¡la pierde sólo una vez!

INES. ¡Jesús! (Gritando desde dentro.)
LUISA. ¡Inés! ¡Se acabó!
(Con profundo terror.) (Pausa.)
¿Cuál de los dos habrá sido?
¿gritó así por su marido?
¡No! ¡con el alma gritó! (Inés aparece vacilante.)
¡Inés!... ¡Inés!
INES. ¡Virgen santa!... (Avanzando.)
¡Cuánta sangre!... ¡En ella ruedo!
(Tropieza y cae.)
LUISA. ¿Cuál de los dos?
INES. ¡Si no puedo!...
¡tengo un nudo en la garganta!

ESCENA X.

LUISA, INÉS, RICARDO, GONZALO, ENRIQUE y D. BERNARDO.

RIC. (Luchando detrás de la verja con Gonzalo y Enrique.)
¡Dejadme!... ¡no han de servir
vuestros miserables lazos!
¡quiero estrecharla en mis brazos,
porque me siento morir!
(Abre, entra y se precipita hacia Luisa.)
LUISA. ¡Ricardo!... ¡Ricardo mío!
RIC. ¡Luisa!... ¡mi adorada Luisa!
(Gonzalo y Enrique han llegado á él y le sostienen.)
GONZ. ¡Más despacio!...
RIC. ¡Más aprisa!
¡aun no se agota mi brío!
(Caminan lentamente: se detiene un instante.)
Cuando á fondo me iba yo...
la vi al cristal asomada... (Señalando á Luisa)
llegué tarde á la parada
y Montilla me tocó.
(Entra D. Bernardo y se detiene junto á Inés que vuelve algo en sí: la entrada de Don Bernardo se entrega á la inspiración del actor.)
¡Luisa, perdona y olvida!

LUISA. ¡Es que no quiero que mueras!
(Abrazándose á él con desesperación.)
RIC. ¡Viviría si quisieras!
LUISA. ¡Sí, Ricardo! ¡sí, tu vida!
BERN. Pues de usted depende: ahí, (Á Luisa.)
¡á luchar pese á quien pese!
un sér á quien yo quisiese,
no se me muriera á mí.
¿Qué otro cadáver mayor
que éste que en mis brazos llevo?
(Sosteniendo á Inés.)
y sin embargo yo pruebo
á darle vida. El honor
va del alma en lo profundo,
y del mundo no me fio,
que de mi honor como es mio
sé yo mucho más que el mundo.
Tenemos igual deber: (Á Luisa.)
usté ese cuerpo reanime,
mientras este hombre redime
el alma de esta mujer
Y empeñada la partida
veremos quién es más fuerte;
si el que quiso darla muerte
ó el que quiere darla vida.

FIN DEL DRAMA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.
La esposa del vengador, drama en tres actos, original y en verso.
La última noche, drama en tres actos y un epílogo, original y en verso.
En el puño de la espada, drama trágico en tres actos, original y en verso.
Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto, original y en verso.
Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogía.)
El Gladiador de Ravena, tragedia en un acto y en verso, imitacion.
Ó locura ó santidad, drama en tres actos, original y en prosa
Iris de paz, comedia en un acto, original y en verso.
Para tal culpa tal pena, drama en dos actos, original y en verso.
Lo que no puede decirse, drama original en tres actos y en prosa. (Segunda parte de la trilogía.)
En el pilar y en la cruz, drama original en tres actos y en verso.
Correr en pos de un ideal, comedia original, en tres actos y en verso.
Algunas veces aquí, drama original en tres actos y en prosa.
Morir por no despertar, leyenda dramática original en un acto y en verso.
En el seno de la muerte, leyenda trágica original en tres actos y en verso.
Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo xvi, original, en un acto y en verso.
Mar sin orillas, drama original en tres actos y en verso.
La muerte en los labios, drama original en tres actos y en prosa.
El gran Galeoto, drama original en tres actos y en verso, precedido de un diálogo en prosa.

HAROLDO EL NORMANDO, leyenda trágica en tres actos y en verso.

LOS DOS CURIOSOS IMPERTINENTES, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogía.)

CONFLICTO ENTRE DOS DEBERES, drama en tres actos y en verso.

UN MILAGRO EN EGIPTO, estudio trágico en tres actos y en verso.

PIENSA MAL... ¿Y ACERTARÁS? casi proverbio en tres actos y en verso.

LA PESTE DE OTRANTO, drama original en tres actos y en verso.

VIDA ALEGRE Y MUERTE TRISTE, drama original en tres actos y en verso.

EL BANDIDO LISANDRO, estudio dramático en tres cuadros y en prosa.

DE MALA RAZA, drama en prosa y en tres actos.

DOS FANATISMOS, drama en prosa y en tres actos.

EL CONDE LOTARIO, drama en un acto y en verso.

LA REALIDAD Y EL DELIRIO, drama en tres actos y en prosa.

EL HIJO DE CARNE Y EL HIJO DE HIERRO, drama en tres actos y en prosa.

LO SUBLIME EN LO VULGAR, drama en tres actos y en verso.

A la Redacción de
El Ave María,
cuando de
El autor

EL CASERO NUEVO

Y

PERDÓN GENERAL

EL CASERO NUEVO

Ó

PERDÓN GENERAL

SAINETE LÍRICO EN UN ACTO, PROSA Y VERSO

LETRA DE

RUFINO CORTÉS

MÚSICA DE

FRANCISCO DAMAS

Estrenado con extraordinario éxito en el **TEATRO-CIRCO DEL DUQUE** de Sevilla y **TEATRO CÓMICO** de Cádiz, en las noches del 7 y 17 de Diciembre de 1894.

PRIMERA EDICIÓN

SEVILLA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE «EL UNIVERSAL» O'DONNELL 34.
1894

R. 20315

REPARTOS

Personajes	Actores	
	Teatro del Buque	Cómico de Cádiz
LUISITA.	Srta. Guzman.	Sra. Mesejo.
CIGARRERA.	» Serrano (J.)	» Torres.
LA PORTERA.	Sra. Castillo (S.)	» Villar.
D.ª ANTERA.	» Guerra.	» Brieva.
SRA. MICAELA.	» Castillo (M.)	» Alarcón.
UNA PARROQUIANA.	Srta. Serrano (M.)	» Romero (E.)
VECINA 1.ª	» Ruiz.	Srta. Bejarano.
» 2.ª	» Jimenez.	» Romero (S.)
» 3.ª	» Muñoz.	» Olarte.
EL ZAPATERO.	Sr. Leon.	Sr. Carreras.
EL SASTRE.	» Ramos.	» Soriano (P.)
EL ALBAÑIL.	» Jerez.	» Asensio.
LUISITO.	» Redondo.	» Salvat.
EL CASERO.	» Fernandez.	» Cebrian.

Vecinas, etc.

Época actual.

Las indicaciones del lado del actor.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El Autor se reserva el derecho de traducirla.

Los comisionados de la Galería de los SRES. ARREGUI Y ARUEJ son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL DISCRETÍSIMO PRIMER ACTOR

D. Patricio León

Has hecho una verdadera creación. El público ha premiado más tu infatigable trabajo, que la obra entera.

¿Cómo has de estrañar por tanto, querido Patricio, que nos honremos, haciendo figurar aquí tu nombre, cuando tú has dado vida al sainete?

Por muy justos que hayan sido los aplausos del público, mucho más justo es y será nuestro agradecimiento.

¡¡Hurra al bravo León!!

En prueba de cariño y respeto, á su maestro el Eminente compositor y primer organista de la Catedral de Sevilla, D. Buenaventura Iñiguez, le dedica la música de esta Zarzuela su autor, como humilde homenage de admiración y gratitud.

El Director de la orquesta D. Rafael Cabas y demás actores que han tomado parte en la interpretación de esta obrita, merecen una especial felicitación por el interés con que nos llevaron al érito: conste, pues, nuestro agradecimiento.

Los Autores.

AL DISTINGUIDO PRIMER ACTOR

Emilio Carreras

Al conocerte, me he encontrado con el actor discretísimo que yo soñaba y con el amigo, que los antiguos tuyos me ponderaban.

Sería ingrato, si tan satisfecho como vine de la hermosa Cádiz, no dedicara un recuerdo, humilde, pero cariñoso, á mi amigo Emilio.

El Autor,

ACTO ÚNICO

Interior de una casa de vecindad. Patio grande, con escalera al principal: corredor al foro con baranda y habitaciones practicables. Abajo, á la derecha, puerta de las habitaciones de la Portera en primer término y en segundo, de habitaciones de vecinas.—A la izquierda en primer término, cuchitril, y á la puerta, un zapatero de viejo, más adentro un sastre cortando en una mesa y entrada á su vivienda y en segundo término remendando la pared colgado de una guindola un albañil.

ESCENA PRIMERA

ZAPATERO, SASTRE y ALBAÑIL trabajando. Entra de la calle (foro) la SRA. MICAELA y al ser llamada sale la PORTERA.

MICAE. ¡Portera! ¡Portera!

PORT.ª Hola, Señora Micaela, ¿que se le ofrece á V.?

MICAE. Nada de particular, hija: preguntar únicamente si habría venido por aquí el Señorito.

PORT.ª ¿Quien? ¿el hijo del amo?... ¿el que dice V. que anda tras la niña?

MICAE. Como que es un grano que nos ha salido en la nariz.

PORT.ª ¿Pues no dice V. que siempre vá detrás?... ó tiene V. la nariz...

MICAE. Es que no nos deja vivir en paz. En cuanto la coje un momento sola, empieza á meterle los demonios en el cuerpo, con que piensa casarse, ponerlo casa... en fin...

PORT.ª ¡Si la pusiese bien puesta! El es rico...

MICAE. Pues ese es el caso, que ¡sabe Dios como la pondrá!

PORT.ª Debía V. enterarse.

MICAE. Eso pensamos.

EL ZAPATERO dirigiéndose á MICAELA sin parar de machacar la suela.

ZAP.° La Sra. Micaela
que es más vieja que un palmar
teme al subir la escalera
que yo me ponga á mirar.
Y no sabe esa señora
que por ver su lindo pié
no me muevo de la silla
ni abandono el tirapié.

— —

Tiene unos pieses
de cuarta y media
y unas canillas
tan estirás...
que bien pensado
no quiero verlas
que eso no es chicha
ni limoná.

— —

Machaca la suela,
machaca, machaca,
que queden bien fuertes
el piso y las tapas.
Machaca la suela,
machaca, machaca,
que la Micaela
es una espinaca.

MICAE. (Hablando á la Portera.) ¿Habráse visto tío más insolente?

ZAP.° El día menos pensado
por la casa han de decir
que con Luis el del casero
se fué Luisita á vivir.

— —

Y no sabe la guardiana
que aunque la quiera guardar,
el palomo se la lleva
de dentro del palomar.

— —

Es la chiquilla
muy resalada,
un bocadito
de Cardenal.

Y el señorito
que la corteja
no se la deja
desperdiciar.

Machaca la suela,
machaca, machaca,
que queden bien fuertes
el piso y las tapas.
Machaca la suela,
machaca, machaca,
que la Micaela
es una espinaca.

Hablado

MICAE. (A la Portera.) ¿Ve V.? eso es por mí... ese tío coscón, todo el día se lleva cantándome coplitas, pero, ahora verá usted. (Se dirige al Zapatero.) Oiga V. so... remendón.

ZAP.° Eso quisiera V. que yo fuera su remendón.

MICAE. Haga V. el favor de no cantarme más coplitas cuando entre y salga, por que yo, para nada me ocupo de V.

ZAP.° (Con sorna.) Pues entonces ¿para qué vuelve V. la cara cuando sube la escalera?

MICAE. Para lo que me dá la gana ¡habráse visto!

ZAP.° ¿Espera V. que venga algun diputao de la mayoría?... Ya no tiene V. gancho pa ná Señá Micaela, ya... cuide usted de la niña que vale unas migajas.

MICAE. Yo bien sé lo que tengo que hacer.

ZAP.° El día menos pensado...

MICAE, (Interrumpiéndola.) ¿Qué?

ZAP.° Volaverum.., bonito es el hijo del amo...

MICAE. Vaya V. al demonio, remendón.

ZAP.° Por allí nos juntaremos, Señá Micaela.

MICAE. (Aparte.) Me voy... por que si nó me voy á desvergonzar con este tío. (Sube la escalera y entra en su cuarto izquierda.)

ZAP.° Digo, y que no le doy yo en la yema, en cuanto le nombro la hija... tiene que rabiar más esa...

ESCENA II.

Dichos y CIGARRERA que viene de la calle.

CIG.ª (Al Zapatero.) Hola, maestro, buenos dias.

ZAP.° ¡Hola! ha habido aviso de que tiene V. aquí á su novio?
CIG.ª ¿Mi novio? ¿donde está?
ZAP.° (Señalando al Albañil.) Mire V. que puesto tan elevado.
CIG.ª ¿Cómo es trabajar hoy aquí? (Al Albañil.)
ALBL. Pues mira, chica, muy sencillo: me llamó el amo y me dijo, dice; mire V. Pepe, es menester que me tape V. mañana mismo, unos agujeros que tengo en la casa y le tape usted unas grietas que se le han abierto á la señora del principal en el cuarto de la cocina... y aquí estoy; por cierto que esta casa está vieja como el amo y vá á ser preciso ponerle unos puntales.
CIG.ª Pues ten cuidado no te caigas y cuando acabes, sube.
ALBL. ¿Y como vienes tan temprano de la Fábrica?
CIG.ª No hay tarea, hasta que no *haiga* picado. (Sube y entra en su cuarto, primero del corredor.)

ESCENA III.

Dichos y Doña ANTERA, por el foro, trage de calle y la PORTERA al llamarla.

ANT.ª Buenas tardes, portera.
PORT.ª Venga con Dios, señora D.ª Antera.
ANT.ª ¿No ha venido mi... esposo?
PORT.ª No.
ANT.ª Andará haciendo el oso
por las calles de Dios de acera á acera.
¡Ay que hombres tan parados!
Mire V., salgo yó, y en un momento
visito á las monjitas del convento,
le doy limosna á algunos desgraciados,
de tienda en tienda voy con las amigas,
y vuelvo presurosa
á cuidar cariñosa
del hogar del amor...
SAST. (Aparte.) Y de las migas.
ANT.ª No siento más...
SAST. ¡Que á tí nadie te calla!
ANT.ª Que vivir entre gentes de lo bajo:
yó, mire V., me cuesta tal trabajo,
que mi cólera estalla
si oigo decir un *dicho* mal sonante:
más, si hay gente delante
que haya que hablar en formas ilustradas
porque diciendo irán, ¡Mal educadas!

Y si nó, mire V. la jovencita
de D.ª Micaela
ayer... con un pollito en la plazuela
creo... le daba una cita...
despues de tantos moños y rizados
dijo *aluego y estogamo* seguido,
y el pollo avergonzado
se iría todo corrido.
Pues si es la... deslenguada Cigarrera
esa es... todo un portento de cultura

ALBL. ¿Le hecho un cubo de cal?

ANT.ª Es friolera,
creen que todo lo hace la hermosura
y digan lo que digan
la educación es todo, sí portera.

El maestro sastre acompañándose con el ruido de las tigeras canta la siguiente seguidilla cuya música para aprenderla bien va en la partitura.

SAST. En el mundo del día
ay, ay, ay,
todos cortamos.
Unos cortan las honras
ay, ay, ay,
y otros los trapos.
¡Ole salero!
vaya unas tigeritas
y un cuerpo bueno.

ANT.ª (A la Portera.) ¿Ve V.? es por mí.

Doña Antera empieza á subir la escalera y la Portera entra en la portería.—Al subir doña Antera dice al Sastre:

ANT.ª Vamos, maestro, no empiece V. con cosas atrevidas. (Entra en su cuarto.)

SAST. Si este es el padre nuestro de los sastres, señora.

ESCENA IV.

ZAPATERO, SASTRE y ALBAÑIL.

ALBL. (A voces.) Maestro, maestro...

SAST. } ZAP.º } ¿A cual? (Se acercan.)

ALBL. A los dos; es para que hagan Vdes. el favor de aflojar la cuerda para bajar,., y si Vdes. quieren nos llegaremos á tomar media chica. (Empiezan á bajar el Albañil.)

ZAP.° Y yo que me estoy temiendo que no vá á faltar, quien se tome una chica entera.

SAST. Me parece lo mismo, la de la Señora Micaela.

ALBL. ¡Cuidado!

SAST. Ya está á salvo. (Al Maestro el Albañil al oido.)

ZAP.° No hombre, que ha de estar á salvo si está arriba.

ALBL. }
SAST. } (Mirando.) No hay nada arrriba.

ZAP.° Si digo la chica de la Señá Micaela, q`ueanda tras ella el hijo del casero, y el día menos pensado...

ALBL. Creo que la vieja no quiere.

SAST. Eso dicen... pero ¿V. ha visto alguna vez una vieja que sepa lo que quiere?

ALBL. Eso sí, el día menos pensado, cambian las tornas...

ZAP.° Y en vez de andar detrás de la niña, se le planta delante y... á quien Cristo se la dió...

SAST. Vamos, no cortar más tela, que ya he soltado las tigeras.

ZAP.° Pues vamos á tomar esa uvita.

ALBL. }
SAST. } Andando. (Vánse á la calle.)

ESCENA V.

Le PORTERA que sale de su cuarto y LUISITO que entra de la calle.

LUIS. Portera.

PORT.ª Hola señorito, venga V. con Dios. ¿Y su mamá de usted está buena?

LUIS. ¿Está arriba?

PORT.ª ¿Su mamá de V.?

LUIS. No muger; mi tormento, mi Luisita.

PORT.ª Si señorito, está.

LUIS. Dos pesetas por que está. (Se las da.)

PORT.ª Muchas gracias.

LUIS. (Dándolas.) Y otras dos porque pronto no estará.

PORT.ª Usted lo entiende Señorito.

LUIS. Me vá V. á hacer un favor Portera.

PORT.ª Ya sabe V. que no tiene más que mandarme. (Poniendo la mano.)

LUIS. Y darte otras dos pesetas para que te espaviles. (Las da.) Bueno, pues esta carta es para ella, esto es lo principal y despues hay que ver al maestro Zapatero porque tiene mucho ingenio.

PORT.ª **Mal día ha escogido V.**

LUIS. ¿Qué ocurre?

PORT.ª Que hoy anda de pítima.

LUIS. Si hoy no es lúnes.

PORT.ª Para él cualquier día es bueno y hoy como está trabajando aquí Joselillo el albañil, que tambien le gusta, no paran, con el sastre, de dar viajes á la esquina.

LUIS. Demonio, ese es un contratiempo. Yo que tenía trazado mi plan.

PORT.ª ¿Pero ha visto V. hoy á la niña?

LUIS. No, hoy no, para eso es la carta, para verla, tome usted otras dos pesetas y arriba á darle la esquela.

PORT. Está bien, señorito. Entrese V. en mi cuarto. (Entra.) Voy á ver como me las arreglo para darle la carta á la Luisa. (Sube y llama á la puerta de su cuarto.) Señora Micaela.

MICAE. (Desde dentro.) Mande V.

PORT.ª ¿Está Luisita?

MICAE. Si señora.

LUISA. (Desde dentro.) Voy. (Salen las dos al corredor.)

MICAE. Hola portera, que ocurre?

PORT.ª Es á la niña que quería... me cortara un canesú.

MICAE. Si señora... no faltaba más, súbalo y aquí lo cortará... Eso y todo lo que V. quiera.

PORT.ª Aquí (le da la carta por la espalda) mejor será si nó, que lo corte yo y suba á coserlo á la máquina.

LUISA. Si mejor es...

MICAE. Como á V. le sea mejor.

PORT.ª Pues hasta luego... y gracias.

MICAE. Adios. (Entran otra vez en su cuarto.)

PORT.ª (Bajando.) Diablos, por poco no puedo darla... y cualquiera hace por perder el filón... ocho pesetas y aun, porque á D. Luisito no se le ocurre una cosa, que no largue dos pesetas; y como además es hijo del amo, si una le disgusta, ¿y yo con servirle que pierde? Adelante y veremos lo que resulta. (Entra en la portería.)

ESCENA VI

ZAPATERO, SASTRE y ALBAÑIL, poco borrachos.

ALBL. Voy á subir al cuarto de mi novia á pasar un rato... que la cosa se va poniendo para trabajar bajito. (Sube y entra en

el cuarto de la Cigarrera. El Zapatero y Luisito cogidos del brazo, avanzan hasta la batería.)

ZAP.° Maestro... pero ¿V. ha visto?

SAST. ¡Qué tabernera más resalá!

ZAP.° Y que es una jembra de primera. Hace ya más de un año... que tós los días le digo que le voy á enderezar la horma, porque tuerce los piés, y la muy arrastrá... ná: se ríe, me mira, me hace así (guiños) con esos ojillos que tiene de carnero á medio morir... y á mí me deja muerto del todo.

SAST. ¡Tiene muy buena persona!

ZAP.° ¡Y un ángel en aquella cara!... pero ni Dios la saca ná; es una estauta... Solamente yo, le saqué una vez tres medias copas fiás hasta otro día.

SAST. ¿Tres?

ZAP.° Pero tres na más. A la que hizo cuatro, mejor dicho, á la que iba á hacer cuatro, me dijo ocho veces seguías que no le daba la gana... que bebiera agua...

SAS. ¡Agua!

ZAP.° Agua... que es un líquido inventao por Dios pa avío de boticarios y taberneras y que aún hay quien lo bebe.

SAST. Y por fin no se la dió.

ZAP.° ¡Qué me había de dar... lo que me dió fué un empujón que caí de bruces y por poco tengo que echarme palas y tacones en la narices.

SAST. Es una moza de empuje.

ZAP.° Eso lo certifico yo. (Cogiéndose las narices.)

SAST. ¿Y á V. que le parece de la chica de la señá Micaela?

ZAP.° Esa... no es de empuje, pero me parece á mí que el señorito Luis anda soliviantao, y como es rico... dominó y el seis doble ahorcao... pero dejémonos de cuentos y á trabajar.

SAST. Tiene V. razón... al trabajo. (El Sastre coge unos paños de encima de la mesa, y entra en su habitación. El Zapatero se sienta en la banquilla á trabajar.)

ZAP.° Esto de trabajar tanto, por vida de... Ay, San Crispín, San Crispinito, que desagradecido eres, tantos padres nuestros como te rezamos los del oficio... (Haciendo ademán de beber.)

ESCENA VII.

LUISA asoma á la baranda del corredor y LUISITO sale del cuarto de la portera.

LUIS. ¡Ay! allí está mi Luisita.

LUIS. Mi Luisita
LUISA. Mi Luisito.
LUIS. Escúchame con atención.
LUISA. No hables fuerte, que mi madre
está en esta habitación.
LUIS. No te importe de tu madre,
que ha llegado la ocasión.
ZAP.° Digo, digo... lo que veo,
aprovechan la ocasión.
LUIS. Ya tengo el piso bien preparado,
con mucho gusto, bien amueblado.
Tan sólo falta Luisita mía
que te decidas en este dia.

—

LUISA. Luisito mio no te incomodes
pero mi madre se vá á asustar.
LUIS. Ay no me quieres?
LUISA. Si que te quiero.
LUIS. No se conoce.
LUISA. Ya lo verás.

—

LUIS. Tanto te amo Luisita mía
que hasta he reñido con mi mamá.
ZAP.° Anda morena, lo que le dice,
poco le falta para llorar.
LUISA. Ay mi Luisito. yo no quisiera
que por mí sufras con tanto afán.
ZAP.° Ya está la niña como una breva
LOS DOS. Cuanto Luisito / Luisita me haces pasar.
ZAP.° Que de madura se vá á pasar.

LUIS. Mira Luisita, bien de mi alma,
que ya he perdido toda la calma,
y que tu madre perdonará
y al fin y al cabo se alegrará.
LUISA. Más, mucho más yo me alegraría
ZAP.° Ya vá buscando la Vicaría.
LUISA. Si los papeles pronto arreglaran.
ZAP.° Eso quisieras que te casaran.

—

LUIS. Todo se arregla poquito á poco,
tarde ó temprano eso pasará.
ZAP.° Anda con ella, que ya la tienes
como esta bota pa desvirar.
LUISA. Ay mi Luisito, yo tengo miedo.
ZAP.° Al fin y al cabo se atreverá.
LUIS. ¿Miedo de qué? ¿no soy todo tuyo?
ZAP.° Todavía nó, pero lo será.

ZAPATERO

Machaca la suela
machaca, machaca,
que queden bien fuertes
el piso y las tapas
y la Micaela
veré como rabia,
porque la Luisita
se vá de la jaula.

—

ELLOS

ELLA. Luisito mío
yo tengo miedo
EL. Luisita mía
baja por Dios.
AMBOS. Piensa tan solo
Luisita / Luisito mío.
en nuestra dicha
en nuestro amor.

Hablado

LUIS. Luisita mía, decídete: al anochecer tendré en la esquina un coche preparado; bajas con cualquier pretesto á casa de la portera y nos vamos.
ZAP.° (Pero hombre, que llano lo encuentra todo el señorito.)
LUISA. No me atrevo Luisito, no le quiero dar á mi madre ese sofocón.
ZAP.° (El sofocón lo vas á llevar tú.)
LUIS. No seas más tonta. Por Dios, Luisita. ¿Tú crees que se vá á enfadar cuando te vea en una gran casa, tan bien puesta, con espejos de cuerpo entero, cama de nogal, aparador de mármol: la gran despensa llena de todo lo bueno, pañuelos de Manila, la cómoda llena de ropa, dinero de sobra...
ZAP.° (Pero hombre, que poquísima vergüenza... por supuesto, que si eso no la ablanda...
LUISA. Bueno... bajaré... pero nó para escaparnos.
LUIS. Bueno, cielito; tú baja, que yo te esplicaré... Adios monina.
LUISA. Adios... monín.
LUIS. Monina.
LUISA. Monín. (Cierra y entra ella.)
ZAP.° (¡Qué monería... Por vida de San Crispín!)

LUIS. Decididamente es mía... ¡Cuanto la quiero! (Entra en el cuarto de la Portera.)

ESCENA VIII.

El ZAPATERO.

ZAP.° ¡Y que tenga uno que trabajar tanto para ganar una peseta! velay... yo hubiera sido más apropósito para... eso...! ¡Si yo fuera la Luisa!... por más que al señorito le saco yo hoy el jornal de tres ó cuatro días. (Pensando.) Voy á ponerme de acuerdo con el Sastre... vayan al demonio los zapatos y el que los inventó... pero hombre, ¿quien sería el maldito que inventó usar zapatos? maestro, maestro. (Llamando al Sastre.)

(Sale el Sastre muy ligero y se acerca.)

ESCENA IX.

ZAPATERO y SASTRE.

SAST. ¿Otra uvita? Vamos...

ZAP.° (Lo coge y lo lleva á la batería.) Iremos, iremos... es que ocurren cosas graves, venga V. acá... (Con misterio.) ¿Se acuerda V. de lo que hablamos la otra vez?

SAST. ¿Del empujón de la tabernera?

ZAP.° (Cogiéndose las narices.) No me lo acuerde V. maestro...

SAST. Pues no hablamos de otra cosa...

ZAP.° Si, de otra...

SAST. ¿De otra tabernera?

ZAP.° No... de otra... buena moza.

SAST. ¡Ah! ¿de la Luisa? ¿que ocurre? ¿que pasa?

ZAP.° Pare V. los pies, compadre, que la cosa es muy delicá.

SAST. ¿Pero qué...?

ZAP.° Que esta noche se va con el novio.

SAST. ¿Con el novio?

ZAP.° La ha estado conquistando.

SAST. ¿Y qué?

ZAP.° Que le ha hecho unas proposiciones... figúrese V. que le pone casa de cuerpo entero, con cama de espejos, y mármol de nogal y pañuelos de Manila y... que se yó...

SAST. ¡Qué dice V. maestro?

ZAP.° Vamos á ver, con franqueza maestro... si á V.... es un decir... lo pusieran en lugar... de ella...

SAST. ¡Hombre!... vaya V. al demonio.

ZAP.° Vamos compadre, no se suba V. á la parra, que no me ha entendido V. lo que quiero decir.

SAST. ¡Digo, digo!

ZAP.° Digo... que lo que he pensao es una cosa... ya que sé el secreto, darle un sablazo al señorito Luis... y V. verá cómo se corre y en corriéndose...

SAST. Corriendo á la taberna... Si viniera por aquí, como otros días...

ZAP.° Si está aquí.

SAST. ¿Donde?

ZAP.° En casa de la portera... ya sale déjemelo V. á mí...

ESCENA X.

Dichos y LUISITO.

LUIS. ¡Hola maestros!

ZAP.° Venga V. con Dios, señorito, ¿cómo está V.? (Le da la mano limpiándosela antes en el mandil.)

LUIS. Yo bien, á Vdes. los veo tan buenos.

ZAP. Si... buenos... siéntese V. un poquito que le voy á contar un cuento...

LUIS. ¿Un cuento? Verdad que hoy está V. apropósito para contar cuentos, ha habido copitas ¿eh?

ZAP.° Sí... copitas... pero siéntese V. que lo del cuento es verdad. (Le da su silla.)

LUIS. Ea, pues venga de ahí. (Se sienta.)

ZAP.° (Al Sastre.) Siéntese V. tambien maestro. (Le da otra silla y él se sienta en la piedra de machacar.)

ZAP.° Pues señor...

LUIS. ¿Es muy largo?

ZAP.° No, enseguida se acaba... Pues señor, que esto era un barbero que tenía una mona...

SAST. (Aparte.) Y nosotros casi casi, tenemos dos monas...

ZAP.° Y en frente de la barbería, un confitero tenía un mono.

LUIS. ¡Qué monería!

ZAP.° El mono, ya se puede V. figurar en cuanto veía la mona... (Hace los movimientos de los monos, muecas y rascarse el pecho) empezaba á requebrarla en su lengua diciéndole: «Bendita sea la mona que te parió, ¡Viva la gente de mi pelo! Carita de cielo... y todo lo que nosotros los que no somos monos, de-

cimos á una buena mujer... pues, una mañana que el mono salió muy destemplao, que ya sabrá V. que se destiemplan á menudo, y que ella amaneció con ganas... de monerías, le dijo el mono, dice... ¿Monina?... y la mona le dijo al mono ¿monín?

LUIS. (Aparte.) ¿Se habrá enterado?

ZAP.° Pues señor, que cosas no le diria, que á la mona... hasta le dió vergüenza... y se puso colorá... pero... colorá y tó... empezó á roer la correa que la sujetaba... (además de roer) y se escapó con el mono.

LUIS. Este se há enterado de todo... y como está borracho...

ZAP.° Pues señor... que,..

LUIS. No siga V. maestro... Sé el cuento. V. nos há visto lo que hemos hablado Luisita y yó, y lo que le pido á V. por lo que más quiera en el mundo es que nó cometa una indiscrecion. (se levantan.)

ZAP.° ¡Olé ya! que tiene V. más talento que el mundo... bueno pues, puesto que V. há entendido la indirecta, le diremos que por nosotros ni agua.

SAST. Como que todo vá á ser vino.

LUIS. Bien... Pues tomen Vdes. cinco duros para cada uno (le dá un billete de 10 duros) pero me ván á hacer un favor.

ZAP.° ¡Virgen Santísima!

SAST. ¡Jesucristo padre!

LUIS. Vean lo que vean y oigan lo que oigan... como si no supiéseis nada.

ZAP.° Si ya no nos acordamos de ná mas que de la tabernera... y diga usté.

LUIS. Nó, no diga V. más, que hoy está V. muy hablador... Discreción y silencio...

SAST. Eso eso... discreción... y tajá.

ZAP.° Que es lo mismo que... tajá á discrecion. (vase Luis)

ESCENA XI.

ZAPATERO y SASTRE.

ZAP.° Vaya V. con Dios Señorito, que tiene V. lá mejor persona que cabe en pellejo humano... no decía yó treinta y tantas papalinas.

SAST. (abrazando al zapatero) Compadre, tiene V. el gran talento... y cinco duros mios... vamos á cambiar el billete.

ZAP.° ¡Cambiarlo! ¿eso es...

Sast. Compadre... desconfiar yó?

Zap.° Creí... Lo que debemos hacer es llamar al albañil y á seguir el día que vá superior... llámelo V. mientras yo recojo estos cacharros y me arreglo un poquito aver si por fin la tabernera...

(El maestro sube á llamar á Pepe el Albañil: y el Zapatero empieza á recoger los efectos suyos.)

ESCENA XII.

(ZAPATERO y PARROQUIANA cuando se marcha.)

Zap.° Mire V. que cansarme yó en recogor todo esto. (Liado en 6 ó ocho periódicos tendrá el sombrero, viejo y raído y envuelto en un pañuelo de yerbas: empieza á desenvolverlo muy comicamente sin desatenderse á la Parroquiana y coloca en la mesilla el bacho de mojar la suela: se pone el sombrero y se mira en el agua como en un espejo.

Parro.ª Buena tarde, maestros.

Zap.° Hola, barbiana... serrana.

Parro.ª ¡Jesús, como está el día!

Zap.° Superior, y mejor vá á estar la noche para alguna. por que... (aparte) uf, que por poco se lo cuento á esta... ¿Qué traes?

Parro.ª ¿Que qué traigo?... Qué me llevo debía V. decir... vengo por las botas que me parece que desde el Sábado pasado... y hoy ya viernes.

Zap.° Te diré mujer... El Lúnes... el lúnes es... San Crispinito.

Parro.ª Si para V. hoy también creo que es lúnes.

Zap.° Martes... malagana... Miércoles garvana... en jueves no se empieza, el viérnes la pereza,

Parro.ª Y toda la semana mintiendo por que le dá la gana.

Zap.° Olé serrana.

Parro.ª ¡Malditos zapateros que no hay uno que diga una palabra de verdad... y me tiene usted descalza por esas calles de Dios.

Zap.° (enseñándole las botas) Miralas; con ellas estoy, mañana las tienes... (aparte) (Como hoy).

Parro.ª ¿Por su salú?

Zap.° (besando las cruces) Que se lo salten los ojos á mi niño Pepe

Parro.ª ¿Pero V. tiene un hijo?

Zap.° Yo nó; pero el primero que tenga se llama Joselito por encima de tó el mundo.

Parro.ª Siempre con la guasa... vamos maestro ¿estarán mañana?

Zap.° Que han de hacer si no estar... (aparte) (donde hoy).

PARRO.ª Ea, pues hasta mañana á esta hora, y premita Dios que si no están se le caiga á V. un ala. (vase)

ZAP.º ¿Un ala? Hasta el labio se me vá á caer con los diez duros, pero (dirigiéndose á la puerta) premita Dios que si están, te se caiga á tí otro ala.

ESCENA XIII.

ZAPATERO y el SASTRE y ALBAÑIL bajando.

ALBL. ¿Diez duros?

SAST. Como lo digo.

ZAP.º (enseñando el billete) Y qué aquí está, mirarlo, con el retrato del General Espartero.

SAST. Cá, hombre, si es Sagasta.

ALBL. Cá, pues si se parece á (un nombre que en la localidad tenga resonancia cómica.)

SAST. Qué entiendes tú de geografía.

ZAP.º Pues vamos antes que venga otra parroquiana; ir andando mientras recojo estos trastos.

CIG.ª (á mando) ¿Vuélves pronco José?

JOSE. Enseguida mujer.

ZAP.º Enseguida (aparte) hay aquí juerga yá para tres semanas.

(Vanse Sastre y Albañil el Zapatero quédase cogiendo sus cacharros.)

ESCENA XIV.

ZAPATERO y CIGARRERA y DOÑA ANTERA que se asoma.

CIG.ª Maldito lo que me gusta la compañía... buenas tardes Doña Antera.

ANT.ª ¡Hola vecina!... parece que há venido V. hoy muy temprano de la Fábrica.

CIG.ª Sí; se me pegaban hoy los dedos... hasta que no *aiga* picado...

ANT.ª *¡Aiga!* ¡Jesús vecina! ¿no le cuesta á V. más trabajo decir *aiga* que *halla?*

CIG.ª (enfadada) ¿Y á V no le cuesta más trabajo murmurarlo todo, que callarse? ¡Habrase visto la... Señora.

ANT.ª ¡Jesús que insolencia!

CIG.ª (á voces) La insolente lo será V. so... cursi...

ZAP.° ¡Olé olé, yá se armó, ahí con ella!
ANT.ª ¡Ah, Ah! Cursi, cursi... yo no puedo vivir en esta casa. ¡Corraleras! (Cierra con estrépito y salen todas las vecinas de arriba y abajo.

ESCENA XV.

VE.ª 1.ª Siempre ha de meterse en lo que no la importa.
ZAP.° Duro, duro con ellas.
VE.ª 2.ª Y criticar de todo lo que se hable aquí...
VE.ª 3.ª Como si fuera abogada.
CIG.ª Si; la abogada de las trampas!
Doña Antera abre el balcón saca la cabeza y grita las tres veces marcadas cerrando siempre).
ANT.ª Corraleras.
TODAS. Pum.
ANT.ª Mal educadas.
TODAS. ¡Pun!
ANT.ª Sin educación.
TODOS. Pun Pun...!!

Musica

ZAPATERO y Coro de Vecinas.

Coro. Vecinas vecinas
al patio bajad
y á esa señorona
vamos á arrastrar.
ZAP.° Bajar sí vecinas
todas á escuchar
por que yo su historia
os voy á contar. (Bajan todas.)

—

Esa que tanto murmura
CORO. mucho y mal
mucho y mal
ZAP.° Aseguran que ha tenido
Capital
CORO. Capital
ZAP.° Y aunque no tiene yá ni un
maravedís
CORO maravedís
ZAP.° Que ha viajado por London

Y por París

CORO. Por París

ZAP.° Que en colegios de primera
se educó

CORO. Se educó

ZAP.° Y salones elevados
visitó

CORO. visitó

ZAP.° Y ha llegado á mis oídos
que ha tenido seis maridos
con quien nunca se casó

CORO. ja ja ja ja

ZAP.° Pero á todos, pero á todos
desplumó

CORO. ja ja ja ja
vaya un noticion

ZAP.° Pero no dar voces
que falta lo mejor

CORO. ja ja ja ja
ja ja ja ja.

ZAP.° No griteis que falta
ahora lo mejor.

—

Han contado que una noche
se atrevió

CORO. se atrevió.

ZAP.° A decir que había pescado
un senador.

CORO. Senador.

ZAP.° Que le daba los billetes
á montones

CORO. á montones.

ZAP.° Lo probable es que le diera...
desazones

CORO. desazones.

ZAP.° Y por vez si era lo cierto
la seguí

CORO. la siguió.

ZAP.° Recorriendo muchas calles
Por ahí

CORO. Por ahí.

ZAP.° Hasta que pude lograr
por completo averiguar
que no era un senador

CORO. ja ja.

ZAP.° Pues le hablaba pues le hablaba

á un aguador.
ja ja ja ja
vaya un notición.

Zap.° Pero no dar voces
que falta lo mejor.

Coro. ja ja ja ja
je je je je.

Todos. Es la Señorona
una proporcion.

—

Cursi, vieja
Tonta, fea
Educada
En Leganés
Habladora
Deslenguada
Señorona
de pastel.

Hablado

Cig.ª Cuidado con venir dándose tono conociendo su historia, que tiene más rotos y más descosíos que la bandera de Africa.

Zap.° Y es más conocía que el *mengue*.

Ve.ª 2.ª Valiera más que pagára el cuarto, que por medio de ella vá á venir hoy el casero á apurarnos á las demás.

Ve.ª 1.ª ¿Y de qué va á pagar si ya no le queda más que el compás como á los músicos viejos?

Ve.ª 2.ª (con sorna) ¡Qué empeño el matiné!

Zap.° (aparte) Yo las enzarzo y á esa le pegan (á ellas) Para hablar de todos bien expedita tiene la sin hueso.

Cig.ª ¿Pués vé V.? más expeditas voy á tener yo las manos para arrancarle el moño, que no es el primero.

Zap.ª Olé por las mujeres barbianas.

Port.ª Vamos, vamos, no meterse con nadie: cada una á su cuarto y dejaros de tonterías.

Cig.ª Si pero luego que venga el casero, veremos.

Ve.ª 1.ª Lo que es yo no estoy aquí.

Zap.° Ni yó tampoco.

Ve.ª 2.ª Como por ella nos echen verá V. la que se arma.

ESCENA XVI.

DICHOS y el SASTRE y el ALBAÑIL de la calle.

SAST. Pero maestro ¿no víene V.?
CIG.ª ¡Jesús como vienen!
SAST. Viva el Salero, que tengo las mejores vecinas que hay en el calendario.
ALBL. (viendo á la Cigarrera) Y tu que pintas aquí? ¿No te hé dicho que no salieras de tu cuarto?
CIG.ª ¡Hombre! no faltaba más que vinieras tarde, borracho y riñendo.
ALBL. ¿Borracho? te voy á partir. (Bronca; se dirige á ella en ademán de golpearla y es sujetado pero se forma una confusion grande todos gritando:)
CIG.ª Ay ay socorro... socorro...
VE.ª 1.ª Mira sinverguenza déjala.
VE.ª 2.ª No la pegues. (La Portera no sabiendo que hacer dá voces de)
PORT. ¡El Casero! ¡El Casero!
Grito general repitiendo todos la frase y todos corren metiéndose cada uno en su cuarto y cierran. El Zapatero despues de correr por varios sitios se mete debajo de la banquilla.—El Sastre y el Albañil en el cuarto del Sastre. Un momento de pausa en que queda sola la Portera.

ESCENA XVII.

PORTERA y ZAPATERO.

PORT. Si no se me ocurre dar esa voz hay aquí un Dos de Mayo (acercándose al Zapatero) Maestro salga V. que no es el casero.
ZAP.º ¿Que nó? (Mira primero sacando la cabeza y sale después de mucho trabajo de la mesa.) Ay Portera, que del susto metí la cabeza en el bache de mojar la suela y hasta se me há quitado la borrachera.
PORT. Lo hé dicho porque si nó...
ZAP.º Sí.., el Albañil es muy bruto: ahora me lo llevaré y al maestro Sastre y no volveremos en toda la noche. (con misterio) Con eso se arregla eso... con bien.
PORT.ª ¿Eso? ¿Que dice V.?
ZAP.º Eso de D. Luisito, estoy enterado de todo.
PORT.ª ¡Ah! ¿Está V. enterado?
ZAP.º Sí, pero no hay cuidado, ahora verá V. (llamando al Sastre y Albañil.) Maestro... Pepe...

EXCENA XVIII.

DICHOS y SASTRE y ALBAÑIL.

SAS. ¿Que, se fué?
ZAP.° Si no ha venido; sí fué una ocurrencia de la Portera para que se acabara la bronca: vamos á seguir la nuestra y y allá vean.
SAST. Si, vámonos por si viene de verdad.
ALBL. ¡Le corto la cara...!
ZAP.° ¿A quien?
SAST. ¡Al Casero! hombre que alegria.
ALBL. A esa... mala gitana.
ZAP.° No hombre, á esa, mucho mimo y mucho palo... ea vámonos (á la Portera acercándose) y que eso salga con felicidad. (Y sse)

EXCENA XIX.

LA PORTERA.

PORT.ª ¡Ay! Luisito ha cometido una torpeza: Quiera Dios no nos cueste un disgusto: pero no hay mas remedio que ayudarlo: primero soy yo que todas vecinas de la casa... encenderé la luz que yá va anocheciendo (encendo un farol de a entrada.)

EXCENA XX.

LUIS y PORTERA

LUIS. Portera, Portera.
PORT.ª ¡Hola señorito! ya está V. aquí. Entre V. en mi cuarto no le vean: no tardará en bajar Luisita. No sabe V. el susto que tengo... si se enterára su papá.
LUIS. ¡Ojalá!, con eso acababa de comprender el amor que tengo á Luisita.
PORT.ª ¿Pero V la quiere de veras?
LUIS. Con toda mi alma.
PORT.ª Ya baja.
LUIS. Baja despacito. (La Portera entra en su cuarto.)

ESCENA XXI.

LUIS y LUISA.

Música

LUISA. ¡Ay que miedo traigo!
LUIS. Y yó que alegría
LUISA. Yo no me decido
LUIS ¿Por qué Luisa mía?
LUISA. Yo no sé que tengo
LUIS, Todo eso es amor
tienta aquí bien de mi vida
como tengo el corazon.

—

LUISA. (poniéndole la mano sobre el corazón.
Como late, como salta
LUIS. pues todo es amor por tí
LUISA. me propones unas cosas
LUIS. te propongo ser feliz.

—

LUISA. Tu no sabes lo que sufro.
LUIS. Pronto acaba tu sufrir
LUISA. Si me juras siempre amarme
LUIS. Siempre seré para tí.

—

LUISA. Para mí
LUIS. Para ti
LUISA. Para mí
LUIS. Para tí.

—

LUISA. ¡Ay que miedo traigo!
LUIS. Y yo que alegría
LUISA. Yo no me decido
LUIS. Vente Luisa mía

—

LUISA. Yo no sé que siento
LUIS. Todo eso es amor
Entra aquí bien de mi vida
verás si tengo razon.

—

LUISA. Me lo juras
LUIS. Te lo juro
LUISA. Por mi amor.

LUIS. Por tu amor
LUISA. Por Dios
LUIS. Chiton
AMBOS. Por Dios, Chiton
Chiton Chiton. (la entra cogida de la mano en el cuarto de la Portera.

EXCENA XXII.

MICAELA saliendo al corredor, despues todas las vecinas. La PORTERA al llamarla.

MICAE.ª Portera, Portera.
PORT.ª Que voces son esas (aparte) se armó.
MICAE.ª ¿Ha visto V. bajar á mi niña?
PORT.ª Yó... no.,. señora (se asoman todas las vecinas y bajan en tropel detrás de Micaela.)
MICAE.ª ¡Ay Dios mío de mi alma!... se há ido... Si me lo estaba temiendo: hija mía de mi corazón ay... ay...
UNAS. ¿Que pasa?
OTRAS. ¿Que ocurre?
MICAE.ª (á la Portera) V. tiene la culpa so infame.
PORT.ª ¿Oiga V. yó?
MICAE.ª V. que siempre anda con cuchufletas con el hijo del casero.
PORT.ª Oiga V. so... corralera (amenazando.)
MICAE.ª (avanzándose) ¡Sinverguenza! (Gran confusion.. se desgreñan ambas y son sujetadas formando dos grupos que quedan un momento.)

EXCENA XXIII.

Dichos y ZAPATERO SASTRE y ALBAÑIL.

ZAP.º ¡Que escándalo es este! ¿qué pasa?
MICAE.ª ¡Mi hija! ¡hija de mi alma!
CIG.ª Que se ha escapado la niña.
ZAP.º No le decía yó á V. que cuidara de la niña que valía unas migajas.
MICAE.ª Esa infame ¡Hija mía!
SASTRE. ¡Hija mía!
ZAP.º ¡Hija de mi alma!

EXCENA XXIV.

Dichos y el CASERO entra por entre los grupos separándolos á empujones y se coloca en medio.

CASERO ¡Jesús que escándalo!
TODOS. ¡El Casero!
A todos les dá como un vahido y quedan recostados unos sobre otros: los de la derecha sobre el maestro Sastre y los de la izquierda sobre el Albañil.— El Zapatero de rodillas santiguándose muy deprisa y solo quedan erguidos El Casero en medio, la portera á la derecha y la Micaela á la izquierda se reponen enseguida.
MICAE.ª Pues es... señorito, que su hijo de V. es un sinverguenza, un canalla.
CASERO ¿Que dice esta mujer? ¡Señora!
MICAE.ª Que me ha robado mi hija. ¡Hija mía!
ZAP.º ¡Hija mía!
CASERO. Portera explíquese V.

EXCENA XXV.

Dichos y LUIS y LUISA saliendo y arrodillándose.

LUIS. Nada hay que explicar, aquí estamos.
TODOS. ¡Ellos, ellos!
LUIS. Estábamos locos de amor, y la verdad íbamos á hacer un disparate, pero ya que tan á punto viene V. perdónenos y consienta en dármela por esposa.
CASERO. Si es honrada.
ZAPº (aparte) Por poquito, por poquito... se arma aquí la gorda.
PORT.ª Si que lo és Señorito y muy buena.
CASERO. Ea pues no apurarse... es tu gusto sea: y desde luego te regalo la casa y tu procurarás cobrar la renta por que lo que és yó, con estos vecinos soy impotente.
(Al oir esto se arrodillan alrededor de Luisito.
UNOS. Señorito, por los ojos de su cara.
OTROS. Señorito por la salú de su novia.
LUIS. Bueno, bueno, levantarse y á la alegría.., en paz con todo el mundo hasta el fin de este mes, pero cuidado en adelante.
ZAP.º Viva el Casero nuevo.
TODOS. Vivaa.
ZAP.º (Cogiendo á Luis y adelantándolo) Y á estos señores no le perdona V. nada?

LUIS. Al contrario, ellos nos perdonarán.
ZAP.° De modo que....

(AL PUBLICO.)

Ya que tanto regalan
por aquí dentro
Perdon... y dar aplausos
para el Casero.

MUSICA Y TELON

DEL MISMO AUTOR

LOS ESTUDIANTES, juguete cómico en un acto.
LA AGENCIA DE D. BLAS, zarzuela en un acto.
SUSTITUTO, juguete cómico en un acto.
CORREOS, zarzuela en un acto.
GRAN CICLORAMA ESPAÑOL, zarzuela en un acto.
EN SECRETO, juguete cómico en un acto.
MI BENEFICIO, apropósito en un acto.
EL CASERO NUEVO Ó PERDON GENERAL, sainete lírico en un acto.

UN NOVIO

CAMPANÓLOGO.

PIEZA CÓMICA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL

DE D. JAVIER DE BURGOS.

Estrenada con gran éxito en el Teatro Principal de Granada, el 24 de Diciembre de 1874, bajo la direccion del primer actor cómico

DON JOSÉ SUAREZ

CADIZ: 1874

IMPRENTA DE LA FEDERACION ANDALUZA
Gamonales, núm. 6

R 20316

REPARTO EN CÁDIZ

PERSONAS.	ACTORES.
D. TRIFON	SR. CORTE (D. José.)
D.ª JUSTA	SRA. CRUZ.
LUISA	SRTA. ALVAREZ.
ENRIQUE.	SR. RUIZ.
ANTONIO.	SR. INFANTE.

Epoca actual.

La accion pasa en una capital, donde se supone han estado los Niños campanólogos.

Esta obra es propiedad de D. F. V. y R. y nadie podrá sin su permiso, ó el de su editor, reimprimirla ni representarla en España ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la Administracion Lírico dramática de **D. Eduardo Hidalgo,** son los esclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Quedan cubiertos los requisitos que previene la ley.

ACTO UNICO.

Gabinete decentemente amueblado. Puertas laterales y al fondo. A la derecha, junto á la pared, una mésa con tapete. A la izquierda en primer término, un velador con tapete tambien y una butaca.

ESCENA I.

D.ª JUSTA Y LUISA.

JUSTA. (*Con ira.*)
No me repliques Luisa!
LUISA. Mamá!
JUSTA. Que no me repliques!
Yo te haré ser obediente:
desde hoy no vas á salirme
de ese cuarto en quince dias!
(Señalando la primera habitacion de la izquierda.)
LUISA. En quince dias?
JUSTA. En quince.
Hipocritilla!
LUISA. *(Suplicante.)* Mamá!
JUSTA. Engañarme á mí! Decirme
que ya no le hacias caso
á ese... pillastre, á ese titere
de Enriquito, y saber luego
que él te escribe y tú le escribes
y que hablais por el balcon
y... que sois novios, la bilis
se me revuelve en el cuerpo.
LUISA. Mamaita!....

JUSTA. No me finges ya mas.
LUISA. Pero, oigame V ...
JUSTA. He descubierto el intringulis,
y no necesito pruebas:
ya que tu padre prescinde
de cumplir con sus deberes,
no te creas que yo abdique
de mis sagrados derechos,
Luisa, para corregirte.
He de ser inexorable
para contigo, inflexible,
y no has de volver á verme
la risa hasta que varíes.
LUISA. Perdóneme V. mamá!
JUSTA. De mi presencia retírate,
sino quieres que me muera
por tu causa de un berrinche.
LUISA. Pero oiga V....
JUSTA. Que te vayas!
LUISA. (Que génio tan insufrible!)
(Entra Luisa en la habitacion de la izquierda.)

ESCENA II.

D.ª JUSTA.

Ay! que niñas las de hoy dia!
Tiene una que ser un lince
con ellas, á lo mejor
se flan de lo que dice
cualquiera chisgaravís,
y sin pensar en los miles
peligros á que se esponen,
ciegas pasiones conciben
y adios paz y adios recato
y... adios todo, esto es horrible.
Miren la mosquita muerta
y que bien supo fingirme
su candor, si no la encuentro
en el balcon de palique
con ese maldito pollo
hoy, pegándomela sigue
hasta el dia del juicio!
Huy! la cólera me oprime

el pecho, el furor me ciega:
yo necesito desquite.
Por lo pronto al Enriquito
ya desde el balcon le digo
las verdades, de seguro
que no ha de querer oirme
en mucho tiempo; ¡tunante!
Y qué osado, qué impasible
aguantó la rociada
de insultos ese .. belitre:
no tiene sangre en las venas.
Claro, su facha lo dice,
debe ser...*(Alzando la voz y con rabia.)* republicano
cantonal de la Commine.

ESCENA III.

D.ª JUSTA.—D. TRIFON, *(de la calle.)*

TRIFON. Justa.
JUSTA. (Mi esposo: me alegro.)
Entra, marido... inservible.
TRIFON. Cómo? *(Dejando el sombrero sobre una silla.)*
JUSTA. (Voy á ver si logro
que este alguna vez se irrite.)
TRIFON. (Qué habrá!)
JUSTA. Llegas á buen tiempo.
TRIFON. (Uy! que cariz tan terrible!)
Que ocurre, Justita mia?
JUSTA. Qué ocurre? Ven y horrorízate!
Ya la niña tiene un novio!
TRIFON. Uno? Y así me lo dices
en vez de bailar de gusto?
JUSTA. Pero, Trifon, es posible
que hasta las cosas mas sérias
las has de tomar por chistes!
TRIFON. Pero ija...
JUSTA. Calla Trifon.
TRIFON. Pero...
JUSTA. Calla y no me irrites
la sangre, conque una niña
que no cuenta veinte abriles
debe engañar á sus padres!

Pues aunque tu lo autorices
me opongo yo á toda costa,
no quiero que sufra triste,
las fatales consecuencias
de una pasion invencible,
que labre su desventura
haciéndonos infelices.

TRIFON. Pero, esplícate, qué pasa?
Quién es el novio?

JUSTA Un caribe!

TRIFON. Muger!

JUSTA. No tiene otro nombre:
un pollo de estos que viven
paseándose todo el dia,
sin techo que los cobije
ni profesion conocida;
uno de esos saltarines,
que no hay templo donde recen
ni club donde no prediquen.

TRIFON. Pero lo conoces tú?

JUSTA. Bastante; se llama Enrique.

TRIFON. Y no sabes mas?

JUSTA. *(Con rabia.)* Y sobra.

TRIFON. Muger, no seas irascible,
ese dato vale poco.

JUSTA. Menos vales tú.

TRIFON. (Que tigre!)

JUSTA. Mejor para ambos seria,
que en vez de contradecirme,
pensáras en lo que importa
y no en tocar tanto timbre,
ni andar de campanilleo
con objeto de aturdirme.

TRIFON. (*Incomodándose*)
Justa! Justa!

JUSTA. Justamente.

TRIFON. Justa! no te justi...fiques!
Tengamos la fiesta en paz.

JUSTA. Desde la noche que fuistes
á oir los campanológos
al teatro, nadie vive
en esta casa tranquilo
con el ruido indecible
que mueves á todas horas!

TRIFON. Justa, oyéndote se extingu
hasta la calma de un santo:

si tú tuvieras la firme
aficion que yo á la música,
si supieras lo sublime
que es ese campanilleo
que oyes aquí, y lo difícil
que es combinar los sonidos
que has escuchado insensible,
te entusiasmarías.

JUSTA. Yo!
Ni con cuarenta repiques
de la iglesia Catedral!

TRIFON. (*Con cierto desden.*)
Tienes razon, tu no sirves...

JUSTA. (*Picada:*)
Para qué no sirvo yo?

TRIFON. Hija, no te encolerices;
no sirves para... la música.
vaya que eres susceptible.

JUSTA. Pues acaso sirva mas
Trifon, de lo que imagines.

TRIFON. Si, si. (Tocando el violon,
le ganas á Botessini.)

JUSTA. De lo que aquí hemos hablado
conviene que no te olvides
porque estoy resuelta á todo
antes que mi hija peligre.

TRIFON. Yo haré por saber...

JUSTA. (*De repente.*) Adios. (*Se va.*)

TRIFON. La Magdalena te guie.

ESCENA IV.

DON TRIFON.

Que muger! no deja á nadie
un minuto de reposo;
algunas veces no sé
como no le suelto el toro
y se arma aquí un zipizape.
Ya se vé, yo no me opongo
á su voluntad en nada,
y ella metiéndose en todo
de seguro se ha creido
que aquí sus esclavos somos.
No, pues lo que es desde hoy
los pantalones me pongo

y le probaré que el amo
de esta casa soy yo solo.
Decirme que con la música
la fastidio y la incomodo;
digo, y con los inocentes
instrumentos que yo toco!
Ojalá me hubiera dado
por el chinesco y el bombo
para aturdirla de veras
y que se tirara á un pozo.
(Dirigiéndose al público.)
Y, apropósito señores
qué adelantos tan pasmosos
hago en campanología.
Verdad que soy un Apolo
yo para el divino arte:
tengo una oreja... de oro.
Ah! Desde que en el teatro
escuché una noche absorto
las deliciosas tocatas
de los niños campanólogos,
ni duermo, ni cómo á gusto;
no hallo placer mas hermoso
que el de mi campanilleo
encantador, y, apropósito,
ya que á solas me han dejado
voy á ensayar ahora un trozo
clásico de... Be... tho... u... ven
Vamos á ver si me porto.
(Se dirige á un armario pequeño que habrá al fondo izquierda sobre una mesa, saca varias campanillas de diferentes tamaños y las coloca sobre el velador.)
Ajajá.
(Tocando una campanilla y como si diera una nota con ella.) Dó!
(Id. con otra.) Fá!
(Id.) Si!
(Id.) Re!
(Con alegría frotándose las manos.)
Vamos esto es prodigioso!
(Empieza á tocar la orquesta un vals. D. Trifon acompaña con las campanillas, ya cogiendo una, ya otra y dos ó tres á la vez. Despues

de tocar un momento saca de debajo del tapete del velador una campana de gran tamaño con la que acompaña también, volviéndola á esconder después de tocarla.—Doña Justa entra muy sofocada.

ESCENA V.

D. TRIFON Y D.ª JUSTA.

JUSTA. Trifon! Trifon!
(Viéndole.) Santos cielos!
este hombre se ha vuelto loco!
(Cesa la orquesta. D. Trifon entusiasmado sigue tocando.)
Trifon! Trifon! *(Gritando)* no lo dije,
hombre estúpido, hombre estólido!
TRIFON. Quien? Ah! Que quieres muger?
(Con rabia de verse interrumpido.)
Que se te ofrece?
JUSTA. *(Paseando por la escena.)*
Me ahogo
de corage!
TRIFON. Otro mareo?
JUSTA. Tu aquí armando este alboroto
y mientras arde tu casa.
TRIFON. Por vida del Rey de oros!
qué sucede?
JUSTA. Qué sucede?
Que el desvergonzado pollo
que persigue á nuestra hija,
su avilantez lleva al colmo
de venir á nuestra casa,
de preguntar por nosotros
y de pretender...
TRIFON. Qué dices?
JUSTA. Lo que estás oyendo; Antonio
acaba de abrir la puerta
y en ella aguarda ese... lobo,
que le otorguemos permiso
para entrar aquí.
TRIFON. Qué oigo!
JUSTA. Te digo que es un bribon!
TRIFON. Si, descarado es el mozo.

pero yo voy á quitarle
las ganas de hacer el oso.
Aquí lo voy á traer
y echándole un buen responso,
verás como en adelante
no le hace á la niña cocos.

JUSTA. *(Muy admirada.)*
Y lo vas á recibir?

TRIFON. Hablando clarito y gordo,
es, Justa, como mejor
se arreglan estos negocios.
Espérate, voy por él. *(Vase.)*

JUSTA. Pero... ¡Jesús que sonrojo!
Yo en presencia de ese pillo!
Me vá á faltar el aplomo
y voy á dar un escándalo.
Que se entienda con mi esposo. *(Vase.)*

ESCENA VI.

DON TRIFON Y ENRIQUE.

TRIFON. Pase V. caballerito.

ENRIQUE. (Dios me saque en bien de todo.)

TRIFON. A V. que se le ofrecía?

ENRIQUE. La libertad que me tomo
tengo esperanzas que V.
me disculpe bondadoso.

TRIFON. *(Impaciente.)*
Bueno, al grano, V. que quiere?

ENRIQUE. Mi pretension es tan solo,
que escuche cuatro palabras,
con las cuales me propongo
conseguir que V. me mire,
señor, de distinto modo.
Hace cerca de dos meses.
que, siendo muy venturoso,
tuve la inefable dicha
de que el hechicero rostro
de su hija de V...

TRIFON. Ya entiendo.
Pues basta con el exórdio:
yo no quiero que mi hija
caballero, tenga novios
y...

ENRIQUE. (Lo mismo que la madre

estos padres son dos lobos.)
Mi proceder señor mio,
decente, noble y honroso,
le hará ver á V. que trata...

TRIFON. No, si yo en duda no pongo
nada de lo que V. dice,
pero... aquí no hay acomodo:
mi hija...

ENRIQUE. Mi padre es D. Félix
de Hiraldez.

TRIFON. (*Aparte despues de hacer una reverencia á Enrique.*)
(No lo conozco.)

ENRIQUE. (Pues señor, será preciso
hacer lo que ha dicho Antonio
para lograr conquistarlo.)

TRIFON. Poniendo punto redondo
á nuestra conversacion;
cuanto hablemos es ocioso.

ENRIQUE. Si señor y siento mucho
(*Disponiéndose á ir.*)
que siendo yo un campanólogo
de fama, me trate V.
de un modo tan bochornoso.
(*Movimientos exagerados de sorpresa en D. Trifon.*)
Servidor de V.
(*Saludando para irse.*)

TRIFON' Qué escucho!
Usté es campa... campa... nólogo?

ENRIQUE. Sí señor.

TRIFON. Hombre! y porqué
no me lo dijo V. pronto
y.... siéntese amigo mio.
(*Agasajándole.*)
Aquí estará V. mas cómodo:
en esta butaca.

ENRIQUE. Gracias. (*Se sientan.*)
(Efecto maravilloso.)

TRIFON. (Qué torpe y grosero he estado.)
Conque es V. campa. . nólogo
de los notables?

ENRIQUE. No tanto;
pasé el anterior Otoño
en Paris, donde por suerte
tuve un maestro famoso

que hay de Campanología
y es en el arte un fenómeno:
Monsieur de Campanillé.

TRIFÓN. Campanillé? que armonioso
apellido y qué oportuno.
Será un génio.

ENRIQUE. Es un asombro.
Hace de las campanillas
lo que quiere.

TRIFON. Eso es pasmoso!
No sabe V. señor mio
la aficion que desde mozo
le profeso yo á la música;
por los instrumentos todos
tengo ciega idolatría,
el piano y el armonium
son mi delicia, pero ay!
desde que esos campanólogos
en miniatura, esos niños
encantados, prodigiosos
se exhibieron una noche
en el teatro y yo atónito
escuché sus... campanillas,
no hay sonido mas sonoro
para mí, que el del.... badajo

ENRIQUE. Tiene usted razon.

TRIFON. Y cómo
haríamos caballero
para que aquí entre nosotros
tuviéramos el placer
de oirle? Tengo un antojo...

ENRIQUE. Don Trifon, cuando V. guste.

TRIFON. *Alborozado se levanta y coge (varias campanillas que presenta á Enrique.)*
Hombre, pues sí tengo todo
lo preciso, campanillas...

ENRIQUE. (Diablo!) Aver. (*Toca varias como probando los sonidos.*)
¡Jesus qué tonos!
Esto no sirve de nada.

TRIFON. Qué? Son hechas apropósito?

ENRIQUE. Si señor.

TRIFON. Yo bien decía,
me estaba volviendo loco
y no sacaba partido

de estos instrumentos toscos.
ENRIQUE. Si V. oirme desea,
volveré dentro de poco
y satisfaré con gusto
su pretension.
TRIFON. (*Muy contento.*) ¡Qué alborozo!
Vaya por las campanillas
Pero, que vuelva V. pronto.
ENRIQUE. (Razon tenia el criado
este vejete está chocho.)
TRIFON. Quiero acompañarle á V.
hasta la puerta.
ENRIQUE. Me opongo.
TRIFON. Tengo en ello mucho gusto.
(*Insistiendo*)
ENRIQUE. (Luisa, si seré tu esposo?
(*Vánse.*)

ESCENA VII.

LUISA. (*Despues de una corta pausa y mirando con recelo hácia el fondo.*)

Qué habrá sucedido aquí?
estoy temblando de miedo
desde que le he visto entrar:
aunque antes me habló de cierto
plan que iba á poner en práctica,
como mamá sorprendiéndonos
en el balcon, de repente
nos interrumpió, no acierto
á entender de su visita
inesperada el objeto.
Qué pasará? ¿Qué irá á hacer?
En confusiones me pierdo.

ESCENA VIII.

LUISA.—ANTONIO. (*que aparecerá en el fondo y al ver á Luisa sola se acerca precipitadamente.*)

LUISA. (*volviendo la cara al sentir ruido.*)
Quién? Antonio!
ANTONIO. Señorita!

Ya tóo se arregló en un vuelo.

LUISA. Qué dices?

ANTONIO. Que don Enrique,
valiente mozo, es mas bueno
que er pan: (ma dao veinte duros.)

JUSTA. Esplicate!

ANTONIO. Er gran camelo!
Verasté, yo he sio músico
dos años de un regimiento
y en er tocaba la lira
armirablemente, ar pelo:
(Haciendo como si tocara una lira de banda militar.)
en lo de pan, pin, pon, pun,
jacia del instrumento
lo que me daba la gana;
Como he visto que los viejos
se oponen á que usté quiera
á ese mozo de salero
que tiene tantas moneas
é cinco duros, me he puesto
é parte é la razon
y por no habé mas remedio,
como yo ya sé que al amo
le da po er campanilleo,
vamos á hacé una comedia
don Enrique y yo aquí dentro,
pa que su pare de usté
se guille y le dé ar momento
á su novio esa manita
que vale toito un imperio.

LUISA. Antonio!

ANTONIO. Perdone usté
señorita, la camelo
á usté con tóos mis sentios
y la verdá que no pueo
ver que su mamá de usté
la esté así comprometiendo.

LUISA. Pero...

ANTONIO. Desde esta mañana
tengo abajo el instrumento
y ya sé que don Enrique
va á volvé.

LUISA. Vuelve?

ANTONIO. Corriendo.

LUISA. Eres el diablo. Mis padres.

ANTONIO. Cada olivo á su mochuelo,
(Vase.)

ESCENA IX.

D.ª JUSTA—D. TRIFON. *(que viene detrás queriéndola convencer.)*

TRIFON. Pero, ponte en razon, Justa.
JUSTA. No vuelvas á hablarme de eso,
Trifon, porque de ninguna
manera te lo consiento.
TRIFON. Pero, hija, si es campanólogo.
JUSTA. Aunque sea campanero:
Admitir en casa yo
á semejante muñeco
despues de lo que ha pasado,
rebajarse hasta el estremo
de suplicarle que vuelva,
cuando tu deber primero
era haberle roto el cráneo.
TRIFON. Y nada mas!
JUSTA. Cuando menos.
además quién te asegura
que no se está divirtiendo
contigo ese mozalvete,
le hablarías por supuesto
de esas malditas campanas
que te han trastornado el seso,
y él que es un tunante largo,
tu idiotismo conociendo
habrá fraguado una farsa
para colarse aquí dentro
y ver á Luisa, ay Trifon,
mereces...
TRIFON. Lo que merezco
si sigues así, es la gloria
por la paciencia que tengo.
Yo á ese jóven no le he dicho
como lo estás suponiendo,
ni una palabra de música;
él fué quien me habló de ello
y nombró á los campanólogos.
JUSTA. El fué? Pues ha descubierto

tus chocheces y locuras:
esposo, ténlo por cierto,
eso es que ya en todas partes,
se figuran que te has vuelto
loco con las campanillas.

TRIFON. Justa!

JUSTA. Si, yo misma advierto
en tu semblante algo estraño.

TRIFON. Justa!

JUSTA. Fatal pensamiento,
el de haber ido al teatro
á oir á esos chuchumecos
de campanolócos.

TRIFON. Justa!
O te callas ó rebiento
de cólera, se acabaron
ya todos los miramientos
que durante siete lustros
estoy contigo teniendo.

JUSTA. Y me alzas el gallo?

TRIFON. El gallo?
Todo el gallinero entero
te voy á alzar si prosigues.

JUSTA. Y entrará aquí ése muñeco?

TRIFON. Si, y hablará con Luisa,
y si es muchacho de mérito
se la daré por esposa.

JUSTA. Trifon, cállate!

TRIFON. No quiero,
que no me da la real gana.
Aquí mando yo.

ESCENA X.

DICHOS Y LUISA.

LUISA. Qué es esto?
Papá! mamá! qué sucede?

JUSTA. (Y este era el manso cordero!)

TRIFON. Pronto lo sabrás, Luisita;
ahora marchaos adentro,
y hasta que os avise yo
no salgais de ese aposento.

JUSTA. Pero, Trifon!

TRIFON. Doña Justa,
si no se va V., la echo.

ESCENA XI.

DON TRIFON.

Por fin ha sido preciso
despues de tan largo tiempo
de una dicha... relativa
probarle que no me dejo
gobernar en absoluto:
¡vaya; pues estamos frescos!
Despues de todo, señores,
que motivo tiene serio
para descargar sus iras
contra ese pobre mancebo
á quien apenas conoce.
Es jóven, de buen aspecto,
tiene buena educacion,
es amable... no comprendo
yo ciertas oposiciones:
por sistema, las detesto.

ESCENA XII.

DON TRIFON.—ANTONIO.

ANTONIO. Señó!
TRIFON. Qué quieres, Antonio?
ANTONIO. No me mandó usté que aluego
subiera?
TRIFON. Si, ven acá.
Pon esa mesa aquí en medio,
pero, quítale el tapete.
ANTONIO. *(Haciendo un movimiento de disgusto.)*
La deja usté en esqueleto?
TRIFON. Si.
ANTONIO. (Josú, nos dividió.)
Con permiso de usté, quiero
jacerle á usté una arvirtencia,
mi amo.

TRIFON. Tú dirás.
ANTONIO. No es esto
sigun usté ma esplicao,
pa que venga er caballero
de ante á... campanilleá?
TRIFON. Si.
ANTONIO. Pus entonces, yo creo
que la mesa con tapete
queda mejó pa el efiento.
Asina, está desairá.
TRIFON. Es verdad, vuelve á ponerlo.
ANTONIO. Es la fija. (Cayó er pez.)
(Arreglando el tapete.)
(Por fortuna llega al suelo;)
(Llaman dentro con campanilla. Don Trifon hace un gesto de placer.)
TRIFON. Ay; que timbre tan sonoro!
ANTONIO. (Me haré er tonto.)
(Llaman.)
TRIFON. Majadero,
no oyes que llaman.
ANTONIO. Señó,
no lo oí, voy ar momento.

ESCENA XIII.

DON TRIFON, ENRIQUE Y ANTONIO.

ENRIQUE. *(Desde la puerta.)*
Que estés prevenido, Antonio.
ANTONIO. *(Desde la puerta.)*
Der corredor no me muevo
pa aprovechá la ocasion. *(Vase.)*
ENRIQUE. *(Bajando al proscenio.)*
Señor don Trifon.
TRIFON. Tan presto.
ENRIQUE. Complacerle deseaba
y lo que he tardado siento.
TRIFON. Y trae V. las campanillas?
ENRIQUE. *(Sacando algunas.)*
Si, señor, (le enseñaremos
estas que tienen badajo.)
TRIFON. A ver, qué agradable eco!
qué timbre tan armonioso!
ENRIQUE. Si. (Seis reales y medio

me ha costado cada una)
TRIFON. Conque viene V. dispuesto...
ENRIQUE. A tocar cuanto V. quiera.
TRIFON. Esto va á ser un concierto:
voy por mi esposa y mi hija.
ENRIQUE. (Se anticipa á mi deseo.)
Señor don Trifon, mil gracias:
mas de lo que yo merezco
es concederme tal honra.
TRIFON. Con permiso, pronto vuelvo.
(*Vase.*)
ENRIQUE. (*Viéndose solo y llamando en voz hija.*)
Antonio, Antonio! no viene
Antonio!
ANTONIO. (*Apareciendo con una lira de las que se usan en las bandas militares.*)
Se fué ya er viejo!
ENRIQUE. Si.
ANTONIO. Pus manos al avío.
Le encargo á usté mucho tiento,
pa que cuando toque yo
ande ar compas er meneo
de la campanilla.
ENRIQUE. Estoy.
(*Invitándole á entrar debajo de la mesa.*)
ANTONIO. Oiga usté, pa los comienzos
y er fiñá me toca usté
con er pié.
ENRIQUE. Anda ligero.
ANTONIO. Que abra usté mucho la oreja
pa no perderse.
ENRIQUE. Anda adentro
que vienen ya.
ANTONIO. Dios me saque
con la fortuna que cuelo.
(*Se mete debajo de la mesa.*)

ESCENA XIIII.

ENRIQUE, D. TRIFON, D.ª JUSTA, LUISA Y ANTONIO. (*Debajo de la mesa.*)

JUSTA. (Ah! Trifon, me has de pagar
todo lo que estoy sufriendo.)

TRIFON. *(A D. Enrique presentándole á su esposa é hija.)*
Mi esposa.
ENRIQUE. Señora mia.
TRIFON. Mi hija.
ENRIQUE. Señorita, beso
á V. los piés.
JUSTA. (Hace un rato
lo traté peor que á un negro
y ahora tengo que sufrirlo.)
LUISA. (Estoy temblando de miedo.
TRIFON. El señor, á quien por una
casualidad que celebro,
he tenido el singular
placer, hoy, de conocerlo,
es... artista campanólogo.
ENRIQUE. Señor don Trifon, me temo
no probar lo que V. dice;
yo solamente profeso
al arte mucha aficion.
TRIFON. Vaya, no sea V. modesto.
ENRIQUE. (Ay que ojos me echa la vieja;
con que placer tan inmenso
me estrangulaba.)
TRIFON. Verán
ustedes si yo exagero
el mérito de esa orquesta
maravillosa,
(Enrique saca las campanillas y las prepara.)
JUSTA. (Este asiento
es un potro para mi,
me he de vengar de ese perro
de cualquier modo.)
ENRIQUE. (La vírgen
nos saque en bien de este enredo.)
TRIFON. Qué rato vas á pasar!
LUISA. (Ni aun á mirarle me atrevo.)
ENRIQUE. Señor don Trifon, estoy
á sus órdenes.
TRIFON. Me siento
y usté empieza cuando guste.
ENRIQUE. Cuando guste, pues empiezo.
(Se sienta don Trifon, á su derecha doña Justa y despues Luisa. Enrique se coloca detras de la mesa y empieza á tocar la orquesta un wals ú otra pieza que Aguila acompa-

nar Enrique moviendo las campanillas que no tienen badajo. Una lira que se tocará dentro y que se supone es la que tiene Antonio debajo de la mesa acompañará á la orquesta al mismo tiempo que mueve Enrique las campanillas. Grandes muestras de entusiasmo en don Trifon.)

TRIFON. *(Al poco tiempo de tocar Enrique y sin poderse contener.)*
Bien, muy bien, bravo, magnífico,
es un profesor completo.

ENRIQUE. *(Siempre tocando.)*
(Esto parece que marcha.)

(Grandes aspavientos en don Trifon.)

TRIFON. Bien, admirable, soberbio!
Digo, pues si es un artista
de primísimo cartelo:
(Alzando la voz.)
Bien, rey de los campanólogos,
Vencistes: serás mi yerno.

(Se levanta alborozado con los brazos abiertos para abrazar á Enrique, doña Justa quiere detenerlo por los faldones de la levita.)

JUSTA. Qué escucho, Trifon, detente.

(Don Trifon que al querer abrazar á Enrique no repara en la mesa, la derriba y se descubre á Antonio en cuclillas con la lira.)

ANTONIO. Ay!

LUISA. Virgen santa! *(Rapidez.)*

TRIFON. Qué veo!

(Cuadro.)

ANTONIO. (Santo Dió, er tirrimoto!)

ENRIQUE. (Voy á salir de aquí preso.)

TRIFON. (Se estaban los dos burlando
de mi.)

JUSTA. *(Con ironía.)*
Trifon, lo estás viendo!

TRIFON. *(Furioso.)*
Tunantes!

ENRIQUE. Una palabra.

TRIFON. Ni media, tome corriendo
las escaleras ó cojo
un rewolver y le pego
sesenta tiros.

ANTONIO. *(Aprieta.)*

ENRIQUE. Respete V. el derecho
que tengo de defenderme.
TRIFON. (*Amenazándole.*)
Me está V. comprometiendo!
ENRIQUE. Solo por el gran cariño
que á su hija de V. profeso.
he sufrido resignado
los humillantes dicterios
de V. y de su señora.
Por este inocente medio
su apoyo de V. buscaba
en pro de mis sentimientos
nobles, puros, generosos;
convencido hasta el estremo
de que Luisa me ama,
sé muy bien lo que hacer debo
y me retiro, señores,
pero á fe de caballero,
yo juro que Enrique Hiraldez
sabrá quedar en su puesto.
JUSTA. (*Repentinamente pasando al lado de Enrique.*)
Hiraldez se llama V.?
ENRIQUE. S.
JUSTA. Tiene V. parentesco
con don Felix?
ENRIQUE. Es mi padre.
JUSTA. (Su padre, divinos cielos!
Trifon, Trifon, no lo dejes
salir.) Qué descubrimiento!
(*A Enrique variando de tono y con mucha dulzura.*)
Y por que V. no lo dijo
desde aquel feliz momento
en que conoció á mi hija?
TRIFON. (*Muy admirado.*)
(Esposa, qué estás diciendo?)
JUSTA. (Cállate, imbécil, si es hijo
único, de ese banquero
que ha venido de la Habana.)
TRIFON. (Quién?)
JUSTA. (Diez millones de pesos
tiene.)
TRIFON. (¡Que barbaridad!)
(*Movimiento exagerado.*)
(*Acercándose á Enrique.*)

Pero, hombre, por San...Tadeo
porque no me habló V. claro
y me dijo desde luego
que quería usté á la niña
y todo estaba resuelto:
pero que gracia ha tenido,
hija mia, este camelo
que me ha dado don Enrique.
Ja! ja!

JUSTA. Ja! ja!

ENRIQUE. (Ya comprendo
el porqué de la mudanza;
no merece este ángel bello
ser hija de tales padres.)

JUSTA. (*A Luisa.*)
Regocíjate, lucero.
Mira á tu novio!

ENRIQUE. (*A Luisa con amor.*)
Luisa,
á tu marido muy presto.

TRIFON. (Su marido!) (*Casi al mismo tiempo.*)

JUSTA. (Su marido!)

TRIFON. (*A Justa.*)
(Ves, por poco no perdemos
todo, por tu intolerancia:
rinde culto á mi talento,
este novio lo ha traido
aqui, mi campanilleo.)

ENRIQUE. Ven, Antonio.

ANTONIO. Señorito...
Don Trifon...

TRIFON. Ah! picaruelo.

ENRIQUE. Te doy las gracias por todos
los favores que te debo.

ANTONIO. Señorito, si V. quiere
una estreyita del cielo
pa ese otro cielo, hable usté
y se la bajo corriendo.
Lo poco que yo he hecho aqui
no vale pa agraecerlo.

ENRIQUE. No te olvidaré.

ANTONIO. (*Acercándose á don Trifon.*)
Señó,
yo estaba aqui viendo un pleito
que por razon natural
tenía usté que perderlo

y...me pasé al enemigo
hasta con el instrumento.
(En voz baja y con intencion.)
Lo he tocao con...gracia?

TRIFON. Si.
Yo aplaudo feliz los hechos
consumados, mas suplico
por última vez, rindiendo
culto á mi gran afecion,
que ahora, para complemento
de este desenlace, todos
tomen parte en el concierto;
cada cual su campanilla
y estén á mi voz atentos.

(Coje cada uno una campanilla. D. Trifon se dirige al público)

Pues la pieza terminó
tan á las mil maravillas,
pruébanos que te agradó
y...que oiga un aplauso yo
al son de las campanillas.

(Todos saludan tocando las campanillas.)

CAE EL TELON.

¡VENCIDO!

MONÓLOGO DRAMÁTICO

ORIGINAL Y ORIGINAL

ESCRITO PARA EL PRIMER ACTOR

D. FRANCISCO [illegible]

POR

JOSÉ DE VELILLA

Estrenado, con gran éxito, en el Teatro [illegible] (Sevilla), en la noche del 6 de Mayo de 1892.

SEVILLA.
[illegible]
1892



Al Ilmo. Sr. D. Ricardo Fernández de Miranda y Sandoval, Marqués de Gramio Real, en testimonio de consideración y agradecimiento.

El Autor.

Personaje.	Actor.
Fernando.	D. Francisco Fuentes.

Esta obra es propiedad de D. Francisco Fuentes, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrado, ó en adelante celebre tratados internacionales de propiedad literaria.

El propietario se reserva el derecho de traducción.

Los ejemplares auténticos de la ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA de D. EDUARDO HIDALGO son los garantizados exclusivamente del cobro de los derechos de representación y venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

Decoración.

Gabinete lujosamente amueblado: al foro recibimiento; á la izquierda del foro, alcoba, en la que se ve una cuna colgada de blanco, y en ella un niño dormido, conviniendo para el efecto que sea un verdadero niño, de uno á dos años, y no una contrafigura: puertas laterales: entre las dos de la derecha aparato de teléfono.—Retrato grande, de mujer, con traje de desposada, en un caballete elegante: sobre un sofá un abrigo de cocheje.

ESCENA ÚNICA

RAIMUNDO

(Al alzarse el telón, se despide, á la puerta del recibimiento, figurando venir de la calle, de los dos sugetos que le han servido de testigos en un lance de honor.)

Les estoy reconocido:
que me noticien, les ruego,
por el teléfono, luego,
el estado del herido.

(Los testigos saludanle y vanse.)

Ya se fueron: todo pasa....
¡Cuánto va de ayer á hoy!
En mi propia casa estoy:
no me parece mi casa.
¡Mi hogar este hogar vacío,
triste, obscuro, silencioso!...
¡Me asombra tanto reposo,
me da miedo, me da frío!

¡Qué [illegible]
en que vine al mundo [illegible],
para el amor te sirve...
y sirves para el dolor!
¡Quién pudiera imaginar
tal pena, tal desconsuelo!
Y es verdad: vengo de un duelo....
vengo de herir.... ó matar.
¡Yo, con la espada en la mano,
y la espada ensangrentada,
y á mis piés, casi sin vida,
quien fué mi amigo, mi hermano,
y, olvidándolo, en mal hora,
manchó, atrevido, mi honor!...
Cayó espirante el traidor,
pero aún vive la traidora.
(Pausa.—Deja el sombrero, el capote y la espada que ha traído de la izquierda.)
¿Qué pasó?... ¡Si esto fué ayer!...
Yo, sereno, confiado,
de mi esposa enamorado....
¡pérfida y loca mujer!
Aquí, cuando anochecía,
la traición tuvo ocasión,
porque siempre la traición
huye de la luz del día.
Lo ví, y dudé.... lo confieso:
escuché.... no sé qué oí....
entre las sombras sentí
el ténue roce de un beso;
pero aquel beso liviano,
que en dulce roce empezó,
por estallido acabó
bajo el golpe de mi mano. (Levantase.)
Dió Elisa un grito: «¡Raimundo!»
yo di otro grito: «¡Gabriel!»
Y me arrojo sobre él,
y le estrecho, y le confundo!
Con tal empuje y tan fiero
nuestros cuerpos se ceñían,
que los músculos crujían

[illegible]
—[illegible],
crujiendo entre dientes,
y en los muebles y en las puertas
con que, acaso, tropezó,
aturdido, sin sentido,
dejé, en señal de mi ultraje,
desgarraduras de encaje,
¡tronos de su vestido;
como si, al marchar sin calma,
correspondiera, tal vez,
del cuerpo la desnudez
á la desnudez del alma!
—Aquí los dos abrazados,
mas con abrazo tan fuerte,
que ser pudo el de la muerte....
nos separan los criados.
El duelo al amanecer....
¡qué frío comienza el día!
No tanto cual la hoja fría
que iba en su pecho á esconder.
Duelo horrible, lucha franca:
Gabriel sus fuerzas agota:
tiendo el brazo, y roja gota
tiñe su camisa blanca;
roja como la reciente
vergüenza de mis agravios,
roja como aquellos labios
que acariciaron mi frente.
¡Afecto, santa amistad,
que en la vida nos unió,
qué fácilmente en borró
la femenil liviandad!
Gabriel, tu nombre, clavado
en la memoria, no olvido,
y porque fué el más querido
es, ahora, el más odiado.
Con el mar luchando á solas,
de un naufragio te salvé;
¡imbécil, que no deje
que te arrastrasen las olas!

[illegible]
con [illegible]
[illegible]
[illegible]
tanto engaños y fingir.
—Comprendo con qué emoción
llegarías a mi puerta,
que estaba para ti abierta
lo mismo que el corazón.
¡Qué zozobra para hablarme!
Para oirme.... ¡qué recato!
Los ojos fijos al suelo,
por no atreverte a mirarme....
¡Qué astucia.... qué andar furtivo!
¡Cuánto acechar... cuánta huida!
La ocasión tanda y temida,
corto el bien y fugitivo.
¡Tú, cautela y falsedad
y engaño para mi ofensa,
y yo sin otra defensa,
sin otra, que mi lealtad!
Quizás te causaba horror
tu amoroso frenesí,
que debe empezar así
el castigo del traidor!
Me he vengado: acaso espira
en este instante Gabriel...
(Obstinándose, mirando al retrato y creyendo que tiene figura real.)
¡Y qué traviesa la infiel,
qué fijamente me mira!
¿No tenga que, en mi arrebato,
con su funesta pasión
acabe...? — ¡Oh fascinación!...
¡Que así me turbe un retrato!
(Acercase, y lo contempla, pensando á momentos en tornarse.)
En tu pecho el azahar,
y de azahar coronada....
Así estabas, prenda amada,
cuando te llevé al altar,
y, oídos los parabienes,

prisionero en sus bucles,
besé los rebeldes rizos
que jugaban en tus sienes.
—Cuando recios vendavales,
fuera del hogar, bramaban,
en invierno, y empañaban
lluvia, ó nieve, los cristales,
nosotros, sin pesadumbre,
cambiábamos pensamientos
al crujir de los sarmientos,
ó de la encina, en la lumbre.
Si al llegar la primavera
con sus flores y su brisa
embalsamada, tú, Elisa,
entre rosales, ligera
seguías las mariposas,
te miraba, imaginando
que donde tú ibas pisando
iban naciendo las rosas.
Luégo, en los cálidos meses
en que arde el sol con más brío,
y el sediento y rojo estío
madura frutos y mieses,
venían á salpicar
nuestros rostros extasiados
copos de espumas, llevados
por el viento de la mar!
¡Y tú pudiste ofenderme,
ingrata como ninguna!
(Mirando la cuna, que está en la alcoba)
¡Ni aun te detuvo esa cuna
en que nuestro niño duerme!
Es vil deshonrar á un hombre,
pero, madre sin cariño,
deshonrar á un hijo, á un niño....
eso ya no tiene nombre!
—No me atormentes así,
memoria: buscaré modo
de olvidar; pero.... ¡si todo
me está hablando de ella aquí!
(Reparando en el abrigo de encajes, y tocándolo.)

Sr. D. Francisco Fuentes.

Mi estimado amigo: Cediendo á los ruegos, que para mi amistad eran imperiosos, del Sr. Marqués de Premio Real, y á los de V., le escribí, en contadas horas, esta obrilla, y entreguésela desconfiado de su éxito. V., con admirable talento, ha hecho de ella una creación propia, cosechando, en la representación, continuos y entusiastas aplausos; y justo es que yo complete esa propiedad artística con la material de la obrilla, que, reconocido, le ofrezco, en la creencia de que la aceptará, no reparando en lo corto de la dádiva, sino en la voluntad y el afecto con que es ofrecida.

Suyo es, pues, desde ahora, por el arte y por el derecho, el monólogo Vencido, como es suyo afectísimo,

q. l. b. l. m.,

José de Velilla.

Sevilla 8 Mayo 1891.

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR

D. Jaime el desdichado. . .	Drama original, en tres actos y en verso.
Una herida en el alma. . .	Drama original, en un acto y en verso.
El hijo de Sancho el Noble.	Drama original, en tres actos y en verso.
Mitra de Amascua, ó El valle de lágrimas.	Drama original, en tres actos y en verso.
Apuesto de amor.	Comedia arreglada, en dos actos y en verso (1).
Sobra y falta.	Comedia original, en tres actos y en verso.
Vilma.	Drama original, en tres actos y en verso.
La expulsión de los moriscos.	Drama original, en tres actos y en verso.
Torrigiano.	Drama original, en un acto y en verso (2).
El último día.	Drama original, en un acto y en verso (3).
La luz del rayo.	Drama original, en tres actos y en verso.
Reinar para no reinar. . . .	Drama original, en tres actos y en verso.
La duda.	Drama original, en tres actos y en prosa (4).
A espaldas de la ley.	Drama original, en tres actos y en verso (5).
Los enemigos del orden. . . .	Comedia original, en dos actos y en prosa (6).
Daniel.	Comedia original, en tres actos y en verso.
Vencido!	Monólogo dramático, original y en verso.

(1-2-3) En colaboración con D. Luis Montoto.
(4-5-6) En colaboración con D. Luis Barudero.

DON PEPITO.

R. 40318

AL DISTINGUIDO PRIMER ACTOR CÓMICO

DON JOSE GARCIA.

Mi querido Pepe: Ruego á usted se sirva admitir la dedicatoria de *Don Pepito*, no por lo que él vale, sino por lo que usted le ha hecho valer.

Cortés.

Adela
Pilar
Robustiana
Facundo
Andres
Pepito
Juan

n moza

ACTO ÚNICO.

Sala baja en casa de D. Facundo, adornada al gusto de Sevilla en la estacion veraniega.—Cuatro puertas laterales.—Puerta y grandes rejas al foro, por las cuales se ve el patio.—La primera puerta, derecha, figura ser el paso al jardin. La segunda, del mismo lado, el cuarto de Doña Robustiana. La primera, izquierda, el de Adela. La segunda, del mismo lado, el de Pilar.—Macetas en las ventanas, etc.

ESCENA PRIMERA.

ADELA, PILAR, y á poco JUAN.

ADELA. Ay, Pilar; qué desgraciada
he nacido.
PILAR. Ya volvemos
á los suspiros?
ADELA. ¿Qué quieres
que haga, cuando me encuentro
en un mar de confusiones?
PILAR. Tener tres novios á un tiempo!
Pues debe usted afligirse,
que el caso no es para ménos.
ADELA. Esa es mi fatalidad.
PILAR. Señora, tenga usted pecho,
que hoy quedarán para siempre
terminados los misterios.

ADELA. No viene don Juan.
PILAR. Descuide,
que no se hallará muy lejos.
ADELA. Tú le has visto?
PILAR. Claro está,
y quedamos... Por supuesto
qué fué magnífica idea
la de hacerle su maestro
de piano: así entra y sale
sin que nadie extrañe el verlo.
Aquí le tiene usted ya.
JUAN. Adios, Adela. Qué veo,
tú has llorado!
ADELA. Sí.
JUAN. Por qué?
PILAR. Y que pregunte usted eso!
JUAN. Si me quieres, nada temas.
¿No ha de poder nuestro ingenio
vencer á tales contrarios?
Descuida; los venceremos.
PILAR. Yo he visto ya á don Pepito,
el matasanos de un pueblo
que tendrá... cincuenta casas.
Calcule usted lo despierto
que será: hace ya dias
que me ha ofrecido dinero
porque yo le facilite
la entrada, y hace un momento
que le he visto en el jardin;
le llamo, y armo el enredo
con la tia.
ADELA. Ella presume
que viene por ella.
JUAN. Bueno:
pues á ver si lo arreglamos
de tal manera, que el viejo
se encuentre con él.
PILAR. Espera
á un señor del extranjero,
que es músico; se le hace
creer que es él, y cuando luego
descubra el embrollo, es claro,

lo despavila y *laus deo.*

JUAN. Bien pensado. Yo ahora mismo
me marcho á ver si tropiezo
con Andrés: él, que es muy bruto,
con facilidad le meto
un embrollo en la cabeza.
Yo aseguro que los celos
de Andrés den el resultado
que los tres nos proponemos.
Conque manos á la obra.

ADELA. Pero y si despues?...

JUAN. No hay pero.

ADELA. Y si mi tio?...

JUAN. Á su tio
sólo le importan los nietos
para el coro de angelitos.

PILAR. Manos á la obra: empecemos
nuestro plan de ataque, y Dios
nos ayude en nuestro empeño.

JUAN. El amor todo lo vence.
Adios, mi gloria, mi cielo!
Tu cariño... (y tus pesetas)
ó un nicho en el cementerio.

PILAR. Retírese usted, don Juan,
que viene el tio.

JUAN. Hasta luego.

ADELA. Tampoco quisiera verle.

PILAR. Pues retírese usté adentro. (Vase Adela.)

JUAN. Ojo alerta.

PILAR. No hay cuidado.

JUAN. Si pesco el dote...

PILAR. Comprendo.

(Vánse por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA II.

D. FACUNDO, y á poco PILAR, y despues ADELA.

FAC. Do—re—mi—fa—sol—la—si.
Estoy loco de contento!
Si logro que mi sobrina
tenga un lucido himeneo,

y que asistan á sus bodas
lo mejorcito del pueblo,
me hago un músico eminente;
pues todos saldrán diciendo
que don Facundo Cientonos
compuso un himno soberbio,
y que se cantó en las bodas
de su sobrina, y ligero
resonarán por los ámbitos
los acordes de mi genio.
Fa-sol-fa-sol. Voy á ver...
do-re-mi... á don Tadeo,
para ver si... fa-sol-la...
llevo á cima mi proyecto.
Pilar?

ESCENA III.

D. FACUNDO y PILAR.

PILAR. Qué me manda usted?
FAC. Llama á mi sobrina. Presto!
PILAR Voy, señor!
FAC. Anda volando.
PILAR. Volando no; iré corriendo.
(Vase por la puerta primera de la izquierda.)
FAC. Veremos si al fin se encuentra
conforme con mis deseos.
Adelita, una pregunta
ántes de irme hacerte quiero.
ADELA. Diga usted, que á todo, franca,
contestarle le prometo.
Pero le advierto á usted, tio,
que si es del casamiento
lo que me va á preguntar,
nada más responder puedo
que lo que ya he contestado;
y es que en tal cosa no pienso.
FAC. Qué se entiende! Así respondes
á tu tio! Á todo un genio!
Porque soy un genio, sabes?
ADELA. Yo ya he dicho lo que siento.

FAC. Zambomba! Esas son rarezas.
Que no le amas, ¿y qué es eso?
Como tú te des buen arte,
el amor se engendra luego.
Que es prudente, tú le chillas;
que él te chilla, tú, silencio.
Haces en todo tu gusto
cogiéndole el flaco al genio,
y á vivir, que es la cuestion.
Tú dices: apechuguemos,
que ya llegará la mia.
Llega la tuya y... no quiero
decirte lo que has de hacer,
porque por sabido tengo
que las mujeres aprenden
sin la ayuda de maestro.
Con que adios, sobrina mia;
voy á casa de tu suegro.
Seis nietos! Me vuelvo loco
solo al pensarlo! Seis nietos!
Vaya un coro de angelitos!
De alegría pierdo el seso!
Do-re-mi-fa-sol-la-si...
Voy á verle: pronto vuelvo.
Fa-sol-fa-sol-fa-sol-la...
Seis nietos, Señor, seis nietos!
(Vase solfeando por el foro.)

ESCENA IV.

ADELA y á poco DOÑA ROBUSTIANA.

ADELA. Mi tio se ha vuelto loco!
Pobre! Lástima le tengo!
ROB. Adelita?... (Saliendo segunda puerta derecha.)
ADELA. Mande usted.
ROB. Dale con usted! No quiero
que me hables así.
ADELA. Pues cómo?
ROB. Háblame de tú.
ADELA. No debo...

ROB. Por qué razon? Pues no somos
de una misma edad y sexo?
ADELA. El sexo, sí, más la edad...
ROB. Qué quieres decir?... Yo tengo
veinticinco abriles: tú...
ADELA. Diez y nueve.
ROB. Y bien, qué es eso
en una mujer soltera
que vive en el hemisferio
de la doncellez? En tanto
que se agita en nuestro pecho
el gérmen de las pasiones
todas, poco más ó ménos
somos iguales. Sabrás
que tengo mi quebradero
de cabeza.
ADELA. Sí?
ROB. Y un mozo...
de rechupete.
ADELA. Me alegro!
ROB. No has visto?... Me da un rubor...
Pero á ti te lo confieso.
Entre jóvenes, qué diantre,
siempre son estos secretos
su comidilla privada.
Castañuelas, qué mancebo!
No has observado en la esquina
á uno un poquito moreno?
ADELA. Pienso que sí.
ROB. Pues bien; ese.
El otro dia en un tiesto
del jardin me hallé esta carta...
y yo, que era, comprendiendo
para mí, la abrí y ¡ay, chica!
qué pasion... y qué conceptos...
Mírala.
ADELA. (Calle, mi carta!)
ROB. Escucha!
ADELA. (Me gusta!...)
ROB. Empiezo.
«Una niña soltera,
es una rosa

que tiene por escudo
sus verdes hojas:
mas llega un dia,
que un pajarillo astuto
sus hojas pica.
Yo seré el jardinero
que en espantajo
se trueque por librarte
del picotazo;
mas para serlo
necesito me otorgues
tu mano en premio.
Soy doctor en la ciencia
de medicina;
tú á mis enfermos matas
ó das la vida.
Pues mis recetas,
las dictan esos ojos
¡ay! que me queman.
Eres como el beleño,
que cura ó mata,
eres de mis dolientes
la vida y savia.
Quiéreme, niña,
la humanidad entera
te lo suplica.
Cuatro meses te quiero,
y en este espacio,
he mandado cien almas
al otro barrio;
y de seguro,
si no me quieres pronto
se acaba el mundo.»
Qué te parece?

ADELA. Muy bien.
Es decir que ese estafermo
viene por usted. Já! já!

ROS. Cómo estafermo; si es médico!

ADELA. Pues ese. Já! já! já! já!

ROS. Niña!

PILAR. De risa me muero!

ROS. Pero Adelita...

ADELA. Já! já!
ROB. Niña!
ADELA. Já! já! Buen provecho!
(Vase primera puerta izquierda.)

ESCENA V.

ROBUSTIANA.

Castañuelas! La niña
bien se ha reido!
El despecho la impulsa;
ya lo adivino.
¡Claro, tu risa
manifiesta que tienes
envidia: envidia!
Estas niñas presumen
que solo ellas
tienen... así... pues... vamos
sangre en las venas.
Las damos tédio;
como si una no fuera
de carne y hueso.
Espejo de mi vida (Mirándose al espejo.)
fiel consejero
que las verdades dices:
dime, ¿no es cierto
que no te mofas?
¿No es verdad que aun me encuentras
apetitosa?
Mi cintura es esbelta,
cabellos negros...
Porque si me los tiño,
qué saben ellos?
Fresca mejilla...
Los lábios nacarados...
Dulce pupila...
Robustianita, vamos,
no seas coqueta.
Aún estás para el caso;
que tu belleza,
es tuya al cabo,

puesto que tu dinero
te está costando.

ESCENA VI.

PILAR, ADELA, y á poco ANDRÉS.

PILAR. Señorita.
(Saliendo por el foro y dirigiéndose a la primera puerta izquierda.)
ADELA. Qué me quieres?
PILAR. Que viene.
ADELA. ¿Quien viene, habla?
PILAR. El lobo.
ADELA. A mala hora llega!
Dile que...
PILAR. Aquí está ya.
ADELA. Calla!
AND. Buenas noches.
ADELA. Buenas noches.
PILAR. (Qué trompa trae, vírgen santa!)
ADELA. (De fijo ha visto á don Juan?)
Decia usted algo?
AND. Nada. (Pausa.)
(Cómo yo estalle!...)
ADELA. Y no ha visto
á mi tio?
AND. No.
ADELA. Me extraña.
AND. Pues no lo he visto...
PILAR. (Y amen.) (Pausa.)
ADELA. Pero qué luna tan clara!
¿No es verdad?
AND. Sí: muy hermosa;
y sin embargo, amenaza
tormenta.
PILAR. Qué disparate!
AND. Quieres tu callar? No basta
que yo lo diga?
PILAR. (Qué bruto
es el buen señor!) (Pausa.)
ADELA. Me pasma

el verle á usted tan callado!

AND. No gasto pólvora en salva.
Ya vendrá el dia... de...

ADELA. Qué?...

AND. De que yo la boca abra.

ADELA. Pues ya puede usted empezar.

AND. Es pronto. (Pausa.) (Se me arrebata
la sangre y voy á hacer!...)
Y su profesor?

ADELA. Acaba
de salir...

AND. Le he visto!

ADELA. Entónces
la pregunta es excusada. (Pausa.)

AND. (Si suelto la escandalosa...)

ADELA. Y la entrevista fué larga?

AND. No.

PILAR. De qué hablaron ustedes?

AND. De monas! (Váse precipitadamente.)

ADELA Jesus!.

ESCENA VII.

ADELA y PILAR.

PILAR. Y anda
sin un bozal por las calles
ese hombre! Cosas de España.
Conque ya lo ha oido usted;
la tormenta que amenaza
es que ya don Juan le ha puesto
dándole un quiebro en las astas,
el primer par; y de fuego
segun se explica. Ahora falta
la segunda parte. A ver.
(Asomándose por la primera puerta izquierda.)
Allí está como una estátua
esperando aviso.

ADELA. Quién?

PILAR. El cirujano de marras.
Conque retírese usted,
que aquí empieza la batalla

que yo dirijo.

ADELA. Sí, pero...

PILAR. Qué pero, ni qué manzana.
De frente: el buen militar
nunca vuelve las espaldas.
Le llamo, y luego la tia.

ADELA. El diablo es esta muchacha! (Vase.)

ESCENA VIII.

PILAR, y á poco D. PEPITO.

PILAR. No perdamos tiempo. Chis...
(Acercándose á la primera puerta de la derecha.)
Venga usted.

PEPITO. Qué ocurre, chica?

PILAR. Qué ha de ocurrir? Que entre usted.

PEPITO. Me costará la salida
lo que me cuesta la entrada?

PILAR. Qué disparate. Vacila
cuando logra esta ocasion
que proporciona ella misma?

PEPITO. Ya estoy dentro. (Entrando.)

PILAR. Aguarde usted.
Voy á llamarla.

PEPITO Chiquita.
¿Hay algun hombre en la casa? (Deteniéndola.)

PILAR. Ninguno.

PEPITO. No lo decia
porque tenga miedo, no;
yo soy un hombre de fibra.
Pero bueno es ser prudente
y que... pues!...

PILAR. Vuelvo en seguida.

ESCENA IX.

D. PEPITO, y á poco ROBUSTIANA y PILAR por la puerta segunda de la derecha.

PEPITO. Héme aquí. Con este van
tres meses y cuatro dias

que vengo diariamente
desde mi pueblo á Sevilla
por ver esa ingrata hermosa,
tan ingrata como linda,
que con sarcásticas burlas
responde a las ansias mias.
Hipócrates y Avicena,
Galeno, en vano mi vista
recorre los protocolos
de vuestra ciencia esquisita
para aprender á curar
las amorosas heridas!
Que ungüento, qué cataplasma
podrá madurar la impía
dureza de un corazon
que se goza en mis fatigas!
Veinticuatro sanguijuelas
aplicadas en la misma
membrana del corazon,
ménos dolor me darian
que el que tú diariamente
me produces con tu risa!
¡Mi amor es una cantárida,
una ventosa, una bizma!
¡El tuyo es un miserable
glóbulo de homeopatía!
¿De qué me sirve tu acónito,
cuando el ardor que me irrita
necesitaba un caldero
de grama y zarzaparrilla?
Guarda el azúcar de leche
con que tus labios almibas,
si para mi mal no encuentras
más tónico que el acibar!
Ya se acerca: ya está aquí.
Allá voy. Mujer divina!

(En este momento aparece en la puerta Robustiana y Pilar. Esta pasa á colocarse en medio, y retrocede Robustiana al ver el ataque brusco de Pepete.)

ROB. Castañuelas!

PEPETO. Me lucí
Perdone usted, señorita...

(Ap. á Pilar.)
(Si no es esta, si es la otra.
PILAR. De veras? Pues yo creia...)
ROB. Vete, Pilar.
PILAR. Voy á ver
qué hay de nuevo en la cocina. (Vase Pilar.)

ESCENA X.

ROBUSTIANA y PEPITO.

PEPITO. (Momento de pausa.)
ROB. (A ver si él principia.)
Jé! jé! (No se atreve.)
PEPITO. (Ya tose.)
ROB. (Vacila!
Qué haré?...) Ay! ay! ay!
PEPITO. (Se queja!)
ROB. (Ya mira!)
PEPITO. (Soy médico y debo...
Jesus! qué estantigua!)
¿Se siente usted mala?
ROB. Ay Dios de mi vida!
Qué susto!
PEPITO. La asusto?
Estése tranquila,
que ya me despido.
ROB. No, no; mas creia
que sola me hallaba...
y al verle... mi vista
creyó que... Eso ha sido.
Y yo... pues... Me crispan
los nervios de un modo...
(Jesus! No me anima!)
PEPITO. Pues para los nervios
el agua de tila...
ROB. Fué sólo un vahido:
se pasa en seguida.
¡Hay unos calores
en este Sevilla!...
No dice usted nada?
(Abaniciándose con coquetería.)

PEPITO. Yo? nada.
ROB. Qué hacia?
PEPITO. Buscando... unas plantas
me ocupo estos dias.
La verja ví abierta
y entré...
ROB (Ya se anima.)
Y entró usted buscando
lo que necesita.
PEPITO Es cierto.
ROB. Pues fácil
será el adquirirlas,
si usted, cauteloso,
la tierra examina,
que en este pequeño
verjel de delicias,
hay flores hermosas
y raras.
PEPITO. Se miran;
algunas he visto
que más me valia
no haberlas mirado.
ROB. Comprendo el enigma.
Su mano.
PEPITO. Mi mano!
ROB. Á qué edad se agita
así en nuestras venas
la sangre y la vida?
PEPITO. Señora... (Esta vieja
me pone en berlina!)
ROB. Usted, que es del arte...
PEPITO. (Galeno me asista!)
ROB Sabrá conocerlo.
PEPITO. Mi ciencia no explica
que sólo al contacto,
y así .. por encima,
las hembras conozca
como una sandía.
ROB. Por fin no lo acierta?
PEPITO. (Y no está malita!)
ROB. Repare en mis dientes.
son perlas.

PEPITO. Malicia
mi fe, por las pruebas
que usted ahora frisa...
(No sé qué decirle.
Me pega esta arpía
si digo sus años!)
ROS. Á ver, diga, diga!
PEPITO. Tendrá... veinticinco?
ROS. Qué acierto, la misma!
PEPITO. (Sus cincuenta yerbas
las tiene cumplidas.)
ROS. Veinticinco abriles!
PEPITO. La edad más bonita...
(Para que por perra
te diesen morcilla!)
ROS Edad en que el alma
se muestra expansiva;
edad en que el pecho
sus puertas desquicia,
y deja que lleguen
hasta él las purísimas
querellas de amores
por él sugeridas.
Las aves, las flores,
los peces, la hormiga,
el bruto...
PEPITO. Señora!...
ROS. Qué fué?
PEPITO. Que me mira
usté y me señala!
ROS. Mi accion sólo es hija
del vivo entusiasmo.
Perdona.
PEPITO. (Maldita!)
Que usted me tutea!
ROS. De poco te admiras.
PEPITO. De poco!
ROS. Está claro.
¿De un alma expresiva,
quién calma y contiene
su fuerza y su fibra!
Te adoro!

PEPITO. ¡Dios mio!

RUB. Paloma sencilla,
llegaste á la reja
do en paz y tranquila
y en negras tinieblas
mis años corrian.
Tus quejas lanzastes:
te oyeron las mias,
y fiero rompistes
con ruda embestida
mi carcel de hierro.
¡Tu amor es mi dicha!
Huyamos si quieres:
la Rusia, la China:
los mares remotos...
los montes nos brindan
sus cóncavos senos:
y al fin decidida,
ya nada en el mundo
me hará que desista.
¿Y nada me dices!

PEPITO. Qué quieres que diga
si no entiendo jota
de tal retahila.
El ave, la reja,
la vaca, la hormiga,
las quejas, los aves,
la flor, la gallina,
el bruto, la sombras,
el pecho, las fibras,
los quicios del alma,
la ruda embestida,
la tierra, los mares,
el valle, la cima,
los peces, las ranas,
la Rusia, la China...
Que el diablo me lleve
si yo presumia,
que hubiese en el mundo
mujer más redicha...
(ni vieja más verde
la he visto en mi vida!)

ROB. No mientas, tontito.
PEPITO. No miento, tontita!
ROB. Me adoras, lo creo,
pues todos los dias
te han visto mis ojos
pegado en la esquina.
PEPITO. Pegado!
ROB. Si, hermoso!
PEPITO. Señora!...
ROB. No insistas.
Mi amor te ha flechado.
Serás mi delicia...
Tu amor, ó la muerte.
Adios, alma mia. (Tirándole un beso.)

ESCENA XI.

ROBUSTIANA, PEPITO y PILAR, por el foro, y a poco ANDRES.

PILAR. La fiera viene.
PEPITO. La fiera!
PILAR. Le he visto doblar la esquina!
ROB. Castañuelas!
PILAR. Por aqui,
y usté á mi cuarto.
PEPITO Por vida.

(Pilar hace entrar á D. Pepito por la segunda puerta derecha. Robustiana se va por la segunda izquierda; Pilar se queda junto á la puerta segunda izquierda. Sale Andrés por el foro con los brazos cruzados, y baja muy despacio hasta el proscenio, y despues de una pausa se da una palmada en la frente y se va precipitadamente por la puerta del jardin.)

PILAR. Vaya usted con Dios, amigo.
PEPITO. Salgo? (Asomando la cabeza.)
PILAR. Espere usted.

(Se acerca á la primera puerta derecha y al mismo tiempo asoma la cabeza Pepito.)

PEPITO. Chiquita?
Que estoy haciendo las veces
de una rata perseguida.
Salgo ó no? En qué quedamos?
Se puede hablar con la niña?

PILAR. Espere usted. (Mirando á un lado y á otro.)
PEPITO. No me traigas
otra vez á la maldita
vieja, porque la administro
una dósis de estrignina.
PILAR. Si es que yo me equivoqué.
Pensé que le gustaria
el jamon rancio...
PEPITO Ni fresco.
Conque á ver, que tengo prisa.
Y quién es ese señor?
PILAR. Es un lobo con levita
amigo de don Facundo.
PEPITO. Canario! Su cara indica
que es capaz de cualquier cosa.
Como que es un lobo.
PEPITO. Mira...
no le parece mejor
que vuelva?
PILAR. Si desperdicia
esta ocasion, *volaverunt*.
Pues no sé... Qué se diria?
Aguarde usted un momento.
(Váse por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA XII.

PEPITO, y á poco ADELA, PILAR, y en seguida ANDRÉS.

PEPITO. Esta muchacha me anima.
Tiene razon, si me voy...
ADELA. Caballero!
PEPITO. Señorita!
ADELA. Pilar, es este señor?...
PEPITO. Yo soy, yo, que en ánsias vivas
espero hace ya tres meses...
y por fin...
PILAR. Que se aproxima
la fiera!
(Viendo llegar á Andrés por la puerta primera de la derecha.)
ADELA. Dios mio!

PILAR. Aquí.
(Llevándole á la segunda puerta de la derecha.)
ADELA. Dios nos valga!
PEPITO. Dios me asista! (Entra.)
(Sale Andrés por la puerta del jardín muy de prisa; se para de pronto, mira á las dos mujeres que se habrán quedado una á cada lado de la escena; corre á una y á otra, las coge por las manos y las baja al proscenio, las mira fijamente, por último las suelta con rabia.)
PILAR. (Animal!
ADELA. Le cuadra el nombre!)
AND. Cayó el pájaro!
PILAR. No diga barbaridades.
AND. Qué!
PILAR. Claro.
Aquí no hay más pajaritas
que las que ve. No hay más machos
que usted.
AND. Lo he visto!
PILAR. Su vista se engañó!
AND. Ahora sabré...
(Entra por la puerta segunda de la derecha.)

ESCENA XIII.

ADELA, PILAR, ANDRÉS y á poco DOÑA ROBUSTIANA por la segunda puerta de la izquierda.

ROB. Traicion! traicion! osadía! (Dentro.)
Respeto á mi sexo! Ay!...
Castañuelas! (Saliendo.)
AND. Señorita, dispense usted.
ROB. En mi alcoba!
Qué atropello! Qué perfidia!
En el casto domicilio
de una doncella, atrevida
penetró la fuerza bruta!
AND. Si ha entrado. Voto á San Dimas!

Si eres tú la encubridora... (Á Pilar.)

PILAR. Yo?... qué?

AND. Que te hago una criba el pellejo.

ROB. Don... Fulano. Por Dios, contenga sus iras, que es una doncella honrada como yo.

AND. Chito! Por vida!

ESCENA XIV.

LOS MISMOS y D. FACUNDO.

FAC. Mi-fa-sol. ¿Qué pasa aquí? Me lo quieres explicar? Sobrina?

ADELA Tio del alma, gracias que vino usted ya.

ROB. Ay, se me han introducido en la alcoba!

FAC. Si!

ROB. Si tal!

PILAR. Don Andrés llegó furioso en busca de un perillan, á quien viene persiguiendo, y se empeñaba en que está en esta casa escondido.

AND. Y me empeño.

FAC. Si?

AND. No hay más.

FAC. Quién ha entrado aquí? responde.

ROB. (Dios mio, sospechará...)

FAC. Responde!

ADELA. Yo!

PILAR. (Bajo á Adela.) (Calle usted.) Ahora recuerdo.

ADELA. (Ap. á ella.) (Pilar...)

Qué recuerdas?...

PILAR. Pues es claro. No hay duda, no.

FAC. Acabarás?

Dí, quién era.

PILAR. Aquel cantante.
No se acuerda usted? (Á Adela.)

ADELA. Sí!

ROB. Ah!

FAC. Un cantante!

PILAR. Muy famoso!
Que ha llegado de Milan.

FAC. El que yo estaba esperando.
Pero hombre, hombre, equivocar
con un ente una eminencia
que dará el do natural!

ADELA. (Cómo las urde!)

AND (No cuela!)

FAC. ¿Y va á volver?

PILAR. Claro está.

AND. Yo tambien. Abur. (Vase.)

FAC. Adios.

PILAR. Y no vuelvas.

FAC. Tu, Pilar,
llégate al punto al café,
que traigan ron y coñac.

PILAR. Bien, señor.

FAC. Espera, espera,
tú, muchacha. Aquí podrás
do-re-mi... Dar una prueba
de tu pulmon Fa-sol-la...
Qué fortuna! Mi-fa-sol..

PILAR. Voy, señor?

FAC. Mejor será...
(D. Facundo habla y canta yendo de un lado á otro á tomar el sombrero, el baston, el himno, y Pilar le va siguiendo.)
Do-re-mi... Que vaya yo.
Espera aquí. Fa-sol-la...

ROB. Oye hermano...

FAC. (Asomando la cabeza.) Vuelvo Sol...

ROB. Escucha... (Siguiéndole.)

PILAR. Loco de atar!

PEPITO. (Asomando la cabeza.) ¿Puedo ya salir?

ADELA. Sí, pronto.

PEPITO. (Saliendo.) Pues señor, vuelta á empezar

ESCENA XV.

ADELA, PILAR y PEPITO.

PEPITO. En qué belen me he metido!
yo; un médico, qué bochorno!
Todo por usted.
ADELA. Lo creo.
Por Dios, retírese pronto
no vuelva mi tio!
PILAR. Sí.
PEPITO. Qué no haré por esos ojos
y esa gracia, y ese cuerpo
que me tienen hecho un topo?
Podré esperar?...
ADELA. Ya veremos.
PEPITO. Veremos... Eso es muy poco.
ADELA. Qué más quiere usted?
PEPITO Un sí
ó que me den el santo oleo.
ADELA Pues bien... sí. Márchese usted.
PEPITO. Oh dicha! Adios!

ESCENA XVI.

ADELA, PILAR, PEPITO, DOÑA ROBUSTIANA, y á poco DON FACUNDO, con un MOZO que deja una bandeja con copas y botellas sobre la mesa del foro.

ROB. Qué sofoco
me ha dado! Jesus, qué hermano!
Aún aquí?
PEPITO. El cólera morbo.
PILAR. (Esto solo nos faltaba!)
El señor es...
ROB Le conozco.
ADELA. Ha venido á ver...
ROB Á mí.
PEPITO. Eso es. Soy tan celoso...
con mis enfermos... Á ver
cómo está usted del... soponcio

ROB. Estaba más aliviada.
Pero ahora, buena del todo.
PEPITO. Pues me alegro y me retiro.
ROB. Por qué se va usted tan pronto?
PEPITO. Tengo que hacer. Volveré:
(la espalda.) Conque abur.
(Va á salir y aparece D. Facundo con el mozo por el foro.)
FAC. Mozo.
Déjalo aquí.
PEPITO. Me aplastó.
PILAR. No descubra usté el incógnito.
No le diga usted quien es.
FAC. Qué están mirando mis ojos!
Un hombre!
PILAR. (Á D. Facundo.) Este caballero
es el que vino hace poco.
El cantante que esperaba.
FAC. Qué dices? El primo dono?
PEPITO. El primo dono!
FAC. Un abrazo!
ROB. ¿Pero á qué viene este embrollo?
PILAR. Finjase usted italiano.
PEPITO. (Esta chica es el demonio!)
FAC. Señor don... don...
PEPITO. Pepini.
FAC. Venga esa mano; yo adoro
á todo aquel que conoce
las semifusas y tonos.
Y cuándo fué la llegada?
PEPITO. Cuesto yurno.
FAC. Es guapo mozo!
No es cierto, Adelita? (Adela baja la cabeza.)
ROB. (Con viveza.) Si.
(Voy á ponerme un adorno.)
Hasta luego.
PEPITO. Bona sera.
(Vase Robustiana por la segunda puerta derecha.)

ESCENA XVII.

ADELA, PILAR, PEPITO, FACUNDO y JUAN

JUAN. Felices.
PEPITO. (Será otro lobo!)
FAC. Hola, insigne profesor.
Adelante.
JUAN. (Con tono doctoral.) Si es que estorbo,
volveré.
FAC. Usted estorbar,
profesor? De ningun modo.
Tome usté asiento. (Á Pepito.)
PEPITO. Mil gracias!
(Pilar habla al oido á Pepito.)
JUAN. Yo soy contrario del ocio
y aprovechador del tiempo,
y como que este es tan corto,
es preciso no olvidar
aquello de... el tiempo es oro,
como dicen los ingleses.
Prosiga usted su coloquio
con el señor, que yo aparte
iré derecho al negocio.
Vamos á dar un repaso?
ADELA. Lo que usted disponga.
FAC. Otorgo.
JUAN. Retirémonos á un lado.
FAC. Pilar? mutis por el foro,
como dicen en el teatro.
(Vase Pilar por foro, por el cual atraviesa á menudo atisbando lo que pasa. Adela y Juan se sientan junto al piano y figuran repasar; pero por los ademanes se deja ver que hablan de sus amores. Facundo y Pepito se sientan cerca del proscenio.)
FAC. Es tan grande el alborozo
que experimento al mirarle,
que el placer me vuelve loco.
PEPITO. (Dios mio, será verdad?
Me mira con unos ojos!)
FAC. Yo aqui, pues, á mi familia.

para distraer el ocio,
les doy alguna instruccion...
tal cual escalilla... poco.

PEPITO. Intendo: matando il tempo.

FAC. Sí señor; y á veces logro...
Zambomba! Si viera usted
á mi hermanita... Es pasmoso
el adelanto que ha hecho!

PEPITO. Qui instrumento toca?

FAC. El bombo.

PEPITO. Y osté toca le chambomba?

FAC. Ji, ji, ji, ji. Qué gracioso!
Toco el figle. Ahora he compuesto
un himnito al desposorio
de mi sobrina... Qué haces?

ADELA. Leo. (Mirando el libro.)

FAC. Es un pimpollo.
Qué educacion! Qué modestia!.
La ve usted? Ni alza los ojos
sin mi permiso; obediente
como ella sola! Ni novios...
Hablar con un hombre... Cá!
En fin, es digno retoño
de tal rama.

PEPITO. Se conoce.

FAC. En fin, lo dicho; un pimpollo.

PEPITO. Conque se casa?

FAC. Sí tal.

PEPITO. Y cuándo?

FAC. Pronto, muy pronto.
(Juan la besa la mano.)
No es cierto, hija mia?

ADELA. Tio...

FAC. Pero qué haces?

ADELA Leo y oigo.

JUAN. Esta leccion es preciso
repetirla.

ADELA. No me opongo.

FAC. Te aplicas, eh?

ADELA. Lo que puedo.

FAC. Pues sigue, sigue; que elogio
y aplaudo tu aplicacion.

Es en un todo y por todo
el retrato de su tia.
Qué aplicada!...

PEPITO. Lo chupongo.

FAC. Y usted aprendió en Italia?

PEPITO. Claro está, signior.

FAC. Famoso,
amigo; allí sí que hay ciencia!

PEPITO. Oh!

FAC. Allí está el desarrollo
de la música, en un grado...
En un grado...

PEPITO. Prodigioso.
Allí los niños de teta,
y aun ántes de abrir los ojos
entonan cada solfeo...

FAC. Hombre!

PEPITO. Por instinto solo.
Allí los chicos no lloran
como lloramos nosotros.

FAC. No!

PEPITO. No, señor, á compás.
Ya!

FAC. Pues y los matrimonios...
Al pedir lo chocolato
dice el marido, piumoso.
Esposa? Chocolatini (Cantando.)
y ella responde: está pronto!

FAC. Italia, Italia es la tierra
del arte!

PEPITO. Buf!

FAC. Lo conozco.
Aquí todo está atrasado!
Estamos en bruto!

PEPITO. Ecce homo. (Poniéndole la mano encima.)

FAC. Le voy á enseñar el himno. (Sacándola.)

PEPITO. Por fortuna lo conozco.
Tres meses lo estoy oyendo.

FAC. Aquí está.

PEPITO. Es muy gracioso!...
Lan, larán, larán, larán.

FAC. Hombre no, si es tres por ocho.

PEPITO. Tres por ocho! Es veritat.
Lan, larán, larán...
FAC. Famoso!
Usted y yo.
PEPITO. Yo y usted.
FAC. Somos dos...
PEPITO. Si signior, somos...
(Dos burros de un mismo pelo.)
FAC. Toque usté esos huesos.
PEPITO. Toco.
FAC. Robustiana?...
PEPITO. Ay quién tuviera
dos onzas de cloroformo!
FAC. Pilar?... Ven.
PILAR. Qué manda usted? (Saliendo foro.)

ESCENA XVIII.

ADELA, PILAR, ROBUSTIANA, PEPITO, FACUNDO, D. JUAN.

ROB. Aquí estoy yo.
(Saliendo con grandes plumas á la cabeza.)
PILAR. Dios eterno!
PEPITO. (El trueno gordo! Me armé.)
ADELA. (Qué facha!) (Bajando al proscenio.)
FAC. Hermana, qué es eso?
ROB. El qué?
FAC. Parece que llevas
en la cabeza un plumero.
ROB. Qué entiendes tú?...
FAC. Don... don...
PEPITO. Ini.
FAC. Usted nos hará el obsequio
de tomar una copita.
Chica, acerca esos trebejos.
(Á Pilar, que baja con las copas ya servidas. Todos se sientan.)
ROB. (Voy á sentarme á su lado.)
Con permiso. Aquí me vengo.
PEPITO. Muchas gracias. (Por mi parte
pudieras irte al infierno.)
(Parece una pava inflada.) (Todos beben.)

Corpo di Bacco! Quées esto? (Después de beber.)

FAC. Toma una copita, hermana.

ROB. La tomo?

PEPITO. Quién dijo miedo?

FAC. Qué nos va usted á cantar?

PEPITO. Signori, multo lo chento
pero es dil todo imposibili...

ADELA. Cante usted. Yo se lo ruego.

PEPITO. Signora, yo...

ROB. Lo suplico.

PEPITO. (Maldita sea tu cuerpo!)
En buen belen me he metido.

JUAN. (Pobre! Lástima le tengo!)

FAC. Qué nos va usted á cantar?

PEPITO. Cualquier cosa...

TODOS. Sí.

ROB. Un terceto.

FAC. Un terceto solo!

PEPITO. Sí.
Yo hago tres voces á un tiempo.
Canto de tenor, de bajo...
(y de nada.)

FAC. Qué portento!

PEPITO. Como que ya me han escrito
de los Bufos madrileños!
Ustedes pidan, que yo
canto, bailo y represento.

ROB. Cante usté un aria.

TODOS. Sí, sí.

PEPITO. Bien.

ROB. El aria del Barbero.

PEPITO. Del Barbero? Es muy bonita.
Si yo á todo me convengo.
Del Barbero, dijo usted?
Aunque sea del peluquero.

FAC. El aria del Trovador.
Aquella del dó de pecho.
Aquel que da Tamberlik...
porque usted no será menos.

PEPITO. Claro está; para mí un dó
es lo mismo que un buñuelo.

FAC. Bien, yo la sé de memoria,

acompañe usted, maestro.

(Pepito se pone en pie, todos le forman corro, y canta el aria del Trovador, ó lo que mejor le parezca al actor.)

PEPITO. «Di quela pila forrendo foco.
Tute le fibra marse avampó!
Empi, spegnetela, ó chiófrá poco
col sangue vostro la spequeró.
Era gio finglio primo da marte
non puo frenarme il tuo martir,
madre infelice corro á salvarti
ó teso al meno corro á morir.

TODOS. Bravo! Bien! Magnífico!

PEPITO. Tengo algo cerrado el pecho.

FAC. Pero la voz es muy fresca!

PEPITO. Fresca?

ROB. Y el gusto muy bueno.

PEPITO. Oh, el gusto sobre todo!

FAC. Pilar, acerca el refresco!

PEPITO. No viene mal, porque yo
necesito un refrigerio.

(Cada uno toma una copa en la mano.)

ADELA. Vaya. (Presentándole la copa.)

FAC. Vaya.

ROB. Vaya!

JUAN. Vaya.

PEPITO. Señores, que yo no puedo
beber tanto y tan aprisa,
que al instante me mareo.

FAC. No importa.

(Los mira á todos y de pronto toma las cuatro copas y se las bebe.)

PEPITO. (Me suicidé.)

(Despues de apurarlas.)
Están ustedes contentos?

TODOS. Otra, otra!

PEPITO. No.

ROB. Por mí.

PEPITO. Por tí? Pues bebe primero.

(Robustiana va á probarla y Pepito le empuja el codo.)

ROB. Jesus!

TODOS. Bien.
ROB. No me hará daño?
PEPITO. No: por chispa más ó menos...
FAC. Ahora cantará usté el himno?...
PEPITO. Qué calor siento aquí dentro!...
ROB. Já! já! já! Jesus qué risa!
FAC. Te ries?
PEPITO. Ya le hace efecto.
ROB. Ji! ji! ji! ji! Qué gracioso!
Jesus, las cosas que veo!...
PEPITO. Ve usté alguna bruja?
ROB. No.
PEPITO. Pues mírese usté al espejo!
FAC. Á cantar.
TODOS. Sí, sí, á cantar!
ROB. Venga el bombo!
TODOS. El bombo.
PEPITO. Eso,
mucho bombo, mucho bombo.
ROB. Vamos á bailar?
PEPITO. Bailemos!

(Atraviesan la escena bailando y tarareando el can-can de la bella Elena. Puede suprimirse el baile si el director lo juzga conveniente.)

ESCENA XIX.

LOS MISMOS y ANDRÉS.

AND. Buenas noches.
ADELA. Buenas noches.
FAC. Adios, Andrés; qué te has hecho
que no has venido hasta ahora?
AND. No pude.
FAC. Ya.
AND. Caballero.

(Pepito y Robustiana siguen cantando hasta este momento, que Andrés le pone la mano sobre el hombro.)

PEPITO. Hola, amigo, qué se ofrece?
AND. Qué se ofrece? Que al momento
se va usté á venir conmigo.
PEPITO. Á ver? Es usted muy feo.

AND. Aún se burla usted de mí?
FAC. Pero Andresito, qué es eso?
AND. El señor es un farsante!
ROB. Cómo!
FAC. Qué dices?
AND. Lo cierto.
PEPITO. Ese mozo está borracho!
AND. Quién, yo!
PEPITO. Si te estás cayendo!
(Dando un traspiés y cayendo sobre Robustiano.)
ROB. Jesus!
PEPITO. Perdone usted, niña.
ROB. Perdono.
PEPITO. Viva el salero!
AND. Ea, venga usted conmigo.
PEPITO. Pero á dónde?
AND. Á los infiernos!
Vamos...
PEPITO. Vamos!
FAC. Mas señores. .
PEPITO. Apártese usté, esperpento!
FAC. Andrés?
AND. No escucho!...
FAC. Don Iní.
PEPITO. Qué don Iní ni don Eno!
Ahora es usté el que se queda?
Cobarde!
AND. Infame!
(Va á darle un bofetón, que Juan para.)
JUAN. Con tiento,
señor mío, que ya basta.
Aquí estoy yo y hablaremos!
FAC. Y quién es usted?
JUAN. Yo soy
el novio...
FAC. Qué!...
JUAN. El verdadero
novio de Adela.
ROB. Qué!...
FAC. Cómo!
Dios mio! pero estoy lelo!
¿Pues cuántos novios tenia?

PEPITO. Ahí está; ese es el cuento!
ADELA. Uno que el tio me daba.
Otro que es un pobre...
PEPITO. Cierto!
ADELA. Y otro que amo.
JUAN. Ese soy yo.
AND. Es decir, voto al infierno!..
JUAN Qué?
AND. Que me voy. (Vase.)
PILAR. Buen viaje.
ROS. Esposo... (A Pepito.)
PEPITO. Calla ó te pego.
FAC. Mas yo, como he de prestarme?...
ADELA. Tio!...
JUAN. Tio!...
FAC. No hay remedio!...
Si la niña se ha empeñado...
PILAR. (Suelte usté un berrido. (Ap. á Juan.)
JUAN. Pero...)
PILAR. Suéltelo usted.
JUAN. Il mio core...
(Cantando y cayendo de rodillas.)
FAC. Basta. Toque usté esos huesos.
Esa voz me ha enternecido.
PEPITO. Tútili mundi contento...
y yo estoy aquí de más.
ROS. De más? y yo?
PEPITO. No me atrevo.
ROS. Yo estoy libre: tu estás libre.
PEPITO. Que estoy libre?
ROS. Sí.
PEPITO. Por eso
me voy.
ROS. Y mi amor?
PEPITO. Tu amor?
Guárdalo en el bombo. Vuelvo.
ROS. Castañuelas!...
(Cae con una convulsion. Todos la rodean.)
FAC. Don Pepini.
Concluya usted. (Sosteniendo á su hermana.)
PEPITO. (Se dirige al público.) Ah! Compre ndo.
Médico y músico malo,

y amante con suerte airada,
solo me falta el regalo
que al pedir una palmada
alguno me suelte un palo.

FIN.

uel Cánovas y Rivera. recuerdo de
Luis Cadas y Pérez

DUENDES Y FRAILES

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los señores comisionados de la ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA de D. EDUARDO HIDALGO son los encargados exclusivamente del cobro de los derechos de representación y venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

DUENDES

Y FRAILES

ZARZUELA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

LETRA DE

LUIS ESCUDERO Y PEROSO

MÚSICA DE

JOSÉ OSUNA Y ZAYAGO

ESTRENADA CON GENERAL APLAUSO EN EL TEATRO CERVANTES DE SEVILLA EL 16 DE NOVIEMBRE DE 1894.

SEVILLA

Imp. de GIRONÉS Y OBRUÑA. Lagar 3.

1894

2-20319

REPARTO

Personajes.	Actores.
Carolina.	D.ª. Dolores Barretta.
Isabel.	» Amalia Díaz.
D.ª Perpétua.	» Enriqueta Toda.
Mari-Pepa.	» Dolores Miquel.
D.ª Esperanza.	» Amparo Aranda.
Andrés.	D. José Ruiz Madrid.
Fray Bartolo.	» Pablo Lopez.
El Vizconde de Nerval. . .	» Antonio Olmos.
Fray Cayetano (Pantalones).	» Andrés Lopez.
El Marqués de ***. . . .	» Manuel Rojas.
Gerardo de Melville. . . .	» Cárlos Lacostena.
Jeromo.	» Francisco Martínez.
El Zorro.	» Francisco Benito.
El tío Berrinches.	» José Salelles.

CORO GENERAL

La acción en Sevilla, año de 1812.—Comienza en la tarde del 26 de Agosto y termina al amanecer del día siguiente.—Se recomienda al Director de escena la mayor propiedad en trajes, mobiliario, etc., etc.

Las indicaciones del lado del espectador.

ACTO PRIMERO

Jardín de una casa principal en Sevilla: á la derecha galería de arcos blanqueados, sostenidos por columnas de mármol. Una grada de azulejos da acceso á la galería, cuyos muros interiores están alicatados; un banco rústico inmediato á la grada. Al fondo tapia blanqueada también, con ventana enrejada á la izquierda; una gran puerta en medio, cerrada por la parte interior con un grueso barrote de madera.—La parte libre de la tapia con arriates sembrados de plantas y enredaderas que se destacan sobre el blanco del muro.—A la izquierda dos puertas, y entre ambas una fuente con pilón de azulejos y pedestal de mármol adosado al muro y sosteniendo alguna figura mitológica sobre un mónstruo marino, de cuyas fauces sale un caño de agua.—Alrededor macetas con frondosas plantas de estío.—Tres sillones de baquera, velador con algunos papeles y sillas de la época convenientemente distribuídas.—Telón de fondo, plaza.

ESCENA I.

FRAY BARTOLO

BARTOLO (Sentado en uno de los sillones y sorbiendo un polvo que toma de una caja. Sobre la falda un pañuelo grande de yerbas.) Cavilaciones... y nada más que cavilaciones. ¡Cuerpo de Cristo! Desde que me he metido á conspirador, hasta los dedos se me antojan huéspedes... (Levantándose.) Un carmelita calzado que se nos entra por las puertas, y que no deja la ida por la venida desde que doña Esperanza recibió la última carta de su hijo.... ¡una semana justa!... ¿Qué le traerá por esta casa?... ¡Ah, vamos! ¡Torpe de mí! Lo que busca ese pájaro de cuenta es un albergue cómodo y seguro.... Lo mismo hice yo cuando el malhadado decreto del rey José nos puso á todos de patitas en la calle.... La noble familia

de los Riveras y Maldonados tiene fama de hospitalaria y caritativa, y por fraile más ó menos....

ESCENA II.

DICHO.—PERPÉTUA, por el final de la galería.

PERPÉT. ¡Hola, hermano Bartolo!

BARTOLO *¡Saluten pluriman*, respetable ama de gobierno!

PERPÉT. Yo le suponía durmiendo la siesta. ¿Puede saberse lo que busca su paternidad en el jardín? Lo pregunto porque como hasta la puesta del sol no es costumbre que se reuna aquí la familia....

BARTOLO Yo le diré; de sobremesa hemos tenido el señor marqués y yo una de pópulo bárbaro. La discusión ha durado más de dos horas, y si no es por la llegada de ese reverendo padre....

PERPÉT. Yo no comulgo con ruedas de molino, ¿estamos? Á lo que viene aquí es á rondar esa puerta (La primera izquierda) y á distraerme y alborotarme á esas holgazanas. Desde hoy tiene prohibida la entrada en el horno, y ya veremos si el pan que se amasa para la familia, y el que la señora reparte de limosna á las madres monjas de Santa Clara, sale más sazonado y mejor cocido.

BARTOLO ¡Hermana Perpétua!... (Ofreciéndole la caja del rapé)

PERPÉT. ¡Nada, está dicho! Se acabaron los jolgorios, los chascarrillos, las canciones patrióticas... y otras muchas cosas que me callo....

BARTOLO En toda la ciudad, qué digo.... en todos los cuatro reinos de Andalucía existe un ama de llaves más maliciosa que usarce!... Pero vamos á lo que importa. ¿Quién es ese fray Cayetano de la Providencia á quien nadie conoce?...

PERPÉT. Le conoce el señor marqués, por haberle visto no recuerdo en qué circunstancia. Es un santo varón, y no hay quien me quite de la cabeza que es el propio san Cayetano bendito que ha bajado del cielo para hacer un milagro en la vecindad.

BARTOLO Los milagros que él haga....

PERPÉT. Por lo pronto ha lanzado con piedra y honda á

los malos espíritus de la casa contigua, la que los amos tienen desalquilada frente por frente del campanario de la parroquia.

BARTOLO La conozco palmo á palmo, desde los sótanos hasta el mirador; en dos ó tres ocasiones la he rociado con agua bendita, sin haber logrado ver alma viviente.

PERPÉT. Pues las gentes del barrio han dado en decir que hay duendes, y que éstos buscan en ella los tesoros que dejó enterrados el último inquilino; un indiano viejo y muy rico que desapareció de Sevilla cuando la entrada de los franceses.

BARTOLO ¡Los duendes buscando tesoros! ¡es cuanto me quedaba que oir!... *¡¡¡Auri sacra fames!!!*

PERPÉT. ¡Válgate Dios! Me estoy aquí embobada y tengo que ver al mayordomo, al mozo de compras y á la cocinera... No me fío de dejarle aquí solo... (Mirando la puerta primera izquierda.)

BARTOLO ¡Váyase tranquila, hermana! ¡Hoy ocupan mi atención asuntos muy graves!... (Se oye un silbido á lo lejos.) ¡Es el Zorro! (Aparte.) ¡Qué ocurrirá! (Se repite la señal más aguda y prolongada.)

PERPÉT. (Aparte, sin reparar que Fray Bartolo se dirige á la ventana.) Lo que quiere es distraerme.... ¡pero no se saldrá con la suya! (Llamando puerta primera izquierda.) ¡Mari Pepa!...

ESCENA III.

DICHOS.—EL ZORRO, en la ventana.—MARI-PEPA, después.

BARTOLO ¿Qué tenemos? (Hablando con el Zorro.)

ZORRO. El gitano Berrinche acaba de llegar á la posada de Currito Rodriguez en el Correo Viejo.

PERPÉT. ¡Mari-Pepa!... (Llamando más fuerte.)

ZORRO. Trae aviso seguro de que la persona que se espera llegará al oscurecer.

BARTOLO ¿Dónde hay que verle?

ZORRO. Aquí; es el amo.... el señorito Andrés.

BARTOLO ¡Cuando yo digo que ese mozo es un valiente!...

PERPÉT. ¿Te has quedado sorda? (A Mari-Pepa que sale limpiándose las manos con el delantal.)

MARI-PE. Antes ciegues que tal veas; no señora, es que estaba con las manos en la masa.

PERPÉT. Te llamo para que eches el cerrojo por dentro; el moscardón de fray Bartolo anda rondando por aquí....

MARI PE. ¡Calle! pues es verdad; allí le veo.... y está hablando con ese pobre mudo que viene dos veces al día á pedir limosna! (Doña Perpétua se fija como escuchando al Zorro)

BARTOLO Encárgate tú de prevenir á la gente del bronce.

ZORRO. En cuatro zancadas me planto en la Macarena, San Bernardo, la Resolana y los Humeros.... (vase)

PERPÉT. ¡¡¡Un mudo de nacimiento que habla!!! (con asombro.)

BARTOLO Ese sí que es un milagro, hermana Perpétua; así no habrá un solo español, *nemine discrepante*, que deje de gritar con voz potente: ¡Abajo el *Intruso!* ¡Viva la Independencia!... ¡Mueran los franceses!

PERPÉT. ¡Jesús.... y mil veces Jesús!... (vase escandalizada.)

ESCENA IV.

MARI-PEPA.—BARTOLO.

MARI-PE. ¡Conque echar el cerrojo, eh! ¡Que si quieres! Ya se fué la pícara bruja.

BARTOLO ¡Mari-Pepa!...

MARI-PE. Sí señor que lo es, ¡cuando yo lo afirmo! (señalando á la puerta primera izquierda) Adentro, fray Bartolo, las muchachas están que rabian por verle; hoy, que estoy yo contenta como unas pascuas, quiero que todo el mundo lo esté. ¿Es eso algún pecado?

BARTOLO Al contrario, hija mía, yo también lo estoy.

MARI-PE. ¿Por qué viene el señorito Andrés?

BARTOLO Y ¿cómo sabes?...

MARI-PE Por la carta que recibió la señora; y sé á lo que viene, (Movimiento de fray Bartolo) ¡vaya si lo sé! A casarse con su prima. Ya se ha recibido la licencia de Roma, y están arreglados todos los papeles. Mi novio llegará con el señorito... y yo.... pues....

BARTOLO Entiendo; también tienes tú los papeles arreglados, ¿no es eso? (Acercándose con zalamería.)

MARI-PE. Sí señor; y solo nos falta el *nomini patri*.

BARTOLO Digo, ¡tendrás ganas de casarte cuando ya me hablas en latín! Vamos á ver, ¿y quién es tu novio?...

MARI-PE ¡Pues me gusta! ¿quién ha de ser? Jeromo, el hijo del capataz.

BARTOLO El hermano de Colmillo el contrabandista, á quien arcabucearon los franceses en la glorieta de la Almenilla!

MARI PE. De todo tuvo la culpa ese pícaro soplón á quien llaman *Pantalones*.

BARTOLO El agente de policía más perverso y sanguinario entre todos los que componen la banda de don Miguel Ladrón; pero, descuida, que si alguna vez llega á caer en mis manos....

MARI PE. Ó en las de mi novio.... ¡Ah! le advierto que Jeromillo tiene muy malas pulgas, padre Bartolo, y que no le gusta que nadie me dé bromas, ni que me diga chicoleos. (Con mimo.)

BARTOLO A él no le gustará, ¡pero lo que es á tí!...

MARI-PE. Ya ve usted, cuando una va á casarse.... (Bajando los ojos.)

BARTOLO No digas más. ¡Al buen entendedor!.. Descuida, que desde ahora me encomendaré á San Antonio bendito el de las tentaciones para que nunca se me aparezca el diablo en figura de mujer; porque mientras tenga delante una cara como esa!... *Item*, unos ojos como esos!... (Se va acercando y Mari-Pepa se ríe.) *Item*, un talle como el tuyo.... y un pie!....

MARI PE. Como éste, (Recogiendo un poco la falda y enseñando el pie.) ¿no es verdad, Fray Bartolo? ¿Y no queda otro *item*?... (Con coquetería.)

BARTOLO ¡Vaya si queda!... Pero.... *non plus ultra!* No conviene ir más allá. Mari Pepa!... Mari-Pepa!... *¿Quare conturbas me?*

MARI PE (Riéndose y corriendo, puerta primera izquierda.) ¡Eh, muchachas! Venid todas....

BARTOLO ¿Que haces?

MARI-PE. Llamarlas, para que la tentación sea más fuerte. (Llamando.) ¡Acudid!... ¡Aquí está el hermano Bartolo, rezando para que el diablo no le tiente!...

ESCENA V.

DICHOS.—Siete coristas con trajes del pueblo, pero de época; algunas, ó todas, llevarán cedazos y palas de los que se emplean en la elaboración del pan.

MÚSICA

CORO. (Corriendo hacia él.)
¡Fray Bartolo! ¡Fray Bartolo!
BARTOLO ¡Esta sí que es tentación!...
¡Qué bonitas!... ¡Qué graciosas!...
¡Vade retro!... (Queriendo ahuyentarlas.)
CORO. ¡Una canción! (Persiguiéndole)
BARTOLO *¡Miserere mei!*...
CORO. ¡Tiene que cantar! (Insistiendo)
BARTOLO Pues hacedme coro, que voy á empezar.
—El león de España duerme—
dijo entre sí Bonaparte,
y á que le hicieran cosquillas
envió sus generales.
VOZ Y CO. Despertó el león
y se esperezó,
y, abriendo la boca,
se tragó á Dupont.
¡Viva Welinton!

—

BARTOLO Llora tanto el rey de Roma
del tío Pepe los percances,
que, para acallarlo, tienen
este modo de arrullarle:
VOZ Y CO. A la ro, ro, ro,
le bou mon garçon,
que vienen Mina, Sanchiz
y el lord Welinton.
¡Viva la nación!

—

BARTOLO Cuando nació el rey de Roma
le dijo Napoleón:
—*Si vous ne restes tranquille*
viendrá por bu Welinton.
VOZ Y CO. Y el niño mamón,

con este temor,
no ha vuelto en dos años
á ser más llorón.
¡Viva el español!

ESCENA VI.

DICHOS.—PERPETUA, CAROLINA, ISABEL, D.ª ESPERANZA, FRAY CAYETANO, el MARQUÉS y GERARDO por la derecha.

PERPÉT. ¡Qué escándalo! ¡Qué vergüenza!... ¡Largo de aquí, holgazanas, que vienen los amos!... ¡Largo de aquí!... (Las coristas van entrando atropelladamente puerta primera izquierda, llevándose entre ellas á Fray Bartolo.)

D.ª ESP. (Saliendo con los demás.) Vamos, Perpétua.... Mujer, ¿es posible que siempre te he de hallar regañando? (Sentándose en uno de los sillones y hablando bajo con Perpétua.)

MARQ. (Paseándose muy agitado.) ¡Voto á Santiago!... ¡No quiero que se me contradiga!... (Los personajes forman dos grupos: en el de la derecha Fray Cayetano, sentado en un sillón y casi vuelto de espalda al grupo de la izquierda; Carolina é Isabel en el banco rústico, Gerardo en pie al lado de esta última.—En el grupo de la izquierda, doña Esperanza cerca del velador, y el Marqués, que á poco tomará asiento en el otro sillón, de espaldas á Fray Cayetano.)

PERPÉT. (A doña Esperanza.) Descuide la señora, al amanecer quedarán los panes en el convento; voy á decir á esas locas.... Enseguida el chocolate y después la sopa de la comunidad.

D.ª ESP. ¡De la comunidad!...

PERPÉT. ¡Pecadora de mí! Por poco descubro.... (Vase puerta primera izquierda.)

MARQ. ¡Afrancesado! ¡Afrancesado!... (Sentándose.)

GERARD. (A Fray Cayetano.) ¡No lo dude su reverencia! Isabel y yo aceptamos con el más profundo reconocimiento la protección que nos ofrece.

ISABEL. Mi hermano debe llegar de un momento á otro; y temo....

CAROL. Animo, Isabel, prima mía. ¿No has oido decir muchas veces á su paternidad que para Dios no hay nada imposible?

CAYETA. Sí, mis muy amados hijos en el Señor; no hay que perder la esperanza. Yo rogaré al cielo para que

ilumine mi inteligencia.... y si seguís mis consejos, confío en que todo se arreglará....

GERARD. El hermano de Isabel odia á los franceses, y no ha de consentir....

CAYET. ¡Quién sabe! Hijos míos, existen lazos estrechos formados por la sociedad, la religión y la naturaleza, que obligan al más encarnizado enemigo á convertirse en hermano afectuoso.

MARQ. ¡¡¡Afrancesado!!! Y todo ¿por qué? ¿Porque no hago alardes ridículos de patriotería? ¿Porque no llamo al rey José *Pepe Botella*, como le nombra la ignorante plebe? ¿Porque no salgo por esos trigos de Dios á cazar franceses como si fueran conejos? ¿Porque aplaudo sin rebozo la supresión de conventos? Te digo, hermana, (*A doña Esperanza*) que ese fray Bartolo es capaz de sacar de sus casillas ...

ESPER. Vamos, hombre, ten calma....

MARQ. Pretender que cuatro gatos logren vencer al valeroso ejército que ha subyugado á toda Europa.... ¿No tengo razón, reverendo padre? (*A Cayetano.*)

CAYET. Yo siempre se la doy al señor marqués.

MARQ. ¡Ya lo creo! Me sobra, ¡vaya si me sobra! ¡Hablarme á mí de independencia! ¡¡¡Independencia!!! ¡¡¡Un pueblo que ha vivido á sus anchas durante más de un siglo en la más odiosa y repugnante esclavitud!!!

GERARD. Verdaderamente, señor marqués, que no se concibe el odio que nos profesa una nación regida en otro tiempo por el último vástago de la dinastía de Austria, y en nuestros días por el último rey de la casa de Borbón.

MARQ. Muy bien dicho. (*Levantándose.*) Francia ha venido á sacarnos de la postración, de la barbarie, del fanatismo y de la corrupción en que hemos vivido desde el imbécil Cárlos II, dominado por el jesuita Nhitard, hasta el *papanatas* de Carlos IV, vilipendiado por el favorito Godoy. ¡Loor eterno á Felipe V y al gran Emperador Bonaparte!

ESCENA VII.

DICHOS —BARTOLO, PERPÉTUA y MARI-PEPA.

BARTOLO A quien Dios confunda.... por siempre jamás, amén.
ESPER. Padre Bartolo....
BARTOLO (Acercándose con lentitud.) Mi señora D.ª Esperanza....
PERPÉT. ¡Miren qué humildito!... (A doña Esperanza.) Nada, una buena reprimenda para que escarmiente.
MARI-PE. (A media voz.) ¡Pícaro vejestorio!
ESPER. Perpétua se me ha quejado....
PERPÉT. Y con razón; distrae á las muchachas con sus latinajos y diabluras; figúrese la señora que el otro día hizo un muñeco de masa muy parecido á ese de la policía á quien llaman *Pantalones*....
CAYET. (A quien está hablando el marqués.) ¡Ejém.... ejém!...
PERPÉT. Pues bien; después de concluido, lo ahorcó con una liga que se quitó Mari Pepa!
MARI-PE. Lo de la liga no es verdad. (Con viveza.)
BARTOLO Pero sí lo de la horca.
PERPÉT. (Con enfado.) ¡Andando! A disponer el chocolate.... (Vanse las dos por la derecha; fray Bartolo se sienta junto al velador y se pone á hojear los papeles que hay encima.)

ESCENA VIII.

DICHOS; menos PERPÉTUA y MARI-PEPA.

MARQ. El rey José no es un tirano como algunos suponen... ¿No es cierto, amigo Melville? (Dirigiéndose á Gerardo.)
GERARD. Al contrario, es un monarca justo y prudente. Su magnánimo y generoso corazón es el primero en lamentar el derramamiento de sangre española.
BARTOLO (Haciendo visibles esfuerzos por contenerse, coge un papel y lee:) «*Gaceta de Sevilla*.... Miércoles veinte y seis de Agosto de mil ochocientos doce. Ayer fueron

ajusticiados en garrote, al sitio de la Cruz del Campo...»

MARQ. (Con viveza.) ¡Dos infidentes.... dos ladrones!...

BARTOLO (Aparentando calma y leyendo.) «El excelentísimo señor mariscal del Imperio, duque de Dalmacia, ha concedido autorización á monsieur Mayer, asentista general del ejército, para establecer el juego de la *ruleta*.» ¿Qué tal?...

MARQ. ¡Lo ves, hermana!... No hay paciencia que resista....

BARTOLO (Leyendo.) «Don Blas de Aranza, comisario regio de Andalucía, besa la mano al señor marqués.» ¡Otro que bien baila! ¡Este es el que nos trajo la policía de Miguel Ladrón y el infame canalla apodado *Pantalones!*

CAYET. ¡Ejém!... ¡Ejém!...

GERARD. Para mí es indudable, señor marqués, que el soberano desea la unión.

MARQ. Así lo oí yo de sus augustos labios el día que se firmaron las capitulaciones en Alcalá de Guadaira.

BARTOLO (Levantando voz.) ¡Las palabras se las lleva el viento!... ¡Ahí están, que no me dejarán mentir, los templos derribados!...

ESPER. Es mucha verdad, padre Bartolo; lo que es eso....

CAROL. ¡Qué lástima!... La iglesia de santa Cruz....

ISABEL. El convento de la Encarnación....

ESPER. ¡La religión hollada en sus ministros.... las vírgenes del Señor huyendo despavoridas por calles y plazas!

BARTOLO ¡Como blanco rebaño de ovejas que teme la ferocidad del lobo.... *ferocitatem lupi!* Pues ¿y los conventos? ¡Del mío se han llevado hasta los clavos!

CAROL. ¿Y nuestra hermosa casa de la plazuela de San Bartolomé?... ¡Qué destrozo!

MARQ. ¡No me hables de eso, Carolina; el antiguo solar de mis mayores convertido en alojamiento de la escolta del duque de Treviso! ¡Vamos! ¡Cuando recuerdo que me han robado el magnífico lienzo que había en el retablo de la escalera principal!...

CAYET. ¡Ejém! ¡Ejém! ¡Cómo! ¿Es posible, señor marqués? ¿Aquella soberbia Concepción de Murillo?...

BARTOLO ¡Ya irá camino de Francia!

CAROL. Mi padre asegura que la ha visto en el palacio arzobispal, residencia del mariscal Soult, la noche que se dió el baile por los días del Emperador.

BARTOLO ¡Cuando yo digo que los franceses no van á dejar piedra sobre piedra! ¡Después de esto busque el señor marqués razones para convencerme! (Dándole palmaditas en el hombro.)

MARQ. (Con mal humor.) ¡Ahora no las encuentro!

BARTOLO Pues se buscan....

MARQ. Repito que no se me ocurren, padre Bartolo. (Se levanta contrariado.)

BARTOLO Pues *intelectus apretatis*, señor marqués. Por fortuna los males de la patria acabarán muy pronto....

CAYET. (Acercándose á fray Bartolo con gran interés.) ¿De veras? Veamos.... veamos.... ¿Qué se sabe?

BARTOLO Se sabe que muchas familias francesas y *afrancesadas* abandonan la ciudad.... Se sabe que la división anglo hispano-lusitana, al mando del general Cruz, está muy cerquita de aquí, en el Condado de Niebla.

D.ª ESP. ¡Válgame Dios! ¡Y mi hijo, mi Andrés, que anda por esos parajes! .. Me parece mentira que he de verle llegar.

ISABEL ¡Triste de mí! ¡Y yo temiendo su presencia!... (Ap. á Carolina y Gerardo.)

CAROL. (Tranquilizándola.) ¡Por Dios, Isabel!

GERARD. (Id.) Te he jurado que su vida será respetada.

MARQ. Tranquilízate, hermana; por ese lado no ha habido hasta ahora encuentro alguno entre españoles y franceses, y mi sobrino, que nada tiene que ver con los unos ni con los otros, estará ocupado en las faenas de la recolección ...

BARTOLO (Ap.) ¡No es mala recolección!

CAYET. Dicen que entre los guerrilleros que acompañan al general Cruz hay uno á quien nombran *el Estudiante*.

BARTOLO ¡Ejém!... ¡Ejém!...

ISABEL. ¡Pobre madre mía! (A Carolina y Gerardo.) Si supiera. ..

CAROL. No lo sabrá; á nadie he confiado este secreto más que á Gerardo y á tí, y, ya lo has oído: ha jurado respetar la vida del que ha de ser mi es-

poso; yo, en cambio, lograré con mi amor y con mis súplicas que Andrés respete la del elegido por tu corazón.

ESCENA IX

DICHOS.—PERPETUA y MARI-PEPA; ésta con una bandeja grande con cuatro jicaras y mostachones; Perpetua con otra más pequeña con empanadas.

PERPÉT. ¡El chocolate! (Poniéndolo todo sobre el velador.)
MARQ. Con los ricos mostachones que tanto gustan á su reverencia. (A Fray Cayetano.)
PERPÉT. (Colocándole la servilleta á Fray Cayetano y después á doña Esperanza.) Y otra cosa mejor: unas empanadillas de ternera....
BARTOLO Preparadas por estas manos pecadoras. (Prendiéndole al Marqués la servilleta.)
MARQ. Hay que hacerle justicia: Fray Bartolo es hombre que lo entiende.
BARTOLO ¡Como que he sido cocinero antes que fraile! (Mari-Pepa le coloca la servilleta.)

ESCENA X

DICHOS.—EL VIZCONDE, por la derecha.

VIZCOND. ¿Dan su licencia?
MARQ. ¡Adelante, señor Vizconde de Nerval! ¡Adelante!
VIZCOND. ¡Beso los piés á mi señora doña Esperanza!... (Saludando.)
D.ª ESP. Hoy ha sido usted más perezoso que su amigo.
VIZCOND. Vengo nada menos que de la calle nueva de la Laguna.... Órdenes reservadas del general Conde de Montarco.... ¡Hola, padre Bartolo!... ¿Me permite su reverencia que le bese la mano?
BARTOLO (Comiéndose un mostachon.) ¡Hum!... ¡A la otra puerta!
VIZCOND. (Dirigiéndose al grupo de la derecha.) ¡Noticias graves!... ¡Muy graves!
GERARD. (Impaciente) ¡Habla!
VIZCOND. Esta noche marcharán nuevas fuerzas de la ciudad. El general en jefe se propone salir al en-

cuentro de Ballesteros, antes de que éste, con la división que manda, nos corte el paso por Despeñaperros.

GERARD. ¿Y nosotros?

VIZCOND. Nosotros, con algunos batallones á las órdenes del barón Darricau, permaneceremos á la espectativa por si el rebelde Cruz intenta dar, como dicen, un golpe de mano. De todos modos hay que estar prevenidos para marchar.

GERARD. Ya lo oyes, Isabel...

VIZCOND ¡Qué diablos! Un día de vida es vida.

MARQ. ¡Por Santiago apóstol! ¡No parece sino que estamos en un duelo!

VIZCOND. Es verdad; no veo por aquí más que semblantes tristes.

MARQ. ¡Pues no faltaba otra cosa! Vamos, Carolina; y tú, Isabel, á lucir esa voz....

BARTOLO Ordeno y mando: se prohibe toda canción en alabanza del Gobierno intruso, esas que ha puesto en moda la Sciomeri, dueña y empresaria del teatro, la que dicen.... si tiene.... ó no tiene con el mariscal Soult....

D.ª ESP. ¡Hermano Bartolo!...

ISABEL. Carolina cantará la plegaria de la Virgen.

BARTOLO ¡Esa, esa! La que se cantó en la novena del Rosario de San Miguel

MARQ. Se la regaló á mi hija el señor Cura....

D.ª ESP. Y es muy linda.

BARTOLO ¡Con decir que la letra y la música son del prebendado Sanchíz, el maestro de capilla de la Colegiata! (Empieza á oscurecer lentamente hasta el fin del acto.)

MÚSICA

CAROL. Reina de los ángeles,
Madre celestial,
devuelve á tus hijos
Patria y Libertad.
De altares y templos
que yacen por tierra
despojos de guerra
hizo el invasor....
¡Abajo el tirano!

Resuene por fin
el grito de guerra
¡vencer ó morir!
¡Oh, madre amorosa,
madre celestial,
devuelve á tus hijos
Patria y Libertad!

VIZCOND. No quedan muy bien parados mis compatriotas en la plegaria del prebendado. (Perpétua y Mari-Pepa empiezan á recoger el servicio del chocolate.)

BARTOLO ¡Eso, eso.... Patria y Libertad, y abajo el Intruso!

VIZCOND. (Con sorna.) Todavía hemos de ver al bueno de fray Bartolo ahorcando los hábitos.

CAYET. (Con intención.) Y manejando el trabuco.

BARTOLO Todo puede ser; en España no hacen falta frailes, sino soldados.

CAYET. ¡Ejem!... ¡ejem!... ¡ejem!...

BARTOLO ¿Qué es eso, reverendo padre?...

MARQ. Es que las tardes van refrescando, estamos á últimos de Agosto.... Mira, hermana, la noche se nos viene encima, y ya sabes lo que te tiene recomendado nuestro médico el doctor Mena: el relente es perjudicial....

D.ª ESP. Tienes razón. Ya es hora. (Levantándose.)

CAROL. Isabel y yo la acompañaremos, querida tía.

MARQ. Nosotros permaneceremos todavía en el jardín. Á las oraciones nos reuniremos todos para rezar el santo rosario.... ¡Cómo se sonríe el señor Vizconde!... ¡Ya se ve, estos franceses extrañan nuestras antiguas costumbres españolas! La merienda por la tarde.... el rosario por la noche.... (Vanse doña Esperanza, Carolina, Isabel y Perpétua.)

VIZCOND. (A Gerardo.) ¡Conmovedor cuadro de familia!... ¿No te parece, Gerardo? (Mari-Pepa se queda cerca del velador doblando las servilletas.)

ESCENA XI

EL MARQUÉS, FRAY BARTOLO, el VIZCONDE, GERARDO, FRAY CAYETANO, MARI-PEPA y GEROMO.

GEROMO. (Desde la ventana.) ¡Eh, Mari-Pepa, aquí estamos todos!

MARI-PE. ¡Es Geromillo.... (Con alegría, yendo hacia el fondo.) mi novio!...

MARQ. ¡El criado de mi sobrino!

MARI-PE. Fray Bartolo, ayúdeme usted á quitar el barrote. (Entre los dos abren la puerta.)

GEROMO. La paz de Dios sea en esta casa. Buenas tardes, mi amo. (Al Marqués.—El tipo de Geromo entre contrabandista y mozo de labranza; viene acompañado de otro que conduce de las riendas dos caballos enjaezados á la andaluza; sillas, mantas, arreos y retacos, todo de la época.) ¡Muchacho.... lleva esas bestias á la cuadra!... (El mozo entra con los caballos segunda puerta izquierda.) Buenas tardes, señor Marqués, ¿cómo va usía de salud? ¡Fray Bartolo!... (Apretándole la mano.) ¡Vengan esos cinco!

MARQ. ¿Y mi sobrino? (Fray Cayetano se acerca.)

GEROMO. ¿Otro fraile? (Mirando con recelo a fray Cayetano.) ¡Dos franchutes!... (Con mas recelo y rascándose la cabeza.) ¡Qué buscarán por aquí estos abejorucos! (Aparte.)

MARQ. Pero ¿no contestas? ¿Y mi sobrino?

GEROMO. ¿El señorito?... ¡Demontre! (Yo he visto esta cara en alguna parte.) (Aparte y fijándose en fray Cayetano.) El señorito.... (Vacilando y mirando a fray Bartolo.)

BARTOLO (A Mari-Pepa.) ¡Qué ojazos me echa, como si quisiera preguntarme con la vista! *¿Ubinan gentium summus?*

MARQ. (Impaciente.) ¿Acabaremos de una vez? ¿Contestas ó nó?

GEROMO. Pues el amo.... el amo.... se ha quedado por allá.

CAYET. ¡Por allá! (Muy contrariado se dirige al Vizconde, que está á su izquierda con Gerardo.) ¡Nos hemos lucido!

ESCENA XII.

DICHOS.—ANDRÉS, en la puerta del fondo.

ANDRÉS. (Sin ser visto.) ¡Dos oficiales franceses aquí... en mi casa! ¿Qué es esto?

MARI-PE. ¡El señorito!... (Reparando en él.) ¡El señorito Andrés, allí está!

BARTOLO. ¡Gracias á Dios!

CAYET. (Con mal disimulada alegría.) Eso digo yo, fray Bartolo, ¡gracias á Dios!

MARQ. ¡¡¡Sobrino!!! (Yendo hacia él.) Y ese alcornoque de Geromo que me decía.... Pero ¿qué es eso?... ¿No me abrazas? (Viendo que se dirige al lado opuesto al en que se hallan Gerardo y el Vizconde.) ¿Qué tienes? ¡A tí te sucede algo!... (Con inquietud, viéndole pensativo.)

ANDRÉS. (Ap.) ¡Calma.... y prudencia!

CAYET. (A Fray Bartolo con sorna.) ¡Se conoce que no está muy satisfecho de la recolección!

MARQ. ¡Por mi nombre, que no me explico lo que le pasa!

ANDRÉS. ¿Y mi madre? ¿y Carolina?... (Como saliendo de su abstracción.)

MARQ. ¡Esperándote desde hace ocho días con los brazos abiertos! Pero, eh, atolondrado, ¿dónde vas? (A Andrés que se dirige rápidamente hacia la galería.) ¿No reparas? Estos dos amigos....

ANDRÉS. (Con supremo desdén.) ¡Dos franceses!... ¡Más tarde.... más tarde nos veremos! (Con acento de amenaza.) ¡Ahora me aguardan allí! (Vase rápidamente.)

MARQ. ¡Diantre de muchacho! ¡Es un loco de atar!... (Al Vizconde y Gerardo.) Ahora, si me lo permiten... soy con ustedes al instante.... No quiero perder la escena entre la madre y el hijo. (Se dirige á la galería y vase.)

ESCENA XIII.

DICHOS, menos ANDRÉS y el MARQUÉS.—GERARDO taciturno y sombrío.—BARTOLO, MARI-PEPA y GEROMO formando un grupo hablando entre sí.

CAYET. (Al Vizconde, con mal reprimido gozo.) Ya tenemos al ratón dentro de la ratonera, señor Vizconde.

VIZC. Pues guárdese bien el gato cazador de tocarle siquiera con una uña, porque lo ha de pasar muy mal.

CAYET. No comprendo....

VIZC. (Dándole un papel) Entérate de esa orden de la Prefectura. En ella se dispone que el jefe de policía con toda su canalla, incluso tú que eres el más canalla de todos, se ponga incondicionalmente á mi disposición; y te prevengo desde ahora que, como toques á un solo cabello de ese mozo, te mando ahorcar. (Siguen hablando en voz baja.)

GEROMO. (Bajo á Fray Bartolo.) ¡Si viera usted, padre Bartolo, qué saltos me está dando el cuchillo de monte en la cintura! (Mirando á los franceses y llevándose la mano al costado.)

VIZCOND. ¿Tienes tu gente prevenida? (A Fray Cayetano.)

CAYET. Por lo que pudiera tronar me la traje muy cerquita de aquí, pared por medio de esta casa.... Ya lo sabe el señor Vizconde....

BARTOLO ¡Cachaza, Geromillo, cachaza, no vayan á sospechar y perdamos el salto!

GEROMO. (A Bartolo.) Me parece que la degollina va á empezar por aquí....

MARI-PE. (Con despecho á Geromo.) ¡Pues me gusta! Al cabo de dos meses y medio, y ni siquiera hay una palabra para mí... ¡Todos los hombres son unos pícaros!..

GEROMO. ¡Mira, Josefilla, que barrunto tormenta!

MARI-PE. ¿Y qué tenemos con eso?

BARTOLO Cuando Geromo barrunta tormenta.... de seguro llueven palos. Anda, hija mía, anda á rezar el trisagio con tus compañeras. (Llevándola hacia la puerta primera izquierda.) ¡Esta noche nos toca á todos velar! (Vase Mari-Pepa.) Y tú (A Geromo.) por aquí.... conmigo.... quiero que me enteres.... Vamos, hombre, adentro. (Empujándole.) ¡No los mires así! (Vase segunda izquierda.)

CAYET. El señor Vizconde será obedecido. (Después de un diálogo, al parecer animado, con el Vizconde.)

VIZC. No faltes de tu puesto y espera mis órdenes. (Fray Cayetano saluda y vase por el fondo de la galería.)

ESCENA XIV.

EL VIZCONDE.—GERARDO.

VIZC. ¿Qué es eso, Gerardo? ¡Pardiez! ¿No te regocija ver entre nosotros al temible guerrillero?

GERARD. ¿Qué te propones? Recuerda al menos que estamos en su casa, y que en ella se nos ha dado franca y leal hospitalidad.

VIZC. Nobleza obliga. (Con ironía) Tú recompensas esa hospitalidad poniendo acechanzas á la virtud de una cándida y enamorada doncella; yo preparando en las sombras el golpe que hiera más profundamente en el alma....

GERARD. Al prometido esposo de Carolina.... (Con desprecio) Comprendo el odio que le profesas....

VIZC. Me supones enamorado.... y más que enamorado, cobarde.

GERARD. Cuando un hombre nos estorba, se le busca, se le provoca y se le mata.... pero frente á frente, y hierro á hierro.

VIZC. ¡Llevas espada al cinto.... le odias tanto como yo, y como yo te burlas de la muerte!... Pues bien; ante su ademán altivo, ante su mirada despreciativa, ante sus mal encubiertas amenazas, hemos permanecido mudos é inmóviles.

GERARD. Te juro que á no haberse interpuesto entre mi espada y su corazón la dulce imagen de Isabel....

VIZC. Hablemos con franqueza, Gerardo; te conozco muy bien, y no imagino siquiera que el amor á la hermana es el que defiende la vida del hermano. ¡Amor!... ¡Ni el libertino Gerardo de Melville, ni el depravado Vizconde de Nerval, son capaces de sentir esa noble aspiración del alma! En Isabel no buscas una esposa, sino una víctima; yo te la daré.

GERARD. ¡Tú!

VIZC. Acaso mañana mismo tendremos que abandonar á Sevilla, y no quiero salir de ella sin haber realizado mi venganza.

GERARD. ¿De qué modo?

VIZC. Haciéndote dueño de Isabel.

GERARD. ¿Me propones un rapto?...

VIZC. Nó; un matrimonio

GERARD. ¡¡¡Casarme yo!!! ¡Bah! No estoy por los golpes de efecto. ¡¡Presentarme en París.... en la corte del Emperador, llevando una mujer hermosa como único trofeo de nuestra dominación en España!! ¡Solo al diablo se le puede ocurrir semejante idea!

VIZC. Silencio.... ya te explicaré.... (Se oyen voces que se acercan.)

ESCENA XV.

DICHOS.—EL MARQUÉS, ANDRÉS, ISABEL, CAROLINA y FRAY CAYETANO

MARQ. (A Andrés.) Ya veo que no has perdido tu buen humor. ¡Y cómo se ha reido mi hermana con los aspavientos de la pobre Perpétua!.. ¡Qué ocurrencia la tuya! Decirla que eras muy capaz de ir esta noche á la casa del duende....

VIZC. (Ap.) (¡La casa del duende! ¡Soberbia idea! No hay paraje más apropósito para el desenlace que busco...) (Fray Cayetano se aproxima al grupo que forman á la izquierda el Vizconde y Gerardo, y habla con el primero en voz baja.)

ANDRÉS. Ya sabe usted, querido tío, que me propongo habitarla cuando Carolina sea *mi esposa*. (Con marcada intención, y mirando al sitio en que estan el Vizconde y Melville.) y, más tarde ó más temprano, conviene arrojar de esa casa á los invisibles moradores.

MARQ. No soy supersticioso; pero, como dice muy bien el ama de gobierno, no hay que jugar con las cosas del otro mundo. ¡Ah, señores! (A Gerardo y al Vizconde.) Ruego á ustedes que me dispensen si antes.... Sobrino, (A Andrés.) tengo el honor de presentarte.... *monsieur* Gerardo de Melville, (Este saludo.) el señor Vizconde de Nerval. (Id.) Dos alojados que han tenido la delicadeza extremada de renunciar á su derecho de ocupar una habitación en nuestra casa y un asiento en nuestra mesa. Señores.... mi sobrino don Andrés de Rivera y Maldonado....

ANDRÉS. Ruego á usted, querido tío, que me presente á estos dos oficiales franceses con el nombre que llevo en la actualidad.

CAROL. ¡Andrés!... (Aproximándose á él rapidamente)

ANDRÉS. Los valientes defensores de nuestra patria, de nuestra religión y de nuestro rey, me llaman *el Estudiante*. (Gerardo hace un movimiento; Isabel lo contiene. Estudiese este cuadro teniendo muy en cuenta la colocación de las figuras y las acotaciones.)

MÚSICA

CAROL. Con tu audaz revelación (A Andrés)
juegas la vida, imprudente.

ANDRÉS. Mirándola frente á frente,
(Señalando al Vizconde y Gerardo)
no me asusta la traición.

CAROL. ¡Desmiente su limpia raza
quien amparado en el fuero
de su hogar, al extranjero
escarnece y amenaza!

CAYET. El mozo, á lo que parece, (Al Marqués.)
es más que osado, indiscreto;
dicho sea con el respeto
que su familia merece.

VIZC. A probarnos ha venido, (Con altanería)
con su temerario alarde,
que el que ofende es más cobarde
á veces, que el ofendido.

ANDRÉS. ¡Ni aun aquí cedo en la empresa
de odiar al que nos humilla!
¡Ante el león de Castilla
tiemble el águila francesa!

CAROL. ¡Al infamante yugo extranjero
su altiva frente no inclinará!
No hay esperanzas; ruegos y súplicas
para vencerle no bastarán.
Claro lo muestra su adusto ceño;
claro lo dice su torva faz;
¡no hay esperanza!... ¡De odio y rencores
ruge en su pecho la tempestad!

ANDRÉS. ¡De mí se aparta la que animosa
me daba alientos para luchar!

¡Llanto en sus ojos! ¡Queja en sus labios!
¿A qué responde su inquieto afán?...
¿Por quién implora? ¿Por mí, ó por ellos?
¿Cuál es el móvil de su piedad?
¡Dudas crueles!... ¡Dentro del alma
siento que ruge la tempestad!

ISABEL. ¡No hay esperanza! Ruegos y súplicas
para vencerles no bastarán.
Ruge en sus almas, de odio y rencores,
mal reprimida la tempestad.
Sed generosos con el vencido;
(Al Vizconde y Gerardo.)
sois los más fuertes.... ¡tened piedad!
¡Seré tu esclava si me prometes (A Gerardo.)
que su existencia respetarás!

GERARD. ¡La marca infame de tal afrenta
sobre mi frente no he de llevar!
¡Para borrarla, toda la sangre
de ese rebelde no bastará!...
¡No me supliques!... ¡Vano es tu ruego! (A Isabel.)
¡Sobre mi frente no he de llevar
la marca infame de tal afrenta!
¡En vano ruegas!... ¡No habrá piedad!

VIZC. ¡Prudencia y calma, duerma el acero! (A Gerardo.)
Para esgrimirle tiempo tendrás;
antes que muera, su limpio nombre
con la deshonra quiero manchar.
¡Habrá clemencia, perdón y olvido, (A Isabel)
cuanda os jureis ante el altar
amor eterno, que vuestras almas
en una sola confundirá!

CAYET. ¡Ya el mozalbete cayó en mis manos;
(Al Vizconde.)
pronto su furia se calmará!
Con el grillete por el momento;
más adelante con el dogal.
¡Ya estoy al cabo, señor Vizconde;
ya he comprendido cuál es su plan!
Ni al mismo diablo pudo ocurrírsele
una venganza más singular.

MARQ. Al fuerte yugo del extranjero
su altiva frente no humillará;
tiene en sus venas sangre española
y por la Patria la verterá.

¡Es un valiente!... Del *Estudiante*
pronto la historia se ocupará;
dejó los libros, cogió la espada,
y á los franceses hizo temblar.

MARQ. ¡El famoso guerrillero, terror de los franceses!...
ANDRÉS. Y el más encarnizado enemigo de los Bonaparte.
VIZC. Señor Marqués, después de este desagradable incidente, nuestra presencia aquí....
MARQ. Tiene usted razón, señor Vizconde; es preciso evitar.... (Se dirige hacia la puerta del fondo.)
ANDRÉS. Un momento. Esa no es la salida: la casa de los Rivera sabe honrar á sus huéspedes, llámense amigos ó adversarios. Querido tío, le ruego que acompañe á estos dos señores hasta la puerta principal. Esa otra.... (Señalando la del fondo.) está destinada á los lacayos y servidores de la familia.
GERARD. ¡Qué humillación!... (El Vizconde trata de reprimir su ira.)
VIZC. ¡Prudencia!
GERARD. (Con acento reconcentrado.) ¡Y venganza! (Vanse acompañados del Marqués y de Fray Cayetano por el fondo de la galería.)

ESCENA XVI.

ANDRÉS.—CAROLINA.—ISABEL.

CAROL. ¡Andrés!
ISABEL. ¡Hermano mío!
CAROL. Cesen ya vuestros odios.
ANDRÉS. (Con ironía.) ¿Qué pueden recelar de mí, enemigos que tienen por escudo vuestros dos corazones? ¿Qué debo yo temer, si vuestras lágrimas y ruegos me aseguran la libertad y la vida?...
CAROL. Noble y honrado es el sentimiento que nos impulsa.
ANDRÉS. ¡Si así no fuera.... créelo, Carolina, sería inexorable y cruel! ¡Ay de vosotras y ay de ellos.... si bajo la máscara de la piedad se ocultara el amor! (Vase.)
CAROL. (Ligera pausa.) ¡Voluntad indomable!
ISABEL. ¡No hay esperanza! (Se dirigen hacia la derecha.)

ESCENA XVII.

CAROLINA, ISABEL, el VIZCONDE; después GERARDO; FRAY BARTOLO á su tiempo.—(Gerardo y Nerval con sombrero de uniforme.)

CAROL. ¡Ah, Nerval!... (Viéndole aparecer en la puerta del fondo.)

ISABEL. (Acudiendo á él.) ¿Y Gerardo?

VIZC. ¡Ahí le dejo pronunciando el nombre de Isabel.... para no recordar el ultraje recibido!

ISABEL. ¡Se odian!...

VIZC. ¡Sólo hay un medio de reconciliación! Que una su suerte á la de Gerardo.... y le siga.

ISABEL. (Con dignidad.) ¡Señor Vizconde!

CAROL. ¡Isabel es honrada!

VIZC. Porque lo es, le propongo que sea la esposa de Gerardo. Así se lo aconseja también ese varón justo....

ISABEL. ¡Jamás! ¡Sin el consentimiento de mi madre y de mi hermano!...

VIZC. No insisto. ¡Pobre Gerardo! Tu amor á Isabel ha salvado la vida al audaz guerrillero; el que Isabel te profesa no alcanza á guardar la tuya. ¡Hay que decirlo de una vez! Numerosas fuerzas enemigas tratan de apoderarse de la ciudad; el pueblo secundará el movimiento.... y seremos vencidos; la suerte de los vencidos....

GERARD. (Apareciendo puerta fondo.) ¡Basta!... ¡No ruegues más!

ISABEL. (Corriendo hacia él.) ¡Ah! ¡Gerardo! ¡Tu vida, tu vida... aun á costa de mi existencia!

CAROL. ¡Pobre Isabel! (Al Vizconde que se une con Isabel y Gerardo.)

BARTOLO (Asomando la cabeza, segunda puerta izquierda.) *Máculam habemus* ¡Isabelita y Carolina mano á mano con los dos franchutes!...

GERARD. ¿Irás? (A Isabel, con quien ha estado hablando bajo.)

ISABEL. ¡Esta noche, sí; yo te lo juro! (Vanse por el fondo el Vizconde y Gerardo; Isabel y Carolina, galería derecha.)

ESCENA XVIII.

BARTOLO; después el ZORRO (en la ventana).

BARTOLO ¡Nada!... ¡Es preciso acabar con esta ralea!... Muerto el perro.... se acabó la rabia. ¡Soberbio plan! ¡Y qué bien lo explica el zopenco de Geromillo! ¡El amor á la patria hace milagros! Vamos por partes: Al alba, las baterías de Santa Brígida habrán caido en nuestro poder, dejando entre dos fuegos el fuerte de la Cartuja. La vanguardia del general Cruz atacará á los franceses en la vega, y si en la retirada quieren entrar de nuevo en Sevilla, el pueblo los recibirá á tiros. ¡Ah! Que no se me olvide; á las cuatro en punto la señal convenida.... un cohete de luces.... de eso me encargo yo.... El polvorista de la puerta del Arenal es amigo.... (Suena una campana grande y otra de timbre más agudo; toque breve) La oración.... (santiguándose) *Angelus domini*...

ZORRO. (En la ventana.) ¡Fray Bartolo! En la plazoleta de la parroquia espera la gente.

BARTOLO El estado mayor de Geromillo. ¿Cuántos vienen?

ZORRO. Ocho.

BARTOLO ¡Bastantes hay para hacer boca! Que vayan entrando uno á uno, ó dos á dos, cuando no pase nadie. (Vase el Zorro, y Fray Bartolo entreabre la puerta.) ¡Desde dónde diablos dispararé yo ese cohete!... ¡Desde un sitio alto.... la torre de San Lorenzo... imposible! El sacristán cierra de noche la iglesia á piedra y lodo por miedo de que los franceses le roben á Nuestro Padre Jesús del Gran Poder. ¡Torpe de mí!... ¡Teniendo la torrecilla ó mirador de la casa del duende! (Se acerca á la primera puerta izquierda y llama.) ¡Mari-Pepa!

ESCENA XIX.

BARTOLO, MARI-PEPA, EL TIO BERRINCHE, ALACRAN, MULATO y demás, según marca el diálogo, hasta el número de ocho.

BARTOLO ¿Quién tiene la llave de la casa desalquilada? (Mari-Pepa se santigua.) ¡Responde!

MARI-PE. El mayordomo; pero el ama de gobierno debe tener otra que ha mandado hacer de ocultis al cerrajero de la Gaviria. ¿Para qué la quiere usted, padre Bartolo?

BARTOLO ¡Vaya una pregunta!... Para entrar.

MARI-PE. ¿Y los duendes?

BARTOLO ¡Yo no creo en ellos! (La puerta del fondo se entreabre y entran Berrinche y Alacrán.)

MARI-PE. ¿Que nó?... (Reparando en los recien llegados.) ¡Ay, ay! ¡Mírelos usted!...

BARTOLO ¡No te asustes, tontuela! Son dos amigos de tu novio. El tío Berrinche, esquilador.

BERRIN (Traje y tipo gitanos.) ¡Y *cañí* de toito el cuerpo, mairecita!

BARTOLO Tragabalas, baratero del muelle.... ¡Entrad ahí, muchachos! (Entran segunda puerta izquierda.)

MARI PE. ¡Otro.... y otro más; y ahora!.. (Entran como se le va marcando.)

BARTOLO El Mulato, matarife de cerdos.... Alacrán, mozo de la ronda.... *é sic de ceteris*. Yo te lo explicaré todo; esta noche vamos á tener una gran jarana para celebrar la llegada de tu novio. Por los convidados puedes calcular lo que será la fiesta.... Pero volvamos á los duendes.

MARI-PE Yo digo que los hay, porque el ama de llaves habla con ellos.

BARTOLO ¡Doña Perpétua! ¡Hola! ¡Hola!

MARI-PE. Hace ocho días que la sorprendí en el cuarto donde se guardan los cofres y las alfombras, separando de la pared un armario con ruedas. Tras del armario hay un chinero vacío.... la vieja entró en aquel hueco y dió unos golpecitos, que fueron contestados. Al día siguiente volví por curiosidad.... ¡en el tabique faltaba un ladri-

¡lo!... ¡por la tarde faltaban dos!... ¡Cuando yo digo que es bruja!

BARTOLO ¡Ahí viene! ¡Déjame con ella! (Vase Mari-Pepa por la primera puerta izquierda.)

ESCENA XX.

BARTOLO.—PERPETUA (por la derecha).

BARTOLO ¡Deténgase, hermana!

PERPÉT. Voy de prisa. (Siguiendo en dirección primera puerta izquierda.)

BARTOLO ¡Detengase, digo, en el camino de la perdición! (Perpetua se detiene sorprendida.) ¡Está usted excomulgada.... y en pecado mortal!

PERPÉT. ¡Ay, Virgen de Rocamador, patrona de este barrio! ¿Yo en pecado mortal?...

BARTOLO ¡Las puertas del infierno están ya abiertas para recibirla! ¡Sí señora... *porta inferi!*

PERPÉT. ¡Jesús, María y José!

BARTOLO ¡Vamos, vamos, no hay que afligirse! Yo tengo la manga muy ancha; confiese sus culpas y dígame qué tratos y contubernios son esos que trae con los malos espíritus ¿Para quién es esa llave que ha mandado hacer al cerrajero de la Gavia? ¿Callas, pecadora recalcitrante?... ¿Te resistes, vil gusano de la tierra.... *serpentorum terrestrium?*

PERPÉT. ¡¡*Serpentorum!!* (Aterrada.) ¡Ay, Dios mío! ¡Yo lo diré todo!

BARTOLO Júralo en latín para mayor solemnidad ¡Di conmigo: *Promito fide mea!*....

PERPÉT. *Promito fide.... fide* ... ¡Vamos, que no digo lo otro!

BARTOLO ¿Quién es el duende?

PERPÉT. El padre maestro fray Cayetano con su comunidad ¡Como los pobrecitos están en la mayor miseria, las señoritas y yo....

BARTOLO (Con sorpresa.) ¿Y el marqués? ¿Y doña Esperanza? ..

PERPÉT. Nada saben. ¡Nosotras! ¡Nosotras! ¡Yo creo que hacer una obra de caridad no es pecado!

BARTOLO ¡Pero lo es abrir agujeros en las paredes!

PERPÉT. ¿Y por dónde se le da la comida? ¡Doce bocas nada ménos! ¡Ya he dejado á la lumbre un cal-

dero de arroz á la valenciana con sus lonjitas de jamón y algunas rodajas de chorizo extremeño!

BARTOLO ¡Poco picante, hermana! ¡Usted no sabe lo que son los carmelitas!

PERPÉT. En cuanto á la llave....

BARTOLO (Aparte) ¡Para qué la necesito! Habiendo una gatera por donde entrar ...

PERPÉT. La señorita Carolina ha recogido la que tenía el mayordomo; yo creo que quiere dar una broma á su primo, ó impedir que éste vaya, como anunció hace poco, mientras tomaba un refrigerio.... Pero ¡qué memoria la mía! Ya no me acuerdo si dije á la cocinera que llenara la bota.... (Da algunos pasos y se detiene al ver á Geromo y demas.)

ESCENA XXI.

DICHOS.—GEROMO, BERRINCHE, el mozo de cuadra, y los siete coristas que entraron anteriormente; todos por la puerta segunda izquierda.

PERPÉT. (Asustada) ¡Virgen santísima! ¡Ladrones! ¡Ladro...

BARTOLO ¡Silencio!

GEROMO. ¡Fray Bartolo! ¿No habrá por ahí alguna frioleri-lla para la gente, y un trago para remojarla?

BARTOLO ¡Diantre! Para tantos.... ¡Ah, qué idea! (Dándose una palmada en la frente.) ¡Mari Pepa! (Llamando primera puerta izquierda.) Saca unos cuantos panes. (Se dirige rápidamente al fondo, derecha.)

PERPÉT. ¡No me deje usted sola, Fray Bartolo!

GEROMO. Encárgate tú de esa chicharra, Berrinche.

BERRIN. (A Perpetua) Ya se *pué* su *merce dir jaciendo* un *nuo* en la *sinhueso*. ¿No *chanela*?

PERPÉT. Creo en Dios Padre, todopoderoso....

ESCENA XXII.

DICHOS.—MARI-PEPA, y las siete cocinas de la escena V, con panes; despues Fray BARTOLO con un caldero en la mano izquierda, y en la derecha una bota de vino y unas cuantas cucharas de palo.

CORISTA. (A Mari-Pepa) ¿Estos son los de la fiesta?

MARI-PE. ¿Y Fray Bartolo?

BARTOLO (Saliendo.) *Adsum.* Aquí estoy. (Dejando el caldero en el suelo y respirando.)

PERPÉT. ¡Con el caldero de arroz y la bota de vino!

BARTOLO Lo que es por esta noche ayuna la comunidad, hermana Perpétua.

PERPÉT. Eso sí que no lo consiento.... me ahogo de rabia.... Ladrones.... ladro....

BERRIN. (Cogiéndola por un brazo) Malos *mengues* la *tajelen*....

PERPÉT. También este habla en latín.

BERRIN. *Chipén.* Con que adentro. (Llevándola segunda puerta izquierda) Y á no *chibatearse* ni con los jamelgos de la cuadra.

PERPÉT. Esto es una picardía. Esto es una infamia.

BERRIN. *¡Soniche!...* (Sacando unas tijeras de esquilar, y amenazándola.)

PERPÉT. Ya no chisto. (Entra segunda izquierda con Berrinche, que sale enseguida)

BARTOLO Muchachos: á *restaurare ventren et refrigerare garganlan.* (Entrega la bota, que va pasando de unos á otros.) Lo primero, un trago.

MARI-PE. Y una copla....

CORISTAS La del *landúm* portugués. .. La del *landúm* portugués....

MÚSICA

BARTOLO
Los ingleses en España,
juntos con los portugueses,
tocan unos instrumentos
que hacen bailar los franceses.

VOZ Y CORO.
¡Venid, españoles,
veréis qué *landúm*
bailan los gabachos
á nuestra salud!

VOZ Y CORO DE H. ¡Pam! ¡pum! ¡trabucazo! ¡pam!

VOZ Y CORO DE M. ¡Pum! ¡pam! ¡cañonazo! ¡pum!

TODOS.
Que si no lo has visto
ya lo verás tú,
cómo de este modo
se baila el *landúm.*

BARTOLO
La tocata es tan alegre
que al son del bronce y del hierro
bailan los pobres gabachos
la pavana y el bolero.

VOZ y CORO.
Los unos brincando

los otros en cruz,
unos de barriga
y otros de testuz!

VOZ Y CORO DE H. ¡Pam! ¡pum! ¡trabucazo! ¡pam!
VOZ Y CORO DE M. ¡Pum! ¡pam! ¡cañonazo! ¡pum!
TODOS. Que si no lo has visto
ya lo verás tú,
cómo de este modo
se baila el *landúm*.

(Desde la terminación de la copla hasta el final del acto la orquesta combinará sus notas con el ruido de armones de artillería y toque de clarín, que se acerca y se aleja gradualmente.)

BARTOLO ¿Qué es eso, Zorro? (Al Zorro, que aparece en la puerta del fondo.)
ZORRO. Nada.... ¡Dos baterías francesas que salen de la ciudad!
BARTOLO ¡Á enemigo que huye... puente de plata! (Golpe de orquesta.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Patio de la casa del Duende.—Rompimiento de tres arcos sostenidos por columnas de mármol con basa y capiteles.—Al fondo, en el muro interior de la galería y correspondiendo al espacio que media entre las dos columnas centrales, una gran puerta con reja, de forma antigua, entornada ó á medio abrir hacia la parte interior.—En el foriilo otra puerta que se supone ser la que da entrada al edificio, y que, por la completa oscuridad que reina en el zaguan ó vestíbulo, no es perceptible hasta el final del acto.—A la izquierda, y en la parte de la galería, se ve el arranque de una escalera con balaustrada de hierro.—Dos puertas que no guardan perfecta uniformidad en cada uno de los muros laterales.

La claridad de la luna, reflejándose en los arcos y parte de la galería, es la única luz que ilumina la escena.

ESCENA I.

EL VIZCONDE.—GERARDO (por el fondo).

VIZC. (Dirigiéndose á un fraile carmelita que los acompaña.) Está bien; no abandones tu puesto, y avísanos tan pronto como oigas rechinar la llave en la cerradura. (Vase el fraile.)

GERARD. ¿Crees tú que acudirá á la cita?

VIZC. Estoy seguro de ello. Los españoles son muy dados á este linaje de aventuras, en que lo maravilloso y lo sobrenatural juegan un papel importante; en esta hermosa tierra andaluza hay quien sueña todavía con castillos, gigantes y doncellas encantadas. El paraje y la hora se prestan....

GERARD. Voy sospechando que se trata de una emboscada....

VIZC. No es ocasión de mostrar al *noble* é *intachable* caballero de Melville que para arrancar la vida

al que me ofende no me he valido jamás del puñal que hiere por la espalda, sino de la espada, que va derecha al corazón.

GERARD. ¿Es una amenaza?

VIZC. Es sencillamente una advertencia. No olvides que ambos llevamos en el rostro la marca afrentosa de un ultraje....

GERARD. Esa marca se borra con sangre; pero en lucha leal, sobre el terreno y con las armas en la mano.

VIZC. Nuestro ofensor sólo tiene una vida, y somos dos para la venganza. No te disputo el placer de darle la muerte.... pero después que yo le haya herido profundamente en el alma. Al rayar el día la hermosa Isabel de Rivera será la esposa del capitán Gerardo de Melville, caballero de la Legión de Honor.... ¡Todo está ya dispuesto para la nupcial ceremonia!

GERARD. Te juro que me causa horror esa odiosa y sacrílega farsa ...

VIZC. ¡Acabemos con mil diablos!... Corre el tiempo, y nos importa saber lo que ha ocurrido aquí desde la media noche en adelante. Avendaño nos informará....

GERARD. ¡Avendaño, el vil espía!...

VIZC. A quien tú mismo considerabas en casa de los Rivera como el varón más justo y ejemplar. Por la astucia, el ingenio y la rara propiedad con que se disfraza, ha llegado á ser el esbirro predilecto del célebre y nunca bien ponderado don Miguel Ladrón. Entremos, pues. (*Se dirige puerta primera derecha*) El que aguardamos puede llegar, y no conviene á mis planes que su primer encuentro.... ¿Vacilas? .. ¡Todavía es tiempo! Franca tienes la salida.... (*señalando puerta fondo*) Retírate, y déjame á mí solo el cuidado de la venganza.

GERARD ¡Eso nunca!

VIZC. ¡Entonces.... sígueme! (*Vanse primera puerta derecha*)

ESCENA II.

FRAY BARTOLO (*ligera pausa.*)

BARTOLO (*Asomandose con precaucion segunda puerta izquierda.*) ¡No hay

nadie! En toda la casa reina el más profundo silencio.... Se conoce que los *duendes* están durmiendo á pierna suelta.... pero con el estómago vacío. ¡Buena cuenta hemos dado del caldero de arroz y de la bota del vinillo de Espartinas que doña Perpétua destinaba á la comunidad!... ¡Ea, hermano Bartolo, á cumplir con tu patriótica misión!... Veamos si se me olvida.... (Examinando los objetos que se marcan.) ¡Nada!... Todo lo traigo conmigo. *¡Omnia mea mecum porto!* El retaco que compré á *pacto de retro* á Pepe Jardón, el armero de calle Tintores.... ¡Bonito cordón de San Francisco! (Después de sacarlo de debajo del hábito.) El cohete que ha de servir de señal.... Yesca.... Pajuela, pedernal y eslabón.... Un cabo de vela que recogí á prevención en el oratorio de la señora.... ¡Quién había de decirme que, al cabo de tantos años, volvería á mis antiguas mañas de monaguillo, *rapaverunt, rapaverunt, rapaverunt* del altar!... Por cierto que en éste no he visto los dos candeleros de plata, ni el Cristo de marfil que doña Esperanza tiene en tanta estima (Se dirige primera puerta izquierda.) ¡Manos á la obra!... Las cuatro están al caer.... Por la escalera falsa llegaré más pronto; en dos saltos á la cocina del piso principal, de allí al cuarto de la plancha, y por la escalerilla de madera á la torre.... (Se santigua.) ¡Que Dios ponga tiento en mis manos!

ESCENA III.

PERPETUA con una linterna, MARI-PEPA con ramos de flores, segunda puerta izquierda; CAYETANO al final.

MARI-PE. Es mucho cuento que no han de saber nada ni la señora, ni el señor Marqués, ni el señorito, ni el hermano Bartolo.... Yo creo que para casarse como Dios manda no hay necesidad de andar con estos tapujos.

PERPÉT. A tí sólo te toca ver, oir y callar. .. ¡Sobre todo, callar!

MARI-PE. Pues digo y redigo que con ésta va de tres.... Y que no vuelvo aquí....

PERPÉT. ¿Cómo se entiende? ¡Ya harás lo que se te mande, lo que dispongan tus señoritas!..

MARI PE. Si no fuera por ellas, ¿cree usted que la hija de mi madre andaría á obscuras como un murciélago, tropezando con las paredes y asustándose de su sombra?

PERPÉT. No te has convencido todavía de que no son almas del otro mundo, sino unos pobres religiosos....

MARI PE. No señora; los duendes siempre dejan semilla, ¡y estos frailes, aunque lo sean de carne y hueso, no me dan muy buena espina!... (Mirando con recelo alrededor.)

PERPÉT. ¡Déjate de miedos! ¿No me ves á mí?

MARI-PE. ¡Vaya una gracia! ¡Usted está curada de espanto! Cuando yo sea vieja y tenga la cara arrugada, tampoco temeré ni á los vivos ni á los....

PERPÉT. ¡Bueno, bueno!...

MARI PE. ¡Si los hubiera su mercé oido, como yo, la primera vez que entramos aquí!...—Ahí está—decían - ahí está la pícara bruja que nos ha dejado sin cena.—Eso de bruja....

PERPÉT. ¡A tu obligación.... y punto en boca!

MARI-PE El más alto de todos se acercó á mí como quien no quiere la cosa, se echó atrás la capucha.... y mirándome con aquellos ojos que parecían dos carbones encendidos, me dijo con voz de sochantre: – ¡So graciosa!... ¡Bendita sea tu *madre!*— Después me tiró un pellizco.... Sí señora; un pellizco en salva sea.... (señalando el hombro)

PERPÉT. Andando, y á colocar esas flores en los jarrones de China, junto á los candeleros, y á los pies del Crucifijo. Te encargué que eligieses las mejores....

MARI-PE. Y aquí están; si no son de su agrado puede ir por otras al jardín.

PERPÉT. ¡Dios me libre!... Creería ver en cada mata al hombre de las tijeras, el que se parece al judío que hay en el cuadro de Santa Agueda, en la sala de estrado.

MARI-PE. (Pensativa.) ¡Pobres flores! Hasta ellas pierden su color y su frescura al verse entre estas paredes sucias y llenas de telarañas. Se marchitan y entristecen. ¡Y eso que van á lucir en una boda,

que es lo más alegre del mundo!... Pero nó, no debe serlo, porque la señorita Isabel llora como una Magdalena; la señorita Carolina, que se casará después, también llora, ¡y á mí se me caen unos lagrimones!... Diga usted, doña Perpétua, ¿lloran todas las solteras antes de casarse?

PERPÉT. Yo no me he casado nunca; pero creo que cuando lloran es después. (Dan las cuatro.) ¡Las cuatro en San Lorenzo!... Hay que andar con prisa....

MARI PE. (Se oye el fogonazo de un cohete.) ¡Ay!... (La detonación.)

PERPÉT. (Asustada.) ¡Jesús, María y José! (La escena se ilumina con un resplandor rojizo.)

MARI-PE. (Cogiéndose á la falda de Perpétua.) ¡No me deje usted sola!... (La caña del cohete cae chisporroteando.)

PERPÉT. ¡Santa Bárbara bendita! (Se dirige extremo derecha de la galería.)

MARI PE. ¡Una centella! (Id.)

PERPÉT. ¡Ángeles y serafines dicen santo, santo, santo! (Vanse; la primera puerta derecha se abre con sigilo y aparece fray Cayetano, que explora con la vista la escena.)

CAYET. No ha sido aquí.... todo está en la más perfecta calma.... (Vase, cerrando la puerta.)

ESCENA IV.

Después de una ligera pausa aparece el fraile de la primera escena en la puerta del fondo y los demas del coro, en número de once, bajando la escalera con recelo.

MÚSICA

CORO. ¡Bajemos con cautela,
tengamos precaución,
que ha sonado muy próxima
la deto na·ción!

UNOS. ¿Será una pesadilla?

OTROS. Habrá sido ilusión.

UNOS. ¡Yo soñé que se alzaba
el pueblo en rebelión
al grito de Fernando
y la Consti tu·ción!

OTROS. Y yo, que hacia la horca

me arrastraba un sayón....
y al lado el pregonero
gritaba en ronco son:
—¡Justicia que se hace
en este vil soplón
que fué de la cuadrilla
de don Miguel Ladrón!

UNOS. Yo no duermo tranquilo
en este caserón,
de duendes y de espíritus
temerosa mansión.

OTROS. ¡Yo no temo á los duendes....
me sobra corazón!

TODOS. ¡Silencio!... Se oyen pasos
(Como escuchando los que están más cerca de la puerta primera izquierda.)
en esa habitación.

UNOS. ¡La puerta se entreabre! (Aparece Fray Bartolo.)
¡Qué espantosa visión! (Retrocediendo.)
¡Un fantasma! ¡Socorro! (Corren puerta primera derecha.)

BARTOLO ¡Chitón! (Llevándose un dedo á los labios.)

UNOS. ¡Chitón! (Atemorizados.)

OTROS. ¡Chitón! (Id.)

ESCENA V.

FRAY CAYETANO.—BARTOLO.—CORISTAS.

CAYET. ¡Eh, canallas! (Al coro.) ¿Tendré que sentaros la mano? ¡Ya os he dicho que ni el vuelo de una mosca se ha de escuchar aquí! (Los coristas retroceden, señalando con terror á fray Bartolo.) ¿Qué sombra es aquella? (Reparando en él y acercándose algunos pasos.) ¡Por mi nombre! ¿Duendecitos á mí?...

BARTOLO Muy asustadiza es la comunidad, fray Cayetano.

CAYET. Yo conozco esa voz. (Acercándose más, pero quedando á cierta distancia.) ¡Es el hermano Bartolo!

BARTOLO El mismo que viste y calza, reverendo padre; *ego sum*.

CAYET. ¡A ver! ¡Dos hombres á esa puerta, (Segunda izquierda.) á cortarle la salida, y cosedle á puñaladas si intenta escaparse!... (Dos de grupo se colocan en la puerta.)

BARTOLO *¡Malorum causa!*... ¡Esto se va poniendo muy serio, mucho!

CAYET. ¡Ahora nos toca á los dos! (Sacando un largo puñal del pecho.)

BARTOLO A los tres querrá decir, porque me acompaña este amigo que es de toda mi confianza. (Sacando el retaco.)

CAYET. ¡Prevenido anda el franciscano!

BARTOLO ¡No lo está menos el carmelita! Ya veo que su paternidad usa escapularios de Albacete.

CAYET. ¡Capitulemos!... ¡Ejém, ejém!... (Tosiendo como señal de aviso á los suyos.)

BARTOLO ¡Capitulemos!

CAYET. Dígame el hermano, si á bien lo tiene, cómo ha logrado penetrar en esta santa casa de oración y recogimiento.

BARTOLO Por obra y gracia de doña Perpétua.

CAYET. ¿Con que ha sido el ama de llaves?... ¡Ejém, ejém!... (Con impaciencia.) Bueno; concluyamos de una vez y dígame lo que busca.

BARTOLO Hospedaje para mis pobres hermanos de San Francisco, que están en la mayor miseria... ¡La fanega de trigo á nueve ducados de plata!

CAYET. Nuestra regla no permite....

BARTOLO *¡Nesécitas caret legis!*

CAYET. (¡Ejém! ¡ejém!) (Ap.) (¡Esos torpes no me comprenden!...) (Se nota movimiento en el coro: dos frailes se separan de él y se acercan á Fray Bartolo, ó se retiran, según éste se fija ó nó en ellos.) Le advierto, hermano Bartolo, que no estoy para chanza; su presencia en este lugar y á estas horas....

BARTOLO A su reverencia se le puede decir la verdad, pues aun cuando el señor Marqués le tiene por afrancesado, yo le tengo por un fraile de buena casta, por un fraile *plusquam perfecto*, y como tal, enemigo de los herejes. Ya oyó su reverencia lo que el virtuoso deán decía la otra tarde á doña Esperanza: «Sí señora; los franceses están contaminados del rito musulmán desde que el impío Klebber regresó del Egipto.»

CAYET. ¡Pero con mil diablos! ¿Dónde va á parar?

BARTOLO Al cohete que he lanzado desde la torrecilla y á la fogata con que han contestado á la señal desde lo alto de Castilleja.

CAYET. ¡Ejém! ¡ejém!! ejém!!!

BARTOLO (Al dar un paso pisa la caña y se baja á recogerla.) Aquí está la caña del petardo, que, para no dejarme mentir, ha venido á caer.... (Lo sujetan por la espalda y le quitan el retaco.)

CAYET. ¡Bravo, muchachos!... ¡Sujetadle bien!... (Golpeando primera puerta derecha.) ¡Señor Vizconde!... ¡*Monsieur* de Melville!...

ESCENA VI.

DICHOS.—EL VIZCONDE.—GERARDO.

BARTOLO ¡Estoy soñando?... ¡Los dos oficiales franceses! ¡Ahora sí que no doy por mi vida un cuarto!

CAYET. ¿Qué hacemos con este mal fraile que nos ha caido de las nubes?

VIZC. ¡El hermano Bartolo!

CAYET. Esa maldita vieja, á quien Dios confunda, le ha revelado....

BARTOLO ¡Lo que no me ha dicho es que en la comunidad figuraran estos dos novicios!...

VIZC. Es preciso que ese hombre no salga de aquí.... que no hable con nadie....

CAYET. ¿Que no hable y que no salga? Bueno. ¡Eh, valientes! (A los suyos.) ¡Echadle un cordel al cuello y colgadle de la baranda del patio!

BARTOLO ¡El carmelita tiene peor intención que un toro de Cabrera ó de Vistahermosa!

GERARD. ¡Guárdese el renegado español de dar órdenes en nuestra presencia!

VIZC. Aquí los únicos encargados de administrar *alta* y *baja* justicia somos nosotros.... y nosotros perdonamos al reo.

BARTOLO ¡El hermano Bartolo no mendiga clemencia, ni la quiere viniendo de los opresores de su patria! ¡Ni aun la vida quiere deber á los franceses! ¡Venga pronto esa cuerda, y acabemos!

GERARD. (Al Vizconde.) ¡Ya lo ves! ¡Por todas partes ejemplos de grandeza y de abnegación! ¡Este noble pueblo no merece ser esclavo!

CAYET. Debo advertir al señor Vizconde que ese bribón está en inteligencia con los rebeldes del general Cruz, y que se entiende con ellos por medio de

señales. Cuando yo le sorprendí bajaba del mirador de disparar un cohete.

VIZC. Si no ha traido más propósito que el de quemar pólvora, nos limitaremos á tenerle incomunicado. El sobrino del Marqués, el *prometido* esposo de Carolina, puede llegar....

BARTOLO ¡Cuerpo de Cristo!... ¿Don Andrés?... ¿Aquí don Andrés?

VIZC. Asistirá como testigo al matrimonio secreto de su hermana....

CAYET. Y después, atado codo con codo, le acompañarás para que déis estrecha cuenta de vuestros planes revolucionarios ante la Comisión militar ejecutiva.

BARTOLO ¡Ah, cobardes! Le habéis tendido un lazo.... ¡Hazaña propia de traidores!

CAYET. ¡Encerradle ahí! (Puerta primera izquierda.)

BARTOLO ¡Ánimo, hermano Bartolo! No desfallezca ... y á morir por la Patria gritando:—¡Abajo *Pepe Botella!*... ¡Vivan las Cortes soberanás! (Le empujan dentro, y Fray Cayetano echa el cerrojo por fuera.)

ESCENA VII.

EL VIZCONDE —FRAY CAYETANO.—GERARDO.

VIZC. ¡Fraile más original! (Riéndose.)

CAYET. (A los suyos.) ¡Pena de la vida al que descorra este cerrojo! Uno de vosotros que cierre el paso por la parte alta, y los demás al entresuelo, y á no chistar.... (Vanse los coristas por la escalera, quedando dos en la segunda puerta izquierda.) Es indudable (Al Vizconde.) que en Sevilla se prepara alguna asonada. La proximidad del general español....

VIZC. ¿Tienes miedo?... Se comprende muy bien; el pueblo no te mira con buenos ojos.

CAYET. Hace unas dos horas estuvo aquí don Miguel, y me dijo: «Paco, la cosa está que arde. En el café de calle Génova, donde se reunen los patriotas más exaltados, se nota cierta agitación.... En la Alameda y en el Patrocinio se están formando grupos....»

GERARD. Las noticias que de Cádiz se han recibido en el

Gobierno militar animan á los descontentos; nuestras tropas se han retirado de la línea fronteriza, y la escuadrilla sutil ha sido abandonada en el Trocadero.

CAYET. ¡Dios nos asista!

ESCENA VIII.

DICHOS.—PERPÉTUA, MARI-PEPA, BARTOLO (dentro).

PERPÉT. ¡Te digo que no pudo ser una centella estando tan serena la noche y la luna tan clara!

CAYET. ¡Venga usted acá.... estampa de la tía Marizápalos! ¡Vieja imprudente y parlanchina! .. (A Perpétua atrayéndola bruscamente al proscenio.)

PERPÉT. ¡Qué noche, Divino Redentor! ¡Qué noche!

MARI-PE. (Asustada, corre á colocarse muy cerca de la primera puerta izquierda.) ¡Para que una se fíe de los santos! ¡Cuando yo digo que este fraile!...

CAYET. (A Perpétua.) ¡Te voy á cortar la lengua!

PERPÉT. ¡Ay, bendito San Antonio de mi alma!...

BARTOLO ¡Mari-Pepa!... (Desde dentro con voz perceptible y pronunciada con entonación baja, para que no pueda ser oída por los demás. Mari-Pepa da un salto asustada.)

MARI-PE. ¡Ay, ánimas del Purgatorio!... (Al oir detrás de sí la voz.)

CAYET. ¡Eh, muchacha! (Volviéndose.) Esto no va contigo. Tu no eres habladora como esta bruja, (A Perpétua.) quien ha descubierto á fray Bartolo la entrada.

PERPÉT. Hice mal.... lo confieso; ¡pero me amenazó con excomulgarme!

MARI-PE. (Tengo los pies clavados en el suelo.... no me atrevo á mirar atrás...) (Ap.)

CAYET. ¡Excomulgarte! Yo no me contento con eso....

VIZC. Vamos.... hay que ser indulgente.

CAYET. (A Perpétua.) ¡Te he de sacar á la pública vergüenza en ancas de un pollino y untada de miel!

PERPÉT. (Llorando.) ¡Ay, santo Cristo de las nagüillas!

BARTOLO (Como antes.) ¡Mari-Pepa!

MARI-PE. ¡Ay, ay, ay.... Virgen santísima! (Más asustada.)

CAYET. ¿Otra vez?... (Volviéndose á Mari-Pepa.)

PERPÉT. ¡Pobre muchacha! ¡Hasta ella se duele de mí!...

Dios se lo pague. ¡Yo untada de miel.... yo emplumada!...

MARI-PE. (¡Un duende que habla como fray Bartolo!) (Ap.)

BARTOLO (Acércate más.... ¡no tengas miedo: soy yo!)

VIZC. ¿Duermen todos en la casa? (A Perpétua, después de hablar con Gerardo y fray Cayetano)

PERPÉT. Todos, menos el señorito Andrés, que á estas horas no ha vuelto. ¡La gente moza!...

MARI-PE. ¿Geromillo? (Prestando atención y acercándose más á la puerta.) Pero ¿es usted?... ¿Que calle? ¡Bueno!

GERARD. (A Perpétua) ¿Y dice que Isabel?

PERPÉT. ¡Pobrecita! ¡Llorando sin consuelo!... ¡Casarse sin licencia!... ¡Pero qué ha de hacer! ¡Como su reverencia le ha dicho que es para salvar la vida de su hermano!...

MARI PE (Recatando la voz.) ¡Que se asome al pozo! ¿Y qué tiene Geromillo que hacer en el pozo?

CAYET. (A Perpétua) Bueno, corra á prevenirla. Todo está ya dispuesto....

MARI-PE. ¡Ya, ya comprendo; por la medianería del pozo donde yo pinté una cruz con el hollín de la chimenea para que no pasaran los duendes!...

CAYET. (A Perpétua) ¡Andando!... ¡Y tú también, largo de aquí!... (A Mari-Pepa)

PERPÉT. ¿La mano, reverendo padre?... (Con gazmoñería.)

CAYET. ¡Voto á quince mil de á caballo!

PERPÉT. ¡Qué genio!... ¡Y yo que le tenía por un bendito! (Se dirige segunda puerta izquierda)

MARI-PE. ¡Al fin me saldré con la mía!... Esto no ha de acabar en bien. Avisaré á Geromillo, y después al horno con mis compañeras. (Sigue á Perpétua.)

ESCENA IX.

FRAY CAYETANO, EL VIZCONDE, GERARDO

VIZC. ¡Mucho tarda!... (A Cayetano) ¿Estás seguro de que ha recibido el anónimo?

CAYET. En mano propia. En el papel se le advertía que de cuatro á cinco de la madrugada....

GERARD. ¿Y dices que la llave que Carolina pidió al mayordomo?...

CAYET. Vino á parar á mis manos, y de éstas al retablo de ánimas que hay en el atrio de la iglesia de San Miguel, frente á la alcantarilla. Alguien la ha recogido de allí, y ese alguien....

VIZC. Tienes razón; el mozo es arrojado y no faltará.

CAYET. A menos que los revoltosos y conspiradores le hayan cogido por su cuenta....

GERARD. Preferible sería ir á encontrarle entre los suyos, y entre los suyos darle la muerte, envuelto en el humo de la pólvora y enardecido con el fragor del combate ...

CAYET. Eso va en gustos, caballero Gerardo; ambos servimos con lealtad al rey José, que Dios guarde; pero yo no trato á los enemigos del trono con la nobleza del soldado, sino con la astucia del cazador furtivo y cauteloso.

GERARD. ¡Miserable! (Con desprecio.)

VIZC. (A fray Cayetano.) Ese necio flaquea, y temo.... Isabel y Carolina van á llegar.... nosotros adentro; (A Gerardo.) tú.... (A fray Cayetano.)

CAYET. Solo aguardo á los contrayentes para recitarles la epístola de San Pablo, que si no se parece en nada á la del gran apóstol de los gentiles, será digna de fray Cayetano de la Providencia, conocido en el siglo con el apodo de *Pantalones*.

VIZC. Tendrás buena y merecida recompensa. (Vase con Gerardo primera puerta derecha.)

CAYET. ¡Señor Vizconde!... (Los acompaña hasta la puerta; después se dirige á la primera izquierda y escucha un momento.) No se oye nada.... ¡será muy capaz de haberse echado á dormir!... ¡No dejéis de vigilar esa puerta!... (A los dos que están guardando segunda izquierda. Vase extremo derecha de la galería.)

ESCENA X.

GEROMO, BERRINCHE, EL ZORRO y los demás sucesivamente.—BARTOLO

GEROMO. ¡Que no griten! (A Berrinche y al Zorro, que entran sigilosamente segunda izquierda, apoderándose de los dos frailes.) ¡Una mano al cuello y el cuchillo cerca del corazón!...

BERRIN. (Con las tijeras en la mano derecha y acogotando con la otra al fraile) ¡Lo que es este *gachó* no se *berrea!*

ZORRO. Ni éste. (Geromo se dirige sin vacilar á la primera puerta izquierda y descorre el cerrojo.)

BERRIN. Si meneas la *galoche* te *ajogo.* (Apretando más.)

BARTOLO (Sañudo.) ¡Ah, valientes!

BERRIN. ¡Ya estoy *convencio* de que no son *pantasmas!*

BARTOLO Adentro con ellos; (A Geromillo.) ¡ya sabes lo que has de hacer!

GEROMO. En dos minutos despachamos.... ¡Andando, tío Berrinche! (Entra con Berrinche y los dos frailes puerta primera izquierda. Bartolo se dirige sucesivamente primera y segunda derecha, y escucha un momento; en seguida al extremo derecha, desde donde observa.)

BARTOLO Está encendiendo las luces de un altar.... ¡Hola, hola!... ¡El crucifijo de marfil y los candeleros de plata!... (Volviéndose hacia donde estan el Zorro y sus compañeros.) Tú, Zorro, y vosotros todos, seguidme, pero sin hacer ruido.... ¡Ah, reverendo padre; (Mirando hacia donde se supone haber visto á fray Cayetano.) caiste en la red! *¡Incidisti in rete!* (Vanse todos por la escalera.)

ESCENA XI.

(Pausa.)

BERRINCHE y GEROMO con hábitos de carmelita.—Después BARTOLO y los demas, idem.

BERRIN (Con la capucha calada.) ¡Ay, *compare* de mi *arma;* debo *tené* la misma *jorma* que un galápago!... ¿Por *onde* saco yo la gaita?...

GEROMO. (Despues de una pausa) ¡Frailes de contrabando!... ¡Demontre.... y qué *prevenios* estaban de cuerdas y mordazas!... ¿Qué gente será esta?... ¡Y Mari-Pepa que andaba con ellos!... (Berrinche se dirige al fondo como explorando y desaparece.)

BARTOLO ¡Ya es nuestro el campo! (Bajando con los demás; todos con hábitos de carmelita, menos el Zorro.) ¡Rendidos con armas y municiones!... (Aludiendo á los retacos que traen.)

ZORRO. ¿No hay hopalanda para mí? (Con disgusto.)

BARTOLO Yo conté doce sin el padre prior.... Aquí falta un fraile....

BERRIN. (Trayendo al que guardaba la puerta.) ¿Qué *jago* con esta panarra que estaba *mú achantá* en la puerta?... (Desde el fondo y en sitio alumbrado por la luna.)

ZORRO. ¡A largar la ropa! (Tira de la capucha al fraile.)

BERRIN. (Sorprendido.) ¡Yo conozco esa *fila*!... Es uno de los *chineles* de la *partía* de Pantalones! (A fray Bartolo, bajo.)

BARTOLO ¡De Pantalones! ¡A que salimos con que fray Cayetano...!

BERRIN. Cinco veces me ha *metío* en el *estarivé*.... *Premita la Zanari* que lo vea yo en las manos del *señó* Andrés Cabezas, el *buchi* que *jase* la barba en la *jorca*.

BARTOLO ¡Silencio!.. Suena una llave en la cerradura.... ¡Fuera todo el mundo, y que nadie se mueva sin que yo lo mande! (Vanse todos por la escalera, menos Bartolo, que se queda recatado fondo izquierda.)

ESCENA XII.

ANDRÉS por el fondo.—BARTOLO, al paño, CAROLINA, ISABEL y PERPÉTUA cuando marca el diálogo.

MÚSICA

ANDRÉS. ¿Qué poder sobrehumano,
qué afán desconocido,
qué impulso misterioso
me atraen á este lugar?

—

Sin temor, ángel, demonio ó duende
tu mandato ya obedecido está.

—

Descifrarme prometes
arcanos tenebrosos.
¡Habla!... Sereno aguardo
tu horóscopo fatal.

—

No acobarda mi espíritu
temor supersticioso....
Ante el peligro nunca
he sabido temblar.

—

¡Acudid, invisibles fantasmas....
la luz del día aquí no me ha de hallar!

—

Soledad y silencio;
sombras que me envolvéis....
decid á quien me aguarda
que aquí me tiene ya.

BARTOLO ¿Don Andrés?...

ANDRÉS. La evocación
hizo efecto.

BARTOLO Soy amigo;
soy.... (Echándose atrás la capucha.)

ANDRÉS. ¡Fray Bartolo!...

BARTOLO Y le digo
que le acecha la traición.
(Empieza á amanecer lentamente.)
Ya le explicaré después. ..
se oyen pasos.. .
(Mira segunda izquierda y se retira con Andrés extremo izquierda galería.)

ANDRÉS. ¡Una dama!

BARTOLO Y otra.... y otra más.... la trama
va despertando interés.
(Pausa; Carolina, seguida de Isabel y Perpétua, puerta segunda izquierda.)

CAROL. ¡Valor, hermana querida!
Tu sacrificio cruel
(Perpétua se dirige fondo derecha y desaparece.)
es por tu hermano, y por él
diéramos las dos la vida
¡Por Dios, no llores así!
Calma ya tu desconsuelo....

ANDRÉS. ¿Carolina?...

CAROL. ¡Santo cielo!

ISABEL. ¡Mi hermano!

CAROL. ¡Andrés!

LAS DOS. ¡¡Él aquí!!

ANDRÉS. Duendes que sin recatar
el rostro así se presentan....
y ni asustan ni amedrentan
á quien los viene á buscar....

ANDRÉS. Vuestras frases inseguras,
vuestro asombro en mi presencia,
pruebas son de inexperiencia

en mágicas aventuras.

LAS DOS. Huye, Andrés.... Así aseguras
tu libertad, tu existencia....
Huye {Andrés, que tu presencia
{hermano, tu presencia
es señal de desventuras.

ESCENA XIII.

DICHOS.—FRAY CAYETANO

ANDRÉS. (Con sorpresa.) ¿Mi presencia aquí, señal de desventuras?... ¡Pronto! Si no soy yo el que aguardáis en este lugar.... explicadme.... (Fray Cayetano aparece puerta derecha.)

CAYET. Salid; dejadme, hijas mías ... yo le explicaré.... (A Andrés.)

CAROL. ¡Andrés!...

CAYET. Retiráos y esperad.... os lo suplico.... (Conduce á Isabel y Carolina fondo derecha.)

BARTOLO (Rápidamente á Andrés.) Gracias á mí tiene segura la vida, y acaso.... la honra.

ANDRÉS ¡La honra! (Movimiento contenido por Bartolo.)

CAROL. (A Fray Cayetano.) ¡Ah, padre mío! ¿Quién ha podido traerle?...

CAYET. ¡La Providencia! ¡No lo dudéis, la Providencia! (Vanse Isabel y Carolina.)

ESCENA XIV.

DICHOS; menos ISABEL y CAROLINA.

BARTOLO (En voz baja y acercándose á Andrés rápidamente.) Calma.... Está rodeado de buena gente... Deje á mi cargo el asunto. (Se vuelve á su sitio.)

ANDRÉS. (A fray Cayetano.) Me ha ofrecido usted una explicación, y la espero pronta y terminante. ¿Qué significa aquí la presencia de Carolina y de mi hermana?

CAYET. ¡Vienen á salvarte, desdichado! (Cogiéndole de una mano y llevándolo fondo derecha.)

BARTOLO (Ap.) (¡Hermano Bartolo.... prevenido! (Sacando el retaco.) Al más leve ademán.... ¡buena mano y buena puntería!)

CAYET. Míralas allí arrodilladas al pie de aquel altar.... ¡y rogando á Dios por la vida de un hombre!

ANDRÉS. ¿Y esa vida...?

CAYET. Es la tuya.... De tí depende conservarla.

ANDRÉS. Eso me propongo, reverendo padre. Y ¡ay de aquel...!

CAYET. Sé que te sobra valor, mas de poco ha de servirte; te rodean poderosos enemigos.... (Toca un silbato y acuden Bartolo y los suyos.) ¡Mira!...

ANDRÉS. Enemigos poco temibles.... ¡Frailes!... (Con desdén.)

CAYET. Te engañas.

BARTOLO (Ap.) (En eso sí que dice la verdad.)

CAYET. Son servidores leales del rey José I y de su hermano el gran Emperador. El que conspira contra ellos se hace reo de alta traición.... ¡y merece la muerte!

ESCENA XV.

DICHOS.—EL VIZCONDE.

VIZC. Y yo, en nombre del monarca, vengo á ofrecerle el perdón.

ANDRÉS. ¡Ah, villano!... (Dando un paso adelante.) Ya voy comprendiendo.... (Bartolo hace ademán de sacar el retaco.) No sospeché jamás que en el valiente ejército francés hubiera esbirros despreciables que de tal modo lo deshonran.

VIZC. (Con mal contenida cólera.) No necesita el hidalgo español acudir al ultraje para estimular el odio que le profeso; mas por ahora le brindo con la paz; ya habrá ocasión más adelante de que mi diestra empuñe el acero en vez del ramo de oliva. En este solemne momento sólo me toca formular una pretensión y aguardar una respuesta. Señor don Andrés de Rivera y Maldonado: en nombre de mi amigo Gerardo de Melville tengo el honor de pedirle la mano de su hermana Isabel. (Pausa. Cayetano se dirige fondo derecha y desaparece después de haber hecho una seña de inteligencia al Vizconde.)

ANDRÉS. ¡Ya veo que se cobra con usura devolviendo ultraje por ultraje!... Señor Vizconde de Nerval: Isabel es mi hermana.... es española, lleva mi sangre y mi apellido, ¡y jamás será la esposa de un extranjero, opresor y enemigo de su patria!

BARTOLO (¡Chúpate esa!)

VIZC. No existe patria para el amor, ni frontera para el sentimiento.

ANDRÉS. Pero sí las hay para el deber, para la conciencia y para el honor. Mi hermana no lo olvidará.

VIZC. No insisto; mas le advierto que la ley es inexorable con los rebeldes.

ANDRÉS. La sociedad lo es con los delatores.... ¡Carolina.... Isabel!... (Viéndolas salir acompañadas de fray Cayetano.) ¡Salid pronto de esta infame guarida de traidores.... y dejadme abandonado á mi suerte!... (Isabel queda al fondo, fray Cayetano habla bajo con ella; vase después primera puerta derecha.)

ESCENA XVI.

DICHOS.—CAROLINA.—ISABEL.

CAROL. Se trata de tu vida, Andrés.... y mi puesto es á tu lado. Isabel y yo imploramos tu perdón, pero ambas estamos resueltas á salvarte.

ANDRÉS. ¡Y eres tú la que va á llevar mi nombre!.. ¡La que va á ser depositaria de mi honor!... ¡la que haciéndose cómplice de una indigna trama, me propone la vida á cambio de la honra!...

VIZC. ¡Te aguarda el cadalso!...

ANDRÉS. ¿Y qué importa?... Cuando se sube á él con la frente serena, la conciencia tranquila y rebosando en el pecho el noble sentimiento de la patria, el cadalso glorifica y no envilece.... El hacha del verdugo, cuando no es impulsada por la justicia, sino por la cólera y la venganza de un tirano, en vez de víctimas hace mártires....

ESCENA XVII.

DICHOS.—GERARDO y FRAY CAYETANO.

GERARD. (*A fray Cayetano.*) ¡Es inútil! (*Fray Cayetano habla en voz baja con el Vizconde.*)

CAROL. ¡En nombre del cielo, señor vizconde! ¡Piedad para él!...

ISABEL. ¡Gerardo! (*Suplicante.*)

GERARD. (*Para sí y con resolución.*) ¡No quiero ser cómplice de una infamia!

ANDRÉS. No demandes piedad, Carolina, ó te juro por lo más sagrado, que sabré arrancar de mi alma el puro y ardiente amor que te profeso.... No demandes piedad; ni tú, Isabel, porque dudaría hasta de los más santos afectos.... ¡Dudaría hasta de vuestra virtud!

CAROL. ¡Andrés!

ISABEL. Hermano mío, perdóname; pero debo rogarle á *él* por tu vida.... y á tí por la suya.

ANDRÉS. ¿Luego es verdad que le amas? (*A Isabel, que baja los ojos.*) ¿Qué amor es ese que acepta condiciones á cambio de oprobio?... ¿Qué amor es ese (*A Gerardo.*) que se oculta en las sombras, preparando acechanzas de bandido?..

GERARD. ¡Señor de Rivera! (*Llevando la mano á la espada. Carolina é Isabel corren á detenerle.*)

ANDRÉS. (*Con desprecio.*) No temáis.... ¡es el último relámpago de dignidad que brilla en el alma de ese malvado! Vedle cómo humilla la frente.... ¡el noble caballero francés tiene conciencia de su propia infamia!

CAROL. ¡Andrés!...

VIZC. (*A fray Cayetano, con quien esta hablado en voz baja.*) Ya cederá. (*Por Gerardo.*)

ANDRÉS. Ha sentido el ultraje, y en vez de cruzarme el pecho con su espada, aguarda tranquilamente á los esbirros que han de entregarme al verdugo.

ISABEL. ¡Eso nunca!... (*A Gerardo; este permanece sombrío y taciturno.*)

VIZC. Solo hay un medio de salvación.... ya lo he dicho: que Isabel sea la esposa de Gerardo.

CAYET. Cuando el señor Vizconde disponga....
ANDRÉS. ¡No será mientras me quede un resto de vida!...
BARTOLO (Ap.) (Ahora entro yo.) (Aproximándose.) Un momento.... hermanos míos, un momento. Ese matrimonio no puede celebrarse.
CAYET. ¿Quién lo impedirá?
BARTOLO ¡Yo!... (Echándose atrás la capucha.)
LAS DOS. ¡El hermano Bartolo!
BARTOLO El humildísimo fraile franciscano, ingerto en carmelita por la gracia de Dios y la Constitución de Cádiz.
CAYET. ¿Quién de vosotros ha sido el villano?... (Con tono amenazador á los frailes.) ¡Pronto.... prended á ese hombre y hacedle pedazos!... ¿No se mueve ninguno?... ¿Qué significa?...
BARTOLO Significa que esta santa comunidad, reunida en capítulo, me ha elegido prior, jurándome la obediencia debida. Dicho esto, sírvase su *paternidad* mostrarme el breve pontificio en que nuestro Santo Padre Pío séptimo autoriza al reverendo fray Cayetano de la Providencia para que, sin ejercer prelacía ni jurisdicción exenta, pueda administrar el sacramento del matrimonio.
CAYET. (Turbado.) Yo le diré ...
BARTOLO ¡Nada de disculpas! *¡Excusatio non petita!...* etcétera. Es un farsante, y en paz.
CAYET. ¡Por mi nombre!... (Con ira mal contenida.)
BARTOLO Lo que sí tendrá su reverencia á mano es el nombramiento, firmado por don Blas de Aranza, Comisario regio, á favor de Francisco Avendaño, álias *Pantalones*.
GERÓMO. ¡El soplón que denunció á mi hermano! (Queriendo abalanzarse á él, y le detiene Bartolo.)
VIZC. (A Gerardo.) ¡Estamos vendidos! (Empuñando la espada.)
GERARD. ¡Qué me importa la vida si pierdo su amor!...
BARTOLO (Viendo que el Vizconde intenta sacar la espada.) Quietecito.... señor Vizconde. (Apuntándole con el retaco.) Ya le tocará su vez. (El coro se apodera de fray Cayetano y le amarran.)
CAROL. ¡Cuánta maldad!
ISABEL. ¡Cruel desengaño! (Estudiese el cuadro.—A la derecha el Vizconde en actitud altanera; Gerardo, abatido, en el centro; Andrés, Isabel y Carolina; esta última á la izquierda del primero; en el fondo fray Bartolo y los suyos con fray Cayetano.)

MÚSICA

ANDRÉS. Para herirme el corazón,
entre sombras, con sigilo,
en mi hogar buscó un asilo
cautelosa la traición.
¡Llorad la perdida calma (A Carolina é Isabel.)
trocada en desdicha cierta!
¡Llorad esperanzas muertas,
allá en el fondo del alma!

LAS DOS. La perfidia de ese hombre
nos condena á llorar tanto,
que borremos con el llanto
el baldón de nuestro nombre.

VIZC. El ardid, bien empleado,
á la venganza aprovecha;
ya el dardo de la sospecha
en tu pecho está clavado. (A Andrés.)
¿Qué me importa ser traidor
si vuestra dicha envenено?

ANDRÉS. ¡Con sangre se lava el cieno
que ha salpicado mi honor!

CAROL. A tu alcance al cielo plugo
ponerle; ¡venganza espero!
¡Muera al golpe de tu acero,
no por mano del verdugo! (A Andrés.)

ISABEL. Castigarme al cielo plugo
con su amor falaz y artero.
¡Huye, amor, de ese extranjero
que fué tu propio verdugo!

VIZC. A tu valor me subyugo,
valor tan probado y fiero,
que no esgrimirá el acero
si cuenta con el verdugo.

GERARD. Si esas lágrimas enjugo (Señalando á Isabel y Carolina.)
con mi muerte, morir quiero,
mas al golpe de tu acero,
no por mano del verdugo. (A Andrés.)

ANDRÉS. Das á mi estirpe oprobio y mengua; (Al Vizconde)
de mis afectos rompes los lazos;
¡no sé si ahogarte entre mis brazos,
ó si arrancarte la torpe lengua!

CAROL. ¡Por el honor se mata ó se muere,
la vil afrenta quede vengada!
¡El homicida hierro que hiere
falta en tu mano!... ¡Toma esa espada!
(Se dirige rápidamente á Gerardo y le arranca la espada, que entrega á Andrés; éste y el Vizconde entran segunda puerta derecha, cerrándola.)

BARTOLO ¡Cerrada!... (Empujando la puerta.)

ESCENA XX.

DICHOS, menos ANDRES y el VIZCONDE —GEROMO y los demas se han despojado de los hábitos

ISABEL. ¡Qué has hecho! (A Carolina.)

CAROL. Isabel.... (Abrazándola.) ¡fiemos en la justicia de Dios!

GEROMO. ¡Ah, perro! ¡por fin caistes en mis manos! (A fray Cayetano.)

BARTOLO ¡Pues en buenas manos ha caido el pandero!...
(Habla bajo con el Zorro, y éste y Bertinche se apoderan de Gerardo, dirigiéndose con él hacia el fondo.)

GEROMO. ¡Andando!...

CAYET. Si he de morir, dejadme al menos. ..

BARTOLO ¡Nada.... nada! *¡Ego te absolvo!* Geromillo tiene prisa....

CAROL. ¡Qué horrible ansiedad! (Mirando segunda puerta derecha.)

GEROMO. (A los compañeros.) Los retacos.... y á la plaza de San Lorenzo, que está á dos pasos; lo demás corre de mi cuenta.... ¡Cuatro onzas de plomo!...

BARTOLO Una ... por el ilustre mártir de la Independencia González Cuadrado.... Otra, por el valiente patriota Palacios Maraver....

GEROMO. Dos.... por mi hermano.... (Geromo y tres mas sacan á fray Cayetano por el fondo.)

ESCENA XXI.

DICHOS.— ANDRES con la espada en la mano. A su tiempo PERPETUA.

CAROL. ¡Andrés! (Corre hacia él con Isabel.)

BARTOLO ¡Ah, valiente! No le gana ni el maestro de armas que da lecciones en la palestra del Triunfo.... (Suena una descarga próxima.) *¡Consumatun est!*

PERPÉT. (Saliendo despavorida.) ¡Virgen santísima! ¡Se desploma la casa!

BARTOLO. No, hermana.... ¡Es que fray Cayetano acaba de bajar á los profundos...!

PERPÉT. ¡El hermano Bartolo! ¡Jesús, me valga!... ¡El señorito!... (Reparando en Andrés.) ¡El hombre de las tijeras! (Tropezando con Bartolo.) ¡Socorro! ¡Los duendes.... los duendes!... (Vase segunda izquierda.)

BARTOLO. Y con ese, ¿qué hacemos?... (Por Gerardo.)

ANDRÉS. ¡Dejadle paso! En su conciencia lleva el castigo

GERARD. ¡En mi conciencia.... es verdad!

ANDRÉS. Salga usted.... Mi gente le acompañará hasta dejarle en lugar seguro.

CAROL. ¡Corazón noble y generoso!

GERARD. ¡Salir de aquí con vida y sin honor!... Prefiero la muerte, y la muerte es la que busco. Junto al cadaver de Nerval debe hallarse su espada....

BARTOLO. Poco á poco.... Don Andrés se ha batido ya cuerpo á cuerpo con un bribón, y.... por una vez, pase. Aquí en España, los hidalgos, y hasta los frailes, nos batimos con los franceses.... ¡pero con los bribones...!

ANDRÉS. ¡Padre Bartolo!

BARTOLO. ¡Entendido; hago punto y *laus deo!* (Se oyen tres cañonazos á lo lejos.) Los tres cañonazos en el cerro de Santa Brígida.... la señal de que se acerca el ejército libertador.

ANDRÉS. Recobre su espada, caballero de Melville, (Dándosela.) borre de ella la mancha que ha dejado la sangre de un traidor, y si es verdad que desea la muerte, corra á buscarla como valiente soldado al pie de su bandera.

ISABEL. (A Carolina.) Salgamos de aquí; me siento desfallecer. (Ambas se dirigen lentamente segunda puerta izquierda.)

ANDRÉS. Si la muerte lo respeta y algún día vuelve de nuevo á esta altiva tierra que hoy lucha por su independencia y por su libertad, entonces... (Carolina é Isabel se detienen, fijándose en Andrés y Gerardo.)

GERARD. Volveré, sí, volveré digno de su amistad. (A Andrés.) Y de tu amor. (A Isabel.—Gerardo sale con los del coro por fondo.)

CAROL. (A Isabel.) ¡Ten esperanza! (Vanse.)

ANDRÉS. ¡Acompañadle (En el fondo á los del coro.) y protegedle si es preciso! (Se detiene en el vestíbulo con el resto del coro.)

ESCENA XXII.

ANDRES á su tiempo.—FRAY BARTOLO.—MARI-PEPA y coro de mujeres: despues el de hombres.—La puerta del fondo, abierta, deja ver la claridad de la calle.

MÚSICA

CORO. Lo afirma Mari-Pepa.
MARI-PE. Y digo la verdad.
BARTOLO ¿Qué afirma? (Yendo hacia ellas.)
CORO. Que los frailes
de esta comunidad
casan á las solteras,
como estén en edad.
BARTOLO Pues si buscáis los frailes....
un galgo les echad;
¡los frailes *volaverunt*,
tened conformidad!
CORO. Esas son bromas de fray Bartolo;
su reverenda paternidad
es como el perro del hortelano,
y basta y sobra.... (Se oyen disparos lejanos.)
BARTOLO ¡Callad!...
CORO. ¡Callad!...

(El motivo del coro continúa muy piano durante el recitado que sigue, ligándose despues con el himno, cuyas notas se combinan con los disparos de fusilería y cañón que, á intervalos convenientes, segun el mejor efecto, continúan mezclados con el toque de rebato hasta la caida del telón.—Todo á lo lejos.)

GERONIO (Entrando con Andrés y coro general.) ¡Ya parece que se bate el cobre! (Música dentro, que se va acercando: los coristas corren hacia el fondo.)
ZORRO. (Entrando.) ¡El segundo batallón de la milicia cívica corre á impedir que los franceses corten el puente de barcas!
CORO. ¡Á las armas corred, españoles; (Dentro, lejano.)
de la gloria la aurora brilló;
la nación que un tirano hizo esclava
sus pesadas cadenas rompió!
(Toque de rebato lejano: campana gruesa.)

BARTOLO ¡Nuestra Señora de la O tocando á rebato!...
¡Bien por los trianeros!...
ANDRES. ¡Por la Fe, por la Patria y la Ley,
levantad el glorioso pendón!
¡Es la voz que al combate nos llama
á vencer ó á morir con honor!
TODOS. A las armas corred, etc.

FIN

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR

(ESTRENADAS)

Una serpiente de cascabel, comedia en un acto y en prosa.
Doblones y pergaminos, comedia en un acto y en verso.
La costilla falsa, comedia en un acto y en verso.
La pena de argolla, comedia en un acto y en prosa.
La vela de San Ramón, juguete cómico en un acto y en prosa.
Las orejas del asno, comedia en un acto y en prosa.
La sartén y el cazo, comedia en un acto y en prosa.
El panal y las moscas, apropósito cómico-lírico en verso.
Norma y Polion, parodia en un acto y en verso.
Sangre azul y sangre roja, comedia en tres actos y en prosa.
La duda, drama en tres actos y en prosa. (1)
A espaldas de la ley, drama en tres actos y en verso (1)
Los enemigos del orden, comedia en dos actos y en prosa. (1)
Duendes y frailes, zarzuela en dos actos y en prosa.

NO DRAMÁTICAS

(PUBLICADAS)

Luisa de Valflorido, novela. (2)
Una historia de duendes, idem. (2)
La torre de Caín, leyenda.
La peña del Cabrero, leyenda.
Un cuadro de Herrera el viejo, leyenda.
No hay mal ni bien que cien años dure, cuento.
No hay quince años feos, idem.
El alma en pena, idem.
La antesala del cielo, novela.

---

(1) En colaboración con D. José de Velilla.
(2) Traducida al francés por Mr. Poillon.

GALERÍA DRAMÁTICO-LÍRICA SEVILLANA.

EL TEATRO:

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA:

SRES. GUILLON É HIDALGO.

Madrid: Pez: 40: segundo.

LOS DESCONOCIDOS,

Comedia

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

D. JOSÉ VELAZQUEZ Y SANCHEZ.

(Representada en el Teatro de San Fernando.)



SEVILLA:

Imprenta y Litografía: Librería Española y Extrangera de D. José M.ª Geofrin, Sierpes, 35.

1867.

R. 20320

PERSONAS.		ACTORES.
Matilde.	Sras.	Perez de Fernandez.
Leonor..	«	Tenorio.
D. Álvaro Sandoval. .	Sres.	Tamayo y Báus.
El marqués de Mondragon.	«	Faubel.
El baron de la Hortaleza..	«	Fernandez.
Don Juan.	«	Palau.
Domingo, negro. . . .	«	Luna.
El marqués-presidente. .	«	Barberá.
Un patron.	«	Pastor.
Un criado.	«	N. N.

NOTA.

Las obras de esta Galería pertenecen en cuanto á su administracion á «El Teatro,» empresa de los Sres. Gullon é Hidalgo: Madrid: Pez: 40-2.°—Tiene corresponsales en toda España y sus posesiones de Ultramar.

AL SEÑOR D. VICTORINO TAMAYO Y BÁUS,

JÓVEN Y APLAUDIDO ARTISTA DRAMÁTICO,

en testimonio de sincera estimacion,

justo aprecio de sus relevantes dotes,

y viva gratitud á sus leales consejos,

El Autor.

LOS DESCONOCIDOS.

ACTO PRIMERO.

Pasa la accion en una fonda de Sanlúcar de Barrameda. El teatro representa galería con jardin al foro: columnas á derecha é izquierda por bastidores: butacas de verano: sillería de reja: mesitas portátiles: asientos de tijera. Aparecen á la izquierda Don Juan, sentado ante una mesilla, tomando un refresco, y á la derecha Domingo, paseando con las manos á la espalda. Se oye una habanera, figurando ser tocada por músicos ambulantes, harpas y violines.

ESCENA 1.ª

Don Juan y Domingo.

D. JUAN. —Es necesario arrostrar
el destino con valor,
y con un golpe atrevido
despejar la situacion.
En vano el alma me nubla
con sus sombras el temor;
que triunfa de la cabeza
la cáusa del corazon.
¿Por qué vino á complicar
este malhadado amor
del problema de mi suerte
la dudosa solucion?

DOMINGO. —(*Cantando.*) "Chinita, yo traigo frio:
"dáme consuelo con tu caló."

D. JUAN. —¿Por qué sobre mi nivel
tanto se eleva Leonor?

DOMINGO. —"Chinita, yo traigo frio:
"dáme consuelo con tu caló."

D. JUAN. —Dió á mis proyectos la pérdida
de mi padre un golpe atroz,
que agrava con sus manejos
sospechoso curador.
Mi hermana en edad nubil,

débil de constitucion,
necesita de mi apoyo
y cariñoso favor.
Juan, consuma el sacrificio
y dí como el hombre-Dios:
"cúmplase tu voluntad
antes que la mia, Señor."

DOMINGO. —"Chinita, yo traigo frio:
"dáme consuelo con tu caló."

D. JUAN. —Me tortura el sentimiento
y me mata la razon.

DOMINGO —"Chinita, yo traigo frio:
"dáme consuelo con tu caló."

D. JUAN. —Canta, pobre mozo esclavo.
Yo envidio tu buen humor.

ESCENA 2.ª

Dichos y A Patron.

PATRON. —(*Ap.*) Por las señas de mi suegro
él delante se me pone.
(*A Domingo*) Amigo, aunque usté perdone
esta pregunta.... ¿Usté es negro?

DOMINGO. —(*Incómodo.*) Moreno.

PATRON. — (*Ap.*) Como la tinta
que sale del calamar.
(*Alto.*) Hombre, yo vengo á buscar
á uno de su mesma pinta,
el que vino este verano
de esclavo, ú de cosa asi,
de un señor, que no es de aquí,
que diz que es americano.

DOMINGO. —Vaya bien.

PATRON. — Y con fin bueno,
porque yo soy un buen hombre,
vengo á preguntar el pombre
del amo de ese..... moreno.

DOMINGO. —Don Álvaro.

PATRON. — ¿Regular
de estatura? ¿Pelo oscuro?
¿Aire resuelto y seguro?...
Pués no hay más que preguntar.

DOMINGO. —Conque, adios.
PATRON. — Detenga el pié.
Yo soy el patron Juan Merlo.
DOMINGO. —Está bien.
PATRON. — Y vengo á verlo
para hablar con su mercé.
DOMINGO. —Há salido.
PATRON. — Él volverá.
DOMINGO. —Y es claro.
PATRON. — Vendré mas tarde.
Que le digas que me aguarde.
DOMINGO. —Bueno.
PATRON. — ¿Te se olvidará?
DOMINGO. —No tan simple le parezca.
PATRON. —Yo soy de aquí, de Sanlúcar,
patron del místico Fúcar
para lo que te se ofrezca.
DOMINGO. —Gracias.
PATRON. — No puedo admitirlas,
sin embargo de estimarlas;
porque cuando vengo á darlas
no me toca recibirlas.
DOMINGO. —Tardar no puede el señor.
PATRON. —Yo me pongo aquí de un brinco.
Vaya. Vengan esos cinco.
Yo no reparo en color.
DOMINGO. —Cámará. (*Tendiendo la mano.*)
PATRON. — De corazon,
que á estar en la mano mia
esa cara te ponia
mas blanca que el algodon.
Que dés la razon te ruego.
DOMINGO. —Vaya con Dios su mercé.
PATRON. —Poco tiempo tardaré.
Adios.... moreno. (*Váse por el foro.*)
DOMINGO. — Hasta luego.

ESCENA 3.ª

Don Juan y Domingo.

D. JUAN. —Fáusta ocasion no distingo
de entregarle este papel. (*Saca un billete.*)

Si por un conducto fiel....
(*Levantándose.*) Este muchacho.... Domingo.
DOMINGO.—¡Ah D. Juan!
D. JUAN. — (*Ap.*) Es un abuso
que la prevision reprueba.
Si D. Álvaro no aprueba....
Pero si este medio excuso,
aunque al decoro no cuadre
y la amistad me haga cargos,
¿cuál escoger contra un Árgos
del calibre de ese padre?
DOMINGO.—¿Qué quiere?
D. JUAN. — De tu viveza
demostracion no prolija:
dar este papel á la hija
del Baron de la Hortaleza.
DOMINGO.—Salió.
D. JUAN. — No puede tardar.
Dáselo con discrecion.
Es letra de una cancion
que yo me presté á arreglar,
y... cosas de las mugeres,
trata para sorprender
que nadie llegue á entender
este secreto. ¡Qué quieres!
Hay que tener complacencia,
y ella es muy egecutiva.
Conque nadie se aperciba
de tan árdua diligencia.
Cuenta no vaya á reñirme.
Con sigilo. ¿Estás?
DOMINGO.— Estoy.
D. JUAN. —Gracias, Domingo. (*Ap.*) Me voy.
de miedo de arrepentirme.
Escucha. Toma.... (*Registrando el bolsillo.*)
DOMINGO.— No quiero.
D. JUAN. —Por favor te lo reclamo,
Domingo.
DOMINGO.— Me ha dicho el amo
que á nadie tome dinero.
D. JUAN. —Pero....
DOMINGO.— Nada hay que me venza.
D. JUAN. —Mira....
DOMINGO.— Cuando me lo paga

algo malo quiere que haga.

D. JUAN. —(*Ap.*) Me sofoca la vergüenza.
(*Alto.*) No mas del asunto se hable.
Es cosa de buen estilo
la comision. Con sigilo.
(*Ap.*) Vamos: soy un miserable.
(*Sale por el fondo.*)

ESCENA 4.ª

Domingo, poco después Leonor y Matilde.

DOMINGO.—Será una cancion de rango,
de esas tan tristes y tan....
sin los golpes del tam-tam,
y sin el compás del tango.
A la gente de color
le gusta el canto bravio:
"Chinita, yo traigo frio
"dáme consuelo con tu calor."

MATILDE.—Amiga Leonor, es nulo
ese empeño en ocultar
un inquieto malestar
que no admite disimulo;
porque cuando el alma entiende
que su triste afan encubre
es cuando mas le descubre,
y con su esfuerzo le vende.
(*Se sientan á la izquierda en dos butacas.*)
Franqueza, niña querida,
y una absoluta confianza;
que á mi edad harto se alcanza
de los lances de la vida.

LEONOR. —Matilde ¡cuánto mitiga
del ánimo la inquietud
con tierna solicitud
una verdadera amiga!
¡Cuánto de mi intenso mal
han conjurado el efecto,
su puro y constante afecto,
su prevencion maternal!
Me pide usted con razon
de mi secreto la clave,

y la ingratitud no cabe,
Matilde, en mi corazon.
(Con melancólica confidencia.)
Desde que perdí á mi madre,
de madres cristianas prez,
soy presa de la altivez
y la ambicion de mi padre.
Mi suerte á su intento aduna;
de amor me roba al arrullo:
áncora soy de su orgullo,
y alarde de su fortuna.
De mi educacion modesta
á que reniegue me obliga,
y á que sus antojos siga
á sus cálculos dispuesta.
De la envidia los rencores
sufriendo voy resignada,
pobre víctima, llevada
al sacrificio entre flores.
Vedado al pecho el amor,
y al seco interés vendida,
arrastro enojosa vida
entre fausto y esplendor;
y aguardo que al fin esplote
mi porvenir malhadado
algun prócer arruinado
á quien seduzca mi dote.

MATILDE. —¿En esa sombría pintura
no imprimen negro color
de algun combatido amor
el despecho y la amargura?

LEONOR. —Matilde.....

MATILDE. — Yo hago memoria,
y tengo..... así..... cierta luz
de un estudiante andaluz
que..... Complete usted la historia.
Diz que era un jóven cabal,
y aplicado, y de esperanzas.
¿Hubo súbitas mudanzas...?
¿El Baron le encontró mal...?

LEONOR. —En casa de Mister Kean,
de mi padre compañero,
me prendó el trato sincero
de Don Juan de Albarracin:

mancebo de honrada cuna;
simpático y agradable;
alma recta; trato afable,
y de mediana fortuna.
Cortés y asiduo á mi lado
fiel obsequio me rendia;
mostrándose cada dia
mas galante y delicado.
Y de uno en otro favor,
admitido en sociedad.....

MATILDE. —La llama de la amistad
trocose en fuego de amor.
Es la historia sempiterna
del pobre linage humano.
Y bien ¿qué influjo tirano
cortó inclinacion tan tierna?

LEONOR. —A nuestro amoroso objeto
temiendo contradicciones
calculamos condiciones
de discrecion y secreto.
Mas de curiosos insultos
sufrimos luego el rigor.

MATILDE. —Las riquezas y el amor
no pueden estar ocultos.
Así lo dice un refran,
que es evangelio abreviado.

LEONOR. —Mi padre quedó enterado
de nuestro amoroso plan.
Y al fin de una escena cruel
de sarcasmo y de ironía:
«no quiero en casa, decia,
»los amantes de Teruel."

MATILDE. —Comprendo lo sucedido:
declaracion terminante
de hostilidad á el amante:
llamarle el desconocido:
abrumar á usted á riñas:
darle disgustos sin fin.....
Todo lo que Moratin
toca en el «*Sí de las niñas.*"
Víctima soy de ese trato,
en desventuras fecundo.

LEONOR. —Con respeto el mas profundo
obedecí su mandato.

A casa de Mister Kean
no torné en la temporada.
Toda conexion cortada
quedó con Albarracin.

MATILDE.—De la regla general
forma usted digna escepcion;
que escasos los tipos son
de esa obediencia filial.
Y el amante ¿acató así
solucion tan dura y fria?

LEONOR. —Partió para Andalucía,
y le hé visto ayer aquí.

MATILDE. —Pero ¿dónde?

LEONOR. — En el hotel.

MATILDE. —¡Es posible!

LEONOR. — Y mucho temo
de su pasion un extremo;
porque es decidido y fiel.

MATILDE. —¿Es el jóven que ayer noche
nos acompañó á cenar?

LEONOR. —El mismo.

MATILDE. — ¿El qué fué á buscar
el americano en coche?
Es un apuesto doncel,
cuya figura previene....

LEONOR. —(*Levantándose.*) Vámonos. Mi padre viene.

MATILDE. —Pués ¡plaza á Don Pedro el Cruel!

(*Se retiran por la derecha.*)

DOMINGO. —Darle el papel es mejó
cuando no haya desavío.
«Chinita, yo traigo frio:
«dáme consuelo con tu caló.»

(*Se retira hácia el foro.*)

ESCENA 3.ª

El marqués, el baron y Domingo.

BARON. —Marqués, el antiguo régimen
es insostenible yá;
pués con el moderno espíritu
es un delirio luchar.

MARQUÉS. —Repito que es un escándalo
este amalgama social,

que leyes, costumbres, prácticas,
ha venido á trastornar.
Sus franquicias pusilánime
retracta la autoridad,
y esconde sus fueros tímida
ante una turba procaz,
acosada por el vértigo
de crecer y figurar.
Yá no hay clases: yá no hay títulos
de respetabilidad.
El prójimo yá no es prójimo
en esta lucha fatal;
sino el verdugo ó la víctima
que temer ó que inmolar.

BARON. —De negro vapor la lúgubre
impresion mostrando está
la furibunda filípica
que acaba de pronunciar.

MARQUÉS.—Esta es obra de otro Dédalo:
un laberinto infernal,
donde escuela demagógica
nos ha venido á enredar.
Maldigo la secta estúpida
que nutre y fomenta el mal;
queriendo fundir dos épocas,
imposibles de asociar.
Reclamo un sistema rígido
de restauracion moral
que trace con mano enérgica,
y bajo el antiguo plan,
esos necesarios límites,
ese justo valladar,
que de tropeles frenéticos
pongan á salvo la paz.

BARON. —Marqués, no estamos en la época
de Robespierre y Marat;
ni para esa *salus pópuli*
hay motivo racional.

MARQUÉS.—¡Conque nó! Pues siga impávida
la gaita por el lugar.
Tolerancia con los díscolos,
y culto libre á Belial.
Vengan luego los apóstoles
de la confraternidad,

y extingan los restos míseros
de la prez tradicional.
Cedan los ilustres vástagos
de Giron y de Guzman
á los Gracos de la víspera
sus preeminencias y hogar.
Lance turbulenta cámara
la deshecha tempestad,
cuyos formidables ímpetus
cambian de un pueblo la faz.
Y hasta el calendario múdese,
la epacta, el ciclo, solar.
Y haya su rato de trágala;
la marsellesa; el çá-irá;
el tú por tú de los cuákeros,
y viva la libertad.

BARON. —Con el pesimista cáustico
discutir está demas.

MARQUÉS.—Con el optimista acérrimo
no se puede cuestionar. (*Se sienta.*)

BARON. —Ha empezado nuestro diálogo
por la cuestion capital
del siglo, y que nuestros pósteros
felices resolverán.

MARQUÉS.—A los timbres aristócratas
declaró en caducidad,
reemplazados en sus ínfulas
por la gente de caudal.

BARON. —Dije á usted que llegó el término
para la feudalidad.

MARQUÉS.—Sí; que ocupe el campo histórico
la familia comercial.
Esa evolucion es lógica.

BARON. —Y á realizarse vendrá.

MARQUÉS.—La calidad es justísimo
que ceda á la cantidad.

BARON. —La nueva ciencia económica
ha venido á revelar
que la produccion y el tráfico
la vida á los pueblos dan,
la contratacion y el crédito
contribuyendo á formar....

MARQUÉS.—¿Y esa gerga filosófica
á qué tiende en puridad?

BARON. —Dá la clave de un fenómeno
que usted quiere desvirtuar.
Mas que los recuerdos ínclitos
del Cid ó el Gran capitan
aprecia bancos y fábricas
la pública utilidad.
Y así desciende el barómetro
de los nietos del Pulgar,
mientras suben al pináculo
los hombres de capital.

MARQUÉS.—Pués ¡paso á la grey judáica
que aquí se vuelve á instalar,
porque los Reyes Católicos
(*Levantándose.*) no tienen posteridad!
Alzad altares al ídolo
del interés material.

BARON. —Marqués, su sangriento apóstrofe
ofende la dignidad
de una clase....

MARQUÉS.— Que á la cúspide
pretende osada trepar
por las infamias del préstamo,
por la esplotacion rapaz;
abusos, bajezas, crímenes
queriendo en vano dorar.

BARON. —Marqués, tan violenta hipótesis...

MARQUÉS.—Baron, esta es la verdad.
Esos héroes de la cábala
su fortuna al consumar
con el manto de los próceres
quieren cubrir su ruindad.

BARON. —¡Marqués!...

MARQUÉS.— Baron, al período
póngase punto final.
Usted es el polo antártico,
y yo el ártico.

BARON. — Jamás
convendrian nuestros dictámenes.

MARQUÉS.—Es una fatalidad;
pero no causa catástrofe
en la harmonía universal.

BARON. —El porvenir está próximo.

MARQUÉS. —Lo que haya de ser será.
(*Sale por la derecha.*)

ESCENA 6.ª

El Baron y Domingo.

BARON. —¡Insolente personage!
¡Cual sus pasiones desfogan!....
Hé aqui un hombre á quien ahogan
la vanidad y el corage.
Miserable, que no vé
en el cénit español
el giro augusto de un sol
que no detendrá Josué.
Ceda tu clase su fuero
y sus timbres primitivos
á los potentes y altivos
sémi-dioses del dinero.
Abra paso lo que fué
de lo nuevo á la existencia.

(*Domingo se acerca al Baron con grande misterio.*)

DOMINGO.—Señó, si me dá licencia,
quiero hablar con sumercé.
BARON. —Yá te escucho,
DOMINGO.—(*Con embarazo.*) Estaba yo
aqui mismo denenante
cuando D. Juan.....
BARON. — Adelante.
DOMINGO.—Vá, me mira, y me llamó.
Me dice-Domingo....
BARON. — En fin.
¿Qué D. Juan? Señas reclamo.
DOMINGO.—Es un amigo de mi amo.
D. Juan de Barracancin....
BARON. —¡Albarracin!
DOMINGO.— Eso: eso.
Conque voy: me arrimo á él;
y entonces me dió un papel,
y con cargo muy expreso
de que nadie se enterara,
que mucho me lo encargó,
á la hija de usté, señó,
me dijo que lo entregara.

BARON. —¡Ola!
DOMINGO.— Y no pude hasta ahora
el mandato obedecé;
que entró con otra mugé....
digo, con otra señora.
BARON. —¡Bravo!
DOMINGO.— Yo dije-compadre,
ocasion mijó vendrá.—
(*Le dá el billete.*) Tenga usté. Lo mimo dá
una hija que su padre.
BARON. —Justo. (*Ap.*) Importa que yo lea
del galan la esplicacion:
DOMINGO.—Es letra de una cancion:
cuide que nadie la vea,
Y cállelo por su vida;
¡que D. Juan me lo encargó
tanto!....
BARON. — Ya le pondré yo
buena música. Descuida.
DOMINGO.—Yo me retiro, señó.
BARON. —Anda con Dios, hijo mio.
DOMINGO.—"Chinita, yo traigo frio:
"dame consuelo con tu caló."

ESCENA 7ª.

El Baron, poco después D. Juan.

BARON. —¡Vamos! Hay casualidades
que parecen providencias.
No sé por qué me repugna
romper del billete el nema;
y ello es preciso que yo
si hay un riesgo le prevenga.
Resolucion!... Alguien viene.
(*Guarda el billete.*)
D. JUAN. —(*Ap.*) El padre!
BARON. — (*Ap.*) El galan! ¡Qué idea!
(*Alto.*) Caballero....
D. JUAN. —(*Saludando.*) Señor mio....
BARON. —Dispense usted la molestia.
Una palabra.

D. JUAN. — Me tiene,
caballero, á su obediencia.
BARON. —Sírvase usted.... (*Ofreciéndole asiento.*)
D. JUAN. — Muchas gracias.
Estoy bien.
BARON. — Como usted quiera.
Ante todo, le suplico
que excuse la inconveniencia....
D. JUAN. —No hay de qué.
BARON. — Si lo permite
voy á entrar luego en materia.
D. JUAN. —Sumiso aguardo sus órdenes.
BARON. —Mucho estimo su fineza.
Señor D. Juan, de su mérito,
sus circunstancias y prendas,
llegaron á mi noticia
las honoríficas pruebas.
D. JUAN. —Señor....
BARON. — Brillante discípulo
preció á la central escuela,
y notable profesor
hoy en su cláustro descuella.
Resalta en el Ateneo
entre la brillante pléyada,
y electriza su palabra
del derecho en la Academia.
D. JUAN.—Suplico á usted....
BARON. — Sus lecciones
populariza la prensa,
y en los debates forenses
relevantes dotes muestra.
D. JUAN.—Señor Baron, sus lisonjas
mortifican mi modestia.
BARON. —Tal cualidad del talento
es perenne compañera.
D. JUAN.—Pero en fin.....
BARON. —(*Con ironía.*) Reprima usted
esa fogosa impaciencia.
Yo celebro la ocasion
que á su persona me acerca,
y me proporciona un título
para hacerle una advertencia.
D. JUAN.—Mucho retarda el favor
que su bondad me dispensa.

BARON. —Jóven, usted subirá
á superiores esferas
si á sus grandes condiciones
equipara la prudencia.
D. JUAN.—Señor Baron ¿es consejo?
BARON. —Llámele usted como quiera.
Es lástima que le roben
á sus ilustres tareas
ambiciones prematuras
ó sociales exigencias;
y sobre todo, el amor,
que es de la razon la venda,
y costó á Sanson el pelo
y su gloria al Rey-profeta.
D. JUAN.—Ignoro las circunstancias
que motivan tal reseña.
BARON. —Amor hizo hilar á un Hércules,
al símbolo de la fuerza;
extinguiendo en Salomon
la mas rara inteligencia.
D. JUAN.—Suplico á usted, caballero,
que ponga fin á esta escena.
BARON. —Pués sentado que el amor
al mas lince ofusca y ciega,
le esplicará este papel
el motivo de mi arenga.
(*Entregándole el billete.*)
D. JUAN.—Caballero.....
BARON. — El portador
procedió como quien era,
y la eleccion del conducto
su tacto no recomienda.
D. JUAN.—No sé cómo.....
BARON. — ¿Hé adquirido
el papel? Una torpeza.
Espero, señor Don Juan,
que desista de su empresa,
y le anticipo las gracias
por conducta tan discreta.
¿No es así?
D. JUAN.— Dispense usted,
pués que provoca mi réplica.
Está usted en su derecho
oponiendo resistencia

á los votos de mi amor...
BARON. —Celebro que así lo entienda.
D. JUAN.—Pero yo estoy en el mio,
insistiendo con vehemencia
en pretensiones de afecto
que ni ley ni honor reprueban.
BARON. —Sé los derechos de padre.
D. JUAN.—Yo conozco donde empiezan,
y dónde existe la valla
que de abusos los preserva.
BARON —Ahorremos los resultados
de una esplicacion violenta ..
D. JUAN.—Imposible entre nosotros,
aunque usted la promoviera.

ESCENA 8.ª

Dichos y D. Alvaro, que se acerca poco á poco.

BARON. —Caballero, mi fortuna,
mi posicion, y la alteza
de relaciones y crédito
á mi situacion anexa,
el cariño paternal,
el interés, y la idea
del mas allá de la tumba
que una raza representa,
me sugieren pensamientos
que en usted no se completan.
D. ÁLVARO—Perfectamente, baron, (*Interponiéndose*)
y apoyo la reprimenda.
(*A D. Juan.*) Si señor, y es muy extraño
que un jóven de génio y letras
no reconozca distancias,
y no respete barreras.
BARON. —Exactamente.
D. JUAN. — Don Álvaro!...
D. ÁLVARO—Los hombres tienen sus épocas,
y cuando yunques aguantan,
y cuando martillo aprietan.
BARON. —¡Cómo!
D. ÁLVARO— Es claro, y el señor (*Señalando al Baron.*)
vivo ejemplo nos presenta.

Natural de Arrigorriaga,
y de humilde procedencia,
vino á Madrid mozolejo,
y sin tener dos pesetas;
colocándose en la casa
de D. Lúcas de Ibarbéitia,
almacen de ultramarinos
en la calle de Carretas.

BARON. —Esa historia....

D. ÁLVARO-- Es la leccion
mas elocuente y severa.
Habia entonces el estilo
en todas las dependencias
mercantiles de casar
á dependientes y horteras
con las hijas ó prohijadas
de los dueños... ¡Linda breva!
El buen Don Lúcas tenia
dos hijas como dos perlas,
y como perlas salieron:
una blanca y otra negra.
Tocó la blanca al señor,
sér de fabulosa estrella,
y la hermana... yá es difunta.
Dios en descanso la tenga.

BARON. —Pero esa historia.....

D. ÁLVARO.-- Es precisa
para sacar consecuencias.
Don Lúcas murió, dejando
de su haber por herederas
á las niñas que partieron
á millon cada una de ellas.

D. JUAN.—¡Basta...!

D. ÁLVARO.-- Pecador rebelde,
aguarde su penitencia.
Este señor desde luego
puso en alquiler la tienda;
inaugurando la série
de sus gloriosas empresas.
Vino la guerra civil
con sus tristes peripecias,
y el señor Baron obtuvo
enmedio de aquella gresca
el cargo de contratista,

que desempeñó en conciencia.
Pero la envidia insidiosa
que en el mérito se ceba
propaló que se cobraban
como legales expensas
sumas, que por otra parte
no salian de la gabeta.

BARON. —¡Infamias!

D. ÁLVARO.— Para abreviar.
En lo vivo de la guerra
la desamortizacion
Mendizabal nos presenta.
Muchos repugnan el caso
Vários un fraude recelan.
Otros temen compromisos
en un cambio de sistema,
y el señor Baron jugando
el albur con alma intrépida
entre urbano y entre rústico
compró á Castilla la nueva.
Y en tal precio y tales plazos
que debió comprar la vieja.

BARON. —El relato se prolonga,
y yo tengo que...

D. ÁLVARO.— Yá llega (*Deteniéndole.*)
el epilogo, Baron,
y tras dél la moraleja.
Concluye la lid terrible
en el año de cuarenta,
y rico y considerado
este caballero queda.
Cambia el aspecto político,
y sus amistades nuevas
le valieron en la Bolsa
una fortuna estupenda.
Otra vez tornó la envidia
á sus inicuas ofensas.
Se habló de combinaciones,
de primas en carreteras,
de anticipos reembolsables....

BARON. —Señor Don Álvaro.....

D. ÁLVARO.— Nécias
y ridículas especies,
impropias de gente séria.

El señor se hizo banquero
de reputacion inmensa,
y á poco ostentaba el título
de baron de la Hortaleza.
¡Y vea usted lo que es la envidia!
Al dar del suceso cuenta
cierto diario de la córte
puso con todas sus letras
el baron de la Hortaliza,
en son de yerro de imprenta.

BARON. —Últimamente....

D. ÁLVARO.— Ecce homo.
El que así procede y trepa
á la cumbre del poder,
y de la humana grandeza,
tiene un derecho inconcuso
á decir á quien se atreva
á pretender el honor
de entrar en su parentela:
—«Cuando usted llegue á mi altura
tendrá legítima audiencia.»

BARON. —Justo.

D. ÁLVARO.— En tanto con el brillo
de su rango y sus riquezas
el señor baron la mano
de su linda hija reserva
ó para un grande de España
ó para un lord de Inglaterra;
para un bajá de tres colas
ó para un shak de la Pérsia.
(*Ap. al Baron.*) Dura ha sido la leccion.
Mírele usted las orejas.
(*Ap. á D. Juan.*) Si el Baron es basilisco
termina el lance en tragedia.

ESCENA 9.ª

Dichos, Leonor, el marqués, Matilde con un periódico, y vários huéspedes que se instalan en la galería en grupos diferentes.

MATILDE. —Singular es la ocurrencia.

LEONOR. —Y el lance no hemos sabido.

MARQUÉS.—Bien el héroe ha merecido
la cruz de beneficencia.
BARON. —¿De qué se trata?
MARQUÉS.— Se trata
de un nadador ágil, fuerte,
que á las garras de la muerte
á dos niños arrebata.
MATILDE.—En este suelto se cuenta
tan notable bizarria.
BARON. —¿Y el salvador todavia
la figura no presenta?
MATILDE.—(*Leyendo.*) "Era un hombre de gran brio
"y de rara intrepidez.
"Salvó á los dos, y á la vez,
"y tornó á lanzarse al rio
"para evitar que la gente
"reunida le conociera.
MARQUÉS.—Es condicion noble y fiera,
propia de un hombre valiente.
BARON. —Es un hecho sin valor;
que segun del trance infiero
es el héroe un marinero,
y tal vez gran nadador:
gente en esas cosas lista,
y acostumbrada á ese apuro.
(Á *D. Álvaro.*) ¿Qué opina usted?
D. ÁLVARO— De seguro
que no era capitalista.
BARON. —Mi idea....
D. ÁLVARO— La traduzco fiel,
y su reparo ya es viejo.
Expone siempre el pellejo
el que no tiene mas que él.

ESCENA 10.

Dichos y el Patron.

PATRON. —Con el permiso de ustedes,
y perdonen si molesto,
¿Don Álvaro Sandoval
quién es de estos caballeros?
D. ÁLVARO—Servidor de usted.

PATRON. — Padrino,
yá me lo estaba diciendo
el corazon: cuando vide
á usté me pegó asi un vuelco.
D. ÁLVARO—¿Puedo saber...?
PATRON. — Esas manos
á besar humilde vengo;
y mientras mas gente hubiere
delante tanto mas bueno;
porque soy agradecido.
Yo soy el patron Juan Merlo.
D. ÁLVARO—No tengo el gusto....
PATRON. — Yo soy
el padre de....
D. ÁLVARO—(*Con viveza.*) Pasaremos
á mi cuarto, si usted quiere.
PATRON. —Pues francamente no quiero.
Al señor, óiganme todos,
mas que la vida le debo;
que me ha salvado á dos hijos
que estaban yá pereciendo.
(*Sensacion general.*)
LEONOR. —¡Cómo!
MATILDE. — ¡Don Álvaro!
BARON. — Amigo....
MARQUÉS.—(*Al baron.*) Yá pareció el marinero.
D. ÁLVARO—Yá vé usted la situacion
que á sus alborotos debo,
amigo Juan. A esta escena
por favor pongamos término.
PATRON. —Pero ¿usté me da la mano?
D. ÁLVARO—De amigo.
PATRON. — Asi no me atrevo;
que yo soy un pobre diablo,
y usté....
D. ÁLVARO— Vamos, majadero,
déjese usted remolcar. (*Llevándole.*)
PATRON. —Salú. Me voy con buen viento.
(*Salen por el foro.*)
MARQUÉS.—¡Original aventura!
LEONOR. —Es generoso y modesto.
MATILDE. —Me ha conmovido la escena.
BARON. —Si es un lance novelesco.
(*Suena la campana del comedor: movimiento general.*)

(*A Matilde.*) A la mesa nos invita
del metal sonoro el eco. (*Le ofrece el brazo.*)
MATILDE.—¿Usted conoce á D. Álvaro,
Baron, de hace mucho tiempo?
MARQUÉS.—El cavaliero servente (*A Leonor.*)
ofrece á usted sus obsequios.
(*Salen por el foro.*)

ESCENA 11.

Don Juan, poco después D. Alvaro y Domingo.

D. JUAN. —Alma, basta de sufrir.
Corazon, no te subleves.
Oh fantasía, no me lleves
en el espacio á morir.
Polo de amor é idealismo,
hoy halla en ti mi desvelo
ante mis ojos el cielo
y ante mis piés el abismo.
Adios, sueños que forjé
deliciosos en mi mente.
D. ÁLVARO--Jóven, levanta la frente,
y nunca pierdas la fé.
D. JUAN. —El infortunio vá en pos,
Don Álvaro, de mi huella.
Naci bajo infausta estrella.
D. ÁLVARO--Huérfano, te queda Dios.
Y es bien próvido contigo,
pues de tu padre en defecto
te depara en mi el afecto
de un hermano y de un amigo.
D. JUAN. —Déjeme usted sucumbir
al peso de mi destino.
D. ÁLVARO--Debes abrirte el camino
que conduce al porvenir.
Juntos, y por nobles modos,
realicemos nuestro plan:
obstáculos surgirán:
los arrostraremos todos.
De las sombras á la luz
en el paso temerario
á la cima del Calvario

llevaremos nuestra cruz.
Y Dios dará á nuestra empresa
su proteccion soberana.

DOMINGO.—Yá tocaron la campana.

D. ÁLVARO.—Gracias, Domingo. A la mesa.
(*Toma del brazo á D. Juan y le lleva aparte.*)
Lema: morir ó vencer.
A Madrid vamos unidos,
y allí los desconocidos
se darán á conocer.

ACTO SEGUNDO.

Salon de recibimiento en la fonda de Sanlúcar de Barrameda, decorado con suma elegancia; puerta al foro y dos laterales. Sobre la mesa, colocada enmedio de la estancia, se ven revistas y periódicos. Domingo se ocupa en examinar un grabado de la *Ilustracion* que representa vários tipos de naciones africanas. Es de noche.

ESCENA 1.ª

Domingo, poco después Matilde

DOMINGO.—(*Leyendo*) "*Tipo del negro mandinga con su trage de batalla...*"
Así estarán mis parientes,
con plumas, flechas y lanzas,
el zarcillo en la nariz,
y pintado el cuerpo á rayas,
mientras yo llevo librea
y sombrero de cucarda,
y hago de perro en dos piés,
ó así... de una cosa que habla.
Es verdad que la cabeza
aquí tengo asegurada,
y no me vende un gangá
por objetos de quincalla;

pero.... ¡vamos! que se me arde
toda mi sangre africana,
al mirar á este mandinga,
dispuesto para campaña.
¡Ah mandinga! Negro bueno,
taja la cabeza, taja.

MATILDE.—Es preciso que yo sepa
si es que Don Álvaro se halla
por amistad ó por deudo
unido á Ricardo. ¡Es rara
coincidencia! Sandoval
como Ricardo se llama.
Su figura y su caracter
á Ricardo me retratan.
¿Será el mismo?... Fantasia
¿á dónde, loca, me arrastras?

DOMINGO.—¡Ah mandinga! Estira el arco
y mata á ese perro, mata.

MATILDE.—El negrito! Y cómo al ver (*Acercándose*).
sus iguales se entusiasma!
Domingo.

DOMINGO.— Mande, señora.

MATILDE.—¿Qué te parece esa estampa?

DOMINGO.—Niña Matilde, mi madre
es de esta parte del África;
hija del mayor cacique
que en aquellas tribus manda:
una especie de Princesa.....

MATILDE.—¿Cómo vino á ser esclava?

DOMINGO.—Un hermano de mi abuelo,
por yo no sé qué venganza,
se la llevó con engaño
á la factoria inmediata;
vendiéndola á los negreros
por dos cuchillos y un hacha.

MATILDE.—¿Y tu padre?

DOMINGO.— Un lucumí,
un come-gente, un canalla.

MATILDE.—Tu señor, segun entiendo,
no como esclavo te trata.

DOMINGO.—Eso si. Tengo por amo
al hombre mijó de España.
¡Qué corazon! ¡qué talento!
Hermoso en cuerpo y en alma.

MATILDE. —¿Tiene familia en América?
DOMINGO.—Ninguna.
MATILDE. — ¿Tiene en su pátria
padres, hermanos, parientes?
DOMINGO.—Si los tiene es cosa estraña;
porque ninguno lo ha visto
desde que vino de Plata.
MATILDE. —¿Le sirves de mucho tiempo?
DOMINGO.—Me compró casi de guagua
en la quiebra de un tonjista
en la que salí á subasta.
MATILDE. —Y mejoraste de suerte
sin duda.
DOMINGO.— Mucho, á Dios gracias.
El otro era un catalan
que por quitame esas pajas
á San Benito en presona
un boca-abajo le daba.
MATILDE. —Dime ¿y tú no le has oido
en alguna circunstancia
nombrar....?
DOMINGO.— ¿A quien?
MATILDE. — ¿A Ricardo
Sandoval. ..?
DOMINGO. — Yo! Ni palabra.

ESCENA 2.ª

Dichos y el marqués.

MARQUÉS. —Lindamente me aburria
la funcion ¡Cosa mas mala!
Un sermon interminable.
MATILDE. —¿Cuál fué?
MARQUÉS.— ¡Pieza mas cansada!...
A propósito, negrito.
DOMINGO.—Mande, señor.
MARQUÉS.— Vé y encarga
al camarero Bernardo
que lleve luz á mi sala
de tresillo, y que disponga
mesas, platillos, barajas.
DOMINGO.—Al instante. (*Váse.*)

MARQUÉS. —(*Sentándose.*) Este animal
se toma aquí unas confianzas,
y entra y sale, y se presenta
como una criatura humana.
Se conoce que su dueño
no le dá buena enseñanza,
et quod natura non præstat
no se aprende en Salamanca.
MATILDE. —Y dime, hermano ¿quedó (*Tomando asiento*)
la comedia terminada?
MARQUÉS. —Antes de que concluyera
alcé el campo y dije «á casa;"
porque del humor que estoy
con una maldita carta
el aire vital me asfixia
y la humanidad me carga.
MATILDE. —Yá sé. Cayó el ministerio.
MARQUÉS. —Pero no se há roto nada.
MATILDE. —Y diz que el marqués, mi primo
político, es quien trabaja
en formar combinaciones.....
MARQUÉS. —¡A su edad! Saldrán bizarras.
Más le valiera ocuparse
en disponer bien el alma,
prófugo del cementerio,
que la bóveda reclama.
MATILDE. —Estás nervioso, irascible... !
¡Pobre hermano! ¿Qué te pasa?
MARQUÉS. —Muger, quisiera ser *médium*;
de esos que evocan fantasmas.
MATILDE. —¿Y á qué fin?
MARQUÉS. — Para evocar
á nuestro abuelo D. Árias.
MATILDE. —¿Con qué objeto?
MARQUÉS. — Conocerlo,
y darle de bofetadas.
MATILDE. —¿Estás loco?
MARQUÉS. — Me ha jugado
una partida serrana.
MATILDE. —¡Nuestro abuelo, el gentil-hombre!
MARQUÉS. —El mismo que viste y cálza.
MATILDE. —¡Pobre señor! ¡Con aquella
peluca tan empolvada,
y aquel gesto de vinagre,

y aquella enorme corbata!...
¿Quién dijera que difunto
hiciese mal?

MARQUÉS.— Pués no es chanza.
Pero á bien que su retrato
de mi enojo no se escapa;
y lo quemaré en efigie.

MATILDE. —Marqués, para broma basta.
Al padre de nuestro padre
de ese modo no se ultraja.

MARQUÉS.—Tú no conoces la historia,
ni de mi furor la cáusa.
Matilde, yo soy la víctima
de una tragedia ignorada,
y sufro las consecuencias
de ciertos duos de D. Árias.

MATILDE. —Cálmate, hermano, y refiéreme
el suceso que te exalta.

MARQUÉS.—Sabes que pensé en cruzarme
de Alcántara ó Calatrava,
y al que nos cuida el archivo
di encargo de que buscara
las partidas y otras pruebas
que estas órdenes reclaman.

MATILDE. —Don Juan, nuestro bisabuelo,
fué comendador de Alcántara.

MARQUÉS.—Pués el hijo ya verás
cómo ilustró su prosapia.
(*Saca una carta.*)
Atiende (*lee*). "Nos encontramos
"en el abuelo una marra.
"Casó con Calixta, expósita
"de la cuna de Granada,
"y así nos priva de prueba
"materna por esta rama."

MATILDE. —¡Cómo há de ser! No es precisa
cruz verde, ni colorada,
para ser buen caballero,
útil á Dios y á la pátria.

MARQUÉS.—(*Levantándose.*) Y bien mirado es injusto,
es un absurdo, una infamia,
que así frustre los conatos
de toda una estirpe clara
de un D. Árias, ó un D. Júdas

la grosera extravagancia.

MATILDE. —Pero suprime invectivas;
no sea que por obra y gracia
del demonio se penetre
que abates lo que no alcanzas,
diciendo—«*no están maduras*»
como la zorra en la fábula.

MARQUÉS. —Cuando en el reló del tiempo (*Con énfasis.*)
la manecilla señala
el instante decisivo
que á cosa ó persona amaga
solo el que labró el reló
suspende la cuerda y pára.

MATILDE. —¿De modo que de las órdenes
militares se adelantan
el *dies iræ* y el *dies ille?*

MARQUÉS. —Sí, Matilde: el siglo marcha,
arrastaando en su corriente
una porcion de antigüallas.
Pronto no habrá consecuencias
cuando las premisas no haya.
Las pruebas no se comprenden
donde los hechos no pasan.

MATILDE. —Tienes razon.

MARQUÉS. — Yá no existen
los Alcaldes de la Santa
hermandad; de estado noble;
los veinticuatros; las blancas
de carne; los señoríos,
y mil y mil zarandajas
que rellenan espedientes
sin átomo de sustancia,
y al paso que se camina
no vuelve lo que se cambia.

MATILDE. —¡Qué lástima de discurso
perdido para la cámara!

MARQUÉS. —(*Mirando el reló.*)
Diez y media. A pedir voy
mi vaso de naranjada.
Hasta luego. (*váse.*)

MATILDE. — A Dios, hermano.
Dios te dé lo que te falta.

ESCENA 3.ª

Matilde y Don Álvaro.

MATILDE. —La altanera condicion
de sus ascendientes trae.
La vanidad no decae
en la estirpe Mondragon.
Nos marcan los propios sellos:
seguimos las mismas huellas:
pacientes víctimas ellas,
y altivos déspotas ellos.
De sus miras arbitrarias
nos conducen á merced,
y su ejemplo... yá vé usted
el percance de Don Árias.
¡Ay de nosotras, si un tilde
mereciera sus reproches!....
Don Álvaro.....

D. ÁLVARO.-- Buenas noches.
¡Cómo tan sola, Matilde!

MATILDE. —Hace yá tres dias ó cuatro
que mal de salud estoy,
y me hallo tan fatal hoy
que rehusé asistir al teatro.

D. ÁLVARO--Esa nueva me entristece.

MATILDE. —Gracias por el interés!

D. ÁLVARO.--Tan ingénuo y veraz és
que ni las gracias merece.

MATILDE. —Conmigo siempre galante,
me hace, á fuer de bien nacida,
demostrarme agradecida
á un obsequio tan constante.

D. ÁLVARO.--Recibo en ello merced,
y por dichoso me cuento.

MATILDE. —Pero... tome usted asiento.

D. ÁLVARO.--Con el permiso de usted. (*Se sienta.*)

MATILDE. —Es la franqueza mi norte,
y su fuero hé de invocar.
¿Regresa usted á ultramar?

D. ÁLVARO.--Me fijo en la villa y córte.
En América ninguna
conexion dejé al venir,

y allá no se puede yá ir
ni para buscar fortuna.
De la opulencia reniego
si se obtiene á condicion
de los álias de paton,
de gachupin y gallego.

MATILDE. —Lucha aquella sociedad
con espantosa anarquía.

D. ÁLVARO.--Allí es una befa impía
el nombre de libertad.
Rudas, civiles contiendas,
nutren rapaces partidas,
verdugos para las vidas,
el honor y las haciendas.
Yo, testigo imparcial, hablo
de triste esperiencia en pós:
es una tierra que Dios
en feudo concede al diablo;
y al ver en cuadro tan feo
lo que libertad se nombra
vuelvo á vivir á la sombra
del despotismo europeo.

MATILDE. —¿No conserva usted parientes
en España?

D. ÁLVARO.-- Sí; lejanos.
Dos buenos tios, muy ancianos,
en Toledo residentes.

MATILDE. —¡De Toledo y Sandoval!

D. ÁLVARO--¿Qué le escita la memoria?

MATILDE. —El recuerdo de una historia: (*Con melancolía.*)
recuerdo sentimental.
Ilusion de ser feliz,
cual humo desvanecida.
El tiempo cerró la herida,
y aun duele la cicatriz.

D. ÁLVARO--¿Y el que obtuvo esa ternura
guardó su recuerdo leal?

MATILDE. —Era un hombre escepcional,
Don Álvaro. Estoy segura.

D. ÁLVARO--¿Y qué puede detenerlo
si él es libre y libre usté....?
¿Vive?.... ¿Murió?

MATILDE. — No lo sé;
y me importa no saberlo.

Si existe, y pura la llama
en su corazon conserva,
premio escaso le reserva
la viuda de Leguizama.
Si yá es polvo y podredumbre,
y mora en la eternidad,
vale más que esa verdad
la confusa incertidumbre.
Perdon, si tristes enojos
le causo, amigo, con esto,
y cuando los manifiesto
arrasa el llanto mis ojos.
Una espansion es precisa
á esos dolores del alma,
que encubre ficticia calma,
que disfraza la sonrisa.

D. ÁLVARO.--(*Levantándose.*) Violentar la inclinacion
que á dos séres predispone
es un crimen... ¡Dios perdone
al marqués de Mondragon!

MATILDE. —Más diga usted sin retardo:
lo ruego con prez humilde,
¿cómo sabe usted...?

D. ÁLVARO.-- Matilde,
era mi hermano Ricardo.
Yo reconozco y admiro
á la muger que eligió,
y á quien su fé conservó
hasta el último suspiro.

MATILDE. —¡Basta, basta! (*Cubriéndose el rostro.*)

D. ÁLVARO.-- Duelo tanto
la fosa en altar convierte;
que es envidiable la muerte
cuando merece ese llanto.

ESCENA 4.ª

Dichos y Domingo por el foro.

DOMINGO. —¡Ah mi amo!

D. ÁLVARO.-- (*Ap.*) Majadero!

DOMINGO. —Me manda el señor marqués;
porque dice que le diga
que vaya á unirse con él.

D. ÁLVARO.--¿Para jugar al tresillo?
DOMINGO.—Por eso debe de ser.
D. ÁLVARO--Pués dile que me dispense;
porque tengo un dolor cruel
de cabeza.
DOMINGO. — ¡Ay amo mio! (*Acercándose inquieto.*)
D. ÁLVARO--Anda.
DOMINGO. — ¡Enfermo su mersé! (*Mirándole.*)
Chirigota!—Yo en la cara
se lo habia de conocer.
El esclavo es como el perro:
calla y sufre; pero vé.
Bueno. Le digo que no,
y es mas breve... ¡Vaya bien!
(*Váse.*)

ESCENA 5.ª

Matilde y D. Alvaro.

MATILDE. —Hay un encanto fatal
para el alma en conocer
hasta donde nuestro sér
puede resistir el mal.
Álvaro, mi aciaga suerte
hizome al dolor sufrida.
Háblemе usted de su vida.
Háblеme usted de su muerte.
D. ÁLVARO--Yo me reprendo, señora,
una grave indiscrecion,
y pronto, en otra ocasion....
MATILDE. —Hable usted.
D. ÁLVARO— Matilde....
MATILDE. — Y ahora.
D. ÁLVARO—(*Sentándose.*) Ricardo, en su honor herido,
por el marqués insultado,
y en su carta apostrofado
de oscuro y desconocido,
su escaso haber malbarata;
á nadie su plan revela,
y en Cádiz se hace á la vela
para el rio de la Plata.
Le brindan colocacion

en casa de un negociante,
y activo y perseverante
se capta su estimacion.
Por su carácter me esplico
sus laboriosos amaños.
Al término de diez años
era independiente y rico;
pero con esa riqueza
que al hombre de bien ufana;
sin gotas de sangre humana;
sin infamia y sin bajeza.
Fruto de honradas labores,
premio de noble interés
que colocar á los piés
del ángel de sus amores.
Y ser rico era bastante;
que la nobleza de cuna
se postra de la fortuna
al resplandor....

MATILDE. — Adelante.

D. ÁLVARO--Del vivo afan que le inflama
galardon esperar osa
cuando yá usted era esposa
del general Leguizama;
y al adquirir la certeza
del infausto casamiento
cierto sombrio desaliento
minó su naturaleza.

MATILDE. —¿Y nadie le declaró
que mandato rigoroso
me dió señor, y no esposo?

D. ÁLVARO--Ricardo lo sospechó.
Con fondos que remitia
mi hermano con mano franca
cursaba yo en Salamanca
medicina y cirujía;
y el ánimo de fé lleno,
sumergia mi inteligencia
en las sirtes de la ciencia
de Hipócrates y Galeno.
Recibido y doctorado,
y mi diploma corriente,
me escribe Ricardo: "vente,
"y establécete á mi lado.

"Entre la médica tropa
"lo moderno lugar se hace,
"y lo estraño es lo que place,
"lo mismo aquí que en Europa."

MATILDE. —¿Y Ricardo?

D. ALVARO-- Pena fuerte,
al abrazarlo sentí;
que en su rostro conocí
que estaba herido de muerte.

MATILDE. —¿Y usted no aspiró á la palma
su existencia de salvar?

D. ALVARO--Solo Dios sabe curar
ulceraciones del alma.
Él trabajaba á destajo,
con verdadero furor;
que de la hiel del dolor
es una esponja el trabajo;
y yo imité su vehemencia,
trocando con loco anhelo
mi profesion en un duelo
entre la muerte y la ciencia.

MATILDE. —¿Pero me acusaba ese hombre?....

D. ALVARO--Él sin quejarse moria, (*Levantándose.*)
y en seis años de agonía
no profirió vuestro nombre.
(*Páusa.*)
Era de otoño una tarde,
tibia, dulce, perfumada.
Del sol en nube rosada
el último fulgor arde.
Se escucha el canto bravío
del negro que dá de mano;
susurra el éuro liviano;
murmura en su curso el rio.
A la puerta del Palmar,
ingenio sin competencia,
del campo la grata esencia
salimos á respirar;
y silenciosos los dos,
fijos en el propio asiento,
alzamos el pensamiento
á la grandeza de Dios.
Yo estrechaba con ternura
la diestra á mi pobre hermano,

y abrasaba aquella mano
una intensa calentura;
y en mi mano, que estrechaba
la suya amorosamente,
cayó una lágrima, hirviente
como una gota de lava.
Me acerco; quiere ocultar
su triste emocion en vano;
y esclama doliente:—"hermano,
yo no la puedo olvidar."

MATILDE. —(*Levantándose.*) ¡Basta por Dios!

D. ÁLVARO.— Esa historia
á todos oculta siga,
Matilde; pero nos liga
una sagrada memoria.
Á Madrid parto mañana.
¿vuestra amistad pido en vano?

MATILDE. —Yá me pertenezco, hermano.
(*Tendiéndole la mano que D. Alvaro estrecha.*)

D. ÁLVARO.—Que Dios te bendiga, hermana.

ESCENA 6.ª

Dichos, Leonor y el Baron.

LEONOR. —Matilde ¿se encuentra usted
mejor?

MATILDE. — Gracias. Algun tanto.

BARON. —Há percibido su agente
los diez mil pesos, Don Álvaro.

D. ÁLVARO.—Me lo anuncia este correo,
y á Madrid mañana parto.

MATILDE. —¿Qué tal la funcion?

LEONOR. — Preciosa.
Los actores muy en cuadro.
(*Sentándose junto á Matilde.*)

BARON. —Y á quien fia la direccion
del periódico, comprado
por usted, amigo mio?

D. ÁLVARO.—Su color y marcha cambio.
Es el marqués-presidente
hombre para mi simpático,
y apoyaré su política,
mientras fuere de mi agrado.

LEONOR. —¿Tiene usted fiebre?
MATILDE. — No tal.
LEONOR. —¡Le brillan los ojos tánto!
BARON. —Francamente. El director
desde que supo el contrato
no cesa de suplicarme
que lo recomiende y....
D. ÁLVARO.- ¡Bravo!
Para ese mozo lo negro
es lo mismo que lo blanco,
y al gusto de quien le paga
se torna ruso ó polaco.
BARON. —¿Y repara usted en eso?
Por Dios! No le hacia tan cándido.
D. ÁLVARO.--Si es candidez el decoro
aun me queda ese resabio.
MATILDE. —Niña, tenga usted valor
y espere.....
LEONOR. — Por Dios! Más bajo.
BARON. —En fin, si no puede ser
de su parte le deshaucio;
y quizás utilizarle
pudiese entrar en mis cálculos.
Veremos.
D. ÁLVARO.-- ¿Se lanza usted
á la oposicion?
BARON. — Me lanzo.
D. ÁLVARO.--¿Es decir que el ministerio
le borra de candidato
en la consabida lista
de su antecesor?
BARON. — Hay algo;
pero no es esa la cáusa
que á mi oposicion dá pábulo.
D. ÁLVARO.--La contrata de carbones
sé que la desaprobaron.
BARON. —Ese carbon ha de dar
mucho tufo.
D. ÁLVARO.-- Me hago cargo.
LEONOR. —Entre amar y obedecer
conmigo misma batallo.
MATILDE. —¡Pobre Leonor! Esa historia
está empapada en mi llanto.
D. ÁLVARO.--Baron, del vapor *Lonuza*

salió efectivo el naufragio.
BARON. —Tiene desgracia esa línea:
dos siniestros en un año.
D. ALVARO.—La nuestra, gracias á Dios,
aun no ha sufrido fracaso.
BARON. —Fuera un negocio magnífico
á estar en las propias manos;
pero dos, y en competencia,
se producen mútuo daño.
Bien pudiera usted venderme
sus acciones al contado,
como otras veces le hé dicho.
A lo Príncipe las pago.
Un diez por ciento de prima.
¡Eh! ¡qué tal! ¿Se cierra el trato?
D. ALVARO.—Y va de treinta, Baron.
BARON. —Bah! Tantas veces vá el cántaro.....

ESCENA 7ª.

Dichos y Domingo.

DOMINGO. —Señor, señor, yá ha venido....
D. ALVARO.-Está bien ¡calla!
DOMINGO — ¿Me aguardo?
D. ÁLVARO.-(*Al Baron.*) Con permiso. Voy á dar
una razon al muchacho.
(*Habla aparte con el negro.*)
BARON. —(*Ap.*) Si logro unir ambas líneas
¡qué golpe tan soberano!
Diez por ciento, y un cincuenta
á mis consócios les cargo.
D. ÁLVARO.—¿Lás entendido?
DOMINGO.— Corriente. (*Váse.*)
D. ÁLVARO.—Baron, recuerdo un adagio.
Más vale llegar á tiempo....
BARON. —¡Ah! sí: que rondar un año.
D. ÁLVARO.—Nos viene como de molde.
Hace un segundo tratábamos
de las líneas de vapores
que recorren el Atlántico,
y me negaba á venderle
la mitad del negociado.

BARON. —¿Y muda usted de dictámen?
D. ÁLVARO—Mi sócio, Mister Jhon Cláyton,
enagena un centenar
de acciones, y á precios altos,
y no me gustan negocios
en que manipulen vários.
BARON. —¿Y esa noticia?
D. ÁLVARO.— Domingo
la contestacion me trajo
de la casa de Saavedra,
donde mandé á preguntarlo.
BARON. —¿Usted me vende el total?
D. ALVAR —Hombre, yo no digo tanto.
¿Quiere usted que de esto hablemos
tranquilamente en mi cuarto?
BARON. —Con mucho gusto. Leonor,
¿tú pasarás aquí un rato?
LEONOR. —Si usted lo permite....
BARON. — Bien!
(Ofreciendo el brazo á D. Álvaro.)
Servo umilissimo.
D. ÁLVARO— Vamos *(Salen por el foro.)*

ESCENA 8.ª

Matilde, Leonor, poco después don Juan.

MATILDE. —Yo no puedo aconsejar,
Leonor, la desobediencia;
ni me atrevo á declarar
que debe usted renunciar
á una feliz existencia.
LEONOR. —En este penoso afan
su noble auxilio reclamo.
MATILDE. —Como prólogo del plan,
¿Quiére usted mucho á D. Juan?
LEONOR. —¡No más reserva! Yo le amo.
Dulce, amante, lisongero,
mereció el amor primero
que mi pecho hizo latir;
y este amor será el postrero
que pueda el alma sentir.
MATILDE. —Pués la situacion es grave.

LEONOR. —Yo procuro obedecer,
y que este cariño acabe.
MATILDE. —¡Estéril lucha! No cabe
ser una cosa y no ser.
LEONOR. —Se estrella así mi albedrío
contra vallas opresoras,
y en su proteccion confío
para conjurar.... ¡Dios mío!
D. JUAN. —Estoy á sus piés, señoras.
MATILDE. —Bien venido, caballero,
quien tan pronto ha regresado.
D. JUAN.- No corre el tiempo ligero
para el amor verdadero
de su objeto separado.
Una semana en Lebrija
pasé: siglo y no semana.
MATILDE. —¿Su vecindad allí fija?
D. JUAN. —Hay deber que me lo exija,
y vuelvo á Madrid mañana.
MATILDE. —¿Un deber de corazon?
D. JUAN.—Ese verá satisfecho
lográndose mi ambicion.
Han sacado á oposicion
mi cátedra de derecho.
Há dos años la disfruto,
y haciendo méritos vengo
de profesor sustituto,
y por feliz me reputo
si en noble liza la obtengo:
que si prez y galardon
en esta lucha no acopio
es grande satisfaccion
llegar á la posicion
que el hombre debe á sí propio.
MATILDE. —Dios camino franco le abra,
y de su gracia el tesoro.
D. JUAN.—Mi suerte en vano se labra
si no obtengo una palabra
del ángel á quien adoro.
LEONOR. —Temo de un padre el despecho
si aquí fuera sorprendida.
D. JUAN.—Rara ocasion aprovecho.
Está Domingo en acecho
y avisará su venida.

MATILDE.—Allí me voy á instalar. *(Señalando á la mesa.)*
Prudencia, niños. *(Se pone á leer.)*
D. JUAN. — Leonor,
no me puede usted negar
el derecho de esperar
en la dicha de su amor.
LEONOR. —Mi padre, Juan, me ha prohibido
de este afecto la ventura. *(Levantándose.)*
D. JUAN.—Yo le tengo merecido,
y solo esperanzas pido
en pago de mi ternura.
Respetando como usted
la paterna autoridad
nunca audaz la afrontaré;
pero nuestra amante fé
no agote la adversidad.
De ese corazon seguro,
lucharé con noble ardor
contra el escollo mas duro;
que amor tan grande y tan puro
vence imposibles, Leonor.
LEONOR. —Es forzoso decidir,
y que esta escena concluya.
D. JUAN.—Quiero mi sentencia oir.
LEONOR. —Pués bien: yo sabré morir;
mas nó dejar de ser tuya.
D. JUAN.—Yá al porvenir desafío
con tu promesa, bien mio.
LEONOR. —El cielo ampare á los dos.
DOMINGO.—*(Apareciendo por el foro.)*
"Chinita, yo traigo frio."
D. JUAN.—La señal. Adios.
LEONOR. — Adios.
(Don Juan se retira por la derecha.)
Matilde, mi padre viene,
y retirarnos conviene
MATILDE.—A mi cuarto vamos ahora;
y asi del Baron previene
la mirada escrutadora.
(Salen por la izquierda.)

ESCENA 9.ª

D. Álvaro y el Baron.

D. ÁLVARO--No se hable mas del asunto.
BARON. —Eso, amigo, es no querer
colocarse en la razon.
D. ÁLVARO--Segun como usted la vé.
El negocio no conviene:
requiescat in pace. Amen.

ESCENA 10.

Dichos y el marqués.

MARQUÉS. —Están ustedes aquí
del *far niente* en la indolencia
mientras abajo hay un duelo
que cien personas contemplan.
D. ÁLVARO--Un duelo!
BARON. — Explíquese usted.
MARQUÉS. — Cuestion delicada y séria
entre un baron aleman
y un lord inglés.
BARON. — ¿Una apuesta?
MARQUÉS. —Se trata de una fortuna
que en el juego se atraviesa,
y que expone á un jaque-mate
del ajedrez la pareja.
Parece que son dos tercios
de los de primera fuerza.
BARON. —¿Sus nombres...?
MARQUÉS. -- Se me resisten
á la memoria y la lengua.
Desde la oracion están
instalados en la mesa.
(*Mira el reló.*)
Son las once y treinta y cinco,
y han movido yá tres piezas.
Bajen ustedes á ver
la solucion del problema.
D. ÁLVARO--Soy con ustedes al punto.

BARON. —¿Cuánto dinero se juega?
(El marqués y el baron salen por el foro.)

ESCENA 11

D. Álvaro, D. Juan, luego Matilde y Leonor.

D. ALVARO.—De mi buena estrella fio
el triunfo de mi esperanza;
y si mi desvelo alcanza.....
D. JUAN. —Don Alvaro.
D. ALVARO.— Amigo mio.
D. JUAN. —Mi querido protector,
llevé á término la empresa,
y grata, formal promesa
hé obtenido de Leonor.
D. ÁLVARO.—Se lograrán nuestros planes,
y sin andar por las ramas.
Ahí se acercan nuestras damas.
MATILDE. —Aquí están nuestros galanes.
D. JUAN. —(*A Leonor*) Un momento por favor.
LEONOR. —Me devora la inquietud.
(*Hablan junto á la puerta derecha.*)
MATILDE. —Disfrute la juventud
las primicias del amor,
y un afecto fraternal
nos úna de aquí adelante.
D. ÁLVARO.—A mi ambicion no es bastante,
señora, cariño tal.
MATILDE. —Me sorprende su franqueza.
D. ÁLVARO.—Amo á usted con la pasion
que produce el corazon
de acuerdo con la cabeza.
MATILDE. —¿Con mis memorias en lid
su extraño amor osa entrar?
D. ÁLVARO.—Permítame usted callar,
y merecer en Madrid.
D. JUAN. —Adios, y dáme esa mano
que por tu promesa es mia.
D. ÁLVARO.—Adios pués, y luzca un dia
en que reemplace á mi hermano.

ESCENA 12.ª

Dichos y el Baron que sorprende á su hija y á D. Juan, interponiéndose indignado.

LEONOR. —Cielos!
BARON. — Retirese usté;
que ya ajustaremos cuentas.
(Leonor obedece.)
(Ap.) Yo las medidas violentas
en juego desde hoy pondré.
MATILDE. —Álvaro, adios.
D. ÁLVARO— Hasta pronto.
(Matilde se retira por la izquierda.)
BARON. —¿Fué su partida un ardid?
D. JUAN. —No tal, y vuelvo á Madrid.
BARON. —En balde.
D. ÁLVARO - *(Ap.)* El baron es tonto.
BARON. —Mal sus designios formula
si me pretende cansar,
ó artificioso burlar
mi vigilancia calcula.
Y tenga usted entendido
que muerta la quiero ver
primero que conceder
su mano á un desconocido.
(Sale iracundo por la derecha.)
D. JUAN. — ¡Yo insultado de ese modo!
D. ÁLVARO—Nada su furia te importe.
Buen ánimo y á la córte.
Constancia, y Dios sobre todo.
D. JUAN. —¡Y yo hé callado ante ese hombre!
D. ÁLVARO—¿Adonde vas, aturdido? *(Deteniéndole.)*
Te llama desconocido,
y es muy lógico este nombre.
Personas de tu valer
no entran del vulgo en el roce,
y el Baron no te conoce,
ni te puede conocer.
Para gentes de su estofa
no hay moral apreciacion,
y su calificacion
te ensalza, no te apostrofa.

Desconocido, mancebo,
era el genovés piloto
que buscando el mundo ignoto
dió á Castilla el mundo nuevo.
Desconocidos los tres,
con gigantescas hazañas
ilustraron sus campañas
Pizarro, Almagro y Cortés.
Oscuros, y en gloria hermanos,
ocuparon alta silla
Zenon de Somodevilla,
Gaspar Melchor Jovellanos.
Oscuros, gloria temprana
obtuvieron con fé briosa
un Martinez de la Rosa,
un Argüelles y un Quintana.
Desconocido, camina
sin tregua á la noble altura,
buscando la lumbre pura
del sol que jamás declina.

D. JUAN. —¡Incomparable Mentor!
¡Cuánto me inspira tu acento!

D. ÁLVARO.--Y al tocar el alto asiento
del legítimo valor
á cuantos los timbres de otros
sin mérito ostentan, di:
—«mi blason empieza en mi,
y el vuestro acaba en vosotros.»

ACTO TERCERO.

El teatro representa antesála elegante en casa de Matilde, con puerta al foro y otra á la derecha que dá entrada al salon de recibimiento: muebles de gusto sencillo y delicado. Aparece Domingo meciéndose en una butaca con impaciencia.

ESCENA 1.ª

Domingo, poco despues un criado.

DOMINGO. —Quien espera desespera.
¡Vaya bien con las visitas!
Todo Madrid ha venido
para celebrar sus dias,
y llevo aquí de planton
media hora muy cumplida.
(*Sale un criado.*)
Oye tú, compadre branco,
advierte, hermano, á la niña
que aquí la aguarda el moreno
que ya tiene el alma frita.
(*El criado entra en el salon.*)
Y luego dice mi amo:
«¿Dónde estará ese mandinga?
«¡Quiera Dios que no lo cojan
«para venderlo por tinta!"
¡Y con qué songa me dice
el pícaro del fondista:
«Negrito, parece que hay
«en Madrid várias negritas.
«No faltan, respondo yo,
«le doy al betun salida..."
¡Jé, jé!.... Vamos: me parece
que la sala queda limpia,
y volverá la señora
en cuanto que los despida.
Ella pronto será mi ama;
y me alegro; que es muy linda.
Cruge la seda de un trage.
Aquí está. Dios la bendiga!

ESCENA 2.ª

Matilde y Domingo.

MATILDE. —¡Pobre Domingo! Crei
que yá poco tardaria
en retirarse el pesado
Baron de Santamarina.
Mucho hubiste de esperar.
DOMINGO. —Algo; y que estaba de prisa,
porque no sabe mi amo
donde estoy, amita mia.
MATILDE. —(*Sentándose.*) ¡Cómo así!
DOMINGO. — Ni se lo cuente
nunca jamás, por su vida:
que aunque no maneje el chucho,
ni me ofenda, ni me riña,
con no hablarme algunas veces
con mas rigor me castiga.
MATILDE. —¿Y qué falta has cometido?
DOMINGO. —¡Yo! Ninguna todavia;
pero pienso cometerla
si sumercé no se irrita.
MATILDE. —Esplicate.
DOMINGO. — Yo bien sé
que es preciso que quien sirva
no se tome confianza
con la gente... de otra linia.
MATILDE. —Adelante.
DOMINGO. — Y que se guarde
de una sinvregüenceria,
y que pego y quita-motas
con justa razon le digan.
MATILDE. —Pero en fin....
DOMINGO. — Y si D. Alvaro
se entera... ¡Maria Santisima!
Como no le guste... Entonces
me cayó la loteria.
MATILDE. —¡Vaya! Cuéntame, Domingo,
tus recelos y tus cuitas.
Bien sabes que yo te quiero,
y te doy pruebas de estima.
DOMINGO. —El que bien quiere á Beltran

quiere á su can. No se ría.
Pués señó. Hay en la calle
de la Montera una lista
de presonas, en un cuadro
que ocupa toda la esquina,
y que al daguerreotestripo
ha sacado un retratista.

MATILDE. —¿Y tú tambien...?

DOMINGO. — Yo tambien
quise ver cómo salia,
Y me ha costado tres pesos;
porque es de pintura fina.

MATILDE. —¿Lo remites á tu madre?

DOMINGO. —Yo no sé si es muerta ó viva.
El catalan la vendió
á un caballero de Lima.

MATILDE. —¿Lo mandás como recuerdo
de amor?

DOMINGO. — ¡Buena boberia!
La firmeza en el querer
no es virtud en las Antillas.

MATILDE. —Pués ¿para quién te retratas?

DOMINGO. —¿Su mercé no lo adivina?
(*Con timidez.*) Como se llama Matilde,
y sus amigos y amigas
la visitan y la obsequian....

MATILDE. —(*Levantándose.*) Venga la fotografia.

DOMINGO. —Más... ¿se enfada?...

MATILDE. — Te agradezco
memoria tan expresiva.

DOMINGO. —(*Dándole un retrato en targeta.*)
Pués ahí tiene su mercé
á su esclavo en cartulina.

MATILDE. —¡Ay Domingo!... Estás hablando.

DOMINGO. —Pués yo no hablaba ni chispa;
y me mandó no moverme
el que la máquina arrima.

MATILDE. —Te prometo conservar
tu imágen como reliquia;
porque es noble testimonio
de una tierna simpatia.

DOMINGO. —Si me ocurre una desgracia,
ó que me devore el clima,
ó que me muera yo mimo,

porque eso es cosa precisa,
dura el papel, y en la estampa
cuando quiere usté me mira.

MATILDE. —El cielo protegerá
tu existencia.

DOMINGO.— Y si me quita
de este mundo usté me enseña,
y le dice á su familia:
"este negro era mi esclavo;
"el que tanto me queria."

(*Matilde alarga su mano al negro que la besa con extraordinario regocijo.*)

MATILDE. —¡Mi buen Domingo!

DOMINGO.— ¡Ah mi ama!
¡Que Dios la colme de dicha!
(*Sale por el fondo.*)

MATILDE. —Un entrañable cariño
ese muchacho me inspira.
Sus sentimientos me prendan,
y su espresion me cautiva.

DOMINGO.—¡Ay de mi! Que viene el amo,
y está ya en la galeria....
Y si me encuentra, y pregunta,
yo no le digo mentira....
Y si la verdad le cuento,
y no le gusta....

MATILDE.— Salida
tienes por este salon.

DOMINGO.—Que Dios se lo pague, amita!
(*Váse por la derecha.*)

ESCENA 3.ª

Matilde y D. Álvaro.

MATILDE.—Dirigirte deberia
amante reconvencion.

D. ÁLVARO—Perdona mi detencion
en saludarte este dia.
Mil enfadosas cuestiones
turban del pecho la calma,
y aqui necesita el alma
llegar libre de impresiones.

Aquí cuanto es necesario
á la dicha se concentra,
y entro aquí como quien entra
de su culto en el santuario.

MATILDE.—¡Oh! Si te dejan hablar
te han de absolver de la culpa.
Yá sospeché la disculpa
que al pecado habias de dar.

D. ÁLVARO--Si es un tormento la ausencia
para el amor acendrado
comprende que en mi pecado
se incluye su penitencia.

MATILDE.—Benigna perdonaré,
devolviendo bien por mal.

D. ÁLVARO--Realizas el tipo ideal
que en mis sueños vislumbré.
Y encuentro tan hiperbólica
esta idea de tu favor,
que comunica á mi amor
vaga tinta melancólica:
un carácter indeciso
entre goce y sentimiento....

MATILDE.—Pero tome usted asiento.

D. ÁLVARO--Señora, con su permiso.

(Se sientan).

MATILDE.—Álvaro, preciso es,
por más que se juzgue en vano,
que sepa todo mi hermano.

D. ÁLVARO—Yo me encargo del marqués.
De mis planes en ayuda
mis influjos aprovecho,
aunque libre te hayan hecho
las franquicias de la viuda.

MATILDE.—No quiero la tradicion
de mi familia romper.

D. ÁLVARO--Ni yo aspiro á promover
semejante rebelion.

MATILDE.—Si su negativa expresa
yo mi intento hé de seguir.

D. ÁLVARO--Ella no me puede abrir
como á Ricardo la huesa.

MATILDE.—¿Nunca cesará en tu boca
el recuerdo de ese hombre?

D. ÁLVARO--Es que mi amor este nombre

con hidalgo fin invoca
Es que tiemblo de pensar,
Matilde, en que hayas creido
que de un corazon herido
puedo el lamento extrañar.
Es que mi yerro deploro
si en mis actos no se entiende
que no me daña ni ofende
su memoria ni tu lloro.
Es que unirme puedo ufano
á tu recuerdo incesante;
que si es tributo á un amante,
ese amante era mi hermano.
Por eso quiero que vibre
ese nombre sin recelos;
porque sin causarme celos
te dejo su culto libre.
Que toda exigencia egoista
al noble indigna parece:
el aprecio se merece,
y el cariño se conquista.

MATILDE.—Es tu plan tan efectivo,
y ese principio tan cierto,
que el cenotafio de un muerto
truecas en altar de un vivo:
y en mi ejemplo patentizas
de tu sistema en loor
que como el fénix, amor
renace de sus cenizas.

D. ÁLVARO—Matilde, la adversidad
me rindió con tal esceso,
que hoy me abruma con su peso
tamaña felicidad.

ESCENA 4.ª

Dichos y D. Juan.

MATILDE.—Bien llegado, caballero.
D. ÁLVARO—Adelante, amigo mio.
D. JUAN.—(*Dando la mano á Matilde.*)
Matilde, con fé sincera
en sus dias la felicito,

y por su amable convite.
debidas gracias le rindo

MATILDE.—Sentaremos á usted junto
á el blanco de sus suspiros.
(D. Juan toma asiento.)

D JUAN.—En obedecer sus órdenes
mi gusto, señora, cifro;
pero al honrarme en su mesa
me impone dos sacrificios.

D. ÁLVARO--¿Cuáles?

D. JUAN.— Primero: estudiar
las huellas de ese martirio
que destruye lentamente
de mi Leonor los hechizos.

MATILDE.—Es implacable el baron.

D. ÁLVARO--Y bien ¿el otro motivo...?

D. JUAN.—Tolerar las hosquedades
que muéstrame de continuo
un hombre á quien yo soporto,
porque es el padre de mi idolo.

MATILDE.—Mi casa es campo neutral.

D. ÁLVARO--Para un hombre de principios;
pero el baron.... Yá veremos
si á la fiera domestico.

D. JUAN.—No le bastan la renuncia
que en mi proceder ha visto;
ni mi prudente actitud;
ni del respeto los signos.
Donde quiera que me encuentre
me dá de su encono indicios,
y tales que yo no sé
cómo sufrir hé podido.

MATILDE.—Al fin se canta la gloria.
Persevere usted, amigo.

D. JUAN.—Yá ni conservo esperanzas.

D. ALVARO--Hombre desagradecido,
¿no sabe usted que yo velo
en favor de ese cariño?

D. JUAN.—La buena intencion no basta.

D. ALVARO--Ella suele hacer prodigios.
Usted es un rudo atleta
en el estadio científico,
y en él con aplauso unánime
su cátedra ha conseguido;

pero en táctica social,
y en dirigir lances críticos,
si Orestes no tiene á Pilades
vá derecho al precipicio.

D. JUAN. —Lo confieso y reconozco.

D. ÁLVARO—Ya veremos si yo sirvo....
¿Habló usted al Presidente
del Consejo de ministros?

D. JUAN.—Y duró mas de dos horas
la entrevista.

D. ÁLVARO— Es un bendito.

D. JUAN. —Me procuró disuadir
en términos bien esplícitos;
pero le hablé con franqueza
y conoce los motivos.

D. ÁLVARO—¿Y usted ha pensado bien
al renunciar el partido?

D. JUAN.—La política infecunda
aborrezco por instinto,
y rechaza mi conciencia
ese trillado camino
que enaltece á las personas
á nombre de los principios.
¿No espera á usted su Excelencia?

D. ÁLVARO—(*Levantándose.*) ¡Calle! Es verdad que me dijo
que me aguardaba á las tres,
y que en su coche vendríamos
á visitar á Matilde,
de quien es deudo político.

MATILDE.—Pués son las tres menos cuarto.

D. ÁLVARO—¡Vaya! Soy un aturdido.
Si no me lo acuerda usted
le doy un plante magnífico.

D. JUAN.—Tiene firmado el diploma. (*Se levanta.*)

D. ÁLVARO—Yo el regalo hé prevenido.
Venga usted, y entre los dos
haremos por decidirlo;
porque á la candidatura
del Baron se muestra esquivo.
Matilde, adios.

MATILDE. — Hasta luego.

D. JUAN.—Vamos por el consabido.

(*Salen por el foro.*)

ESCENA 5.ª

Matilde, poco después Leonor, el baron y el marqués.

MATILDE. —Me vá siendo insoportable
la existencia de Madrid,
y digo como D. Frutos:
"la córte no es para mí."
Amiga Leonor. Señores.
LEONOR. —Matilde, sea usted feliz,
y su próxima ventura
disfrute por años mil.
MATILDE. —Y en vida de usted.
LEONOR. — No es vida
este continuo sufrir.
BARON. —Riñale usted sériamente.
MATILDE. —¿Por qué?
BARON .— Por tema pueril
desobedece el mandato
del sábio doctor Aubry;
resistiendo el ejercicio,
y obstinada en no salir.
MATILDE. —Niña, es forzoso vencer
esa indolencia, ese esplin.
LEONOR. —La vida exterior me abruma:
no la puedo resistir.
MATILDE. —Es una pasion del ánimo.
Yo tambien estuve así.
BARON. —Es lo cierto que hé querido
llevarla á ver á Paris,
y á la Suiza, y á la Italia,
á que se distraiga en fin.
MATILDE. —Fuera mejor aguardar
la crisis que há de venir.
BARON. —Me está haciendo desgraciado.
MATILDE. —Baron.....
BARON. — Desgraciado, sí;
porque procede ese mal
de casa de Mister Kean.
LEONOR. —Señor.....
BARON. — Y padre tirano
me llama algun baladí;
porque de un desconocido

quise el proyecto impedir.

MATILDE. —¡Calma, Baron!

BARON. — ¡Ay Matilde!
Harto en silencio sufro.

(*El marqués sentado en una butaca, lee atentamente un periódico.*)

MATILDE. —Hermano, guárdete Dios.

MARQUÉS.—Hermana, estoy en Pekin.
Encontré sobre la mesa
esto..... «*El Eco del pais.*"
Felices.

MATILDE. — Mientras ustedes
charlan y fuman aqui
voy á enseñar mi invernáculo
á Leonor en el jardin.

BARON. —(*Ap. á Matilde.*) Procure usted distraérmela.

MATILDE. —(*Ap. al Baron.*) Eso aspiro á conseguir.
¿Vamos, querida? (*Salen por el foro.*)

BARON. — (*Ap.*) La mata
el amor de Albarracin.

ESCENA 6.ª

El Marqués y el Baron.

MARQUÉS.—(*Leyendo.*) «Por solucion de una crísis
«el ministerio nació
«con hereditaria tisis."
¿Está usted nervioso?

BARON. —(*Paseando con inquietud.*) No.

MARQUÉS.—«Y fin próximo le espera;
«pués no ha mostrado hasta aqui,
«ni símbolo, ni bandera."
¿Está usted oyendo?

BARON. —(*Con distraccion.*) Si.

MARQUÉS.—«Bajo tan pobres auspicios
«juzgamos que no hay acierto
«en convocar los comicios."
Es buen artículo.

BARON. — Cierto.

MARQUÉS.—¿No opina usted que es un mal...?
Hoy á usted algo le pasa.

BARON. —Tengo un humor infernal.

MARQUÉS.—¿Há quebrado alguna casa?

Vaya! ¿Tiene usté interés
en el naufrágio de *Emilia*?

BARON. —No son negocios, marqués;
sino asuntos de familia.

MARQUÉS.—Voy á la seccion local,
campo de cosas amenas.

(*El Baron se apodera de otro periódico; yendo á sentarse hácia la derecha.*)

BARON. —«*La Crónica Universal.*"
(*Ap.*) Olvidemos nuestras penas.

MARQUÉS.—«*Sepelio.... Precio del trigo....*
Robo.... Incendio... Oposicion...."
¡Ola! Asunto de un amigo
tenemos aqui, Baron.

BARON. —De medio á medio le pilla
este suelto.

MARQUÉS. — Que me place.

BARON. —Oiga usted la gacetilla.
Lleva el epígrafe—«*Enlace.*"

(*Leyendo.*) «En velo sus tocas muda,
«segun voz pública y fama,
«la elegante y gentil viuda
«del general Leguizama.
«Obtiene tesoro tal,
«y de él puede estar ufano,
«el señor de Sandoval,
«opulento americano.
«De esta boda al interés
«presta notable reflejo
«ser el padrino el marqués
«presidente del Consejo."

MARQUÉS.—Es bien poco lisonjero
que mi hermana dé su mano:
lo cuente un gacetillero,
y no lo sepa su hermano.

BARON. —Tal vez piense la señora
en impetrar su sancion.

MARQUÉS.—Eso es. A última hora.
Basta del punto, Baron.

BARON. —Pués bien, pasando á otro punto
menos ingrato, le digo
que me entere de ese asunto
de interés para un amigo.

MARQUÉS.—Topé en la seccion local
con la dichosa noticia.
BARON. —A ver.
MARQUÉS.—*(Registrando las gacetillas.)*
Fuego....” Temporal....”
Esta—«Voto de justicia.”
«Trás de aquel lucido exámen,
«y aquel brillante discurso,
«falló el último certámen
«un escogido concurso,
«y dió la cátedra en fin
«el jurado con honor
«á Don Juan de Albarracin,
«jóven é ilustre doctor.
(El Baron se levanta enfurecido..
—«El agrado general
«esta eleccion asegura,
«y....” ¿No escucha usté el final.
BARON —Marqués, basta de lectura.
MARQUÉS.—Es que faltaba vá poco.
BARON. —Sobra para sacrificio.
MARQUÉS.—Pero ¿usted se há vuelto loco?
BARON. —Hay para perder el juicio.
MARQUÉS.—No concibo ese furor.
El jóven de quien se trata....
BARON. —Es el mismo que á Leonor
con torpes hechizos mata;
y le ha prestado su imán
en pacto vil el demonio.
MARQUÉS.—De ese hechizo el talisman,
amigo, es el matrimonio:
y haciendo al novio marido
BARON. —Yo no puedo conceder
su mano á un desconocido.
MARQUÉS.—Pues bien se dá á conocer,
y su mérito le abona.
BARON. —Cuando mi Leonor se case
lo hará con una persona
correspondiente á su clase.
MARQUÉS.—¡Hombre!
BARON. — ¿Si aspirase á entrar
en su familia el doncel...?
(El marqués se levanta con altivo ímpetu.)
MARQUÉS.—¿Y quiere usted comparar

con el oro al oropel?
BARON. —¿Y usted piensa que me humilla
con su altivez?
MARQUÉS.— ¡Vive Dios!
BARON. —Soy título de Castilla.
No hay distancia entre los dos.
MARQUÉS.—En la nobleza de cuna
se guarda el lustre en el nombre.
Los títulos de fortuna
sepultanse con el hombre.
BARON. —El orgullo que le ciega
le hace ver en este artículo...
MARQUÉS.—Caballero, gente llega.
Evitemos el ridículo.

ESCENA 7ª.

El Marqués-presidente, dando el brazo á Matilde, don Álvaro á su izquierda y detras don Juan, salen por la puerta al foro.

EL MARQ.—Querida prima, los dos
abusan de mi persona.
Caballeros....
(*Saluda al marqués y al baron que se inclinan profundamente.*)
D. ÁLVARO— Muchas gracias
por el favor que me otorga.
EL MARQ.—¿Viene usted?
D. ÁLVARO— Me representa
Don Juan.
EL MARQ.— Bueno. Tanto monta.
(*Entran en el salon el marqués, Matilde y don Juan.*)
D. ÁLVARO—Usted perdone, Baron;
ya su bondad me es notoria.
Quisiera con el marqués
quedar un momento á solas.
BARON. —Comprendo.
D. ÁLVARO— Cinco minutos.
Y tambien tengo una cosa
que decir á usted, si gusta
darme una audiencia muy corta.
BARON. —No tardaré y hablaremos. (*Váse.*)
MARQUÉS.—(*Ap.*) Conmigo vá el cuento ahora.

ESCENA 8.ª

D. Álvaro y el marqués.

D. ALVARO--¿Se sirve usted dispensarme
su atencion, señor marqués?
MARQUÉS.—Seguro.
D. ALVARO-- De su bondad
poco tiempo abusaré.
MARQUÉS.—Cuanto juzgue necesario,
y entendiere menester.
D. ÁLVARO--Pero si á usted le parece,
hablemos cómodos.
MARQUÉS.— Bien.
(*Se sientan.*)
¿Qué tiene usted que mandarme?
D. ÁLVARO.--Sin duda ha extrañado usted
que antes de hoy no procediera
la entrevista.
MARQUÉS.— Puede ser.
D. ÁLVARO--Y allá para sus adentros
habrá dicho que no es
esta profunda reserva
que se quiere mantener
ni en Matilde delicada,
ni de parte mia cortés.
MARQUÈS.—Francamente....
D. ALVARO-- Usted perdone;
que aun me resta que esponer.
Mayor parece la culpa
si se atiende al interés
lejitimo de familia
que á usted le compete, á fuer
de cabeza de su estirpe,
y celoso de su prez.
MARQUÈS.—Usted se lo dice todo.
D. ALVARO--Y es fácil de comprender.
Aunque sea Matilde viuda,
mayor de edad, y le den
sus circunstancias derecho
de si misma á disponer...
MARQUÈS.—Las tradiciones....
D. ÁLVARO-- Sagradas
son para mí, toda vez

que prestan á las costumbres
su razon y su valer.

MARQUÈS.—Exactamente.

D. ÁLVARO— Por tanto,
yo, respetándolas, sé
que no hay estado ninguno
que emancipe á la muger
de clase de consultar
el cómo, cuando y con quien,
de un solemne compromiso
á quien lo deba de hacer.

MARQUÈS.—Perfectamente... en teoría.

D. ALVAR —¡Oh! y en práctica tambien;
que yo sé conciliar
el derecho y el deber.
Yo no soy un Juan Fernandez
descamisado ¡pardiez!
que de nadie una repulsa
fundada pueda temer.
Y en todo caso me incumbe
solicitar la merced
á que aspiro, y en la fórmula
que exige el bien parecer.
Y si tengo la desgracia
de sufrir duro revés
quedo en plena y absoluta
libertad de resolver.

MARQUÈS.—¿Y cómo esplicar entonces...?

D. ÁLVARO—Todo tiene su porqué;
pero sin preliminares
la cuestion no es fácil ver.

MARQUÈS.—Adelante.

D. ÁLVARO— Estas son cosas
que están al comun nivel,
y el que alegue su ignorancia
se acredita hasta de soez.
Con que para no cumplir
lo que previene esta ley
algun grave y poderoso
motivo debe de haber.

MARQUÉS.—Si usted se sirve decirmelo
mucho lo agradeceré.

D. ÁLVARO—(*Con reserva.*) Matilde tiene ambicion.

MARQUÈS.—¡Cómo!

D. ÁLVARO-- Ambicion de acrecer
el brillo de su familia;
de aumentar la esplendidez
de sus recuerdos históricos,
y de rejuvenecer
con blasones de presente
los timbres de lo que fué.
MARQUÉS.—¡Pretension original!
D. ÁLVARO.-La mortifica el desden,
con que usted trata al moderno
sistema, y lo anexo á él.
MARQUÈS.—Nunca me ha dicho....
D. ÁLVARO.- Temia
chocar con su parecer.
Pero ella dice: «mi hermano
está llamado á un papel
en relacion con su mérito
solamente con querer.»
MARQUÉS.—Pero no estoy en el caso
de incorporarme al tropel
de ambiciosos pretendientes
que pululan por do quier.
D. ÁLVARO--¡Qué disparate! Los hombres
de arraigo y de madurez
esperan una ocasion
propicia de merecer
ó distincion ó confianza
por su clase ó por su fé.
MARQUÉS.—Bien dicho.
D. ÁLVARO.- Para acercarse
al gobierno, y merecer
ó distincion ó confianza,
cual de intento las marqué,
interpósita persona
es muy del caso tener.
MARQUÉS.—Cabal.
D. ÁLVARO-- Odio la política,
y me asusta esa Babel;
y ni yo soy corredor,
ni el gobierno es mercader.
Pero soy amigo intimo,
y muy antiguo, del buen
Presidente del Consejo,
hombre de gran sensatez,

y acerca de usted muy claro
y terminante le hablé.

MARQUÈS.—¡Ola!

D. ÁLVARO— El gobierno creia,
ó habia llegado á entender,
que usted era refractario
á este régimen novel,
y acérrimo defensor
del que finó de vegez.

MARQUÉS.—Yo sé vivir con mi siglo.

D. ÁLVARO—Eso mismo aseguré.

MARQUÉS.—La libertad con el órden
estoy pronto á defender.

D. ÁLVARO—Hace tiempo que el gobierno
buscado hubiera el sosten
de su prestigio, si no
le hubieran hecho entrever
que usted se hallaba dispuesto
á un alarde de altivez.

MARQUÉS —¡Torpe calumnia, D. Alvaro!

D. ÁLVARO —En fin, pude convencer
al Presidente y le dije:
»Esa es una estupidez.
»El marqués de Mondragon
»es incapaz de ofender
»al gobierno que de aprecio
»un testimonio le dé.»

MARQUÉS.—(*Alargando la mano á D. Álvaro*)
Le agradezco esa justicia.

D. ÁLVARO.—«Yo no me quiero meter
»en cábalas, añadi,
»ni entrar en ese belen
»de mediaciones y tratos
»para unir á este y aquel;
»pero si libre de cláusulas,
»convenios, ni establecer
»compromisos, me concede
»comprobar lo que esplané,
»fio que acepta la gran cruz
»de Cárlos ó de Isabel.

MARQUÈS.—(*Levantándose.*) Usted es un caballero,
y me sabe comprender.

D. ÁLVARO—(*Levantándose.*) Y dicho y hecho, el diploma
á la firma anoche fué,

(*Presentándole.*) y hoy lo presento á Vuecencia
con indecible placer.
MARQUÉS.—(*Abrazándole.*) ¡Querido hermano!
D. ÁLVARO.— Por esto
mi pretension dilaté.
Era un complot con Matilde,
y vivo empeño de tres;
porque el marqués-presidente
se ha portado como un rey.
MARQUÈS.—Creo que sale, y es muy justo
al favor corresponder.

ESCENA 9.ª

Dichos, el Marqués-presidente, Matilde, D. Juan y á poco el Baron.

MARQUÈS.—Si Vuecencia me permite
acompañarle....
EL MARQ.— Me honra
la pretension de Vuecencia
en su fondo y en su forma.
Señor Baron.
BARON. — Señor mio.
EL MARQ.—Para un asunto que importa
mucho convendria nos viésemos
esta noche.
BARON. — Sitio y hora.
EL MARQ.—En mi despacho, á las doce.
BARON. —Vuecencia de mi disponga.
EL MARQ.—Adios, Álvaro.
D. ÁLVARO.- Marqués,
queda aceptado el diploma.

ESCENA 10.

D. Alvaro y el Baron.

BARON. —(*Ap.*) La cita con el ministro
algo de grave me anuncia.
(*Alto*) Me tiene usted á sus órdenes,
si en algo ocuparme gusta.
D. ÁLVARO.-Baron, tome usted asiento,
y escúcheme con mesura,

aunque el punto que se trate
desagrado le produzca.

BARON. —Atento escucho, D. Álvaro.

(*Se sientan.*)

D. ÁLVARO.-Tengo razones y muchas
para conocer los hombres
por buena ó mala ventura.
y cuando yo, entre la escoria
que en la humanidad abunda,
á uno señalo por digno
de aprecio y de estima justa
es oro que en el crisol
su valor y ley denuncia.

BARON. —Su perspicacia conozco,
preciada por su cultura.

D. ÁLVARO.-Vine á la córte há dos años
á colocar mi fortuna,
con prevencion recelosa
contra el dolo y la impostura;
en guardia contra parásitos
y caballeros de industria;
resuelto á burlar busconas
y á preservarme de astucias:
una fragata blindada
en estas aguas impuras.

BARON. —¿Y la linterna de Diógenes
prestaba auxilio á su busca?

D. ÁLVARO.-Encontré un hombre, Baron;
tipo observado con suma
proligidad; tipo raro,
inverosímil; que estudia
y que no comprende mi alma
cómo entre cieno reluzca
como salamandra á salvo
del fuego que la circunda.
Usted tambien le conoce.
Simpática es su figura:
su talento proverbial:
su honradez fuera de duda:
su posicion decorosa,
y hoy su carrera segura.

(*Páusa.*)

BARON. —Siga usted, y cuando acabe
le ruego no me interrumpa.

D. Álvaro.—Yo, que opulento y sin vínculos,
hago vida vagamúnda,
si no me dejo esplotar
de la trapacera turba,
tengo un deber de prestarme
de los buenos á la ayuda.
Porque Dios no dá riqueza
al hombre para que brusca
y torpemente se eleve
sobre las demás criaturas;
ni para que á sus antojos
virtud y honor prostituya;
ni para que plebe idólatra
le rinda ovacion inmunda.
La riqueza es como el sol,
una fuente de luz pura,
y Dios con ella á sus obras
las vivifica y fecunda.

Baron. —¿Pero usted ha terminado?

D. Álvaro—Déjeme usted que concluya.
Considere usté á don Juan
(si es que á su hija le rehusa)
como á un hijo de adopcion
á quien mi cariño escuda.

Baron. —¿Puedo hablar?

D. Álvaro— Suplico á usted
que medite su repulsa.

Baron. —(*Levantándose.*) Hé dado á usted de mi aprecio
prueba cabal é inconcusa,
tolerando que me ocupe
de asunto que me repugna.
En don Juan de Albarracin
mi encono y furor se juntan;
que su audacia y su malicia
todos mis cálculos frustran.
Él destruye mi ambicion;
en mi camino se cruza;
y mientras que mata á la hija
al padre aflijido insulta.
Si este es el tipo selecto
que usted ensalza y encumbra
con proteccion semejante
á su pundonor injuria.

D. Álvaro—A ese jóven debe usted

hallarse en candidatura,
y que el marqués-presidente
su gracia le restituya.

BARON. —Pués yo de usted, ni del jóven,
admito gracia ninguna....

D. ÁLVARO--Bien hecho.

BARON. — Porque á los dos
rechazo desde mi altura.

D. ÁLVARO--(*Levantàndose.*) ¡Señor Baron!

BARON. — Caballero....

D. ÁLVARO--Usted de su fuero abusa;
que yo respeto las canas
aunque se tiñan y encubran.

BARON. —¡Basta!

D. ÁLVARO-- No; que la verdad
como fiero dardo aguda
voy á clavar en su pecho,
sin que le libren argucias.
Usted que de la dolencia
de Leonor á Juan acusa,
inmola á su propia hija
á prevenciones injustas.
Usted despedaza un alma
que rebosa fé y ternura,
mientras con rudos despechos
hunde á Leonor en la tumba...

BARON. —(*Angustiado.*) Don Álvaro!

D. ÁLVARO--Usted afecta
ignorar lo que le auguran
los síntomas alarmantes
que ya en Leonor se pronuncian;
y resiste comprender
el origen de esa cruda,
insidiosa enfermedad,
que pronto no tendrá cura....

BARON. —(*Con viva ansiedad.*) Don Álvaro!

D. ÁLVARO--Siga usted:
que el curso no se interrumpa
de esa empresa meritoria
que á sus instintos adula.
Niegue su bien á un mancebo
sin causa fundada alguna;
emponzoñando su espíritu
con la hiel de la amargura.

Complete usted esa hazaña
á que el infierno le impulsa;
sacrificando á su hija
á su vanidad estúpida.

BARON. (*Fuera de sí*) ¡Caballero!

D. ÁLVARO-- Y cuando solo
se encuentre en su desventura,
y asechanzas codiciosas
y rastreras le circuyan,
no implore usted compasion
de quien conozca su culpa;
que el parricida es indigno
de que la tierra le sufra.
"Caín ¿qué has hecho de Abel?"
la conciencia le pregunta,
y se esconde, temeroso
de que á la cara le escupan.

BARON. —Oh! la luz del desengaño
me quema al par que me alumbra,
y activo el remordimiento
en el corazon me punza.

ESCENA 11

Dichos y Domingo.

DOMINGO. —¡Ay mi amo...! ¡Cuánto susto!
Me pensé que era difunta.

D. ÁVARO--Habla.

DOMINGO.— La niña Leonor....

BARON. —Leonor!

DOMINGO. — ¡Qué cosa tan súpita!
Cayó en el suelo de pronto....

BARON. —¡Hija mia! (*Sale precipitadamente.*)

DOMINGO. — Junto á la estufa....
¡Calla! Se fué... (*Don Alvaro sale por el foro.*)
Pués mi amo
tambien... ¡Ay que barahunda!
Del amor y de la muerte
no se escapa una criatura:
lo mismo blanca que negra,
que de color de asituna.
Domingo, mucho cuidado,
no te haga daño esa fruta. (*Sale por la derecha.*)

ESCENA 12.ª

D. Juan, después Matilde, D. Álvaro, y el marqués, seguidos del Baron que trae á Leonor del brazo cuidadosamente.

D. JUAN.—Consúmese el sacrificio;
que hoy mi posicion fatal
me equipara á un criminal
que camina hácia el suplicio.
Y voy á verla morir
como la agostada flor,
y de su padre el rigor
mudo, inmóvil, á sufrir.
MARQUÉS.—Y parecia tan á gusto
recorriendo el invernáculo.
D. JUAN.—(*Ap.*) Santo cielo! ¡Qué espectáculo!
LEONOR.—Les hé causado un disgusto;
más yá me siento aliviada.
MATILDE.—¿De veras?
LEONOR.— Estoy mejor.
Fué una especie de vapor.
BARON.—¿No te encuentras fatigada?
D. ÁLVARO—Tan débil no es maravilla.
Ánimo. Repose usted.
BARON.—Don Juan ¿me hace la merced
de aproximar esa silla?
D. JUAN.—Si señor. (*Ap.*) Rara mudanza!
BARON.—Acérquese: lo concedo. (*Sienta á su hija.*)
(*Ap. á D. Álvaro.*) ¿Podré esplicarme sin miedo...?
D. ÁLVARO—Si: con entera confianza.
BARON.—¿Lo asegura usted?
D. ÁLVARO— De fijo.
BARON.—Buscando dicha y reposo,
Leonor, te doy un esposo,
y quiero ganar un hijo
LEONOR.—Padre!
D. JUAN.— Señor!
BARON.— Colme Dios
nuestras esperanzas todas!
MATILDE.—Se harán juntas nuestras bodas.
MARQUÉS— Seré testigo en las dos.
D. ÁLVARO—Nuestros votos son cumplidos
en el mismo punto, Juan,

y al término de su afan
llegan los desconocidos.
Del alma en lo mas profundo
grita mi conciencia á voces:
"Gracias, Señor, tú conoces
á quien desconoce el mundo."

(Cae el telon.)

Sevilla 31 de Enero de 1867.—*Se autoriza su representacion.*—El Gobernador—Añon.—Hay un sello del gobierno de la provincia.

Antonio Vargas

LOS HUGONOTES

LOS HUGONOTES

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY

Estrenada en el TEATRO LARA en la noche del 6 de Marzo de 1909.

TERCERA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1893

R.20321

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA VIRTUDES.....	SRA.	VALVERDE.
LA LEOPOLDINI.....	SRTA.	RODRÍGUEZ (M.)
MARÍA.....	»	BLANCO.
PETRA.....	»	CRUZ.
DON JOSÉ.....	SR.	ROSSELL.
CÁNDIDO..	»	RUBIO.
EL CORONEL.....	»	ARANA.
ARTURO	»	RAMÍREZ.
JOAQUÍN.....	»	TOLEDO.
VICENTE.....	»	VIVES.
EL SEGUNDO APUNTE.....	»	ROMERO.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

M. Moreno Lache

ACTO PRIMERO

Gabinete: puertas laterales y en el fondo: muebles antiguos: algunos cuadros de asunto religioso: mesa á la izquierda: escritorio á la derecha.

ESCENA PRIMERA

DOÑA VIRTUDES y DON JOSÉ

VIRT. Pues señor, ya hemos comido
en familia, como manda
Dios, fumas un cigarro
ahora si quieres, se charla
un ratito con los hijos,
y al dar las nueve á la cama.
¡Que vida tan recogida,
y tan moral y tan sana!

JOSE. (¡Y tan tontal)

VIRT. ¿Qué hora ya?

JOSE. Son las ocho.

VIRT. Cómo pasa
el tiempo, Pepe. ¡Qué tarde!

JOSE. Las ocho. La hora indicada
para ir un rato al café.

VIRT. ¡Al café! (Escandalizada.)

JOSE. No he dicho nada.

VIRT. Siempre la misma manía.

JOSE. ¡Pero Virtudes de mi alma!
VIAT. ¡Bravo! Al café, á respirar
una atmósfera viciada,
á hablar con cuatro perdidos,
á abrasarte las entrañas
con ron, cognac ó ginebra,
y á volver borracho á casa.
JOSE. ¿Mujer, cuándo he vuelto yo
alegre aquí?
VIAT. ¡Calla, calla!
El café, invención moderna,
y como moderna mala,
tapadillo de maridos
y tormento de casadas.
Sin mí, sin mis advertencias,
¡qué ejemplos y qué enseñanzas
darías á tu familia,
á tu niña, al alma cándida
de mi hijo! ¡Quizás torcieras
una inclinación tan santa
como la suya!
JOSE. Virtudes,
si te he de hablar en confianza,
te diré que cuando pienso
en nuestro chico, me asaltan
remordimientos y dudas.
Tú que eres algo tirana,
sin querer, no habrás torcido
su inclinación.
VIAT. Ya me cansas
con tus distingos y dudas.
¿No fué en esta misma sala?
¿No presenciaste la escena?
¿No hube dicho tres palabras
cuando se lanzó á mis brazos
llenos los ojos de lágrimas,
diciendo: ese es mi camino,
siento que el altar me llama?
¿Ya lo has olvidado? Aquí,
con sus palmas en mis palmas,
le dije: hijo mío, huye
del mundo y sus asechanzas;

No escuches á las mujeres,
porque son todas muy malas,
con las solas excepciones
de tu madre y de tu hermana;
consagra tu vida á Dios
y hazte cura: así acompañas
á tu madre; y abrazándome
á María, que lloraba
de emoción, la dije: niña,
la vida perfecta, casta
y pura, se halla en el cláustro;
pero tus padres que te aman
más que á su vida, no quieren
que tu juventud lozana
se marchite en un convento,
sé del mundo; así acompañas
á tu madre; y dirigiéndome
á tí, añadí: hoy se acaban
para tí bromas, cafés,
amigos, sé de tu casa,
de tu casa y nada más,
Pepe mío ¡Así acompañas
á tu mujer!

JOSE. (Yo no he visto
mujer más acompañada.)

VIAT. ¿Acaso el chico protesta?
¿Pues no ves con cuánta ansia
los libros sagrados lee
gustando sus puras máximas?
¿No le ves devoto, humilde,
la frente al suelo inclinada,
y tan mansísimo como
el cordero de la Pascua?
Verdadera vocación,
no lo dudes, Dios le llama.

JOSE. Bueno, bueno; ya veremos.
Pero esos chicos, ¿dónde andan?
¡María!... ¡Cándido!... Vamos.
¡Que vuestra madre os aguarda!

ESCENA II

DICHOS, MARÍA y CÁNDIDO

María por la derecha con la costura. Cándido por la izquierda con un libro.

VIRT. Pero, ¿dónde estáis metidos, muchachos?

MARÍA. Pues yo buscaba mi labor.

CÁNDIDO. Y yo mi libro.

VIRT. Ese chico no descansa. Siéntate aquí tú, María. Y tú, Pepe, en la butaca, y tú, Cándido, á su lado. Aún nos queda una hora larga y podemos sacar todos provecho de la velada. ¿Eh? ¡Qué escena de familia! Este cuadro me entusiasma. ¡Hijos, qué vida la nuestra tan moral y tan honrada! Nada hay como la familia, institución más que humana, divina, sagrada, y dentro de la familia, no hay nada cual la figura del padre, ¡que es jigantesca!

JOSÉ. (¡Caramba! ¡Me siento crecer!)

VIRT. Del padre que lo es todo. ¡A cuyas plantas debemos todos estar, con cariño, con confianza, con humildad! ¡Siéntate, hombre, siéntate, y acaba de pasear, que mareas!

JOSÉ. (Ya me he achicado.)

VIRT. Repasa la lección al chico.

JOSÉ. Voy.

VIRT. Y tú, niña, cose y calla.

(Se sientan doña Virtudes y María á la derecha é izquierda del costurero. Don José y Cándido á derecha é izquierda de la mesa.)

JOSÉ. A ver ese libro.

CANDIDO. Ahí va.

JOSÉ. ¿Este libro, de qué trata?

CANDIDO. Este es Derecho canónico.
Voy en las primeras páginas.

VIRT. ¿Visto el domingo á las monjas
donde te educaste? (A María.)

MARIA. Vaya.
¡Estuvieron más amables!
Vienes muy poco. ¡Qué ingrata!
Me dieron unas natillas
que hace tan bien Sor Ignacia,
que no me chupé los dedos,
porque es de mala crianza.
Y después escapularios,
cruces, santitos, medallas.
En fin, me dijeron, toma
para el cuerpo y para el alma.

JOSÉ. Vamos á ver, hijo mío. (Leyendo el libro.)
¿Cuántos han sido los Papas?

CANDIDO. Los Papas han sido muchos;
San Pedro ocupó la cátedra
el primero, han sido muchos
los Papas, muchos los Papas.
No pueden contarse.

JOSÉ. Bueno.
(No los contemos.)
¿No llaman?

MARIA.

JOSÉ. ¿Cuántos fueron los Concilios?

CANDIDO. El de Trento .. El de Constanza.
Los Concilios fueron muchos.
No pueden contarse.

JOSÉ. ¡Vaya
por Dios! ¿Y cuántos los cismas
contra la Iglesia Romana?

CANDIDO. Los cismas han sido muchos,
los cismas... los cismas...

JOSE. Basta.
¡No hay quien los cuente! (¡Qué fácil
es esta Historia Sagrada!)
¿Cuántos han sido los doce
Apóstoles?
CANDIDO. ¡Doce!
JOSE. Gracias
á Dios que al fin han servido
para algo las Matemáticas.
¡Pues señor, este muchacho
tendrá de santo la pasta
y una vocación ardiente:
mas no sabe una palabra
ni de derecho canónico,
ni de doctrina cristiana.)
VIAT. ¿Qué tal, qué tal la lección?
JOSE. Divinamente: se saca
un sobresaliente éste
en cuanto le dá la gana.
VIAT. ¿La da en latín?
JOSE. ¿En latín?
La da en griego.
VIAT. A mí me encanta
el latín. Cuando yo estoy
en la iglesia arrodillada
al pié del púlpito mismo,
fija mi vista en la cara
del predicador que al cielo
la noble frente levanta,
y que al extender las manos
parece que nos abraza,
en éxtasis religioso
voy siguiendo sus palabras.
Si contra el mundo moderno
la voz terrible levanta,
si al racionalismo acusa
y á la libertad ataca,
y contra la ciencia impía
rudos anatemas lanza,
siento ganas de aplaudirle,
apruebo con la mirada,
y con la cabeza digo

que sí á todas sus palabras;
mas si en medio del discurso
en una oración se para
y citando á San Mateo
ó á San Agustín, exclama:
¡*Pulvis est et pulvis eris*
Ecclesiam unam et sanctam
Infiernum et purgatorium
herejem barbarum ardan!
el cabello se me eriza,
la respiración me falta
y siento en huesos y carnes
el frío de la terciana.

JOSÉ. (Mi mujer va á decir misa
antes que mi hijo.)

MARIA. ¿No llaman?

VIRT. ¡Ay, qué impaciencia de niña!

MARIA. Pero mamá, como tarda
tanto, como hoy no ha venido...

VIRT. ¿Qué tal? Una monicaca
de veinte años y con novio.
¿Qué opinas tú de esta hazaña?

JOSÉ. Pues que ha empezado muy tarde.

VIRT Eso sí: muy acertada
la elección, que no es Arturo
ni un loco, ni un tarambana,
de esos que andan por las calles
apuntalando las tapias,
sino un muchacho formal,
que piensa, estudia y trabaja.

JOSÉ. Ahora sí que llaman.

MARIA. ¡Él!

CANDIDO. ¡Ay, se pone colorada!

JOSÉ. ¿Pero qué es esto, Maruja?

MARIA. Vamos, dejadme.

VIRT. Dejadla.

ESCENA III

DICHOS; ARTURO, por el fondo.

ARTURO. Buenas noches, ¿cómo están

ustedes todos?

VIRT. Bien, gracias.

ARTURO. Esta tarde no he podido
venir, y aunque es avanzada
la hora, si ustedes me dan
su permiso...

JOSE. Pasa, pasa.

ARTURO. (¡Ay, qué familia de ñoños,
pero la chica es tan guapa!)

VIRT. Vamos, sientate.

ARTURO. Me siento.
(Va á sentarse al lado de María.)

VIRT. ¿Qué es eso? ¡A su lado!

ARTURO. (Plancha.)

VIRT. ¡Cómo! ¡Al lado de María!
¡Eso cuando esté casada!
Venga usted á mi derecha.

ARTURO. Voy.

VIRT. Desde aquí se la habla.
(Arturo se sienta á la derecha de doña Virtudes.)
Tú da la lección á Cándido.
¡Hombre!

JOSE. Voy.

VIRT. ¡No te distraigas!

JOSE. Vamos á ver, ¿tú, qué sabes... (A Cándido.)
esta es pregunta muy árdua,
de las falsas Decretales,
hijo mío?

CANDIDO. Que eran falsas.

JOSE. Muy bien. (¡Cuando lo digo yo
que este muchacho no es rana!)
¿Pueden entrar en la iglesia
los catecúmenos? Anda.

CANDIDO Por mí, que entren, padre mío.

JOSE. Pues, hijo, por mí, que salgan.

VIRT. Vamos, hombre, anímate (A Arturo.)
Dila algo. ¡Pobre muchacha!

ARTURO. ¡Mariquita!

MARIA. ¡Arturo!

VIRT. Vamos.

ARTURO. Qué frío ha hecho esta mañana.

MARIA. El invierno es el invierno.

ARTURO. Yo temía una nevada.
MARIA. Ya hará calor.
ARTURO. Cuando venga
el verano.
MARIA. ¡Cuánto tarda!
ARTURO. ¡Mariquita!
MARIA ¡Arturo!
VIRT. (¡Pobres!
¡Qué almas tan puras y cándidas!)
Dila algo más insinuante.
ARTURO. Sí señora.
VIRT. ¡Papanatas!
ARTURO. (¡Y yo qué voy á decirla,
siempre con esta mampara
enmedio! ¡Ya estoy más harto!
¡qué señora más pesada!)
¡Qué bonita está usted hoy!
MARIA. ¿Quién, yo?
ARTURO. ¡Tiene usté una cara!
MARIA. ¿Quién, yo? ¡Pícaro!
VIRT. ¡Qué pícaro
ha dicho con tanta gracia!
JOSE. ¿En qué período, hijo mio,
fija la historia la entrada
de los Bárbaros en Roma?
CANDIDO. En época muy lejana.
Allá del Norte vinieron
y llegaron hasta España.
Son, por lo tanto, los Bárbaros
nuestros padres.
JOSE. Muchas gracias.
ARTURO. ¿No han salido ustedes hoy? (A doña Virtudes.)
MARIA. No, ni en toda la semana.
ARTURO. Eso es una atrocidad.
El aire libre hace falta
para la salud.
VIRT. ¡Yo soy
tan casera, tan uraña,
tan enemiga de andar
corriendo calles y plazas!
En fin, mañana saldremos.
MARIA. ¡Ay, sí!

VIRT. Tú nos acompañas.
Si hubiera alguna novena,
algún sermón.
ARTURO. (¡Virgen santa!)
VIRT. Pepe, ¿tienes el periódico?
JOSE. Aquí está, si te hace falta,
La Correspondencia.
VIRT. Mira
las funciones de mañana.
JOSE. (¡Las funciones! ¡Vamos á ir (Ecco de alegría)
al teatro! ¡Noticia fausta!
Teatro Real. Hoy *Hugonotes*, (Lee.)
y mañana *La Sonámbula*.
Comedia.
VIRT. ¿Qué es lo que dices?
¿Estás loco? ¡calla, calla!
De funciones religiosas
es de lo que yo te hablaba,
los cultos. ¡Yo de teatros
hablar! Los cultos, ¡despacha!
JOSE. Voy.... voy .. Zarzuela... *La Bruja*
hoy... mañana... extraordinaria
de *La Bruja*. Por la tarde
La Bruja.
VIRT. Pero... ¿no acabas?
JOSE. Mujer, si por más que miro,
no veo más que *Brujas*... Lara...
El señor gobernador.
VIRT. ¡Pero hombre!
JOSE. Las Calatravas.
Novena.
VIRT. Basta. Allí iremos.
ARTURO. Mas, señora, ¿por qué tanta
oposición al teatro?
VIRT. ¿Por qué? Por razones claras.
¿Qué es un teatro? ¡Mentira,
corrupción, y vicio y farsa!
Centro de inmoralidades,
de escándalos y de infamias.
Yo no he ido nunca á un teatro
y espero qué nunca vaya
mi niña, y todo el que quiera

no caer en mi desgracia,
que no hable más de teatros.
Solo esta vez: cruz y raya.

ARTURO. (¡La retorcía el pescuezo
ahora yo con unas ganas!
¡á un dilettanti cual yo
decirle!...)

JOSÉ. (¡Qué rociada!)

ESCENA IV

DICHOS; PETRA, por el fondo.

PETRA. Señorito: esta tarjeta.

VIRT. ¡A estas horas! ¿Qué embajada
será?
Venga «El Coronel
León.» ¡Volvió de la Habana
mi amigo! Que entre en seguida.

ARTURO. Yo me retiro.

MARÍA. ¡Te marchas
tan pronto!

ARTURO. Tengo que hacer.

MARÍA Mañana en las Calatravas. (Bajo.)

ARTURO. (Yo no pierdo el primer acto
de los *Hugonotes*.)

JOSÉ. Vaya
con Dios, señor don Arturo.
(Pobre. Le tengo una lastima.
¡Tú no sabes dónde vas
á meterte!)

VIRT. Hasta mañana.
(Saluda á todos y al llegar á la puerta se encuentra con León.)

ARTURO. Pase usted.

LEON. Usted primero.

ARTURO. (¡Ay, si no fuese tan guapa!) (Sale.)

ESCENA V

DICHOS y LEÓN

LEON. ¡Pepe! Vengan esos brazos.
JOSE. Ahí van esos brazos, fiera. (Se abrazan.)
¡No aprietes de esa manera
que vas á ha cerme pedazos!
LEON. Pensé no volverte á ver.
JOSE. ¡Ay, chico, qué blanco vienes!
LEON. Los trabajos.
JOSE. Aquí tienes
mis hijos y mi mujer.
LEON. (La aprieta la mano con fuerza.)
¿Qué tal, señora, qué tal?
VIRT. (¡Ay, qué bruto!)
LEON. (Dándole la mano.) Señorita.
MARIA. (¡Ay, Dios mío!
LEON. ¡Muy bonita!
¡Hola, chico! (Pegándole en el hombro.)
CANDIDO. (¡Ay, qué animal!)
JOSE. Desde que en Cádiz te ví
y embarcado te dejé,
¡cuántos años van! Pensé
que no volvías aquí.
LEON. Vuelvo á mi patria querida
á dejar aquí el pellejo.
Fuí joven, y vuelvo viejo.
Allí he pasado la vida.
(Se sienta junto á don José.)
Y la he pasado contento,
que en aquella hermosa tierra
ardió la guerra, y la guerra
ya sabes que es mi elemento.
Entre los mambises malos
supe hacer un buen destrozo.
Ya sabes que yo no gozo
sino cuando se anda á palos.
Salvaje me conocías
y más salvaje he venido.

¡Qué mucho! Si no he dormido
en poblado ni dos días.
Por fin la cuestión resuelta,
acabóse la campaña;
hay paz, dije: pues á España;
y aquí me tienes de vuelta.
¡Con cuánto gusto te veo!

JOSE. Tú, coronel.

LEON. Tú, casado.

VIAT. (El casarse es algún grado
para este hombre.)

LEON. Te deseo
eterna luna de miel.

JOSE. Yo la faja para tí.

LEON. Más que otros la merecí,
y me quede en coronel.
Me batí como una fiera,
y la admiración he sido
de todos, y me han herido,
y he hecho muy poca carrera.
Conmigo se portan mal,
porque no tengo padrino.
De seguir otro camino,
ya sería general.
Audacia, poca aprensión,
intrigar, saber hacer
antesalas, pretender,
tocar según la ocasión
ya uno, ya el otro registro,
vivir entre adulaciones,
llevar cajas de bombones
á los chicos del ministro,
son medios que en estos días
suelen dar buen resultado;
mas yo, Pepe, es excusado,
yo no sé hacer cortesías.
Ni puedo, chico, ni quiero,
que el doblarme me hace mal.
Yo por espina dorsal
tengo una barra de acero.
Y, en fin, me da mal humor
hablar de esto. Habla de tí,

de te casa. Ven aquí. (A Cándido.)
(Cándido se levanta.)
¿Este es el chico mayor?
Ven, hombre, no soy el bú.

VIRT. ¡Es tan tímido!

LEON. (Cándido se acerca.) ¿No vienes?
¡Ah, bribón! ¡Qué cara tienes
de pícaro!

CANDIDO. ¿Quién? ¿Yo?

LEON. ¡Tú!
¿Por qué finges turbación
y los ojos no levantas?
Vamos, en confianza, ¿cuántas
novias tienes?

VIRT. ¡Don León!

JOSE. (¡Dios mío! ¡Qué cara ha puesto
mi mujer!)

VIRT. (¡Pero este tío!)

MARIA. ¡Novias mi hermano! ¡Dios mío!

VIRT. ¡Novias Cándido!

LEON. ¿Qué es esto?
Pues no es ninguna locura.
A su edad, es lo primero
tener novias.

VIRT. ¡Caballero,
mi hijo estudia para cura!

LEON. ¿Para cura?

CANDIDO. Sí señor.

VIRT. ¡Él es el que está empeñado!

JOSE. Y va muy adelantado
en sus estudios.

LEON. ¡Qué horror!
¡Tan joven! ¡Pobre criatura!
¿Y nadie le contradice?
Si un hijo mío me dice
que quiere meterse cura,
no se lo que haxo, no sé...
á Filipinas le envío.

VIRT. ¡Pero como el hijo es mío,
don León, y no de usté!

JOSE. (Cállate: ¡la has hecho buena!)

LEON. Bueno, bien, usted se enfada

por nada. No he dicho nada:
sea muy enhorabuena.
Hace bien; si ese es su afán,
que siga su pensamiento.
Mira, vente al regimiento
conmigo de capellán.
En mí tendrás un amigo
y un jefe que no intimida.
¡Ya verás qué buena vida
la que se pasa conmigo!
Dicen que soy un ve eta
y que tengo poco juicio;
mas yo, fuera del servicio,
les doy libertad completa.
¿Que no se puede pasear?
¡Vengan cañas! ¡A un Colmado!
¡Juerga!

VIRT. (¡Bien!)

LEON. ¿Que se ha cobrado
la paga? Pues á jugar.
¡Juerga! (Cándido se ríe.)

VIRT. (¡Qué hombre! Dice á pares
los absurdos.)

JOSE. ¡Qué atróz eres! (Riendo.)

LEON. Y no se hable de mujeres
tratando de militares,
porque empezando por mí...
¡Juerga! (Cándido se ríe y se tapa con el libro.)

VIRT. Cándido, te estamos
distrayendo. ¡Pronto! ¡Vamos!
¡A estudiar! ¡Vete de aquí!
(Cándido sale por la izquierda, primer término.)

ESCENA VI

DICHOS, menos CÁNDIDO

LEON. Pues señor, se me figura
que os engañáis. Sin empacho
te lo digo. Este muchacho
no ha de servir para cura,
ni llegará á cantar misa.

¿No lo ves? Pues ciego eres.
¡Cuando le hablé de mujeres
puso una cara de risa!

VIRT. Yo no la ví.

LEON. Pues yo sí.
¡Cura este mozo! ¡Caballo!

VIRT. (¡Qué lástima de bozal!)

JOSE. (A este le arañan aquí.)

LEON. Por supuesto, no me admiro,
ni usted puede sorprenderse.
Ya tiene á quien parecerse.

VIRT. No mires, niña.

MARIA. No miro.

LEON. Este ha sido el se acabó.

JOSE. (¡Yo sudo!)

VIRT. ¿Quieres coser?

LEON. Este, en viendo una mujer
guapa, lo mismo que yo...
El chico más tarambana,
más alegre, más dispuesto
para todo... ¡Por supuesto,
para mujeres, la Habana!
Las bocas irresistibles
y los ojos transparentes,
como gatos indolentes
y como juncos flexibles.
Cuando la guerra acabó,
á España debí volver,
pero encontré una mujer...
¿Sabes con quién la hallo yo
parecido? Con Aurora,
aquella que en el cortijo...

VIRT. ¡Pepe, te llama tu hijo! (Interrumpiéndole.)

JOSE. ¿Me llama?

VIRT. Vete.

JOSE. Hasta ahora.

(Sale por la izquierda.)

ESCENA VII

DICHOS, menos JOSÉ

LEON. ¡Con cuánta alegría vi

un amigo tan querido!
¡Qué simpática me ha sido
toda esta familia á mí!

VIRT. ¡Muchas gracias!

LEON. No hay de qué.

(Se levanta y se sienta junto á María.)

¡Qué niña tan hacendosa,
y tan linda y tan graciosa!
Esta niña le honra á usté.
Tampoco me asombra á mí.
De tal palo tal astilla.
¡No, lo que es esta chiquilla
tiene ya novio, á que sí!
De ésta no lo niegue usté.

VIRT. (¡Ay, qué hombre!)

LEON. Seguro estoy.

MARIA. Sí, señor, le tengo, y voy
á casarme.

VIRT. Cállate.

LEON. ¡A casarte: eso no es malo!
Bien hecho.

VIRT. (Yo estoy en brasas.)

LEON. ¿Es pronto? ¿Cuándo te casas?
¡Te voy á hacer un regalo!
Espero que me lo digas
el primero. ¡Qué emociones!
Ya verás. Los ricos dones,
la envidia de las amigas,
el día antes, la lujosa
toilette de la desposada,
la ceremonia sagrada,
la despedida llorosa,
el dulce adiós de tu madre
cuando á tu cuello se ciña.
¡La noche de novios!

VIRT. ¡Niña,
vete! ¡Te llama tu padre!

(María sale por la izquierda.)

ESCENA VIII

DOÑA VIRTUDES y LEÓN

LEON. ¡Los chicos! ¡Qué hermosa edad!
Triste es que pronto se pierda.
¡Con qué placer se recuerda
esos tiempos! ¿No es verdad?
(Se levanta y se sienta junto á doña Virtudes.)
Y eso que yo hablar no puedo,
porque no he tomado esposa.
El matrimonio es gran cosa,
pero yo he tenido miedo.
Por algunas pasé penas
y me tendieron las redes;
mas no caí ¡Son ustedes
tantas y tan pocas buenas!
Una tonta, otra insensible,
otra coqueta y traidora,
otra loca y gastadora,
otra de genio imposible.
La que brilla en hermosura,
como á esclavos nos maltrata;
y la peor, la beata,
¡prefiero un toro de Miura!
¡Todas las que he conocido,
malas, malas, no! Sí que era!

VIRT. (Poniéndose en pié de repente.)
Dispense usted, caballero.
Voy, me llama mi marido.
(Sale por la izquierda.)

ESCENA IX

LEÓN

¡Me gusta la sans façons!
El primero, ella después,
todos, en fin .. Esta es
gente sin educación.
¡Portarse conmigo así!
¡Pues como pierda la calma!

¡Pepe!

JOSÉ. (Por la izquierda.) ¡León de mi alma!

LEON. Hombre, que estoy solo aquí.

ESCENA X

LEÓN y DON JOSÉ

LEON. ¿Qué es esto? Vamos á ver.

JOSÉ. Dispensa si te he dejado.
¡Ay! León, traigo un recado
para tí de mi mujer.

LEON. ¿Un recado?

JOSÉ. ¡Grave!

LEON. Di.

JOSÉ. El recado no es galante.

LEON. ¿Qué te ha dicho?

JOSÉ. ¡Que te plante
en el arroyo!

LEON. ¡Tú á mí!

JOSÉ. Así mismo me le dió.

LEON. Y tú vienes decidido...

JOSÉ. Pero qué, ¿no has comprendido
aún la situación?

LEON. Yo, no.

JOSÉ. Mi casa es el ideal
del hogar puro y honrado.
Mi mujer es el dechado
de la más sana moral.
El mundo moderno es
centro de abominaciones.
¡Ni bailes, ni diversiones,
ni teatros, ni cafés!
Busquemos la salvación
junto al ara del santuario.
La novena y el rosario,
y el ayuno y el sermón.
Muy lejos de lo que alegra
algo estas horas mortales.
En fin, que, por ser morales,
pasamos la pena negra.
A todos nos encerró
en esta mansión obscura:

ella es santa, mi hijo cura,
mi hija monja, fraile yo.

LEON. Te dió, en fin, la suerte ingrata
¡una beata!

JOSE. Así fué.
Mejor dicho, yo no sé
si es beata ó no es beata,
ó merece otros apodos.
A creer estoy dispuesto
que es su religión pretexto
para dominar á todos.

LEON. ¿Y te sometes cobarde?

JOSE. La he llegado á tener miedo.

LEON. Sacude el yugo.

JOSE. No puedo.

LEON. Declárate libre.

JOSE. Es tarde.
Así lo quiere mi suerte.
Me domina esa mujer.

LEON. ¿Entonces, qué puedo hacer?
Marcharme y compadecerte,
Voy á ver una función

JOSE. ¡Al teatro! ¡Feliz mortal!
¿Y dónde?

LEON. Pues al Real.

JOSE. ¡La música! ¡Mi pasión!

LEON. Voy á ver niñas bonitas,
y brillantes y escotes.

JOSE. ¿Qué ópera dan?

LEON. *Hugonotes.*

JOSE. Una de mis favoritas.

LEON. Te llevo.

JOSE. ¡Suerte tirana!

LEON. Tienes butaca.

JOSE. ¡Y mi esposa!

LEON. Canta una tiple preciosa
que he conocido en la Habana,
Ven, hombre.

JOSE. Este levitón...
¡Estoy hecho un esperpento!

LEON. Te doy frac, y te presento
á la diva.

LEON. [illegible]

[illegible] dice [illegible]
la Leopoldina.

JOSE. ¡Ay, Dios mío!

LEON. ¡Y á más es modelo!
Te presento. Vamos, vamos.

JOSE. ¿Y mi mujer? ¡Dios clemente!

LEON. La encontramos al infierno.

JOSE. No me atrevo, Buenaventura.

LEON. Pues, adiós.

JOSE. Espera, Leon.
¡Es capaz de hacerme alguna!
Haré lo que hacen los chinos:
escapar sin que me vea.
Ella duerme con Marta,
yo salgo y vuelvo... con sigilo.

LEON. Pues te espero en el Inglés.
No hagas caso de mis argüs
aunque se llegue á enterar.
Duro en ella, duro y duro.
¡Cuanto quiso echarme! ¡Duro
que me las ha de pagar!

JOSE. Adiós.

LEON. Que te espero allí.

JOSE. Sí.

LEON. Que no te arrepientas.

JOSE. Ya no dudo ¿Me presentas
á la Leopoldina?

LEON. Sí. (Sale por el fondo.)

ESCENA XI

DON JOSÉ

Bajo la calaverada,
aunque mi mujer lo sepa
y me haga comer vigilia
lo que de vida me resta.
Yo no me amago á temer;

pero estar reza que reza
toda la vida, ¡por Dios!
Un poquito de licencia
y de jaleo, todo esto
en la acepción más honesta!
¡Siempre á la cama á las nueve!
¡Ya estoy harto! ¡Petra!... ¡Petra!
(Llamando bajito.)

ESCENA XI

DON JOSÉ; PETRA, por el fondo

PETRA. Señorito.
JOSÉ. Ven aquí.
Que no nos sienta la tierra.
¿Tú vales mucho, verdad?
PETRA. No todo lo que quisiera.
JOSÉ Toma. (La da dinero.)
PETRA. ¿Qué es esto?
JOSÉ. ¡Ahora vales
mucho más!
PETRA. ¡Una moneda
de dos pesetas!
JOSÉ. ¡Silencio!
PETRA. ¿Qué pasa?
JOSÉ. ¿Tú estás dispuesta
á hacerme un favor?
PETRA. Y ciento.
JOSÉ. ¿Con gusto?
PETRA Con gusto.
JOSÉ. ¡Ea!
¡Toma! (La da más dinero.)
PETRA. ¡Un duro!
JOSÉ. Ahora le harás
con más gusto Ven más cerca.
PETRA. ¿Qué manda usted?
JOSÉ. Esta noche
no eches la llave á la puerta
de la calle.
PETRA. Está muy bien.
JOSÉ. Dame el llavín. No te muevas

aunque oigas ruidos y pasos
ya muy tarde. Ten prudencia
y guarda el secreto. Anda.

PETRA. Allá voy. (Sale por el fondo.)

JOSÉ ¡Mucha cautela!

ESCENA XIII

DON JOSÉ

JOSÉ. ¡Hoy vuelvo á mis veinte años!
¡Estoy hecho un calavera!
¡Que viva la libertad!
Si el Coronel me presenta
á la Leopoldini, la hago
el amor, y entonces, ¡juerga!
¡Ay, si me oyen!

PETRA. (Entrando.) Aquí está
el llavín.

JOSÉ. ¡Bendita sea!

(Sale por la segunda de la izquierda, de puntillas y corriendo.)

ESCENA XIV

PETRA y CÁNDIDO

PETRA. ¿Pero qué es esto, Dios mío?
¡Qué cara! ¡Cómo se alegra
este viejo! Enteraremos
de todo a quien le interesa.
¡Señorito! (Llamando bajito.)

CÁNDIDO. ¿Qué sucede?

(Por la izquierda, primer término.)

PETRA. Complicación.

CÁNDIDO. ¿Malas nuevas?

PETRA. Malísimas para usted.

CÁNDIDO. ¿Qué sucede?

PETRA. Que se queda
usted en casa esta noche.

CÁNDIDO. ¡Que no salgo! Si me cierran
la puerta, por el balcón,

aunque caiga de cabeza.

PETRA. Su papá se va á la calle.

CANDIDO. ¿Y eso, qué importa?

PETRA. Y se lleva
el llavín.

CANDIDO. ¿Y eso, qué importa?
Yo me marcho. tú me esperas:
llamo quedito, me abres,
y entro.

PETRA. Eso es, de centinela
hasta las dos.

CANDIDO. No es tan tarde.
¡Mujer, tú que eres tan buena!
Hazlo por mí. ¡No comprendes
que yo no vivo sin verla!
Vamos, Petrita, ven, toma. (La abraza.)

PETRA. (¡Ay, esta es otra moneda!)
¡Cómo ha de ser!

CANDIDO. Convenido,
¿no es verdad?

PETRA. Bien. ¡Más valiera
que usted no engañara así
á sus padres!

CANDIDO. Ten la lengua.

PETRA. ¡Hacer creer á todos
que á usted le tira la Iglesia!

CANDIDO. Y me tira, pero es
por otro lado, babieca.

PETRA. Ya, ya.

CANDIDO. ¿No me dices más?

PETRA. Yo, ¿qué más?

CANDIDO. No te diviertas
en verme sufrir.

PETRA. ¿Yo á usté?

CANDIDO. ¿No hay por esa faltriquera
algún papel?

PETRA. Puede ser.

CANDIDO. Pues venga, muchacha, venga.

PETRA. Aquí está la carta. (Le da una carta.)

CANDIDO. ¡Oh, carta
adorada! ¡De mi Emma!
«¡Caro mío!» (Lee.)

PETRA. ¡Caro mío!
Las caras suelen ser ellas.
CANDIDO. «¿Tú m'ami? (Lee.)
PETRA. Buena pregunta.
CANDIDO. «Vieni presto questa sera.» (Lee.)
«Canto *Gli Ugonotti*, vieni,
»angelo mio, ti aspetta
»tua mogie.» ¡Sí, lo serás!
¿No ves tú cómo la Iglesia
me tira? «Emma Leopoldini.»
¡Alma de mi alma! ¡Reina
de mi corazón! ¡Señora
de mi vida! ¡Gracias, Petra!
¡Toma, toma, toma y toma!
(La abraza muchas veces: entra don José y lo ve.)
PETRA. ¡El señor! (Sale por el fondo.)
CANDIDO. ¡La hicimos buena!

ESCENA XV

DON JOSÉ y CÁNDIDO

JOSE. (¡Jesús, María y José!)
CANDIDO. (¡Dios mío! ¡La que me espera!)
JOSE. (Por supuesto, yo no he visto
nada.)
CANDIDO. (¡Qué cara más seria!)
JOSE. (Nada, de un padre padece
la autoridad, si se entera
de estas cosas. Nada he visto.)
CANDIDO. (Pues lo ha tomado con flema.)
JOSE. (¡Y dice d ña Virtudes
que este angelito se empeña
en abrazar... el estado
eclesiástico! ¡De perlas
es la chica! En punto á abrazos
no empieza mal la carrera.)

ESCENA XVI

DICHOS; DOÑA VIRTUDES y MARÍA, por la izquierda

VIRT. ¿Se ha marchado ese salvaje?

JOSE. Ya no hay peligro; entra, entra.
VIRT. ¿Le has despedido?
JOSE. ¡Pues no!
Y le he dicho que no vuelva.
VIRT. Vaya, pues nada ha pasado
aquí, hijos míos. Te sientas
tú á mi lado.
MARIA. Bien, mamá.
VIRT. Tú donde antes, y tú cerca
del chico.
JOSE. ¿Yo también?
VIRT. Sí.
JOSE. (¡Dios mío! Otra vez la escena
de familia, y la lección
de cánones. No hay paciencia.)
(Se sientan los cuatro.)
VIRT. Tú, cose.
MARIA. Bueno.
VIRT. Y vosotros
continuad vuestra tarea.
JOSE. (Por supuesto, que yo no
le pregunto á este gatera
ya lecciones de Derecho
canónico.)
VIRT. ¿Qué hacéis?
JOSE. Venga
ese libro.
CANDIDO. Ahí va, papá.
Pregúntame tú.
JOSE. Contesta.
Vamos á ver, hijo mío. (Bajito.)
¿Cuántas rubias y morenas
te han gustado en este mundo?
CANDIDO. ¿A mí, papá?
JOSE. ¡Buena pieza!
No pueden contarse, ¿eh?
¡A mí ya no me toreas
tú!
CANDIDO. ¡Que nos mira mamá!
¡Que vuelve aquí la cabeza!
JOSE. (¡Ay, Dios mío!) ¿El magistral,
es dignidad de la Iglesia? (Ahuecando la voz.)

ESCENA XVII

DICHOS; PETRA, por el fondo con dos ramos.

PETRA. Señorito, estos dos ramos.
CANDIDO. ¿Para mí?
PETRA. De la Severa,
la florista.
CANDIDO. (¡Qué animal!)
VIRT. ¿Son para tí?
CANDIDO. (¡Qué imprudencia!)
Sí, mamá. (¿Que digo yo?)
JOSE. (¡Otro lío!)
CANDIDO. Una promesa.
Para el altar de San Roque.
Como es mañana la fiesta
de San Roque...
MARIA. Son dos ramos
preciosos, ¡qué hermosa ofrenda!
JOSE. (Para San Roque uno, y otro
para el perro.)
MARIA. ¿Habrá novena?
VIRT. Ya lo creo. ¡Pero calla!
¡Las nueve! (Oyendo el reloj.)
JOSE. (La hora suprema
de la libertad.)
VIRT. ¡La hora
de dormir!
PETRA. (Sí, sí, el que duerma.)
VIRT. Petra, trae luces, y pon
los ramos en agua fresca.

ESCENA XVIII

DICHOS, menos PETRA

VIRT. A la cama todo el mundo.
Mañana á las seis y media,
á misa. Recoge el libro;
tú la labor, la calceta
yo.

MARIA. Ya está todo.
VIRT. Que el Angel
de la Guarda nos proteja
y Dios nos dé un sueño dulce,
una tranquila conciencia...
JOSE. Y una hora cortita.
VIRT. ¡Qué!
PETRA. Aquí traigo ya las velas.
(Entrando por el fondo con tres palmatorias.)
VIRT. Pues entonces, á dormir.
(Petra da una palmatoria á María, otra á don José y otra á Cándido.)
Vamos, hija mía, besa
la mano á tu padre.
MARIA. Adiós,
papá... Adiós, mamá. Muy buenas
noches.
(Besa la mano á los dos y sale por la derecha.)
VIRT. ¡Ay! ¡cómo me gusta
esta humildad!
JOSE. ¡Qué hechicera!
Tú, Cándido...
CANDIDO. ¡Adiós, mamá;
adiós, papá .. y adiós, Petra!
(Besa la mano á su madre, á su padre y á Petra.)
VIRT. ¡Cómo es eso, señorito!
JOSE. ¡Qué!
VIRT. ¿Por qué esa diferencia?
¡Dos besos á su papá
y uno á mí!
JOSE. (¿Qué dice ésta?
Dos besos á mí.)
CANDIDO. ¡Perdón!
Yo te daré á ti cincuenta.
(Vuelve á besarla la mano.)
VIRT. ¡Bien, hijo! ¡Cómo me gusta
esta humildad!
JOSE ¡Qué inocencia!
(Sale Cándido por la izquierda, primer término.)
VIRT. Adios, Pepe.
JOSE. Adiós, Virtudes.
Toma. (La presenta la mano para que se la bese.)

VIRT. Quítate y no seas
pesado. (Sale por la derecha.)

JOSÉ. ¡Cómo me gusta
esta humildad! Quien te crea,
que te compre. Toma, chica.
(La presenta la mano para que se la bese.)

PETRA. Señor.

JOSÉ. Nada de soberbia.
Humildad.

PETRA. ¡Pero señor,
por Dios!

JOSÉ. Calla y no me vendas.
(Sale por la izquierda, segundo término.)

ESCENA XIX

PETRA

Cada mochuelo á su olivo.
Doña Virtudes se acuesta
en dos minutos y duerme
hasta el dia á pierna suelta.
Yo hago que me entro en mi cuarto,
y me largo. Bueno fuera
que no viese yo á mi Juan,
á mi novio, que me lleva
al café todas las noches
y me da palique y cena.
Aquí tengo mi llavín.
Apago la luz. A tientas (Apaga el quinqué.)
cojo el mantón y el pañuelo,
y á la calle tan contenta.
(Sale á tientas por el fondo.)

ESCENA XX

DON JOSÉ. La escena á obscuras.

(Sale envuelto en su capa.)
Yo no puedo esperar más.
Me devora la impaciencia.
No se oye nada. Me voy.

En llegando á la escalera
de dos saltos á la calle.
(Va á tientas hacia la puerta del fondo, tropieza en el velador y lo tira.)
¡Ay, que me he roto una pierna!
¡Qué estrépito! ¡Yo me voy,
suceda lo que suceda! (Sale.)

ESCENA XXI

CÁNDIDO

(Aparece embozado en su capa.)
¡Qué felicidad! Salgamos
sin que nos sienta la tierra.
(Tropieza en una silla.)
¡Ay! ¡ay! ¿Si me habrán oído?
Corramos antes que vengan. (Sale.)

ESCENA XXII

DOÑA VIRTUDES y MARIA, por la derecha, con una luz.

VIRT. ¡Qué ruidos! ¿Verdad?
MARIA. ¡Ay, sí!
¡Qué miedo!
VIRT. ¡Tonta! ¿La puerta
del cuarto de mi hijo abierta?
¿Qué es esto? Espérame aquí.
(Sale por la izquierda, primer término.)
MARIA. ¡A obscuras yo! ¡Dios del cielo!
¡Ay! ¿En qué tropiezo yo?
¡Una silla! ¿Quién tiró
esta silla por el suelo?
(Doña Virtudes por la izquierda.)
VIRT. ¡María!
MARIA. ¿Qué hay?
VIRT. ¡Qué sorpresa!
MARIA. ¿Qué te sucede, mamá?
VIRT. No está en su cuarto.
MARIA. ¿No está?
VIRT. Y hay esta carta en su mesa.

MARIA. ¿Quién le escribirá á mi hermano?
VIRT. Es la letra de mujer,
mas no la puedo entender.
No está escrita en castellano.
MARIA. Emma. (Leyendo.)
VIRT. ¡Emma dice al fin!
MARIA. Yo creo entenderla, espera.
«Mío caro... Vien questa sera.» (Lee.)
VIRT. ¿Quién le escribirá en latín?
MARIA. No es latín, es italiano.
VIRT. ¿Tú sabes?
MARIA. Un poco, sí.
VIRT. ¡Cómo!
MARIA. Arturo siempre así
me escribía este verano.
Él le habla con gran primor,
y le prefiere al francés,
porque dice que éste es
el idioma del amor.
VIRT. Corriente, vamos á ver,
traduce y no seas plomo.
MARIA. «Querido Cándido.» (Lee.)
VIRT. ¡Cómo!
MARIA. «¿Me quieres?»
VIRT. Pero mujer,
¿eso está bien traducido?
MARIA. «Ven pronto esta noche; canto
los *Hugonotes*.»
VIRT. ¡Dios santo!
MARIA. «Tu futura.»
VIRT. ¿Qué has leido?
¡No, no sigas adelante!
Tú tan pura, tú tan casta.
MARIA. «Emma Leopoldini.»
VIRT. Basta.
¡Dios mío! ¡Es una cantante!
¿Qué será?... ¡Pues lo que son
todas!... ¡Una comiquilla!
¡Mi sombrero, mi toquilla,
mi mantilla, mi mantón!
MARIA. ¿Dónde vas?
VIRT ¡Tras él! ¡Allá!

A buscarle, á detenerle,
á cogerle y á traerle.
¡Pronto! ¡El mantón!

MARIA. ¡Voy, mamá!
(Sale por la derecha.)

VIRT. Tan joven y se va á picos
pardos... ¡Y esto me sucede
á mí! ¡No, si no se puede
dar libertad á los chicos!
¡Si está con ella, me ciego
y la insulto, y se acabó!
Yo tan cariñosa, yo
tan cristiana, yo la pego
y las diez uñas la planto
en la cara si se deja.
¡San Pedro cortó une oreja,
y está en el cielo y es santo!
(María entra por la derecha.)

MARIA. Toma, tu abrigo y mi abrigo.

VIRT. ¿El tuyo?

MARIA. ¡Cómo has de ir
sola tú!

VIRT. ¿Vas á venir?

MARIA. ¿Tan tarde? Yo voy contigo.
Yendo juntas no chocamos,
y de algo te serviré.
Vamos, mamá. (Así sabré
lo que es un te. tro) Vamos.

VIRT. ¡Inocente criatura!
¡Tú en un teatro! Imposible.
Es una mansión horrible.
¡Vicio, escándalo, locura!
¡Infames de los más grandes
que no están bajo cerrojos
verás!

MARIA. ¡Cerraré los ojos
en cuanto tú me lo mandes!

VIRT. ¡Pobre corderilla mía!

MARIA. ¡Que será tarde quizá!
Por un hermano, mamá...

VIRT. ¡Sí, por un hijo, María!
Ven, acompaña á tu madre.

MARIA. Lo salvaremos las dos.
VIAT. ¡Pero habla bajo, por Dios,
no se despierte tu padre!
Pues si tu padre se entéra,
le mata. ¡Cándido amado!
¡Cándido, niño engañado
por impura aventurera!
¡No ha de ser! Vamos allá,
ó esa infame me le atrapa.
¡Yo le quería hacer Papa!
¡Y se me queda en papá!
¡Señor, tus rayos ya tardan!
In profundis infiernorum
per sécula seculorum
infamem cómicum ardan! (Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La escena dividida: á la derecha, y ocupando la mayor parte del escenario, el cuarto de Emma en el teatro Real: gran espejo, tocador, butacas, y en el fondo, en el ángulo de la derecha, un *paravent;* á la izquierda un pasillo; puerta de comunicación del camarín al pasillo.

ESCENA PRIMERA

JOAQUÍN y VICENTE, de frac. Detrás del *paravent*, EMMA

JOAQUIN. ¡Cómo ha cantado usted hoy!
VICENTE. ¡De una manera admirable!
JOAQUIN. En el duo con Marcelo,
superior.
VICENTE. Una cantante
de primer orden.
JOAQUIN. ¡Qué voz,
qué actitud y qué ademanes!
VICENTE. Una actríz de primer orden.
JOAQUIN. ¡Y qué expresión, qué semblante,
qué figura!
VICENTE. ¡Una mujer
de primer orden!
EMMA. ¡Qué amabile!
Ma non é ver. Yo comincio
adesso. Non só cantare.

VICENTE. Usted, cuando canta, encanta.
Joaquin dice que no sabe
cantar.
JOAQUIN. Este tercer acto
un prodigio ¡Incomparable
Valentina!
VICENTE. En el Real
no se han oido años hace
los *Hugonotes* así,
y ya no habrá quien los cante.
JOAQUIN. ¡Cómo ha dado aquella nota!
VICENTE. ¡Ha sido lo inexplicable!
JOAQUIN. La tanzó con energía,
la sostuvo con coraje,
la fué ensanchando con brio,
la fué estrechando con arte,
la fué bajando sin miedo,
la subió sin esforzarse,
la convirtió luégo en trino,
un trino hermoso y brillante,
y la apagó poco á poco
y terminó al acabarse
en un suspiro. ¡Me fia hora
con una nota en el aire!
EMMA. ¡Oh! ¡No tanto! Poverina
di me.
VICENTE. No lo hace la Patti.
JOAQUIN. Ni la Patti, ni la Nilson.
EMMA. ¡Por Dio, signori!
JOAQUIN. ¡Ni nadie!
¡Ah, qué nota!
VICENTE. ¿Ha sido un do?
EMMA. Un do.
JOAQUIN. El mejor de su clase.
VICENTE. ¡Ah! ¡Si hubiera sido un si!
EMMA. ¿Un si soltanto? É più fácile.
VICENTE. ¡Un si para el mi!
EMMA. ¡Já, já!
JOAQUIN. ¡Ah, qué voz!
VICENTE. ¿Pero no sale
usted, Emma?
EMMA. Un momentino,

súbito.

VICENTE. ¡Maldito traje!
JOAQUIN. ¡Ah! ¡Qué voz tan transparente!
VICENTE. (¡Si ese *paravent* cargante
también transparente fuera,
qué rato tan agradable!)
JOAQUIN. Y está usted sola en el teatro:
el tenor sin facultades,
y la voz...
VICENTE. La voz de gola.
JOAQUIN. El barítono no vale.
VICENTE. Voz de gola.
JOAQUIN. En cuanto al bajo,
es á lo más un sochantre
de iglesia. Espada enorme,
y la cintura de fraile
jerónimo.
VICENTE. ¡Voz de gula!
JOAQUIN. ¡Usted sola nos atrae,
Emma!
EMMA. Mío caro.
JOAQUIN. Un favor,
uno piccolo.
EMMA. Parlate.
JOAQUIN. Aquí, sotto voce, aquí,
para los dos, un aparte
musical, una fermata,
una escala, un trino suave...
¡Qué escala! (Emma hace una escala.)
VICENTE. ¡La de Jacob,
por donde bajan los Ángeles!
EMMA. (Se presenta vestida con el traje de Valentina en el cuarto acto de *Hugonotes*.)
¡Ecco mi!
JOAQUIN. ¡Diva sublime!
VICENTE. ¡Qué graciosa!
JOAQUIN. ¡Qué elegante!
EMMA. ¡Oh, mille grazie, signori.
Sedete.
JOAQUIN. ¡Cómo sentarse!
¡Arrodillarse!
EMMA. No, no.

¡Per Dío santo! ¡[illegible]

JOAQUIN. ¿Conque esta es la última noche?

EMMA. Yo parto.

VICENTE. Maldito viaje.
¡Ay! sin usted, ¿qué va á ser
de los pobres *dilettanti*?

JOAQUIN. ¿Toda la Pascua en Sevilla?
¡Qué lástima que los cánones
prohiban que las mujeres
canten en las catedrales!
¡Qué dulce resonaría,
bajo las soberbias naves
de la de Sevilla hermosa,
la voz de usted, que es de ángel!

VICENTE. ¡Cómo cantaría usted
el *Stabat* de la madre
de Rossini!

JOAQUIN. ¡Prodigiosa!
¡La escucho sin que la cante!

ESCENA II

DICHOS; CÁNDIDO, de frac.

CANDIDO. Buenas noches.

EMMA. Buona sera.

CANDIDO. ¡Emma!

EMMA. Caro, ¿cóme estate?

VICENTE. (Joaquín.)

JOAQUIN. (Vicente.)

VICENTE. (Este es
el momento de largarse.)

JOAQUIN. Adiós, divina, preciosa, (Dándole la mano)
encantadora. (¡Que rabie!)

VICENTE. ¡Adiós, artista sublime! (Idem.)

JOAQUIN. Ya puede usted dedicarme (Idem.)
el cuarto acto

VICENTE. La mitad. (Idem.)
Somos dos y hay dos mitades.

EMMA. Addio, addio.

VICENTE. Hasta luégo.

JOAQUIN. ¡Qué voz, chico!

VICENTE. ¡No me hables! (Sales.)

ESCENA III

EMMA y CÁNDIDO

CANDIDO. ¡Emma mía!
EMMA. ¡Candidino!
Ma, ¡qué tarde!
CANDIDO. Vengo tarde.
Perdóname.
EMMA. ¡Poverino!
CANDIDO. No he podido venir antes.
Ya sabes tú que mi casa
es una maldita cárcel.
Hasta las nueve no tengo
libertad. Salgo á la calle
corriendo, voy á la casa
de un conocido á mudarme,
y á ponerme el frac.
EMMA. ¡Oh, mio Dio!
¡[redacted]
¡Vieni con bata, ma vieni
presto, presto!
CANDIDO. ¡No te enfades,
amor mio, vida mia!
EMMA. ¿E la tua mamma?
CANDIDO. Mi madre
es siempre mi madre, Emma.
Empeñada en ordenarme,
y en que he de llegar á obispo.
EMMA. ¡Tú obispo! Ma tú non ai
coraggio. Tu sei soltanto
un fanciullo. Dila: matre:
amo una ragazza io,
una donna interesante,
bella, gentile, grazioza,
spiritosa, elegante,
honestísima, modesta,
é que canta come un ave
del paradiso.
CANDIDO. Ma se io
dico que amo una cantante
á mia matre, la mía mamma

¡mi rompi la testa!

EMMA. ¡Oh, Dio!
¡Qué violenza di carácteres!
Donna Virtudes é una
bestia feroce.

CANDIDO. ¡Oh! No taci.
Non parli di questo modo,
perche non posso ascoltare.
E mia matre, é in somma io
sono il figlio di mia matre.

EMMA. Allora siamo perdutti.

CANDIDO. Perdutti no. In castellani
te digo que he de seguirte
por la tierra y por los mares,
y que te di una palabra,
y que nunca he de faltarte.
Iré á Italia, aprenderé
el canto y á contratarme
contigo.

EMMA. ¡Sí, sempre insieme!

CANDIDO. Siempre juntos, siempre amándote,
como Romeo y Julieta.

EMMA. ¡Meglio ancor, como la Patti
é Nicolini!

CANDIDO. ¡A cantar,
á brillar!

EMMA. A guadagnare
denaro, molto denaro,
oro é biglietti di Banqui.

CANDIDO. ¡Eso es, justo, venga tela!
A Paris, que es donde hay
guita.

EMMA. E á Londra.

CANDIDO. Y á Londres,
y á Viena, Milán y Nápoles.

EMMA. Y á Boston y á Nueva York.

CANDIDO. Y á Cuba y á todas partes.

EMMA. Yo apro la boca, mil dollars;
tú apri la boca, mil franqui.

CANDIDO. Abrimos los dos la boqui
y no hay dineri bastanti.

EMMA. Molto denaro.

CANDIDO. ¡Denaro
hasta per stornudare!
EMMA. ¡Come cantaremo insieme
la *Africana*!
CANDIDO. *E Don Pasquale.*
EMMA. *La Favorita.*
CANDIDO. *El barbero.*
EMMA. *El Crispino é la Comare.*
CANDIDO. Y *El Fausto.*
EMMA. ¡Gran Dio! ¡*El Fausto*'
CANDIDO. La ópera de los amantes.
EMMA. ¡Qué emozione!
CANDIDO. ¡Qué verdad!
¡Qué riqueza de detalles!
EMMA. ¡Con qué pasión, con qué brío!
CANDIDO. ¿Y el duo, Emma?
EMMA. ¡Qué abracci!
CANDIDO ¡Qué achuchoni!
EMMA. ¡Caro mio!
Veramente siamo pazzi.
¡Oh! una duda.
CANDIDO. ¿Tú, una duda?
¿De mí, quizá?
EMMA. ¡Molto grande!
¿Tú vuoi cantar?
CANDIDO. Sí que quiero
cantar contigo.
EMMA. ¿Ma tú hai
voce?
CANDIDO. ¿Que si tengo voz?
No lo sé; pero amor hace
mi agros. Yo la tendré
mucho mejor que Gayarre.
EMMA. Per carità, fa una escala.
(Cándido hace una escala con muy mala voz.)
¡Gran Dio!
CANDIDO. ¿Vale ó no vale?
EMMA. Ma tu hai una voce d'angelo,
Cándido. ¡Siamo salvati!

ESCENA IV

EMMA y CÁNDIDO, en el cuarto de la primera; EL CORONEL LEÓN y DON JOSÉ en el pasillo.

LEON. Por aquí, Pepe.
JOSE. Ya voy.
LEON. Este es el cuarto.
JOSE. No llames.
LEON. Verás tú qué camerino
JOSE. ¡Voy á abrocharme los guantes!
¡Qué emoción! ¡Ver á una diva!
¡Cómo tiemblo!
LEON. ¡Qué cobarde!
JOSE. Pues señor, el propietario
de este frac era un gigante.
¡Qué mangas! Por más que estiro
los brazos... nada... no salen
las manos á luz.
LEON. ¿Estás?
JOSE. Llama. ¡Qué emoción tan grande!
(León llama á la puerta.)
EMMA. ¡Ah! ¡maladetto importuno!
CANDIDO. Voy á ver.
(Entreabre la puerta y cierra de golpe.)
¡Jesús! ¡Mi padre!
EMMA. ¡Tu padre!
CANDIDO. Para venir
me ha dejado á mi sin l'ave.
¡Qué complicación! ¿qué hacer?
¡Espera! ¡No me delates!
EMMA. ¡El *paravent*!
CANDIDO. También él
de Real.
EMMA. ¡Silenzo! (Cándido se esconde
Intrate.

ESCENA V

CÁNDIDO, detrás del *paravent*; EMMA, LEÓN y DON JOSÉ, en el cuarto.

LEON. ¿Me conoce usted?
EMMA. ¡León!
LEON. ¡Oh! ¡Bravísimo! Bravísimo!
EMMA. Ho un gran piacere carisimo
di vederlo.
LEON. ¡Un apretón
de manos! Don José Cuesta,
mi amigo. (Presentándole.)
EMMA. ¡Oh, unico mío!
JOSE. Señora.. ¡Qué honor!
EMMA. ¡Oh, Dío,
honor!
JOSE. ¡Ay, qué manga ésta!
(Quiere dar la mano y no puede. El Coronel le levanta la manga del frac.)
EMMA. Sedete.
LEON. ¡Viva Emma!
JOSE. ¡Viva!
EMMA. Sedete.
LEON. Siéntate.
JOSE. Voy.
(Se sientan. León en medio.)
(¡Quién me lo dijera! ¡Estoy
en el cuarto de una diva!)
¡Cómo canta usté!
LEON. ¡Hasta allí!
¡Qué escándalo en los morenos!
JOSE. ¡Hace veinte años lo menos
que no oigo cantar así!
LEON. ¿No te lo dije yo antes?
Emma no tiene rival.
JOSE. Yo no vengo ya al Real,
porque como no hay cantantes. .
pero usted. . Yo me he creído
cuando la oía en el cielo.
¡En el aria con Marcelo,
sublime!
LEON. ¡Se lo ha comido!

En fin, que es una barbiana,
como dicen en Sevil'a.
¡Pues cuando á esta chiquilla
la oigas cantar *La Africana*!
¡Qué acto primero!

JOSE. ¿Sí?

LEON. Sí.
¡No hay uno que no se asombre
cuando entra al Concilio!

JOSE. (¡Hombre!
¡Concilios también aquí!)

LEON. En fin, cantante acabada
y actriz.

JOSE. Sí, sí, ya lo veo.

LEON. Y de la cara no creo
que tengas que decir nada.
¡Es una rosa de Abril!

JOSE. La rosa de J ricó.

EMMA. ¡Come sei gentile!

JOSE. ¡Yo!
(¡Ay, que me llama gentil!)

EMMA. ¡Oh! mi piace il vostro amico.

LEON. Vaya, persona excelente.

EMMA. ¡Simpático ve amente!

JOSE. (¡Simpático!)

LEON. ¡Chico! ¡Chico!

EMMA. Non é un stranno per me.
Mi sembra que l'ho veduto
io, que l'ho conosciuto,
non só dove.

JOSE. (¡La flechó!)

EMMA. (¡Suo patre!)

JOSE. (¡La he conquistado!)

EMMA. Venite, venite qüi.

LEON. ¡Pero hombre!

JOSE. Que está por mí.
¡Coronel, échate á un lado!
Aquí, cerca (Se sienta en medio.)
á vuestros piés,
besando vuestras pisadas.
(¡Una de aquellas mira las
del año cuarenta y tres,

Señor, para enloquecerla!)

EMMA. ¿É siete solo al teatro?

LEON. No, venimos tres ó cuatro amigos.

JOSE. (¡Es una perla!)

LEON. (¡Contente, Pepe, contente!)

EMMA. ¿La signora é in casa hoy?

JOSE. ¿Cómo la señora? Soy viudo afortunadamente.

EMMA. ¡Viudo lei!

JOSE. Pues claro está.
(¡Eh! ¡Qué golpe!)

LEON. (¡De primera!)

JOSE. Soy viudo.

LEON. (¡Eres un gatera!)

JOSE. Sin hijos.

CANDIDO. (Gracias, papá.)
(Asomando la cabeza por encima del *paravent*.)

JOSE. ¡Libre soy, libre nací,
y libre me quiero ver!
(¡Dios mío! ¡Si mi mujer
asomara por aquí!)

ESCENA VI

DICHOS; ARTURO, de frac.

ARTURO. Buona sera.

EMMA. Buona sera.

ARTURO. ¿Me ha oído usted? He dado un grito diciendo: ¡brava!

JOSE. (Sorprendido.) ¡Arturito!

ARTURO. ¡Don José! ¡Quién lo creyera! (Asustado.) Diré á usted .. Yo... Porque algunos amigos..

JOSE. Bien, no me expliques nada.

ARTURO. Si es que...

JOSE. No te achiques, hombre, todos somos unos. ¿Te gusta venir aquí?

ARTURO. Sí.
JOSE. ¿Y el canto?
ARTURO. Con furor.
JOSE. ¿Y el teatro?
ARTURO. Si señor.
JOSE. ¿Te carga mi mujer?
ARTURO. Sí.
JOSE. ¡Choca! ¡No te cargará
más que á mí! ¡Fuera la pena!
Esta noche es Noche Buena
y mañana Dios dirá.
¡Estoy loco: no te asombre!
LEON. Pepe, estás disparatando.
ARTURO. ¡Ay, lo que estamos pasando,
don José!
JOSE. ¡Cállate, hombre!

ESCENA VII

DICHOS, JOAQUÍN y VICENTE

JOAQUIN. ¡Emma, Emma!
EMMA. Cosa c'é.
JOAQUIN. Un proyecto extraordinario,
con venia del empresario.
VICENTE. Un acto en honor de usté.
EMMA. ¿Ma, che cosa, amico mio?
JOAQUIN. Hoy nos vamos á lucir.
Todos vamos á salir
en el cuarto acto.
EMMA. ¡Gran Dio!
JOAQUIN. Hábitos dominicales
he mandado preparar.
¡Todos vamos á cantar
el coro de los puñales!
LEON. ¡Demonio! ¡Así saldrá él!
VICENTE. ¡Qué escena tan divertida!
ARTURO. Pues yo soy de la partida.
LEON. Y yo.
EMMA. ¡Bravo, coronel!
LEON. ¿Y tú?
JOSE. ¿Yo? ¡Qué atrocidad!

LEON. Tú, también,
JOSE. ¡Pero, por Dios!
LEON. Vamos á salir los dos.
JOSE. Pero hombre, ¿y mi edad?
LEON. ¡Qué edad!
JOSE. Si alguno nos llega á ver,
¿qué van á decir, León?
LEON. Con barba y con capuchón,
¿quién nos puede conocer?
JOSE. Nos van á llamar beodos
ó locos.
LEON. Lo estamos ya.
EMMA. Sí, tutti.
VICENTE. Vamos allá.
ARTURO. Sí, don José.
JOAQUIN. ¡Todos, todos!
JOSE. Pues vamos. ¡Nadie me gana
á buen humor! Yo el primero.
¡No lo hay más zaragatero
que yo!... (¡Dios mío! ¡Mañana!)
Pero, ¿y cantar? ¿Cantarás
tú, León?
LEON. Quiá, no cantamos
nosotros.
JOSE. Ya.
LEON. Levantamos
los brazos y nada más.
¡Tú te adelantas blandiendo
el puñal con cara fiera!
JOAQUIN. Vamos, que ya nos espera
el guardarropa.
ARTURO. Corriendo.
LEON. Y después de la función
aquí todos. Yo traeré
unas botellas.
JOSE. ¡Olé!
¡Juerga! ¡Viva don León!
(¿Eh? Ya estoy desatinado,
y terne y hecho un valiente.
Este es el inconveniente
de tenerle á uno encerrado.)
JOAQUIN. Adiós, Emma. Yo la espero

en el *Salve Raul.* (Canta.)

EMMA. ¡Oh!
Non posso.

VICENTE. La espero yo
en el *Yo t'amo* primero. (Canta.)

ARTURO. Yo la espero al cantar ¡*ah*,
ti uccideran, vita mío,
vieni! (Lo dice declamando.)

JOSÉ Yo la esperaría
en casa: pero no irá.

JOAQUIN. Ha sonado la llamada
primera.

LEON. Vamos, José.

JOSÉ. Un momento: espérame.
(Salen todos. Don José vuelve cerca de Emma.)
¡Ay! ¡Emma! ¡Ay! ¡Emma!

EMMA. ¿Qué?

JOSÉ. Nada. (Sale.)

ESCENA VIII

EMMA y CÁNDIDO

CÁNDIDO. Emma.

EMMA. Ma ¿questo é tuo padre?

CÁNDIDO. Sí. ¡Quién lo hubiera creido!
Yo le juzgué tan severo,
tan inflexible, tan rigido
como mi madre, y le veo
bullicioso, decidido
y calavera. Por eso
no se enfadó cuando hoy mismo
me ha sorprendido abrazando...

EMMA. ¡Come! ¡Tú abracciando!

CÁNDIDO. Digo,
besando tu carta.

EMMA. ¡Ah!
Son contenta. Le conquisto.
Da questa parte non ho
paura. ¡Il tuo patre é mío!
¿Ma la tua mamma?

CÁNDIDO. La mamma
é altra cosa.

EMMA. ¿Va é un tigre,
una pantera, un leone?
CANDIDO. Que no se encuentre contigo
le pido á Dios.
EMMA. Ma ¿per ché?
¿mi ucciderá?
CANDIDO. Que so io.

ESCENA IX

EMMA y CÁNDIDO; en el pasillo, DOÑA VIRTUDES y MARÍA; después el SEGUNDO APUNTE

MARIA. ¿Pero es por aquí, mamá?
VIRT. Por aquí. ¿No lo has oído?
MARIA. Mamá, ¡qué sitios más raros!
¡Cuántas puertas y pasillos!
Esto parece un convento.
VIRT. No compares un asilo
sagrado con estos antros
de escándalos y de vicios.
MARIA. ¿No has estado nunca tú
en un teatro?
VIRT. No me he visto
jamás en estos lugares.
Sólo por salvar á un hijo
me he atrevido á penetrar.
¡Esta es la puerta!
MARIA. ¡Ay, Dios mío!
VIRT. ¿Qué veremos al abrirse
esta puerta?
MARIA ¡Siento frío!
VIRT. ¡Señor, apaga mis fuegos!
¡Señor, modera mis ímpetus!
¡Inspírame la humildad
que predicó Jesucristo,
porque si no me contienen
las reglas del Catecismo
y entro aquí como un torrente,
con las fuerzas y los bríos
de Sansón, que con un soplo
derribaba un edificio,

y la garganta traidora
la atenazo con los cinco,
entre las manos me quedo
con todos sus gorgoritos!
Voy á llamar.

MARIA. ¡Ay, qué miedo!

VIRT. Yo entro antes.

MARIA. Yo te sigo.

(Doña Virtudes llama.)

EMMA. ¡Altro importuno!

CANDIDO. Veré
quién llama. (Abre y cierra de golpe.)
¡Jesús, Dios mío!

EMMA. Cosa c'é.

CANDIDO. ¡Mia mamma!

EMMA. ¡Cómo!

CANDIDO. ¡Mi madre! ¿No hay algún sitio
por donde escapar?

EMMA. Nessuno.

CANDIDO. Entonces, somos perdidos.

EMMA. ¡Ma per Dio santo! ¡Hai coraggio!

CANDIDO. ¡Llama otra vez!

EMMA. ¡Poverino!

CANDIDO. Espera. No abras. Yo aquí
me escondo. ¿Quién la habrá dicho
que yo?... ¡Tú niégalo todo!
(Se esconde detrás del *paravent*.)

EMMA. ¡Il patre, la mi tre! ¡Oh, Dio!
¡Tutta la famiglia cadde
sopra il mio cappo! Un poquino
di pacienza. Intrate adesso.
Ol copre il sudore il viso.
(Emma abre. Entran doña Virtudes y María.)

VIRT. Buenas noches.

EMMA. Buona sera.
Intrate. Il mio camerino
é la vostra casa.

VIRT. Gracias.

MARIA. (¡Ay, qué cuarto tan bonito!)

EMMA. Intrate, fanciulla.

MARIA. Gracias.

EMMA. Sedete.

VIRT. Con su permiso.
MARIA. (Pues es muy mona y muy fina.)
(Se sientan Doña Virtudes en medio.)
(Y no ningún bastlisco.)
VIRT. (¡Virtudes! ¡Cáritas, bónitas!)
EMMA. (Yo tremo.)
MARIA. (¡Traje más lindo!
¿Por dónde saldrá mi madre?)
VIRT. (Es difícil el principio.)
EMMA. Signorina.
MARIA. Señorita.
VIRT. (¡Señorita!)
EMMA. É questo il primo
giorno que venite al teatro.
MARIA. Il primo.
EMMA. ¿Questa signora
é la mamma?
MARIA. Sí, he venido
con mamá.
EMMA. Yo non ho matre.
MARIA. ¡Pobre!
EMMA. ¡É il mío patre é partito
di Italia y non l'ho veduto
mai piú!
MARIA. ¡Cómo! ¿No le ha visto
ni sabe de él?
VIRT. (¡Estará
tocando algún organillo
por las calles!)
MARIA. ¡Pobre!
VIRT. (Bajo.) ¡Calla!
EMMA. (A Virtudes.) Yo non capisco
la causa di questa visita.
VIRT. Señora: yo tengo un hijo.
MARIA. Mi hermano.
EMMA. Yo mi ralegro
tanto. ¿Dunque avete un figlio?
Bene.
VIRT. Male.
EMMA. (¡Ay, ya se enfada!)
¿Il figlio sará un bambino?
VIRT. No, señora; es un bambone.

Tiene veinte años y pico,
y seis pies; mas no le bastan
para huir de los peligros,
porque como el pobre es
un cordero inocentísimo,
le engaña cualquier bribona
con un poquito de pico
y de labia, y con mirarle
poniendo los ojos bizcos.
Pero mi hijo será cura,
¿sabe usted? ¿Me ha comprendido
usted?

EMMA. Sí. ¡Ma violentare
la vocacione d'un figlio
é una cosa brutta!

VIRT. ¡Brutal
¡Me llama brutal

CANDIDO. (Sacando la cabeza.) (¡Ay, Dios mío!
¡Que la pega!)

MARIA. No, mamá.

VIRT. ¡A mí!

MARIA. No la has entendido.

VIRT. Brutta, ¿qué quiere decir?

MARIA. Fea.

VIRT. ¡Yo fea! ¡Ella no mico!

MARIA. Una acción fea.

VIRT. ¡Ah! ya, vamos.

CANDIDO. (¡Ay, Dios mío, qué suplicio!)
(Desde la puerta el Segundo apunte.)

APUNTE. Signorina Emma.

EMMA. Mi chiaman,
vado á escena, un momentino.

VIRT. Aquí esperamos.

EMMA. Ritorno
presto. A rivederci. Addio.

ESCENA X

DICHOS; DON JOSÉ y ARTURO, disfrazados de frailes.

ARTURO. ¿Qué tal estoy, don José?

JOSE. Hecho un hermano Domingo.

¿Quién me conoce á mí? ¡Emma!
(Entran en el cuarto de Emma.)
Ya estamos todos vestidos.
(¡Mi mujer!)

ARTURO. (¡María!)
VIRT. (¡Dos frailes!)
MARIA. (¡Dos dominicos!)
EMMA. ¡Ah, signori! Acompagnate
á queste dame.
JOSÉ. (¡Qué lío!)
ARTURO. (¡Gracias á que con la barba,
paso por un capuchino!)
EMMA. Vengo súbito (Sale.)
JOSÉ. (¡Me vieron
escapar y me han seguido!)

ESCENA XI

DOÑA VIRTUDES y MARÍA; DON JOSÉ y ARTURO, de frailes. Detrás del *paravent*, CÁNDIDO

VIRT. ¿Pero ves esto, hija mía?
MARIA. Yo comprenderlo no puedo.
ARTURO. (¡Si nos conocen!) (A JO.)
JOSÉ. (Idem.) (¡Me quedo
sin barba!)
VIRT. ¡Jesús, María!
JOSÉ. (No hablemos.) (Idem.)
ARTURO. (¡Qué situación!)
JOSÉ. (Sentémonos sin chistar.)
CÁNDIDO. (Sacando la cabeza.) (¡Pero yo voy á pasar
la vida en este rincón!)
(Se sientan lejos de las dos.)
VIRT. ¿De noche ustedes aquí?
¿Qué es esto? ¡Qué novedad!
¿Son dos frailes de verdad
ustedes? (Los dos dicen que sí con la cabeza.)
¡Dicen que sí!
MARIA. No, mamá.
ARTURO. (¡Qué candidez!)
MARIA. Irán á representar.

Arturo me suele hablar
del teatro alguna vez.
En los teatros primeros
se ven los trajes mejores.
Se disfrazan los actores
de príncipes y guerreros.
Y estos dos que aquí han venido
y te dan tantos cuidados,
son cómicos disfrazados.

JOSE. (Bajo.) Chico, nos han conocido.

VIRT. ¿Será posible, hija mía?
Pero no, no puede ser.
Se vestirán á placer
con ricos trajes del día
ó antiguos, enhorabuena,
de reyes ó de soldados;
pero estos trajes sagrados
no saldrán nunca á la escena.
Estos nunca. Vuelve en tí,
María. ¡Qué atrocidad!

MARIA Qué, ¿son frailes de verdad
ustedes? (Los dos dicen que sí con la cabeza.)

VIRT. ¡Dicen que sí!

MARIA. ¡Ay, mamá, quién lo creyera!
¡Venir á ver la función!

VIRT. Pero de Madrid no son
ustedes, ¿vendrán de fuera?
(Los dos dicen que sí con la cabeza.)
¡Claro!

CANDIDO. (De risa reviento.)

MARIA. Desde Vitoria vendrán.
Alguna misión traerán
importante del convento.
De las provincias del Norte
con toda evidencia son.

VIRT. Y aprovechan la ocasión
de estar solos en la Corte
para correrla los dos,
y ultrajar sus vestiduras,
y lanzarse en aventuras
sin freno ni ley de Dios,
y con cinismo profundo

sin que ese traje proteste,
¡venir á un sitio como éste
á escandalizar al mundo!
(Los dos dicen que sí con la cabeza.)
¿Y pasan la noche aquí
entre el placer y la orgía,
en la impura compañía
de una mujerzuela así?
(Los dos dicen que sí con la cabeza.)
¡Su conciencia no gritó
al verse entre estas paredes
abominables! ¡Ustedes
no tienen vergüenza!
(Dicen que no con la cabeza.)
¡No!
¿Pero ves qué descarados?

MARIA. Mamá, si son frailes, son cartujos.

VIRT. ¡Qué sofocón!
Más vale que estén callados.
Si hablasen... ¡Jesús, María!
nos sacarán los colores,
Señor, ¡*Oh, tempora*! ¡*Oh, mores*!

MARIA. ¡Pero, padre!

JOSÉ. ¿Qué, hija mía?

VIRT. Esa voz...

JOSÉ. (Se me escapó.)

VIRT. Escuchar me ha parecido...
Siempre tengo en el oído
la voz de tu padre yo.

ESCENA XII

DICHOS; LEÓN, vestido de fraile.

LEON. Señores...

JOSÉ. (Aquí está ya.)

LEON. (Dando voces y grandes pasos.)
¡Batallones, escuadrones!
¡A galope! ¡Por secciones!

MARIA. ¡Éste está loco, mamá!

VIRT. (Otro más.)
LEON. ¡La vista al frente!
¡Firmes! ¡Orden de batalla!
(¡Ay, doña Virtudes!)
JOSE. (Bajo.) (¡Calla!)
LEON. Mas, ¿cómo es esto?
JOSE. (Contente.
Nos cree frailes mi mujer.)
LEON. ¿Frailes? (Bajo.)
ARTURO. (Nos quiere pegar.)
LEON. (¡Ahora me voy á vengar
de haberme echado. ¡Oh, placer!)
MARIA. (La voz de este yo la he oido.)
VIRT. Tres, eran tres, hija mía.
LEON. Pues sí, chicos, yo venía
hacia aquí muy decidido,
pero tropecé en la calle.
¡He encontrado una morena,
buena chica, pero buena!
VIRT. ¡Jesús!
LEON. ¡Qué cara! ¡Qué talle!
En sus ojos peregrinos
la luz de la aurora ardía.
VIRT. ¡No oigas, por Dios, hija mía,
á este hombre! ¡Qué desatinos!
LEON. ¡Sí, señores, un encanto!
¡Un prodigio, sí señora!
Mas, ¿qué es lo que veo ahora?
¡Qué chiquilla! (Acercándose á María.)
VIRT. ¡Ay! ¡Cielo santo!
LEON. Es lo mejor de la viña
del Señor. Entre las dos,
ésta, sí.
VIRT. ¡Pero, por Dios!
Vea usted, que... ¡No mires, niña!
Vamos, hay días fatales.
LEON. Hoy soy hombre decidido
para todo. ¿Habéis traido
los puñales?
VIRT. ¿Los puñales?
MARIA. Yo creo que están beodos.
LEON. El mío, afilado está.

MARIA. ¡Ay, qué miedo!
LEON. ¡Eccolo qua!
(Sacan los puñales los tres.)
¡Ya estamos dispuestos todos!
VIRT. ¡Dios mío!
LEON. ¡Yo mataré
lo menos cuarenta y dos
esta noche!
VIRT. ¡Ay! ¡Vámonos!
LEON. ¡Señora, siéntese usted!
VIRT. ¡Ay, llegó mi última hora!
LEON. No asustarse.
MARIA ¡Por favor!
LEON. Usted no tiene el honor
de conocernos, señora.
VIRT. Si a guno no nos auxilia...
LEON. Todos somos bonachones,
y de nobles corazones,
y éste es padre de familia.
VIRT. ¡Padre!
LEON. De una niña amable
y un chico que hará fortuna.
MARIA. ¡Ay, qué gente!
LEON. ¡Y tiene una
mujer que es insoportable!
(Arturo y Pepe dicen que sí muy de prisa con la cabeza.)
VIRT. Hija mía, ya no dudo.
Están locos.
JOSE. (Bajo.) ¡Qué mal rato
la estamos dando!
LEON. (Idem.) La mato
del disgusto. ¡Serás viudo!

ESCENA XIII

DICHOS; JOAQUÍN y VICENTE, los dos de frailes.

JOAQUIN. ¡Señores, que es tarde, fuera!
VICENTE. ¡A rezar la letanía!
MARIA. ¿Qué es esto, mamá?

VIRT. Hija mía.
¡La comunidad entera!
VICENTE. ¡Yo soy el padre Vicente!
JOAQUIN. ¡Veremos si hoy nos aclaman!
VICENTE. ¡Al coro! ¡Al coro!
MARIA. Los llaman al coro.
VIRT. Naturalmente.
LEON. ¡Vamos ya por Belcebú!
¡Al coro con voz de trueno
á cantar!
VIRT. ¡Lo único bueno
que harás esta noche tú!
(Salen todos cantando el coro de los pañales.)

ESCENA XIV

DOÑA VIRTUDES y MARÍA; detrás del *paravent*, CÁNDIDO

VIRT. ¡Qué gente, válgame Dios!
¿Lo que aparentan serán?
MARIA. Son actores que se están
divirtiendo con las dos.
VIRT. Serán cómicos ó actores,
ó el nombre que tú les des,
todos menos éste. Éste es
jefe de secuestradores.
Hija de mi vida, estamos
aquí mal
MARIA. Vámonos ya.
Vámonos pronto, mamá.
VIRT. Sin Cándido no nos vamos.
En donde está considera.
Es necesario salvarle.
¡Pobre hijo! Voy á buscarle
por todas partes. ¡Tú espera
aquí! No hay que perder ripio.
¡Pronto! ¡Señor, sé clemente!
Dámele tan inocente,
sicut erat in principio. (Sale.)

ESCENA XV

MARÍA; CÁNDIDO, oculto.

MARÍA. Estoy asustada, sí;
mas lo qué es una mujer.
¡Siento un secreto placer
en hallarme sola aquí!
Cuánta luz y donde quiera
un olor tan exquisito.
¡Qué cuarto tan rebonito,
y la dueña es hechicera!
¡Qué butacas tan hermosas!
¡Qué espejo para mirarse
tan grande! Y para pintarse,
¡cuántos frascos, cuántas cosas!
Aquí el pincel. Todo está
arreglado, ¿cómo no?
Vaya, ¿á que me pinto yo?
¡Si no volviera mamá!
Con un lunar, ¡qué preciosa
iría yo! ¡qué resalada!
Con la cara tan lavada,
una mujer va muy sosa.
¡Pero como yo no puedo!
Este biombo es muy bonito.
¿Qué habrá aquí?... Yo necesito
saber... ¡Un hombre! ¡Qué miedo!
¡Digo! ¡Qué mujer! ¡Tenía
un hombre escondido aquí!
Si sale—¡pobre de mí!—
¡Yo sola! ¡huyamos!

CÁNDIDO. ¡María!

(Al salir la detiene Arturo.)

ESCENA XVI

DICHOS; ARTURO, de frac.

MARÍA. Otro. ¡Qué susto! ¿Quién es
este hombre?

ARTURO. Soy quien te adora,
¡el que tu perdón implora!
MARIA. ¿Usted?
ARTURO. ¡Mírame á tus piés,
María del corazón!
MARIA. ¡Quite usted!
ARTURO. No me rechaces.
MARIA. Esa voz...
ARTURO. Fuera d sfraces.
(Se quita el hábito y lo arroja sobre una butaca. Cándido alarga el brazo y lo recoge.)
CANDIDO. (Aprovecho la ocasión.
Me visto en un dos por tres.)
ARTURO. Soy yo, María.
MARIA. ¿Qué es esto?
¿Tú en tal sitio, tan compuesto,
tú de frac?
CANDIDO. (Sale vestido de fraile.) Salgo por piés. (Se va.)
ARTURO. Yo soy, yo, que te idolatro.
MARIA. ¿Tú? ¡No sé lo que me pasa!
¿Conque te marchas de casa
para venir al teatro?
¡Amante me vas á ver
y dices que amor me tienes,
y te compones y vienes
al cuarto de esta mujer!
¡Y yo en tu pasión creía
y te adoraba, traidor!
¡Tú estás haciendo el amor
á esa mujer!
ARTURO. No, María.
MARIA. ¡Déjame, infame!
ARTURO ¡No dudes
de mi amor!
MARIA. ¡Mamá, mamá!
ARTURO. ¡No llores! ¡Cállate ya!
MARIA. ¡Ven, mamá!
ARTURO. (Asustado, se esconde detrás del *paravent*.)
¡Doña Virtudes!

ESCENA XVII

DICHOS y DOÑA VIRTUDES

MARIA. ¡Mamá!
VIRT. ¿Qué te pasa? ¡Calma!
¿Qué es esto? ¿Qué ha sucedido?
¿Quién te habló? ¿Quién te ha ofendido?
MARIA. ¡Ay, mamita de mi alma!
¡Mi novio!
VIRT. ¿Qué?
ARTURO. (Vaya un lío.)
MARIA. ¡Mi novio!
VIRT. ¡Por compasión!
Habla.
MARIA. ¡Con el capuchón!
VIRT. ¡Está en la cárcel, Dios mío!
MARIA. Se ha burlado de nosotros,
de mi amor ha renegado.
Está aquí.
VIRT. ¿Sí?
MARIA. ¡Disfrazado
de fraile, como esos otros
que deben ser cualquier cosa!
VIRT. Buena gente debe estar.
MARIA. ¡Vienen todos á adorar
á esa cómica famosa,
á esa infame, á esa malvada!
(Arturo hace señas con la mano diciendo que no.)
Es verdad, lo digo yo,
aunque me digan que no.
VIRT. Si yo no te digo nada.
MARIA. ¡De tal manera engañarme!
mi marido se decía.
¡Ay, mamá, yo que tenía
tantas ganas de casarme!
VIRT. ¡Cállate, desventurada.
(Arturo dice que no con la mano.)
MARIA. Pues sí que las tengo yo,
aunque me digan que no.
VIRT. ¡Dale! ¿Quién te dice nada?

MARIA. Ese.
VIRT. ¿Quién es ese?
MARIA. Allí.
VIRT. ¿Dónde?
MARIA. Detrás, escondido.
ARTURO (Saliendo.) Sí, yo soy, perdón la pido.
VIRT. ¡Apártese usted de aquí!
¿Lo ve usted? ¡Por usted llora!
¿Qué hace usted en tal paraje?
¿Qué hace usted con ese traje
indecoroso?
ARTURO. ¡Señora!
VIRT. Usted de farsas también
y de disfraces.
MARIA. (Bien va.)
VIRT. ¿Usted, en qué acabará?
¡En saltimbanqui!
MARIA. (¡Bien, bien!)
VIRT. ¡De tal manera engañarme!
ARTURO. (¡Esta mujer se propasa!)
VIRT. ¡No vuelva usted á mi casa!
¡No vuelva usté á saludarme!
Renuncie por siempre ya
á su mano. Se acabó.
Renuncie usted.
MARIA. Eso no.
Que no renuncie, mamá.
ARTURO. Si he venido, tengo á qué.
No me puedo avergonzar.
He venido por salvar
á su hijo, sépalo usté.
Conocía su pasión,
y los pasos le he seguido.
Sólo por él me he metido
en sitios de perdición,
¡y pasé la noche entera
entre esta canalla odiosa!
¡Conducta tan generosa,
se paga de tal manera!
MARIA. ¡Arturo!
ARTURO. Se me maltrata
VIRT. ¡Hijo mío!

ARTURO. Se me ofende.
MARIA. ¡Hombre!
ARTURO. No se me comprende.
VIRT. Ya ves, ¿quién no se arrebata
al hallarte así?
ARTURO. ¡Conmigo
tal desconfianza!
MARIA. ¡Por Dios!
VIRT. ¡Arturo, perdónanos!
MARIA. ¡Yo me casaré contigo!
Mira... ¿Ves?... Mis ojos llenos
de llanto.
VIRT. Nos retractamos.
MARIA. Busca á Cándido, y nos vamos.
VIRT. ¡Conmigo todos los buenos
que mis ideas comparten!
MARIA. Rencoroso.
ARTURO No lo soy.
MARIA. Abraza á tu madre.
ARTURO Voy.
VIRT. (Abrazándole.) ¡*Récipe secundum artem*!

ESCENA XVIII

DICHOS; EL CORONEL LEÓN y EMMA, en el postigo: la trae del brazo.

LEON. ¿Eh? ¿Qué tal el coro?
EMMA. ¡Bravo!
LEON. ¡Qué bien piso yo las tablas!
EMMA. ¿E il vostro amico?
LEON. ¿Mi amigo?
Yo no sé por dónde anda.
Se encontró con su mujer
y nos volvió las espaldas.
Le diré que se ha marchado
y vendrá como unas Pascuas.
(Se va el Coronel y entra Emma en su cuarto.)
EMMA. Io ritorno: eccomi qua.
VIRT. (¡Ay, esta mujer me saca
de quicio con su dulzura!)
EMMA. Parlate, signora.

VIRT. Habla
tú, Arturo, que si yo hablo,
va á haber aquí una desgracia.
No me contengo.
ARTURO. Señora...
EMMA. Signorina.
VIRT. ¿Sí?
ARTURO. Esta dama
tiene un hijo.
EMMA. Sí, lo sé.
ARTURO. ¡Y este hijo, que á Dios consagra
su madre, tiene una madre,
y esta madre atribulada
quiere saber dónde está
el hijo de sus entrañas!
EMMA. Il suo figlio, ¿viene adesso?
Lo aspetto.
VIRT. (¡Qué descarada!)

ESCENA XIX

DICHOS; CÁNDIDO, con los dos ramos.

CÁNDIDO. Buenas noches, mamá.
VIRT. ¡Tú
de frac y corbata blanca!
MARIA. ¡Con los ramos de San Roque!
ARTURO. (Este chico no se salva.)
CÁNDIDO. Me dijiste se valiente (A Emma.)
ó vete Aquí estoy.
ARTURO. ¡Qué infamia!
EMMA. ¡Oh, bravo!
VIRT. ¡Hijo, apártate
de esa sirena que mata
con sus cantos! ¡Vuelve en tí!
¡Que te pierdes! ¡Ven á casa!
CÁNDIDO. No puedo.
MARIA. Dice que no.
CÁNDIDO. Yo la quiero.
EMMA. Egli mi ama
CÁNDIDO. Yo la adoro.
EMMA. Egli mi adora.

CÁNDIDO. Yo me caso.
EMMA. Egli si casa.
VIRT. ¡Desvergonzados!
(Furiosa se dirige á ellos: María y Arturo la detienen.)
MARÍA. ¡Mamá!
ARTURO. ¡Doña Virtudes, cachaza!
VIRT. ¡Desventurado, si te oye
tu pobre padre, te mata!

ESCENA XX

DICHOS, DON JOSÉ y LEÓN; éste trae una botella y una copa.

JOSÉ. (Loco de alegría.)
¡Se han marchado, se han marchado!
(Entra en el cuarto.)
¡Champagne, manzanilla, Málaga!
VIRT. ¡Mi marido!
JOSÉ. ¡Mi mujer!
¡Mi hijo! ¡Aquí! ¡Sostenme! ¡Agua!
LEON. ¡Qué agua! ¡Toma vino!
VIRT. ¡Tú!
LEON. (Bajo.) ¡Ánimos! ¡No seas mandria!
VIRT. ¿Tú aquí?
JOSÉ. Te diré, Virtudes.
Te voy á explicar. Yo estaba
durmiendo. Me despertó
un gran ruido. De la cama
salto, corro á vuestro cuarto,
no estáis, se me aflije el alma,
¿en dónde estará? exclamo;
¡Dios mío! Corro á buscarlas
al Real, y aquí he venido
por vosotras.
VIRT. Con parada
en la taberna.
JOSÉ. ¡Mujer!
Si ha sido que ..
VIRT. ¡Calla, calla!
¡Jesús, Jesús, qué vergüenza!
¡En esta mansión *non sancta*

mis hijos, mi esposo, yo
á las dos de la mañana!
¡Tres nobles generaciones
de Iparraguirres, Ibarras
y Mendigorrias, nunca
pusieron aquí la planta,
y le toca á mi familia
en estas horas infaustas
ofender á mis abuelos
y renegar de mi casta!

LEON. No te achiques y contesta. (Bajo.)

JOSE. No es posible. ¡Se me traba
la lengua! Dame valor.

LEON. Toma valor. (Le da un vaso de vino.)

EMMA. La tia mamma
é terrible. (A Cándido.)

JOSE. Señora...
Ya estoy animoso. (A León.)

LEON. ¡Anda!

JOSE. Los ascendientes de usted
eran gente muy pacata
y muy ignorante.

VIRT. ¡Pepe!

LEON. Sigue!

VIRT. ¡Mira lo que hablas!

JOSE. El teatro no es un sitio
ni de vicio, ni de infamia,
sino centro de recreo,
esparcimiento del alma,
escuela de las costumbres
y cátedra de enseñanzas.
El público que concurre
á estas alegres veladas,
puede ser moral, honesto
y religioso, y no falta
con venir, ni se corrompe,
ni peca, ni se degrada.
Y si una devota amiga,
de inteligencia muy chata,
la dice á usted lo contrario,
¡doña Virtudes, la engaña!
La música domestica

á las fieras.

VIRT. Basta, basta.
Cada cual con sus ideas.
Tienes la manga muy ancha.

JOSÉ. ¡Muy larga!

VIRT. Pero no son
estas horas para pláticas,
ni discursos ¡Se acabó!
¡Ea! ¡Todo el mundo á casa!

LEON. ¡Resiste!

JOSÉ. ¡Más valor!

LEON. (Le da más vino.) Toma.

VIRT. ¡Pronto!

JOSÉ. ¡No nos da la gana!

VIRT. ¡Jesús!

MARIA. ¡Qué atróz mi papá!

ARTURO. (¡Bravo!)

JOSÉ. Pero aquí, ¿quién manda?
¡Soy el padre de familia,
soy la figura sagrada
y gigantesca (Levantando los brazos.)
del padre
de familia! Son palabras
tuyas.

VIRT. Pero...

JOSÉ. No nos vamos:
hoy quiero echar una cana
al aire, llevo veinte años
en un presidio. Muchachas...
caballeros, todo el mundo,
españoles é italianas,
conmigo á cenar á Fornos.

VIRT. ¡Todo el mundo, no!

JOSÉ. Te marchas
tú, si no quieres venir.

VIRT. ¡Pepa!

JOSÉ. Arturo te acompaña.

VIRT. (¡Esto se pone muy malo!)

ARTURO. Bien.

JOSÉ. ¡Y en dejándola en casa,
á Fornos! Juerga doméstica,
¡hasta que nos vea el alba!

¡Celebremos este día
de redención! ¡Tú, á la cama!

VIRT. (¡Dejemos pasar la nube!
¡Resignación, diplomacia
y mala intención!)

JOSÉ. ¡Adiós,
Virtudes... mía, descansa.

VIRT. (Yo no me puedo marchar
así. Me voy humillada
y vencida. No es posible.)
Adiós, hombre, adiós. Te enfadas
por poca cosa. Me voy,
y te dejo... No me extraña
lo que te sucede. A ti,
uno cualquiera te manda,
te coge por las narices,
te lleva, te trae y te baila.
¡No tienes voluntad, eres
un pobre hombre, un papanatas!

JOSÉ. ¡Virtudes! (Incomodado.)

VIRT. Comprendería
que en ti influyera y mandara
algún hombre de talento
grande; mas no se me alcanza
que en ti influya un soldadote
grosero.

LEON. ¿Qué?

VIRT. Sin crianza.

LEON. Señora. ¡Si sigue hablando,
la pego! (Furioso.)

VIRT. ¡Y que así te traiga
ya con tus años al cuarto
de una cómica de mala
reputación!

EMMA. ¡Oh, mío Dio!

CANDIDO. ¡Emma, no hagas caso!

EMMA. ¡Oh, santa
madona!

CANDIDO. ¡Calla!

EMMA. ¡La mia
riputazione!

LEON. (¡Canalla!)

VIRT. (¡Ahora ya me marcho bien!)
Que el santo Angel de la Guarda
nos proteja. Buenas noches.
Dame el brazo. (¡Cómo rabian!) (Salen.)

ESCENA XXI

DICHOS, menos DOÑA VIRTUDES y ARTURO

JOSE Hoy al cabo se acató
mi autoridad siempre escasa.
Ahora todo el mundo á casa,
porque ahora lo mando yo.
Hoy ser generoso quiero,
porque al cabo soy y vaigo.
Que me pidan todos algo
¿Tú qué quieres? Tú el primero (A Cándido.)
CANDIDO. Ir á Italia.
JOSE. ¿Nada más?
CANDIDO. Aprender el canto allí,
y cantar despues aquí
con Emma.
JOSE. Tú cantarás.
¿Y tú? (A María.)
MARIA. Casarme.
JOSE Deseo
natural.
MARIA. Y salir ya
de casa, porque, papá,
me aburro mucho.
JOSE. Lo creo.
¿Y tú, Leon?
LEON. Yo, José,
soy muy ambicioso. Pido
ser general.
JOSE. Concedido.
LEON. Muchas gracias.
JOSE. No hay de qué.
Y usted, turquesa, amatista,
brillante, perla de oriente,
zafiro, coral... (A Emma.)
EMMA. Yo, miente

un aplauso. Sono artista.

JOSE. (Al público.)
Público: ya lo has oido.
Si de tu agrado no ha sido
esta obra, no te alborotes
y aplaude, que has aplaudido
tú siempre Los HUGONOTES.
(Cae el telón.)



FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

CARA Y CRUZ, juguete cómico en un acto y en verso.
EL SEXO DÉBIL, juguete cómico en un acto y en verso.
EL ÚNICO EJEMPLAR, comedia en un acto y en verso.
ABOGACÍA DE POBRES, juguete cómico en un acto y en verso
SERVIR PARA ALGO, comedia en un acto y en verso.
EL NÚMERO TRES, comedia en tres actos y en verso.
VANITAS VANITATUM, comedia en tres actos y en verso.
ECHAR LA LLAVE, comedia en un acto y en verso.
HAZ BIEN..., comedia en tres actos y en verso.
PARA UNA COQUETA UN VIEJO, comedia en dos actos y en verso.
INOCENCIA..., comedia en tres actos y en verso.
AL SANTO, AL SANTO! apropósito cómico en dos actos y en verso.
CONTRA VIENTO Y MAREA, comedia en tres actos y en verso.
COMO SE EMPIEZA, comedia en un acto y en verso.
UNA COMEDIA Y UN DRAMA, comedia en dos actos y en verso.
COMO LAS GOLONDRINAS, comedia en tres actos y en verso.
CHAMPAGNE FRAPPÉ, juguete cómico en un acto y en verso.
NI LA PACIENCIA DE JOB, comedia en tres actos y en verso
EL OCTAVO, NO MENTIR, comedia en tres actos y en verso.
LA FUERZA DE UN NIÑO, comedia en tres actos y en verso.
ESCURRIR EL BULTO, comedia en un acto y en verso.
POR FUERA Y POR DENTRO, comedia en dos actos y en verso.
LA BUENA RAZA, comedia en tres actos y en verso.
MALDITOS NÚMEROS! comedia en tres actos y en verso.
ENSEÑAR AL QUE NO SABE, comedia en tres actos y en verso.
LA ELOCUENCIA DEL SILENCIO, comedia en tres actos y en verso.
SIN FAMILIA, comedia en tres actos y en verso.
DE TODO UN POCO, revista en un acto, con el Sr. Vital Aza.
EL OTRO, comedia en tres actos y en verso.
UN AÑO MÁS, revista en un acto, con el Sr. Vital Aza.
¿PEREZ Ó LOPEZ? comedia en tres actos y en verso.
POBRE MARIA! monólogo en un acto y en verso.
EN PLENA LUNA DE MIEL, comedia en un acto y en verso.
SIN SOLUCION, comedia en tres actos y en verso.
PENSION DE DEMOISELLES, humorada en un acto con el Sr. Vital Aza.

Cabase de un nido, comedia en acto y en verso.
Boda y bautizo, sainete, con el Sr. Vital Aza.
En primera clase, comedia en tres actos y en verso.
Un viaje á Suiza, arreglo en tres actos con el Sr. Vital Aza
La mano derecha, juguete en un acto y en verso.
Los demonios en el cuerpo, comedia en un acto y en verso.
Vivir en grande, comedia en tres actos y en verso.
La lista grande, comedia en un acto y en verso.
El dia del sacrificio, juguete en un acto y en verso.
Meterse á redentor, comedia en tres actos y en verso.
Manzanilla y dinamita, comedia en un acto y en verso.
¡Viva España! sainete en un acto, en prosa y verso.
El enemigo, comedia en tres actos y en verso.
Los huconotas, comedia en dos actos y en verso.
Entre parientes, comedia en un acto y en verso.
La sopa de almendra, apropósito en un acto y en verso.
Viajeros de ultramar, comedia en dos actos y en verso
La vieja ley, comedia en tres actos y en verso.
¿Me conoces? juguete cómico en un acto y en verso.
El tren del botijo, comedia en dos actos y en verso.
En casa de la modista, juguete cómico en un acto y en verso
La niña mimada, comedia en tres actos y en verso.
La credencial, comedia en tres actos y en verso.
El sereno de mi calle, juguete cómico en un acto y en verso.
La señá Francisca, comedia en dos actos y en verso.
La Revista, zarzuela en un acto, original y en verso, música del maestro Caballero.
Los hijos de Elena, juguete cómico en dos actos y en verso.
Abogar contra sí mismo, comedia en tres actos y en verso.

